RICHARD J. EVANS

# EL TERCER REICH

## EN LA HISTORIA Y LA MEMORIA

PASADO Y PRESENTE

RICHARD J. EVANS

# EL TERCER REICH

## EN LA HISTORIA Y LA MEMORIA

PASADO & PRESENTE

# EL TERCER REICH, EN LA HISTORIA Y LA MEMORIA

**Un libro que analiza el cambio de la perspectiva y el conocimiento que tenemos sobre el Tercer Reich desde la caída del régimen.**

**La visión de la Alemania nazi va cambiando hacia un análisis más global y complejo. Richard Evans, el historiador más importante que haya escrito sobre el auge y caída del imperio nacionalsocialista, pone de manifiesto cómo ha cambiado la perspectiva y el conocimiento que tenemos del proyecto totalitario de Hitler y sus implicaciones.**

**El papel internacional de empresas como Krupp y Volkswagen, la valoración de la salud mental de Hitler, la voluntad nazi de crear un imperio colonial a semejanza de otros países europeos, la represión interna y el colaboracionismo, la planificación del Holocausto y los aciertos y errores tácticos de la maquinaria bélica alemana, son algunos de los muchos temas que Richard Evans analiza.**

Título Original: *Third Reich in History and Memory.*
Traductor: León Gómez, David
©2015, Evans, Richard J.
©2015, Pasado & Presente
ISBN: 9788494339264
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: oleole, 25/10/2016

# Richard J. Evans

# El Tercer Reich

## EN LA HISTORIA Y LA MEMORIA

Traducción de David León Gómez

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

# PREFACIO

NUESTRA concepción de la Alemania nazi ha ido mudando de maneras diversas en los quince años que han transcurrido desde el final del siglo XX. Este libro ofrece al lector un informe de esta transformación y un comentario crítico al respecto. En este tiempo se han dado varios cambios relevantes de perspectiva que han conferido forma a las labores de investigación y redacción de la historia. El primero de ellos ha sido el del «giro global» de los estudios históricos que ha acompañado a los procesos mundializadores de la sociedad, la cultura y la economía desde finales del siglo pasado. El Tercer Reich, que a menudo se contemplaba con el amplio telón de fondo de la historia alemana —la que parte de la unificación de Bismarck— se aborda también ahora de forma cada vez más insistente en un contexto todavía más extenso, internacional y hasta universal, como parte de la era del imperialismo. El afán de dominación del Tercer Reich se remite hoy a una tradición más dilatada de búsqueda de un imperio para Alemania. La falta de atención prestada al abastecimiento y la escasez de alimentos durante la segunda guerra mundial no puede entenderse si no es en el ámbito mundial. Las medidas adoptadas por los nazis en la Europa Oriental se debieron en gran medida a la imagen que tenía Hitler de la colonización de las Grandes Llanuras norteamericanas. Empresas como la Krupp o la Volkswagen no eran simplemente firmas alemanas ni, en ocasiones, principalmente alemanas, sino que operaban a escala global. Varios de los ensayos recogidos en el presente volumen se centran en las ventajas que ha proporcionado esta perspectiva, y señalan, asimismo, algunas de sus limitaciones.

Lo dicho va ligado a un cambio de percepción de los estudios históricos que ha situado de un modo cada vez más claro al Estado nación en un contexto más amplio, transnacional, y se ha interesado no solo por cómo se ha relacionado con otros, sino también por cómo se ha visto afectado por acontecimientos más abarcadores. El nazismo, por ejemplo, aparece en la historiografía reciente como una ideología que bebe de fuentes nacidas en numerosos países, desde Rusia hasta Francia, pasando por Italia o Turquía, más que como la culminación de tradiciones intelectuales exclusivamente germanas, tal como solía considerarse en otro tiempo. Es cada vez más frecuente que los historiadores entiendan el exterminio de los judíos no tanto como un hecho histórico sin precedentes sino como un genocidio con paralelismos y similitudes en otras naciones y otras épocas. Y aunque en este sentido también ha brindado beneficios, el cambio de perspectiva ha topado con un número cada vez mayor de problemas que tratan de identificarse en algunos de los capítulos siguientes.

Lo dicho se aplica en mayor grado aún a una tercera área de investigación reciente: la de la sociedad nacionalsocialista. Durante los últimos quince años, muchos historiadores han visto en la Alemania nazi un sistema político que se apoyaba no en el terror policial y la coerción, sino en la aprobación y el consenso popular. Varios capítulos de este libro evalúan las obras escritas en esta línea y defienden que, pese a todo lo que han aportado para nuestro entendimiento del período, ha llegado el momento de recordar que la Alemania nazi fue, de hecho, una dictadura que suprimió los derechos civiles y las libertades y en la que no se toleró ningún género de oposición. La represión afectó no solo a quienes vivían en los márgenes de la sociedad, sino también a porciones ingentes de las clases obreras y sus representantes políticos. En la República de Weimar hubo judíos prominentes, tal como ilustra el caso de Walther Rathenau, que lejos de constituir figuras despreciadas y marginales, disfrutaban de un respaldo y una admiración colosales por parte del pueblo, expresados en las manifestaciones nacionales de dolor que provocó su muerte. No debe olvidarse nunca que el nazismo fue un movimiento periférico diminuto hasta el final mismo de la década de 1920, y que el régimen hitleriano tuvo que afanarse por cobrar popularidad tras hacerse con el poder en 1933, y en este sentido la violencia revistió una importancia equiparable a la de la

propaganda. Hitler y la difusión de su imagen entre los alemanes revistieron una relevancia fundamental a la hora de convencer a su pueblo, pero las investigaciones recientes han hecho avanzar de forma considerable nuestro conocimiento del hombre que había detrás de dicha representación, y esto constituye también un factor esencial a la hora de comprender el Tercer Reich.

Así y todo, tal vez el cambio más notable que se ha producido en la obra histórica sobre la Alemania nazi desde finales del siglo XX ha sido el entrelazamiento cada vez mayor entre historia y memoria. En nuestros días resulta punto menos que imposible escribir acerca del Tercer Reich y su época (1933-1945) sin pensar también en cómo sobrevivió su memoria —verificada en ocasiones de forma compleja y sorprendente— en los años de posguerra. Los ensayos de este libro examinan cómo importantes empresas industriales y hombres de negocios individualmente que se vieron implicados, a veces gravemente, en los crímenes del nazismo, trataron, después de la guerra, de eliminar la memoria de su proceder. La mistificación de esa memoria adoptó con frecuencia formas extrañas, como ocurrió con la apropiación por parte de los mexicanos del Volkswagen Escarabajo —en su origen el «coche de la Fuerza Mediante el Placer [Kraft durch Freude») — como icono nacional a finales del siglo XX. A veces, sin embargo, la creciente necesidad de arrostrar las fechorías del nazismo y revelar la complicidad y la culpa de quienes participaron en ellas ha desembocado en condenas sumarias y generalizadas allí donde los historiadores deberían hacer distinciones cuidadosas. El hallazgo de la ocultación por parte de un empresario acaudalado de las actividades que llevó a cabo durante el Tercer Reich ha dado lugar a exageraciones colosales acerca de su implicación en los peores crímenes del régimen; la revelación, tras décadas de esmerado encubrimiento, del papel que representaron determinados diplomáticos profesionales en el desarrollo de la política exterior nazi ha dado pie a que se les acuse, con escaso fundamento, de haber promovido el exterminio de los judíos en lugar de facilitarlo sin más (hecho que, por negativo que sea en sí mismo, no puede equipararse con el anterior, en tanto que semejante tesis supone liberar de culpa de manera implícita a los sectores de veras responsables).

La Alemania nazi conoció su cénit, su plenitud y también su ocaso en la segunda guerra mundial, y en este aspecto también se ha dado un cambio de perspectiva desde las postrimerías del siglo XX. Se han reconocido el alcance y las conexiones universales del conflicto bélico; en realidad no hubo dos guerras separadas en el Este y en el Oeste, sino más bien una sola con interacciones múltiples entre sus diversos escenarios. La historia militar, tal como pone de manifiesto el presente libro, puede resultar esclarecedora por sí misma, aunque necesita también situarse en un contexto económico y cultural más amplio. Miremos adonde miremos, sea al proceso de toma de decisiones en lo más alto del escalafón, sea a la inventiva y al empuje de figuras de segunda fila, los factores contextúales siguen siendo de vital importancia.

Por último, en años recientes la investigación se ha centrado cada vez más en la Alemania de posguerra, en donde las continuidades subterráneas con la era nacionalsocialista son cada vez más aparentes. La «limpieza étnica» de millones de ciudadanos indeseables no acabó con los nazis, sino que prosiguió hasta bien entrado el período posterior a la caída del Tercer Reich, si bien entonces los alemanes fueron los perseguidos más que los ejecutores. Los expertos en planificación urbanística desarrollaron utopías que hallaron expresión en la idea nazi de ciudad desurbanizada, pero compartieron también muchos de sus supuestos con las visiones que se daban a este respecto en otras partes del mundo. Y la creciente campaña en pro de la restitución de obras de arte saqueadas por los nazis o robadas a sus propietarios originales, judíos en muchos casos, aborda un problema que no comenzó con la fundación del Tercer Reich ni acabó con su caída. Una vez más, la perspectiva a largo plazo nos ayuda a entender el problema que tenemos entre manos, que también es de dimensiones mundiales. La extensión de la investigación histórica a la era de posguerra ha ido a fortalecer de forma más marcada la estrecha relación mutua que existe entre historia y memoria. Los ensayos aquí reunidos ponen de manifiesto, entre otras cosas, que la memoria debe someterse al escrutinio detallado de la historia si quiere gozar de solidez, en tanto que las implicaciones de la historia para la memoria colectiva del nazismo en nuestros días deben ser expresadas con precisión y con pasión.

Richard J. Evans

Cambridge, marzo de 2014

# I LA REPÚBLICA Y EL REICH

# 1. ¿UN ENSAYO DE GENOCIDIO?

AÚN pueden verse, dispersos por el mundo, ciertos rastros que nos recuerdan que, entre la década de 1880 y la primera guerra mundial, Alemania poseía, como otras potencias europeas de relieve, un imperio colonial en ultramar. Quien viaje a Windhoek (Namibia), por ejemplo, puede adquirir todavía un ejemplar del Allgemeine Zeitung, periódico destinado a los residentes de habla alemana que quedan en la ciudad. Si decide visitar la región costera del país, podrá conocer la ciudad portuaria de Lüderitz, para lo cual habrá de pasar por una serie de estaciones ferroviarias cuyo nombre se lee aún en caracteres góticos, y recrearse en la playa del Agata, disfrutando de sus olas con la mirada siempre atenta por si divisa algún pingüino. En Tanzania podrá alojarse en la ciudad lacustre de Wiedhafen. El hombre de negocios que busque comprar aceite de palma al por mayor habrá de acudir a las plantaciones Woermann. En la región oriental de Ghana se anuncian ahora como atracción turística edificios de aire germano que pertenecieron en otro tiempo a la colonia de Togo.

Del mismo modo, en el Pacífico es posible todavía navegar por el archipiélago de Bismarck y visitar la isla de Ritter (o lo poco que queda de ella después de que una erupción volcánica hiciera saltar por los aires la mayor parte en 1888). Más al este, el visitante de cualquier librería de Samoa podrá hacerse con las obras del poeta local más representativo: Momoe von Reiche. En los restaurantes chinos de casi cualquier rincón del mundo es posible pedir cerveza Tsingtao, comercializada por vez primera en la China en 1903 por Germania, fábrica de la urbe que da nombre al producto y que a la sazón se hallaba gobernada por Alemania. En Qingdao (conforme a la transcripción actual del topónimo) cabe visitar el imponente

templo neorrománico de la catedral de San Miguel, que da la impresión de pertenecer a una ciudad del norte de Alemania de hace un siglo aproximadamente; lo que en cierta medida es cierto.

En realidad, todo esto no es gran cosa comparado con los cuantiosos vestigios físicos, culturales y políticos que han dejado otros imperios europeos de ultramar más extensos y duraderos, que sumados cubrieron la mayor parte de la superficie terrestre en un momento u otro. El imperio germano apenas duró tres décadas y quedó fragmentado por el final de la primera guerra mundial entre el Reino Unido, Francia, Bélgica, Australia y Sudáfrica. De superficie escasa en comparación con el británico, y de duración efímera, el antiguo imperio seguía atrayendo cierta atención en los años de entreguerras, cuando los propagandistas coloniales urgieron su recuperación. Sin embargo, ni siquiera los nazis consideraron en serio esta posibilidad, porque preferían lograr conquistas en Europa, al menos para empezar.

Durante muchos años, la historiografía disponible sobre el particular —de la que solía usarse como ejemplo más destacado la obra del experto anglogermano en historia económica William Otto Henderson— tendía a centrarse en refutar las acusaciones de violencia y brutalidad que habían desembocado en el desmantelamiento y la redistribución del imperio durante la Conferencia de Paz celebrada en París en 1919. Aunque tales argumentos habían perdido casi toda su relevancia llegada la década de 1960, la situación se vio transformada por la obra de Helmut Bley, quien reconstruyó en Kolonialherrschaft und Soiialstruktur in Deutsch-Südwestafrika 1894-1914 («Poder colonial y estructura social en el África del Sudoeste alemana, 1894-1914», 1968) la pavorosa historia de la guerra empeñada por los alemanes contra las tribus namibias de los hereros y los ñamas entre 1904 y 1907.

Los sucesos que relata Bley no son complicados: el ritmo cada vez más acelerado de la confiscación de tierras por parte del gobierno colonial a principios de la década de 1900 provocó una serie de ataques a granjeros germanos que se tradujo en la muerte de un centenar y medio de colonos y el envío de 14.000 soldados de Berlín a las órdenes del general Lothar von Trotha, intransigente oficial prusiano veterano en ultramar. «Sé bien —aseveró— que las tribus africanas solo ceden ante la violencia. Ejercerla

con terrorismo insensible y aun con truculencia ha sido y es mi principio.» Tras derrotar a un contingente de los hereros en Waterberg, anunció su intención de ajusticiar a cualquiera de los integrantes de este pueblo «hallado dentro de las fronteras de Alemania, sea o no portador de un arma o de ganado». A los pastores hereros sorprendidos con las manos en la masa los mataban en el acto, y a las mujeres y los niños los llevaban al desierto para dejarlos morir de hambre. Alfred von Schlieffen, jefe del estado mayor general de Berlín —quien como todo oficial prusiano era ferviente seguidor de la doctrina, dictada supuestamente por Cari von Clausewitz, de que el objetivo de la guerra debe ser la aniquilación total de la fuerza enemiga—, calificó de «espléndida» la campaña de Trotha, y en particular el uso que había hecho del desierto para completar lo que Der Kampf la publicación oficial del cuadro de mando del Ejército, llamó en tono de aprobación «el exterminio de la nación de los hereros».

Con todo, también se alzaron voces críticas, y así, el canciller Bernhard von Bulow tildó la acción de contraria a los valores cristianos y advirtió de que estaba destinada a dañar la reputación de Alemania en el extranjero. Los políticos socialdemócratas y de Centro Católico tampoco dudaron en condenarla. El gobernador civil de la colonia, Theodor Leutwein, apartado con desdén por los militares por su intención de alcanzar un acuerdo con los hereros, elevó a Bulow sus protestas por la campaña y declaró el exterminio un «error grave». Aunque sus desvelos no hallaron buena acogida, su tesis de que, en lugar de matarlos, lo más conveniente era reclutar a los hereros en calidad de mano de obra se granjeó un número suficiente de defensores para propiciar la detención de cuantos quedaban de la tribu, en su mayoría niños y mujeres, junto con los ñamas, y su confinamiento en «campos de concentración» (fue esta la primera ocasión en que emplearon el término de forma oficial las autoridades alemanas).

En estos, sin embargo, no corrieron mejor suerte. Los presos del peor de dichos recintos, instaurado en el terreno rocoso de la llamada isla del Tiburón, hubieron de servir como mano de obra forzada, con raciones mínimas, expuestos a vientos gélidos sin la vestimenta adecuada y fustigados con látigos de cuero si no rendían como se esperaba de ellos. Un día tras otro, se acarreaban los cadáveres hasta la playa para que la marea los arrastrase hasta las olas infestadas de tiburones. Hasta la prensa

sudafricana se quejó de la «horrible crueldad» del régimen del campo de concentración. Los recintos se convirtieron también en centros de investigación científica, desde que el antropólogo Eugen Fischer, quien llegaría a ser uno de los principales «higienistas raciales» del Tercer Reich, llegara a la ciudad de Rehoboth a fin de estudiar a sus habitantes mestizos (a los que él se refería como «bastardos de Rehoboth»). Junto con sus colegas, se hizo con un buen número de cráneos con los que emprender estudios antropométricos de diversas razas, y de los que llegaron a Alemania hasta tres centenares.

Fischer llegó a la conclusión de que la descendencia mulata de colonos bóeres o alemanes y africanos negros eran inferiores a aquellos, pero superiores a estos, lo que los hacía aptos para ocupar un grado similar al de suboficial en la policía, el servicio postal y otros organismos del Estado. Dada su condición de raza útil, aunque inferior, cumplía protegerlos a diferencia de los hereros y los ñamas. La ley, sin embargo, se hallaba más cercana a la consideración de los africanos como infrahombres expresada por Trotha quien tenía un temor casi patológico a que el mestizaje pudiera favorecer la propagación de enfermedades. En 1905 se prohibió el casamiento interracial, y dos años más tarde se declararon nulos todos los matrimonios existentes entre alemanes y africanos. Estas medidas introdujeron el concepto de Rassenschande o «corrupción racial» en la terminología jurídica alemana, que volvería a salir a la luz treinta años más tarde, en las Leyes de Núremberg. La condición oficial que se atribuía a los colonos germanos era diferente de la del resto de la población, y este hecho permitía obligar a los hereros a hacer trabajos forzados y a llevar distintivos que los identificasen (otro recurso que adoptarían más tarde los nazis).

El número de los hereros, que antes de la guerra ascendía a 80.000 según estimaciones, se había reducido a 15.000 cuando acabó el conflicto, en tanto que entre los ñamas sufrieron exterminio 10.000 de un total de 20.000. De los 17.000 africanos que se vieron recluidos en los campos de concentración no sobrevivió sino la mitad. Dadas las ideas raciales de Trotha, no cabe duda de que se trató de un acto de lo que más tarde se llamaría genocidio. Su revelación por parte de Bley suscitó con carácter de urgencia la cuestión de la continuidad entre la Alemania del Kaiser y la de Hitler. Hubo otros regímenes brutales —tal como demuestra sobre todo la

dominación del Congo por parte de Bélgica— que no dudaron en servirse de homicidios multitudinarios a fin de reprimir alzamientos o imponer su orden: desde el de los franceses en Argelia durante la década de 1879 hasta el de los italianos en Etiopía en la de 1930. La discriminación racial, las expropiaciones y los trabajos forzados distaban mucho de ser exclusivos de los alemanes.

Sin embargo, estos últimos fueron los únicos que introdujeron los campos de concentración, los denominaron así y crearon en ellos de forma deliberada condiciones tan duras que nadie puede dudar que pretendían acabar con sus reclusos además de obligarlos a trabajar (aunque la tarea de ingeniar la escalofriante expresión de «exterminio mediante el trabajo» recayó sobre los nazis, el efecto era idéntico en ambos casos). Solo los alemanes hicieron el intento explícito de aniquilar por motivos raciales a todo un pueblo conquistado. Solo ellos prohibieron legalmente el mestizaje en sus colonias, y no ya en África del Sudoeste, sino también en la región oriental del continente (1906) y en Samoa (1912); y solo ellos organizaron una campaña mundial de exterminio étnico que abarcaba tanto a los judíos de Europa como, en potencia, a los del resto del planeta. ¿Existía alguna conexión entre unos y otros?

Aunque quizá no quepa sorprenderse, esta cuestión seguía sin respuesta décadas después de la publicación del libro de Bley. Los historiadores más relevantes de cuantos centraron su atención durante las décadas de 1970 y 1980 en los rasgos de continuidad existentes entre la Alemania imperial y el Tercer Reich analizaron sobre todo las raíces nacionales del nazismo, el gobierno de Alemania por parte de Hitler y el Holocausto. El antiimperialismo de la izquierda, alimentado por la guerra de Vietnam, y tal vez parte del trasfondo que dio lugar a la obra de Bley, se fueron sosegando a medida que abandonaban el campo de batalla los soldados estadounidenses y ganaban su independencia las últimas colonias de las potencias europeas. En Alemania Occidental, la herencia del colonialismo verificable en la vida cotidiana comenzó a desvanecerse con la creciente modernidad económica. Hasta los comercios que vendían Kolonialwaren («coloniales»: café, té, especias, arroz y otros productos de ultramar), aún fáciles de encontrar en las ciudades alemanas de principios de la década de 1970, cambiaron de nombre o se camuflaron, tanto que, por ejemplo, pocos

de los clientes actuales que acuden a comprar café a un supermercado Edeka serán conscientes de que el nombre procede de Einkaufsgenossenschaft der Kolonialwarenhándler («Cooperativa Minorista de Consumo de Géneros Coloniales»). Los antiguos dominios imperiales de la nación parecían algo irrelevante y acabaron por olvidarse en gran medida.

En los años noventa del siglo XX empezó a recuperarse el interés en ellos con el nacimiento de los estudios poscoloniales. Los historiadores convirtieron entonces el racismo y la ideología racial en la parte central de su explicación del nacionalsocialismo, en lugar del totalitarismo y la explotación de clase, y la historia de la colonización germana dejó de resultar tan irrelevante. La renovación del interés en estos asuntos quedó marcada por la publicación, en 1996, de una edición revisada de la obra, ya clásica, de Bley, traducida a esas alturas al inglés como Namibia under Germán rule. Empezaron entonces a aparecer monografías y artículos acerca del discurso colonialista en Alemania; de los orígenes coloniales de la ciencia racial, y de las representaciones de asuntos coloniales en los escritos históricos. El interés creciente que suscitaba la memoria cultural desembocó en estudios de autobiografías y conmemoraciones poscoloniales en Alemania. El sucinto libro de Sebastian Conrad Deutsche Kolonialgeschichte («Historia del colonialismo alemán», 2012) resume este corpus nuevo y lo sitúa en el contexto de la globalización, que ha dado pie a cierta resurrección del interés por el imperio. El número y la calidad de sus ilustraciones y sus mapas, la bibliografía comentada que ofrece y su aguda perspicacia en lo que respecta a tendencias historiográficas convierten esta obra en un modelo en cuanto guía esencial sobre la materia, dotada de inteligentes indicaciones para investigaciones futuras.

Los orígenes del colonialismo germano subyacen en parte, tal como señala Conrad, en la historia de Alemania, en donde los sueños y las fantasías de dominación sirvieron a los nacionalistas de lienzo en blanco en el que representar una imagen de unidad antes de alcanzarla por fin. Tal como declaró en 1848 el compositor Richard Wagner: «surcaremos los mares en barco para crear aquí y allí una Alemania nueva… Vamos a hacerlo mejor que los españoles, para los que el Nuevo Mundo se convirtió en un matadero plagado de clérigos, y nos distinguiremos de los ingleses,

que vieron en él una mina. Vamos a hacerlo de un modo maravilloso, alemán». Mucho más importante fue el contexto mundial del capitalismo germano, centrado en estados comerciales autónomos como Hamburgo (patria chica de Bley). De los mercantes hamburgueses de relieve de la década de 1870 se dice que, pese a haber visitado «todas y cada una de las ciudades del Mississippi» y haber estado «veinte veces en Londres», no viajaron una sola a Berlín. Merced a la rápida expansión de la industria y el poder económico de Alemania, operaron en muchas regiones costeras de África y otras partes del planeta por colonizar, y mantuvieron 279 consulados en ciudades de todo el mundo. Las hazañas de los científicos, los exploradores y los misioneros alemanes —como Gerhard Rohlfs, el primer europeo que cruzó África de norte a sur, vestido en muchas ocasiones con atuendos musulmanes— gozaron de una gran popularidad en su nación.

Bismarck, que se mostró poco entusiasmado («Mientras yo sea canciller —aseveró en 1881—, no vamos a participar en la empresa colonialista»), dio en 1884 el pistoletazo de salida al reparto de África al declarar protectorados en una serie de regiones en las que Alemania tenía intereses económicos, imitando a los franceses a actuar de modo similar para lograr que centrasen sus energías en la colonización y no en vengar la pérdida de Alsacia-Lorena durante la guerra franco-prusiana. Lo más seguro es que deseara también aplacar las ansias mercantiles del poderoso Partido Nacional Liberal, cuyo apoyo necesitaba en las elecciones generales venideras. La búsqueda de territorio se había vuelto, de cualquier modo, inevitable después de que la rivalidad entre británicos y franceses por el norte de África alcanzase un momento crítico entre 1881 y 1882. Fuera cual fuere el motivo, cuando la disputa por territorio se extendió de dicho continente al resto del planeta, Alemania acabó por amasar un imperio que llegaría a ser el cuarto en extensión después del británico, el francés y el neerlandés.

El grupo ecléctico de territorios que ocuparon los alemanes incluía la región árida y poco poblada de la actual Namibia, en la que no tardaron en asentarse los ganaderos germanos y cuyas minas de cobre y diamantes brindaron cierto beneficio a la empresa privada a partir de 1907; las zonas costeras palúdicas del Camerún, dominadas por los intereses mercantiles de

la familia hamburguesa de los Woermann (como la producción de caucho y aceite de palma en plantaciones del interior dirigidas por alemanes); Togo, en donde la compraventa de aceite de palma se hallaba dominada en gran medida por minorías selectas locales afrobrasileñas del litoral; la populosa colonia del África Oriental Alemana (correspondiente a la actual Tanzania sin Zanzíbar, pero con Ruanda y Burundi), en donde los colonos germanos fundaron plantaciones de algodón y sisal; Nueva Guinea y Samoa, así como las islas del Pacífico a ellas asociadas, en donde fueron pocos los pobladores alemanes y prevalecieron los intereses mercantiles, y el puerto chino de Jiaozhou, arrendado en 1897 para noventa y nueve años y dirigido por el Ministerio Naval de Alemania, que adoptó un programa enérgico de modernización y mejora por el que se dotó a la ciudad de Qing-dao de farolas eléctricas y una universidad que permitió a los estudiantes chinos empaparse de ciencia y erudición alemanas.

La visión que albergaba Bismarck de protectorados administrados por empresas privadas sin participación estatal, tal como había ocurrido en el caso de la Compañía de las Indias Orientales y el subcontinente del que tomaba el nombre, no duró mucho: las violentas hostilidades con las sociedades africanas que se resistían a la explotación creciente protagonizada por los comerciantes y colonos alemanes no tardaron en propiciar la intervención formal de burócratas alemanes respaldados por el Ejército. Tal cosa no hizo sino empeorar la situación, siendo así que, al servirse de la fuerza para proteger a los colonos que habían entrado en conflicto con granjeros y mercantes indígenas, el Estado provocó una resistencia aún mayor. Aunque la guerra genocida del África del Sudoeste constituye el ejemplo más dramático a este respecto, lo cierto es que la violencia constituía un rasgo constante de la dominación alemana. En África Oriental, por ejemplo, los continuos choques militares, provocados en muchos casos por el aventurero colonial sin escrúpulos Cari Peters, llevaron al gobierno imperial de Berlín a asumir la administración de la colonia en 1891; pero el conflicto armado no se detuvo, y en los seis años siguientes se emprendieron 61 «expediciones de castigo» de relieve. En 1905, los enfrentamientos suscitados por la ocupación de tierras, la subida de los impuestos y los trabajos forzados desembocaron en la sublevación Maji Maji, en la que murieron a manos de los militares unos ochenta mil

africanos. Aunque, a diferencia de la situación que se vivía en África del Sudoeste, los alemanes no consideraban esta una guerra racial, y de hecho muchas de las víctimas cayeron a manos de soldados africanos de uniforme germano, el número de víctimas fue inmenso: murieron más de doscientos mil africanos por el hambre provocada por la destrucción de campos y pueblos rebeldes.

La violencia, que incluía la flagelación pública de africanos, formaba parte de la vida cotidiana de las colonias alemanas: el número oficial de estas flagelaciones registrado en el Camerún, que sin duda se queda corto, se elevó de 315 a 4.800 entre 1900 y 1913. Los jefes indígenas cameruneses elevaron una protesta al Reichstag, si bien la subsiguiente destitución del gobernador estuvo más vinculada a las objeciones que opusieron los comerciantes y los misioneros a las generosas concesiones de tierra que aquel había hecho a los colonos que a la brutalidad misma. La situación se volvió crítica en las postrimerías de la dominación alemana, cuando se ejecutó públicamente a un antiguo cacique por su oposición a las medidas segregacionistas de Duala, su ciudad más importante. La fragilidad crónica del yugo germano era evidente. Dado su escaso número en comparación con el de los africanos (en el Camerún había menos de dos mil pobladores y funcionarios), los alemanes no podían aspirar sino a crear «islas de poder» en sus colonias. Los indígenas no aceptaron por completo su soberanía en ninguna de ellas: su exclusión de hecho de las esferas política y pública abocó a la administración alemana a la condición de autoridad extraña.

Esto los llevó con frecuencia a unirse en la resistencia, y así, por ejemplo, tras la rebelión Maji Maji, el gobernador de África Oriental reconoció que lo que había comenzado como un motín limitado a unas cuantas «tribus semisalvajes» acabó por trocarse «en una especie de lucha nacional contra el gobierno extranjero». La conducta alemana creaba a veces identidades nuevas, tal como ocurrió en Ruanda, en donde los oficiales coloniales armados con manuales etnográficos transformaron las diferenciaciones sociales entre los hutus y los tutsis en identidades raciales fijas en las que más tarde se asentaría una serie de distinciones legales. El resultado fue lo que algunos historiadores han descrito como una «etnogénesis» en la que más tarde tomarían fundamento las matanzas genocidas de 1994.

Las colonias permitieron asimismo llevar a cabo experimentos científicos que habrían sido impensables en Alemania. El bacteriólogo Robert Koch, ganador del premio Nobel, no tuvo dificultad alguna en inyectar a diario a un millar de indígenas de África Oriental aquejados de tripanosomiasis dosis peligrosamente altas de arsénico en busca de una cura, lo que provocó, como cabía esperar, un número elevado de muertes entre los sujetos de su estudio. De hecho, las ideas relativas a la diferenciación racial y la «inferioridad» hereditaria recibieron un empuje colosal por las investigaciones eugenésicas emprendidas por científicos como Eugen Fischer y ayudaron a generar y popularizar las tesis raciales que luego pondrían en práctica los nazis. Espectáculos como la Exposición Colonial de Berlín de 1899, junto con la representación de un pueblo africano en el Tierpark Hagenbeck, zoológico hamburgués de gestión privada, influyeron en la formación de un sentimiento popular de superioridad racial.

Hubo quien concibió las colonias como laboratorios de modernidad en las que poder construir ciudades nuevas sin consideración alguna para con los derechos de los propietarios de tierras indígenas. En ellas cabría emplear la ciencia racial para crear un nuevo orden social en lugar de las caducas jerarquías europeas y fundar comunidades modelo basadas en los principios patriarcales tradicionales, socavados a la sazón en Alemania por un movimiento feminista cada vez más activo. El vocabulario y los propósitos de la obra evangelizadora colonial se volvieron a presentar ante la nación alemana como la «misión interior» protestante destinada a sacar a los menesterosos y «haraganes» del «continente negro» de la pobreza y la ignorancia que reinaba en los barrios pobres de las urbes. En 1913 se aprobó una ley nueva que definía la ciudadanía alemana en función no de la residencia (como era habitual en el resto de Europa), sino del origen étnico, y que bebía directamente de las doctrinas raciales elaboradas en las colonias. Los nacionalistas germanos comenzaron a considerar a los polacos y los eslavos pueblos inferiores en este sentido, y dejaron de hablar de la «misión civilizadora» de su nación en la Europa Oriental a medida que la creencia en la posibilidad de convertir a las gentes de Polonia en alemanes de provecho comenzó a dar paso al convencimiento de que su

carácter racial, como el de los africanos, hacía imposible cualquier redención.

¿Quiere decir todo esto que existe un vínculo directo entre el imperio colonial y el Holocausto? Pese a todas las similitudes manifiestas que se dan entre el genocidio de los hereros y los ñamas, por una parte, y el exterminio de los judíos de Europa cuando aún no habían transcurrido cuarenta años, por la otra, lo cierto es que hay también diferencias de relieve: aunque no cabe dudar de la existencia de campos de concentración en África del Sudoeste, ninguno de ellos estaba, como el de Treblinka, consagrado exclusivamente a la aniquilación de los integrantes de una minoría racial. Los nazis tenían a los judíos por una amenaza mundial, en tanto que los africanos, como los eslavos, constituían un obstáculo local al que había que subyugar o eliminar a fin de hacer sitio a los colonos germanos. Si bien la ideología del nacionalsocialismo se hallaba influida por la experiencia colonial, sobre todo en lo que respecta al ámbito de la raza, los ejemplos de continuidad personal fueron pocos, pese a lo que puedan hacer pensar los casos del padre de Hermann Göring, el primer gobernador de África del Sudoeste; Franz Ritter von Epp, quien sirvió con Trotha en la guerra contra los hereros y llegó más tarde a gobernador nazi de Baviera, o Viktor Boettcher, vicegobernador del Camerún y con el tiempo alto funcionario estatal de una de las porciones de Polonia ocupadas por los nazis.

La guerra genocida de Trotha representó una excepción en la historia colonial de Alemania, y debió más a las doctrinas racial y militar de su autor que al carácter general del colonialismo alemán. Entre 1939 y ¹945 no se dio en la Europa Oriental nada comparable a la sedicente misión de modernización y civilización consagrada en los programas educativos, económicos y religiosos adoptados en la fase última de la dominación colonial alemana. Hizo falta el influjo deshumanizador de la primera guerra mundial —que también formaba parte del impacto del colonialismo sobre Europa— para tornar la violencia política en un rasgo endémico de la vida alemana entre las décadas de 1920 y 1930 y convertir en nazis a hombres como Boettcher. El colonialismo germano sí parece haber tenido una concepción racista más sistemática y una puesta en práctica más brutal y

violenta que el de otras naciones europeas; pero eso no lo convierte en inspirador del Holocausto.

Así y todo, la guerra de los hereros ha ido a pervivir en la memoria del público alemán de nuestros días en mayor medida que cualquier otro aspecto del colonialismo como representación y precursor del Holocausto, y ha dado pie a debates apasionados sobre cuál es el mejor modo de conmemorarla. En ningún otro lugar se ha vivido la polémica con más pasión que en el puerto comercial de Bremen, en donde, en un parque no muy extenso situado tras la estación principal del ferrocarril, se erige un elefante de ladrillo de diez metros de altura a cuyo lado pasan caminando a diario turistas y ciudadanos que van a su trabajo. El monumento, creado en los años finales de la República de Weimar, se concibió como estilizada conmemoración del colonialismo alemán y recordatorio de su historia. En el pedestal hay dispuesta una serie de placas de terracota con el nombre de cada una de las antiguas posesiones. Los discursos que se pronunciaron ante la nutrida multitud que se congregó en derredor de la estatua el 6 de julio de 1932, día de su inauguración, celebraban los logros de aquella época y exigían la devolución de las colonias perdidas.

Contra todo pronóstico, el elefante sobrevivió a la segunda guerra mundial sin daño alguno, aunque las diversas inscripciones que rodeaban la base se retiraron de inmediato después de 1945. Llegado 1982, durante el quincuagésimo aniversario de su construcción, se había convertido en una imagen muy embarazosa, más aún en vista de la continuada dominación de Namibia por parte de una Sudáfrica sometida al régimen segregacionista. En 1988, la rama local de la organización juvenil del sindicato IGM colocó en las inmediaciones una placa en la que se leía: «Por los derechos humanos, contra el apartheid». Dos años después se declaró oficialmente al elefante «monumento anticolonial» aun cuando nadie ignoraba cuál había sido su propósito original. Cuando Namibia obtuvo la independencia, el alcalde de Bremen organizó una celebración en torno a la escultura, y en 1996, el presidente namibio Sam Nujoma desveló una nueva inscripción: «A la memoria de las víctimas del gobierno colonial alemán en Namibia (1884- 1914)», durante una visita de estado. Hoy, el elefante recibe los cuidados de una sociedad reconocida oficialmente por su dedicación a la tolerancia, la creatividad y la convivencia de culturas. Una placa de bronce

recuerda a los visitantes cuál fue el pasado de la estatua, cerca de la cual se ha levantado un modesto homenaje a los hereros y los ñamas a modo de «antimonumento».

# 2 IDEAR EL IMPERIO

HACE unas cuantas décadas, los historiadores que buscaban las raíces remotas de la teoría y la práctica del nazismo investigaron los casos de ruptura y continuidad del pasado alemán: la revolución fallida de 1848; el bloqueo de la política democrática tras la unificación de 1871; la dominación continuada de las minorías aristocráticas sobre una clase media abúlica en lo social y lo político; el poder arraigado de la tradición militar prusiana, caracterizada por su actitud autoritaria y beligerante… Todo, en resumidas cuentas, lo que a su decir había distinguido a Alemania de otras potencias europeas de relieve llegada la primera guerra mundial y la había situado en una «trayectoria particular» hacia la modernidad que acababa no en la creación de un sistema político democrático y una sociedad abierta que avanzasen de la mano de la economía industrial, sino en la aparición y el triunfo del Tercer Reich.

Semejantes argumentos habían quedado desacreditados en la década de 1990, cuando quedó demostrado que las clases medias de la Alemania imperial, lejos de ser apáticas, habían tenido una cultura política activa y comprometida, y que cuando estalló la Gran Guerra, su selecta aristocracia había perdido la mayor parte de su poder. También quedó claro que la revolución de 1848 había transformado la cultura política de Alemania en lugar de restaurar el antiguo régimen. Las comparaciones con otros países revelaron deficiencias similares en lo tocante a apertura y movilidad social en el Reino Unido, tendencias al autoritarismo comparables en Francia, una preponderancia semejante del sector militar en Austria, etc. Y sin nada semejante a una «trayectoria particular» nacional de la unificación al nacimiento del Tercer Reich, ¿hacia dónde debían mirar los historiadores?

En los últimos años se ha hecho cada vez más evidente que para dar con la respuesta resulta imprescindible ampliar nuestras miras y considerar la historia de Alemania no en un contexto nacional y ni siquiera europeo, sino en el de los acontecimientos ocurridos en el mundo y, sobre todo, en las colonias a partir de la época victoriana. Quizás esta visión del pasado alemán no es posible sino en un tiempo como el nuestro, en el que se ha tomado plena conciencia de la globalización en cuanto fenómeno contemporáneo. Y lo cierto es que ha dado pie a un buen número de interpretaciones nuevas de gran significación y generado una cantidad creciente de estudios relevantes que vinculan la relación que mantenía Alemania con el mundo durante el siglo XIX a su empeño en dominarlo durante el régimen nazi. Ahora, estos estudios han quedado reunidos en Naq, empire (201o), síntesis tan enérgica como convincente que firma Shelley Baranowski, conocida hasta ahora por obras más especializadas como, en particular, el excelente volumen que dedicó a la organización nazi de trabajo y ocio Fuerza Mediante el Placer.

La historia de Baranowski comienza a mediados de la década de 1880, cuando Bismarck dio a regañadientes el visto bueno a la instauración de protectorados coloniales a fin de granjearse el apoyo de los diputados del Partido Nacional Liberal y el Liberal Conservador. El canciller recelaba del compromiso financiero y político que llevaba aparejado el proceso completo de colonización; pero los imperialistas entusiastas, los mercaderes y los aventureros no tardaron en superar sus suspicacias, y llegado 1890, cuando se vio obligado a abandonar el cargo, Alemania poseía ya un imperio de ultramar en toda regla. No era, todo sea dicho, para tirar cohetes: el reparto de África había dejado al Reich con poco más que las sobras de cuanto habían tomado británicos y franceses: Namibia, el Camerún, Tanganica, Togo y, en otras partes del planeta, Nueva Guinea y un conjunto diverso de islas del Pacífico, como Nauru o el archipiélago de Bismarck. Los nacionalistas de nueva generación, que no estaban de acuerdo con la precariedad a la que se había circunscrito el nuevo Reich, se quejaban de tener un imperio comparable a los de la España y el Portugal de finales del siglo XIX, muy poco dignos de una potencia europea de primer orden.

Además, de las pocas colonias que poseía Alemania, había más de una que había resultado peculiarmente difícil de gobernar. El régimen colonial

respondía en estos casos con medidas en extremo contundentes. La doctrina militar prusiana, que tenía por objetivo principal de los enfrentamientos bélicos la total destrucción de las fuerzas del enemigo, fue a enredarse en las colonias con el racismo y el miedo a las tácticas de guerrilla para crear una mentalidad genocida que respondía a los disturbios y alzamientos con estrategias de aniquilación total que incluían métodos tan despiadados como el de matar de hambre a números ingentes de nativos: en Tanganica murieron así 150.000 indígenas hehes, y durante la sublevación Maji Maji, 300.000 personas. Peor aún fue el exterminio en Namibia del 60 por 100 de los hereros y los ñamas. A muchos de ellos los llevaron al desierto sin víveres. Envenenaron sus pozos y requisaron su ganado para hacer que acabaran con ellos la enfermedad y la desnutrición. Tras la victoria se instauró un régimen segregacionista con leyes y regulaciones que prohibían el mestizaje y reducían a los africanos a la condición de obreros mal pagados.

Con todo, los alemanes habían puesto ya la mira en la adquisición de nuevas colonias. ¿Adónde habían de ir a buscarlas? Después de adoptar el káiser Guillermo II un papel protagonista en la planificación política, Alemania emprendió en 1898 la construcción de una flota de guerra colosal. Al centrar su atención en los acorazados pesados en lugar de en los cruceros ligeros y móviles, el creador de dicha Armada, el almirante Von Tirpitz, adoptó la estrategia arriesgadísima de provocar —o mostrarse dispuesto a provocar— en el mar del Norte un enfrentamiento semejante a la batalla de Trafalgar que amenazara con derrotar o paralizar a los británicos, cuya hegemonía marítima se tenía por el principal obstáculo a la gloria imperial de Alemania, y los obligara a avenirse a extender el imperio germano de ultramar. Se adoptó entonces un «programa político mundial» beligerante destinado a promover la posición de su imperio y garantizarse una tierra de promisión comparable a la que poseían otras potencias europeas. No hubo que esperar mucho para que empezaran a brotar pasiones imperialistas irrefrenables de entre la inquieta maleza de los grupos de presión.

La atención de estos se dirigía tanto a Europa como a ultramar. Alemania poseía una porción considerable de Polonia, anexionada en el siglo XVIII, y el Gobierno comenzó a alentar a los germanos étnicos a asentarse en regiones dominadas por gentes de habla polaca. Así y todo, los

130.000 que se trasladaron a la zona durante el período imperial no bastaron, en absoluto, para sustituir a los 940.000 germanos étnicos que emigraron hacia poniente entre 1886 y 1905 en busca de una vida mejor. Descontentos con esta situación, los nacionalistas radicales comenzaron a exigir una guerra en el Este destinada a conquistar a los eslavos y librar a los millones de germanohablantes que vivían en la Europa Oriental de la «rusificación» y «hungarización» mediante su incorporación a un Reich agigantado. La influyente Liga Pangermana llegó más allá y presionó al Gobierno para que considerase la anexión de los Países Bajos, Flandes, Suiza, Luxemburgo, Rumania y el Imperio de los Habsburgo, tenidos todos por territorios «alemanes», y negara los derechos civiles a la diminuta minoría judía de Alemania. Una vez lograda la dominación de Europa, la expansión del imperio de ultramar caería por su propio peso.

Ante semejantes influencias, el darwinismo social fue adquiriendo un peso cada vez mayor en los círculos gubernamentales y propagando la concepción de las relaciones sociales como lucha entre razas —germánica, eslava, latina…— por la supervivencia y posterior dominación. De aquí se deducía que Alemania tenía el deber de hacerse con un imperio colonial de grandes dimensiones. Sin embargo, los dos partidos políticos de mayor representación, el Socialdemócrata, de orientación marxista, y el de Centro Católico, que condenaban las atrocidades cometidas por la nación en ultramar entre 1905 y 1906, seguían oponiéndose a la ideología colonial. En 1913, estas agrupaciones consiguieron, junto con los liberales de izquierda, evitar la introducción en Alemania de medidas contrarias al mestizaje apelando al carácter sagrado del matrimonio (en el caso de los católicos) y al carácter universal de los derechos humanos (en el de los socialistas y liberales). No obstante, la Ley de Ciudadanía resultante definía esta, a diferencia del resto de las naciones de Europa, en virtud no de la residencia sino de la «comunidad de descendencia».

Cuando comenzaron a darse amenazas de guerra en 1914, la presión de los de la Liga Pangermana facilitó —cuando menos— la participación del Gobierno, en tanto que la creencia en el darwinismo social de algunos de los protagonistas debilitó la voluntad de dar con una salida pacífica a la crisis. Una vez que estallaron las hostilidades, el Gobierno formuló un programa secreto que apuntaba a una serie de adquisiciones territoriales de

relieve y al sometimiento de la mayor parte de Europa, así como a la toma de las posesiones francesas y portuguesas del África subsahariana. Aunque estas pretensiones superaban con creces las del Reino Unido y Francia, los más exaltados del Gobierno, llevados por el estancamiento militar en el oeste, la talasocracia de los Aliados y la creciente escasez alimentaria de la nación, exigieron anexiones más ambiciosas aún.

Mientras, la administración alemana de las zonas ocupadas de Europa se volvió todavía más implacable al mismo tiempo que los militares hacían más marcada su dominación de la propia Alemania. Tras la Revolución bolchevique de 1917 y la capitulación de los rusos mediante el Tratado de Brest-Litovsk en marzo del año siguiente fueron a parar a Alemania y su aliado turco más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados y cincuenta millones de personas, junto con la mayor parte del carbón, el hierro y las reservas de petróleo de Rusia. Un millón de soldados alemanes ayudaron a imponer una inflexible dictadura militar en las áreas ocupadas, que se extendían desde Estonia, al norte, hasta las zonas de interior del nordeste del mar Negro, al sur, pasando por partes colosales de Bielorrusia y Ucrania. La explotación económica y la brutal represión de movimientos nacionalistas llevaron aparejada la imposición de un nuevo orden racial que suponía el trato explícito de los habitantes de la región como ciudadanos de segunda y que constituyó un presagio del régimen que impondrían los nazis un cuarto de siglo más tarde.

En el tratado de paz que siguió a la derrota de 1918, Alemania perdió todas sus colonias de ultramar, el 13 por 100 del territorio que poseía en Europa (incluidas Alsacia-Lorena, en favor de Francia, y ciertas regiones del Este que pasaron al recién creado Estado de Polonia) y casi todo su equipamiento militar. Se limitaron sus fuerzas armadas a cien mil soldados y el Gobierno tuvo que avenirse a pagar en las décadas siguientes ingentes sumas de dinero para reparar el daño económico causado por la guerra. Estas condiciones causaron incredulidad y más tarde indignación entre el público general. Al cabo, la guerra había acabado estando aún en suelo extranjero los soldados alemanes, y la derrota militar había distado de ser completa. Además —y este es un dato que pasan por alto a menudo los historiadores— las tropas británicas y francesas ocuparon Renania durante la mayor parte de la década de 1930, y recordaron con ello constantemente

a Alemania su sometimiento a las potencias extranjeras. En 1923, ante un retraso en los pagos de las compensaciones, Francia envió una fuerza expedicionaria a la región industrial del Ruhr a fin de tomar recursos de relevancia que causaron un mayor resentimiento.

Aun así, cabe preguntarse si todo esto equivale, como sostiene Baranowski, a la «colonización» de Alemania por parte de los Aliados. Los ataques de la propaganda alemana a la ocupación del Ruhr se centraron sobre todo en la profanación racial que supuso el empleo por parte de Francia de soldados procedentes de sus colonias africanas. Con todo, a mediados de la década de 1920 se habían apaciguado los furiosos enfrentamientos entre fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias que habían hecho habitual el uso de ametralladoras y carros de combate en las calles de las ciudades más importantes de Alemania en la posguerra inmediata, y la economía había logrado cierta estabilidad. La capacidad de negociación de Gustav Stresemann, veterano ministro de Asuntos Exteriores, propició la readmisión del país en la comunidad internacional, la renegociación de las reparaciones y la retirada de las tropas de ocupación. Apenas hay indicios de que el común de los alemanes tuviese la impresión de que su nación estuviera siendo «colonizada»: solo entre los antisemitas extremos se daba el convencimiento de que la República de Weimar estaba dominada por una conspiración judía internacional, y ni siquiera en este colectivo solía hablarse de colonización. Además, no debe caer en el olvido que los resultados del Partido Nazi en las elecciones de 1928, en las que apenas obtuvo el 3 por 100 de los votos, lo llevaron a disimular su violento antisemitismo en elecciones siguientes. Los disturbios antijudíos de los años de posguerra estuvieron menos generalizados y fueron menos representativos de la opinión pública de lo que da a entender Baranowski.

Hubo que esperar a que la depresión de principios de la década de 1930 arrastrase a bancos y negocios a la bancarrota y dejara sin empleo a más de la tercera parte de la fuerza laboral para que obtuvieran los nazis el apoyo de las masas, y a que llegasen al poder en calidad de socios de coalición de las minorías selectas conservadoras —quienes pretendían que el pueblo legitimara sus planes de destrucción de la democracia de Weimar— para que volvieran a desvelar su antisemitismo visceral y comenzaran a ponerlo en práctica en una serie de decretos y leyes respaldados por guardias de

asalto que usaban la violencia contra quien se opusiera al nacionalsocialismo, sobre todo si se trataba de gentes de izquierda. A esas alturas, la idea de un imperio alemán había quedado dominada no por las colonias de ultramar, que durante los años de la República de Weimar no habían preocupado sino a una minoría impotente de grupos de presión, sino por la visión de un imperio europeo construido sobre las vivencias de la primera guerra mundial pero llevado mucho más allá.

Aun así, los recuerdos del imperio transoceánico de Alemania no se apagaron, y de hecho, hasta cobraron nueva vida entre los nazis.

¿En qué grado configuró la experiencia colonial los planes de exterminio que puso en marcha Hitler? Baranowski aborda esta cuestión fundamental de un modo sutil y equilibrado, evitando parte de los excesos de los defensores más vehementes de la tesis continuista, de la que, sin embargo, conserva ciertos elementos centrales. Los nazis crearon durante la primera mitad de 1933 cientos de campos de concentración en los que recluyeron a más de cien mil de sus oponentes políticos, a los que usaron como mano de obra esclava y trataron con tanta brutalidad que acabaron con la vida de numerosos centenares de ellos. Sin embargo, aquellos recintos guardaban poca semejanza con los que habían servido para matar de hambre a los hereros en Namibia, y en cualquier caso, la idea de concentrar a poblaciones civiles en campamentos penales no constituía, en absoluto, una invención alemana, sino que databa, cuando menos, de las campañas emprendidas por los estadounidenses contra los indígenas americanos durante la década de 1830.

Si bien los nazis entendían sus campos de concentración como herramientas para luchar contra la insurgencia, su objetivo principal consistía en intimidar y «reeducar» a los oponentes del régimen, a los que se infligía todo género de maltratos hasta que se avenían a abandonar toda resistencia. Casi todos los presos se habían visto excarcelados llegado el año de 1934, cuando se encomendaron las labores de represión política a la policía, los tribunales y el sistema estatal de prisiones. Si existía un precedente colonial, por lo tanto, tal como señala Baranowski, había quedado transformado por completo y debía mucho más a la polarización política que conoció Europa tras la Revolución bolchevique. De hecho, en

torno a aquellas mismas fechas surgieron en la Unión Soviética instituciones similares que no debían nada a ningún precedente colonial.

En este último estado, en cambio, no existía nada semejante a las medidas raciales que adoptaron los nazis y, por ende, cabe preguntarse cuánto deben al pasado colonial de Alemania la imposición de la «higiene racial», las leyes contrarias al matrimonio interracial y las relaciones sexuales entre judíos y gentiles, y la esterilización forzosa de hasta 400.000 alemanes «de estirpe inferior». Tal como argumenta Baranowski con gran poder de persuasión, existieron precedentes llamativos en la legislación contra el mestizaje aprobada en Namibia antes de 1914, la respuesta segregacionista a la insurrección colonial y las medidas más extremas por las que abogaron los de la Liga Pangermana durante los debates entablados en torno a la Ley de Ciudadanía de 1913. «El imperialismo —asevera— unió el miedo que profesaba la burguesía al socialismo y al cruce racial, y que hacía que considerase a los obreros como "nativos".» La descolonización de Alemania de 1919 eliminó las distinciones previas entre derecho colonial y nacional, amén de promover el temor a que la etnia alemana se viera contaminada en sus propios confines por «razas ajenas» como la judía o la gitana. Los conceptos eran los mismos: lo que se radicalizó fue la práctica.

También hubo continuidades personales en muchos ámbitos diferentes, incluidas la medicina, la eugenesia y la antropología racial. Eugen Fischer empleó las investigaciones sobre grupos mestizos que había desarrollado en África del Sudoeste antes de la primera guerra mundial para dar argumentos a la lucha contra la mezcla racial durante el Tercer Reich, período en el que los estudiosos de la medicina que se habían formado en su instituto, como el doctor Josef Mengele de Auschwitz, cumplieron una función de relieve en la aplicación de medidas eugenésicas. Con todo, a la postre tuvieron todas menos peso que los ejemplos de discontinuidad que enumera Baranowski. Rebatiendo de forma convincente la opinión de buena parte de los historiadores recientes, insiste una y otra vez en el lugar central que ocuparon el terror y la violencia en la toma y la práctica del poder por parte de los nazis, que marcó una ruptura crucial con la administración del bienestar y el mantenimiento del orden público de la República de Weimar. El aplastamiento del movimiento obrero, el arresto o exilio de judíos y

funcionarios liberales de salud pública y bienestar, y —bien podría haber añadido— la destrucción de la libertad de prensa acabaron con los principales obstáculos que impedían al Estado poner en marcha sus planes de eugenesia, en tanto que el rápido crecimiento que experimentó la SS —organismo obsesionado con la raza— a las órdenes de Himmler impulsó la aplicación central de medidas como la esterilización multitudinaria de los supuestos enfermos mentales y los discapacitados en una escala que carecía de rival en ninguna otra nación. También fue excepcional el que estas medidas, unidas a la exclusión de los judíos de la vida económica y social por motivos raciales, estuviesen destinadas a dejar el camino expedito a una guerra de expansión imperialista en el Este que durante las hostilidades se fue transformando en una campaña de homicidios multitudinarios en la que los médicos nazis asesinaron a doscientos mil alemanes aquejados de enfermedad mental o invalidez.

La simbiosis entre la campaña racial y la bélica se hizo más manifiesta aún desde 1939. Fundándose en estudios recientes, Baranowski demuestra con detalle que la invasión de Polonia estaba diseñada desde el principio para destruir la nación, ejecutar a polacos y judíos a decenas de millares, sacarlos de sus hogares, expropiar sus bienes o —en el caso de los primeros— enviarlos a Alemania a fin de emplearlos como mano de obra forzada. Los alemanes eliminaron casi por completo cualquier distinción entre combatientes y paisanos, y abandonaron todo empeño en respetar el derecho bélico y las convenciones marciales que, salvo raras excepciones, acataron en el frente occidental. Tanto la SS como los soldados regulares tenían a los polacos por salvajes, y a los judíos por seres de una especie inferior. Todo esto se repitió a mayor escala tras la invasión de la Unión Soviética de junio de 1941, en la que se verificaron no solo los prejuicios contra los eslavos y los «judíos orientales» que se habían generalizado aun entre la clase obrera antes de 1914, sino también las prácticas comunes entre los conquistadores europeos de territorios coloniales desde la invasión española de América durante el siglo XVI.

Aun así, tal como señala Baranowski, «la expulsión o el asesinato en masa de poblaciones nativas» del escenario colonial decimonónico «respondía a menudo a conflictos fronterizos habidos entre los pobladores europeos y los pueblos indígenas por tierras y recursos». Aunque las

autoridades de las metrópolis imperiales trataban con frecuencia de poner freno a la sed de territorios y mano de obra de los colonos, lo común era que acabasen por tolerar su voracidad y aun se unieran a ella. Hasta la decisión de emprender el genocidio durante la guerra de Namibia la tomó en el lugar mismo de los hechos cierto mando militar que desestimó las reservas del gobernador colonial y de sus superiores berlineses; y de hecho, era frecuente que las atrocidades coloniales provocasen encendidas críticas en la metrópoli. Los nazis, en cambio, se embarcaron en su guerra de subyugación racial y exterminio en el Este sin la menor provocación y sin que mediasen más dudas ni censura que las formuladas por un puñado de oficiales conservadores del Ejército. Además, la coordinaron y dirigieron en todo momento desde el centro y respondiendo a las indicaciones del mismísimo Hitler. No se trata de negar la existencia de disputas en el seno de la minoría selecta nacionalsocialista respecto de la puesta en práctica del proyecto de limpieza étnica y aniquilación, pero sí de poner de relieve la existencia de unas directrices básicas claras que culminaron en el Plan General para el Este, el exterminio mediante el hambre y las enfermedades de al menos treinta y quizás hasta cuarenta y cinco millones de eslavos y la repoblación de la mayor parte de la Europa Oriental con colonos alemanes. Aquí estaba, de hecho, la «tierra de promisión de los nazis», tal como afirma Baranowski.

Los planes concebidos por Alemania respecto de África, resucitados en la década de 1930 cuando Hitler exigió una vez más la devolución de las antiguas colonias, no incluían medidas similares de genocidio. En realidad, de hecho, se diferenciaban muy poco en esencia de los paradigmas europeos convencionales de desarrollo colonial. Los «nativos» tenían que estar, claro, separados de la sociedad de los colonos europeos; pero los administradores alemanes pretendían educar, alimentar y promover la salud de los indígenas africanos al mismo tiempo que desarrollaban la economía colonial con el fin de aumentar la provisión de materias primas y alimento a la metrópoli. Esto se debía en parte a que los nazis no consideraban África como destino fundamental de asentamiento de los alemanes, y también a que entendían que dicho continente no suponía amenaza alguna comparable a la que atribuían a los eslavos y, sobre todo, a los judíos. La destrucción de estos dos últimos colectivos iba ligada en el ideario nacionalsocialista a la

purificación y consolidación de la raza germana en sí misma, cosa que no ocurría en el ámbito de las colonias. De hecho, las unidades de la SS llegaron a recorrer la Europa Oriental en busca de niños rubios y de ojos azules «racialmente valiosos», de los que secuestraron a decenas de miles para darlos en adopción a parejas alemanas y proporcionarles una identidad nueva, y una cosa así habría sido impensable en el África colonial. Por último, la política que se siguió en la región oriental de Europa estuvo impulsada cuando menos en parte por la necesidad inmediata de garantizar una provisión adecuada de alimentos para la propia Alemania, cuya agricultura no bastaba, ni por asomo, para alimentar al Reich y sus ejércitos. El régimen, por lo tanto, radicalizó una vez más las prácticas imperialistas de otro tiempo o se apartó de ellas en aspectos significativos más que limitarse a mantenerlas.

¿Cómo cabe encajar el exterminio nazi de los judíos dentro del paradigma colonial? Está claro que los nacionalistas radicales de preguerra hicieron casar el antisemitismo con su visión de las relaciones internacionales como una lucha darwinista por la supervivencia y supremacía de las razas. Verdad es que la segregación, deportación y expropiación a las que se sometió primero a los judíos de Alemania y después a los de otras partes de Europa tenían su precedente en las colonias, pero también que el hecho deliberado de registrar todo un continente y, en potencia —tal como se colige de las actas de la conferencia celebrada en Wannsee a fin de tratar la puesta en marcha de la «solución final a la cuestión judía en Europa»—, el resto del planeta en busca de judíos que someter a un exterminio industrializado en cámaras de gas y fosas comunes carecía de precursor alguno.

Baranowski pone en duda con gran sensatez los argumentos de los historiadores que sostienen que los asesinatos masivos perpetrados por los mandos civiles y militares de las colonias alemanas antes de 1914 no solo eran comparables al genocidio nazi posterior, sino que crearon incluso una mentalidad de exterminio que desembocó de manera directa en el Holocausto. Tal como hace constar, hubo otras potencias europeas embarcadas en programas similares, y todas ellas, como Alemania, estaban destinadas a destruir la independencia económica de las poblaciones conquistadas y transformarlas en mano de obra dócil o, en determinadas

regiones consideradas aptas para ello, eliminarlas para obtener territorio que colonizar. Lo que habían concebido los nazis para la Europa Oriental guardaba cierta similitud con esto, y es cierto que en determinados aspectos del proceso los administradores nazis se sirvieron también del trabajo de los judíos para impulsar la economía bélica; pero esto, a la larga, no constituía sino una forma más lenta de lo que ellos denominaban Vernichtung durch Arbeit («aniquilación mediante el trabajo»). En tanto que incluía, sin lugar a dudas, la eliminación genocida de decenas de millones de eslavos, el Plan General para el Este estaba impulsado por imperativos ideológicos que diferían de manera fundamental de los del Holocausto, que había atribuido a los judíos la condición de «enemigo mundial» o Welt-feind: no se trataba de un obstáculo regional conformado por salvajes, sino de una conspiración internacional organizada por un enemigo artero y despiadado resuelto a destruir por completo la nación alemana.

Estos argumentos están llamados a debatirse extensamente en el futuro. Aunque Baranowski se ha propuesto escribir un manual, ha publicado algo mucho más importante: una síntesis hábil y bien matizada de algunas de las ideas más productivas que se han ofrecido en los últimos años en el debate relativo a los orígenes del nazismo y el extremismo nacionalsocialista. Influidas por las preocupaciones de nuestro tiempo, estas no se centran tanto en el cómo y el porqué de la ascensión de los nazis como en los hechos que protagonizaron una vez en el poder, y sobre todo durante la guerra. Desde este punto de vista, abordan una serie de cuestiones bien diferentes de las que plantea la tesis antigua de la «trayectoria particular». Con todo, el libro de Baranowski les confiere relieve; expone sus aciertos y sus yerros con sutileza y refinamiento, y constituye una lectura obligada para cualquiera que se interese en la vía calamitosa y exterminadora que enfiló la historia alemana en el siglo XX.

# 3. LA DERROTA DE 1918

EN noviembre de 1918, tras más de cuatro años de trincheras, Adolf Hitler se hallaba en un hospital alejado del frente aquejado de ceguera temporal por causa de un ataque con gas. Mientras se recobraba supo de la rendición de Alemania y del derrocamiento del káiser. «Una vez más —escribiría después—, se me puso todo en negro ante los ojos.»

> Así que todo había sido en vano —proseguía—: los sacrificios y las privaciones, en vano; el hambre y la sed de meses con frecuencia interminables, en vano; las horas en las que cumplimos con nuestro deber pese a tener el corazón atenazado por un terror mortal, en vano, y en vano también la muerte de dos millones… ¿Para eso habían caído en la tierra de Flandes muchachos de diecisiete años? ¿En eso quedó el sacrificio hecho por la madre alemana a la patria al dejar marchar con el corazón dolorido a sus hijos para no volver a verlos más?

Como otros muchos de cuantos vivían en Alemania, Hitler se esforzaba en dar con una explicación para el aparente desmoronamiento repentino de la nación. ¿Cómo podía haberse torcido todo tanto y con tanta rapidez?

La derrota resultaba aún más desconcertante cuando apenas unos meses antes, durante la primavera de 1918, todo había parecido indicar que el káiser tenía la victoria al alcance de la mano. Después de años de estancamiento, la guerra había sonreído de pronto a Alemania. A principios de 1917, los germanos habían optado por consagrarse sin restricciones a la guerra submarina —contra buques civiles—, y sus embarcaciones sumergibles estaban hundiendo una media mensual de más de medio millón

de toneladas de naves que transportaban provisiones al Reino Unido. Los estadounidenses habían entrado en guerra como consecuencia, pero estaban tardando mucho en movilizarse. Los soldados aliados estaban cansados del conflicto, y los motines que se daban a menudo en el ejército francés (y en los que llegaron a participar cuarenta mil soldados) recordaban con crudeza lo frágil de su moral. En octubre de 1917, los refuerzos alemanes permitieron al ejército austrohúngaro hacerse con una victoria de consideración en Caporetto, en donde se rindieron 265.000 italianos mientras que otros 400.000 huyeron en desbandada y las fuerzas que los perseguían avanzaron ochenta kilómetros en poco más de dos días.

Más importancia aún revistió la salida de Rusia de las hostilidades a causa de la Revolución de Octubre y la desintegración del ejército zarista, que permitió a los alemanes reubicar cantidades ingentes de soldados hasta aumentar las fuerzas que combatían en el frente occidental de 3.250.000 a más de cuatro millones llegado el mes de abril de 1918. Paul von Hindenburg, el general impasible que sustituyó de hecho al káiser como protagonista de la campaña bélica germana tras abandonar la reserva y obtener victorias espectaculares en las líneas orientales en un estadio anterior del conflicto, y Erich Ludendorff, adjunto del jefe de estado mayor y verdadero artífice de dichos triunfos, decidieron sacar provecho de la sólida posición de Alemania lanzando un abrumador ataque final a los ejércitos aliados de Occidente.

La Operación Michael, como la denominaron, se sirvió de una táctica de la artillería nueva y eficaz por demás, consistente en hacer puntería en los cañones y puestos de mando del enemigo antes de poner en marcha una «cortina de fuego rodante», una descarga móvil que precedía el avance de la infantería y obligaba al enemigo a mantenerse a cubierto hasta poco antes de tener encima a los alemanes. Con una superioridad de más del doble de hombres y piezas de artillería, el ejército germano lanzó su ataque el 21 de marzo y disparó aquel primer día más de tres millones de balas de cañón, que dejaron maltrechos los puestos de mando y las baterías del enemigo ubicados hasta a cincuenta kilómetros del frente en el mayor bombardeo de artillería de todo el conflicto. Cuando la infantería germana invadió a manadas las trincheras de los Aliados en un avance que en muchos lugares se encargó de ocultar una densa niebla, los británicos y franceses se vieron

obligados a retroceder a lo largo de un frente de ochenta kilómetros de ancho. Ambos contendientes sufrieron más pérdidas que en ningún otro día de las hostilidades. El 9 de abril se emprendió con igual éxito otra acometida de gran envergadura más al norte, seguida de un avance hacia París que hizo cundir el pánico en la ciudad. En un lapso de tiempo relativamente breve se había abandonado la situación de punto muerto en que había estado sumido el frente occidental. Las autoridades militares aliadas se hallaban traumatizadas, y a finales del mes de junio, Hindenburg y Ludendorff estaban en posición de celebrar toda una serie de victorias imponentes. Sin embargo, poco más de tres meses después, el mando alemán estaba pidiendo la paz. ¿Cómo pudo ocurrir algo así?

La primera explicación tiene que ver con el espionaje militar. Ambos lados se sirvieron de los métodos tradicionales durante todo el conflicto: la obtención de datos procedentes de prisioneros de guerra y de documentos y pertrechos capturados, la observación de las líneas enemigas y el envío de agentes para que allegasen información más allá de estas. Los Aliados, además, recurrieron al reconocimiento aéreo y la interceptación —y desciframiento en caso de ser necesario— de mensajes telefónicos y, cada vez en mayor medida, radiados. Aunque no habían previsto la ofensiva primaveral, se encontraban bien preparados para hacer frente al ataque final que emprendieron los alemanes el 15 de julio, en tanto que estos no llegaron a crear nunca una red eficaz de espionaje tras las líneas del enemigo, carecían de la capacidad necesaria para descodificar sus comunicaciones y caían con facilidad en engaños y amagos.

En segundo lugar, la guerra que se libraba en el aire había empezado a esas alturas a tener por ganadores a los Aliados. Se había extendido mucho más allá del frente, y aunque en 1916 los fuegos antiaéreos los habían llevado a abandonar las incursiones protagonizadas sobre Londres por sus dirigibles, los alemanes habían desarrollado ya bombarderos de gran tamaño como el Gotha y, sobre todo, el Giant, un monstruo de 42 metros de envergadura y construcción tan sólida que los Aliados no lograron derribar jamás ninguno. En 1917 causaron un daño considerable y obligaron a un cuarto de millón de londinenses a refugiarse cada noche en las instalaciones del metro. En mayo de 1918 atacaron la capital británica 43 bombarderos alemanes, pero aquella fue su última acometida de importancia: la escasez

de materias primas había llegado a tal extremo en Alemania que resultaba imposible producir aeronaves en número suficiente, y las que se construían dejaban mucho que desear y se estropeaban con frecuencia. Llegado el verano, los Aliados estaban fabricando muchos más aviones que los alemanes, quienes solo llegaron a disponer de 18 de los carísimos Giant. Mientras, el Reino Unido y Francia habían iniciado incursiones aéreas sobre Renania, aunque a una escala demasiado pequeña para ser de veras eficaz, sobre todo habida cuenta de la excelencia de las tácticas defensivas del enemigo. En el último año de las hostilidades, los británicos lanzaron 665 toneladas de bombas, aunque fueron muchas las que erraron su objetivo. La importancia real de la guerra aérea se hallaba en el frente, tanto en el de Italia como en los de Francia y Bélgica. A mediados de 1918, la hegemonía de los Aliados en este ámbito impedía a los aviones de reconocimiento germanos averiguar gran cosa de los preparativos de sus ataques, a la vez que permitía a sus propias fuerzas obtener información precisa de cuanto estaba disponiendo Alemania.

El equilibrio de poder también cambió en lo relativo a la guerra química. Pocos de los datos estadísticos que ofrece David Stevenson en With ourbacks to the wall (Londres, 2011), dedicado al desarrollo de la guerra en 1918, impresionan tanto como los que tienen que ver con el uso de gas venenoso. Los alemanes soltaron 52.000 toneladas de este en el frente occidental, el doble que los franceses y tres veces y media lo que los británicos, y mataron o provocaron lesiones a 300.000 soldados frente a las 70.000 bajas que sufrieron ellos por las mismas causas. En el último año del conflicto, Alemania produjo poco menos de veinte millones de bombas tóxicas; de hecho, la mitad al menos de los proyectiles que se emplearon durante la Operación Michael pertenecían a esta clase. Sin embargo, cuando tocaba a su fin la primavera, los británicos habían desarrollado ya una máscara de gas eficaz, y además estaban causando no poco temor en las filas enemigas merced al mortero Livens, concebido para lanzar cilindros cargados de productos químicos contra los que nada podían hacer las caretas alemanas —que, de cualquier modo, no se estaban fabricando en número suficiente por la escasez de caucho—. La producción masiva de gas por parte de los Aliados fue uno de los factores que llevaron a los germanos a pedir la paz.

Llegado el verano de 1918, aquellos también habían cambiado su táctica ofensiva y habían empezado a usar la artillería al objeto no de destruir, sino de neutralizar emplazamientos concretos, cortar alambradas, crear tras las líneas de combate una cortina de fuego que impidiera el envío de refuerzos y enviar unidades móviles a sorprender al enemigo y rebasar sus posiciones. A esas alturas se estaba empleando también un gran número de carros de combate, si bien no podían avanzar sino al paso de la infantería ni tenían combustible para más de 25 kilómetros. Los alemanes se hallaban muy a la zaga en este sentido, y fueron incapaces de producir la cantidad suficiente de vehículos hasta que fue ya demasiado tarde. Aunque se averiaban muy pronto y quedaban destrozados con facilidad por los fuegos de la artillería, causaban no poco pavor entre los soldados alemanes. De hecho, en 1919, Ludendorff incluyó la posibilidad de tener que hacer frente a millares de ellos entre los principales motivos que lo habían llevado a solicitar un armisticio.

En lo económico, el poderío de los Aliados resultó mayor que la combinación de la capacidad productiva de Alemania, el Imperio austrohúngaro y sus socios turcos y búlgaros. Los franceses manufacturaban cantidades ingentes de armamento, tanto que abastecían a la Fuerza Expedicionaria estadounidense de más pertrechos de los que necesitaba, en tanto que los británicos disponían tanto de los recursos de su imperio como de su propia producción. Con todo, era Estados Unidos quien poseía, con diferencia, la economía más sólida, y su suministro de alimento, acero, munición y demás provisiones fueron determinantes para mantener el empuje de los Aliados durante la fase final.

Alemania, por lo tanto, debía centrar sus empeños en destruir las embarcaciones estadounidenses que surcaban el Atlántico para hacer llegar soldados y material a Europa. Los británicos probaron muchos métodos diferentes para salvaguardarlas ante los submarinos enemigos, incluido el de artillar a los mercantes o disimular su contorno con los trazos geométricos de la llamada danle painting («pintura de deslumbramiento»). Sin embargo, el más eficaz de todos con diferencia fue el sistema de convoyes: al enemigo no le resultaba nada fácil hundir a los buques sin incurrir en peligros serios cuando navegaban en grupo y acompañados por globos de observación y destructores armados con cargas de profundidad.

Los sumergibles alemanes de aquel período no eran submarinos de verdad —pues carecían de suministro de aire y apenas podían permanecer mucho tiempo bajo la superficie—, y la de divisarlos y hundirlos era una labor relativamente sencilla. Además, al final, su número era muy escaso para brindarles una victoria decisiva. Por otra parte, eran demasiados los que se averiaban o quedaban dañados y tenían que regresar a duras penas a puerto para que los reparasen, y escaseaba el personal adiestrado con que dotarlos. Los planes destinados a aumentar de forma marcada su producción llegaron demasiado tarde para que sirvieran de algo.

El gobierno alemán desvió cuantos recursos tuvo a su disposición para destinarlos a la industria armamentística y a otras a ella vinculadas, en perjuicio de la agricultura y el abastecimiento alimentario. El bloqueo aliado le impedía importar las provisiones agrícolas esenciales, y llegado 1918, la tasa de mortalidad que se daba entre las mujeres germanas era casi una cuarta parte más elevada que antes de la guerra, dado que el debilitamiento provocado por la desnutrición hacía que sucumbieran con facilidad de neumonía y tuberculosis. Las raciones se hallaban por debajo del mínimo necesario para sobrevivir, y tal situación provocó el florecimiento de un mercado negro de dimensiones colosales, en tanto que las revueltas vinculadas a la alimentación y encabezadas por mujeres y niños sacudieron las ciudades más importantes durante el invierno de 1915-1916. El siguiente, conocido generalmente en Alemania como «el invierno de los nabos» por la pérdida de la cosecha de patata, fue aún peor. La desnutrición mermó la productividad de la industria destinada a mantener en marcha la campaña bélica, y se calcula que mató durante la guerra, de forma directa o a través de enfermedades a ella ligadas, a más de medio millón de paisanos.

Peores aún eran las condiciones que se daban en el Imperio austro-húngaro, en donde los soldados, además de aquejados de inanición en el momento en que emprendieron los italianos su último ataque victorioso en 1918, llegaban al frente en ropa interior y tenían que hacerse con los uniformes de los cadáveres de los compañeros caídos ante ellos. Bulgaria era la que se hallaba sumida en una situación más penosa, y de hecho, lo único que la libró de la hambruna generalizada fueron las remesas de grano enviadas por los estadounidenses tras el armisticio. Fue esta circunstancia la

que llevó a Hitler a hacer figurar entre los objetivos bélicos más relevantes de los nazis la conquista de Ucrania, «la cesta del pan» de Europa. Su nación no pasó tanta hambre durante la segunda guerra mundial como en la primera, pues para ello hizo morir de necesidad en su lugar a millones de ciudadanos del Este.

La depauperación y las enfermedades se hicieron notar en la calidad de los combatientes reclutados en la fase final de las hostilidades. Hitler recordaba que, en los meses de agosto y septiembre de 1918, «los refuerzos que llegaban del país fueron empeorando con rapidez; tanto, que en lugar de reforzar, debilitaban nuestro poder combativo. Los más jóvenes eran en particular inútiles en su mayoría: a veces resultaba difícil creer que fueran hijos de la misma nación que había enviado otrora a su juventud a la batalla de Ypres». La ofensiva alemana de aquella primavera había costado demasiadas vidas: en abril de 1918, sin ir más lejos, los informes hablaban de 54.000 soldados muertos o desaparecidos, y de 445.000 heridos o enfermos. Llegado el mes de julio, el número de cuantos servían en los campos de batalla había descendido en 883.000 respecto del de marzo, y las más de las unidades carecían del personal necesario. Uno de los pocos vacíos de relieve de que adolece la exposición de Stevenson es la insuficiencia con la que aborda el papel representado por los servicios médicos: la fiebre de las trincheras, el tifus, la gangrena gaseosa y muchas otras infecciones, a menudo mortales, se hicieron comunes a medida que avanzaban las hostilidades, y debieron de menoscabar en gran medida la eficacia y la moral de la tropa. Habría resultado interesante disponer de estimaciones relativas a qué lado les hizo frente con más propiedad.

Si los soldados de entre dieciocho y veinte años conformaron el 10 por 100 de las víctimas alemanas en los primeros estadios de la guerra, la proporción se elevó a poco menos del 2 5 por 100 llegado 1918. Bisoños y mal adiestrados, se hallaban desmoralizados por el fracaso de la ofensiva de la primavera. Lo exiguo de las raciones, descrito de forma muy gráfica por la novela de Erich Maria Remarque Sin novedad en el frente, no hizo sino empeorar las cosas. Desde el mes de mayo comenzó a desmoronarse la disciplina, y a partir de julio desertaron o se rindieron 340.000 combatientes, casi tantos como los que murieron a manos del enemigo o por enfermedad durante el mismo período. Sus ánimos sufrieron un desgaste

aún mayor por los millones de folletos propagandísticos que lanzaron sobre las líneas alemanas los globos y los aviones de los Aliados, en los que se ofrecían una alimentación de calidad y buen acomodo a todo aquel que se entregara. Por su parte, el enemigo, al parar primero los pies al avance germano y hacer que se volvieran las tornas a renglón seguido, empezó a sentir un optimismo renovado que fue a estimular aún más la llegada de un número ingente de soldados estadounidenses durante el verano. Llegado el mes de noviembre, los Aliados superaban en número a las Potencias Centrales en el frente occidental conforme a una proporción de casi dos a uno.

Era esta disparidad creciente, sumada al empleo potencial de un vasto ejército de carros de combate, lo que más preocupaba a Ludendorff, y lo que lo empujó a acometer la ofensiva primaveral. Stevenson considera que esta decisión constituyó el mayor error del conflicto, junto con la declaración, poco más de un año antes, de una guerra submarina sin restricciones. Durante la primera guerra mundial, el ataque fue raras veces la mejor defensa. De haber contado con altos mandos más audaces y refinados, el Reich podría haber evitado la entrada en las hostilidades de los estadounidenses. Sin embargo, el káiser Guillermo II era demasiado voluble para garantizar tal cosa, y durante la crisis provocada por la guerra, los generales habían apartado a los dirigentes civiles para hacerse con las riendas de la situación. Stevenson supone que, aun después de la declaración de hostilidades de los norteamericanos, habría sido posible para Alemania firmar con ellos una paz por separado mediante la aceptación de los Catorce Puntos de Wilson y resistir en el frente occidental con soldados transferidos del oriental victorioso. En caso de haberse resuelto de todos modos a atacar, habrían podido obtener mejores resultados de haber dirigido su potencia de fuego contra las líneas de abastecimiento británicas de la Francia del noroeste en lugar de embarcarse en una acometida frontal en el centro. Sin embargo, en 1918 Ludendorff seguía obcecado en perseguir el espejismo de la victoria total.

Stevenson achaca estos desaciertos a la tendencia de Alemania a dejarse «influir en demasía por técnicos formidables consumidos por la soberbia y mal refrenados por políticos cuyo juicio, aunque deficiente, era por lo común superior y que, con todo, no podían depender del emperador». Sin

embargo, Ludendorff era más que un técnico: se trataba de un general por demás politizado. Odiaba la democracia y tenía por traidores a los socialistas, el colectivo político más numeroso de Alemania, por más que estuviesen divididos a la sazón. Su jefe de sección del estado mayor general, el experto en artillería Max Bauer, dedicó su tiempo libre a escribir un tratado inconexo que defendía la poligamia y presentaba la guerra como expresión suprema de la necesidad masculina de gobernar el mundo a través de lo que llamaba «destumefacción». Ludendorff era un general moderno, pero esta condición iba en él ligada a otra forma no menos adelantada de política que podría calificarse con propiedad de protofascista.

En agosto de 1918, durante un ataque emprendido por sorpresa contra Amiens por los Aliados, las tropas germanas «se rindieron sin reservas y en número elevado sin que mediara enfrentamiento serio alguno», al decir de los observadores enemigos. Ludendorff, tal como asevera Stevenson, comenzó a temer que, de continuar así la situación, iba a resultar «imposible confiar al Ejército la represión nacional». Sentía «atracción por los planes destinados a ensanchar el Gobierno y atribuir la culpa a quienes habían promovido durante tanto tiempo la agitación contra la campaña bélica». Este, por supuesto, sería solo un recurso temporal, pues tan pronto se firmara la paz volvería al poder el antiguo régimen. En octubre se constituyó un gobierno cuasidemocrático encabezado por el liberal Max von Badén que contaba con el apoyo de los partidos mayoritarios del Reichstag. Ludendorff declaró su entusiasmo por proseguir la guerra submarina, pero el nuevo gabinete lo obligó a dimitir mediante la amenaza de disolverse (lo que supuso un giro de ciento ochenta grados respecto de la táctica por la que el militar había obtenido cuanto había deseado de administraciones previas). En consecuencia se entablaron al fin las negociaciones relativas al armisticio.

Cuando se supo que Alemania tenía intenciones de pedir la paz, el Ejército se desintegró. Los soldados comenzaron, sin más, a volver a sus hogares. En Kiel, el mando naval ordenó a la flota que se hiciese a la vela a fin de salvaguardar su honor —gravemente dañado tras haber permanecido fondeada la mayor parte de la guerra— con un último ataque a la Armada británica. No cabe sorprenderse de que las tripulaciones se amotinaran, arrestasen a sus oficiales y se organizaran en consejos de obreros y marinos.

Había comenzado la Revolución alemana. Poco después se tradujo en la abdicación del káiser y la formación de un consejo revolucionario que tras unos pocos meses dio paso a la República democrática de Weimar. El nuevo régimen se vio obligado, conforme a las esperanzas de Ludendorff, a firmar el Tratado de Versalles, considerado por la generalidad una humillación nacional. Poco después, en marzo de 1920, trató de regresar el antiguo régimen mediante la toma de Berlín por parte de soldados bien armados y políticos y burócratas reaccionarios, que sin embargo, se vieron derrotados de forma ignominiosa por una huelga general. En 1923, Ludendorff tomó parte en el Putsch de la Cervecería, dirigido por Adolf Hitler y un Partido Nazi aún en pañales.

Las naciones aliadas acogieron con gran júbilo la noticia de la victoria. Reinaba en ellas el convencimiento de que aquella había sido la guerra que acabaría con todos los conflictos bélicos, pero los más informados no estaban tan seguros. El día de la firma del armisticio, la hija del dirigente francés Georges Clemenceau le dijo:

—Dime que estás feliz, papá.

—No puedo —repuso él—, porque no lo estoy. Todo esto no va a servir de nada.

Y así fue.

La exposición que ofrece David Stevenson de dichos acontecimientos resulta absorbente y muy acreditada. Aun así, el libro peca en cierto sentido de anodino: apenas recoge citas, y los esbozos biográficos que ofrece parecen sacados de obituarios oficiales. Sin embargo, la experiencia que el pueblo tuvo de la guerra revistió una importancia fundamental. Mientras yacía en el hospital, afanándose por dar con una explicación al fracaso de Alemania, Hitler recibió —según refiere en Mein Kampf— una revelación como un fogonazo cegador: Alemania, en realidad, no había sufrido derrota alguna, sino que sus ejércitos victoriosos habían recibido una puñalada por la espalda asestada por revolucionarios judíos que operaban desde un frente interno. Las huelgas y las manifestaciones que habían fomentado los traidores eran lo que había socavado y destruido a la postre la campaña bélica. «Con los judíos no cabe hacer pactos: solo un lo tomas o lo dejas sin paliativos —concluía—. Yo, por mi parte, decidí dedicarme a la política.»

Como otros muchos elementos de Mi lucha, esta declaración constituía un modo de suavizar una situación más compleja, y aún habrían de darse muchas vueltas y revueltas antes de que, al año siguiente, Hitler se presentara convertido en político de extrema derecha. Sin embargo, mucho antes de llegar al poder había asumido como misión personal la de volver a combatir la primera guerra mundial, aunque esta vez con un final diferente. El Tercer Reich se encargaría de recrear el «espíritu de 1914», la mítica comunidad nacional de todos los alemanes en apoyo a la patria, y destruir a los enemigos de Alemania: los judíos. La próxima vez, Alemania iba a seguir luchando hasta el final.

# 4. WALTHER RATHENAU

LA mañana del 24 de junio de 1922, el ministro alemán de Asuntos Exteriores Walther Rathenau salió de su domicilio del arbolado barrio residencial berlinés de Grunewald para ir a trabajar, tal como solía hacer cuando estaba en la capital. Dado que hacía buen tiempo, pidió a su chófer que tomase la limusina negra descubierta, y ocupó sin compañía el asiento trasero. No acostumbraba tomar medidas de precaución, usaba a diario la misma ruta y había declinado la protección policial que le habían ofrecido. En el momento en que el vehículo reducía la velocidad a fin de tomar una curva y unirse a la vía principal, hizo ademán de rebasarlo un turismo mayor y también abierto llegado de una bocacalle. En la parte de atrás había dos hombres ataviados de forma un tanto extraña con largos abrigos de cuero y cascos de piel que apenas dejaban su rostro a merced de los elementos.

Al situarse a su altura, el recién llegado moderó la marcha para emparejarse con el cupé y obligarlo a echarse a un lado. Al alzar la vista alarmado el ministro, uno de los pasajeros del otro automóvil se inclinó hacia delante, tomó una pistola automática de cañón largo y, colocándosela bajo la axila, disparó una ráfaga rápida. El chófer de Rathenau detuvo el coche y empezó a pedir ayuda a gritos. En ese instante se oyó una sonora explosión provocada por una granada de mano que acababa de arrojar el otro asesino vestido de cuero a la parte de atrás del vehículo agredido, que dio un salto en el aire. Una enfermera que pasaba por las inmediaciones corrió al lugar del atentado y tomó en sus brazos al funcionario moribundo mientras el conductor los llevaba a la comisaría más cercana. Sin embargo, no pudo hacerse nada por él.

Los magnicidas, Erwin Kern y Hermann Fischer, condujeron hasta una bocacalle, se deshicieron de su atuendo de cuero y de la pistola y se alejaron con calma mientras pasaban a su lado a gran velocidad los coches de policía que se dirigían al lugar del crimen. Los agentes del orden emprendieron de inmediato la mayor persecución de que hubiese tenido jamás noticia Alemania. La nación quedó plagada de carteles de busca y captura, y las fuerzas policiales de todas partes recibieron las descripciones que de aquellos habían hecho los testigos. Los fugitivos pusieron rumbo al castillo sajón de Saalek, cuyo conservador simpatizaba con su causa; pero la policía los localizó, y durante el tiroteo que entabló con ellos abatió a Kern, en tanto que Fischer optó por quitarse la vida. Ambos tenían mediada la veintena, y el conductor, Ernst Techow, apenas había cumplido veintiún años. Sus padres lo entregaron a las autoridades, y durante el proceso declaró que había actuado bajo coacción y recibió una condena de cárcel relativamente benévola. Mientras tanto, la madre de Rathenau había escrito a la de Techow una emotiva carta de perdón que despertó en el joven hondos sentimientos de culpa. Cuando lo excarcelaron, en 1927, se alistó en la legión extranjera de Francia, y se dice que durante la segunda guerra mundial expió su crimen librando a cierto número de judíos de Marsella de ser deportados a Auschwitz.

Las pesquisas policiales determinaron enseguida que los tres jóvenes formaban parte de una conspiración más amplia en la que había implicados hasta adolescentes de dieciséis años. Todos procedían de buenas familias —entre ellos se contaban los hijos de un general, un oficial de policía de alta graduación y un concejal de Berlín ya fallecido— y pertenecían a una organización nacionalista de extrema derecha. Varios de ellos, además, habían servido entre los seis mil integrantes del Freikorps, brigada de infausta memoria dirigida por el antiguo capitán de la Armada Hermann Ehrhardt que había participado en la cruenta supresión del Soviet de Múnich en 1919 y en el golpe de estado de derecha de Kapp, que había tomado brevemente Berlín al año siguiente en un intento chapucero de derrocar la República.

Tras su disolución forzada, cierto número de sus integrantes había formado un grupo clandestino de resistencia llamado Organización Cónsul que había perpetrado entre otros asesinatos el de Matthias Erzberger, uno de

los signatarios más destacados del Tratado de Versalles. Ernst von Salomón, joven empleado de banca de diecinueve años, que prestó apoyo logístico para la comisión de aquel crimen, escribió tras salir de prisión en 1927 una novela que fue todo un éxito de ventas y que ensalzaba el Freikorps y la Organización Cónsul. Se titulaba Los proscritos, y ofrecía una glorificación impenitente del nacionalismo violento y extremo en el que hallaba su inspiración aquella juventud.

Aquel asesinato sacudió una República de Weimar aún en mantillas. En el debate que suscitó en el Reichstag, el canciller Joseph Wirth provocó un gran alboroto al acusar a la prensa de derecha de haber instigado el crimen y, señalando a los escaños nacionalistas, declaró: «Ahí se sienta el enemigo que destila su veneno sobre las heridas de un pueblo. Ahí se sienta el enemigo, y no puede haber duda alguna al respecto: ¡este enemigo es de derecha!». Siguiendo las instrucciones del Gobierno, los edificios tenían las banderas a media asta, en tanto que los sindicatos convocaron manifestaciones multitudinarias para protestar por el magnicidio y el presidente del Reich, Friedrich Ebert, promulgó un Decreto de Salvaguarda de la República, corroborado con ciertas modificaciones por una ley que aprobó el Reichstag el 21 de julio. Aquel fue un momento clave de la historia de la República de Weimar, pues puso fin a una serie dilatada de intentos de asesinato similares que incluían un ataque con ácido al socialdemócrata Philipp Scheidemann, quien el 9 de noviembre de 1918 había proclamado la república desde el balcón del Parlamento (el líquido, sin embargo, se hallaba demasiado diluido, y de cualquier forma, se derramó en gran medida por la barba de la víctima), y la agresión con un barrote de hierro a Maximilian Harden, popular periodista dado a desvelar escándalos y amigo de Rathenau (quien también salió con vida, aunque por muy poco). También acabó con la breve existencia de la Organización Cónsul.

El asesinato constituyó un episodio central de la historia turbulenta de la República. ¿Cómo había despertado el ministro de Asuntos Exteriores un odio tal que quisieran acabar con su vida? La causa inmediata fue su negociación del Tratado de Rapallo, firmado el 16 de abril de 1922, que supuso un acercamiento de la Unión Soviética y la República de Weimar, dos estados recién fundados e inestables a los que rehuía la comunidad

internacional, en virtud de un acuerdo mutuo de normalización de las relaciones diplomáticas, la renuncia a las reivindicaciones territoriales y comienzo de una cooperación económica. Los soviéticos prometieron no exigir reparaciones financieras por los daños provocados por la guerra, y Alemania repudió formalmente el Tratado de Brest-Litovsk, por el que el gobierno del káiser había obligado a la naciente administración bolchevique a cederle grandes porciones de su territorio a principios de 1918.

Resulta característico de las paradojas de Weimar el que el Tratado de Rapallo hubiese recibido el apoyo del canciller Wirth sobre todo porque prometía fortalecer los lazos que se habían tendido ya entre el Ejército Rojo y el alemán (la Reichswehr), y que permitían a este último eludir las restricciones relativas a armamento y demás equipo militar impuestas por el Tratado de Versalles —por ejemplo, mediante la construcción de aeroplanos de combate en una fábrica de la Junkers instalada en Rusia—. La principal víctima del acercamiento germano-soviético sería la nación polaca. «Hay que eliminar Polonia», aseveró Wirth en privado, a lo que añadió que «habría que complementar el Tratado de Rapallo… pues se hacía necesario resolver también los problemas militares y abordar en particular la cuestión de Polonia».

Este telón de fondo del tratado se ocultó a los ultraderechistas de la Organización Cónsul, que lo consideraban un acto de transigencia respecto del bolchevismo y un abandono cobarde de los objetivos que albergaba Alemania en la primera guerra mundial. La víspera del asesinato, el nacionalista de derecha Karl Helfferich había denunciado con furia el acuerdo de Rapallo en el Reichstag, y había acusado personalmente al ministro de Asuntos Exteriores de buscar una tregua y de falta de patriotismo por su negativa a repudiar el Tratado de Versalles. Aunque, en realidad, los jóvenes conspiradores habían planeado el crimen mucho antes, la condena al Tratado de Rapallo que habían voceado los políticos y la prensa derechistas determinó casi con certeza su decisión de usar como blanco a su principal gestor del lado de Alemania. En sus declaraciones y en la descripción que hace Ernst von Salomón de la confabulación, la ideología de sus autores se presenta como vaga, inmadura y confusa. Rathenau, tal como se describe en Los proscritos, «podía adoptar lo que los intelectualoides llaman una actitud de satisfacción [de lo estipulado en

Versalles]. Nosotros combatimos por cosas más elevadas… No luchamos para que el pueblo sea feliz, sino para obligarlo a tomar la trayectoria que le ha reservado el destino».

Salomón insistió hasta el final de sus días en que Rathenau había muerto por adoptar una postura de negociación y no de enfrentamiento respecto de la Unión Soviética. Sin embargo, durante su proceso había urgido «la exclusión de los judíos» de los cargos públicos a través de una violenta «guerra interna». Los antisemitas como ellos estaban convencidos de que los judíos eran traidores a Alemania, creencia que compartían entre otros el naciente Partido Nazi y su cabecilla, Adolf Hitler, cuyo movimiento de guardias de asalto incluía a un buen número de antiguos integrantes de la brigada de Ehrhardt cuando se creó en 1921. Todos ellos se oponían con vehemencia al hecho de que el ministro germano de Asuntos Exteriores fuese judío, circunstancia que tenían por uno de los motivos centrales de lo que entendían como una traición a la causa nacional.

Rathenau estaba orgulloso de su identidad judía, pese a haberse excluido formalmente de la comunidad berlinesa de sus correligionarios en un período de su vida relativamente temprano. Creía que estos, sin abandonar su identidad en la búsqueda errónea de la asimilación con la sociedad cristiana mayoritaria, debían esforzarse por participar plenamente en la cultura y las instituciones alemanas. Lo que pretendía no era la desaparición total de la identidad de los suyos en el seno de la nación, sino que estos absorbiesen la cultura germana para poder tratar de igual a igual a sus compatriotas sin dejar de ser judíos en lo fundamental. Sin embargo, su objetivo resultaba también poco realista. En tiempos del káiser, el antisemitismo se estaba generalizando y pasando de ser una cuestión religiosa a otra de carácter racial. Estaban surgiendo partidos extremistas, que se hallaban aún en la periferia de la política, aunque amenazaban con adoptar un papel más destacado, y querían dar marcha atrás a la igualdad civil que se había otorgado en 1871 a los judíos.

La conciencia judía de Rathenau, por matizada que estuviese, fue uno de los muchos motivos por los que se granjeó la hostilidad de los antisemitas. Además, justifica de sobra la inclusión de Walther Rathenau en Weimar’s fallen stateman, obra del destacado historiador israelí del antisemitismo alemán Shulamit Volkov, en la colección «Jewish Lives» de

la Yale University Press. Volkov ha sabido hacer buen uso de la correspondencia y los documentos privados inéditos del personaje, descubiertos en el Archivo Especial moscovita de la KGB tras la caída de la Unión Soviética, y más tarde, del proceso de edición y publicación. Hoy constituye, con diferencia, la biografía mejor y más refinada de que disponemos de Rathenau en inglés.

No cabe duda de que, al abordar la cuestión de la condición judía de este, Volkov se excede haciendo hincapié en la cohesión social y el aislamiento de la comunidad semita de Alemania en el período que nos ocupa: dicho colectivo, de hecho, se estaba disolviendo de manera gradual en la cultura general de Alemania a finales de siglo. El proceso de asimilación se aceleraba con rapidez, tal como ilustra la circunstancia de que en Berlín se celebraran 25 matrimonios entre judío y cristiano por cada 100 puramente judíos en el momento en que estalló la primera guerra mundial, en comparación con los 9 de 1880 y los no menos de 73 que se daban en Hamburgo. Entre 1880 y 1920 se bautizaron 20.000 judíos alemanes. En un grupo constituido por poco más de medio millón de almas, estas cifras resultan significativas. Las convicciones ambivalentes que albergaba Rathenau en lo tocante a la identidad judía, y que confió al papel en 1897, constituían en gran medida una reacción a estos cambios, y también al aumento del antisemitismo racial.

Su complejo sentido de la identidad judía no era sino uno más de los diversos aspectos del carácter de Rathenau que fascinaron a sus contemporáneos y han seguido inquietando desde entonces a los historiadores. Así, por ejemplo, se ha consagrado mucha tinta a tratar de explicar por qué nunca contrajo matrimonio. Volkov analiza la cuestión de un modo sensato y perspicaz, y llega a la conclusión de que, pese a ser casi a ciencia cierta heterosexual y haber estado enamorado de al menos tres mujeres a lo largo de su vida, Rathenau era un ser reprimido en lo emocional y cohibido en lo social, y no tenía la menor facilidad para mantener ningún género de relación íntima. Además, sufría cierta adicción al trabajo: sus logros abarcaban diversas áreas de la actividad humana.

La fama le llegó en primer lugar en calidad de escritor. Si llamó la atención de los intelectuales de su tiempo se debió en gran medida a que Maximilian Harden, en cuya revista, Die Zukunft, se publicaron sus

primeros artículos, lo introdujo en los círculos eruditos y artísticos de Berlín, en donde frecuentó tertulias literarias y conoció a hombres como Hugo von Hoffmansthal, Frank Wedekind y Stefan Zweig. Nacido en 1857, llegada la primera guerra mundial había alcanzado ya nombradla en calidad de escritor, y de hecho, en 1908 había publicado ya dos volúmenes de ensayos cuyos asuntos iban de la economía a la moral. En sus artículos relativos al arte moderno rechazaba lo que entendía como el modernismo de los impresionistas franceses y abogaba por la resurrección de un arte alemán capaz de expresar las características fundamentales del alma germana. Tales opiniones, expresadas en ocasiones por aforismos pseudonietzscheanos que resultan sin más pretenciosos al lector moderno, le valieron, sin embargo, un auditorio muy amplio entre la intelectualidad de su nación y su tiempo, aunque también despertaron la cólera de Hoffmansthal, quien censuraba su «pedantería, presunción y afectación», y sobre todo, la «"alemanidad" rancia y taimada» que a su decir expresaban con tanta frecuencia los judíos.

Aun así, lo que más fascinaba a muchos de Rathenau era el hecho de que, lejos de limitarse a su condición de escritor o esteta, dedicara la mayor parte de su tiempo a su vertiente de hombre de negocios de gran prosperidad. Era hijo de Emil Rathenau, el fundador de la Compañía General de Electricidad (la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, o AEG), una de las mayores empresas de Alemania, que se contaba entre los proveedores de energía eléctrica más relevantes. Walther Rathenau entró a trabajar en el negocio de su padre, en donde introdujo diversas innovaciones técnicas y ascendió con rapidez: tras formar parte de la junta de supervisión, dirigir una serie de fusiones y adquisiciones, y sobrevivir a violentas rivalidades con otros industriales como Hugo Stinnes, en vísperas de la Gran Guerra se encontraba ya entre quienes mandaban en la compañía.

A esas alturas, su fortuna le había permitido comprar un palacete real prusiano del siglo XVIII en Freienwalde y construir en Berlín una casa de recreo neoclásica de diseño propio. Al conde Harry Kessler, quien lo conocía bien, esta última residencia le parecía falta de gusto y pretenciosa, llena de «cultura muerta, rasgos sentimentaloides y erotismo atrofiado». El novelista Joseph Roth, en cambio, hacía hincapié en que Rathenau «vivía

maravillosamente, entre grandes libros y objetos extraordinarios, entre pinturas y colores de gran hermosura». Pese a todo esto, adquirió una fama nada envidiable por lo frugal de sus cenas, en las que, según se dolía el escritor Franz Blei, no cabía esperar otra cosa que «pescado, chuletas de cordero y empanadillas… una copa diminuta de champán que el sirviente no rellena nunca… [y] un puchero insondable de café solo destinado a mantener despiertos a los invitados hasta la madrugada». Todo para acaparar él la conversación, según las quejas de Kessler, con discursos que pronunciaba «como un predicador o un rabino, y durante no menos de un cuarto de hora». Los demás lo encontraban pomposo y testarudo; según las burlas de sus detractores futuros, «un profeta de esmoquin», «un Jesús con levita» o «un Jehová de salón». Se peleaba con un amigo tras otro, y rompió con Harden después de la furiosa condena pública que pronunció este acerca del káiser y su séquito, así como por la relación que había mantenido él mismo —y que probablemente no había llegado a consumar— con una mujer casada por nombre Lily Deutsch. Sacaba de quicio a Kessler con sus vanidosos monólogos y sus pretensiones sociales, o al menos eso afirmaba este.

Fue el banquero judío liberal Bernhard Dernburg, nombrado secretario colonial después del escándalo del genocidio germano de los hereros de África del Sudoeste, quien lo introdujo en la política al invitarlo a sumarse al viaje de investigación que iba a efectuar por los dominios africanos de Alemania. Rathenau condenó de manera rotunda aquel exterminio, «la mayor atrocidad que haya provocado el sistema militar de Alemania». Esto le atrajo el respeto del canciller Büllow, quien también había criticado con ardor el proceder del Ejército en la región. Los artículos de Rathenau comenzaron a abordar cuestiones políticas desde un punto de vista liberal moderado, como por ejemplo al hablar de la reforma del procedimiento electoral de tres clases vigente en Prusia. Arremetió contra la dominación de la política prusiana por parte de la aristocracia terrateniente y burocrática, a la que achacaba la exclusión de los judíos de las posiciones más exclusivas del Ejército y el Estado. Abogaba por el ascenso político de las clases medias industriales y financieras, en donde, en su opinión, no pesaban los prejuicios contra dicho colectivo. Solo en ese caso podría llegar a ser moderna de veras Alemania. Publicados en 1912 con el título de

Crítica de la época, estos artículos conocieron varias ediciones aquel mismo año y convirtieron a Rathenau en un fenómeno político a la vez que literario.

Con todo, no llegó a meterse de lleno en la política seria: prefirió proseguir con su negocio y sus escritos, que incluyeron un tratado filosófico nebuloso y poco leído llamado ZurMechanik des Geistes («De la mecánica del espíritu»), un conjunto de poesías patrióticas, un nuevo ataque sobre el atraso del estado prusiano y una defensa de la unidad de la economía europea. Fue el estallido de la guerra en 1914 lo que le otorgó un papel político. Quedó al cargo de la obtención de materias primas después de que el bloqueo de los Aliados aislase a Alemania de sus fuentes de abastecimiento. Trabajó con ahínco, y logró unos resultados extraordinarios, si bien en lo privado no abandonó sus críticas al estado prusiano (gobernado por «aventureros, necios y pedantes») ni su escepticismo acerca de los beneficios que podría reportar la guerra a Alemania. «El día que el káiser y sus paladines crucen victoriosos la Puerta de Brandeburgo montados en sus caballos blancos, la historia habrá perdido todo su sentido», escribió. Sus enemigos emplearon extensamente el aforismo, publicado en 1919, como prueba de su derrotismo. Con todo, al mismo tiempo, y dado que su influencia en el seno de la AEG había aumentado desde la muerte de su padre, ocurrida en 1915, promovió la producción de aeroplanos y munición hasta que representó un 45 por 100 de la facturación total de la compañía.

A esas alturas, sin embargo, había dimitido de la dirección del Departamento de Materias Primas con la esperanza de obtener un cargo político más elevado. Este, sin embargo, se le mostró esquivo. La experiencia obtenida adquiriendo suministros para la campaña bélica lo había llevado a creer en la necesidad de una economía centralizada y, en consecuencia, a apoyar el Programa Hindenburg, encaminado, aunque sin éxito, a alcanzar este objetivo. Rathenau pensaba que la victoria sobre el Reino Unido constituía la principal prioridad para Alemania, y en consecuencia apoyó el traslado forzoso de obreros belgas a la nación a fin de respaldar la producción bélica, pese a que contravenía por completo el derecho internacional. Aun así, se opuso a la introducción de una guerra submarina ilimitada y apoyó una paz sin anexiones. Por ende, se encontró

cada vez más discriminado a medida que se radicalizaba la situación política de Alemania.

La atmósfera de antisemitismo furioso creciente que reinaba entre los conservadores germanos llevó a Rathenau a identificarse con mucha más firmeza que en el pasado con el judaísmo convencional de Alemania y a censurar a los cristianos partidarios de aquel por ser contrarios al espíritu verdadero de la religión que profesaban. «Preveo el principio de la lucha interna más violenta imaginable en el momento en que la exterior toca a su fin», aseveró profètico en 1917. Privado de compromiso político, regresó a la escritura y defendió un estado moderno en la era de la futura posguerra, centralizado en lo económico pero fundado en valores espirituales, en su Von kommenden Dirigen («Sobre lo que está por venir»). A muchos les resultó difícil de aceptar el contraste entre su colosal fortuna personal y la condena que hacía del materialismo. Su insistencia en la necesidad de aumentar la influencia del Estado sobre la industria, repetida en Die neue Wirtschaft («La nueva economía»), otro éxito de ventas, hizo montar en cólera a otros hombres de negocios como el influyente Stinnes; y su defensa de una reforma parlamentaria limitada y cauta se vio superada por los acontecimientos ante la derrota sufrida en la guerra, la abdicación forzada del káiser y la llegada al poder de los socialistas.

Rathenau fue uno de los muchos alemanes a los que indignaron las condiciones del armisticio de 1918 y el Tratado de Versalles. En un principio, de hecho, cuando el dirigente militar de Alemania Erich Ludendorff decretó el cese de hostilidades, no dudó en exhortar al pueblo a rebelarse y seguir luchando hasta lograr disposiciones más favorables. A esas alturas se había granjeado la enemistad de todos los sectores: la izquierda, la derecha, la clase empresarial, la obrera, los judíos y los antisemitas. Cuando publicó su breve tratado El kaiser en 1919, sacó de sus casillas no solo a los partidarios del monarca derrocado, sino también a los portavoces políticos de la aristocracia y las clases medias, dos colectivos a los que culpaba de los desastres habidos durante su reinado. Fue poco antes de dejarse convencer por la opinión de Harden, quien defendía la necesidad de cumplir con las condiciones del tratado de paz a fin de obtener la confianza internacional requerida para revisarlas.

Mientras se afanaba por sacar adelante la AEG en medio del clima de inflación de la posguerra, siguió publicando un escrito político tras otro para reclamar una cultura política responsable en lugar de los extremismos tan violentamente polarizados de la izquierda y la derecha que caracterizaron el período fundacional de la República de Weimar. Esto lo acercó a los liberales moderados del Partido Democrático, y lo llevó a dar con una nueva válvula de escape en calidad de orador político «apasionado y aun de personalidad arrolladora», según afirma Volkov. Fue así como, tras el fracaso del golpe de estado de Kapp (que Volkov sitúa por error en marzo de 1919 en lugar de en el mismo mes de 1920), entró a ejercer de asesor del Gobierno en cuestiones de socialización y participó, a continuación, en las negociaciones entabladas con los Aliados en torno a las reparaciones. Aquí volvió a chocar con Stinnes, quien estaba resuelto a rechazar toda exigencia de dominación estatal de la industria y reducir al mínimo los envíos de carbón a los franceses.

El convencimiento de Rathenau de que era necesario, en cambio, ganarse la confianza de estos lo acercó a Joseph Wirth, a la sazón ministro de Finanzas, quien no tardó en buscar su ayuda para hacer avanzar a Alemania por el campo de minas de las negociaciones relativas a las indemnizaciones. Cuando Wirth asumió la cancillería del Reich, lo nombró enseguida ministro de Reconstrucción. El 2 de junio de 1921, en un discurso pronunciado ante el Reichstag, Rathenau anunció formalmente el compromiso del Gobierno respecto de una política de «satisfacción» de las condiciones del Tratado de Versalles, incluido el pago de reparaciones en moneda y en especie. Sus conversaciones con británicos y franceses se tradujeron en una serie de acuerdos sensatos y mejoraron de forma notable las relaciones con ellos. Seguro de sí mismo, bien preparado, diestro, elocuente y cada vez más influyente en el ámbito político y el diplomático, Rathenau «había acabado por realizarse», tal como señala Volkov.

El 21 de enero de 1922, Wirth, quien hasta entonces había asumido la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, confió el puesto a Rathenau. Este, sin embargo, había empezado a desengañarse respecto de la «satisfacción», y comenzó a buscar otra salida. El Tratado de Rapallo fue la consecuencia. En realidad se planteó unos objetivos muy limitados durante las negociaciones: alarmado por los indicios que hacían pensar en un

acercamiento entre los Aliados occidentales y los soviéticos, presionó por un acuerdo con Moscú, sobre todo con la intención de excluir toda probabilidad de que el gobierno de Lenin fuera a sumar su voz a las exigencias de británicos y franceses en lo tocante a las indemnizaciones. Sin embargo, la sensación que causó este acuerdo no hizo sino irritar aún más a sus enemigos, y cuando las invectivas que le dirigían se volvieron más estentóreas, empezó a crecer su aprensión acerca de un posible asesinato. «Si mi cadáver —afirmó— estuviera destinado a ser uno de los sillares del puente del entendimiento con Francia, mi vida no habría sido en vano.»

No iba a ser así: si bien su homicidio sirvió para unir a los defensores de la República a corto plazo, no sirvió, tal como sostiene Volkov, para obligar al otro bando a elegir tácticas menos violentas en la cruzada que había emprendido por echarla abajo. De hecho, sus consecuencias fueron mucho más ambivalentes. Las estipulaciones originales del Decreto de Salvaguarda de la República que publicó Ebert el día siguiente al magnicidio sentó un precedente peligroso que sería de gran utilidad a los nazis al estatuir la pena de muerte para quienes conspirasen para matar a un integrante del Gobierno. Para instruir estas causas se instituyó un Tribunal Estatal especial conformado por magistrados adeptos a la postura del Ejecutivo y nombrados en persona por el presidente. Este organismo hallaría expresión en el Tribunal del Pueblo de infausta memoria de tiempos de los nazis.

Tras la muerte de Ebert y la elección del conservador Paul von Hindenburg en calidad de presidente, el Tribunal Estatal cayó en manos de los jueces reaccionarios y nacionalistas que dominaron el sistema legal de la República, quienes adoptaron una postura cada vez más indulgente respecto de los crímenes políticos cometidos en el nombre de Alemania y minaron así la legitimidad pública del régimen. A corto plazo, el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores causó una retirada multitudinaria de marcos y aceleró la devaluación que había empezado ya a sufrir Alemania, lo que desembocó al año siguiente en hiperinflación, el desmoronamiento de la economía alemana, la invasión francesa del Ruhr y el golpe de estado fallido de Hitler en Baviera. Aunque este último no llegó a buen puerto, la violencia paramilitar tampoco desapareció, y unos años después alcanzó una escala que la República se vio incapaz de dominar. Gustav Stresemann

retomó, con más éxito, la política de «satisfacción» de Rathenau, aunque tampoco duró demasiado. Ocho años después de la muerte de este último, la democracia de Weimar había quedado sustituida por un régimen autoritario que en 1933 fue reemplazado a su vez por la dictadura nazi, en la que hallaron su propio género de satisfacción muchos de cuantos habían abogado por el asesinato de Walther Rathenau.

# 5. BERLÍN EN LA DÉCADA DE 1920

PARA los alemanes liberales y los de izquierda, Berlín ha representado de antiguo el lado oscuro de la historia de la nación. La capital del estado militar de Prusia se transformó en grandioso centro y símbolo del Reich fundado por Bismarck en 1871, siempre gris en lo cultural, conservadora, sosa, retrógrada y dominada por funcionarios públicos y soldados. No cabe, pues, sorprenderse de que a la hora de instaurar una república parlamentaria tras la revolución que derrocó al káiser después de la derrota sufrida en la primera guerra mundial, los liberales y socialdemócratas victoriosos quisieran hacer un gesto de distanciamiento convocando la Asamblea Constituyente en la ciudad provinciana de Weimar, asociada eternamente al nombre de los representantes más egregios de la literatura germana: Goethe y Schiller. La ciudad, claro está, se hallaba lejos de la agitación revolucionaria y las luchas callejeras que sacudieron la capital durante los primeros meses de 1920, pero también de cuanto la asociaba a un pasado que deseaban rechazar.

Hizo falta un tiempo para que Berlín perdiera semejante filiación. Antes de la Gran Guerra había florecido la cultura modernista en otros centros urbanos, y sobre todo en Múnich, la capital bávara, y en el sur de Alemania, con artistas como Vasili Kandinski, Alexei von Javlenski, Franz Marc y August Macke, quienes crearon las primeras pinturas abstractas y semiabstractas con el colectivo que denominaron Der Blaue Reiter («El Jinete Azul»), y con clubes y cabarés radicales, modestas revistas socialistas o anarquistas y los novelistas y dramaturgos que se prodigaron en Schwabing, el barrio bohemio de la ciudad, equivalente muniqués de la Margen Izquierda del Sena de París. Los radicales de Schwabing alcanzaron

una fugaz relevancia política con la caída de la monarquía bávara y el final de la guerra, cuando presidió el estado de Baviera el periodista Kurt Eisner, a quien su barba larga y poblada y su sombrero flexible de ala ancha convertían en la viva imagen del bohemio. Cuando este murió asesinado por un fanático de derecha, se reunió un grupo de figuras de relieve del entorno cultural ultraizquierdista, en el que se incluían Ernst Toller, Erich Mühsam, Gustav Landauer y B. Traven (quien con el tiempo firmaría El tesoro de Sierra Madre), para crear un efímero consejo revolucionario que hicieron a un lado con brusquedad los comunistas del sector duro.

Su régimen tampoco duró mucho: durante la primavera de 1919, el gobierno socialdemócrata legítimo, que había abandonado Múnich ante la presión de los revolucionarios, allegó a un número considerable de milicianos del Freikorps armados hasta los dientes que marcharon sobre la capital bávara y echaron abajo el régimen comunista con un baño de sangre. Un año después, el 13 de marzo de 1920, se produjo en Berlín un contragolpe similar cuando los del Freikorps local y un grupo de antiguos funcionarios civiles y militares derechistas del káiser trataron de echar abajo el gobierno nacional e instalar una dictadura marcial durante el golpe de estado de Kapp (llamado así por su cabecilla, Wolfgang Kapp). Sin embargo, el resultado fue diferente de medio a medio del que obtuvieron los contrarrevolucionarios muniqueses. Los obreros y sindicalistas paralizaron la capital con una huelga general, los golpistas perdieron valor y se restableció el orden democrático. En Múnich, en donde la atmósfera era mucho menos conservadora, el gobierno socialdemócrata abandonó el poder bajo amenaza de intervención militar y cedió el paso a un gabinete de derecha presidido por Gustav Ritter von Kahr. Este, que contaba con el amparo de la policía y las fuerzas armadas de Múnich, así como con el apoyo secreto de la corriente principal de los políticos católicos conservadores del Partido Popular de Baviera, convirtió la ciudad en un «centro de orden» y permitió que medraran los grupos de extrema derecha. Uno de ellos fue el Partido Nazi, dirigido por Adolf Hitler, quien más tarde correspondería al favor haciendo asesinar a Kahr durante la Noche de los Cuchillos Largos de 1934.

El radicalismo cultural, desterrado de Múnich por las drásticas restricciones contrarrevolucionarias, se trasladó a Berlín. Durante la década

de 1920, la capital se convirtió en sinónimo de experimentación artística, antiautoritarismo, radicalismo y hedonismo con todas sus variantes. Se convirtió en un imán para los extranjeros que buscaban aventuras urbanas, tal como celebraba Christopher Isherwood en sus novelas Mr. Norris cambia de tren y Adiós a Berlín, que con el tiempo se convirtió en la película Cabaret. El crimen, el asesinato y la actividad mañosa se celebraron en la cultura popular y se vieron transformados en arte por las pinturas de Georg Grosz, la novela Berlín Alexanderplatz., de Alfred Doblin, y las canciones creadas por Kurt Weill y Bertolt Brecht para La ópera de cuatro cuartos. La vida de los cafés y cabarés prosperó como había hecho en el distrito bohemio de Schwabing en el Múnich de preguerra, y las revistas satíricas y los periódicos pacifistas también vivieron un período de esplendor con autores como Erich Kástner, Kurt Tucholsky y Cari von Ossietzky, colaboradores de Die Weltbühne («La escena del mundo») de Berlín. Las jóvenes celebraban la Girlkultur («cultura de chicas»), en tanto que las revistas de desnudos y la prostitución, otro de los temas favoritos de los artistas (varones), ponían de relieve en qué grado iban aparejadas la liberación y la explotación sexuales.

Visto desde el «centro de orden» del Múnich posrevolucionario, el Berlín de dicha década parecía la negación misma de la Alemania militar, conservadora y tradicional a la que aspiraban los nacionalistas y autoritarios. Poco se dice de esta historia cultural general de las dos ciudades en Die Missbrauchte Hauptstadt («La capital maltratada»), del difunto Thomas Friedrich, que aborda la relación que mantuvo Hitler con Berlín hasta tomar el poder en 1933. El autor se centra en las respuestas personales del personaje, que no pueden entenderse de veras sino dentro de este contexto histórico más amplio.

Tal como señala Friedrich, Hitler había quedado impresionado por la grandiosidad de la capital germana al visitarla por vez primera tras ausentarse del frente por un permiso durante la primera guerra mundial. En una carta remitida a un compañero de unidad, por nombre Ernst Schmidt, la definió como «una ciudad maravillosa; una verdadera metrópoli». En 1920 seguía albergando esperanzas de que pudiese servir de punto de partida para el derrocamiento de la democracia de Weimar y la creación de una dictadura nacionalista. A principios de año había estado en contacto con los

instigadores del golpe de estado de Kapp, y no dudó en volar a Berlín cuando estalló. Sin embargo, a su llegada topó con que los huelguistas habían ocupado el aeropuerto. Disfrazado con una barba postiza y adoptando la improbable identidad falsa de un contable, se las compuso para pasar el control de seguridad; pero la derrota del golpe, evidente ya desde antes de su llegada, debió de confirmarlo en su desdén por la capital alemana. Desengañado, protestó al ver «el Berlín de Federico el Grande convertido en una zahurda por los judíos». Múnich, en cambio, se mantenía pura, «alemana», y había eliminado por entero tan insalubres influencias.

En 1923, el país se sumió en el caos al desbocarse la inflación monetaria hasta dejar la economía temblando al borde del derrumbamiento total. Aquel parecía el momento propicio para que los nacionalistas resentidos con la República de Weimar pusieran por obra otro acto de sublevación que, esta vez, estaban seguros de que culminarían con éxito. Sin embargo, el revés sufrido por Wolfgang Kapp tres años antes había llevado a Hitler a convencerse de que no debía acometerlo en Berlín, en donde la escena política estaba dominada por comunistas y socialdemócratas, los partidos de la clase obrera. Friedrich da a entender que los más exaltados de entre los nazis habían puesto la mira en la capital, aunque lo cierto es que las condiciones no eran favorables, y los indicios que apoyan la teoría de que Hitler preparaba un golpe de estado simultáneo en ambas ciudades son escasos, conjeturales y poco convincentes.

Hitler, a la sazón, tenía Berlín por una ciudad enferma y degenerada que apenas podía ofrecer esperanzas a una revolución nacionalista: la regeneración de Alemania tenía que partir de Múnich. Una vez tomado allí el poder, estaría en posición de emplear aquel «centro de orden» de Baviera para echar abajo la República de Weimar. La pregonadísima «marcha sobre Roma» que había protagonizado Mussolini un año antes, y en la que había bastado la amenaza de trasladar sus fuerzas militares de las ciudades del norte dominadas por los fascistas hasta la capital italiana, sirvió de modelo a Hitler mientras estudiaba la posibilidad de alzarse en Múnich en 1923. También tuvo como referente la revolución nacionalista turca de Mustafá Kemal, quien había abandonado Constantinopla para crear una capital completamente nueva desde la que empezar de cero en Ankara. «En Turquía —declaró durante el juicio por traición que se sustanció en su

contra tras el fracaso del Putsch de la Cervecería— era imposible que la salvación llegase del centro podrido, de Constantinopla. Igual que aquí, la ciudad estaba contaminada por demócratas y pacifistas, por gentes internacionalizadas.» Se refería con ello, claro está, a los judíos.

Friedrich revela muy poca cosa de este período en extremo negativo de la relación de Hitler con Berlín, y prefiere pasar de puntillas por el golpe fracasado de Múnich para abordar de lleno la época comprendida entre 1924 y 1929, en la que comenzó a reconstruir el movimiento nazi. La capital no resultó ser un lugar más fructífero que antes para él y sus seguidores a la hora de lograr adeptos, y tal como señala Friedrich, «dieciocho meses después de la reaparición de su partido … Hitler hubo de enfrentarse al derrumbamiento total de la rama berlinesa» de aquel. Su solución consistió en asignar a Joseph Goebbels, quien en aquel tiempo no era más que un dirigente regional y un tanto izquierdista de Renania, la labor de reconstruirla. Como otros nazis, este consideraba Berlín «un antro de perdición» y «un yermo de asfalto». Sin embargo, por más que trate Friedrich de negarlo, su actitud era, a todas luces, mucho más positiva que la de Hitler. «Berlín —escribió— es el centro de mando. También para nosotros. Una urbe internacional.»

Goebbels no tardó en revelarse como un maestro de la propaganda: organizó marchas y mítines multitudinarios, envió a los camisas pardas de la guardia de asalto armada a torpedear las celebraciones del Partido Comunista y desató una campaña de violencia que culminó en una guerra sin cuartel empeñada con los paramilitares comunistas en la estación de ferrocarril del barrio de Lichterfelde. En la acaudalada avenida occidental del Kurfürstendamm, los matones de Goebbels asestaban palizas a los viandantes judíos. Hitler, mientras tanto, se consagraba a exhibir la cara respetable de los nazis, y así, tras llegar a la conclusión de que resultaba lo suficientemente seguro regresar a Berlín, pronunció el Primero de Mayo de 1927 un discurso en términos por demás cautos. Sus empeños, sin embargo, no engañaron a las autoridades policiales socialdemócratas de la ciudad, que pocos días después disolvieron el partido y sus filiales «por contravenir los objetivos de estas organizaciones el derecho criminal».

Resulta muy propio de la República de Weimar el que esta prohibición se viera frustrada primero por la negativa de una judicatura

ultraconservadora a dictar sentencias significativas contra los guardias de asalto arrestados por actos de violencia y después, el 31 de marzo de 1928, por su anulación por parte de la policía a fin de que los nazis pudieran hacer campaña para las elecciones generales. Con todo, y pese al talento propagandístico de Goebbels, los nazis no obtuvieron buenos resultados, toda vez que se hicieron con menos del 3 por 100 de los votos en toda la nación. Su atractivo, tal como hubo de reconocer Gregor Strasser, el responsable principal de la campaña, se limitó sobre todo —incluso en Berlín— a los integrantes de la clase media baja. La acerba rivalidad que se daba entre este último y Goebbels y el constante estruendo de descontento de la guardia de asalto socavaron aún más la empresa electoral. Aun así, los comicios sirvieron para fortalecer a los nazis, que consiguieron hacer a un lado a los grupos rivales de extrema derecha, y el semanario local de Goebbels, DerAngriff («El Ataque»), fundado el verano anterior, se hallaba entregado a un hábil despliegue de demagogia que hizo del partido el centro de atención.

La situación mejoró aún más con la campaña en contra del Plan Young, que replanteaba, aunque no condonaba, las indemnizaciones que debía pagar Alemania a los Aliados occidentales de la primera guerra mundial. Hitler y Goebbels lograron unir sus fuerzas para ello con el Partido Nacionalista de Alemania, agrupación más prominente y mayoritaria, y servirse de sus periódicos para obtener publicidad renovada y atraer a los seguidores de su socio (que acabaron por desertar casi en su totalidad en favor de la causa nazi). Aun así, lo que hizo que cambiase de un modo más decisivo su suerte en Berlín y en el resto de Alemania fue la Gran Depresión, que se hizo sentir en la nación poco después del crask de 1929. La quiebra de negocios y bancos y el aumento pronunciado del desempleo alimentaron el descontento de las masas respecto de la República de Weimar y sus instituciones, y atrajeron al pueblo hacia el Partido Nazi, organismo joven y vital que prometía dar con soluciones decisivas a la crisis.

El 17 de noviembre de 1929, el partido triplicó con creces el número de votos en los comicios municipales de Berlín, en los que se granjeó sobre todo el apoyo de los barrios más acomodados de la ciudad. Podo después, a mediados de enero de 1930, los comunistas otorgaron a Goebbels un

verdadero regalo propagandístico al disparar a uno de los cabecillas de las guardias de asalto locales, por nombre Horst Wessel, cuyo funeral (murió semanas después a consecuencia de las heridas recibidas) supo convertir aquel en una celebración multitudinaria de la disposición de la juventud alemana a dar la vida por librar al país del comunismo. La muerte de Wessel dio origen a una canción que se convirtió en himno oficial del movimiento nacionalsocialista. Es una lástima que Friedrich no preste más atención a este incidente, quizás el más célebre de todos los que tuvieron relación con el Partido Nazi en la capital alemana antes de la toma del poder, y cuyos detalles han desgranado una y otra vez los historiadores. Su omisión revela un desdén patente para con los detalles personales, los hechos episódicos y el colorido que hacen del suyo, a la postre, un libro mucho más insulso de lo que merece el tema.

El asesinato de Wessel tuvo a Hitler varios meses ausente de Berlín. El dirigente nazi temía pisar el bastión de los rivales comunistas de su partido. Mientras tanto, resolvió las riñas internas de la sección capitalina expulsando a Otto Strasser por conceder más importancia a lo socialista que a lo nacional en su concepción del nacionalsocialismo. Su hermano Gregor, en cambio, había empezado a ceñirse a las directrices de la agrupación política. Durante la campaña electoral nacional de 1930, Hitler se apuntó un tanto de relieve con el discurso público sobresaliente pronunciado en el Sportpalast, en tanto que la apertura del nuevo Reichstag, en el que los nazis habían obtenido más de un centenar de escaños, estuvo acompañada por manifestaciones callejeras organizadas por su partido en las que se destrozaron numerosos escaparates de comerciantes judíos. Por miedo a ahuyentar a los votantes potenciales, achacaron tales actos a los provocadores comunistas o negaron rotundamente haber tenido nada que ver con ellos.

Mientras, la guardia de asalto nacionalsocialista, que no dejaba de crecer en número y en confianza, entabló con los comunistas locales una guerra de desgaste que la llevó a atacar sus mítines y a servirse de la violencia que emanaba de lo que consideraban los nazis sus «centros de asalto» para obligarlos a salir de sus clubes y sus bares. Habría resultado interesante conocer algo más acerca de este proceso, y sin embargo, Friedrich apenas lo aborda someramente. Señala que, pese al notable

avance electoral, a Hitler le seguía resultando difícil prosperar en la capital. Preocupado, Goebbels confió a su diario que el dirigente nazi le estaba «dedicando demasiado poco tiempo a Berlín», y añadió su opinión de que debía «consagrar todo el peso de su persona» a la lucha por la capital «en mayor grado de lo que lo ha hecho hasta ahora». Aun así, el jefe de propaganda tuvo que reconocer que Hitler no tenía «intención real de hacerlo: odia Berlín y le encanta Múnich. Y ahí está el quid. Él pone siempre el ejemplo de Potsdam, de Washington y de Ankara; pero ¿por qué Múnich?». Por más que costase al político renano entender la predilección de su jefe por la ciudad bávara, todo apunta a que este estaba resuelto a transferir la capital a un centro más pequeño, más puro y menos degenerado que Berlín: Múnich, a la que hallaba comparable a la capital de Estados Unidos o Turquía o a la residencia de Federico el Grande.

Por lo tanto, la sede del Partido Nazi siguió estando en la Braunes Haus de Múnich, pese a que los demás partidos políticos de la nación operaban desde Berlín. Hitler tenía allí su apartamento, y cuando estaba en la capital, se alojaba en un hotel y no paraba de protestar por las condiciones de la que en 1931 definió ante cierto diplomático italiano como una ciudad sin tradiciones, medio americanizada, despojada en gran parte de cultura e incapaz de proporcionarle la paz y el silencio que necesitaba para trabajar. Ya en Mi lucha y en algunos de sus primeros discursos había arremetido contra la mentalidad «brutalizada» de la gran urbe y su comercialismo; lo que, en resumidas cuentas, veía como su condición judía. El 12 de septiembre de 1931, semejante hostilidad recibió una expresión feroz en la serie de ataques físicos planeados que llevó a término un millar aproximado de guardias de asalto contra los fieles que salían de una sinagoga situada en una de las avenidas principales del sector occidental de Berlín, el Kurfürstendamm. Aunque se efectuaron detenciones, los magistrados conservadores aplicaron a los culpables condenas indulgentes por demás.

Mientras, el movimiento de los paramilitares nazis iba cobrando fuerza con rapidez; tanto, que le bastaron unos meses de finales de 1931 para triplicar su número. La violencia que se daba en las calles y en los mítines se fue intensificando, y llevó al gobierno de Heinrich Brüning, experto en economía, de ideas conservadoras, a proscribir a la guardia de asalto el 13 de abril del año siguiente, lo que comportó efectuar redadas en sus sedes y

confiscar su equipo. Con todo, se había puesto sobre aviso a Hitler, y los camisas pardas prosiguieron su actividad disfrazados con atuendos de clubes deportivos. Los simpatizantes con que contaban en las filas de la policía se encargaron de que no se impusiera la prohibición al pie de la letra. Mientras, Brüning se vio sustituido por otro canciller derechista más radical: Franz von Papen, a quien el presidente Hindenburg, mariscal de campo veterano de la primera guerra mundial, encomendó la misión de atraerse el apoyo de los nazis a los planes que albergaba su séquito reaccionario de enmendar la Constitución de Weimar para llevarla por una vía autoritaria y ampliar las fuerzas armadas a despecho de las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles.

Von Papen volvió a legalizar a la guardia de asalto, y la violencia callejera llegó al extremo: entre 1931 y 1932 se cobró la vida de centenares de personas. La violencia nazi no iba dirigida solo a los comunistas, sino también a los socialdemócratas, que habían proporcionado desde un principio el apoyo más sólido a las instituciones democráticas de la República de Weimar. El 25 de junio de 1932, por ejemplo, una banda de guardias de asalto acometió sus oficinas del barrio de Kreuzberg y provocó un tiroteo en el que recibieron heridas de gravedad tres personas. Cierto diario respetable de Berlín se quejaba de que no había día que no hubiese que «oír disparos en las calles». La situación se estaba volviendo intolerable.

Sin dejar de servirse en todo momento de la violencia o las amenazas para respaldar su trato con otros partidos, Hitler había decidido, tras el Putsch de la Cervecería de 1923, seguir al mismo tiempo la vía electoral para hacerse con el poder. En 1932 no faltaron ocasiones al respecto, comenzando por unos comicios presidenciales en los que solo le superó Hindenburg en votos. La descomunal campaña propagandística brindó a los nazis un notable protagonismo nacional. En el mes de julio se hicieron con el 37,4 por 100 de los votos de todo el país en los comicios al Reichstag, lo que los convirtió en el partido con más fuerza del Estado. Tal como señala Friedrich, Berlín rechazó en cierto grado esta tendencia, pues el candidato comunista Ernst Thälmann obtuvo allí el 23,6 por 100 de las papeletas frente al 10,2 por 100 que había conseguido en toda la nación. En cambio, aunque en aquellas elecciones aumentó de forma espectacular, el voto nazi

de la capital solo llegó al 18,7 por 100. Juntos, los comunistas y los socialdemócratas doblaron casi a los nazis en las urnas berlinesas, con lo que la ciudad fue a confirmar su reputación como bastión de la izquierda. Una vez más, Friedrich ofrece muy pocos detalles en lo que toca a la geografía social de aquellas elecciones, de modo que queda poco claro cuáles fueron las fuerzas que apoyaron y enfrentaron a los nazis en Berlín.

A medida que se alargaban las negociaciones relativas a la incorporación de los nacionalsocialistas a un nuevo gabinete, frustradas por la insistencia de Hitler en que para tal cosa era condición indispensable su nombramiento como jefe del Gobierno, el partido comenzó a quedarse sin dinero y sin fuelle. En el sufragio de noviembre de 1932 perdió dos millones de votos, y en Berlín descendió a los 721.000 en tanto que los comunistas veían aumentar los suyos hasta los 861.000. Los socialdemócratas siguieron de cerca a ambos con 647.000. El círculo del presidente no quiso dejar pasar lo que entendió como una posición de debilidad de los nazis y volvió a entablar conversaciones con ellos. Sin embargo, mediante la amenaza de guerra civil que presentaban los desmanes de su guardia de asalto, Hitler se las ingenió para hacer que lo pusieran al frente de un gobierno de coalición el 30 de enero de 1933. Los conservadores, incluido Von Papen, poseían la mayoría y confiaban en poder contenerlo.

Aún no había transcurrido un mes cuando, el 28 de febrero, el incendio del edificio del Reichstag por obra de un anarquista neerlandés desquiciado que actuaba en solitario otorgó al Gobierno la excusa perfecta para culpar a los comunistas, suspender las libertades civiles y arrestar en masa a sus opositores. Los comicios de marzo de 1933 tampoco dieron la mayoría absoluta a los nazis, a quienes hicieron falta los votos asignados a sus socios conservadores para superar la barrera del 50 por 100. En Berlín, los comunistas lograron granjearse una cuarta parte del voto aun a pesar del terror de masas que desataron los de Hitler. No obstante, aquel fue el comienzo del verdadero asalto a Berlín de los nacionalsocialistas. No tardaron en crear en la capital doscientos «campos de concentración no oficiales» improvisados (de hecho, muchos de ellos no pasaban de sótanos o almacenes) en los que torturaron y asesinaron a centenares de comunistas y socialdemócratas. La toma de poder de los nazis estuvo apoyada en todos

los ámbitos por la violencia de masas, y llegado el verano de 1933, los demás partidos políticos habían quedado disueltos, los conservadores se habían visto apartados y todas las instituciones de relieve se hallaban ya dominadas por los nazis.

Hitler tuvo al fin la libertad necesaria para remodelar Berlín con arreglo a la idea que tenía del aspecto que debía ofrecer una capital mundial. Junto con las acometidas emprendidas contra el «arte degenerado», los cabarés satíricos, el jan y el resto de elementos de la ciudad que tanto le habían repugnado en la década de 1920, desarrolló toda clase de proyectos destinados, al decir de su secretario Rudolf Hess, a «convertir Berlín en la gran metrópoli del nuevo Reich alemán», empezando por la construcción de un colosal estadio deportivo con vistas a los Juegos Olímpicos de 1936 y, a continuación, la planificación de nuevas avenidas destinadas a atravesar la ciudad de norte a sur y de este a oeste (una de ellas, rebautizada como 17 de Junio en honor al alzamiento popular de 1953 contra el régimen comunista de Alemania Oriental, sigue existiendo en nuestros días). Había que construir un ciclópeo arco de triunfo, junto con el edificio monumental de la Große Halle, y una terminal grandiosa de aeropuerto en Tempelhof (que aún existe, aunque ya no se utiliza). Se hicieron planes titánicos de demolición y limpieza para hacer sitio a estos proyectos. Con todo, se completaron pocos de estos, y buena parte de los que llegaron a culminarse, como el nuevo edificio de la Cancillería del Reich, quedó destrozada por los bombardeos de la segunda guerra mundial.

La repulsión que seguía provocando a Hitler la ciudad se hizo patente hasta en sus planes megalómanos de convertirla en la nueva capital del mundo; y es que la ciudad reformada iba a dejar de llamarse Berlín para recibir el nombre de Germania. Había, por lo tanto, que eliminar todo rastro de lo que tanto había despreciado el dirigente nazi una década antes. Si bien menciona estas intenciones, Friedrich pasa por alto la significación que tuvieron en la relación de aquel con Berlín. En lugar de eso, el libro adelanta ya en la solapa la aseveración de que «Hitler se identificaba con la ciudad», mientras que cuantos indicios poseemos apuntan a que, en realidad, solo albergaba este sentimiento para con su propia idea de cómo debía ser de veras la ciudad.

Esta falta de percepción histórica real, que se repite a lo largo del volumen, constituye uno de sus muchos rasgos decepcionantes. Lo que cuenta nos suena; los más de los detalles que ofrece los conoce el público, y la forma de presentarlos resulta insulsa. El autor deja pasar una y otra vez la oportunidad de expresar a través de anécdotas y citas el carácter de la ciudad y sus habitantes. Se nos dice muy poco de su geografía social y política, y nada en absoluto de su administración municipal. Resulta significativo que en Die Missbrauchte Hauptstadt no se recoja un solo mapa de la ciudad. Y es que, en definitiva, no se trata tanto de un libro sobre el dirigente nazi y Berlín como una historia de la ascensión del nacionalsocialismo en un sentido general desde el punto de vista de la capital alemana, fundada no en fuentes locales, sino en documentos tan consabidos como los diarios de Goebbels o los discursos de Hitler. De hecho, dada su condición de responsable nazi de Berlín, el primero cobra en sus páginas un mayor protagonismo que el segundo.

De hecho, en los cinco años transcurridos desde la publicación del original alemán hasta su traducción al inglés aparecieron numerosas investigaciones sobre Berlín que lo llevaron a perder vigencia aun antes de publicarse para el público anglohablante. Friedrich había pasado mucho tiempo ejerciendo no de historiador profesional, sino de conservador de museo en la ciudad, y si bien presenta con eficiencia hechos bien conocidos a un público amplio, su libro revela, por desgracia, una clara incapacidad para abordar investigaciones históricas originales o innovadoras. Habida cuenta de la recepción tan crítica que conoció al salir al mercado en Alemania en 2007, resulta desconcertante que la Yale University Press haya juzgado conveniente hacer una versión inglesa.

# 6. MARGINADOS SOCIALES

## I

HOY hay libros de sobra sobre los marginados sociales del Tercer Reich. La mayoría es producto de la toma de conciencia de que el nazismo tenía un buen número de categorías de «víctimas olvidadas» cuya suerte apenas había gozado de la atención de los historiadores. Aunque los judíos hubieron de soportar el grueso del odio de aquel y las diversas formas de destrucción de la vida humana por él ideadas, hubo otros colectivos que también sufrieron. Entre estos se incluían los «gitanos» (romaníes y sintos), homosexuales, discapacitados físicos y mentales, «delincuentes habituales», «antisociales», «haraganes», vagabundos y nómadas, y gentes eslavas y de otras nacionalidades (tanto de dentro de Alemania, adonde llegaban para hacer trabajos forzados, como de fuera de sus confines). Todos estos grupos sufrieron —en proporciones diversas y con distintos grados de severidad— arresto, prisión, maltratos brutales en campos de concentración, esterilización y muerte a manos de los nazis.[1]

Los aluviones de descubrimientos y documentación que han impulsado esta investigación la han llevado a centrarse exclusivamente, de forma casi inevitable, en los años que van de 1933 a 1945. Han sido muchos los autores que han seguido al menos parte de las raíces de la actitud adoptada por los nazis en este ámbito hasta el pensamiento y las prácticas sociales de la República de Weimar, o hasta las teorías raciales y eugenésicas que pasaron a primer plano en la década de 1890. Sin embargo, en claro contraste con la bibliografía abundantísima relativa al antisemitismo alemán, que ha estudiado con gran detalle los orígenes sociales,

económicos, ideológicos, culturales y políticos de la persecución de los judíos desde la Edad Media, apenas hay nada de los antecedentes históricos a largo plazo de su hostigamiento a otras minorías de la sociedad alemana. La actitud de esta última respecto de los eslavos y la historia de los obreros foráneos de la Alemania decimonónica se encuentran bien documentadas. [2] No obstante, esto se debe sobre todo al impulso que han dado a la investigación histórica de estos asuntos dos problemas de relieve habidos en la política de Alemania Occidental de las décadas de 1970 y 1980: la posición y la condición de millones de Gastarbeiter (literalmente «trabajadores invitados») privados de derechos civiles, y el reto eterno de la coexistencia pacífica con la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia. Por el contrario, no se ha debatido gran cosa sobre la historia remota de otros marginados sociales de la Alemania moderna.

Y lo cierto es que no deja de ser sorprendente que los historiadores no se hayan planteado hasta ahora acerca de este ámbito el mismo género de preguntas que han formulado respecto de la historia de los judíos y el antisemitismo alemanes. ¿Han representado un papel particularmente notable en la sociedad alemana dichos colectivos minoritarios de la Edad Media en adelante? ¿Ha mostrado el pueblo germano una hostilidad peculiar para con ellos? ¿Ha mejorado o empeorado la situación con el tiempo? ¿Tenemos ejemplos de su uso en calidad de chivos expiatorios en períodos de dificultad? ¿Se integraron en mayor —o menor— grado en la sociedad alemana durante la industrialización? ¿Defendieron los liberales de Alemania la causa de su emancipación durante las luchas políticas del siglo XIX? ¿Qué diferencia supuso la llegada de la República democrática de Weimar en lo tocante a su posición? Todas estas cuestiones y otras más que se preguntará quien reflexione sobre el particular pueden compendiarse en la de si la sociedad germana era, tal como han supuesto algunos estudiosos de la historia de la cultura y las ideas, en particular conformista, reglamentarista y hostil para con los citados colectivos. Dicho de otro modo: ¿respondía la persecución nazi de los marginados sociales a una postura ya existente de la población alemana en general por haber sido siempre esta hostil al respecto en un grado tal vez inusual en otros países?

## II

Cabe comenzar escrutando la nutrida bibliografía que existe en nuestros días sobre los marginados sociales en la Edad Moderna, es decir, el período comprendido aproximadamente entre la Reforma y la Revolución francesa o las guerras napoleónicas. La sociedad alemana de aquel tiempo se organizaba conforme a órdenes (Stände) que determinaban la posición social y cuyos derechos y deberes imponían el derecho y las costumbres. Todos los elementos que los conformaban estaban sustentados por la idea del honor social {Ehre) que poseían de formas diversas.

Fuera de esta compleja estructura de sociedad honorable, sin embargo, se hallaba el grupo heterogéneo de los «indignos» (unehrliche Leute), cuya condición marginal podía tener cinco procedencias principales según se hubiese heredado, fuera consecuencia de una conducta desviada (sobre todo, y en particular en el caso de las mujeres, sexual), estuviese ligada a una ocupación, fuera el resultado de la pertenencia a una minoría religiosa o étnica, o se debiese a una condena criminal. Aunque las distinciones entre ambos grupos estaban, en parte, refrendadas por el Estado, eran los gremios quienes insistían por encima de todo en inhabilitar a cierta variedad de grupos sociales para que formaran parte de ellos tildándolos de infames.[3]

Entre los indignos de la Edad Moderna alemana se contaban quienes entraban en contacto por su oficio con sustancias sucias o contaminantes: molineros, pastores, curtidores, barrenderos y, en el colmo de la deshonra, desolladores, matarifes, cazadores de topos y verdugos. En un segundo grupo, más grande y menos definido, se hallaban los nómadas, gentes sin residencia fija como vendedores ambulantes, gitanos, artistas itinerantes (como domadores de osos o prestidigitadores), charlatanes, afiladores, etc. En tercer lugar estaban las mujeres que habían perdido su honra mediante una conducta sexual reprobable, entre las que destacaban las prostitutas y las madres solteras. El cuarto colectivo de los infames lo constituían todos los no cristianos, que en el contexto de Alemania eran, principalmente, judíos, y otros grupos lingüístico-culturales como el de los vendos. Y por último todo aquel que, con independencia de su posición anterior, hubiera recibido una condena criminal y sufriera por la mano corruptora del ejecutor público en la picota (llamada en alemán Schandpfahl, o «poste de la vergüenza»).[4]

A quien poseyera alguno de estos estigmas le estaban vedadas la entrada a ningún gremio y, por lo tanto, la adquisición de los derechos de ciudadanía, la compra de casi toda clase de posesiones y el goce, en general, de una existencia decente más allá del umbral de la pobreza. Tanto empeño ponían los agremiados en distanciarse de los indignos, que el menor contacto físico accidental podía provocar disturbios serios, tal como ocurrió en Berlín en 1800, cuando el ayudante de cierto sayón trató de malos modos a cierto oficial que había asistido a una ejecución pública y provocó con ello un motín que solo se aplacó cuando uno de los altos funcionarios de la ciudad —hombre, por ende, en extremo honorable— restauró la fama del afrentado mediante un apretón de manos (al mismo tiempo que hacía intervenir a los soldados por si acaso).[5] La de verdugo, de hecho, era una de las pocas profesiones indignas en las que era posible llevar una vida medianamente decente y aun delegar en sustitutos los trabajos más deshonrosos. Aun así, en las tabernas locales tenían que beber de jarras especiales que no podía tocar nadie más, y todo obrero que contrajese matrimonio con la hija de uno de ellos podía verse expulsado de su gremio y privado así de su sustento.[6]

Las corporaciones laborales y otros colectivos «honrosos» de la sociedad urbana y la rural excluían a los «indignos» pese a la creciente oposición del Estado territorial, que consideraba semejantes prácticas restrictivas dañinas para con los intereses de la mayoría y engendradoras de pobreza y altercados entre los afectados. Fue en gran medida el deseo de reducir el poderío de los gremios lo que empujó al Estado absolutista del siglo XVIII a publicar repetidas promulgaciones destinadas a reintegrar en la sociedad a muchos de los indignos. Las principales preocupaciones del Estado respecto de los marginados sociales de la Edad Moderna tenían que ver con la supresión de revueltas y el fomento de la productividad. Esto lo llevó a desplegar una serie de estrategias represivas contra los individuos a los que tenía por perturbadores u ociosos, como bandidos, pordioseros, timadores y ciertos colectivos nómadas como los músicos itinerantes, los gitanos, los saltimbanquis y los domadores de osos. Sin embargo, no entendía por qué había que reputar por poco respetables ocupaciones manuales que contribuían a ensanchar la riqueza nacional.

En 1731, el Sacro Imperio Romano declaró formalmente honrosos todos los oficios a excepción del de desollador-jifero-verdugo (los tres solían combinarse en una misma persona), y en 1772 hizo extensiva la disposición a este colectivo. En 1775, el rey Federico II de Prusia, seguido en 1783 por José II de Austria, invirtió la tendencia anterior de tratar de expulsar o exterminar a los gitanos y promovió su integración en la sociedad. Se dieron numerosas reformas legales que redujeron de forma drástica el número de delitos merecedores de pena de muerte, como, por ejemplo, la sodomía (que había llevado a morir en la hoguera a un joven prusiano en una fecha tan tardía como la de 1730), y despenalizaron cierta variedad de prácticas como la brujería o la blasfemia. La sustitución de los códigos de conducta cristianos por el racionalismo de la Ilustración se tradujo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en leyes que abandonaban en efecto las sanciones contra un buen número de actos sexuales consentidos, incluida la homosexualidad.[7]

Estas leyes, como tantas de las proclamaciones de los monarcas ilustrados, tuvieron un efecto muy limitado en la actitud y el comportamiento de la sociedad, y en consecuencia, matarifes y sayones siguieron excluidos de la sociedad respetable y formaron sus propias dinastías endogámicas hasta bien entrado el siglo XIX.[8] Los gremios desobedecieron a la autoridad e impusieron una interpretación estricta de la idea de honor. Además, los edictos dieciochescos por los que se exigía la integración de los gitanos a la sociedad alemana originaron, en cierto modo, formas nuevas de persecución, ya que los obligaban a adoptar una residencia permanente, les prohibían casarse entre sí, les requerían que diesen a todos sus hijos a los campesinos germanos para que los criasen y les impedían usar su lengua propia. También estas medidas resultaron imposibles de aplicar.[9]

Los límites del honor y el deshonor eran con frecuencia cambiantes e imprecisos durante la Edad Moderna, y así, oficios que se tenían por infames en algunas regiones se aceptaban en otras como dignos de constituir un gremio. También hubo géneros de conducta que se volvieron menos deshonrosos con el paso del tiempo, en tanto que otros siguieron el camino inverso. Un ejemplo relevante en particular de esto último es el de la prostitución, que sufrió una discriminación y una regulación estatal cada

vez mayores a lo largo de los siglos XVI y XVII. En casi todos los casos, el ostracismo que sufrían los indignos quedó mitigado por la utilidad de las funciones de una u otra clase que desempeñaban en la sociedad. En un período de malas comunicaciones, caminos ruinosos o inexistentes, recursos limitados y centros de fabricación situados con frecuencia a días y aun semanas de viaje de los pueblos, las ciudades pequeñas y las granjas en los que habitaba la mayoría del pueblo, los afiladores, los buhoneros y otros trabajadores ambulantes constituían una parte necesaria de la economía rural. Aunque de un modo distinto, los jiferos y los pellejeros, los molineros y los pastores también entraban en contacto frecuente con la población y se tenían por lo común por importantes para esta. Los artistas itinerantes, saltimbanquis, curanderos y sacamuelas aportaban espectáculo y diversión en el tiempo libre.

Además, la discapacidad física o mental no era, en general, causa de desdoro. La vida de los tontos del pueblo o los locos de las ciudades no era larga ni agradable; pero lo normal era que permanecieran al cuidado de su familia sin considerarse marginados sociales. Los trastornos mentales violentos y perturbadores solían acarrear confinamiento en la cárcel, en donde se hallaba también un número poco nutrido de criminales a los que se había preferido recluir en lugar de azotarlos, marcarlos o ejecutarlos. Con todo, incluso en estos casos, las familias honorables hacían cuanto estaba en sus manos por sobrellevar la situación sin tener que recurrir a medidas tan drásticas. El duque Guillermo el Joven de Brunswick-Luneburgo, por ejemplo, acostumbraba correr medio en cueros por las calles de Celle, dando obsequios a los transeúntes y gesticulando como un descosido; sin embargo, hizo falta que atacase a su esposa con unas tijeras de sastre para que el consejo ducal se aviniera a encerrarlo, y con todo, siguió gobernando, pese a sus accesos periódicos de locura, sin ser sustituido por un regente durante siete años más, hasta su muerte, ocurrida en 1589.[10]

Igual que la demencia no comportaba la exclusión total sino cuando se volvía peligrosa, los nómadas solo incurrían en la franca hostilidad de la población cuando la pobreza decaía en indigencia y se daban a la mendicidad, el robo o el bandidaje. Las ocupaciones itinerantes proporcionaban una existencia aún más precaria que las sedentarias. No cabe, pues, sorprenderse de que las grandes cuadrillas de asaltantes que

deambulaban por numerosas regiones de Alemania durante la Edad Moderna, sobre todo en tiempos de guerra y agitaciones, procedieran sobre todo de las filas de los marginados sociales, incluidos no ya vendedores ambulantes, pedigüeños y gitanos, sino también comunidades pobres aunque sedentarias de judíos. Cuando patrullaba los campos en busca de sospechosos y maleantes, por lo tanto, el Estado moderno prestaba especial atención a los oficios itinerantes, y al estigmatizarlos de este modo, los órganos de gobierno no hacían sino reforzar su condición de marginados. [11]

## III

El siglo XVIII no fue testigo de mejora general alguna en la posición de los marginados sociales de Alemania, sino más bien de la reestructuración de la idea de quién pertenecía o no a esta categoría, así como de la proclamación —aunque su puesta en práctica no pasó de ser limitada— de una serie de medidas destinadas a integrarlos en la sociedad. Tales procesos se vieron acelerados por la desintegración del orden social que llevaron aparejado el crecimiento demográfico, el cambio económico y el impacto de la industrialización británica en el continente. Las guerras francesas y napoleónicas imprimieron una urgencia nueva al fervor reformista de los monarcas y burócratas ilustrados que se afanaban en modernizar sus estados y hacerlos más eficaces frente a la amenaza de Francia. Estaba naciendo una nueva esfera pública burguesa cuyos integrantes, gentes instruidas, creían en la igualdad ante la ley y en la generalización de las libertades y responsabilidades civiles en un mercado libre y un orden político liberal. El factor más importante de todos fue el de la reducción drástica del poder de los gremios durante las primeras décadas del siglo XIX, socavado por la industrialización y las acometidas del Estado reformista. La transición de una «sociedad de órdenes» a otra «de clases», de la Standegesellschaft a la Klassengesellschaft, brindó una situación nueva a los marginados sociales decimonónicos.

Muchos de los grupos que habían quedado excluidos de la sociedad por costumbre y por la ley quedaron así integrados, de forma paulatina aunque imperfecta en algunos casos, en el curso de las reformas liberales que

caracterizaron las décadas centrales del siglo. El ejemplo más patente de esto lo constituyen los judíos, que ganaron la igualdad civil en 1871 y abandonaron su aislamiento social y su identidad religiosa en número cada vez mayor en los años que precedieron al comienzo de la primera guerra mundial. Huelga decir que siguieron estando excluidos de los puestos de poder más selectos del Ejército, la Administración y la política. Aun así, si bien no dejaron de estar discriminados, tampoco podían considerarse marginados sociales; de hecho, se habían integrado en la población alemana de forma muy variada antes de la Gran Guerra. Hasta el káiser Guillermo II tuvo cierto número de amigos íntimos judíos, a pesar de sus arranques ocasionales de discurso antisemita. Lo mismo cabe decir de otros grupos excluidos de posiciones elevadas del Gobierno y la sociedad durante el Imperio bismarckiano y el guillermino. El más nutrido de estos era el de las mujeres, quienes, pese a estar excluidas de facultades tan fundamentales como la del voto, fueron adquiriendo, si bien muy lentamente, un mínimo de derechos civiles básicos durante este período. Las feministas que trataron de mejorar sus condiciones se vieron sujetas con frecuencia a actos menores de hostigamiento por parte de la policía. Más llamativo aún resulta el que los dos grandes movimientos políticos de la fecha, el de los socialdemócratas y el de los católicos, fueran víctimas de ostracismo por parte del sistema político y administrativo del Estado, y sufrieran una amplia discriminación legal y acoso policial. A la postre, sin embargo, estos colectivos constituían una parte de la sociedad en desventaja, pero no estaban excluidos por completo de ella. En conjunto, formaban la inmensa mayoría de los habitantes alemanes de aquel tiempo.

No quiere esto decir que la situación en que se hallaban carezca de relevancia respecto de la historia posterior de la política estatal para con los marginados sociales. En particular, la designación de los socialdemócratas y los católicos en cuanto «enemigos del Reich» por parte de Bismarck y la persecución que emprendió contra ellos de formas diversas —desde el encarcelamiento por cargos menores o inventados hasta la prohibición total de muchas de sus actividades— sentó un precedente ominoso para el futuro. En determinados momentos del siglo XIX, el discurso de los conservadores había puesto en el mismo saco la criminalidad y la revolución y había defendido que se tratara a los radicales políticos como a delincuentes

comunes. En calidad de herederos de esta tradición, Bismarck y sus sucesores usaron el derecho criminal para combatir las amenazas al orden político y social del Reich con medidas que calaron hondo en muchos de los jueces y administradores penales que sobrevivieron al desmoronamiento de la Alemania imperial de 1918 y siguieron en sus puestos durante toda la República de Weimar.[12] Aunque en otros países también hubo movimientos —entre los que destaca el anarquismo, responsable de una oleada de asesinatos políticos en la Europa y la América decimonónicas— sometidos a represión policial y legal, en pocos de los situados al oeste de la Rusia zarista se generalizó tanto ni llegó tan hondo como allí.

La opresión política se vio enmarañada con el derecho criminal y la vigilancia policial en un momento en que Alemania estaba racionalizando su postura respecto a la exclusión social. La disminución progresiva del poder de los gremios volvió más respetables muchos oficios, desde el de molinero hasta el de tejedor de lino, en tanto que otros, como el de pastor, no conocieron más que una importancia marginal. La honra perdió su significación en cuanto medio de apuntalamiento del orden social, y en consecuencia, la deshonra también dejó de ser un instrumento de castigo por parte del derecho y el Estado. Por otra parte, la regularidad laboral y la posesión de un domicilio fijo, elementos a los que ya habían concedido prioridad las administraciones ilustradas del siglo XVIII, cobraron una relevancia más exclusiva como criterios de pertenencia social en el XIX. La industrialización y la urbanización agilizaron las comunicaciones, la producción masiva y la distribución, así como la desaparición de la mayoría de los oficios itinerantes tradicionales. Quienes seguían dedicados a estos, como los oficiales artesanos que quedaban, viendo que era cada vez más difícil ganarse el pan, hubieron de recurrir de forma creciente a la mendicidad. Al mismo tiempo, cuando tocaba a su fin el siglo XIX, el crecimiento económico supuso una demanda considerable de mano de obra en las ciudades. Fueron muchos los obreros que viajaron en busca de trabajo, y la inestabilidad de una producción industrial de notables fluctuaciones dio lugar con frecuencia a períodos en los que era imposible encontrar un empleo. Por último, los latifundios del norte y el este sustituyeron en grado cada vez mayor la mano de obra fija por la de los

temporeros, lo que a su vez atrajo a nutridos grupos de braceros (llegados a menudo de Polonia) que buscaban ocuparse en diversos períodos del año.

Todo esto contribuyó a lo que quienes analizaban la sociedad de la época describieron como un problema creciente de vagabundeo a finales del siglo XIX. Los empeños en solventarlo iban de la creación de colonias laborales a la práctica incipiente de proporcionar alojamiento a un precio módico a quienes carecían de un techo, financiado por fundaciones benéficas de inspiración religiosa en muchos casos. Mientras tanto, sin embargo, en lo básico, la experiencia de los nómadas seguía siendo de continuo acoso por parte de la policía y los tribunales, que penaban la pordiosería, la falta de papeles y el vagabundeo (Landstrei-chereí) con repetidos períodos breves de confinamiento en asilos para pobres o cárceles.[13] La ayuda a los desfavorecidos se transformó por influencia del llamado «sistema de Elberfeld», de una cuestión de beneficencia indiscriminada a un proyecto consistente en observar con rigor a los menesterosos y obligarlos a hallar trabajo en un asilo o en puestos mal remunerados so pena de perder el subsidio. También se adoptaron medidas similares respecto de los romaníes y los sintos, acosados constantemente por la policía mediante instrumentos legales como la obligación de llevar encima documentos identificativos, la ley de tasas, las disposiciones contrarias al concubinato y el requerimiento de registrarse en la comisaría correspondiente al fijar su residencia en un distrito. En un contexto de pleno empleo y creciente perfeccionamiento del sistema de ayudas estatales y voluntarias a los parados, el vagabundeo y la mendicidad se consideraban no como respuestas al desempleo, sino como resultados de la elección personal de «holgazanes» y desviados. Tales medidas tenían, sin embargo, sus limitaciones. La ausencia de una fuerza policial nacional y el hecho de que recayeran tales asuntos en los funcionarios locales hicieron que las autoridades se contentaran muchas veces con expulsar sin más a los gitanos y los vagabundos de su distrito y dejar así la responsabilidad en manos de otro. Incluso era frecuente que les otorgasen documentos por los que se certificaba que se trataba de trabajadores en toda regla a fin de desembarazarse de ellos.[14]

Muy similar era la actitud que se adoptaba respecto de la prostitución, que los comentaristas de la época tendían a concebir no como una estrategia temporal adoptada por ciertas jóvenes para hacer frente al desempleo

transitorio —tal como sucedía a menudo— ni como un medio de encarar las consecuencias de una maternidad ilegítima y la consiguiente estigmatización social, sino como expresión de la degeneración social y sexual de quienes la practicaban. En consecuencia, estas siguieron siendo víctimas de acoso policial en caso de que se resistieran a formar parte de la pequeña minoría que se encontraba recluida en «casas públicas» o burdeles regulados por el Estado. Las más, sin embargo, lograban escapar a las atenciones de la policía.[15] Al mismo tiempo, las autoridades estatales se volvían más insistentes acerca de la necesidad de cuidar a los discapacitados físicos y mentales en instituciones creadas para ellos. El siglo XIX fue la época de los grandes hospitales psiquiátricos y los sanatorios para lunáticos. La profesión médica también intervino en grado cada vez mayor a fin de imponer el internamiento de los disminuidos psíquicos en instituciones, aun en caso de que se opusiera la familia del afectado.[16]

Sería erróneo abordar tal mediación de los doctores desde un punto de vista completamente negativo. No cabe duda de que había cierto género de perturbación mental susceptible de recibir tratamiento químico, ni de que la situación de los discapacitados físicos y psíquicos de los barrios pobres de las grandes urbes de la Alemania de finales del siglo XIX y principios del XX distaba mucho de ser envidiable. La intervención e institucionalización del sector clínico bien pudo servir para alargar la vida a algunos de ellos. En algún que otro caso, de hecho, llegaron incluso a salvársela al persuadir a los tribunales a condonar la pena de muerte a algún homicida por causa de su demencia.[17] Con todo, el desarrollo que experimentó la profesión médica a lo largo del período decimonónico llevó, sin lugar a dudas, a señalar a ciertas clases de impedidos físicos y mentales como médicamente marcados. Los doctores gozaron de una probabilidad cada vez mayor de granjearse el apoyo del Estado en certificados obligatorios de demencia e incapacidad psíquica.

Todo esto viene a subrayar que, en el siglo XIX, las desviaciones sociales y sexuales no se abordaban desde medidas e iniciativas gubernamentales, sino en actividades cotidianas de lo que podría considerarse vigilancia policial y gestión administrativa de bajo nivel. Aplicando en algunos casos dictados concretos del derecho criminal y en

otros haciendo valer, sin más, regulaciones locales u ordenanzas policiales, los agentes del orden asediaban y acosaban a nómadas, vagabundos, pordioseros, romaníes, sintos y prostitutas del mismo modo que hostilizaron a los sacerdotes católicos recalcitrantes durante el Kulturkampf («contienda cultural») prusiano o a los activistas socialdemócratas en virtud de las leyes publicadas contra ellos (los Sozialisten-gesetie) y, de hecho, hasta mucho después. La ilegalidad de las relaciones sexuales entre hombres —que no entre mujeres— que dictaba el párrafo 175 del código criminal del Reich de 1871 constituía otro instrumento más en manos de la policía, que se sirvió de él para hostigar a los homosexuales de grandes urbes como Berlín.[18]

Los resultados fueron punto menos que predecibles. La falta de un principio político nacional coordinado, sumada a lo inadecuado de los recursos de que disponía la policía para centrar sus empeños en el número ingente de estas personas, suponía la estigmatización de los marginados sociales en calidad de desviados, su identificación y susceptibilidad de ser identificados por las autoridades a través de la profusión de condenas y la sujeción a injerencias frecuentes y arbitrarias en su modo de vida. Era imposible que las intervenciones policiales redujesen el número de los marginados sociales o propiciaran su integración en la sociedad. Por el contrario, el acoso policial no hacía sino reforzar su identidad marginal al aumentar su animadversión para con la sociedad y empujarlos a crear y alimentar subculturas protectoras. Por eso nació una de estas de talante homosexual en Berlín, así como otra de condición católica en el sur y el oeste, y otra conformada por vagabundos —dotada de su propia jerga, sus lugares de encuentro y un código compartido de signos trazados con tiza en casas y esquinas— de forma paralela a la subcultura organizativa de la socialdemocracia alemana.[19] La de los romaníes y los sintos, pese a haber recibido escasa atención por parte de la historiografía seria, debió de quedar, con casi total probabilidad, más cimentada aún por esta persecución tan irregular como ineludible.[20]

Otro tanto cabe decir de la subcultura criminal de la Alemania decimonónica. Cuando la pena de prisión fue a sustituir a los castigos físicos infligidos en público en cuanto sanción principal, los comentaristas empezaron a apreciar que los más de los reclusos de las cárceles eran delincuentes obstinados que habían estado confinados en ellas en otras

muchas ocasiones. Los presidios parecían más eficaces a la hora de formar malhechores que de rehabilitarlos. El historial de antecedentes penales de que se les dotó negaba la posibilidad de dar con un trabajo legal a quienes hubiesen tenido interés en tenerlo, y la compañía de otros prisioneros fortalecía la conciencia de su identidad criminal. Los empeños en remediar esta situación fracasaron, pues el confinamiento en solitario, el voto de silencio, la instrucción religiosa y la educación penitenciaria por los que abogaban los reformistas se pusieron en práctica de manera demasiado irregular para que surtiesen efecto alguno en general. Las asociaciones de voluntarios que asumieron el cuidado de los reclusos excarcelados eran demasiado escasas para tener más que una influencia marginal, como ocurrió con las «casas de magdalenas» destinadas a reformar a las prostitutas, las colonias laborales filantrópicas y los albergues benéficos para vagabundos que apenas rascaban la superficie de los distintos problemas que trataban de resolver.

La estigmatización de estos marginados sociales ayudó, de hecho, a perpetuar la amenaza social que planteaban al ver de la sociedad respetable. Recordaba por igual a la burguesía y a la clase obrera decente el destino que aguardaba a quienes se apartaban seriamente de las normas sociales, sexuales o legales. En una categoría un tanto diferente se hallaban las minorías étnicas de Prusia y, más tarde, de la Alemania imperial; sobre todo los alsacianos y loreneses, los daneses y, por encima de ellos, los polacos. También en estos casos se tendía principalmente a la asimilación. Las autoridades alemanas locales trataban de reprimir el uso del polaco, el francés, el danés y el alsaciano en contextos oficiales, incluidas las escuelas estatales, alentaban a los colonos germanohablantes y empleaban el derecho de modos diversos en desventaja de la población local de lengua no alemana. El resultado fue tan predecible como en otros contextos: desarrollo de movimientos nacionalistas y aparición de una poderosa subcultura regionalista que consideraba a los alemanes poco más que una potencia de ocupación.[21] Los discapacitados físicos y psíquicos, por último, formaban también una categoría aparte, si bien resulta difícil evaluar en qué grado podían engendrar sus propias subculturas en el seno de las instituciones en que se hallaban confinados. Aislados de sus familias, sus comunidades y el mundo que se extendía tras los muros del asilo, eran

los más vulnerables de todos los marginados sociales de la Alemania decimonónica.

## IV

Pese a lo variado y lo variable de los géneros de discriminación arriba expuestos, la historia de los marginados sociales de la Alemania de los siglos XVIII y XIX no lleva a pensar, en general, en una sociedad germana de definiciones particularmente rígidas ni tendiente a excluir a un número mayor de personas que otras culturas, ni tampoco a concluir que el Estado persiguiera a los descarriados y los marginados de un modo más inflexible que los demás. Globalmente, y con ciertas reservas, los procesos que se estaban dando en la redefinición, la investigación, el aislamiento y la estigmatización de los marginados sociales de Alemania eran los mismos que los que describió el filósofo e historiador francés Michel Foucault respecto del Reino Unido y Francia.[22] Hubo que esperar a finales del siglo XIX para que empezasen a darse diferencias significativas. Se diría que la eugenesia, la «higiene racial» y la teoría y la retórica de la «degeneración», pese a estar cobrando un ascendiente cada vez mayor en muchas naciones, entre las que se incluían Italia, Francia y Estados Unidos, ejerció un atractivo particular entre los intelectuales germanos de la década de 1890 en adelante. En vísperas de la primera guerra mundial era cada vez mayor el número de marginados sociales de Alemania a los que veían a la luz de estas teorías en grado creciente quienes escribían y reflexionaban sobre ellos.[23]

Este hecho reflejaba la influencia en aumento de la profesión médica en la sociedad alemana. En un momento en que la actividad estaba adquiriendo un prestigio colosal merced a los triunfos logrados en la investigación de las causas de la tuberculosis, el cólera, la difteria y otras enfermedades decimonónicas de relieve, la medicina germana se estaba haciendo con un peso social ubicuo a través de la creación y rápida expansión de los sistemas de seguridad social en los que Alemania se reveló como precursora incontrovertible.[24] Los facultativos de la nación comenzaron a acariciar la ambición de atraer hacia su jurisdicción otros ámbitos de la sociedad, entre los que figuraban la delincuencia y la degeneración social. La escuela

germana de criminología, fundada por figuras como la de Franz von Liszt y desarrollada con otras de la talla de Gustav Aschaffenburg, fue apartando de manera gradual el estudio de estos dos elementos del ámbito propio de legisladores y moralistas para situarlos en el de los psiquiatras y expertos en eugenesia. Adaptando las ideas del criminologo italiano Cesare Lombroso, quien se había formado precisamente en medicina, llegada la primera década del siglo XX defendían la tesis de que los malhechores reincidentes y contumaces eran, sobre todo, producto de la degeneración hereditaria, activada en circunstancias socioeconómicas particulares. Otros descarriados, como los alcohólicos, las prostitutas o los vagabundos, se colocaban en la misma categoría de los sujetos de constitución genética corruptos que, por ello, resultaban inferiores desde el punto de vista de la eugenesia.[25]

Tras estos argumentos subyacía un convencimiento más abarcador de que, con el descenso de la tasa de natalidad que se dio en Alemania con el paso del siglo XIX al XX, y que resultó más marcado entre la clase media y la alta, los representantes «menos valiosos» de la sociedad se estaban reproduciendo con más rapidez que los «plenamente meritorios». Esta distinción entre los Minderwertige y los Vollvertige se volvió casi universal entre los facultativos y otros profesionales al abordar debates relativos al «problema social» antes de la primera guerra mundial. Sin embargo, por aséptica y «científica» que pudiese haber parecido, lo cierto es que implicaba de forma inevitable el juicio moral y político de que algunos seres humanos no lo eran plenamente. La propia terminología empleada echaba abajo las barreras y llevaba al abandono de principios liberales inmemoriales como el de la igualdad ante la ley o el de la libertad individual. La eugenesia podía emplearse, claro está, en un sentido positivo, y de hecho, era uno de los factores que había tras los esfuerzos de la profesión médica por mejorar los patrones de higiene, nutrición, cuidados infantiles y salud pública en general; pero cuanto más se generalizó entre la población la red institucional de servicios sanitarios, más obvio resultaba a muchos de cuantos participaban en ella que la minoría que se empeñaba en rechazar las bondades de una vida normal, sobria, laboriosa y observante de la ley debía de actuar así por causa de algún defecto heredado como el que parecían sufrir los discapacitados físicos y mentales. Por lo tanto, la

eugenesia negativa —la reducción o eliminación de los sectores «menos valiosos» de la población— se concibió como una consecuencia punto menos que inevitable de la expansión de la positiva —la mejora de la salud mental y física de la población en su conjunto.

En vísperas de la primera guerra mundial, el lenguaje de la eugenesia y la higiene racial era ya de uso común entre los abogados criminalistas, los fiscales estatales, los administradores penitenciarios y los comentaristas sociales de Alemania, así como por cuantos participaban en la floreciente profesión de los agentes de bienestar social. Los organismos internacionales consagrados a la aplicación de ideas médicas en el ámbito criminal y penal se hallaban dominados por austríacos y alemanes. Mucho antes de estallar la Gran Guerra, los partidarios de las reformas penitenciarias abogaban ya por la detención indefinida, la castración y aun la ejecución de reincidentes cuya conducta, reiterada a lo largo de los años, había puesto de relieve en su opinión su degeneración hereditaria, su incapacidad para convivir en la sociedad humana y lo inconveniente de que transmitieran los defectos de su carácter a la siguiente generación.[26] Aunque en otros países, como Estados Unidos, se habían planteado tesis semejantes por parte de los defensores de la eugenesia, en Alemania el movimiento se hallaba dominado en mayor grado por los profesionales de la medicina y la psiquiatría, quienes aplicaban el concepto de degeneración como herramienta de diagnóstico con una variedad cada vez mayor de marginados sociales que incluía a alcohólicos, homosexuales y prostitutas.[27]

Estos conceptos nuevos estaban teniendo ya un impacto discernible en la actitud adoptada respeto de los transgresores serios y violentos aun antes de la primera guerra mundial, y se habían popularizado en cuanto medio de justificar la pena de muerte en la profesión jurídica, la prensa y la vida política. Sin embargo, no fue hasta la República de Weimar cuando quedaron ligadas a otros dos conjuntos de ideas como parte de una mezcla tan nueva como fatídica. En primer lugar, tras la derrota sufrida por Alemania en el conflicto bélico fue cada vez mayor el número de especialistas en higiene racial, sobre todo entre los jóvenes, que se convencieron de la supremacía nórdica y la inferioridad de los judíos, los eslavos y otros grupos étnicos. Los que secundaban la eugenesia pero se oponían al antisemitismo y el racismo quedaron en minoría. En segundo

lugar, comenzó a aplicarse el modelo médico a la depravación política. A mediados del siglo XIX eran muchos los comentaristas que concebían la actividad y el credo revolucionarios como una forma de delincuencia. Desde la primera guerra mundial fue cobrando fuerza el convencimiento de que era producto de una mente enfermiza o degenerada. Ya entre 1916 y 1918, de hecho, los testigos de Jehová que se negaban a hacer el servicio militar por motivos éticos acababan recluidos en el frenopático después de que se les diagnosticara de «manía religiosa». Durante la República de Weimar era normal que la derecha política los tuviera por revolucionarios engañados por judíos, con los que se daba por supuesto que compartían una serie de creencias espirituales.[28] Uno de los principales criminólogos consideraba la mismísima Revolución de 1918 un producto de perturbaciones psíquicas propiciadas por cambios cósmicos y climáticos causantes de una reversión de las masas a cierto estado atávico de brutalidad primitiva comparable al que diagnosticaba a los criminales el teórico italiano Lombroso.[29]

La de la higiene racial se convirtió en una disciplina académica consolidada durante la República de Weimar. A la creación de la primera cátedra sobre el particular (en la Universidad de Múnich en 1923) la siguieron durante los nueve años posteriores no menos de cuarenta cursos al respecto en las facultades de toda Alemania. Se instauró toda una serie de institutos de investigación y de compilaciones biológico-criminológicas destinadas a allegar datos relativos a las personalidades y las familias de los delincuentes, y aparecieron publicaciones que defendían la necesidad de matar a los individuos defectuosos desde el punto de vista eugenésico por la carga financiera que estaba imponiendo semejante «lastre viviente» a la sociedad en un momento de crisis económica en que a quienes sí contribuían a la producción nacional se les estaba haciendo la vida muy cuesta arriba. De hecho, ya durante la primera guerra mundial, la retención deliberada de provisiones destinadas a los manicomios había provocado un aumento tan drástico de la tasa de mortalidad de los pacientes que no exageraríamos mucho si dijésemos que fueron decenas de miles de enfermos los que murieron de manera prematura a manos de funcionarios

que sabían bien lo que hacían y apenas albergaban escrúpulos al respecto. [30]

El desarrollo de servicios asistenciales y el auge de la profesión de los trabajadores sociales en la República de Weimar aceleraron este proceso más que retrasarlo. Fueran cuales fueren sus discrepancias, quienes operaban en este ámbito coincidían cada vez más en la necesidad de una legislación que sustituyese a medidas e instituciones anticuadas como los asilos para pobres por hogares modernos en los que poder ingresar sin limitaciones a vagabundos, rameras y otros «antisociales» —que así se les conocía ya de forma generalizada— hasta que se les juzgara capaces de integrarse en la sociedad. Todos los partidos situados a la derecha del de los comunistas se avinieron a la elaboración de una ley que despenalizara delitos como el vagabundeo o la prostitución e introdujera en su lugar disposiciones destinadas a lograr el confinamiento forzoso e indefinido de los «antisociales» en diversas instituciones seguras gestionadas por el sistema de bienestar social.[31] En paralelo a este se entabló un debate en torno a quienes transgredían de forma habitual o «incorregible» el derecho criminal, quienes, en opinión de muchos juristas, criminólogos y psiquiatras, deberían ser sometidos a «confinamiento de seguridad» de manera indefinida por motivos muy semejantes.[32] De tal modo se impediría que se reprodujesen y pusieran así en peligro la salud futura de la raza alemana.

La generalización de ideas tomadas de la eugenesia y la higiene racial afectó también a otros marginados sociales de la República de Weimar. Los gitanos, por ejemplo, planteaban al sistema de bienestar problemas muy similares por su condición «antisocial». Eran vagabundos, eludían las disposiciones legales relativas a la escolarización de sus hijos, se daba por supuesto que estaban implicados en delitos menores y, para colmo, tenían un origen racial a todas luces diferente del de los alemanes. Tal como ocurría con los delincuentes contumaces y los «antisociales», el régimen de Weimar seguía basando sobre todo su respuesta al respecto en acciones policiales, y sin embargo, la evolución del sistema de bienestar social ayudó también a cimentar su exclusión de la sociedad y llevó a las agencias de este a defender con más ahínco que nunca su integración. A la «biología criminal» no le resultó difícil describirlos como seres humanos «primitivos»

y subdesarrollados, inferiores a los alemanes desde el punto de vista racial. La idea de integrarlos en la sociedad, por lo tanto, acabó por ceder el paso en la mente de un número nada desdeñable de responsables políticos a la de desterrarlos por completo de ella por miedo a que la contaminaran por mediación del mestizaje, que de hecho se estaba produciendo cada vez más durante este período. Cierta ley bávara de 1926 trató de restringir sus movimientos a asentamientos determinados y de evitar que formasen «bandas», y los amenazó con dos años de reclusión en un asilo «por motivos de seguridad pública» si no demostraban tener trabajo de manera regular. Los funcionarios comenzaron a reunir un registro pormenorizado de gitanos con la intención de seguirles el rastro en los archivos criminales y del sistema de bienestar social en cuanto grupo racial diferenciado.[33]

La influencia del pensamiento de la biología racial se hizo notar también en los debates relativos a la homosexualidad durante la República de Weimar. Si los sexólogos finiseculares ya habían calificado de trastorno psicológico dicha condición, a medida que descendía la tasa de natalidad comenzaron a crecer entre los expertos en eugenesia las preocupaciones relativas a la influencia de una posible difusión de la homosexualidad. Los comentaristas médicos opinaban que se trataba de una afección en la que, por motivos evidentes, la herencia desempeñaba una función subordinada. En consecuencia, la intervención clínica podía, cuando menos en teoría, dar con una «cura». Para la extrema derecha, pues, se hicieron prioritarias la restricción y, de ser posible, la eliminación de la floreciente subcultura homosexual en ciudades como Berlín a fin de evitar la corrupción y seducción de jóvenes que, según se creía, podían contribuir de lo contrario a la reproducción de la raza. Además, los criminólogos se centraron en las conexiones delictivas de dicho colectivo (inevitables por causa del carácter ilegal de la homosexualidad masculina en virtud del derecho criminal). Por último, en la derecha era común la preocupación por el «afeminamiento» de los homosexuales varones y el efecto que podía tener —que estaba teniendo ya, al decir de algunos— en la masculinidad de los soldados alemanes, en su voluntad de combatir en una futura guerra y en el vigor viril que debían transmitir a las generaciones futuras. El sexólogo Magnus Hirschfeld, precursor en la defensa de la igualdad de derechos para este colectivo, no hizo, posiblemente, sino agravar tan irracionales miedos al presentar a los

hombres homosexuales como un «tercer sexo» que no era ni masculino ni femenino, sino que se hallaba en algún lugar intermedio.[34]

En tiempos de la República de Weimar se politizó en grado considerable la cuestión de la exclusión social. Por un lado, los contrarrevolucionarios y la derecha política agruparon de manera creciente a toda clase de desviados sociales, políticos y religiosos en una categoría única de subversivos de la que se suponía que estaba socavando la raza germana. En esto los secundaban cuando menos algunos expertos en eugenesia e higiene racial, aunque otros se resistían a la apropiación política del asunto por parte de las fuerzas racistas y antisemitas del nacionalismo extremo. Más en general, el propio sistema pujante de bienestar social del período de Weimar entró en la palestra política al exigir acciones legislativas que excluyeran del ámbito de la justicia criminal y los sistemas penales a cierta variedad de minorías, desde los enfermos mentales a los infractores reincidentes, pasando por los vagabundos, los alcohólicos y los drogadictos, para incluirlos en el de la institucionalización obligatoria bajo supervisión facultativa durante un período definido.

Entre los grupos de marginados sociales hubo algunos que también se politizaron. Durante la década de 1920, los testigos de Jehová obtuvieron en Alemania un apoyo multitudinario; tanto, que en 1926, la secta tenía más seguidores en Dresde que en Nueva York. Además, su pacifismo se hizo más pleno e inflexible que en la Gran Guerra, en la que había sido considerable la proporción de los que se habían avenido a servir en las fuerzas armadas de Alemania. Su franca oposición a la amenaza creciente del antisemitismo enfureció a la extrema derecha y consolidó el convencimiento, por parte de los ultranacionalistas, de que ejercían de títeres de los judíos, obstinados en evitar el resurgir de la raza germana tras la catástrofe de 1918.[35] Los homosexuales hicieron una campaña vigorosa y mucho más directa que durante el Imperio guillermino por la abolición del párrafo 175 del código criminal y la legalización de su colectivo.[36] Anarquistas como Erich Mühsam y Gregor Gog trataron de politizar a los vagabundos, si bien el Vagabundenkongress celebrado por este último en Stuttgart en 1929 apenas conoció un éxito limitado y la idea de organizarlos en un sindicato (Verein) fracasó como cabía esperar.[37]

Los marginados sociales también adquirieron una función política simbólica de peso en la República de Weimar, cuando las fuerzas del nacionalismo radical exigían a todos los alemanes de bien que se rebelaran contra el Tratado de Versalles y combatieran a las fuerzas subversivas que obstaculizaban el renacer de la nación. A ningún grupo podía aplicarse esto con más propiedad que a los llamados «bastardos de Renania». Durante la década de 1920, la margen izquierda del Rin se hallaba sometida a la ocupación militar aliada, y en la zona asignada a Francia, este hecho comportaba la presencia de tropas coloniales procedentes de Senegal, Madagascar y otras partes del Imperio francés de ultramar. Apenas hubo partido político de Alemania que no protestase ante el uso en la región de lo que consideraban soldados inferiores desde el punto de vista racial, y más aún durante la invasión gala del Ruhr de 1923, cuando la propaganda racista alcanzó proporciones punto menos que histéricas y llevó a acusar a los combatientes negros de numerosas violaciones de mujeres alemanas. En Mi lucha, de hecho, Hitler achacó esta situación a una conjura deliberada de los judíos destinada a degradar y corromper la raza germana. En realidad, todo apunta a que los soldados de las colonias se condujeron con cortesía y consideración, y que los «bastardos de Renania» fueron el fruto de relaciones por entero voluntarias con mujeres de la zona. Otros de quienes se incluían en esta categoría eran hijos de contactos sexuales totalmente legítimos entre colonos alemanes de uno y otro sexo y nativos americanos mantenidos al otro lado del Atlántico antes de la primera guerra mundial. Estas distinciones, sin embargo, se obviaron por completo en medio del furor provocado por la ocupación francesa, y todos los germanos mestizos quedaron comprendidos en dicha denominación, símbolo tan poderoso de la humillación de Alemania, que los funcionarios del Ministerio bávaro de Interior empezaron ya en 1927 a pedir al gobierno del Reich que emprendiera contra ellos una campaña de esterilización obligatoria.[38]

## V

Pese a todos estos acontecimientos ominosos, sería incorrecto entender sin más el trato recibido por los marginados sociales de la República de Weimar a través del cristal de una discriminación y una persecución estatales crecientes. La década de 1920 fue también testigo de un

movimiento generalizado de reforma social en el sistema penal, policial y de bienestar del Estado. Hasta quienes creían en la presencia marcada de un elemento hereditario en una clase u otra de degeneración social consideraban que la mayoría de los descarriados seguía siendo capaz de reinsertarse en la sociedad. Las ideas liberales y socialistas tuvieron cierta influencia en esto, y las propuestas de esterilizar a dichos individuos o someterlos a algún plan de «eutanasia» involuntaria toparon con un rechazo considerable en todos los ámbitos.

Con todo, esta situación no iba a durar demasiado, siendo así que la depresión económica de entre 1929 y 1933 exacerbó el problema de los marginados sociales de modos muy diversos. El desempleo, que alcanzó cotas nunca vistas, supuso un aumento descomunal del número de desamparados y vagabundos. Se redujeron los subsidios, que se abandonaron por completo en el caso de quienes llevaban largo tiempo en el paro, de los cuales eran punto menos que un millón y cuarto los que no recibían prestación alguna a comienzos de 1933. Se calcula que el número de quienes dormían en la calle en Alemania era de entre doscientos y quinientos mil a principios de la década de 1930. La reducción del gasto estatal durante la crisis encendió las protestas de quienes consideraban un «lastre social» a los discapacitados físicos y mentales. La prostitución se convirtió de nuevo en un medio de subsistencia habitual entre las jóvenes, en su mayoría de clase obrera, en tiempos en los que resultaba difícil dar con otro trabajo; y si bien la tasa de criminalidad no aumentó tanto como durante la hiperinflación de 1922-1923, las bandas o «camarillas» de jóvenes tuvieron una presencia notable durante la Depresión y adquirieron fama de amenaza seria al orden público entre muchos integrantes de las clases medias.[39]

Esta situación desdibujó e hizo más flexibles que nunca los confines entre la sociedad respetable y sus marginados. La prostitución constituía por lo común hasta en tiempos de normalidad un expediente temporal al que recurrían mujeres a las que después no suponía demasiada dificultad volver a integrarse en la clase obrera. El vagabundeo no era tanto un modo de vida permanente como una circunstancia temporal ineludible para los cientos de miles de varones, en su mayoría jóvenes, que no podían permitirse un techo bajo el que resguardarse a principios de la década de 1930, y lo cierto es

que en otros tiempos constituía apenas una fase más para muchos de los que lo practicaban. El robo, el desfalco y los delitos menores resultaron tentadores para un buen número de ciudadanos en un período de desempleo multitudinario y bancarrota. A la larga, hasta una minoría étnica como la de los «bastardos de Renania» se las compuso para dar con un papel en la sociedad, sobre todo en el ramo de espectáculos circenses y de otra clase. Si bien algunas formas de deficiencia psíquica y física resultaban extremas de manera innegable e imposibilitaban a su poseedor el disfrute de una vida normal de integración en la sociedad general, otras eran mucho menos definidas y dependían del antojo de procedimientos diagnósticos tan vagos como arbitrarios.[40]

En tiempos de normalidad, como hemos visto, las tácticas gubernamentales y policiales podían hacer más rígidas las delimitaciones y convertir en una condición más o menos permanente lo que para muchos no pasaba de ser una función temporal o desempeñada a tiempo parcial al margen de la sociedad. La medicalización del ámbito de lo penal y el aumento del bienestar social había hecho extensiva la exclusión social a un número cada vez mayor de personas que hasta entonces habían eludido la red, sin disminuir, no obstante, el impacto de las acciones policiales cotidianas en la identificación y perpetuación del mundo de los «antisociales», los delincuentes de menor consideración y los reincidentes. La recopilación de estadísticas relativas a los gitanos; la creación por parte de las «oficinas de compilación biológico-criminal» de complejos ficheros de marginados sociales tenidos por portadores de una carga hereditaria defectuosa y, por ende, por un peligro para las generaciones venideras; las actividades de allegamiento de información del sistema de bienestar social…; todo ello proporcionó, mucho antes de la llegada del Tercer Reich, los fundamentos necesarios para la consolidación de las divisorias entre la sociedad y sus elementos marginales que la Depresión amenazaba con desdibujar.[41]

El régimen nacionalsocialista trató de reproducir estas delimitaciones de un modo extremo, y al hacerlo, fundió en uno todos los elementos que habían estado presentes en el pensamiento oficial, médico-psiquiátrico, administrativo y criminológico en relación con los marginados sociales. Al dividir su mundo en «camaradas raciales» y «gentes ajenas a la

comunidad», Volksgenossen y Gemeinschaftsfremde, los de dentro y los de fuera, los nazis definieron a casi todo aquel que se negó a contribuir a sus objetivos como descarriado, enfermo, llevado por motivaciones raciales o degenerado. Lo más probable es que, desde el punto de vista histórico, la sociedad alemana no fuese más hostil frente a los individuos marginales que otras de las europeas. Hasta en tiempos de la tradicional «sociedad de los órdenes sociales» (o Ständegesellschaft) habían sido mudables y flexibles los confines de los «honorables» y los «indignos», y en cualquier caso habían desaparecido en gran medida a mediados del siglo XIX. La sociedad industrial había creado una serie de categorías nuevas de marginados sociales, sobre todo entre los discapacitados físicos y mentales, al mismo tiempo que perpetuaba o transformaba otras, como la de los nómadas o la de los vagabundos. La actitud social y en cierta medida oficial para con los actos socialmente descarriados, como la sodomía o la prostitución, y los grupos marginales como el de los gitanos se volvió más indulgente en el transcurso de los siglos XVIII y XIX. Estos colectivos hubieron de soportar hasta finales del XIX o principios del XX actos menores de hostigamiento policial que, si bien pudieron reafirmar su identidad desviada, no cortaron por entero los lazos que los unían a la sociedad respetable.

Fueron tres los factores que transformaron esta situación en el período que va de 1890 aproximadamente a 1930. El primero fue la medicalización de la política penal y de asistencia social, unida a una expansión considerable del sistema de bienestar estatal. En grado cada vez mayor, y sobre todo a partir de la primera guerra mundial, quienes trataban con ellos incluyeron a una proporción significativa de marginados sociales en la categoría de los contaminados desde el punto de vista hereditario, de los degenerados y de los que constituían una amenaza para el futuro de la raza alemana. El segundo, muy ligado a él, fue el auge de la higiene racial, la tendencia a considerar conforme a criterios étnicos la sociedad germana y sus relaciones con otras de las de dentro y fuera de Europa. Esto se tradujo en un vínculo gradual, aunque irregular, entre el discurso relativo a los marginados sociales y el que tocaba al antisemitismo y la capacidad de la raza germana para subsistir en la lucha por la supremacía con otras como la latina o la eslava. El tercer factor fue el de la creciente politización de los argumentos referentes a los marginados sociales, y de hecho, la creciente

politización del común de la sociedad alemana, sobre todo en tiempos de la República de Weimar, cuando muchos de la extrema derecha entendieron necesaria la adopción de remedios drásticos a fin de superar el trauma de la derrota sufrida en la primera guerra mundial y regenerar la nación de Alemania en cuanto entidad viril, enérgica, comprometida y unida, resuelta a alcanzar el poderío mundial que se le había escapado de las manos entre 1914 y 1918.

Estos fueron los criterios que aplicaron los nazis a los marginados sociales de Alemania desde 1933 en adelante, y para ello pisotearon a menudo las escrupulosas distinciones que habían trazado los expertos al mismo tiempo que adoptaban sus ideas y se servían de los datos que con tanta meticulosidad habían allegado durante la República de Weimar. La radicalización del nazismo, verificada sobre todo en la guerra, llevó aparejada la de su postura para con los excluidos de la sociedad. En este contexto se desvanecieron en mayor o menor grado las distinciones entre desviación política, racial y social. Llegado 1944, la definición de «gentes ajenas a la comunidad» se había trocado en un instrumento por entero arbitrario en manos de la SS y el sistema policial. Al decir del criminologo nacionalsocialista Edmund Mezger pertenecía a dicha categoría «todo aquel que, por su personalidad y su estilo de vida, y en particular por mediación de deficiencias poco usuales de entendimiento y carácter, se muestra incapaz de satisfacer por sí mismo los requisitos mínimos de la comunidad racial».[42] Semejante descripción abarcaba mucho más que las categorías de marginados sociales que habían soportado con anterioridad los peores embates de la represión y exterminio de los nazis, y daba en la práctica a los cuerpos de seguridad carta blanca para arrestar, encarcelar y matar casi a cualquiera. El término biológico Volksschadling (parásito racial), usado habitualmente por la legislación nacionalsocialista relativa a delitos de tiempos de guerra como el pillaje, dan fe de hasta dónde había calado en su pensamiento la metáfora de la etologia. Juristas del régimen tan eminentes como Roland Freisler y Otto-Georg Thierack proclamaban de forma explícita el papel de la justicia como instrumento de limpieza eugenésica.

Este no era sino el final de un largo camino que había comenzado no con la supervivencia de formas precontemporáneas de exclusión social heredadas de la Stàndegesellschaft de la Edad Moderna, sino con la dilatada

autonomía y los amplios poderes que había recibido de la era del absolutismo la policía de los más de los estados alemanes, y que había utilizado para hostigar y perpetuar la exclusión social de toda una variedad de categorías de descarriados y marginados. Aunque el fracaso de la reforma penal decimonónica —que distaba, por cierto, de ser exclusivo de Alemania— había representado también un papel relevante en este sentido, fueron la irrupción en la administración judicial, penal y social de una filosofía finisecular impregnada de racismo, darwinismo social y eugenesia, y la medicalización y politización de dichas áreas de pensamiento y de práctica durante la República de Weimar lo que situó a Alemania en la ominosa vía que desembocaría en el encarcelamiento indefinido, la esterilización y, al final, el exterminio en masa de los colectivos tenidos por descarriados. De estos pasos, el más radical, el del asesinato multitudinario, es el único que no se habría dado probablemente de no haber llegado los nazis al poder en 1933. Ello es que en otros países —desde Suecia a Estados Unidos— se habían adoptado también durante el período de entreguerras medidas coercitivas contra cierta variedad de marginados sociales que incluían la esterilización forzada, aun cuando en escala mucho menor que en Alemania. En los dominios de esta fue únicamente donde el homicidio masivo se convirtió en estrategia del Estado, y comenzó no con los judíos, sino con los discapacitados físicos y psíquicos ejecutados en 1939.

Por lo tanto, vistos desde una perspectiva histórica más amplia, el confinamiento, la esterilización y el exterminio de marginados sociales por parte de la Alemania nazi fueron producto de la modernidad, de la movilización política y los avances científicos —o de lo que se tenía por tales— que se dieron en el medio siglo que fue de 1890 a 194o.[43] El proceso no supuso un regreso a lo salvaje: describirlo como tal equivale a usar este vocablo en un sentido moral más que histórico, y en consecuencia, a impedir la comprensión seria y bien informada de la naturaleza de la propensión nazi al exterminio. Emplear la condición salvaje en cuanto herramienta conceptual fundamental para entender el Tercer Reich es confundir condena moral con pensamiento. En cambio, concebir el exterminio nazi como un aspecto del fenómeno bifronte de la modernidad supone reconocer que quizás esta posee un lado oscuro, que —como

supieron ver hace ya mucho Marx y Engels— pudo tener sus víctimas además de sus beneficiarios.[44] No significa que haya que reescribir el concepto de modernización hasta vaciarlo de toda connotación positiva, sino más bien reconocer que la ciencia, en determinados lugares y en momentos concretos, y quizá por encima de todo en la Alemania de entre 1890 y 1940, pudo representar una fuerza tan destructiva como constructiva, y que lo que algunos entendían como progreso social fue para otros discriminación, opresión, sufrimiento y muerte.

# II EN LA ALEMANIA NAZI

# 7. COACCIÓN Y CONSENTIMIENTO

En las décadas que siguieron de inmediato al fin de la segunda guerra mundial se dio un consenso generalizado respecto de la consideración de la Alemania nazi como un Estado policial. Su omnipresente sistema de vigilancia y dominación dejaba al ciudadano individual poca libertad de pensamiento o acción. La idea de que lo que caracterizó principalmente el Tercer Reich fue la completa destrucción de las libertades civiles y el estado de derecho en manos de lo que el politologo germano Karl Dietrich Bracher denominó «la dictadura alemana» en el volumen clásico que lleva por título esta expresión, fue de la mano de la importancia que se brindó a la naturaleza jerárquica descendente del proceso de toma de decisiones del régimen nacionalsocialista, en virtud de la cual se colocó a Hitler en el centro de lo que se conocería como enfoque «intencionalista» del estudio de la actuación de los nazis, que entendía que todo ocurrió porque así lo quiso su dirigente.[45] Esta interpretación, empero, comenzó a desecharse a finales de la década de 1960 cuando la nueva generación de historiadores comenzó a explorar las contradicciones e inconsistencias internas del sistema de gobierno del Tercer Reich. Las historias locales y regionales pusieron al descubierto una variedad tan amplia como cambiante de actitudes populares respecto del Tercer Reich y sus medidas. Esta investigación hizo hincapié por implicación en la relativa libertad de elección de los alemanes de a pie entre rebelarse o no, y recuperó, por ende, el elemento de voluntariedad en su relación con el régimen nazi.[46]

Al mismo tiempo, la maquinaria del Estado policial comenzó a mostrarse mucho menos coercitiva que en la década de 1950. Una serie de estudios puso de relieve que la Gestapo, presentada en otro tiempo como

una institución de vigilancia y dominación ubicua e invasora, no era, en realidad, sino una organización relativamente pequeña, sobre todo si se comparaba con la Stasi, el servicio de seguridad estatal de la Alemania Oriental comunista.[47] De forma más reciente, un sondeo de opinión llevado a cabo a gran escala y con gran refinamiento metodológico entre ciudadanos germanos de avanzada edad en la década de 1990 por el historiador estadounidense Eric Johnson y el sociólogo alemán Karl-Heinz Reuband puso de manifiesto que la mayoría de los encuestados reconocía haber mantenido una actitud «positiva o principalmente positiva» para con el nazismo en un momento u otro del régimen. Solo una modesta minoría llegó a albergar temor de ser arrestado por la Gestapo. «Hitler y el nacionalsocialismo —aseveran los dos estudiosos— gozaban de una popularidad tan inmensa entre la mayor parte de los alemanes, que en raras ocasiones hubieron de recurrir a la intimidación y al terror para garantizar su lealtad.» La estimación de que gozaban también se hizo evidente en los resultados de los comicios y plebiscitos que celebraron con intervalos diversos a lo largo de la década de 1930. El 99 por 100 de apoyo que otorgó el electorado a Hitler y sus programas brinda, a decir del historiador Robert Gellately, indicios «notables» del «respaldo popular» de que gozaba el régimen; opinión que corrobora quien es quizás el historiador más destacado de Alemania: Hans-Ulrich Wehler, que sostiene al analizar aquel período que en aquellas ocasiones los nazis «no siguieron una estrategia sistemática de manipulación».[48] Los asertos de más alcance en este sentido han sido los que ha expresado el historiador alemán de izquierda Gotz Aly, quien negó no hace mucho que el Tercer Reich fuese «una dictadura mantenida por la fuerza», sino un régimen popular sostenido por el entusiasmo de la inmensa mayoría por los logros obtenidos desde muy temprano en el ámbito de la prosperidad material y la igualdad social. La estructura de sus procesos de toma de decisiones no era «descendente», sino «plana», lo que ofrecía el máximo de oportunidades a la participación en la formulación y puesta por obra de las acciones gubernamentales.[49]

Estos argumentos cuentan, en gran medida, con el impulso de un poderoso imperativo moral, avivado por la reaparición de diversas causas de crímenes de guerra desde la caída del comunismo y la puesta en marcha de acciones de compensación y restitución en ámbitos diversos que van

desde obras de arte saqueadas hasta a mano de obra esclava. Cuanto implique una restricción del libre albedrío de los agentes históricos amenaza con constituir un obstáculo serio a la hora de determinar su culpabilidad. La jerga de los tribunales se ha importado a la historiografía, y así, todo el que vivió en Alemania o en Europa en general entre 1933 y 1945 se califica de «perpetrador», de «testigo» o, con menos frecuencia, de «víctima». Hans-Ulrich Wehler ha sostenido que sería «erróneo caracterizar principalmente el Estado del Führer como un régimen de terror en el que una banda de malhechores encabezados por un marginado social austríaco ejerció sobre Alemania un género de dominación extraña ante la que no tuvo más opción que doblegarse una mayoría decente aunque indefensa». Esta opinión, frecuente en Alemania Occidental durante el período inmediatamente posterior a la guerra, brindaba, en su opinión, una coartada a la mayoría al mismo tiempo que pasaba por alto, de forma muy oportuna, el «amplio consenso» que se dio desde un principio respecto del apoyo al régimen, mantenido sobre todo por el atractivo ejercido por la personalidad arrolladora de Hitler y por una combinación de «pan y circo» para las masas. En consecuencia, en la Alemania nazi existió un «entendimiento sin reservas» entre «los dictados del Führer y la opinión del pueblo».[50] Para Wehler, la admisión de este acuerdo sirve de apoyo a la premisa de la culpa colectiva que constituye el factor integrador principal de la identidad nacional de la Alemania posterior a la unificación. Dicha identidad no ha carecido nunca de detractores, y de hecho, se han dado intentos reiterados de brindar una alternativa o de socavar sus proposiciones mediante el expediente de presentar a los alemanes como víctimas de la guerra y la conquista en igual grado que el resto de naciones. Pese a todo, ha adquirido una condición hegemónica. Descansa sobre el sentimiento compartido de responsabilidad por los crímenes del nazismo que puede observarse hoy en toda Alemania, sobre todo en Berlín, en donde el centro mismo de la nueva capital de la nación posee ahora un monumento y un museo dedicados a las principales víctimas del nacionalsocialismo.[51]

Sin embargo, la importancia que se atribuye hoy al consenso nacional que sustentó al nazismo entre la década de 1930 y los albores de la de 1940 no es exclusiva de quienes tienen por interés principal el de dotar de legitimidad histórica al concepto de identidad nacional de los liberales de

izquierda, sino que se ha generalizado entre los historiadores de la Alemania nazi sin importar su país de origen. «Habida cuenta del próspero cultivo que hicieron de la opinión popular —ha escrito Robert Gellately—, los nazis no necesitaron servirse del terror generalizado contra la población para imponer su régimen.» «La revolución nazi —asevera— no comenzó con una arremetida global a la sociedad alemana, sino que fue avanzando con arreglo a lo que quería o estaba dispuesta a tolerar la gran mayoría.» El terror, a su decir, estaba dirigido sobre todo a grupos poco nutridos de marginados sociales y no suponía amenaza alguna a las vidas de casi la totalidad de los alemanes de a pie. Los más de estos, de hecho, sabían de la existencia de los campos de concentración y del sistema de intimidación; pero lejos de reaccionar con miedo, los aprobaban. Si el horror representó algún papel en la consolidación del régimen, fue el que ejercieron la Gestapo y la policía criminal contra los marginados de la sociedad, que ayudó a convencer a la abrumadora mayoría de ciudadanos corrientes de que al fin se estaban restaurando la ley y el orden que tan malparados habían quedado tras el caos de la República de Weimar. «La mayoría callada y no tan callada —afirma Gellately— apoyaba al régimen.» El suyo no es un parecer aislado. De hecho, todo indica que los expertos de nuestro tiempo tienden a coincidir en que el Tercer Reich fue, en consecuencia, por repetir la expresión que han empleado recientemente varios de ellos, tanto alemanes como de fuera de Alemania, una «dictadura por consentimiento mutuo», una Zustimmungsdiktatur, que es como se titula el artículo elaborado por Frank Bajohr para una historia reciente del Hamburgo de la era nazi escrita en colaboración.[52]

En lo que sigue, abordaremos de manera crítica tres de las proposiciones —o grupos de ellas— en las que descansa este nuevo consenso:

1) Los nazis no tomaron el poder a la fuerza, sino que lo obtuvieron de manera legal y consentida. No coaccionaron sino a pequeñas minorías de marginados sociales, y con la aquiescencia de la inmensa mayoría de la población.

2) La represión que ejercieron los nazis por medio de la Gestapo y los campos de concentración se llevó a cabo a pequeña escala y sin que esta represión afectara a la mayor parte de la ciudadanía.

3) La abrumadora popularidad de que gozó el régimen desde el principio mismo se hizo patente en los resultados, prósperos hasta extremos asombrosos, que obtuvo en los comicios y plebiscitos nacionales, en los sondeos de opinión posteriores sobre los recuerdos que tenían del régimen quienes lo habían conocido, en la disposición de las gentes de a pie a denunciar ante las autoridades a cualquiera que sacara los pies del plato y en la publicidad generalizada otorgada a los campos de concentración, que en consecuencia, se diría que gozaron de la aceptación global del público germano en cuanto instituciones de utilidad.

Más tarde extraeremos algunas conclusiones generales a la luz de los aspectos que se han planteado en estos comentarios introductorios.

## I

El primer problema, y en muchos sentidos el más obvio, de cuantos suscita el argumento de que la Alemania nazi fue desde el principio una «dictadura por consentimiento mutuo» radica en la naturaleza de la toma del poder de los nacionalsocialistas. Claro está que se ha vuelto ya lugar común criticar esta idea y señalar que Hitler no se hizo con la cancillería del Reich, sino que se la pusieron en bandeja los representantes de las minorías selectas conservadoras y los mandamases militares que garantizaron su ascenso al cargo el 30 de enero de 1933. Wehler, de hecho, asigna al capítulo que dedica a describir su nombramiento el título de «La entrega del poder».[53] Lo que siguió fue, según mantiene Robert Gellately, una «revolución legal» cuyos actos estuvieron legitimados por decretos y otras disposiciones que aprobaron asambleas legislativas electas entre las que se incluía el mismísimo Reichstag y que garantizaron así a la población que todo se hallaba en orden.[54] Sin embargo, huelga decir que a los nazis no se les entregó el poder aquel 30 de enero. En realidad, tal como hizo ver Bracher hace mucho, había en Alemania un vacío de poder en el que no había gobierno ni fuerza política, incluido el Ejército, que fuese capaz de hacerse valer o alcanzar con sus actos la legitimidad popular. Además, por más que Hitler se erigiese en cabeza de la administración del Reich en aquellas elecciones, solo había otros dos nazis en su gabinete. Este estaba dominado

por los conservadores, reunidos en torno al vicecanciller Franz von Papen y resueltos a superar a aquel en astucia y a emplear el apoyo que le brindaban las masas para conferir legitimidad a sus propios planes de creación de un régimen autoritario contrarrevolucionario. La toma del poder de los nazis no acabó el 30 de enero, sino que empezó en esta fecha.

Tampoco tuvo el carácter legítimo que le atribuye Bracher, el verdadero creador de la expresión «revolución legal». Las acciones de relieve que llevó a cabo Hermann Göring en calidad de ministro presidente de Prusia, por ejemplo, carecían de base legal al haber quedado invalidado su nombramiento por el litigio presentado por el gobierno socialdemócrata de dicho estado, depuesto de manera irregular por Von Papen el mes de junio anterior. La ley orgánica que brindó buena parte de la base de los poderes legislativos de Hitler fue aprobada de manera ilegal, siendo así que Göring, en calidad de presidente del Reichstag, actuó contra derecho al negarse a incluir a los diputados comunistas, ausentes pero elegidos de modo legítimo, en el total del que obtuvo la mayoría de dos tercios necesaria para aprobar dicha disposición. Lo cierto es que habría salido adelante sin tener que recurrir a semejante acción, aunque esto no hizo nada por volverla más legal. El nombramiento por parte de Göring de cientos de miles de guardias de asalto nazis en calidad de agentes de la policía auxiliar prusiana también resultó poco lícita dada la falta de legitimidad de su propia posición. Y aun cuando lo hubiese sido, nada de ello habría podido justificar en lo jurídico las numerosas agresiones físicas, los asesinatos, los actos de pillaje y el resto de atrocidades cometidas durante la primera mitad de 1933, tal como ponen de relieve con elocuencia los muchos miles de causas judiciales presentadas contra ellos por las fiscalías estatales en el curso de 1933 y anuladas a continuación por orden de Hitler.[55]

¿Contra quién iba dirigida la violencia nazi? Gellately, en particular, asevera que desde un principio tenía por objetivo a las pequeñas minorías. Tanto en 1933 como después se emplearon, en su opinión, los campos de concentración de manera arrolladora en calidad de centros de reeducación para marginados sociales, denominación que incluía no solo a los comunistas, sino también a delincuentes habituales, haraganes, vagabundos, homosexuales, alcohólicos, etc. De hecho, sin embargo, en 1933, la de los primeros era, con cierta diferencia, la categoría más numerosa de quienes se

hallaban recluidos en aquellos recintos: los marginados no fueron mayoría sino más tarde. Difícilmente podría considerarse a los comunistas integrantes de esta última denominación, siendo así que se hallaban bien integrados en comunidades de obreros en todas las regiones industriales de Alemania. No eran marginados sociales sino desde el punto de vista de las clases medias, perspectiva que, sin embargo, adopta Gellately de manera inconsciente con demasiada frecuencia. Tampoco conformaban una minoría insignificante o marginal, pues durante las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932 se hicieron con cien escaños: más de la mitad de cuantos obtuvieron los nazis.[56]

Mucho más importante, sin embargo, es el que la violencia nacionalsocialista de 193 3 —y mucho antes, de hecho— no fuese dirigida de manera exclusiva a los comunistas, sino también a los socialdemócratas, cuyos representantes formaban parte de consejos y parlamentos de toda la nación y habían dirigido no solo la administración prusiana, sino también el Reich en varias ocasiones antes de la toma de poder de los nazis. Gellately hace caso omiso de las agresiones contra ellos por considerarlas insignificantes,[57] cuando basta una ojeada a la documentación existente para hacerse cargo de la intensidad y el alcance estremecedores que se dieron en los seis primeros meses de 1933, período en que los nazis se dispusieron a aplastar lo que llamaban «marxismo», con lo cual no solo se referían al comunismo (doctrina que ellos denominaban «bolchevismo»), sino también a la democracia social. El 21 de junio de 1933, a raíz de la ilegalización del partido, arrestaron a tres mil de sus integrantes más destacados para golpearlos, torturarlos y, en muchos casos, matarlos. El conato de resistencia armada que se dio en el barrio residencial berlinés de Köpenick provocó la detención inmediata de quinientos socialdemócratas por la guardia de asalto nazi, que en el transcurso de la llamada «semana sangrienta de Köpenick» los sometió a tormento con tanta brutalidad que mató a 91 de ellos. Las figuras políticas de relieve, lejos de gozar de inmunidad, se convirtieron en blancos específicos. Así, por ejemplo, Johannes Stelling, ministro presidente socialdemócrata de Mecklemburgo, murió torturado antes de que metieran su cadáver en un saco y lo arrojaran al río, del que fue sacado poco después junto con los de otros doce funcionarios de su partido asesinados aquella misma noche. A otro

correligionario, alcalde de Stassfurt, lo abatieron a tiros los nazis en una fecha tan temprana como la del 5 de febrero de 1933. El hombre que había ocupado dicho cargo en Breslau, antiguo director del diario local, y el recién destituido administrador jefe de aquel distrito, socialdemócratas también, sufrieron arresto y confinamiento en un campo de concentración recién inaugurado por Edmund Heines, cabecilla de la guardia de asalto que hizo que uno de ellos recorriera las calles de la ciudad vestido de arlequín. Asimismo, secuestró y detuvo a Paul Löbe, socialdemócrata y antiguo presidente del Reichstag, para encerrarlo también en el recinto.[58]

Un incidente característico fue el que ocurrió en Brunswick el 13 de marzo de 1933, cuando los camisas pardas irrumpieron en una sesión del ayuntamiento, sacaron a la fuerza al alcalde y lo obligaron a dimitir. A fin de subrayar su renuncia, una panda de integrantes de la SS lo desnudó, lo dejó inconsciente a golpes y a continuación le arrojó un cubo de agua antes de volver a vestirlo y pasearlo por la ciudad en dirección a la cárcel. Los concejales y funcionarios socialdemócratas locales recibieron la amenaza de correr la misma suerte si no se avenían a abandonar su cargo. A uno de ellos, de hecho, lo mataron a golpes por negarse. Wilhelm Sollmann, principal representante de la agrupación en Colonia, sufrió tortura en la sede del Partido Nazi, en donde le hicieron beber una mezcla de aceite de ricino con orina, en tanto que al director del periódico socialdemócrata de Chemnitz lo mataron a tiros por no querer revelar a una banda de guardias de asalto dónde estaban los fondos del partido. Durante la primavera de 1933 se repitieron en toda Alemania incidentes semejantes cuando los nazis se movilizaron para hacerse con ayuntamientos y demás órganos de gobierno municipales. Acabado el mes de mayo se había expulsado de sus puestos a la fuerza a quinientos funcionarios locales y a setenta alcaldes, y aunque, claro está, no todos ellos eran socialdemócratas, la proporción de estos fue muy elevada.

Apenas podrá tenerse a estas víctimas por integrantes de una minoría despreciada de marginados sociales. De hecho, socialdemócratas y comunistas habían obtenido en suma 13,1 millones de votos durante los comicios al Reichstag de noviembre de 1932, muchos más que los nacionalsocialistas, quienes apenas se hicieron con 11,7 millones. En el sistema de representación proporcional de la República de Weimar, estas

cifras se traducían directamente en escaños parlamentarios, lo que dio a la combinación de partidos obreros 221 frente a los 196 de los nazis. Los dos primeros, por supuesto, se hallaban enfrentados con furia, y las numerosas propuestas de acción común destinadas a parar los pies a los nazis no llegaron nunca a presentar una ocasión seria de éxito. Estos partidos, y en particular el de los socialdemócratas, se hallaban estrechamente ligados al movimiento multitudinario de los sindicatos de Alemania, que habían perdido buena parte de su eficacia por causa del desempleo masivo. Los camisas pardas invadieron el 2 de mayo de 1933 las instalaciones que tenían por todo el país, saquearon su mobiliario y su equipamiento, confiscaron sus activos y detuvieron a sus funcionarios para enviarlos a campos de concentración, en donde recibieron un trato brutal. En la ciudad industrial de Duisburgo mataron a golpes a cuatro sindicalistas en el sótano de su sede.[59]

Los actos de coerción más ostensibles se produjeron sobre todo en ¹93 3, y no contra minorías despreciadas ni marginados sociales, sino principalmente contra la clase obrera y sus organizaciones. Muchos autores recientes han omitido reconocer este hecho crucial para hacer una sencilla distinción entre «marginados sociales» y el resto, colectivo este último que describen como una mayoría más o menos uniforme a la que denominan «el pueblo», «las masas» o «los alemanes», tal como hace con frecuencia, entre otros, Wehler. Gellately, Johnson y Reuband no establecen distinción alguna entre clases sociales, ni reconocen que el mayor obstáculo con que topó el régimen a la hora de generar apoyo a sus programas y acciones en 1933 y en adelante fue el que representaba la lealtad colectiva que guardaban millones de trabajadores a los ideales y principios de la socialdemocracia y el comunismo, y cuya expresión formal solo podía quebrarse mediante el terror. No cabe sorprenderse de que, en 1945, tan pronto se vino abajo el régimen, volvieran a aparecer de forma casi instantánea y por demás generalizada los sindicatos, el Partido Socialdemócrata y el Comunista, las huelgas y otras manifestaciones de dicha fidelidad como prueba de la incapacidad de los nazis para hacerse con el apoyo de la gran mayoría de los obreros germanos.[60]

Las clases medias y el campesinado se mostraron más dispuestas a dar oídos al mensaje nacionalsocialista, dados el temor que profesaban al

comunismo y el apoyo que en grado variable brindaban a una solución autoritaria a la crisis política, social y económica que sufría Alemania. En consecuencia, no fue necesario someterlos a una violencia y una intimidación tan concentradas para obligarlos a doblegarse al nuevo régimen y disolverse sin altercados. Con todo, aquellas fueron bien reales. El único partido que contaba con un apoyo multitudinario además de los nazis, los socialdemócratas y los comunistas era el de Centro Católico. A los diputados que tenía en el Reichstag los convencieron primero para votar a favor de la ley orgánica y después para liquidar el partido, no sin cierta intervención del papado después de que esgrimieran la posibilidad de firmar un inminente concordato entre el Vaticano y el Tercer Reich. Con todo, uno de los motivos principales que llevaron a la agrupación a desear este convenio fue la colosal intimidación a la que se había visto sometida desde finales de febrero de [1]933, y que incluía ataques violentos durante los mítines de la campaña para las elecciones del 5 de marzo de 1933. En uno de ellos, celebrado el 22 de febrero, los camisas pardas apalearon brutalmente a Adam Stegerwald, integrante del partido y antiguo ministro del Gobierno. Una a una, las sociedades católicas fueron disolviéndose a la fuerza o fundiéndose con las de índole nacionalsocialista entre la primavera y los principios del verano de 1933; los periodistas y directores de publicaciones católicas sufrieron arresto, sobre todo si habían criticado en sus páginas el gobierno de coalición presidido por los nazis, y la SA agredió de forma salvaje a los personajes católicos de relieve. Eugen Bolz, presidente del estado de Wurtemberg y miembro destacado del Partido de Centro, sufrió detención y una paliza descomunal el 19 de junio, y no fue sino el más eminente de muchos que siguieron la misma suerte. En Baviera, Heinrich Himmler, al que acababan de poner al mando de la policía política, ordenó el 26 de aquel mes poner en régimen de «custodia preventiva» a todos los diputados del Reichstag y el Landtag (o «parlamento regional») pertenecientes al Partido Popular bávaro, el equivalente autónomo del Centro Católico en el resto de Alemania. En realidad, fue más allá y mandó arrestar a todo aquel que se hubiese mostrado «activo en particular en la política de partidos», con independencia de la agrupación a la que perteneciera. Los sindicatos católicos conocieron la misma suerte que los socialistas, y además —y esto resulta muy significativo— los funcionarios civiles de dicha ideología recibieron amenazas directas de destitución en

caso de no dimitir del Partido de Centro. No resulta sorprendente que el temor a la destrucción total de sus organizaciones y a la anulación de todos los avances logrados por los católicos seglares en las décadas anteriores para conseguir la igualdad respecto de los protestantes en el funcionariado y las profesiones fuese la principal de las fuerzas que impulsaron al partido a firmar su disolución a cambio de un concordato por el que el nuevo régimen se comprometía —con evidente falsedad, tal como se demostraría más tarde — a preservar la integridad de la comunidad católica y sus instituciones. [61]

Sumando sus votos, los partidos obreros y el Partido de Centro representaban a la mayoría del electorado, pues habían obtenido 291 escaños frente a los 196 de los nazis en las últimas elecciones libres al Reichstag celebradas en la República de Weimar, en noviembre de 1932. Las demás agrupaciones, al haber perdido casi todo el apoyo de los votantes desde 1930, constituían un apoyo menos serio. Aun así, también ellos fueron víctimas de amenazas y violencia. Como el de Centro Católico, el Partido del Estado Alemán, de tendencia liberal, se pronunció a favor de la ley orgánica, en gran medida a causa del espeluznante anuncio de Hitler, quien aseveró que su decisión respecto a si apoyaban o rechazaban dicha disposición equivalía a determinar «que haya paz o guerra». Dicho de otro modo: en caso de no salir adelante la ley, estaba resuelto a soltar dos millones y medio de guardias de asalto contra todo aquel que hubiese votado en contra. De cualquier modo, más tarde detuvo a un buen número de los políticos del Partido del Estado, desde los gobiernos municipales hacia arriba, y obligó a la agrupación a disolverse a finales de junio de 1933. Todo apunta a que la destitución continuada de sus integrantes de los cargos que ocupaban en el funcionariado civil fue el motor principal de la decisión de poner fin a la formación, si bien semejante suicidio no hizo gran cosa por salvaguardar sus puestos de trabajo en muchos casos. El Partido Nacional del Pueblo Alemán, socio de coalición de Hitler que, como el Popular y el de Centro, no tenía interés real alguno en la República de Weimar ni, de hecho, en la democracia a esas alturas, secundaba la supresión del movimiento obrero y los partidos de la izquierda, sin temer, no obstante, que también a él le estaba reservado el mismo sino. A finales del mes de marzo de 1933 asaltaron la vivienda de Ernst Oberfohren,

cabeza del partido en el Parlamento, y registraron su despacho, y pocas semanas después lo hallaron muerto en circunstancias sospechosas. La advertencia, que no dejaba lugar a engaño, estuvo apoyada por amenazas explícitas. Durante una reunión mantenida con Hitler el 30 de mayo de 1933 al objeto de protestar por la violencia y la intimidación a que se estaba sometiendo a los representantes de su agrupación, los dirigentes nacionalistas hubieron de soportar lo que uno de ellos calificó de «estallido histérico de cólera» en el que el canciller del Reich anunció su intención de mandar a la SA a «hacer fuego» contra los nacionalistas y sus afiliados paramilitares y «ordenar un baño de sangre de tres días» si se negaban a disolver su formación. A fin de subrayar lo dicho, hizo arrestar a una de sus figuras más eminentes: la de Herbert von Bismarck. En cuestión de semanas habían dejado de existir en cuanto entidades autónomas tanto el partido como las milicias a él asociadas.[62]

Estos hechos no lograron doblegar por entero a los socios de coalición de Hitler, cada vez más preocupados por la SA, que llegado 1934 contaba ya con cuatro millones y medio de hombres; por la ambición de sustituir al Ejército que había declarado sin ambages su dirigente, Ernst Rohm, y por la marginación política progresiva que estaban padeciendo. A principios del verano de dicho año, la perspectiva de la defunción de Hindenburg, presidente del Reich, llevó al vicecanciller Von Papen a albergar la ambición de recobrar el poder sustituyéndolo, tal como se colige de los discursos en los que denunciaba el lenguaje revolucionario de la SA. Hitler apaciguó la agitación de esta asociación a finales de junio haciendo arrestar a sus figuras principales para que los fusilara la SS. Aun así, no hay que olvidar que durante la llamada Purga de Rohm, o Noche de los Cuchillos Largos, el dirigente nazi también asestó un golpe considerable a la derecha conservadora. Entre los muertos se contaban no ya Rohm y sus socios, sino también Herbert von Bose, secretario de Von Papen; Edgar Jung, autor de sus discursos; Erich Klausener, dirigente de la organización de Acción Católica; el antiguo canciller Kurt von Schleicher, y otros integrantes de la lista que había elaborado Jung con posibles miembros del gobierno posterior al derrocamiento de Hitler. Von Papen quedó bajo arresto domiciliario, y Heinrich Brüning, político católico que lo había precedido en la cancillería, escapó con vida por la simple circunstancia de hallarse

ausente de Alemania en aquel momento. Era imposible pasar por alto la advertencia dirigida a los conservadores y los católicos para que mantuvieran la boca cerrada. Pocas veces se puso de manifiesto de un modo más evidente la coacción generalizada que durante la Noche de los Cuchillos Largos.[63]

## II

La violencia nazi, real o en forma de amenazas, se aplicó de modo desigual durante los meses posteriores a la toma del poder, entre febrero y junio de 1933. La represión física se dirigió con una ferocidad colosal contra comunistas, socialdemócratas y sindicalistas, y con fuerza refinada, simbólica o ejemplar contra liberales, católicos, nacionalistas y conservadores, cuya postura no era contraria de manera diametral a la que mantenía el recién nacido Tercer Reich. Aun así, todos la sufrieron de un modo u otro. Tal como ha señalado Richard Bessel, «la violencia … de los primeros meses de 1933 se empleó de forma abierta y deliberada para intimidar a la oposición real o en potencia; para crear una esfera pública bien impregnada en ella y proporcionar un recordatorio eficaz de lo que aguardaba a cualquiera que se negara a seguir la corriente u omitiera mostrar lealtad al orden nuevo».[64] ¿Cómo puede haber historiadores que no hayan reconocido este hecho y hayan sostenido, por el contrario, que la agresividad nazi solo estuvo dirigida a una serie de minorías poco nutridas y marginadas en lo social? Esto nos lleva a la segunda proposición o grupo de proposiciones que queremos exponer en estas páginas: a de que la represión nazi se ejerció a través de la Gestapo y los campos de concentración, a pequeña escala y sin llegar a afectar a la mayoría de la población.

Wehler no menciona sino de pasada el sistema represivo del Estado nazi, y solo para aludir a «los instrumentos del terror: la Gestapo, la custodia preventiva, la revocación del derecho de ciudadanía y los campos de concentración».[65] La exposición más reciente de las tesis de Gellately no menciona más sanciones que el arresto por parte de la policía secreta y el confinamiento en los citados recintos.[66] Aly respalda su aseveración de que «la mayoría de los alemanes no necesitó verse sometida a vigilancia ni

detención» señalando que «la Gestapo apenas tenía en 1937 más de siete mil empleados», lo que «junto con una fuerza mucho menor de policías de seguridad … bastó para supervisar a más de sesenta millones de personas». En 1936, añade, «en los campos de concentración del país solo había recluidas 4.761 personas, entre las que se contaban alcohólicos crónicos y delincuentes de carrera».[67] Johnson y Reuband, que abarcan una historiografía más amplia, hacen evidentes proposiciones muy parecidas:

> A la luz del elevado número de individuos arrestados por la Gestapo y retenidos de forma temporal en campos de concentración (en particular cuando mediaban confesiones obtenidas mediante tortura), son muchos los autores que han dado por sentado que la población general se hallaba acosada en todo momento por el temor a caer en manos de la policía secreta, y han llegado a la conclusión de que el miedo y el terror representaron los factores decisivos en la conformación del proceder cotidiano del pueblo alemán. Sin embargo, los resultados obtenidos de nuestra encuesta no respaldan ni aquella suposición ni este corolario.[68]

Semejantes argumentos constituyen un verdadero razonamiento circular, siendo así que el supuesto de que la Gestapo y los campos de concentración eran los únicos agentes de supervisión y represión del Tercer Reich, al convertirse en fundamento de las preguntas del sondeo, desemboca inevitablemente en la respuesta de que no eran demasiado significativos, y de esta, en la conclusión abarcadora de que ninguno de los dos elementos tenía peso alguno en la existencia de la gran mayoría de alemanes.

Llegados a este punto se hacen necesarias dos apreciaciones: la primera, que el instrumento principal del terror con que contaba la Alemania nazi no eran los campos de concentración, sino la ley: no se trataba, por usar la terminología de Ernst Fraenkel, del Estado discrecional, sino del normativo; no eran los sistemas estatales creados por Hitler —la SS, por ejemplo—, sino los que existían ya desde hacía décadas o aun siglos.[69] No se pretende, claro está, subestimar la función que desempeñaban los campos de concentración en 1933, año en el que se sometió quizás a unos cien mil germanos a la llamada «custodia preventiva» en toda la nación sin que mediara juicio alguno. En su mayoría —aunque no, ni mucho menos, en su

totalidad—, se trataba de integrantes del Partido Comunista y del Socialdemócrata. Se calcula que el número de quienes murieron estando así retenidos durante este período rondó los seiscientos, si bien debió de ser, casi con total seguridad, más elevado. Llegado 1935, no obstante, los más de estos prisioneros habían quedado en libertad por buen comportamiento, y los que seguían recluidos no llegaban a cinco mil. Casi todos los primeros campos de concentración se habían clausurado a finales de 1933.[70] Uno de los motivos principales de esta disminución radicaba en que el papel principal de la represión política había recaído a esas alturas en los tribunales ordinarios y las prisiones y penitenciarías estatales. El nutrido conjunto de leyes y decretos nuevos aprobados en 1933 extendió de manera ingente el alcance de la legislación relativa a la traición y la pena capital. Una del 24 de abril, por ejemplo, establecía que quien fuese hallado culpable de trazar planes para alterar la Constitución o separar por la fuerza cualquiera de los territorios del Reich alemán, o de conspirar con tales objetivos, habría de morir decapitado. Por «trazar planes» se entendía, entre otras cosas, escribir, imprimir o distribuir panfletos; por «alterar la Constitución», abogar por la restauración de la democracia o la deposición de Hitler en calidad de Führer, y por «conspirar», asociarse de un modo u otro con las partes culpables. Otra, aprobada el 20 de diciembre de 1934, iba aún más allá y aplicaba la pena de muerte a casos graves de declaraciones «odiosas» acerca de figuras prominentes del Partido Nazi o del Estado; otra declaraba ilegal los «rumores maliciosos», incluidos la propagación de murmuraciones relativas al régimen o los comentarios despectivos sobre sus dirigentes. Para hacer acatar estas y otras disposiciones similares se creó todo un sistema de tribunales regionales especiales subordinados al Tribunal del Pueblo (o Volksgerichtshof).[71]

No hay que olvidar el grado extremo en que quedaron destruidas las libertades civiles durante la toma de poder de los nazis. En el Tercer Reich era ilegal pertenecer a ninguna formación política que no fuese el Partido Nazi o, de hecho, a cualquier organización no nacionalsocialista de ningún género distinto de las iglesias (y los organismos seglares a ellas ligados) o el Ejército; contar chistes acerca de Hitler; hacer correr rumores sobre el Gobierno, y debatir formas alternativas al orden político establecido. El Decreto del Incendio del Reichstag del 28 de febrero de 1933 permitió a la

policía abrir correspondencia y pinchar teléfonos, así como someter a la ciudadanía de forma indefinida y sin orden judicial alguna a la llamada «custodia preventiva». Esta misma disposición abrogaba las cláusulas de la Constitución de Weimar que garantizaban la libertad de prensa, de reunión, de asociación y expresión. La ley orgánica permitió al canciller del Reich y a su gabinete promulgar normas contrarias a dicho código democrático sin necesidad de que lo aprobasen el cuerpo legislativo ni el presidente electo. Se abolió en la práctica el derecho a la apelación judicial en los delitos en que entendían los juzgados especiales y el Tribunal del Pueblo. Todo esto se tradujo en el encarcelamiento de un buen número de detenidos por faltas políticas o por delitos comunes. En 1937, los tribunales impusieron no menos de 5.255 condenas por alta traición. Los reos, en caso de escapar a la pena capital, daban con sus huesos en prisiones estatales por un período de tiempo que muchas veces se prolongaba de manera considerable. El número de presos aumentó de 69.000 a 122.000 entre 1932 y 1937, y en 1935 se calificó de transgresores políticos a 23.000 reclusos de cárceles y penitenciarías del Estado. La represión de la resistencia de los comunistas y los socialdemócratas hizo que estas cifras bajasen en más de un 50 por 100 a principios de 1939. Sin embargo, seguían siendo mucho más significativas que las de presos políticos recluidos en los campos de concentración tras 1937, año en que conocieron tales recintos una nueva expansión. Esta vez comenzaron a funcionar de veras sobre todo como lugares en los que confinar a descarriados sociales más que políticos.[72]

La segunda apreciación que debe hacerse es que la condena legal por traición, difusión de rumores maliciosos y transgresiones similares, así como la «detención preventiva» en campos de concentración, no eran sino las más severas de un amplio abanico de sanciones que se introdujeron bien hondo en la sociedad alemana a fin de apoyar los empeños del régimen en evitar la oposición y la disensión. Los estudios locales ofrecen una imagen muy detallada de la variedad de medidas coercitivas de que disponían al respecto el régimen y sus funcionarios. En la modesta ciudad septentrional de Northeim, por ejemplo, protagonista de la investigación clásica de William Sheridan Alien que lleva por título el de La toma del poder por los nazis y vio la luz por vez primera en 1965, se detuvo a los comunistas durante los meses iniciales de 1933, junto con algunos de los

socialdemócratas más señalados del municipio. A los concejales correligionarios de estos últimos los obligaron a dimitir tras una reunión del ayuntamiento en la que los camisas pardas hicieron pasillo para escupirles mientras pasaban a su lado. Se expulsó de la corporación municipal a 45 empleados, en su mayoría socialdemócratas que trabajaban en entidades tan variadas como la fábrica de gas, la piscina o la cervecería de la localidad. En un momento de constante desempleo masivo, resultaba muy poco probable que hallasen otra ocupación. Los nazis de la ciudad presionaban a los caseros para que echaran de sus apartamentos a los inquilinos socialdemócratas, y se aseguraban de que la policía sometiera sus viviendas a registros frecuentes en busca de lecturas subversivas.[73]

El régimen se servía en todos los ámbitos de medidas de coacción que no implicaban arresto ni encarcelamiento cuando pretendía poner en práctica medidas particulares y asegurarse de que daba la impresión de que contaba con el apoyo del público. A los afiliados católicos, liberales y conservadores los obligó a militar en el Partido Nazi a partir de la primavera de 1933, y sobre todo después de aprobar la ley del funcionariado civil del 7 de abril, por la que se les amenazaba de forma directa con expulsarlos de sus puestos de trabajo estatales, que en Alemania incluían no solo a funcionarios civiles y locales, sino también, entre otros muchos, a maestros de escuela, profesores de universidad, fiscales, policías, trabajadores sociales y personal de correos y de transporte público. Cuando, algunos años más tarde, se abolieron las escuelas confesionales y se obligó a los padres a matricular a sus hijos en instituciones educativas seculares dirigidas por el Estado a fin de someterlos de forma más cumplida al adoctrinamiento nacionalsocialista, el régimen convocó plebiscitos locales y amenazó a los progenitores que se negaran a votar a favor de la medida con retirarles toda clase de subsidios, incluidos los destinados a la manutención de sus pequeños. Se emprendió una campaña propagandística descomunal contra los monjes y sacerdotes que trabajaban en colegios privados de la Iglesia católica, a los que se acusó de pederastia y se llevó ante los tribunales para sustanciar contra ellos procesos a los que se dio no poca publicidad. A continuación, se presionó a los padres, y aun a los escolares, para que exigiesen no tener por docentes a presuntos degenerados como aquellos. En este caso, por lo tanto, fue una porción nada desdeñable

de la población —la de los católicos, que conformaba el 40 por 100 de todos los alemanes y consistía en mucho más que simples descarriados o marginados sociales— la que se vio sujeta a coacción y hostigamiento tras convertirse en un obstáculo para determinado programa destacado del régimen.[74]

Había, pues, muchos géneros de coerción en la Alemania nazi. Esto se hacía evidente en particular en el ámbito de la beneficencia y el bienestar social cuando los de la guardia de asalto llamaban a las puertas de las casas y acosaban a los transeúntes para exigir donativos para la asociación Winterhilfswerk (Auxilio de Invierno). Los alumnos de cualquier escuela que no se alistaban en las Juventudes Hitlerianas se exponían a no recibir el certificado de fin de escolaridad obligatoria al graduarse, lo que les negaba toda esperanza de formarse como aprendices o encontrar trabajo. Dado que el régimen nacionalsocialista se arrogó la potestad de enviar a los obreros a donde juzgase que hacían falta, tenía siempre a su disposición la posibilidad de amenazar a los alborotadores con recolocarlos en puestos insalubres y difíciles a modo de sanción. Llegado 1939 se había trasladado forzosamente a más de un millón de operarios alemanes a fábricas de munición y otras industrias bélicas, lo que a menudo los obligaba a vivir lejos de sus familias. De hecho, en ocasiones los escoltaban a su destino guardas de prisiones. A medida que aumentaban la escasez de mano de obra y los embudos provocados por el programa de rearme se hacía más frecuente recurrir a este género de sanción menor para castigar a los trabajadores cualificados de industrias decisivas, en lugar de adoptar medidas como el encarcelamiento, que privarían de obreros al Estado. El envío de personal a las labores de fortificación del Muro Occidental (Westwall), con sus turnos de doce horas de faena extenuante, se convirtió en uno de los instrumentos de coacción preferidos de los empresarios que se veían presionados por las entidades responsables del Plan Cuatrienal para producir más manteniendo bajos los costes al mismo tiempo que habían de enfrentarse a subordinados que exigían aumentos de sueldo o reducción de horarios, o que hacían comentarios peyorativos sobre sus jefes o sobre el régimen en los talleres.[75]

Para imponer la notable variedad de medidas coercitivas de que se sirvió en todos los ámbitos, el régimen empleó a un número igual de

diverso de agentes de coacción. No debe caerse en el error de considerar a la Gestapo el único instrumento de dominación con que contaba la Alemania nazi, ni tampoco siquiera el principal. Detlef Schmiechen-Ackermann, por ejemplo, ha llamado de forma reciente la atención sobre los Blockwart o «guardias de manzana», nombre que asignó el pueblo a los funcionarios de escasa categoría del Partido Nazi responsables de una manzana de edificios, que velaban porque sus habitantes adoptaran las precauciones necesarias en caso de incursión aérea, colgasen banderas de las ventanas en ocasiones como la del cumpleaños del Führer y se abstuvieran de participar en actividades ilegales o subversivas. Los Blockwart vigilaban de cerca a los antiguos comunistas y socialdemócratas, aguzaban el oído para detectar manifestaciones de insatisfacción con el régimen y tenían la potestad de castigar todo acto de desviación política o social con una variedad de medios que iban de la interrupción de las prestaciones recibidas por los infractores a la comunicación de sus nombres a la sede del partido correspondiente a su distrito a fin de que esta los pusiera en conocimiento de la Gestapo.[76] En el lugar de trabajo había funcionarios del Frente Laboral que desempeñaban funciones análogas y podían transferir a los obreros recalcitrantes a puestos poco envidiables, aumentar su horario o negarles la posibilidad de ascenso. También los dirigentes de las Juventudes Hitlerianas, por lo común mucho mayores que los muchachos a su cargo, ejercían labores de vigilancia, dominación y disciplina política. Dado que en 1939 se había hecho obligatorio alistarse en la organización —a la que pertenecían unos 8,7 de los 8,9 millones de alemanes de edades comprendidas entre los diez y los dieciocho años—, sus efectos no se limitaban a los descarriados ni los marginados.

En conjunto, todas estas agencias de coacción conformaban lo que cierto historiador ha presentado en tiempos recientes como un sistema de supervisión polimorfo, descoordinado pero ubicuo, del que la Gestapo no constituía sino una porción pequeña aunque relevante. Si bien, como cabe esperar, su hostilidad se centraba sobre todo en los antiguos comunistas y socialdemócratas de los distritos obreros, lo cierto es que también se hallaba presente como una espada de Damocles en la sociedad de clase media.[77] No hay que sorprenderse, pues, de que los más de cuantos participaron en el sondeo de Johnson y Reuband recordasen que tenían que tener cuidado con

lo que decían cuando hablaban con extraños o con gentes de las que sabían que eran nazis, «como los omnipresentes jefes de manzana». Uno de los encuestados aseveraba: «Con el tiempo, todos se volvieron muy cautos y dejaron, sin más, de hablar con nadie». Los alemanes de a pie, tal como concluyen con acierto los entrevistadores, «sabían bien que los comentarios imprudentes e inaceptables en lo político y la conducta equivalente podían provocar castigos serios y hasta poner en peligro su vida».[78] Por consiguiente, fueron retrayéndose cada vez más al ámbito privado. Johnson y Reuband, sin embargo, no extraen de esto la conclusión obvia de que el pueblo vivía en un clima de miedo, cuando hasta a la luz de las pruebas que presentan parece justificable inferir tal cosa. A la postre, tal como dan a entender los encuestados, el miedo que conformaba el telón de fondo permanente de sus vidas cotidianas no estaba provocado por la Gestapo y mucho menos por ciudadanos corrientes, amigos o familiares, sino por los activistas nazis, los funcionarios de menor categoría del partido y los seguidores fervientes del régimen: quien trabase conversación con un desconocido debía ser capaz de determinar si pertenecía a una de estas categorías a través de indicios más o menos insignificantes como, por ejemplo, si usaba o no el saludo nazi; pero nunca podía estar seguro del todo, y eso hacía que lo mejor fuera conducirse con circunspección y hasta andar con pies de plomo en caso de saber que el interlocutor de uno era partidario de Hitler.

## III

¿Qué necesidad había de recurrir a tamaño sistema de coacción y supervisión si, como mantienen historiadores como Wehler, Gellately, Johnson y Reuband, el régimen nazi gozaba de semejante popularidad entre la masa del pueblo alemán? Esto nos lleva al tercer conjunto de proposiciones que pretendíamos examinar: el de la arrolladora aceptación de que gozó el régimen desde un primer momento se hizo evidente en unos resultados electorales extraordinarios, en las encuestas posteriores sobre lo que recordaban quienes vivieron aquellos tiempos, en la disposición de las gentes de a pie a denunciar ante las autoridades a cualquiera que sacara los pies del tiesto y en la aquiescencia del público respecto de los campos de concentración que parece indicar la importancia que les asignó la prensa

nazi. Cierto es, por comenzar con los plebiscitos y comicios que se celebraron con cierta regularidad durante el Tercer Reich, que el régimen obtuvo más del 90 por 100 de los votos cada vez que presentó sus programas al pueblo para que los aprobase; pero ¿de verdad pueden considerarse tales resultados un indicador importante de la popularidad del régimen, tal como sostienen algunos? Son muchos los testimonios contemporáneos que nos empujan con fuerza a pensar que no. En el plebiscito relativo al nombramiento de Hitler en calidad de jefe del Estado tras la muerte de Hindenburg, ocurrida en 1934; durante el que se convocó en abril de 1938 para decidir sobre la unión con Austria, y en otras ocasiones, se recurrió a bandas de guardias de asalto que fueron a buscar a los votantes a sus viviendas para llevarlos ante las urnas. Una vez allí, por lo general, debían votar en público, ya que en muchos lugares se habían eliminado las cabinas electorales, cuando no se habían dotado de un cartel en el que se leía: «Solo para traidores». No eran solo palabras: en 1938, cuando el referendo coincidió con una cuestión de confianza respecto de Hitler, quien optase por él no estaba votando contra él e incurriendo, en consecuencia —y tal como se encargaron de recordar los funcionarios y los agentes de propaganda nazis—, en un delito de traición.[79]

En todas estas ocasiones, los centros electorales se hallaban rodeados por camisas pardas cuya actitud amenazadora no dejaba lugar a duda de a lo que habría de enfrentarse quien se negara a pasar por el aro. A los sospechosos de oposición al régimen se les daban papeletas marcadas, y en muchos lugares corrían desde mucho antes rumores de que todas llevaban una numeración secreta para poder identificar y castigar a quienes votasen en contra o emitiesen un sufragio nulo. De hecho, a los que así obraban o se negaban a votar les asestaban una paliza, los llevaban por las calles con un letrero al cuello que los identificaba como traidores o aun los confinaban en hospitales psiquiátricos. A fin de garantizar una mayoría abrumadora del sí, se arrestaba a un buen número de antiguos comunistas, socialdemócratas y demás críticos del régimen antes de la votación para liberarlos solo cuando había acabado esta y el triunfo se consideraba seguro. Además, en muchas zonas, las papeletas tenían ya marcado el sí antes de que llegaran los votantes a su centro electoral, y en ciertos sectores se decía que habían sido tantos los votos negativos y nulos sustituidos por uno o más síes falsos que

el número de estos, de hecho, era mayor que el de electores. Nada de esto quiere decir, claro está, que en un plebiscito como el que tocaba a una cuestión como la de la unificación con Austria no hubiese podido lograr un apoyo mayoritario el Gobierno, pero puede asegurarse casi con total certeza que, de haber sido libres las votaciones, no habría conseguido el 99 por 100 de votos afirmativos que le brindaron las tácticas de manipulación e intimidación que acabamos de resumir. De hecho, quizás en el referendo de 1934 no habría logrado siquiera la mayoría.[80]

Centrémonos en las pruebas de la aceptación abrumadora de que gozó supuestamente el régimen nazi de 1933 en adelante que nos ofrecen los datos de la encuesta de opinión de Johnson y Reuband. Estos aseguran que las entrevistas mantenidas con ancianos alemanes durante la década de 1990 demuestran que «Hitler y el nacionalsocialismo fueron inmensamente populares entre la mayoría de los alemanes».[81]Con todo, su muestra consistía de manera abrumadora en gentes nacidas entre 1910 y 1928, que por lo tanto, debían de tener entre cinco y veintitrés años en los albores del Tercer Reich y entre diecisiete y treinta y cinco a su fin. Cabe esperar que fuesen más los que nacieran hacia el final de dicho período que hacia el principio. Cuanto sabemos de la Alemania nazi, desde los informes de la Sopade hasta los diarios de ciudadanos como el profesor judío Victor Klemperer, viene a subrayar el hecho de que la propaganda nazi resultó por demás eficaz en las generaciones más jóvenes de alemanes, que, al cabo, tuvieron menos ocasión de formar sus propios valores y creencias sólidos antes de la instauración del régimen, y que se vieron sometidos a un adoctrinamiento masivo, intenso e implacable procedente de sus escuelas, las Juventudes Hitlerianas y los medios de comunicación bajo la batuta de Goebbels. Los que se sumaron, por ejemplo, a la violencia antisemítica de la Noche de los Cristales Rotos (o Kristallnacht) e insultaron a gritos a Klemperer en la calle eran, en una abrumadora mayoría, jóvenes.[82] Y los propios Johnson y Reuband señalan que «los de menor edad … se mostraban receptivos al nacionalsocialismo en grado desproporcionado».[83] Su investigación pone de relieve que el 62 por 100 de los encuestados nacidos en Berlín entre 1923 y 1928 reconocía haber mantenido una postura «positiva o principalmente positiva» acerca del nacionalsocialismo, en comparación con el 35 por 100 de cuantos vieron la luz entre 1911 y 1916.

En Dresde, la proporción respectiva era del 65 y el 39 por 100, y en Colonia, del 45 y el 21 por 100. Parece razonable suponer que el porcentaje relativo a los que nacieron, digamos, antes de 1890 o 1880 habría sido aún más bajo. Sus resultados globales, por ende, se ven sesgados por la circunstancia de que la mayor parte de los que participaron en el sondeo nació en la década de 192o.[84]

Además, tal como aseveran los autores, solo una minoría (el 18 por 100) respondió afirmativamente a las tres preguntas que se les plantearon —si creían en el nacionalsocialismo, si admiraban a Hitler y si compartían los ideales nazis—, en tanto que el 31 por 100 contestaron que sí a dos de ellas. Por lo tanto, el porcentaje de participantes cuya respuesta fue claramente positiva a más de una de las tres cuestiones no pasó del 49 por 100. Para obtener la mayoría se hace necesario sumar a estas las contestaciones ambivalentes o neutrales. El análisis que hacen Johnson y Reuband de los datos obtenidos durante su investigación, esmerado y ejemplarmente detallado, pone de relieve que los más de los encuestados mantenían una actitud nada inequívoca: algunos consideraban acertados algunos aspectos del nazismo, aunque no otros, y muchos de ellos habían visto cambiar su actitud de forma marcada con el tiempo. Esto último se colige con mayor claridad de algunas de las entrevistas mantenidas más en profundidad que del sondeo de opinión. Todas estas variantes y matizaciones se desgranan con detalle muy convincente en el texto del libro de Johnson y Reuband; pero, por desgracia, desaparecen por entero en el momento de resumir los datos y presentar sus conclusiones.[85]

La tercera fuente de pruebas de relieve que presentan algunos historiadores en favor de la popularidad del régimen es la práctica de denunciar a los transgresores ante las autoridades; pero ¿cuánto revela en realidad esta realidad acerca de la actitud del pueblo respecto de aquel? Lo que no pone de manifiesto, para empezar, es que la Alemania nazi fuese, tal como ha defendido Gellately, «una sociedad que se vigilaba a sí misma», ya que los ciudadanos no se delataban unos a otros, sino que acudían a entidades oficiales, entre las que se incluía la Gestapo, y si esta y otras agencias de dominación del Estado y el partido no hubiesen estado ahí para actuar, bien legalmente, bien fuera de la legalidad, contra los acusados, la denuncia no habría tenido sentido alguno. No hace falta decir que, a la hora

de la verdad, esta práctica constituía un recurso infrecuente por demás: en Lippe, por ejemplo, que contaba con una población de 176.000 habitantes, solo se dieron entre tres y 51 casos al año durante el Tercer Reich, y una porción relativamente elevada de los delatores pertenecía al Partido Nazi (en Augsburgo, por ejemplo, la proporción fue del 42 por 100). En Düsseldorf, el 26 por 100 aproximado de las investigaciones de la Gestapo respondió a acusaciones de gentes de la población general, y los tres cuartos restantes, a oficiales o informadores de la propia policía secreta, de organizaciones vinculadas al partido, de la policía criminal y la SS y de autoridades estatales de una u otra clase. Además, el estudio de los archivos de la Gestapo desclasificados recientemente en la región de Coblenza y Tréveris ha revelado que esta entidad hizo un amplio uso de confidentes pagados y creó también un registro de otros no remunerados a los que acudió sin escrúpulos de manera reiterada. Una tercera parte aproximada estaba conformada por miembros del Partido Nazi o de los organismos a él asociados.[86]

Aunque la proporción de causas impulsadas por denuncias fue mucho mayor en lo que a quebrantamiento de las leyes raciales de Núremberg se refiere, tal cosa se debió en gran medida a que tales delitos se cometían por lo común en privado y era poco probable que estuviesen en conocimiento de otros que no fueran vecinos, conocidos o familiares. En cualquier caso, tal como ya hemos apuntado, la población solía mostrarse en extremo cauta con lo que decía a los desconocidos; de modo que la frecuencia relativa de estos tres grupos en las delaciones puede ser reflejo, entre otras cosas, del hecho de que eran muchos quienes bajaban la guardia al conversar con ellos. Los procesos por «rumores maliciosos» comenzaban las más de las veces, y sobre todo en los primeros años del régimen, con denuncias de camareros y parroquianos de bares, lugares en donde el alcohol soltaba la lengua. Sin embargo, cuando comenzaron a hacerse patentes las consecuencias que acarreaba el hecho de hablar más de la cuenta, la proporción de los juicios por dicho delito que se sustanciaron en el tribunal de Augsburgo, organismo en el que se ha centrado cierto estudio elocuente, después de que se recibieran denuncias de establecimientos de esta clase se redujeron de las tres cuartas partes de 1933 a uno entre diez cuando estalló la guerra. Asimismo, tal como ha apuntado Gellately, muchas delaciones

procedentes de ciudadanos ordinarios respondían a motivos personales y, por lo tanto, no indican nada acerca de su actitud general con respecto al régimen, a sus ideologías ni a sus medidas.[87]

En muchos casos, claro, las denuncias se traducían en arresto, comparecencia ante un tribunal especial y reclusión, no en un campo de concentración, sino en una cárcel del Estado. Aun así, y sobre todo durante su primer bienio en el poder, los nazis pusieron mucho empeño en hacer públicas la existencia y función de aquellos recintos en un momento en que la represión del Estado y el partido tenía por objetivo principal la oposición y la disensión política. Aseverar, como hace Gellately, que los reclusos de campos de concentración de entre 1933 y 1934 eran «marginados sociales de una clase u otra» resulta, sin más, incorrecto, pues los comunistas, en primer lugar, no podían considerarse parte de esta categoría, a no ser que queramos estigmatizar a toda la clase obrera de Alemania —nada menos que la mitad de la nación, conforme a algunas estimaciones—; los citados recintos, como sabrá cualquiera que haya prestado un mínimo de atención a los acontecimientos de 1933, también estaban pensados para recluir a socialdemócratas, y entre los «ciudadanos de bien» de la Alemania de aquel año, que Gellately presenta gozándose en la «mano dura» del régimen, se incluían cantidades nutridas de socialdemócratas que ejercían de alcaldes, concejales, diputados, funcionarios y demás. Lejos de regodearse, pues, eran muy conscientes de que también ellos podían acabar en adelante en un campo de concentración.[88]

Los periódicos de la región publicaron artículos y aun fotografías de forma llamativa cuando se inauguraron en 1933 las instalaciones de Dachau, en donde, por ejemplo, se daba propaganda al hecho de que se iba a «reeducar» en ellas no solo a los comunistas, sino también a los socialdemócratas o «marxistas» y a oponentes políticos de cualquier otra condición. Una vez más, las fuentes locales resultan muy significativas en lo concerniente a este punto. En Northeim, por poner un caso, los diarios de 1933 hablaban de Dachau y del recinto vecino de Moringen, y daban noticia de forma regular del arresto de ciudadanos que habían criticado al régimen y a sus dirigentes. Los guardias de este segundo establecimiento pertenecían a la población local, y los prisioneros, en su mayoría, quedaban en libertad tras pasar apenas unas semanas en el interior; de modo que la ciudad y el

distrito al que pertenecía tuvo que ser consciente de la existencia del campo de concentración.[89]

Claro que, tanto aquí como en otros lugares, se dieron contactos de índole diversa con la población local, que participó en la construcción y el abastecimiento del recinto, así como de determinadas obras de mantenimiento y reparación. Sin embargo, tal circunstancia no significa necesariamente que apoyara sus objetivos: un fontanero podía reparar la fuga de una tubería de las oficinas del campo de concentración sin dejar de albergar temor por lo que podría ocurrirle en caso de que se extralimitara o hiciese un comentario imprudente. De cuando en cuando, el régimen se servía de manera explícita del peligro que planteaban dichas instalaciones para gentes problemáticas. «El campo de concentración —declaraba la primera plana de los periódicos de Alemania a raíz de la Noche de los Cuchillos Largos— se halla amenazado … por la propagación de rumores y la emisión de insultos difamatorios al movimiento mismo y a su dirigente.» La intimidación tenía, en gran medida, un carácter implícito.[90] Con todo, a fin de cuentas podía ir dirigida a cualquiera, y no solo a los marginados sociales. Hubo que esperar a después de la primera oleada de represión de entre 1933 y 1934 para que, cedido a los tribunales especiales y las prisiones estatales su cometido de «reeducación» política, se convirtieran dichos recintos en depósitos de marginados sociales.

## IV

La historiografía reciente se ha mostrado crítica con razón ante estudios de más antigüedad que reducen la opinión popular durante el Tercer Reich a poco más que un producto de la coacción y la propaganda. Sin embargo, la estrategia de menospreciar aquella y hacer caso omiso de esta en favor de un enfoque por entero voluntarista no resulta de gran utilidad a la hora de explicar el funcionamiento del Tercer Reich. La propaganda era importante, y no obstante, huelga decir que no ejercía su influjo sobre una tabla rasa en lo que respecta a la mayor parte del pueblo. Cierto es que era muchísimo más eficaz cuando daba con creencias ya formadas, tal como demostró Ian Kershaw hace unos años en su estudio clásico de la opinión popular que se dio en Baviera durante el Tercer Reich.[91] Allí donde la población —y en

particular los socialdemócratas, comunistas y católicos— había dado forma a sus valores y adoptado una postura política definida mucho antes de la instauración del régimen, no resultó tan efectiva. Los empeños propagandísticos dieron también su fruto allí donde guardaban, cuando menos, cierta relación con la realidad, y así, por ejemplo, los nazis se granjearon un apoyo generalizado, aunque en ocasiones a regañadientes, en lo que respectaba a la reducción del desempleo, la restauración del orden callejero y el restablecimiento del prestigio y la libertad de acción de Alemania en el panorama internacional. En cambio, en el estadio final de la guerra fueron pocos quienes creyeron en las garantías que ofrecía Goebbels de una victoria inminente.

De cualquier modo, cuanto más se aferraba el pueblo a valores diferentes de los que defendía el nazismo, mayor importancia cobraba el terror en cuanto medio de coacción con el que someterlo a sus dictados. Los propios nacionalsocialistas eran los primeros en reconocer tal realidad: el 15 de marzo de 1933, aludiendo a las elecciones semilibres que se habían celebrado diez días antes y habían otorgado al Partido Nazi y a sus socios nacionalistas de coalición una mayoría absoluta no muy holgada, Goebbels declaró que el Gobierno no iba a quedar «satisfecho durante mucho tiempo sabiéndose poseedor del 52 por 100 de apoyo mientras aterrorizaba al 48 por 100 restante, sino que tiene, por el contrario, la intención de fijarse como su próxima meta la de convencer por sí mismo a esta última porción». Su discurso resultó tan notable por la franca admisión que supuso del papel que representaba la intimidación en la afirmación del Tercer Reich como por declarar sin ambages la importancia que revestía la obtención del apoyo ideológico de la totalidad del pueblo alemán. La historia de los años que siguieron forma parte de la del éxito logrado por los nazis en determinados ámbitos de vital importancia para conseguirlo. Aun así, solo cumplió de forma parcial el objetivo que se había marcado de ganarse el entusiasmo de la mayoría respecto de su ideario, pues llegado el año de 1939, la cúpula nacionalsocialista sabía que los más de los germanos no secundaban sino de puertas para afuera los valores que proclamaban con más ahínco e insistencia; que se ajustaban a ellos en lo exterior al mismo tiempo que guardaban para sí en lo más íntimo sus creencias verdaderas. El nazismo había conseguido cambiar las actitudes y convicciones de la mayor parte de

los alemanes, sobre todo en el seno de la generación más joven y en cierta medida en la dirección deseada; pero sin alcanzar la ambiciosa meta que se había propuesto. Esta situación, atestiguada sobre todo en estudios locales como La toma del poder por los nazis de Alien, constituía a su vez un reflejo de que, al cabo, la coacción resultaba, cuando menos, tan importante como la propaganda en lo concerniente a su influencia sobre el proceder de la inmensa mayoría de las personas que vivían en la Alemania nazi.[92]

En tal caso, ¿quién operaba el sistema de coacción? ¿Cuántas personas se hallaban envueltas en su puesta en práctica? La implicación de un número considerable de agencias implica la participación de una variedad de individuos mucho mayor que los que pertenecían a una organización relativamente pequeña como la Gestapo. La SA tenía poco menos de tres millones de integrantes a principios de 1934; cantidad que se eleva a 4,5 millones si incluimos las asociaciones paramilitares y de veteranos a ella ligadas, como la del Stahlhelm. Si en 1935 había ya unos doscientos mil «guardias de manzana», su número había aumentado hasta no menos de dos millones (incluyendo a ayudantes y subordinados) al comenzar la guerra. Cientos de miles de alemanes ocupaban puestos oficiales en las Juventudes Hitlerianas, la Cámara de Cultura (o Reichskulturkammer), las ligas de profesores y de estudiantes universitarios, el Frente Laboral y otros organismos diversos del Partido Nazi. Particular importancia en este contexto revestían las profesiones legales y judiciales, que incluían la fuerza policial regular y la Gestapo, cuyos oficiales habían servido en su mayor parte de agentes durante la República de Weimar. En Prusia, las autoridades nazis no destituyeron o transfirieron a otros puestos por motivos policiales en 1933 sino a trescientos de unos 45.000 jueces, fiscales del Estado y otros funcionarios judiciales: el resto conservó el cargo y se encargó de aplicar las leyes nuevas aprobadas por el régimen oponiendo apenas objeciones mínimas y esporádicas. Si contamos el total del resto —numeroso— de alemanes que ocupaba cargos de responsabilidad en el Estado, el número de cuantos se mostraron dispuestos en mayor o menor grado a cumplir una función en el sistema coercitivo del régimen debió de ascender a varios millones. Aun así, seguían siendo minoría en una nación de ochenta millones de almas. Además —y esto es más importante—, sabían tan bien como los demás que tendrían problemas con aquel si no cumplían sus

dictados: nada menos que el 22 por 100 de los reos juzgados en Augsburgo por «rumores maliciosos» a mediados de la década de 1930 pertenecía al Partido Nazi. Aun así, el ejercicio de diversos géneros de coacción y violencia —real o en forma de amenaza— impensables en una sociedad democrática se había convertido en modo de vida de millones de germanos al llegar la guerra.[93]

Solo si reconocemos que un buen número de ciudadanos alemanes se había tornado en administrador voluntarioso de coacción y represión, y que el adoctrinamiento nacionalsocialista había influido de forma poderosa a millones de compatriotas de una generación más joven, estaremos en situación de explicar la brutalidad extraordinaria que ejercieron en 1939 las fuerzas invasoras de Polonia. El asalto a esta nación se produjo en situación favorable, con buenas condiciones meteorológicas y contra un enemigo al que se apartó con facilidad desdeñosa. Las tropas ocupantes no necesitaron que las convenciesen los adiestradores políticos de que el enemigo representaba una amenaza colosal para el futuro de Alemania, cuando a todas luces no era cierto. La lealtad colectiva primaria de los escalones inferiores del Ejército seguía intacta: no tuvo que ser sustituida por un sistema disciplinario severo y pervertido que apartara los valores militares tradicionales en favor de una ideología racial extremista.[94] Casi todo lo que iba a ocurrir durante la invasión de la Unión Soviética a partir de junio de 1941 se había dado ya poco menos de dos años antes en la de Polonia. Desde el principio mismo entraron en el país las unidades de la SS a fin de arrestar a los indeseables políticos, a los profesionales y a los intelectuales y fusilarlos o meterlos en campos de concentración; de exterminar judíos; de detener a ciudadanos y enviarlos a Alemania en calidad de esclavos, y de cumplir un programa sistemático de limpieza étnica y brutales trueques demográficos. También desde un primer momento se unieron a ellos trabajadores del Partido Nazi, guardias de asalto, funcionarios civiles y en particular oficiales y soldados rasos del Ejército, a los que siguieron a su debido tiempo colonos alemanes. Las redadas, las palizas y los homicidios de polacos, más aún si eran judíos, se tornaron en el pan nuestro de cada día, y no fue menos sorprendente el convencimiento, por parte de todos los invasores y repobladores alemanes, de que las posesiones de polacos y judíos estaban a su disposición en calidad de botín. El robo y el saqueo de

estos últimos en particular por parte de las tropas alemanas fue punto menos que universal.[95]

La inclemencia, el rigor, la brutalidad, el uso de la fuerza y las virtudes de la violencia se habían estado inculcando a toda una generación de jóvenes germanos desde 1933. Entre los soldados y oficiales más añosos también había ido consolidando la propaganda una convicción bien arraigada de la condición de infrahombres de los eslavos y los judíos orientales. La furia con que se atacó a los polacos —sobre todo a los judíos — desde principios del mes de septiembre de 1939 perpetuó e intensificó las acciones y medidas que había puesto en marcha el Tercer Reich. Otro tanto cabe decir del pillaje y los actos de expropiación a los que se les sometió, idénticos a los que hubieron de sufrir los bienes de los comunistas, socialdemócratas y sindicalistas en la Alemania de 193 3 o los de los judíos germanos aquel año y los siguientes. Fue una imitación directa del pogromo de noviembre de 1938 lo que llevó a las unidades de la SS a incendiar las sinagogas de diversas ciudades polacas en septiembre y octubre de 1939. Además, la postura adoptada por el régimen respecto de los judíos de Polonia, que no tardó en traducirse en su confinamiento en guetos, solo puede entenderse a la luz de su proceder previo para con los representantes alemanes de dicho colectivo, a los que había expulsado de sus puestos de trabajo, expropiado y privado de su ciudadanía y sus derechos, amén de prohibir por la ley buena parte de su relación con el resto de la población.

La minoría sustancial de alemanes que puso en práctica semejantes medidas de coacción, terror y aniquilación multitudinaria se había habituado a cosas así por la experiencia adquirida durante seis años en el seno mismo de Alemania; pero ¿y la mayoría de la población? ¿Prestó su consentimiento a todo esto? Dick Geary ha aseverado que no tiene sentido hablar de «consentimiento» cuando no se da de manera voluntaria, pues tal elemento «solo puede medirse en situaciones en las que los individuos tienen la potestad de elegir entre distintas opciones reales».[96] Tampoco está de más recordar que la definición legal de «consentimiento» (en casos de violación, por ejemplo) supone la anuencia de la persona por elección propia y mediante la libertad y la capacidad necesarias para tomar dicha decisión. En derecho se entiende que la amenaza de violencia anula el consentimiento. Categorías como la de «consentimiento tácito» o

«consentimiento pasivo» no son, en este contexto, mucho más que vehículos de juicio moral negativo basado en un modelo extremo e irreal de ciudadanía activa que asume que no protestar de forma abierta contra determinada medida gubernamental equivale a aprobarla.

Un enfoque más sofisticado de la cuestión del consentimiento en la Alemania nazi es el que ha ofrecido de forma reciente Peter Longerich, quien se sirve del ejemplo de la actuación del régimen respecto de los judíos, aunque hace aplicables sus conclusiones a otros ámbitos. Según argumenta, cuanto más antisemitas eran las medidas adoptadas, menos dispuesto se mostraba el grueso de los alemanes a aprobarlas. Antes de que se declarasen ilegales en muchos aspectos los contactos entre judíos y gentiles en Alemania en virtud de las Leyes de Núremberg de 193 5 había resultado difícil en extremo persuadir a la masa del pueblo a marginar a la minoría que conformaban aquellos. Tanto en el pogromo de noviembre de 1938 como más tarde, durante la guerra, la mayor parte del pueblo, lejos de ser indiferente, desaprobaba las agresiones a dicho colectivo y el asesinato de sus integrantes.

Sin embargo, fue incapaz de hacer nada concreto al respecto por miedo a que el poder y sus agentes volvieran contra él aquella violencia, lo arrestara, lo persiguiera o lo sometiese a sanciones de otra clase. Este temor llegó al extremo en los últimos dieciocho meses del conflicto bélico, cuando el régimen, respaldado por el sistema judicial y los cuerpos policiales, reprimió sin piedad lo que consideraba «propagación de rumores» relativos al exterminio de los judíos de Europa. Al mismo tiempo, la población general de Alemania, que tenía noticia de lo que estaba ocurriendo en Auschwitz y Treblinka, comenzó a reprimir este conocimiento ante la inminencia de la derrota, cuando aumentó la certeza de que los Aliados querrían vengarse o exigir compensación por las matanzas. Lo que pasó por insensibilidad fue, pues, algo mucho menos pasivo: la búsqueda cada vez más desesperada de un modo de negar la responsabilidad por acciones que casi todo el mundo reconocía como criminales. Por consiguiente, en este aspecto también influyó el miedo de un modo determinante en el proceder de la ciudadanía, tal como había hecho en otros ámbitos del Tercer Reich.[97]

¿Qué implicaciones tiene, a la postre, esta conclusión para quien se proponga la labor de dar con un juicio moral acerca de la conducta que siguieron dichas gentes entre 1933 y 1945? Tal como ha apuntado recientemente Neil Gregor en una crítica a lo que llama «el giro voluntarista» que han dado los estudios historiográficos de aquella etapa de Alemania, para pronunciar una valoración ética no es necesario que todos los que vivieron bajo el Tercer Reich «conociesen una libertad total de elección cuyos resultados estuvieron determinados exclusivamente por sus propias convicciones personales, sus códigos morales o su sed de sangre».[98] «La voluntad humana —señala Tim Masón— se define o localiza, no queda abolida ni absuelta, por el empeño en identificar las condiciones impuestas» en las que se ejerce.[99] Lo que hay que reconocer en este contexto, por duro que resulte, es la preponderancia absoluta que presentaban la violencia, la coacción y el terror en la teoría y la práctica del nacionalsocialismo alemán desde el principio mismo. Tal como ha comentado Richard Bessel, «la ideología nazi giraba, en lo fundamental, en torno a la violencia… Los horrores que desató el Tercer Reich fueron reflejo del hecho de la realización de los ideales de los nazis».[100] Es imposible comprender el terror desplegado por los nazis contra los habitantes de las regiones que conquistaron —en especial de las de la Europa Oriental y del sudeste— y contra los judíos de todas las zonas ocupadas del continente si no entendemos el hecho de que ya lo habían desatado contra sectores considerables de su propio pueblo antes de 1939; lo que no solo incluía minorías despreciadas y poco nutridas de marginados sociales, sino también millones de conciudadanos: la gran mayoría de ellos, de hecho, en uno u otro nivel y en mayor o menor grado.

# 8. LA «COMUNIDAD NACIONAL»

¿POR qué siguieron apoyando los alemanes a Hitler y a los nazis hasta el final de la guerra? ¿Por qué no se alzaron contra un régimen que estaba cometiendo asesinatos multitudinarios y atrocidades a una escala inimaginable? ¿Cómo es que no provocaron una revuelta popular contra el Führer los bombardeos en masa a que sometieron los Aliados a las ciudades alemanas? Han sido muchos los historiadores que han tratado de dar respuesta a esas cuestiones a lo largo de los años transcurridos desde que se derrumbó el régimen nazi en 1945. Si las explicaciones anteriores analizaron para ello los estereotipos del carácter nacional germano —el militarismo, la propensión a la violencia, la determinación a obedecer a la autoridad, el deseo de un liderato fuerte, la pasividad civil y demás lugares comunes de validez dudosa—, de forma más reciente ha habido historiadores que han defendido el papel de relieve representado por la propaganda a la hora de congregar a los alemanes en torno a la bandera nazi, en tanto que otros han subrayado el terror creciente al que sometió el Partido Nazi a Alemania, sobre todo en los últimos estadios del conflicto bélico. Hace unos años, el politologo estadounidense Daniel Jonah Goldhagen dio a entender que una mayoría abrumadora de los germanos estaba conformada desde el primer momento por seguidores fanáticos del antisemitismo nazi, y tampoco falta quien haya buscado la clave en el entusiasmo de autómata de los alemanes ante la arrolladora personalidad de Adolf Hitler.

Con todo, ninguna de estas explicaciones resulta muy convincente por sí misma. La concepción simplista de un carácter nacional alemán hace aguas, como las generalizaciones excesivas de Goldhagen, ante la realidad de que

los más de los alemanes —socialdemócratas y comunistas, gentes de la comunidad católica y otros muchos sectores de la sociedad— se negaron a brindar su apoyo a los nazis en ninguna de las elecciones celebradas durante la República de Weimar, en donde nunca obtuvieron estos mucho más que un tercio de los votos. Existen indicios sobrados de que la propaganda nazi, aunque no del todo ineficaz, tuvo un impacto limitado, en especial entre los sectores de la población que habían adoptado con anterioridad una actitud renuente, y más aún durante la segunda mitad de las hostilidades, cuando quedó claro que Alemania se abocaba a la derrota. Cierto es que Hitler parecía exento de la crítica popular, al menos hasta 1943; pero también que gozaba de igual admiración por sus actos como por la imagen que ofrecía. Y el terror, bien que constituía una fuerza muy real, continuada y entre 1944 y 1945 cada vez más poderosa, no debía de bastar por sí solo para subyugar a una población de ochenta millones de alemanes.

En años recientes, los historiadores han centrado su atención en el sueño nazi de construcción de una «comunidad nacional» o «del pueblo» (Volksgemeinschaft) en busca de una explicación. Tras las amargas divisiones de los años de la República de Weimar, la promesa de unir a toda Alemania en cooperación y armonía tuvo que ejercer, según se asevera hoy con no poca frecuencia, un atractivo popular considerable. En las páginas siguientes estudiaremos con detenimiento algunas de las pruebas que se han propuesto en apoyo de la opinión de que la «comunidad nacional» no constituía un simple ardid propagandístico, sino que se hallaba cargada de contenido real y de amplia aceptación en lo que toca a la actitud de los alemanes para con el régimen nazi.

## I

Apenas se habían hecho los nazis con el poder en Alemania cuando convirtieron el saludo de Heil Hitler! en un elemento preceptivo de la vida nacional. Los funcionarios civiles estaban obligados por la ley a firmar con él los documentos, y a todo aquel que dirigiera una carta a la oficialidad se le recomendaba con encarecimiento hacer lo mismo. Los maestros de escuela tenían que saludar a su clase con dicha exclamación mientras alzaban el brazo derecho engarrotado para hacer el «saludo a la alemana».

Los revisores ferroviarios también debían entrar de igual guisa a vagones y compartimentos para pedir los billetes a los pasajeros. En la calle, se esperaba de la ciudadanía que recurriera al Heil Hitler! en lugar de darse los buenos días, y otro tanto habían de exclamar los carteros antes de entregar el correo matutino a sus destinatarios. También los escolares tenían que recibir con él a sus docentes cada mañana.

Durante el verano de 1933, Victor Klemperer, catedrático judío de literatura y autor compulsivo de diarios, vio en su universidad a «los empleados alzar los brazos para saludarse» cuando se cruzaban por los pasillos. El uso de este gesto en lugar de decir, sin más, «hola» o «buenos días» se trocó en un signo externo público de apoyo al régimen, visible en toda Alemania durante la instauración del Tercer Reich por parte de los nazis. También constituía una advertencia, casi una amenaza, para aquel a quien iba dirigido, pues lo instaba a someterse a devolver el ademán. El visitante extranjero que deambulaba por las calles de las ciudades alemanas en 1933 recibía la impresión de que todo el mundo secundaba por entero el nuevo régimen.

Pero ¿de veras podía colegirse tal cosa del saludo hitleriano? Los entusiastas de la película de Stanley Kubrick ¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú (Dr. Strangelove) recordarán sin duda al científico nazi perturbado que interpreta Peter Sellers mientras se afana en vano por refrenar su brazo derecho cuando, en momentos de arrebato, se le dispara en dicho gesto. En el momento en que alcanza una inclinación de cuarenta y cinco grados, dicha extremidad nos recuerda en una sola imagen no solo que algunos de los científicos militares de la posguerra estadounidense habían comenzado su trayectoria profesional en la Alemania nazi, sino también que aquel saludo se había convertido en natural entre quienes apoyaban a Hitler y a su régimen.

Veamos qué significaba exactamente. El Heill llevaba connotaciones de curación, salud y buenos deseos. El Heil Hitler/, por ende, expresaba de forma implícita una petición de fortaleza para el dirigente nazi, al que invocaba al mismo tiempo como algo semejante a un ser supremo que podía otorgar protección frente a las enfermedades a quien lo recibía. En ambos casos, el Führer aparecía como una tercera parte omnipresente cada vez que se encontraban dos alemanes. La ciudadanía era consciente de estos

significados añadidos, y cuando menos algunos de sus integrantes bromeaban con ellos, tratando, por ejemplo, el Heil! como una orden más que un deseo («Cura a Hitler») y respondiendo en consecuencia: «¡Cúralo tú!», como si estuviese indispuesto o se tratara de un enfermo mental. También había quien fingía ignorancia y respondía preguntando a su vez: «¿Y qué tiene él que ver en esto?», con lo que daba a entender que el saludo resultaba innecesario o estaba fuera de lugar.

Para alzar el brazo con rapidez y dejarlo tieso en el ángulo exigido se hacía indispensable apartarse del recipiente del saludo si se quería evitar un accidente (se decía que cuando Joachim von Ribbentrop, embajador nazi en Londres, llegó por vez primera a la corte de Jorge VI, consiguió alarmar al monarca timorato y tartajoso al espetarle un estentóreo Heil Hitler! al tiempo que hacía que su mano pasara a escasos centímetros de su real nariz al completar con el brazo el saludo nazi; no es de extrañar que el enviado recibiera poco después el apodo de Von Brickendrop, «Cascamuros»). La distancia que obligaba a guardar el gesto sustituía a la intimidad que se daba durante un apretón de manos y enajenaba a unos alemanes de otros para unirlos solamente en su lealtad a Hitler.

Habida cuenta de la denominación de «saludo a la alemana» que se le asignaba de costumbre, hacerlo se convirtió en una seña de identidad nacional. Desde 1937, de hecho, se prohibió su uso a los judíos, y con ello se transformó en un signo de supuesta superioridad y armonía raciales. En el sur católico de Alemania, en donde era habitual saludar con un Gruß Gott! («Alabado sea Dios»), se confirió al dirigente nazi condición divina al sustituir Gott por Hitler. La fórmula, pues, echó abajo las diferencias regionales en lo tocante a las frases de salutación —que variaban del Servus meridional al Moin Moin del litoral norteño— al sustituirlas con un gesto de ámbito nacional que afirmaba así la identidad colectiva del pueblo como una sola raza alemana unida por una única causa: la nacionalsocialista.

Tal como pone de relieve Tilman Allert en Der deutsche Gruß (2008), el saludo hizo que el régimen estuviera presente en todos los aspectos de la vida cotidiana. Dado que lo usaba todo el mundo, quienes quizá se mostraron remisos al principio debieron de sentirse en franca minoría, y al cabo, también ellos tuvieron que llegar a la conclusión de que no tenían alternativa; lo cual posee implicaciones trascendentales. Cuando se hacía en

público, el «saludo a la alemana» militarizaba todo encuentro entre seres humanos, a quienes marcaba como miembros de una sociedad en plena movilización bélica a las órdenes de la cúpula nazi, y de hecho, reducía la conciencia que poseían los ciudadanos de su propia individualidad y socavaba así su capacidad para asumir la responsabilidad moral de sus acciones al transferirla a manos de Hitler.

Lo cierto es, no obstante, que el público usaba a menudo dicho gesto bajo coacción. En particular durante los primeros meses de la dominación nazi, cuando los disidentes y cuantos se oponían al régimen corrían el riesgo de ser azotados por los camisas pardas o acabar en un campo de concentración, muchos alemanes aceptaron solo por miedo. Los carteles de las calles de Alemania que advertían: «Alemanes, saludad a la alemana», daban a entender que quien no lo emplease sería considerado ajeno a la «comunidad nacional» de los germanos; marginado, foráneo y aun enemigo. Cierto conocido de la periodista Charlotte Beradt que había sido socialista le refirió en aquel tiempo que había soñado que el ministro nazi de Propaganda Joseph Goebbels había ido a visitarlo al trabajo, y que le había resultado difícil en extremo levantar el brazo para recibirlo. Al final lo había conseguido tras media hora de intentos, pero Goebbels le había dicho con frialdad: «No quiero tu saludo». Aquí, en una simple anécdota, se hallaban condensados el miedo, la ansiedad y las dudas que caracterizaban la actitud de muchos de los alemanes no nazis para con dicho gesto a comienzos del Tercer Reich.

No obstante, ya entonces —y con mayor frecuencia aún a medida que avanzaba el tiempo— se usaba a menudo el saludo convencional de toda la vida después del hitleriano, con un «buenos días» y un apretón de manos. El alemán acabó por considerar el Heil Hitler! una formalidad más o menos irritante que había que quitarse de en medio antes de usar la fórmula habitual que lo volvería a unir a su amigo, pariente, colega o conocido y restauraría los lazos cotidianos de sociabilidad que habían sido violados brevemente por aquel gesto formal del nazismo.

En cualquier caso, el pueblo no tardó en abandonar el ademán una vez superado el período inicial de violencia e intimidación. Quienes visitaban Berlín notaron ya a mediados de la década de 1930 que se había vuelto menos frecuente que en otra época. Cierta vía secundaria de Múnich sigue

conociéndose en nuestros días como la Drückebergergasse («callejón de los Gandules») por haber sido el camino que usaban muchos para evitar tener que saludar ante cierto monumento nazi de las inmediaciones. En octubre de 1940, cuando quedó claro que los bombarderos de Alemania no iban a conseguir someter a los británicos, el corresponsal de la CBS William L. Shirer observó que los muniqueses habían «dejado de decir Heil Hitler! en toda situación». Después de la derrota sufrida por los alemanes en Stalingrado, el servicio de seguridad de la SS informó de que ya no se usaba el «saludo a la alemana», y de hecho, mucho antes del final de la guerra había desaparecido casi por entero excepto entre los fanáticos del partido. En septiembre de 1941, Victor Klemperer percibió cierta disminución en su frecuencia, y con la prolijidad que tanto valor confiere a sus diarios, elabora un recuento al respecto: en determinada panadería a la que entró para comprar observó a cinco clientes que daban las buenas tardes frente a dos que mentaban a Hitler; pero en un colmado que visitó a continuación, todos optaron por esto último. «¿A quién miro? —se preguntaba—. ¿A quién escucho?»

Aun en los casos en que tenían que usarlo, los alemanes podían convertirlo en ocasiones en un gesto de desafío al régimen. En 1934 se sometió a vigilancia policial a un grupo de artistas de circo después de recibirse informes de que habían estado adiestrando a sus monos para que hicieran el saludo; y ha llegado a nuestros días una imagen en la que los mineros de la ciudad bávara de Penzberg, durante un desfile ceremonial, agitaban los brazos de todos los modos imaginables sin hacer caso al contingente de las Juventudes Hitlerianas que, tras ellos, demostraba cómo había que hacer el saludo.

El uso oportunista, defensivo y aun subversivo de aquel gesto, por velado y modesto que fuera, fue a combinarse con su omisión, cada vez más frecuente, por rechazo o descuido, así como con la anulación que se producía cuando se le sumaba un saludo convencional. Este hecho desmiente la teoría de Allert, quien considera que «provocó el desmoronamiento de la conciencia de sí mismo que tenía el pueblo» al obligarlo a «tratar de evadir la responsabilidad de una relación social normal, rechazar las bondades del contacto con el prójimo, permitir que decayesen los hábitos sociales y rechazar el reconocimiento de la franqueza

y ambivalencia inherentes a las relaciones humanas y la reciprocidad social». La vida no siempre es tan simple, pese a lo que puedan pensar en ocasiones los sociólogos.

## II

Cuando Klemperer se preguntaba a quién debía creer, estaba compendiando de forma cumplida un debate que no ha cesado entre los historiadores desde la caída del Tercer Reich en mayo de 1945. ¿En qué grado apoyaban los alemanes de a pie el régimen de Hitler? Si no lo secundaban, ¿por qué no se alzaron en su contra? ¿Por qué siguieron luchando hasta el final mismo? ¿Qué relación existió en general entre los «alemanes» y los «nazis»? ¿Existía una identificación plena entre ambos llegado el año de 1945? ¿Qué diferencia supuso la persecución y el exterminio de los judíos en lo que respecta a su actitud para con el régimen? Si sabían de ellos, ¿en qué grado los aprobaban? ¿Siguieron combatiendo hasta el último momento pese a ser conscientes de los crímenes del nazismo, o precisamente porque los conocían?

Pocos historiadores aceptarían hoy que, tal como sostuvo la abrumadora mayoría de la nación a finales de la década de 1940 y durante la de 1950, los alemanes ignoraron en todo momento los crímenes que en su nombre había perpetrado el régimen nazi. El servicio de seguridad de la SS informaba ya en marzo de 1942 que los soldados que volvían de Polonia hablaban sin tapujos de la matanza de judíos que allí se estaba produciendo. La cancillería del Partido Nazi se quejó el 9 de octubre de 1942 de la difusión de rumores acerca de las «medidas durísimas» que había adoptado el régimen contra dicho colectivo por parte de «combatientes de permiso procedentes de las distintas unidades que sirven en el Este, que han tenido ocasión de conocerlas». Con dos terceras partes o más de los trece millones de alemanes armados destinadas en el frente oriental, era de esperar que la información se difundiera con gran rapidez; de modo que antes de que acabara el año, los más de los ciudadanos de Alemania tenían sobrada noticia de lo que allí estaba ocurriendo.

Con todo, la del grado de aprobación que brindaba al genocidio el común de los germanos sigue siendo una cuestión candente. En los últimos

años, los historiadores han restado importancia a los factores ideológicos en favor de los prácticos. Todo un abanico de estudios ha mostrado al público que la participación de la ciudadanía en el proyecto nacionalsocialista se debió a motivos que nada tenían que ver con lo doctrinario: el deseo de conservar su puesto de trabajo y su vivienda, el anhelo de una vida mejor o, más adelante, la simple voluntad de subsistir. Se ha dicho que, dado que fueron pocos quienes tuvieron razones, en algún momento, de temer que los visitara la Gestapo o los confinaran en un campo de concentración, el miedo no tuvo demasiado peso. Nada de esto tenía mucho que ver con el ideario nazi, y sin embargo, el apoyo que brindaron al régimen en la práctica equivalió, a la postre, a una aprobación implícita de cuanto este llevó a término.

Estos argumentos representan lo que se ha denominado «giro voluntarista» en la valoración histórica del nacionalsocialismo. Suele darse por supuesto que los alemanes tomaron sus decisiones con total libertad, pues, de lo contrario, ¿cómo iba a ser posible responsabilizarlos? En Vida y muerte en el Tercer Reich, el especialista estadounidense Peter Fritzsche anuncia su intención de analizar desde este punto de vista «los esfuerzos que hicieron los alemanes para convertirse en nazis» y «el grado en el que adoptaron decisiones políticas deliberadas, conscientes e informadas durante el Tercer Reich». Escribe con el brío de costumbre, y condensa un gran cúmulo de información en un volumen relativamente breve. Se muestra en particular dotado para el análisis detallado de fenómenos culturales menores pero no por ello menos reveladores, como, por ejemplo, el saludo hitleriano, del que ya hemos hablado, o el «certificado de ancestros» que tenían que llevar encima todos los germanos a fin de demostrar su pureza racial. Su libro, ameno e inteligente por demás, se sirve con excelencia de cartas y diarios a fin de transmitir la experiencia de las gentes de a pie en tiempos del nazismo con una maestría que pocos historiadores han logrado.

Además, Fritzsche es un historiador demasiado entendido y sutil para dejarse llevar por entero por el «giro voluntarista». Explora de un modo convincente tanto las limitaciones de la nazificación como sus éxitos, y probablemente esté en lo cierto al sostener que, si bien nunca existió una identificación total entre nazis y alemanes, la relación entre unos y otros

tampoco fue invariable. Pone de manifiesto con todo lujo de detalles que el «proceso de conversión» de los germanos en nazis fue cambiando con el tiempo conforme a «una evolución plagada de dudas». En 1942, los ciudadanos seguían encantados con el Tercer Reich, que les había otorgado orden, seguridad y estabilidad económica tras el caos de los años de la República de Weimar; pero habían acabado por desdeñar a los nazis, que habían empezado a destruir todos estos elementos por su negativa a reconocer el fracaso de la campaña bélica. «De este modo, la idea de Alemania había quedado, de manera encubierta, tan nazificada como arianizada. La mayor parte de los alemanes prefería ganar la guerra y mantener en el poder a los nazis a perder aquella y a estos. Muy pocos deseaban la derrota de Alemania.» Fritzsche señala de forma correcta que hubo dos fechas que dominaron casi todo lo que hicieron los nazis: 1914 y 1918; el mito positivo de la unidad nacional existente al comienzo de la Gran Guerra, que trataron de recrear en la «comunidad nacional» de la que tanto alardeaban, y el mito negativo de la «puñalada por la espalda», con arreglo al cual los sediciosos judíos de dentro del país habían socavado y destruido a continuación la cohesión y el espíritu de lucha del Ejército que servía en el frente. En 1945 no iba a haber ninguna «puñalada por la espalda».

Firtzsche es muy consciente de que, en muchos sentidos, el proyecto nazi de creación de una nueva conciencia nacional y racial entre los alemanes no alcanzó sus objetivos. El régimen consagró empeños descomunales a infundir en los alemanes la creencia en el carácter virtuoso y deseable de la guerra, y sin embargo, la inmensa mayoría de ellos no se dejó persuadir, y desplegó, de hecho, una preocupación creciente con la amenaza de conflicto armado que se dio durante la crisis de los Sudetes de 1938 y la consumación de dicho peligro en septiembre de 1939, amén de manifestar, en consecuencia, un grado considerable de euforia al ver resolverse la primera sin derramamiento de sangre y la segunda, o al menos eso pensaban, tras unos meses de victorias rápidas y poco costosas. Entre las gentes de a pie cundió también una atmósfera similar de pesadumbre y aprensión cuando, el 22 de junio de 1941, comenzó la invasión de la Unión Soviética.

Al mismo tiempo, según señala Fritzsche, «los alemanes se esforzaron por ajustarse a las nuevas metas del nacionalsocialismo» después de saber de la invasión, tal como habían hecho en trances anteriores; de modo que no hubo de pasar mucho tiempo para que se generalizaran los sentimientos de orgullo por la guerra y optimismo por su resultado. Por desgracia, Fritzsche no ofrece, a la postre, ninguna prueba concreta de que la población de Alemania tratara de forma activa de acomodarse a los propósitos del régimen. Ni siquiera los diarios y las cartas que cita revelan semejante proceso de voluntad de sus autores de convertirse en nazis. Lo único que puede brindar el historiador son sus aseveraciones, que respalda mediante una grave infravaloración de los aspectos coercitivos y terroristas del Tercer Reich. A diferencia de algunos de los defensores más radicales del «giro voluntarista», Fritzsche es consciente, claro está, del grado colosal de violencia e intimidación al que sometieron los nazis a sus oponentes reales y potenciales durante su «toma del poder» a lo largo de los seis primeros meses de 1933. Sin embargo, como ellos, apoya la tesis de que, acabado este período, apenas se dieron agresiones ni coacción de forma abierta, cuando hasta los testimonios que él mismo presenta ponen de manifiesto que el pueblo se vio obligado a donar dinero a Auxilio en Acción; fue testigo de actos continuos de violencia antisemita en las calles durante buena parte de la década de 1930? y recibió castigos en toda una variedad de campamentos por los que en 1939 había pasado la gran mayoría de la población. Sin embargo, hay otros aspectos de la coerción y la intimidación que pasa por alto.

Fritzsche alude por ejemplo, como muchos defensores del «giro voluntarista», al hecho de que a mediados de la década de 1930 no quedaban en los campos de concentración sino tres mil presos políticos; pero como ellos parece no darse cuenta de que uno de los motivos principales de esta reducción en el número de reclusos fue precisamente que las labores de represión habían quedado en manos de los tribunales y el sistema judicial regulares, que a esas alturas habían encerrado a más de veintitrés mil reos por motivos políticos en prisiones y penitenciarías del Estado. Su aseveración de que la policía había dejado de acosar a comunistas y socialdemócratas después de 1933 queda refutada por incontables casos concretos que demuestran que un gran número de ellos

sufrió encarcelamiento durante los plebiscitos y elecciones amañados que organizaban los nazis de cuando en cuando, que se hallaban bajo vigilancia constante y que corrieron peligro de dar con sus huesos en un campo de concentración en calidad de «elementos subversivos» en potencia una vez comenzada la guerra. Hace caso omiso de la colosal expansión de la legislación coercitiva que se aprobó durante la guerra, y que hizo que casi se doblara la población de los penales, así como de que el número de ejecuciones alcanzó los cuatro o cinco millares al año dentro de la nación. Además, si los soldados siguieron combatiendo fue, en gran medida, porque en las fuerzas armadas se habían alcanzado grados similares de coacción, en tanto que en el curso de las hostilidades se había puesto ante los pelotones de fusilamiento a treinta mil soldados, frente a los 18 (¡dieciocho!) de la primera guerra mundial.

Por encima de todo, Fritzsche no para mientes en el gigantesco abanico de sanciones menores de que se servía el régimen (a veces solo en forma de amenaza) para imponer cuando menos una manifestación externa de conformidad: desde la privación de ayudas sociales hasta la asignación a descontentos y disidentes de ocupaciones arduas y peligrosas en lugares alejados de sus familias y sus hogares. Puede que, como subraya Fritzsche, no se mencione en los diarios y la correspondencia el temor a represalias o castigos, pero también es cierto que sus autores debieron de actuar con no poca cautela a la hora de expresar nada que pudiera comprometerles en caso de que se descubrieran sus escritos íntimos o abrieran sus cartas los censores de la policía o los militares. El miedo lo impregnaba todo en el Tercer Reich. Un ejemplo obvio podría hallarse en las precauciones que tomaron los ciudadanos durante la guerra para que no los sorprendieran escuchando una emisora de radio extranjera, delito que se pagaba con la cárcel o aun con la vida. Poco importa, a fin de cuentas, que hubiese un número relativamente escaso de procesos judiciales instruidos al respecto: la posibilidad de que lo descubrieran o denunciaran llevó al pueblo a esconderse junto con su radio bajo una manta antes de encenderla, apostar centinela en la puerta del apartamento o encerrarse en el baño con un aparato inalámbrico. La profusa publicidad que se dio a los casos de oyentes juzgados y encerrados durante un tiempo en una penitenciaría estatal no bastó para disuadir a la ciudadanía —la BBC calculaba que en

1944 había quince millones de alemanes oyendo sus emisiones—, pero sí para asustarla.

Si no nos hacemos cargo de la dimensión real del terror desplegado por el régimen, que aumentó de forma espectacular a medida que avanzaba la guerra y alcanzó cotas extraordinarias cuando esta tocaba a su fin, resultará difícil, cuando no imposible, entender la reacción de los alemanes de a pie ante la deportación y el asesinato de judíos. En un capítulo fascinante dedicado a este asunto de importancia vital, Fritzsche examina con esmero las pruebas de que disponemos y concluye que, si bien el pueblo supo de los fusilamientos multitudinarios de judíos que estaba efectuando la SS en el Este casi desde su comienzo, ignoraba la existencia de las cámaras de gas de Auschwitz, Treblinka y otros campos de exterminio. Sin embargo, aunque las fuentes que maneja —informes del servicio de seguridad de la SS, correspondencia particular, etc.— respaldan su afirmación, el autor pasa por alto que dichas instalaciones se mencionaban con frecuencia en las emisiones radiofónicas que destinó la BBC al público alemán a partir de las postrimerías de 1942. Sus quince millones de oyentes no pudieron albergar duda alguna de cuanto estaba ocurriendo, pero tanto aquí como en otras partes del libro se muestra Fritzsche demasiado inclinado a presentar a la Alemania sometida al nazismo como aislada por entero de otras partes del mundo.

En gran medida por este motivo, al común de los alemanes le costaba, ya en 1942, avenirse a creer las afirmaciones de su ministro de Propaganda sobre una futura victoria. Si siguieron combatiendo no fue porque creyesen que iban a vencer, sino porque no veían ninguna otra alternativa. Aunque Fritzsche da a entender que hubo una respuesta positiva al llamamiento de Goebbels para que el pueblo se movilizara para la «guerra total» tras la catastrófica derrota sufrida por el Ejército en Stalingrado a principios del mes de febrero de 1943, los informes sobre la moral de los alemanes elaborados por el servicio de seguridad de la SS —por citar solo una fuente — indican lo contrario; y cuanto mayor era la certeza de la derrota, más se intensificó el miedo de la ciudadanía a la animadversión de los Aliados, alimentado —y en este sentido sí parece que dio sus frutos la propaganda de Goebbels— por la sed de venganza de los judíos.

Fritzsche asegura que «los más de los alemanes se consideraban víctimas inocentes de los bombardeos aliados», y sin embargo, tal como muestra él mismo con cierto detalle en otra parte de su libro, la reacción más común consistió más bien en el sentimiento de culpa por haber permitido que hicieran algo semejante. «¿Acaso no hemos matado a miles de judíos?», se preguntaban en Stuttgart en 1944, al decir de la citada agencia de la SS, «numerosas personas de todos los estratos». «¿No nos cuentan los soldados —seguían diciendo—, una y otra vez, que a los judíos de Polonia los obligan a cavar sus propias fosas? … Los judíos también son seres humanos, y comportándonos así hemos enseñado al enemigo lo que puede hacernos si gana.» Desde entonces, por consiguiente, la población empezó a guardar silencio sobre los judíos y a prepararse para negar todo conocimiento de lo que les había pasado cuando llegasen los Aliados a desquitarse. El miedo al adversario —y no solo al Ejército Rojo, aunque este destacaba por encima de todos, de forma, por cierto, justificada en gran medida— fue otro de los factores que impulsó a los alemanes a luchar hasta el final.

Fritzsche omite reconocer en muchas ocasiones lo que tenían de artificioso y calculado muchos de los arrebatos en apariencia espontáneos de aclamación popular al régimen, desde la congregación multitudinaria que se dio el 30 de enero de 1933, durante el nombramiento de Hitler en calidad de canciller del Reich, hasta las manifestaciones masivas con que se celebró el que hubiese salido con vida del atentado con bomba del coronel Von Stauffenberg el 20 de julio de 1944. Ambas las había organizado Goebbels, siempre dispuesto a engendrar imágenes de entusiasmo popular para con el Tercer Reich.

## III

Si el éxito de la propaganda a la hora de convocar al pueblo alemán en torno a Hitler y su régimen nazi no fue total, tal vez los incentivos materiales tuvieron también su peso. En un libro tan llamativo como absorbente, La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes, que causó un revuelo considerable al publicarse en Alemania en 2005, Götz Aly propone otra explicación. A su decir, fueron los bienes tangibles los que

convencieron a la masa de los ciudadanos a apoyar a Hitler y a los nazis casi hasta el final. La cúpula nacionalsocialista los convirtió, según sus páginas, en «parásitos bien alimentados. Números ingentes de alemanes fueron presa de la euforia de una fiebre del oro … Cuando el Estado se transformó en un mecanismo colosal destinado a saquear a otros, el germano medio se convirtió en un usurero sin escrúpulos y en beneficiario pasivo de sobornos». Ya a finales de la década de 1930, arguye, hasta los antiguos socialdemócratas se habían reconciliado con el régimen por haber trocado el paro y la miseria económica de la Depresión en pleno empleo, prosperidad y satisfacción del consumidor. Durante la guerra, sigue diciendo, «el aluvión de riquezas y ventajas personales (derivadas todas de crímenes de lesa humanidad)… llevaron a la mayoría de la población a sentir que las autoridades se habían propuesto velar por sus intereses».

Aly había ofrecido ya antes este género de explicación materialista al entender el genocidio nazi en su Endlösung: Volkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden, traducido al inglés en 1999, como resultado de procesos racionales —o quizás habría que decir pseudorracionales— de planificación estatal y reagrupación étnica generados por la burocracia nazi y de la SS más que de odio e ilusiones ideológicos. En Vordenker der Vernichtung, publicado en inglés en 2002 —más de una década después de su aparición en alemán— y escrito en colaboración con Susanne Heim, Aly centró la atención en los expertos en planificación y demografía, los funcionarios civiles y los académicos que trazaron dichos proyectos, y sostenía que, a fin de ajustar la proporción entre los grupos de población productivos e improductivos de Europa, «abogaron por el exterminio multitudinario dirigido por el Estado en cuanto componente necesario y lógico de modernización social»; lo que los llevó a concebir «no ya una "solución final", sino genocidios en serie planeados con gran detalle y destinados a ponerse por obra en el transcurso de varias décadas».

Este enfoque nace de una concepción alemana particular del nazismo, situada muy a la izquierda política, que trata de ligarlo a cada ocasión a procesos de modernización que culminan en la República Federal de nuestros días. En La utopía nazi, por ejemplo, Aly no deja pasar una sola oportunidad de hablar de figuras prominentes de la Alemania de posguerra

que habían declarado de jóvenes su entusiasmo por el Tercer Reich. No hace mucho, provocó una gran agitación al acusar a admirados historiadores de diversas universidades alemanas de la década de 1950 por considerar que habían participado en la planificación o justificación del genocidio nazi durante el Tercer Reich. Lo que lo convierte en una figura tan incómoda para los alemanes es el hecho de que apoya siempre sus argumentos con una investigación archivística concienzuda, meticulosa y muy extensa. Su voz podrá ser la de un estudioso marginal, pero no puede pasarse por alto. Cuando se dio al público por vez primera en Alemania, La utopía nazi levantó aún más ampollas que los libros anteriores al aseverar que no eran solo las minorías selectas las que habían fundado su apoyo al régimen nazi en motivos racionales y no ideológicos, sino también la gran masa de la población. Aun así, cabe preguntarse si este nuevo aserto es capaz de soportar un escrutinio crítico.

La utopía nazi, todo sea dicho, no tiene un buen arranque. Las páginas iniciales, sobre la Alemania anterior al comienzo de la segunda guerra mundial, en 1939, contienen sobre todo generalizaciones que ha echado por tierra hace ya mucho la historiografía seria. Así, en contra de lo que él afirma, las clases medias germanas no se hallaban empobrecidas por la hiperinflación de 1922 y 1923 (que, claro está, afectó de forma grave a deudores, hipotecados y demás); a principios de la década de 1930 fueron pocos los comunistas que se pasaron al nazismo; el plebiscito que devolvió el Sarre (región habitada por gentes de etnia alemana situada en la frontera francesa y sometida al dominio de la Liga de Naciones desde 1919) a Alemania no fue un referendo libre, y la cúpula nazi no hizo que los automóviles estuviesen «al alcance de los alemanes de a pie». El nazismo predicaba, verdad es, la igualdad; pero como tantos otros aspectos de su discurso, la realidad era muy diferente, y hablar una y otra vez, como hace Aly, del «socialismo» de los nacionalsocialistas equivale a etiquetar erróneamente su indudable populismo. Los verdaderos regímenes socialistas eran muy diferentes en su dirección política fundamental, y pocas cosas de su libro resultan menos convincentes que los empeños de Aly en demostrar que el del Tercer Reich fue un gobierno de veras redistributivo que robaba al rico para dárselo al pobre.

Desesperado por demostrar que la gran masa de los alemanes apoyó con entusiasmo al nazismo desde sus comienzos, el autor presenta una relación por demás selectiva de ejemplos de jóvenes, entre los cuales figuran hasta parientes suyos, que abrazaron con euforia las posibilidades que les ofrecía el régimen. Como era de esperar, cita también a Hanns Martin Schleyer, erigido en presidente de la patronal durante la Alemania Occidental de posguerra, y que en 1942 aseveraba enardecido ante las oportunidades que brindaba el nazismo a los jóvenes: «Aprendimos a una edad temprana, durante los días de lucha del movimiento, a buscarnos retos en lugar de esperar a que vinieran a nosotros. Esto y nuestros constantes empeños en pro del partido, aun después de que se hiciera con el poder, nos preparó para asumir nuestra responsabilidad mucho antes de lo habitual» (Aly olvida recordar que a Schleyer lo secuestraron y lo asesinaron en 1977 los terroristas ultraizquierdistas de la Fracción del Ejército Rojo, fundada por Andreas Baader y Ulrike Meinhof). También recoge lo que escribieron dos familiares varones en el libro de visitas de los Aly durante la guerra, que recogieron lemas como «el mañana es nuestro» o «nuestra nación camina hacia un futuro grande y glorioso». Sin embargo, huelga decir que resulta más que posible recoger el mismo número de testimonios de alemanes que se sentían asustados y perturbados por lo que estaba haciendo el régimen nazi ya en la década de 1930.

Los dirigentes no desviaron recursos para satisfacer los deseos consumistas del pueblo «en detrimento del rearme», sino que más bien puede afirmarse lo contrario. Cierto es que las organizaciones benéficas nazis como Auxilio de Invierno, destinada a ayudar a los desempleados y sus familias en tiempos en que escaseaba el trabajo, o la asociación Bienestar Popular Nacionalsocialista, institución más ambiciosa y formal cuya misión era similar, aunque se hacía extensiva a todo el año, recaudaron para los más necesitados cantidades ingentes de dinero que, no obstante, incluían en gran medida contribuciones impuestas mediante coacción a la ciudadanía —entre otras cosas, a través de deducciones forzosas sobre sus salarios—. Los beneficios obtenidos de la «arianización» de las propiedades de los judíos fueron significativos para quienes se sirvieron de ellas, pero los judíos constituían menos de un 1 por 100 de la población de Alemania, y no todos eran, ni mucho menos, ricos ni aun acomodados; por lo que la

diferencia que supuso esto para el nivel de vida general de la nación fue insignificante. Con todo, Aly mantiene que los desposeyeron, y al final los exterminaron, sobre todo para que el Estado germano pudiese hacerse con su propiedad y elevar con ella el grado de bienestar económico del pueblo.

El autor reduce todo esto al absurdo cuando Aly asevera que «el Tercer Reich no fue una dictadura mantenida por la fuerza», y apoya su aserto con el tamaño reducido de la Gestapo y el hecho de que en 1936 no llegasen a cuatro millares los reclusos de los campos de concentración. Sin embargo, en aquel momento, el grueso de las medidas coercitivas del régimen recaía en la policía, la fiscalía del Estado, los tribunales y las prisiones estatales. La fuerza empleada por el régimen para mantenerse en el poder podía verse en todas partes, en la presencia intimidadora de los guardias de asalto en las calles, en las noticias que ofrecían a diario los periódicos sobre juicios y condenas de los inconformistas o en conversaciones mantenidas a media voz y tras puertas cerradas acerca del sufrimiento de los comunistas y los socialdemócratas a manos de guardas de prisiones y de la policía. Más estrafalaria aún resulta la descripción que hace Aly del Tercer Reich en cuanto sistema regido por un proceso de toma de decisiones «plano» que dependía de la iniciativa individual más que de la jerárquica descendente. Los millones de personas de la Alemania nazi que se vieron atrapados en un sistema antidemocrático y totalitario gobernado por el ubicuo «principio de liderato» conforme al cual hasta los comentarios más informales de Hitler se traducían de inmediato en postura política oficial, en ocasiones con consecuencias devastadoras, se habrían mostrado sin duda sorprendidos ante semejante aserto. Si Aly formula generalizaciones tan bastas y arrolladoras es en gran medida por un desconocimiento casi total de cuanto se ha escrito en lengua inglesa sobre la Alemania nazi, una bibliografía demasiado extensa, diversa y refinada para obviarla con impunidad. Da la impresión de que, aquí y en lo demás, camine con no poca inseguridad en lo que concierne a cuanto han escrito otros autores. Su obra descansa de un modo aplastante sobre la investigación documental. Y en este sentido, una vez que supera su simplista exposición de la Alemania nazi de antes de la guerra, tiene algunos descubrimientos interesantes que presentar.

Hace ya mucho, el historiador británico Tim Masón señaló que la campaña monomaníaca de rearme emprendida por los nazis a fin de

aprestarse a una guerra general europea puso en un brete cada vez más marcado la economía alemana en 1939, cuando la escasez creciente de materiales y mano de obra comenzó a imponer restricciones progresivas a la producción. A los trabajadores los coaccionaban cada vez más para que aumentasen su horario laboral; ellos respondían con tasas desatadas de absentismo, y el régimen reaccionaba introduciendo en las fábricas agentes de la Gestapo con la intención de conseguir que doblaran el espinazo. En estas circunstancias, la salvación económica radicaba en la conquista y el pillaje. Aly demuestra que, amén de apropiarse de ingentes cantidades de materias primas de la Europa oriental y occidental, y de obligar con el tiempo a más de siete millones de obreros de países ocupados a trabajar en Alemania por un sueldo mínimo, el régimen explotó a las naciones invadidas a fin de evitar que la gran masa de la población germana en suelo alemán tuviera que soportar la verdadera carga financiera de la guerra. Lo hizo, tal como puso de relieve Masón hace años, porque Hitler y el resto de dirigentes nazis temían hasta rayar en la paranoia que se repitiese la «puñalada por la espalda» de 1918, cuando a su ver —errado, claro está, de medio a medio— el deterioro catastrófico de las condiciones de vida que se daban en el frente civil había desembocado en una revolución multitudinaria fomentada por elementos subversivos judíos, que había atacado a traición a un Ejército alemán por lo demás victorioso y provocado así la derrota en la primera guerra mundial. Mientras perseguían esta fantasía fatídica, los nazis expulsaron del país a más de la mitad de los judíos de Alemania en 1939, mientras que al resto lo desposeyeron y lo marginaron para después, de 1941 en adelante, deportarlo y exterminarlo. Sin embargo, desde el punto de vista de la cúpula nazi, esto seguía sin resolver el problema de cómo mantener un nivel de vida decente dentro de las fronteras nacionales.

Llegada a este punto, la exposición de Aly se vuelve muy técnica y ardua para el lector, al que abruma con una gran abundancia de cifras y de cálculos de cargas impositivas y tipos de cambio, pero los rasgos generales se muestran con marcada claridad. Allí donde ocupaban un país, los nazis introducían una moneda nueva o fijaban los tipos de cambio de tal modo que los soldados germanos, los administradores y demás gentes de la nación invasor a pudiesen comprar bienes a bajo precio y enviarlos a sus familias.

La adquisición de productos en el extranjero ayudó también a refrenar la inflación en Alemania. Se presentaron planes crediticios especiales para reforzar este proceso, y se permitió a los soldados alemanes destinados en otras naciones recibir dinero de sus parientes para que comprasen artículos que no podían adquirir en su patria. Aly cita con gran efectismo la correspondencia de cierto número de combatientes que describían entusiasmados lo que remitían a sus familias. Entre ellos se contaba el joven Heinrich Boíl, que muchos años después obtendría el Nobel de Literatura por sus novelas y sus cuentos. «Os llevo medio cochinillo», anunció triunfante a los suyos poco antes de volver a casa de permiso en 1940. Cuando el régimen relajó las restricciones relativas a las cantidades que podían enviarse de este modo, el número de paquetes enviados de Francia a Alemania mediante correo militar ascendió a más de tres millones mensuales. La paga de los soldados aumentó hacia finales de 1940 con el fin explícito de ayudarlos a pagar los productos extranjeros que con tanta desesperación necesitaban sus familias.

En suelo nacional se mantuvieron en cotas tan bajas como fue posible los impuestos que había de pagar la población general a fin de evitar el descontento, en tanto que se incrementaron los gravámenes empresariales, en gran medida porque tal cosa no despertaría la inquina del común de la ciudadanía. Se crearon complejos planes de bienestar social y subsidios destinados a garantizar que las familias no pasaban hambre mientras estaba en el frente su principal sostén. Por encima de todo, la Europa Oriental ocupada se vio sometida a una estrategia implacable de explotación y expropiación, que llevó a los invasores a hacerse con vastas cantidades de alimentos de los graneros de Ucrania con la intención de alimentar al pueblo de Alemania, al mismo tiempo que se dejaba morir por las enfermedades y el hambre a más de tres millones y medio de prisioneros de guerra soviéticos, y los planes bélicos germanos pronosticaban la defunción por causas idénticas de treinta —o cincuenta, según el caso— millones de paisanos eslavos. Medidas similares se pusieron por obra a raíz de la conquista de Grecia, cuya capital sufrió una hambruna de dimensiones terribles mientras los barcos sacaban de ella cantidades ingentes de alimento. Un documento clave en que se exponían las directrices principales que habían de seguirse durante la ocupación de la Unión

Soviética en 1941 urgía la incorporación de «la economía alimentaria de Rusia al marco europeo», lo que llevaría a «la extinción» a «segmentos extensos de la población» (el texto hablaba de «decenas de millones»). Aly cita un buen número de fuentes similares. El historiador alemán Christian Gerlach, en particular, ha sostenido que el exterminio de los judíos de la región se vio acelerado por el deseo de los administradores alemanes de reducir el número de «bocas inútiles» en una situación en la que las fuerzas armadas alemanas se vieron obligadas a vivir de la tierra y las reservas alimentarias nacionales necesitaban rellenarse de continuo con envíos del extranjero. Para Aly, de hecho, uno de los motivos principales de la decisión de Hitler de deportar hacia el este a los judíos que quedaban en Berlín durante el verano de 1941 fue la necesidad de emplear sus hogares a fin de realojar a los alemanes a los que habían dejado sin techo los bombardeos aliados.

Aquí, sin embargo, se hace evidente uno de los puntos débiles fundamentales de su enfoque. En toda su obra, incluido su estudio Endlosung, ha aplicado un género de reduccionismo económico que pasa por alto otros factores —sobre todo ideológicos y doctrinarios—. Aunque sus argumentos resultan siempre inspiradores y merecen gran consideración, no lo cuentan todo, ni mucho menos, y exageran además de un modo marcado la influencia de los elementos materiales en el proceso de toma de decisiones de los nacionalsocialistas, fundamentalmente irracionales. En virtud de una serie de cálculos complejos, concluye que al menos el 70 por 100 de los ingresos obtenidos por el Reich alemán en tiempos de guerra procedían de países ocupados, de la mano de obra forzada y del asesinato de poco menos de seis millones de judíos europeos (cuyos activos y posesiones pasaban a manos de aquel tras su muerte). Podría pensarse que Aly subestima en realidad la cantidad de botín que se sacó de los países ocupados, ya que se basa de forma excesiva en documentos oficiales y hace caso omiso de la escala descomunal en que se produjo el pillaje extraoficial al que se entregaron los soldados a medida que invadían una nación tras otra. Heinrich Boíl, por ejemplo, describía con desaprobación los allanamientos que cometían sus compañeros para apropiarse de cuanto se les antojaba en las casas que habían abandonado sus ocupantes durante el avance hacia Francia; y en Polonia y otras partes del

Este, la soldadesca robaba alimentos, joyas y demás objetos de plata y oro, obras de arte de toda clase y otras muchas cosas de las casas de campo y los monasterios con que topaban en su marcha victoriosa hacia Varsovia. La contribución que hicieron todas estas riquezas al nivel de vida de las familias de los combatientes no debe caer en saco roto, por más que resulte imposible de computar.

Sin embargo, en general, la proporción que ofrece Aly no es precisamente modesta. Otros cálculos, entre los que destaca el que presenta Adam Tooze en su nueva historia de la economía nazi, Wages of destruction (2006), la sitúan en un 25 por 100: medida más verosímil que, aunque sustancial, dista mucho, sin embargo, de ser suficiente para mantener a toda la población alemana. En lo que a calidad se refiere, Aly sigue sin tener gran cosa que decir del nivel de vida de los alemanes del frente civil, y citar las medidas gubernamentales de bienestar social no puede servir de sustituto en este sentido. Apenas cabe dudar de que la situación económica general se deterioró a partir de 1941, año en que se recortaron de forma constante las raciones, el pueblo comenzó a recurrir al mercado negro —cuyos precios se inflaron de inmediato— y empezaron a tener efecto las incursiones de los bombardeos aliados. Además, en el libro de Aly se da una contradicción fundamental, pues si la mayoría abrumadora de los alemanes se había consagrado con tanta dedicación al Tercer Reich tal como asegura que había hecho ya antes de 1939, sosteniendo desde abajo una «democracia totalitaria» y participando en cuerpo y alma en un proceso «plano» de toma de decisiones, ¿por qué habría tenido el régimen que sentir necesaria la desviación de recursos tan ingentes para tratar de evitar el descontento en el frente civil durante la guerra? También resulta discordante el que los procesos de toma de decisiones que describe Aly, desde la reforma fiscal y las medidas relativas al bienestar social hasta las regulaciones tocantes a los paquetes de alimentos y el aumento del sueldo de los soldados, partiesen de figuras y organismos relevantes del régimen, y sobre todo de Hitler y Göring, y se pusieran en práctica siguiendo una línea vertical a través del Ministerio de Finanzas. Si los dirigentes nazis hubiesen optado por no tolerar el saqueo de las naciones ocupadas y por evitar que los soldados buscaran su propio enriquecimiento y el de sus familias,

habrían podido hacerlo, y la situación, sin lugar a dudas, habría tomado un cariz diferente.

Uno de los rasgos centrales de la ideología y la retórica nazis, explorado por muchos historiadores y obviado, por motivos evidentes, por la obra de Aly, fue el del culto a la abnegación, a la entrega de uno mismo a los intereses de la nación y la raza. Aunque buena parte de esto iba de la mano de la promesa de que todo iba a mejorar una vez que acabase la guerra, también llevaba implícito un mensaje ineludible para el presente: Alemania lo era todo, y el individuo, nada. Los límites de semejante llamamiento estaban claros: a la postre, se hacía necesario alimentar, vestir y dar un techo al pueblo, y de hecho, se destinaron no pocas medidas de bienestar social a tratar de garantizar tal cosa. Al mismo tiempo, no obstante, sobran indicios de que la bien arraigada identificación de los más de los alemanes con la nación —su nacionalismo, en una palabra— pesaba más que cualquier otro aspecto a la hora de mantener su compromiso con la campaña bélica. Esta circunstancia produjo una euforia punto menos que histérica en 1939, 1940 y los siete primeros meses de 1941, a medida que las fuerzas alemanas sometían territorios cuya conquista les había sido esquiva entre 1914 y 1918. Y desde finales de 1941 hasta casi el final de la guerra, junto con un miedo creciente y, en muchos aspectos, justificado al Ejército Rojo, infundió al pueblo una lúgubre determinación a defender la nación ante el avance del enemigo. Al mismo tiempo se intensificó el desencanto con el régimen nazi, hasta el punto de que, llegado el año de 1944, hasta Hitler se había convertido en blanco de las crecientes críticas de la ciudadanía, y los informes sobre la moral que redactaba con regularidad el servicio de seguridad de la SS tuvieron que dejar de emitirse por resultar su lectura demasiado deprimente.

Cuando el Ejército Rojo invadió al fin Berlín y Hitler se suicidó en su búnker, se vino abajo cualquier rescoldo de lealtad a su régimen que pudiera quedar entre la inmensa mayoría de los alemanes de a pie. Apenas cabe dudar de que las condiciones materiales de su existencia se deterioraron de forma marcada entre 1945 y 1947 una vez que dejaron de estar disponibles los ingresos y productos procedentes de los países ocupados; desapareció la descomunal industria de armamento y munición del país; se desmovilizaron las fuerzas armadas y volvieron al país sus integrantes para acometer la

ardua labor de buscar empleo; acudieron desde la Europa Oriental millones de refugiados y de desterrados, y el pujante mercado negro avivó la inflación hasta extremos preocupantes. Aun así, pese a lo calamitoso de las condiciones materiales, no se dieron resistencia alguna ante la ocupación aliada ni intentos serios de resucitar el nacionalsocialismo tras su derrota. Si tanto peso habían tenido los factores materiales en la creación de la lealtad alemana respecto del Tercer Reich, cabría haber esperado un descontento mucho mayor cuando se desmoronó. En realidad, la muerte de Hitler, figura central e integradora del nazismo, cortó los lazos de la lealtad del pueblo a su movimiento; y no cabía negar que al régimen que había insistido sin descanso en las bondades del poder, y en que los despojos debían ir a manos del más fuerte, le había salido el tiro por la culata. Por consiguiente, no fue solo el final de los buenos tiempos desde el punto de vista económico lo que apartó la lealtad del pueblo de los principios y las prácticas del nacionalsocialismo, por importante que fuera en este sentido: la ideología, como siempre, representó como mínimo un papel igual de trascendente. Götz Aly ha vuelto a hacer una aportación interesante a nuestra comprensión de la Alemania nazi al llevarnos a centrar la atención en los factores materiales, aunque, como en buena parte de su obra anterior, haya exagerado su significación, y a pesar de que el hecho de no tener en cuenta otros elementos equivale a presentar solo una parte del cuadro general.

## IV

Lo mismo cabe decir, a la postre, de otros intentos recientes de presentar la tan cacareada «comunidad nacional» como realidad social más que como mito propagandístico. Ya a mediados de la década de 1960, el sociólogo e historiador David Schoenbaum sostenía en su Hitler's Social Revolution (1966), que los nazis habían logrado derribar las barreras sociales existentes y crear una sociedad de veras igualitaria. Otros, en cambio, corrieron a socavar tal opinión demostrando que bajo la superficie de los alardes retóricos, seguían imperando las jerarquías de otros tiempos y las divisiones por clases. Con todo, el paso de la historia social a la cultural que se ha dado de forma más reciente, combinado con el «giro lingüístico» que han conocido los estudios históricos, ha llevado a centrar una vez más la

atención en el plano del discurso, las creencias, la psicología colectiva y otros factores que van más allá de las divisiones de clase. Además, desde la década de 1990, el estudio de la Alemania de Hitler se ha interesado de forma cada vez más exclusiva por el exterminio de los judíos, así como por la actitud del pueblo alemán respecto de las medidas antisemitas del régimen. El de la raza ha desplazado al de clase en cuanto concepto organizador fundamental de la investigación relativa al Tercer Reich. La caída del comunismo y la decadencia del marxismo en cuanto motor intelectual ha minado más aún el protagonismo de las diferencias y antagonismos sociales en el estudio de la Alemania nazi y en otras áreas de interés histórico.

A menudo se mantiene que la «comunidad nacional» tuvo un efecto real en las oportunidades vitales de la generación más joven de obreros alemanes, a la que el Tercer Reich brindó la ocasión de mejorar su posición social mediante organismos tales como el de la Fuerza Mediante el Placer. Suele aducirse que los efectos de equiparación social del Tercer Reich sentaron las bases de la «sociedad equitativa de clase media» de la Alemania Occidental de las décadas de 1950 y 1960. Así, la «comunidad nacional», que se auguraba ya en la declaración por la que, al comienzo de la primera guerra mundial, aseveró el káiser Guillermo II que ya no reconocía partidos, sino solo alemanes, se hizo realidad en la de 1930 e influyó a largo plazo en la estructura de la sociedad germana de posguerra. Esta opinión va de la mano de la tendencia reciente, por demás persuasiva, de los historiadores a considerar el nazismo una fuerza en esencia modernizadora en lugar del movimiento atávico y retrógrado que retrataron los historiadores de los años sesenta y setenta del siglo XX. Sin embargo, resulta mucho más verosímil afirmar que el verdadero motor que propició la caída de las barreras de clase en la Alemania Occidental de posguerra fue el «milagro económico», el largo florecimiento que brindó prosperidad al pueblo en todos los niveles de la sociedad y que fue acompañado del lento declive de la clase obrera tradicional, que tenía sus raíces en los sectores en deterioro de la ingeniería, el hierro, el acero y el carbón de la era clásica de gran industrialización de finales del siglo XIX. Está claro que no podemos negar los efectos políticos que tuvo el nazismo en el aislamiento de las generaciones más jóvenes de trabajadores respecto de las bases

institucionales de la conciencia de clase: los sindicatos, el Partido Socialdemócrata, las organizaciones de cultura obrera… La popularidad de que gozaba la Fuerza Mediante el Placer no fue óbice para que la clase asalariada albergase un resentimiento notable por el hecho de que sus privilegios —los cruceros a Madeira, por ejemplo— estuvieran reservados a los mandamases del Partido Nazi, ni para que reparase en que el dinero que pagaban en concepto de ahorro para «el Coche del Pueblo» nunca llegaba a traducirse en su capacidad para adquirir o conducir uno propio.

Para muchos de los colectivos que conformaban la sociedad nazi, la «comunidad nacional» justificaba la realización de sus aspiraciones más hondas. Los investigadores médicos pudieron liberarse de las ataduras éticas tradicionales y experimentar directamente con seres humanos en lugar de animales; los ingenieros, consagrar sus empeños a avances tecnológicos como el de la bomba atómica o el del motor de reacción; los economistas y sociólogos, elaborar planes relativos a la reestructuración racial de la Europa Oriental; los urbanistas, idear programas para ciudades nuevas unidas por ferrocarriles de vía ancha, y todos, incluidos los obreros, imaginarse parte de una raza aria recién convertida en dominadora, marginadora de cuantos eran inferiores o peligrosos y participante del proyecto destinado a tornar Alemania en la nación más grandiosa del planeta. Si aceptamos la opinión expresada por Robert Gellately y otros, según los cuales la de los nazis fue una «dictadura por consentimiento mutuo», apenas podrá sorprendernos el éxito de la idea nacionalsocialista de «comunidad nacional». Con todo, tal como se pregunta Ian Kershaw en un artículo aparecido en Visions of community in Nazi Germany (2004), editado por Martina Steber y Bernhard Gotto: «¿cómo hay que entender la realidad del consentimiento en una dictadura terrorista, cuando ya resulta difícil hacerlo en una democracia liberal pluralista? ¿Tiene sentido hablar de anuencia cuando a todo aquel que se pronuncia en contra del estado de las cosas lo encierran o lo obligan a callar?».

No puede negarse que ciertos aspectos de la política nazi gozaban de popularidad en determinados colectivos, como ocurrió, por ejemplo, con la revisión del Tratado de Veralles, pero las fuentes contemporáneas revelan un descontento generalizado respecto de muchos otros aspectos que van desde los ataques a la Iglesia católica hasta los problemas que presentaba la

economía de mediados de la década de 1930. La atomización de la sociedad debida al estrangulamiento de todo género de iniciativa política independiente hizo que el pueblo volviera a depender de sus propios recursos. Aparte de la minoría —muy sustancial— de nazis comprometidos, la mayoría de los germanos acabaron por apoyar al régimen solo de boquilla. Durante la guerra, y sobre todo a partir de 1941, cuando los bombardeos de los Aliados se volvieron más frecuentes y destructivos, los ciudadanos comenzaron a pensar en su propio futuro más que en congregarse en torno a la comunidad nacional que con tanta insistencia habían promovido los nazis. En enero de dicho año, cierto informe oficial llegado de la Alta Franconia, reducto tradicional de apoyo al nazismo, concluía: «No puede hablarse de comunidad nacional: nadie piensa en nada que no sea su propio beneficio». Aunque la desintegración de la cohesión social se hizo más extrema a medida que avanzaban las hostilidades, lo cierto es que la Volksgemeinschaft había sido en todo momento un mito propagandístico más que una realidad social.

# 9. ¿ESTABA ENFERMO HITLER?

CUANDO los medios de comunicación alemanes comenzaron a hacerse eco del vuelo a Londres efectuado por Rudolf Heß, subordinado inmediato del Führer, durante el mes de mayo de 1941 con la ingenua intención de persuadir a los británicos a hacer la paz con la Alemania nazi, cundió entre los bares y demás establecimientos de Berlín un chiste en el que Churchill le dice a Heß cuando lo llevan ante él:

—Así que es usted el desquiciado ese.

—No —responde Heß—: solo su segundo de a bordo.

La de que Hitler estaba loco fue una idea que acabaron por creer muchos alemanes durante los estadios finales de la guerra y también después de esta, no solo como un modo de excusarse por la responsabilidad que pudieran tener sobre sus actos. De haber sabido en 1932, cuando lo votaron a millones, lo que conocieron diez años después, las elecciones habrían tenido, según aseveraban, un resultado bien diferente. No podía culpárseles de la muerte de seis millones de judíos y de un número incontable de soldados soviéticos y de otras naciones, de la devastación de tantas ciudades alemanas ni de la destrucción definitiva de la Alemania que habían conocido, porque el causante de todo esto había sido el Führer y nadie más.

La de la insania de Hitler era solo una más de las numerosísimas conjeturas a las que se ha recurrido, entonces y más adelante, para explicar las acciones del dirigente nazi. No falta, por ejemplo, quien haya aseverado que era antisemita porque tenía ascendencia judía, pese a que todas las pruebas genealógicas indican lo contrario; porque un médico judío había ayudado a su madre a morir de forma deliberada y había hecho pagar una

cantidad excesiva a la familia por sus servicios (cuando en realidad los tratamientos empleados habían sido los habituales de aquella época y el especialista apenas había querido cobrarlos), o por haber adquirido la sífilis tras tener tratos con una prostituta judía en su juventud (una vez más, los informes clínicos sobre su estado de salud omiten toda referencia a los síntomas de dicha enfermedad). Al decir del psicoanalista Walter C. Langer, quien puso al corriente al servicio secreto estadounidense sobre «la mente de Adolf Hitler», el dirigente alemán era sadomasoquista y proyectaba sus perversiones sexuales en la escena mundial. Cierto experto en psicohistoria sostenía que su manía exterminadora procedía del hecho de que su madre le dio el pecho siendo un lactante en lugar de confiarlo a un ama de cría, y este acto de «incesto bucomamario» lo incapacitó «para cualquier relación erótica normal», aunque tal circunstancia no parece haber tenido el mismo efecto en los millones de infantes que han vivido la misma experiencia a lo largo de la historia.

Hitler sufría «manía esquizofrénica» según un intento posterior de analizar su personalidad, o conforme a una suposición aún menos verosímil, seguía inmerso en la hipnosis a la que, en teoría, lo habían sometido tras la ceguera temporal, supuestamente histérica, que sufrió tras ser víctima de un ataque con gas en el frente occidental a finales de la primera guerra mundial. Ninguna de estas dos teorías posee prueba alguna que la respalde. El problema de muchas de estas tesis es que se sirven de fuentes tan improbables como el género de rumores que circulaba por los bares de Europa y de Estados Unidos durante las hostilidades, transmitidos y, sin lugar a dudas, salpimentados por bebedores como Putzi Hanfstaengl, cuyas anécdotas proporcionaron buena parte de la base en que se fundaron las figuraciones psicoanalíticas de Langer.

Y no hay que olvidar, por descontado, el asunto de los genitales de Hitler. Como citando la letrilla que cantaban los soldados británicos durante la guerra con la música de «Colonel Bogey» (la de El puente sobre el río Kwai), las notas del patólogo forense soviético que examinó los restos del Führer tras el conflicto declaran que «no se ha encontrado el testículo izquierdo», aunque otro tanto cabe decir de la mayor parte de su cuerpo, siendo así que sus ayudantes quemaron por completo su cadáver después de que se suicidara en el búnker de Berlín. En cualquier caso, durante los

reconocimientos médicos a los que se sometió a lo largo de su vida, los especialistas no hallaron nada digno de reseña; lo que desmiente también el testimonio de un médico que lo trató supuestamente durante la primera guerra mundial, publicado tras pasar por varios intermediarios y aceptado a continuación por el dramaturgo Rolf Hochhuth, según el cual Hitler carecía de pene por habérselo comido una cabra macho siendo él un niño. «La cabra debía de tener muy buena puntería —comentan Henrik Eberle y Hans-Joachim Neumann en Was Hitler ill? (2013) — y Hitler carecer por completo de reflejos» para un bocado así. En lo que respecta a la letra que inventaron los soldados para «Colonel Bogey», el que añadiese que «el pobrecito Goebbels no tenía huévels» («poor old Goe-balls had no-balls at all»), cuando fue padre de nada menos que seis hijos (a los cuales mataron su esposa y él antes de suicidarse al final de la guerra), hace pensar que no se fundaba —dejémoslo ahí— en una interpretación seria de todas las pruebas disponibles.

Tampoco falta quien, como el historiador alemán Lothar Machtan, haya querido hacer ver que Hitler era homosexual, lo que a su decir explicaría el asesinato durante la Noche de los Cuchillos Largos de gentes de dicha condición como Ernst Röhm y, supuestamente, de todo aquel que, bien conocía las inclinaciones eróticas de aquel, bien había mantenido relaciones íntimas con él (la relación de posibles amantes que elabora Machtan incluye a sus chóferes Julius Schreck y Emil Maurice, a su amigo Putzi Hanfstaengl y aun a Joseph Goebbels y Rudolf Heß, aun cuando, curiosamente, ninguno de ellos fue víctima de la citada matanza de la noche del 30 de junio al primero de julio de 1934). Machtan no se molesta en revelar de qué modo pueden explicar la homosexualidad o el deseo de negarla las acciones de un asesino de masas, y por si fuera poco, su mejor testigo, que fue camarada de Hitler en el frente durante la primera guerra mundial, sufrió condena por falsificación y agresiones sexuales a mujeres, y cambió varias veces su historia sobre aquel.

De hecho, a pesar de su interés por ocultar al público sus relaciones con el otro sexo, destinado a ofrecer una imagen de abnegación y devoción total y exclusiva al pueblo alemán, se sabe que Hitler mantuvo trato carnal con cierto número de mujeres, y que los últimos años de su vida se unió en una relación heterosexual convencional a Eva Braun, a quien superaba con

creces en edad. Esta joven sana, atlética y enérgica supuso para su destreza sexual un reto que él trató de superar con la ayuda de su doctor Theo Morell, quien le administraba inyecciones de testosterona y otros preparados hormonales como el Prostakrin cuando iba a pasar la noche con ella (en nuestros días habría recurrido sin duda a la Viagra). Los autores de Was Hitler ill?, historiador y médico respectivamente, enumeran en el capítulo titulado «Hitler's medicine ehest» («El botiquín de Hitler») no menos de 82 fármacos diferentes que tomó por vía oral o pinchados y que incluían sedantes, analgésicos, estimulantes, laxantes y otros muchos; aunque, claro está, no se administraron todos a la vez, ni tampoco por períodos prolongados o en dosis elevadas.

Todos estos remedios le ayudaron a hacer frente a las distintas dolencias, en su mayoría comunes, que padeció en momentos diversos de su vida. Más serias, eso sí, fueron la herida de metralla que recibió en el muslo izquierdo durante la primera guerra mundial, y que le dio problemas también en el futuro, y la ceguera temporal y parcial que sufrió el 14 de octubre de 1918 de resultas de un ataque con gas mostaza. Además, sus constantes peroratas, y sobre todo las de las campañas electorales que precedieron a su llegada al poder, sometieron a sus cuerdas vocales a una tensión considerable, y esto le provocó una disfonía que curó en abril de 1932, por recomendación facultativa, el célebre tenor Paul Devrient con ejercicios de fonación. Es curioso que los jefes de los dos estados más importantes de cuantos combatieron en el frente occidental durante la segunda guerra mundial, Hitler y Jorge VI, se beneficiaran de las atenciones de sendos logopedas por motivos opuestos, ya que aquel hablaba demasiado y a este le costaba demasiado hablar con frecuencia.

La disfonía del primero se repitió en 193 5, y al llevarlo a temer en un cáncer de garganta, avivó las preocupaciones relativas a su condición mortal e hizo que aumentara el ritmo de su hostilidad exterior en los cuatro años siguientes. Stalin supo de ello por Martha Dodd, quien amén de ser hija del embajador estadounidense ante Alemania y estar enterada, por ende, de los rumores que corrían por la sociedad berlinesa, ejercía de espía para la Unión Soviética y enviaba informes a Moscú de manera regular. En realidad, sin embargo, lo que causó la dolencia de Hitler no fue más que un pólipo que extirpó un especialista en el quirófano y que resultó ser benigno.

Se reprodujo en noviembre de 1944 —podría ser que hubiese estado gritando demasiado en aquella fase avanzada y desesperada del conflicto bélico—, y de nuevo se lo extrajeron sin efectos adversos.

En agosto de 1941, una disentería con náuseas y vómitos lo postró durante dos semanas y lo dejó sin fuerzas para tomar decisiones. Tal circunstancia, sin embargo, no afectó en absoluto al curso de la guerra, ya que hacia finales de mes volvió a tomar el mando de las fuerzas armadas y dictó la orden fatídica de desviar, a fin de invadir Ucrania, una porción significativa de las tropas destinadas a atacar Moscú. En general, no obstante, era paciente crónico del síndrome de colon irritable. Algunos lo achacan a la observancia estricta de una dieta vegetariana que adoptó a partir de 1930. Eberle y Neumann reproducen el menú que tomó durante la celebración de Navidad del 2 5 de diciembre de 1944, una deprimente refacción de cereales y frutos secos, té con Vitamultin, sopa de fideos, coliflor empanada, pasta de hojaldre y puré de patatas. Con todo, por monótonas que fuesen sus comidas, resulta poco probable que le provocasen problemas digestivos de seriedad. El colon irritable suele estar ligado a la tensión nerviosa, y tal debió de ser el caso de Hitler, sobre todo durante la guerra.

Los autores de Was Hitler ill? analizan con detenimiento la posibilidad de que sufriera una presión arterial elevada y esclerosis coronaria, y reproducen los resultados de una serie de electrocardiogramas, que también cabe achacar sobre todo al estrés. Eberle y Neumann, de hecho, concluyen que algunos biógrafos han exagerado la gravedad de estos achaques, que no suponían peligro para su vida. Más serio fue el temblor que comenzó a percibir el público en su mano y su pierna izquierdas en 1941, junto con cierta tendencia a arrastrar los pies al caminar. Sin embargo, aunque tales síntomas casan con el diagnóstico de la enfermedad de Parkinson, no parece que afectara en demasía al Führer hasta el estadio último de la guerra, siendo así que, hasta entonces, no manifestó retraso alguno en el habla ni en sus procesos mentales. El aspecto más preocupante de la salud de Hitler era su dentadura, que se hallaba plagada de caries y muy mal tratada cuando, en 1933, se puso en manos de un nuevo especialista. Tal situación debía de provocarle un aliento pésimo. Su dentista, Hugo Blaschke, hubo de someterlo a intervenciones continuas, y de hecho, en una fecha tan tardía

como el otoño de 1944, le efectuó dos extracciones. A esas alturas, tenía la boca llena de coronas y puentes, con gran probabilidad elaborados en parte con oro procedente de los implantes de las víctimas judías de los campos de concentración, pues Blaschke guardaba en su consulta particular una provisión de cincuenta kilogramos de dicho metal para prótesis dentarias y posiblemente, dada la cantidad, también para otros usos.

La salud de Hitler sufrió de manera incuestionable de resultas de la bomba que activó el coronel Stauffenberg durante el intento de asesinato trágicamente fallido del 20 de julio de 1944. La explosión le destrozó los tímpanos, hizo que se le alojase metralla en el organismo, le chamuscó el cabello y le provocó quemaduras cutáneas, pero no le impidió reaccionar con rapidez y una violencia salvaje contra los confabulados, sus seguidores y sus familiares. Por paradójico que resulte, tal como indicó más tarde, los temblores «se desvanecieron casi por completo a consecuencia del ataque, lo que no significa que recomiende semejante cura». Un tiempo después, no obstante, se acusaron también en su mano derecha, y su estado general de salud no llegó a recobrarse nunca por completo. A principios de 1945, tal como comentaría en el futuro su ministro de Armamento Albert Speer, «le temblaban las extremidades, caminaba encorvado y arrastraba los pies. Hasta la voz se le volvió trémula y perdió su tono imperioso. Su poderío se diluyó en un modo de hablar vacilante y monocorde».

Cabe preguntarse si tal cosa no se debería a que su médico, el doctor Theo Morell, lo estaba atiborrando de fármacos inadecuados. Cierto es que este daba muestras de un entusiasmo proverbial a la hora de prescribir pastillas (el Führer estaba tomando 28 diarias llegados los últimos meses del conflicto) e inyecciones (tanto, que Göring lo apodó Reichsspritzenmeister, «maestro de jeringuillas del Reich»). Las entrevistas que hizo Hugh Trevor-Roper a los integrantes de su séquito que habían sobrevivido a la guerra lo convencieron de la influencia perniciosa de Morell: «No era más que un matasanos… un charlatán… al que no importaban en absoluto la ciencia ni la verdad». El ascendiente que tuvo sobre Hitler, a quien trató desde 1936, se debía en gran medida a su capacidad para reconfortar a sus pacientes. El poder cada vez mayor que adquirió en su trato con el Führer despertó no pocos celos en su corte, y sobre todo en Karl Brandt, su otro médico personal. Las opiniones que

expresaron a Trevor-Roper revelan una animadversión personal considerable que, por ende, las hacen poco dignas de confianza.

En realidad, Morell era un especialista capaz, y sus remedios se ajustaban a la norma médica y farmacéutica de la época. Esto es aplicable incluso a su favorito: Vitamultin, un estimulante que pudo contener metanfetamina. Algunos informes sobre el proceder del dirigente alemán durante la reunión que mantuvo con el italiano en julio de 1943, en los que se describe a un Hitler «tan eufórico y locuaz que Mussolini apenas consiguió hacerse oír», llevan a pensar que las píldoras que le había administrado Morell poco antes debían de tener dicha sustancia como base. Aun así, no todos los comprimidos de Vitamultin, ni todo el té de este mismo nombre que bebía el Führer durante el desayuno, contenían anfetaminas. Al parecer, en su mayoría usaban cafeína como principal estimulante, y no hay nada que indique que Hitler llegara a hacerse adicto. A la postre, Morell estaba tratando de hacer frente al deterioro gradual que sufrió durante la guerra la salud física de aquel, y no existe indicio convincente alguno que apoye la aseveración de Trevor-Roper de que solo consiguió empeorarla.

Hitler no fue nunca un hombre particularmente sano. Hacía poco ejercicio, y cuando salía a pasear por los Alpes bávaros desde su residencia del Obersalzberg, siempre lo hacía colina abajo y se aseguraba de que hubiese un automóvil listo para volver a subirlo una vez que llegara a lo más bajo. El contraste con las obsesivas pretensiones de su régimen acerca de la creación y el adiestramiento de una raza de arios vigorosos a través de los ejercicios gimnásticos diarios que estaban obligados a hacer obreros, docentes, soldados y aun escolares, resultaba muy sorprendente. La flor y nata del nazismo nunca se preocupó demasiado por adecuarse al aspecto ni al comportamiento que exigían a otros alemanes. «Un ario de verdad —decía un chiste popular— tiene que ser rubio como Hitler, ágil como Goebbels y esbelto como Göring.» Sin embargo, a diferencia de este último, drogodependiente sin lugar a dudas, y el anterior, que sufría atrofia del pie derecho, él no gozaba de peor salud que muchos alemanes de mediana edad de la época. De hecho, jamás bebía ni fumaba cigarrillos, lo que hacía que estuviese mucho más en forma que un buen número de sus compatriotas, pese a su rechazo al ejercicio físico.

Eberle y Neumann consiguen despejar con gran propiedad todas las conjeturas innecesarias que se han ido acumulando a lo largo de las décadas en lo tocante al estado de salud de Hitler. La respuesta que dan a la pregunta planteada en el título del libro («¿Estaba enfermo Hitler?») es un no rotundo; es decir: no lo estaba en mayor grado que la mayoría de las personas en un momento u otro de su vida. Desde luego, no padecía ninguna enfermedad mental, al menos en ninguno de los sentidos que conozcan al respecto la medicina o la psiquiatría. El que sus actos y sus convicciones fuesen o no racionales es harina de otro costal: la irracionalidad no es lo mismo que la locura, y al repasar las diversas decisiones en apariencia irrazonables que tomó durante la guerra, los autores no encuentran dificultad alguna para demostrar que no estuvieron influidas por ninguna complicación médica que pudiese padecer a la sazón. Sus creencias y ambiciones eran las mismas que compartían millones de alemanes, y la descripción de una nación de incautos seducida por un perturbado delirante que quisieron presentar tantos de ellos tras la guerra nunca ha resultado muy convincente.

Los diagnósticos retrospectivos que ofrecen los autores de Was Hitler ill? son concisos, claros, autorizados y convincentes, pero no destacan por sorprendentes ni originales, ya que todo eso lo había hecho ya el difunto Fritz Redlich, psiquiatra australiano que emigró a Estados Unidos en 1938 y ocupó con el tiempo el decanato de la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale. En 1998 publicó Hitler: diagnosis of a destructive prophet, en cuyas páginas analiza buena parte de las mismas fuentes, desde los cuadernos de Morell hasta los electrocardiogramas que se hicieron al Führer en varios momentos entre la década de 1930 y principios de la de 1940, para llegar a las mismas conclusiones. Redlich contaba con el asesoramiento del historiador alemán Norbert Frei y otros especialistas de relieve en la historia del Tercer Reich, y es a él a quien debemos sobre todo el destierro de tantos mitos relativos a las enfermedades de Hitler. Eberle y Neumann proceden de un modo muy poco generoso al desdeñar su obra por considerar que se funda en testimonios poco fiables, y sin embargo, si bien añaden detalle y precisión a algunos aspectos, no son capaces de rebatir en serio sus minuciosos argumentos médicos. Ambos libros llegan a la conclusión ineludible de que Hitler no estaba loco ni trastornado, no sufría

ningún género de ilusión inducido por las drogas, no actuaba bajo los efectos de ninguna dolencia crónica como la sífilis, ni tampoco sumido en un trance hipnótico irresoluto: por el contrario, estaba sano, conforme a cualquier definición razonable del término, y era por completo responsable de sus actos.

# 10. ADOLF Y EVA

A altas horas de la madrugada del 29 de abril de 1945, siendo ya audible el bombardeo a que estaban sometiendo los cañones y carros de combate del Ejército Rojo el centro de Berlín, se produjo un acontecimiento extraordinario en el búnker de Hitler, sito a gran profundidad bajo los jardines de la vieja Cancillería del Reich. Teniendo por testigos al ministro de Propaganda Joseph Goebbels y a Martin Bormann, jefe de la cancillería del Partido Nazi, un funcionario local de la capital presidió una ceremonia formal de matrimonio civil entre el dictador alemán Adolf Hitler y la joven bávara de treinta y tres años —unos veintitrés menor que él— Eva Braun. Acabado el acto, fue a reunirse al grupo en la sala de estar del Führer una modesta comitiva de secretarias y nazis destacados para celebrarlo con un trago de vino espumoso y, como escribiría más tarde uno de los asistentes, evocar «con alegría los viejos tiempos».

El suyo fue un matrimonio formalizado a la sombra de la muerte. Poco antes, Hitler había dictado su «testamento político» a una de las secretarias presentes en el búnker. En él declaraba que, llegado casi el fin de sus días, había decidido «tomar como esposa a la mujer que, tras muchos años de leal amistad, quiso venir a una ciudad ya sitiada… Es mi deseo que se entregue conmigo a la muerte siendo mi mujer». La tarde del 30 de abril, los dos se retiraron a las estancias privadas del Führer, en donde Eva Hitler, pues ese era ya su nombre, se sentó en un sofá, mordió una cápsula de cianuro y murió en el instante. El, que deseaba cerciorarse por entero de su propia muerte, hizo otro tanto al mismo tiempo que se disparaba una bala en la sien derecha. Al oír el ruido, algunos de cuantos se hallaban presentes en el búnker entraron en la habitación y organizaron el traslado de los

cadáveres al jardín, en donde, siguiendo las instrucciones que se les habían dado, los rociaron con gasolina y les prendieron fuego hasta que quedaron irreconocibles. La maquinaria de la propaganda nazi, aún en marcha, publicó una declaración que aseveraba que el Führer había muerto luchando hasta el final. El documento no mencionaba a su nueva esposa, que murió, pues, como había vivido: invisible a todos con excepción de unos cuantos íntimos de Hitler.

¿Quién era Eva Braun? ¿Por qué quiso ligar su suerte de un modo tan inseparable al dictador alemán? ¿Por qué se mantuvo en secreto su existencia durante tanto tiempo? ¿Era, sin más, una joven sencilla, apolítica e ingenua, cautivada por la personalidad arrolladora de Hitler? ¿Fue solo platónica su relación con el dictador? En Eva Braun: una vida con Hitler (publicado en inglés en 2012), la primera biografía seria y académica de quien se convirtió tras su muerte en una de las mujeres más famosas del mundo, el historiador Heike Gortemaker ofrece una criba exhaustiva y cuidada de la documentación disponible a fin de tratar de hallar una respuesta a estas preguntas, tan humanas como desconcertantes, y definir la naturaleza exacta de su relación con el dirigente alemán.

Los historiadores son conscientes desde hace mucho de que Hitler delegaba sus asuntos en un grupito reducido de amigos íntimos y de allegados. Lejos de estar dirigido por profesionales, el Tercer Reich se hallaba en manos de aficionados y profanos. Aun así, tal como pone de relieve Gortemaker, nunca se ha valorado como se merece la función desempeñada en dicha camarilla por su fotógrafo personal, Heinrich Hoffmann. Se afilió al Partido Nazi casi desde el principio, conoció a Hitler antes del Putsch de la Cervecería de 1923, y supo calmar el temor de este a ser retratado en situaciones poco favorecedoras capturando su imagen del modo más atractivo posible. Garantizó con su labor que la efigie de aquel figuraría en todos los medios de comunicación cuando tocaba a su fin la década de 1920. Sus fotografías eran siempre las mejores. Acompañó al dirigente nazi a casi todas partes, y su hogar le brindó algo semejante a un retiro familiar adoptivo. Tales servicios lo hicieron merecedor de la confianza de Hitler y, con el tiempo, también unos ingresos sustanciosos y un poder nada desdeñable en el mundo cultural, lo que supuso, entre otras cosas, la inclusión de sus pinturas en la Gran Exposición de Arte Alemán de

1937, el escaparate de las manifestaciones artísticas nazis. En un período relativamente temprano de su carrera profesional consiguió ampliar su negocio y contratar a nuevos empleados, entre los cuales se hallaba la joven Eva Braun.

Había nacido el 6 de febrero de 1912 y era la segunda de tres hijas del matrimonio de clase media baja conformado por Friedrich y Franziska Braun. Estos no gozaron de una vida marital feliz ni estable. De hecho, se habían divorciado en 1921, aunque volvieron a casarse poco después de transcurridos dieciocho meses, cuando la inflación galopante comenzaba a destruir los ingresos de tantas gentes como ellos mismos, siendo así que resultaba más barato sustentar a tres criaturas en una unidad familiar que en dos. Cuando se estabilizó la economía a mediados de la década de 1920, la ayuda de una herencia recibida les permitió recobrarse en grado suficiente para mudarse a una casa grande, contratar a una criada y comprar un coche. Sin embargo, la situación siguió estando tensa, tanto, que Eva pasaba la mayor parte del tiempo viviendo con la familia de una amiga, a cuyos progenitores acabó por llamar padre y madre. Tras pasar un período en un internado, respondió a un anuncio publicado en un diario local por Heinrich Hoffmann y se unió, en septiembre de 1929, al equipo floreciente de sus ayudantes.

A esas alturas, el fotógrafo anunciaba ya su estudio como una empresa nazi, y no cabe duda de que Friedrich Braun, seguidor entusiasta de su partido, tuvo que alentar a su hija a solicitar el puesto. Eva, que contaba entonces diecisiete años, ejerció de vendedora y adquirió formación en técnicas básicas de fotografía. Dado que la mayor parte de los encargos que se recibían procedía del Partido Nazi, no resulta extraño, sobre todo si tenemos en cuenta la estrecha relación que unía a Hoffmann con Hitler, que uno de los primeros clientes con los que entró en contacto fuera el dirigente del partido, para el cual le asignaron cierto día el recado de adquirir determinados alimentos y bebidas en un establecimiento cercano. Mientras comían todos sentados en corro, Hitler se sintió atraído, a ojos vista, por la nueva ayudante de su fotógrafo, y según un libro publicado tras la guerra por un periodista que entrevistó a los parientes de ella que aún vivían, llegó incluso a ofrecerse a llevarla a casa en automóvil (en aquel tiempo había regresado al hogar paterno). No hubo que esperar mucho para que la

colmase de cumplidos y obsequios las numerosas veces que visitaba el estudio. Tan prendado había quedado de ella, que mandó investigar en secreto si era «aria». Sus investigadores confirmaron que lo era.

Ella, poco habituada a semejantes atenciones, comenzó a corresponder, y la verdadera naturaleza de sus sentimientos no tardó en ser evidente. Convencido de que tal cosa serviría para congraciarlo más aún con el dirigente nazi, Hoffmann comenzó a alentar la relación (la negación posterior de este hecho, como demuestra Görtemaker, no resulta creíble). La pareja comenzó a mantener relaciones sexuales en un espacio de tiempo relativamente breve tras su primer encuentro. Lo más probable es que tal cosa ocurriera en el apartamento que había alquilado Hitler en el exclusivo barrio berlinés de Bogenhausen. Aunque el autor de Eva Braun huye de conjeturas e interpretaciones psicológicas en este volumen académico de gran rigor, parece razonable suponer que la muchacha debió de encontrar en aquel hombre mucho mayor que ella el sustituto de un padre que dejaba mucho que desear. Más allá de esto, los dos procedían de contextos sociales semejantes, poseían grados de educación comparables (rudimentarios, en cierto sentido) y compartían un distanciamiento similar respecto del sistema social establecido en la Alemania de la época. Ambos, como pudieron percibir quienes los conocían, vivían obsesionados con la limpieza personal, cuidaban con pulcritud su aspecto y, sin embargo, habían pasado buena parte de sus existencias en entornos poco convencionales: él, en el mundo bohemio que ofrecían Múnich y Viena antes de la guerra, y ella, en el ámbito artístico del estudio de fotografía.

No cabe duda alguna de que su relación constituía una expresión normal de heterosexualidad por ambas partes. Görtemaker ni siquiera se molesta en mencionar las hipótesis descabelladas a las que se han abandonado psicólogos estadounidenses como Walter C. Langer, autor tras la guerra de La mente de Adolf Hitler, ni de los rumores tabernarios que recogió Ernst (o Putzi) Hanfstaengl, gran asiduo de los bares de moda y amigo íntimo del futuro dictador alemán en la década de 1920, en el informe redactado para el presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt (quien usó dicho documento de «libro de cabecera» durante el conflicto bélico). En él afirmaba que Hitler era aficionado a perversiones sexuales de diversa índole. Por difícil que resulte de aceptar, sin embargo, parece por demás

probable que este tuviera una vida sexual convencional en todos los aspectos excepto en el hecho de que la mantuvo en secreto. No todo cuanto guardaba relación con este ser diabólico en grado sumo tenía por qué ser perverso o degenerado.

Su relación con Eva Braun no tardó en plantear dificultades al dirigente nazi. Estas, de hecho, no hicieron sino aumentar a medida que avanzaba la relación. Aun antes de hacerse con el poder, Hitler comenzó a evitar toda muestra de afecto en público. Tenía para ello más de un motivo. Había estado un tiempo manteniendo una aventura con la hija de su hermanastra Angela Raubal, Geli, a la que tenía subarrendada una habitación en la grandiosa Prinzregentenstraße de Múnich. La joven se suicidó el 18 de septiembre de 1931, quizá por el sentimiento de culpa que le provocaba la relación incestuosa con su tío, por celos o por no poder soportar la dominación y supervisión excesivas que ejercía Hitler sobre su existencia. El hecho de que no dejase nota alguna ha llevado a algunos a dudar que se quitara de veras la vida, y aun hubo quien apuntó —de forma poco verosímil— que la habían asesinado a fin de evitar que revelase verdades embarazosas sobre el dirigente nazi.

Sea cual sea la verdad, Hitler juzgó desde entonces peligroso que su vida privada afectara a su imagen pública, sobre todo en un momento en que el Partido Nazi estaba creciendo con rapidez en popularidad y relevancia. Hasta a los más allegados, como Goebbels, les hizo ver que solo le importaba Alemania y que jamás pensaba contraer matrimonio, pues cumplía sacrificar la felicidad personal por el bien común. «Estoy casado —declaró—, pero ¡con el pueblo alemán y con su destino!» Sea como fuere, cuando se embarcó en un período febril de campaña política, dirigida desde Berlín más que desde Múnich, apenas tuvo tiempo para cultivar su nueva relación con Eva Braun. Ella, consternada, tomó la pistola de su padre en agosto o noviembre de 1932 (los testimonios difieren en este punto), la cargó, la apuntó a su propio corazón y apretó el gatillo.

Parece, sin embargo, que su puntería dejaba mucho que desear. Ya por accidente, ya por designio, la bala no alcanzó ningún punto vital ni planteó dificultad alguna a la hora de extraerla en el hospital, adonde acudió Hitler alarmado poco después. Este dijo a Hoffmann que «debía cuidarla» en adelante: el escándalo que provocaría otro suicidio podía resultar en

extremo dañino. En aquel momento reparó en que «la muchacha lo quería de verdad». En cambio, de sus propios sentimientos no reveló nada. No obstante, desde entonces, su relación con ella se convirtió en una porción inamovible y significativa de su vida. Si su intento de suicidio había sido un grito de ayuda, había logrado su objetivo. Aun así, Eva no ignoraba las normas que gobernaban su relación, que debía permanecer en secreto. Ni siquiera en ocasiones privadas podían permitirse gestos de afecto entre ambos si había alguien presente. Las posibilidades de boda quedaban descartadas por completo. El papel público de «primera dama del Tercer Reich» habrían de disputárselo Magda Goebbels, fanática del nazismo desposada con el ministro de Propaganda; la actriz Emmy Göring, la segunda mujer del «maquinista segundo» del Reich, Hermann Göring, e Ilse Heß, nacionalsocialista comprometida desde el principio y mujer de Rudolf Heß, subordinado inmediato del Führer.

Aunque la correspondencia personal de Eva Braun y Hitler se destruyó por orden de este poco antes del final de la guerra, ha llegado a nosotros un diario fragmentario —pero auténtico a todas luces— en el que aquella escribió a partir de 193 5 acerca de la aflicción que le produjo la partida súbita de él a Berlín «sin despedirse» después de haber pasado la víspera «dos horas maravillosas» con ella hasta la medianoche. Las semanas siguientes, que tuvieron a Hitler ocupado con asuntos políticos de gran importancia que iban desde el plebiscito relativo al Sarre hasta la introducción del servicio militar obligatorio, anotó: «Parece que en su agenda no figura el amor por el momento». Durante una recepción celebrada en un hotel muniqués, tuvo ocasión de desengañarse al no recibir de él una sola «palabra amable» ni «saludo», sino solo, en el momento de partir, «un sobre con dinero, tal como ya había hecho en otra ocasión». Lo que es peor: en los actos sociales de Berlín empezaba a ser normal verlo en compañía de una aristócrata tan hermosa como joven, por nombre Sigrid von Laffert.

Ante semejante indiferencia aparente para con su persona, Eva recurrió una vez más al intento de suicidio, en esta ocasión con una sobredosis de somníferos que, a su decir, garantizaría «una muerte segura». En realidad, vivió para contarlo, aunque la táctica funcionó. Después de aquello, se mudó de casa de sus padres a un piso de Múnich situado a cinco minutos

del de Hitler junto con su hermana y una criada. Él se encargó de pagar el alquiler por intermedio de Hoffmann. Unas semanas más tarde, la dejaron presentarse en el mitin del Partido Nazi celebrado en Núremberg y sentarse en la tribuna, lo que provocó no poca indignación entre las principales damas de la jerarquía nacionalsocialista, que hasta entonces habían ignorado por entero su existencia. Poco más tarde, la hermanastra de Hitler abandonó el Berghof, la casa de campo que tenía el Führer en los Alpes bávaros, tras siete años al cargo de su mantenimiento diario, después de haber hecho patente la aversión que profesaba a su joven rival, Eva Braun. Saltaba a la vista que el dirigente alemán no pensaba tolerar crítica alguna sobre la mujer que se había convertido en su compañera permanente.

Si se dejaba ver con él en público, en una visita a la ópera, en ocasiones deportivas o en actos sociales, Eva tenía que estar en segundo plano. Con todo, desde entonces viajaba con Hitler a menudo y hasta lo acompañaba en sus visitas al extranjero, en condición de «secretaria privada» o de ayudante de Hoffmann. Al final, se le asignó un apartamento en la vieja Cancillería berlinesa del Reich para que pudiese estar con él cuando se alojaba en la capital. Además, entre bastidores, empezó a reafirmarse a sí misma; sobre todo estando en el Berghof, en donde vivía ya la mayor parte del tiempo, y adonde acudía él a relajarse y a retomar el estilo de vida bohemio del que había disfrutado en la década de 1920. Si bien el lugar estaba dirigido por Martin Bormann, factótum eficiente y discreto del Führer, fue Eva Braun la que se consolidó los años siguientes en calidad de anfitriona encargada de organizar los acontecimientos sociales del retiro y acabó por recibir el reconocimiento, voluntario o a regañadientes, del círculo íntimo de Hitler como señora de la casa. Bormann cuidaba de mantener buenas relaciones con ella, garantizar que tuviese cuanto necesitara, dinero incluido, y disponerlo todo a fin de ocultar su existencia frente al público general.

Claro está que si las figuras de relieve del régimen sabían que Hitler tenía una relación amorosa seria, también los periodistas más atentos podían saber de su existencia… siempre que lo deseasen. Si bien para los de Alemania resultaba muy peligroso, entre los corresponsales del extranjero no faltaron algunos lo bastante perspicaces para no pasar por alto el papel representado por Eva. Así, por ejemplo, el 15 de mayo de 1939, a la manera propia de la sección de cotilleos de las publicaciones de la época, la revista

Time dio a los lectores un artículo que, bajo el título de «Primavera en el Eje», hablaba de una mujer rubia llamada Eva Braun a la que había puesto un piso «en Berlín un viejo amigo que siempre va a verla cuando está en la ciudad». A esto añadía, aunque no era cierto, que ella «había confiado a sus amigas que esperaba que su amigo le hiciese proposiciones de matrimonio antes de un año». Al siguiente mes de diciembre, de hecho, el semanario estadounidense The Saturday Evening Post publicó un escrito titulado «¿Se ha casado Hitler?». La periodista germana Bella Fromm, quien había huido de su país natal para refugiarse en Estados Unidos en 1938, supo de una serie de rumores que la llevó a identificar también a Eva Braun como amante de Hitler. Incluyó esta información en su Blood and Banquets, volumen a modo de diario social que publicó en Londres en 1942, y en el que aseveraba que la antigua ayudante de Hoffmann «Eva Helene Braun» parecía haber conquistado el corazón del Führer. Los censores nazis, sin embargo, se ocuparon de que semejante información no llegara nunca al público que leía en alemán.

Por más que Hitler hubiese podido considerar necesario mantener en secreto la relación antes de llegar al poder en 1933, una vez impuesta su dictadura estuvo, en efecto, en posición de hacer cuanto le viniese en gana. En tal caso, ¿por qué no se casaron ni tuvieron hijos? En público se afanaba por mostrarse amable con los niños, así como con los animales, y la prole de sus amigos más íntimos, como su arquitecto y ministro de Armamento, Albert Speer, tenían siempre abiertas las puertas del Berghof. Además, el ideario nazi concedía una gran importancia al hecho de que las mujeres «arias», como era el caso de Eva Braun, contrajeran matrimonio y tuviesen descendencia para el Reich. En la cúpula nazi no faltaba quien, como Goebbels, padre de seis, o Bormann, que dio a la patria nada menos que diez hijos, hubiese cumplido de sobra con las expectativas. Eva Braun tenía fotografías en la que aparecía sentada en un sofá con Hitler y los retoños de su amiga Herta Schneider, y las guardaba en un álbum especial a guisa de representación de su sueño de engendrar con él tras la guerra en un mundo de fantasía análogo a aquel con el que fantaseaba él mientras inspeccionaba las maquetas de los monstruosos paisajes urbanos que deseaba implantar en Berlín y Linz cuando llegara la paz. Hitler, por su parte, se dejaba retratar con niños no solo porque le interesaba que ella vendiese a Hoffmann las

imágenes para su uso propagandístico, sino porque, según propone Görtemaker, sabía que estas permitían a Eva soñar con la vida familiar que no podía ofrecerle.

Hitler, de hecho, evitaba de forma deliberada verse asociado a este género de existencia porque deseaba presentarse como una figura ostensiblemente solitaria a la que debían supeditarse los demás: un hombre situado por encima de las normas sociales del Tercer Reich. En este sentido tenía por modelo a Karl Lueger, el popular alcalde antisemita de Viena —en donde había residido Hitler antes de la primera guerra mundial— que se había negado a contraer matrimonio con su compañera porque, según había aseverado, necesitaba «a las mujeres» a fin de «lograr cualquier cosa» en política. «Hay muchas mujeres —declararía más tarde el Führer— que se sienten atraídas por mí porque soy soltero.»

El Tercer Reich era lo que se ha llamado una «dictadura plebiscitaria». Su dirigente necesitaba demostrar una y otra vez, sobre todo ante la opinión internacional, que su régimen y sus medidas contaban con el apoyo de las masas. Por eso llegó a tales extremos a fin de fabricar mayorías del 99 por 100 en elecciones y referendos. Las votantes femeninas —la porción más nutrida del electorado, dada la mortandad de varones provocada por la primera guerra mundial— representaron una fuente relevante del apoyo obtenido por Hitler en las urnas tanto antes como después de su llegada al poder. A su vez, además, las mujeres revestían una importancia vital en cuanto sustentadoras de la campaña bélica, dado que garantizaban el compromiso de sus hombres respecto de la causa y se aseguraban de que los soldados no tuviesen motivo alguno para preocuparse por las familias que habían dejado en el frente civil. Según comentó en privado en 1942, el matrimonio daba origen a «derechos legales. Por lo tanto, es mucho más apropiado tener amante: no hay cargas y todo sigue siendo un regalo». Eva, que no ignoraba su postura, se cuidó de usar su posición para tratar de influir en asuntos personales o políticos, en tanto que el Führer reaccionaba como un alérgico ante cualquier intento de los demás de lograr algo de él por intermedio de ella. Así, cuando Hermann Göring perdió poder una vez comenzada la guerra y trató de recobrarlo alentando a su esposa a entablar amistad con Eva, Hitler puso fin con brusquedad a semejante maniobra.

La ideología nazi presentaba a la mujer como una criatura pasiva en esencia, modesta, sencilla y poco exigente que tenía por función la de adorar a su hombre, y la Braun no era así. Tal como demostraron sus conatos de suicidio, estaba dispuesta a llegar lejos para obtener lo que deseaba. Su posición en el Berghof, en donde afirmó su predominio sobre las mujeres mucho mayores que ella que aspiraban a primera dama del Reich, da fe de la fortaleza de su personalidad. Durante la guerra, las visitas pudieron comprobar que iba cobrando confianza en sí misma: ni siquiera dudaba en hacer callar a Hitler cuando lo veía lanzarse a uno de sus interminables monólogos acabada la cena o en preguntar la hora en voz alta cuando él no daba muestra de ir a retirarse a dormir. Antes de cumplir la treintena se había convertido en una figura ineludible en el círculo más íntimo del dirigente alemán.

Eva tampoco se compadecía con el modelo nazi de feminidad en otros aspectos. Cierto visitante al que la presentaron como «el ama de casa» en el Berghof señaló con severa desaprobación que se cambiaba de vestido varias veces al día, y no se ajustaba al «ideal de una muchacha alemana», que debía presentar un aspecto «natural». Se teñía el cabello y llevaba siempre maquillaje (los de Elizabeth Arden eran sus favoritos). Además, mudaba de comportamiento no bien se ausentaba Hitler de su retiro bávaro: consumía cigarrillos (además de no fumar, el Führer tenía prohibido que nadie lo hiciera a su alrededor), ingeniaba entretenimientos para sus amigos, veía películas extranjeras, organizaba fiestas, hacía gimnasia en traje de baño, tomaba el sol en cueros y se soltaba la melena.

Aunque lo normal era que en la Alemania nazi se disuadiera a las mujeres de seguir una carrera profesional, Hitler reconoció la condición de fotógrafa de Eva —quien no solo tomaba un buen número de instantáneas, a menudo de gran calidad, sino que las revelaba y ampliaba personalmente— mediante el apelativo de «la chica Rolleiflex». Una de las pocas omisiones en que incurre Gortemaker en esta investigación —por lo demás muy minuciosa— son las extensas películas familiares que rodaba Braun en el Berghof, y que constituyen una fuente valiosísima para el estudio de los dirigentes del Tercer Reich y de la relación que los unía. Las imágenes en color de Hitler y su séquito que filmó Braun brindan al ojo del siglo XXI una inmediatez poco frecuente y mucho más real que las de aquella época

tomadas en blanco y negro. Algunas de ellas se han sometido a dispositivos automáticos de lectura de labios, y en determinado momento escalofriante en particular, en el que Hitler se lanza a coquetear con la mujer que hay tras la cámara, el espectador queda con la incómoda sensación de estar siendo objeto de los galanteos del Führer.

Pese a la seguridad que parece emitir Eva, la mayoría de los varones del acompañamiento de Hitler que la conocieron la definía como una chiquilla modesta, poco consciente del ancho mundo que se abría más allá de su círculo íntimo. Buena parte de lo que de ella se conoce procede de recuerdos de posguerra, y sobre todo de las memorias de Albert Speer. Gortemaker demuestra una vez más lo poco fiables que eran las interesadas evocaciones de este, como las de muchos otros de cuantos trataron a la futura esposa de Hitler. Al cabo, a todos les interesaba presentarla como una persona ingenua y apolítica, y dar a entender al mismo tiempo que la vida del lugar en que pasaba la mayor parte del tiempo, el retiro de montaña que poseía el Führer en el Obersalzberg bávaro se hallaba idílicamente aislada de las tensiones y las inquietudes de los asuntos políticos y militares; que ni ella ni ellos debatían ni sabían nada de la persecución y el asesinato en masa de judíos europeos, ni del exterminio de otros colectivos, desde prisioneros de guerra soviéticos hasta discapacitados mentales de Alemania.

Sin embargo, el círculo más íntimo de Hitler, incluida Eva Braun, no vivía exclusivamente en el Berghof, al margen de cuanto ocurría en urbes como Múnich o Berlín, en donde también pasaba buena parte de su tiempo. Quienes lo conformaban fueron testigos del pogromo nacional del 9 y el 10 de noviembre de 1938, cuando la turba de guardias de asalto del Partido Nazi destrozó miles de establecimientos comerciales semitas, incendió cientos de sinagogas y apresó, maltrató públicamente y envió a campos de concentración a treinta mil varones judíos. Vieron las señales de tráfico dispuestas en las carreteras de los pueblos vecinos al Obersalzberg que anunciaban que no se admitían judíos en dichas poblaciones, leían los periódicos y los carteles que prohibían a los integrantes de dicho colectivo el uso de servicios municipales como bibliotecas o piscinas.

Aunque Eva dejó pocas indicaciones concretas de sus opiniones políticas, es posible dar con alguna en su álbum de fotografía, que incluía instantáneas de Hitler y su séquito captadas durante el período de gran

tensión anterior al inicio de la guerra, que quiso acompañar de comentarios mecanografiados como: «Polonia sigue sin querer negociar», o: «El Führer escucha el informe radiado». Si él oía estas noticias, ella también. Apenas cabe dudar de que Eva Braun siguió de cerca los acontecimientos más relevantes de la guerra, ni de que pensara desde el principio mismo que su suerte se hallaba ligada de manera indisoluble a la de su amado. «Si le ocurre algo —dijo llorando desde la tribuna de prensa al oír anunciar Hitler en el Reichstag al principio de la guerra que no pensaba quitarse el uniforme militar que había dado en vestir "hasta que logremos la victoria, o no vivir para ver el final"—, yo muero también.»

La guerra transformó la relación. Hitler pasaba períodos de tiempo cada vez más prolongados en Berlín o, tras la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, en el cuartel general de campaña de que disponía el frente oriental. Es de suponer que antes de acometer el asalto debió de confiarle adonde iba y por qué iba a pasar tanto tiempo allí. Está claro que a sus jóvenes secretarias las informó al respecto, lo que desmiente a quienes aseguraron con posterioridad que nunca hablaba de política con mujeres. Sus visitas al Berghof se fueron espaciando, aunque cuando la situación militar lo permitía podían durar semanas o hasta meses. La atmósfera se hizo cada vez más deprimente cuando los ejércitos alemanes sufrieron la desastrosa derrota de Stalingrado en los albores de 1943 y los bombarderos aliados comenzaron a devastar las ciudades germanas, incluida Múnich, poco después. Cuando el Führer empezó a apartarse de su trato con el público, el papel de Eva se volvió más significativo, y el 25 de junio de 1943, el ministro de Propaganda, Goebbels, que había concebido ya sus voluminosos diarios principalmente para publicarlos tras la guerra, la menciona por vez primera en sus páginas, en términos lisonjeros y admirativos en exceso.

La estancia que hizo Hitler en el Berghof de febrero a julio de 1944 fue la última. No abandonó el retiro sino cuando los rumores de un intento inminente de asesinato lo arrastraron de nuevo a Berlín, y antes de partir habló con Eva de lo que había de hacer en el caso de su muerte; su respuesta, según hizo saber él a Goebbels, consistió en aseverarle, una vez más, que si él fallecía no iba a dudar en quitarse la vida. Dado que ya lo había intentado dos veces, estaba bien habituada a tal idea, y puesto que

sabía que sus enemigos, entre quienes se incluía entonces un Bormann cada vez más sediento de poder, no iban a dudar en sacarla a patadas si él desaparecía, quizá tampoco resultaba sorprendente. Con todo, su afirmación también respondía a una identificación emocional verdadera. Cuando el 20 de aquel mes de julio se produjo, en efecto, el atentado con la bomba, ella trató de localizarlo una y otra vez por teléfono en las horas de incertidumbre que siguieron a la explosión de la bomba del coronel Von Stauffenberg en el cuartel general de campaña de Hitler, y al conseguir al fin hablar con él, le aseguró: «Te quiero. ¡Que Dios te proteja!».

En octubre de 1944, Eva hizo testamento de sus últimas voluntades ante la alarma que le provocaron los informes de la salud cada vez más frágil de Hitler. Tras destinarlo todo a familiares y amigos, volvió a dejar claro de forma implícita que, en caso de morir él, con independencia de la causa, ella también perecería. En noviembre, cuando el Führer regresó a Berlín, se unió a él en el apartamento de la vieja Cancillería del Reich, y más tarde, cuando los bombardeos constantes de la artillería y la aviación enemigas hicieron demasiado peligroso vivir en la superficie, se mudó ella también al búnker subterráneo en el que acabarían más tarde con sus existencias. Allí respaldó en cuerpo y alma la determinación fanática de Hitler a luchar hasta el final, y mantuvo las esperanzas de una posible victoria aun cuando todo indicaba que la derrota total se hallaba a la vuelta de unas semanas. Cuando el Führer hizo arrestar a su médico Karl Brandt y lo condenó a muerte por osar remitirle un informe detallado de la situación catastrófica en que se hallaban los servicios sanitarios del Reich, Eva lo apoyó, pese a la amistad que la había unido a aquel, y calificó de imprudente y deshonrosa su actitud. (Brandt logró burlar al destino en medio del caos de las semanas últimas, aunque sufrió ejecución a manos de los Aliados tras la guerra por sus crímenes médicos.)

Después de una breve visita a Múnich para despedirse de su familia, regresó al búnker el 7 de marzo de 1945, y semanas más tarde escribió a una amiga que se hallaba «feliz de estar a su lado». Rechazó todo intento de hacer que convenciera a Hitler de dejar Berlín, y no solo supo mantener las apariencias, sino que urgió al Führer a hacer otro tanto y a creer que aún podían volverse las tornas, o al menos a actuar como si estuviera convencido de ello. Al ofrecer esta imagen de resolución inalterable a

seguir luchando contribuyó a que se produjesen cientos de miles de muertes en las últimas semanas del conflicto bélico.

Aun cuando en ocasiones la impacientaran, Eva Braun escuchó muchos de los monólogos políticos de Hitler —muchos de los cuales tomó Bormann al dictado para la posteridad—, y a fuer de admiradora ferviente dotada de las opiniones a medio formar propias de un adolescente, asumió sin dudar su racismo, su antisemitismo, su odio a sus rivales, su fe megalómana en que Alemania tenía por misión la dominación mundial. Muchos de los amigos y socios de Hitler cuya formación y madurez superaban con creces a las de Eva también lo aceptaron. La biografía de Heike Gortemaker, fruto de una investigación detallada, desdice de forma definitiva las declaraciones posteriores, a menudo interesadas, de las gentes cercanas al dirigente alemán que aseveraban que su vida privada —incluida la relación con su compañera— estaba aislada por completo del ámbito, más amplio, de la política y la ideología nacionalsocialistas. Por lo tanto, contribuye de manera sobresaliente a nuestra comprensión del mundo del dictador y su séquito, y lo que es más, a la evaluación que podemos hacer, tanto en general como en un número elevado de detalles, de las memorias de posguerra con las que trataron de justificarse quienes lo integraban.

Si el Hitler que presenta esta historia era un hombre dotado del deseo de felicidad doméstica y satisfacción sexual propio de todo ser humano, ¿cabe considerarlo una persona menos demoníaca? ¿Necesitamos, de un modo u otro, convencernos de que las gentes que cometen atrocidades son malignas en todos los aspectos de su vida? ¿Resulta en cierto sentido más reconfortante pensar que un hombre que causa la muerte de millones de inocentes de manera deliberada, y en ocasiones en las circunstancias más horribles que puedan imaginarse, no es humano en realidad?

Uno de los lugares comunes de quien escribe sobre el nazismo es el comandante de campo de concentración que interpreta a Bach en el violín al volver a casa de un día de matanza y escucha a Mozart en el gramófono para relajarse. Pues bien: en la vida de Hitler también se dio este género de contradicciones. La mayoría de sus biógrafos lo han presentado como un hombre no perteneciente a la condición humana, un a modo de agujero negro situado en el centro mismo del nazismo y desligado de toda emoción humana por una educación violenta y alienadora, incapaz de albergar

durante la edad adulta más emociones que el odio y la ambición. Eva Braun: una vida con Hitler pone de manifiesto que este es un punto de vista demasiado simplista, y por este motivo resulta una lectura muy inquietante. Al cabo, si un hombre como él era capaz de sentir un cariño humano normal respecto de otra persona, ¿qué poder tiene el amor?

# III LA ECONOMÍA NAZI

# 11. RECUPERACIÓN ECONÓMICA

EN las décadas transcurridas desde el final de la guerra fría, el hecho de vivir en un mundo monopolizado por Estados Unidos, ha cambiado el modo como ven los académicos la historia de la Europa del siglo XX. Para alguien que apenas ha cumplido los cuarenta, como el estudioso británico Adam Tooze, autor de The wages of destruction: the making and breaking of the Nazi economy (2006), la ascensión del país americano a la condición de superpotencia que ha disfrutado durante la mayor parte de su vida adulta constituye el hecho fundamental tanto de la centuria pasada como de la presente. Ya en la década que fue de 1924 a 193 5, la media del producto interior bruto de Estados Unidos fue tres veces mayor que la del Reino Unido, casi cuatro más que la de Alemania y unas cinco más que las de Francia o la Unión Soviética. Aunque las diferencias existentes en los niveles de vida eran menos marcadas, seguían siendo llamativas. Durante aquel mismo período, la renta per cápita británica representaba un 89 por 100 de la estadounidense; la francesa, el 72 por 100; la alemana, el 63 por 100, y la soviética, el 25 por 100.

Quienes habitaban el Viejo Continente en aquel tiempo eran muy conscientes de estos hechos, y quizá pocos lo fuesen tanto como Adolf Hitler. Ya en su «Segundo libro», escrito en 1928 e inédito en vida del autor, declaró que «el europeo, aun sin hacerse a la idea de forma plena, transforma en criterio de su existencia las condiciones propias de la vida americana». Para él, lector durante su infancia y adolescencia de las novelas del Oeste firmadas por Karl May, parecía evidente que Estados Unidos había obtenido su hegemonía industrial y su elevado tren de vida gracias a la conquista de dicha región y el exterminio de la población nativa

americana. Si Alemania, que era la más descollante de las potencias de Europa, no actuaba de forma similar, la «amenazadora supremacía mundial del continente norteamericano» degradaría a todas aquellas a la altura de «Suiza y Holanda». Lejos de ser la resurrección de algún sueño medieval de conquista nacido del ejemplo de los Caballeros Teutones, el anhelo de invasión de la Europa Oriental que albergaba Hitler se basaba en un modelo muy moderno de colonización, esclavización y exterminio que tenía su paralelismo en la creación de los imperios europeos de África y Australia, o de la ocupación del Asia central y Siberia por parte de la Rusia decimonónica.

Aquí radicaba para Hitler la llave que abriría a Alemania la puerta de la dominación europea. «En el futuro —escribió—, el único estado que podrá hacer frente a Norteamérica será el que haya entendido cómo… aumentar el valor de su pueblo desde un punto de vista racial y llevarlo a la forma de gobierno más apropiada a dicho fin.» Esta, claro está, no era otra que la dictadura del Tercer Reich, y por eso tan pronto llegó al poder sacudió el yugo del tratado de paz firmado al final de la primera guerra mundial, en virtud del cual el ejército alemán había quedado reducido a un máximo de cien mil soldados, y se había prohibido la construcción de carros de combate, aeroplanos, acorazados y otros elementos esenciales de la guerra moderna.

Adam Tooze, cuya obra se ha centrado hasta el momento en el nacimiento de la estadística económica en los albores del siglo XX, ha allegado un buen número de datos de dicho ámbito al objeto de demostrar de forma concluyente que el rearme fue el motor que impulsó la recuperación económica de Alemania desde el principio mismo del Tercer Reich. La Depresión había abocado al desempleo a más de un tercio de la mano de obra, y los nazis se anotaron un tanto con los llamados «planes de creación de empleo», como la construcción de autopistas nuevas (las Autobahnen). Aun así, amén de que el número de puestos de trabajo que ofrecía era, en realidad, muy exiguo, tal proyecto estaba destinado también a fines militares (pues permitiría el transporte de soldados y pertrechos con gran rapidez por todo el país). El paro siguió presentando cotas elevadas hasta que la introducción del servicio militar obligatorio en masa absorbió generaciones enteras de jóvenes a partir de 193 5.

Tooze no expone aquí grandes novedades, y su afirmación de estar contradiciendo la ortodoxia bien afianzada que coloca la creación de empleo civil en el centro de la recuperación económica nazi debe tomarse con cierto escepticismo. Del mismo modo, aunque da a entender que las pruebas que presenta de que dicho restablecimiento comenzó a finales del verano de 1932, seis meses antes de la llegada de Hitler al poder «contradice todos los análisis posteriores de la economía alemana en tiempos del nacionalsocialismo», lo cierto es que hace mucho que los historiadores expertos en este ámbito saben que el partido de aquel gozó de una suerte considerable al hacerse con las riendas de Alemania en el momento preciso en que comenzaba a salir de la Depresión. Lo que sí ofrece su libro es un cúmulo de datos capaz de poner dichos argumentos más allá de toda disputa. La determinación de Hitler a rearmar la nación fue tan obsesiva, tan megalómana, que lo llevó a estar dispuesto a sacrificarlo casi todo en aras de tal fin. En particular, los consumidores tuvieron ocasión de sufrir cuando se desviaron no pocos recursos y divisas para hacer frente al gasto armamentístico. Las importaciones de algodón, por ejemplo, se vieron muy afectadas, y el pueblo comenzó a protestar por la escasa calidad de las prendas de fibra sintética que le obligaban a vestir. Llegado a este punto, Tooze echa abajo la tesis presentada hace no mucho por el historiador alemán Gotz Aly, según la cual el régimen nazi protegió de forma deliberada a la población civil por miedo a ponerla en su contra. Al decir del británico, en cambio, la ciudadanía germana era la que soportaba los gravámenes más elevados de toda Europa.

En la pugna entre cañones y mantequilla ganaban siempre los primeros, cuando menos a corto plazo. De hecho, el citado artículo se encontraba entre los productos alimentarios que tuvo que racionarse desde mediados de la década de 1930, cuando la industria armamentística de Alemania empezó a sacar a los operarios de las granjas para atraerlos a las grandes urbes, y el sector campesino se hallaba demasiado atrasado para hacer frente a las exigencias impuestas por la necesidad de hacer el país autosuficiente en lo que a alimentos se refiere. Hitler era muy consciente del hecho de que el bloqueo aliado de la primera guerra mundial se había saldado con la muerte de seiscientos mil paisanos por desnutrición y enfermedades afines, y no quería que ocurriese de nuevo algo así, sobre todo porque pensaba que la

desmoralización provocada por esta circunstancia había sido uno de los factores de la derrota de Alemania (por obra de la mítica «puñalada por la espalda» que, en teoría, habían asestado a las fuerzas germanas los revolucionarios del frente civil).

Al carecer, a diferencia del Reino Unido y de Francia, de colonias de ultramar y conexiones transatlánticas, así como de los bienes que proporcionaba a la Unión Soviética su vasto imperio eurasiàtico, Alemania se veía obligada, en opinión de Hitler, a contar en la mayor medida posible con sus propios recursos hasta ser capaz de hacerse con los campos petrolíferos del Cáucaso y los graneros de Ucrania para uso propio. Aquel sería el momento en que se verían recompensados los sacrificios del pueblo alemán con una opulencia que superaría con creces cuanto hubiese conocido. Tal cosa requería, tal como señaló en numerosas ocasiones desde principios de la década de 1930, emprender la conquista del Este, precedida por una serie de embates violentos y decisivos contra los enemigos occidentales de la nación (con lo que se refería, en primer lugar, a Francia). De ahí la necesidad de contar con un ejército colosal apoyado por una fuerza aérea mayor que ninguna otra de las que en Europa existían.

Tan abarcador era su proyecto de rearme, que en vísperas de la guerra estaba acaparando más de una quinta parte del gasto estatal. Y tantas materias primas había que importar para nutrir a la bestia de la industria armamentística, que la nación se vio acosada por sendas crisis graves de divisas en 1934 y 1939 que obligaron a reducir los gastos de forma considerable en dicho sector. Entre las contribuciones más originales de Tooze se encuentra su demostración de que estos problemas conocidos de todos tuvieron su origen en la negativa de Hitler a devaluar el marco del Reich pese a la insistencia de numerosos expertos en economía, aunque no llega a explicar qué lo disuadió de dar este paso. Tan acuciante era la escasez de una moneda fuerte, que el régimen llego a socavar su propia estrategia de obligar a los judíos alemanes a emigrar mediante la prohibición de tomar consigo sus bienes y sus ahorros. Esta medida provocó un descenso del movimiento migratorio hasta que la violencia del pogromo de noviembre de 1938 y el desahucio y la expropiación sufridos por los judíos que quedaban en el país volvieron a elevar las cifras.

La falta de acero —debida sobre todo a la escasez de importaciones de mineral de hierro de calidad— dio al traste con el objetivo hitleriano, ambicioso hasta lo irracional, de contar con una fuerza aérea de 21.000 aparatos al comienzo de la guerra europea que estaba por venir, e impidió al Ejército y la Armada disponer de las materias primas necesarias para pertrecharse como era debido. Las bandas de camisas pardas merodeaban por la nación en busca de rejas de hierro de parques, cementerios y aun jardines privados que fundir para fabricar armas y municiones, y los químicos de la IG Farben trabajaban de sol a sol, aunque en vano, para ingeniar sucedáneos sintéticos del caucho y la gasolina. Muy consciente de estos problemas, y de que a mediados de 1939 el Reino Unido y Francia se estaban rearmando con rapidez, Hitler decidió asestar el golpe determinante mientras su haber militar superaba aún al de sus enemigos en potencia. La de los armamentos no fue, tal como defendió el difunto historiador Tim Masón, una crisis general de toda la economía, provocadora de agitaciones entre la clase obrera, pero sí lo bastante grave para que Hitler, según hizo saber a Mussolini en marzo de 1940, se pusiera «en marcha de inmediato… aun a riesgo de precipitar así la guerra» con «las potencias occidentales dos o tres años antes» de lo que siempre había imaginado.

Tooze hace un empleo eficaz de la obra de los historiadores militares de los últimos años al demostrar que la célebre guerra relámpago, basada en acometidas breves y decididas mediante el rápido movimiento de columnas blindadas contra un enemigo hostigado por poderosas incursiones aéreas, fue resultado de la improvisación y no de una planificación minuciosa destinada a reducir al mínimo la carga impuesta por la guerra sobre la población civil de Alemania. Los planes de esta en relación con la invasión de Francia suponían en su origen el enfrentamiento directo y probablemente dilatado de los ejércitos principales. Sin embargo, el descubrimiento fortuito de dichas intenciones por parte de los Aliados obligó a los alemanes a abandonarlas y sustituirlas por el célebre, aunque no por ello menos arriesgado, avance a través de la marcada densidad boscosa de las Ardenas y el subsiguiente «golpe de hoz» que acabó con los ejércitos aliados en Francia y Bélgica en cuestión de unas cuantas semanas en 1940. Cuando, al año siguiente, llegó el momento de invadir la Unión Soviética, la estrategia del Blitikrieg poseía una base aún más inestable, siendo así que su éxito

dependía de la racista suposición de que un país poblado por eslavos considerados infrahombres por el régimen y gobernado por los integrantes de una minoría política que los nazis tenían por explotadores «judeobolcheviques» estaba destinado a derrumbarse ante la primera derrota, tras lo cual el Tercer Reich solo tendría que reunir de nuevo los fragmentos. Sin embargo, no ocurrió tal cosa, y los alemanes se encontraron enzarzados en una guerra en cuya victoria no podían depositar ninguna esperanza.

En realidad, vista la situación desde una perspectiva económica, cabe concluir que los germanos tenían en contra las cartas desde el comienzo. Tooze hace quizás un hincapié excesivo en esta circunstancia cuando, igual que en otros muchos pasajes de su libro, describe Alemania como una «potencia europea de tamaño mediano», pues aun de acuerdo con las cifras que presenta él aventajaba con creces a todos los demás estados europeos a excepción del Reino Unido y la Unión Soviética. La cuestión es, sin embargo, que a finales de 1941 había puesto en su contra la fuerza combinada no ya de estas dos naciones, junto con la del Imperio británico, que seguía siendo a la sazón el mayor que había visto el planeta, sino también de Estados Unidos. A fin de contrarrestar este hecho, Hitler abandonó en mayor o menor grado la construcción de acorazados costosos e ineficaces para destinar más recursos a la campaña submarina, con la que tenía la esperanza de impedir la llegada de suministros a los británicos del otro lado del Atlántico y forzar así una paz por separado. Aun así, disponía de muy pocos sumergibles para marcar la diferencia, sobre todo contra un enemigo capaz de organizar sistemas de convoyes eficaces y, merced a Ultra, de descifrar los mensajes enviados por los alemanes con anterioridad a las operaciones que emprendían. Faltaban, sin más, las materias primas necesarias para construir y dotar de combustible una flota subacuática lo bastante numerosa para superar estos obstáculos.

Tooze apunta a un problema similar con respecto a la invasión del Reino Unido proyectada para el verano y el otoño de 1940. Con independencia de que se hubiera planteado o no tal objetivo, Hitler carecía de los recursos necesarios para alcanzar la superioridad aérea indispensable para cruzar con éxito el canal de la Mancha. La Luftwaffe había perdido en primavera una tercera parte de su fuerza inicial durante la campaña occidental. Alemania

no disponía del número necesario de pilotos adiestrados, aviones de caza y bombarderos pesados. Además, no iba a pasar mucho antes de que los empeños alemanes en hacerse con el dominio de los fructíferos campos de petróleo de Oriente Próximo y amenazar la dominación británica de la arteria vital del canal de Suez sufrieran un golpe mortal con la derrota infligida por el Reino Unido a un alzamiento de patrocinio alemán en Irak y la toma de Siria a la Francia de Vichy.

Alemania, claro está, contaba con los recursos de los países conquistados en Europa, desde Francia, al oeste, hasta Bielorrusia, al este. Los nazis no tenían escrúpulo alguno en explotar en beneficio propio a las naciones derrotadas. Tooze hace ver que, llegado 1944, se habían hecho con poco menos de cuatro millones de proyectiles, más de cinco mil piezas de artillería y más de dos mil carros de combate franceses. Poco menos de la mitad de todos los cañones de que disponían en marzo de 1944 procedía de fuera de Alemania. Esta se hizo, tras las victorias logradas en el frente occidental, con las cantidades necesarias de estaño y níquel para cubrir durante un año sus necesidades, y con cobre para ocho meses. Francia quedó sin apenas reservas de gasolina. Semejante explotación contribuyó al desmoronamiento de la economía francesa en 1940, y los recursos confiscados, sin embargo, no duraron demasiado. Este fue otro de los motivos que llevaron a Hitler a no postergar más la invasión de la Unión Soviética.

Cuando marcharon contra la porción de Polonia dominada por los soviéticos en junio de 1941, los ejércitos alemanes lograron una serie de victorias deslumbrantes que se tradujeron en la muerte o la captura de millones de soldados del Ejército Rojo. Con todo, también aquí la escasez de combustible y municiones afectó enseguida a las huestes germanas cuando su rápido avance tensó en extremo las líneas de suministro. Más grave aún fue la situación alimentaria: de nada servía confiscar las granjas colectivas de Ucrania si no había gasolina para los tractores y las cosechadoras. Había que alimentar a millones de soldados alemanes, y sustentar a la población civil de Alemania exigía más recursos aún, por no hablar de los trabajadores extranjeros que estaban llevando a rastras al país a millones a fin de garantizar el suministro de mano de obra.

Los nazis y los militares alemanes decidieron hacer frente al problema matando de hambre a la población nativa de las regiones ocupadas en la Europa Oriental. Acabaron de forma deliberada con al menos 3,3 millones de prisioneros de guerra soviéticos por hambre, enfermedad y abandono, cuando no por simple fusilamiento. Casi tres cuartos de millón de personas fallecieron durante el sitio impuesto a Leningrado como consecuencia deliberada del bloqueo. Los planes que había concebido Alemania para aquella región incluían la muerte de hasta treinta millones de sus habitantes civiles durante los años siguientes mientras los colonos alemanes se trasladaban a ella para repoblar sus ciudades, pueblos y caseríos. La escala de aquel homicidio multitudinario carecía de precedentes en la historia de la humanidad.

El antisemitismo de los nazis se avivó en 1941 por la creciente obsesión de Hitler con Franklin D. Roosevelt, que estaba enviando provisiones estadounidenses al Reino Unido y no tardaría en hacerlas llegar también a la Unión Soviética en cantidades cada vez mayores. En diciembre de 1941, dando por sentado que Estados Unidos centraría su atención en los nipones tras el ataque a Pearl Harbor, le declaró la guerra. Convencido de la existencia de un eje judío que unía a Stalin, Churchill y Roosevelt (o por mejor decir, a las fuerzas oscuras que los manipulaban en su imaginación), se había embarcado ya en una campaña de asesinato en masa de los judíos de Europa. Con todo, tampoco en este sentido faltaban las contradicciones.

El hecho de matar a millones de judíos sanos no parecía demasiado racional en un momento de escasez cada vez más desesperada de mano de obra en la economía alemana. Tooze sostiene que la idea de la «aniquilación mediante el trabajo» fue una solución intermedia destinada a contentar a la SS, que deseaba acabar con todos los judíos, y a los dirigentes económicos y políticos, que querían servirse de cuantos estaban en condiciones de trabajar. En la práctica, claro está, los últimos representaban una proporción muy pequeña del total. Tooze da a entender que durante la Conferencia de Wannsee, celebrada a principios de 1942 a fin de coordinar la intendencia de la «solución final a la cuestión judía en Europa», tal como lo denominaron de forma eufemística los nazis, Reinhard Heydrich, el subordinado inmediato de Himmler que presidía la reunión, «no habló de asfixia por gas ni de fusilamientos como medio de acabar con la población

judía de Polonia ni de la Europa Occidental, sino que propuso evacuarlos hacia el este en columnas ciclópeas de construcción» y emplearlos en la creación de carreteras. Sin embargo, en realidad, en las actas de aquel acontecimiento se califica de no aptos para el trabajo a dos millones y medio de judíos que habitaban el llamado Gobierno General, parte de la Polonia ocupada. A ninguno de cuantos estaban presentes en la conferencia le quedó la menor duda de que iban a morir. Goebbels apuntó en su diario que se iba a emplear en planes de construcción al 40 por 100 aproximado de los judíos. Aun así, desde el principio los mantuvieron con raciones de todo punto inadecuadas, los golpearon, los alojaron en condiciones insalubres en grado sumo y los trataron, en general, como elementos prescindibles, tal como hicieron en grado un tanto menor con los trabajadores extranjeros que fueron a integrar la economía alemana en número cada vez más nutrido.

A diferencia de algunos de los historiadores alemanes que han escrito de forma reciente sobre el particular, Tooze es consciente de la importancia que revistió la ideología y de la función desempeñada por Hitler en la dirección del programa de exterminio. Así y todo, existe el riesgo de otorgarle a todo esto un carácter demasiado utilitario. Si, por ejemplo, la escasez alimentaria de entre abril y mayo de 1942 constituyó el factor principal de cuantos llevaron a los dirigentes nazis a matar a los judíos que quedaban en Polonia y la Europa Oriental ocupada, ¿cómo se explica que en aquel tiempo se estuvieran transportando ya a los campos de concentración los de la región occidental del continente? La guerra seguía siendo relativamente propicia a Hitler durante la primavera de 1942, y sin embargo, la resistencia de la Unión Soviética resultaba tan inquietante como inesperada. Las industrias de Stalin, independientes en gran medida de las ayudas estadounidenses y ubicadas muy por detrás del frente de combate, superaban en productividad a las alemanas y fabricaban cantidades mucho mayores de armas, municiones y demás pertrechos. Llegado 1942, la Unión Soviética se las componía para construir cuatro carros de combate, tres cañones y dos aeroplanos por cada uno que producían los alemanes. La campaña soviética se había centrado con éxito en manufacturar un abanico reducido de armas en fábricas gigantescas. La producción bélica de Alemania estaba empleando ya casi todos los recursos de que disponía, pero al decir de Albert Speer, arquitecto personal de Hitler,

que asumió el cargo de ministro de Armamento a principios del mes de febrero de 1942, era caótica y estaba mal organizada, y desperdiciaba recursos en un número excesivo de artículos diferentes. Tras la guerra, Speer aseguraría haber tomado el toro por los cuernos y haber aumentado la producción mediante el sencillo expediente de organizaría como era debido. Presentándose a sí mismo como un tecnócrata apolítico, se enorgullecía de forma perversa de sus logros y trataba de hacer ver que no había tenido conocimiento del proyecto genocida de su señor, Adolf Hitler, ni participación alguna en él.

Tooze echa por tierra la leyenda que con tanta laboriosidad inventó Speer, y que ha engañado a generaciones enteras de historiadores y periodistas, desde Joachim Fest hasta Gitta Sereny. Claro está que no es el primero que trata de poner en evidencia sus dudosas afirmaciones; sin embargo, una vez más, ofrece tanta información convincente, que no deja lugar alguno a la incertidumbre: amén de manipular los datos estadísticos a fin de que sus resultados pareciesen más prósperos de lo que eran en realidad, se las compuso para arrogarse el mérito de mejoras en la producción que ya estaban en marcha cuando él asumió el mando. Hubo otros gestores, y en particular Erhard Milch, de las fuerzas aéreas, y Hans Kehrl, del Ministerio de Economía, cuya aportación fue significativa, si bien Speer consiguió eclipsarlos en el testimonio que brindó tras las hostilidades. En realidad, él no fue nunca el jefe supremo de la industria armamentística, tal como quiso hacer ver más tarde. Es cierto que la producción aumentó entre 1943 y 1944, debido en gran parte al envío de mano de obra forzada, integrada entre otros por judíos y reclusos de campos de concentración, a las fábricas de armamento, en donde se daban condiciones de vida atroces que garantizaban altas tasas de mortalidad y regulaciones draconianas que prescribían el fusilamiento o la decapitación por faltas triviales. Además, se sacrificaba la calidad en aras de la cantidad, y en consecuencia, se desviaban recursos a la producción en masa de carros de combate y aeroplanos muy inferiores a los que estaban construyendo británicos, estadounidenses y soviéticos.

Claro está que se estaba trabajando en todo un abanico de armamento nuevo y de gran refinamiento técnico que incluía cazas a reacción, cohetes, submarinos capaces de permanecer sumergidos períodos de tiempo muy

prolongados y, sobre todo, la bomba atómica. Sin embargo, la investigación y el desarrollo de semejantes «armas milagrosas» requerían años, y Alemania no disponía de tanto tiempo. Los avances se producían a la carrera y de forma chapucera, y las armas resultantes no llegaron a marcar diferencia alguna en la campaña bélica. Ni siquiera los cohetes V-2 que llovieron sobre Londres en la fase última podían ir dotadas de las cabezas que necesitaban para determinar el resultado del conflicto. En cualquier caso, lo que de veras se requería a la sazón era un medio de defender Alemania de las incursiones aéreas aliadas procedentes del oeste y del avance imparable del Ejército Rojo desde el este. Aquellas causaron una gran devastación en las fábricas de armamento y las instalaciones militares de regiones industriales como el Ruhr, además de minar la moral del paisanaje germano hasta hacer incluso que perdiera la confianza en Hitler, quien respondió intensificando el terror y la represión contra su propio pueblo en los meses últimos de la guerra. Las condiciones se deterioraron con rapidez en las ciudades alemanas, y la inflación favoreció la expansión cada vez mayor del mercado negro y el hundimiento del nivel de vida.

Tooze no da mucho crédito al historiador alemán Gotz Aly cuando argumenta que, hasta aquel momento, el régimen había hecho cuanto había estado en sus manos por proteger a la población civil de los efectos de la guerra. Sin embargo, tal como él mismo admite, se abstuvo de subir los impuestos a las rentas privadas para gravar, en cambio, al sector empresarial. El hecho de que no se movilizara a las mujeres para que trabajasen en unas fábricas de armamento incapaces de dar abasto ha centrado la atención de no pocas obras feministas, aunque Tooze sortea la cuestión afirmando que, dado que aquellas tenían ya una participación notable en la población activa de Alemania, ampliarla resultaba por demás difícil. Con todo, no cabe duda de que pueden decirse más cosas al respecto. La ideología nazi no permitía efectuar campañas para reclutar al equivalente germano de la Rosie the Riveter («la Remachadora») de la propaganda estadounidense. Además, también en este aspecto procuró Hitler evitar el descontento en el frente civil otorgando a las esposas de los soldados ayudas lo bastante generosas para disuadirlas de buscar un empleo. Sin embargo, por más que lo intentase, el régimen no podía salvaguardar a la población de los bombardeos, el racionamiento ni la

creciente penuria económica. Aly se equivoca de medio a medio cuando asegura que los alemanes «vivieron mejor que nunca» aun durante la guerra. La fuerza que impulsaba de veras lo que estaba tratando de hacer Speer era, tal como demuestra Tooze, la ideología. Aunque los gestores económicos más realistas habían llegado a la conclusión, ya en 1942, de que era imposible ganar la guerra, Speer creía que no había nada irrealizable si mediaba «el triunfo de la voluntad». De todos los fanáticos que dirigían el régimen no había ninguno que insistiera con más ahínco en la necesidad de librar la campaña bélica hasta las últimas consecuencias.

The wages of destruction está llamado sin duda a suscitar críticas y debates en los años venideros. Al fijar su atención de forma tan incansable en los factores económicos de la política armamentística, es posible que Tooze obvie otros aspectos de la economía nazi, tales como la función de las grandes compañías, la «arianización» de las empresas judías y el nivel de vida de la población militar y civil. Es cierto que los menciona todos, y sin embargo, habría sido deseable que se extendiera algo más sobre el particular. Así y todo, de momento, este volumen se sitúa a la cabeza de cuantos se han escrito sobre la historia económica del Tercer Reich en cualquier lengua, incluida la alemana. Tiene partes que, de manera inevitable, resultan demasiado técnicas o cargadas en exceso de detalles estadísticos, y el uso que hace de determinada jerga económica especializada también es insoslayable. No obstante, el talento narrativo de Tooze y su capacidad para acuñar expresiones llamativas lo sitúan entre los pocos que se han acercado a hacer amena la lectura de la historia económica. Si su enfoque convierte el resultado de las hostilidades en algo demasiado predeterminado, lo cierto es que sirve, cuando menos, de valioso correctivo a las numerosas exposiciones que poco o nada tienen que decir de los recursos bélicos, sin los que resulta imposible entablar una batalla o lograr una victoria.

# 12. EL COCHE DEL PUEBLO

CUANDO visité Alemania por vez primera, a principios de la década de 1970, las carreteras estaban plagadas de enjambres de aquellos bichos achatados y deformes, que recorrían afanosos las calles de la ciudad o inundaban las autopistas con el sonoro traqueteo de sus motores refrigerados por aire, sus techos curvos que se iban estrechando hacia la parte trasera y, en los modelos más antiguos, sus diminutas ventanillas ovaladas, tan angostas que no pude menos de preguntarme cómo iba a poder ver nada el conductor en el retrovisor central. La fealdad de su apariencia exterior, sin embargo, resultaba insignificante en comparación con el horror que suponía viajar de pasajero en uno de ellos. En el asiento trasero, al que me veía relegado con frecuencia cuando me trasladaba con un grupo de amigos, me sentía oprimido por la claustrofobia que me imponía aquel techo bajo, en tanto que la estruendosa vibración y el zumbido del motor, situado a mis espaldas, me provocaba de inmediato un dolor de cabeza que no hacía sino empeorar con el olor repulsivo del sistema de calefacción durante los meses de invierno. Doblar una esquina a cierta velocidad —dentro de lo que podía permitirse el vehículo— era una pesadilla: las sacudidas y los vaivenes me revolvían el estómago.

Prefería, con diferencia, el Morris Minor azul claro de mi padre, un coche de diseño sólido, interior espacioso y motor delantero silencioso. Este automóvil británico tenía, además, el encanto añadido de los dos pintorescos intermitentes que sobresalían en horizontal a izquierda y derecha del chasis como sendos brazos pequeñísimos de ámbar encendido (y que, eso sí, amenazaban con partirse cada vez que uno abría la puerta). Ante aquel vehículo práctico y elegante pese a todo, ¿quién iba a querer

comprar un Volkswagen Escarabajo? Con todo, fue precisamente este el coche que más éxito conoció en su tiempo. Superó en ventas a todos los demás, tal como pone de relieve Bernhard Rieger en Thepeople's car (2013), un estudio entretenido y esclarecedor, de prosa elegante, dedicado a la historia de dicho vehículo. Mientras que en todo el mundo se vendieron más de 1,3 millones de Morris Minor en varias décadas, el Escarabajo estaba superando el millón anual a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, cuando uno de cada tres automóviles que rodaban por Alemania Occidental era un Volkswagen. En 1972, el número total de ventas llegó a superar al que hasta entonces había sido el utilitario más célebre del siglo: el Modelo T de Henry Ford.

Como otros coches de gran popularidad, el Morris Minor se exportaba, claro está, y se fabricaba con licencia en el extranjero, pero su estilo y su concepción eran tan ingleses, que su aceptación se limitaba sobre todo a países del Imperio británico y la Commonwealth, como Nueva Zelanda, en donde los últimos modelos salieron de la cadena de producción en 1974, y cuyas carreteras seguían estando frecuentadas por muchos de ellos cuando lo conocí a mediados de la década de 1980 (hoy se diría que solo circulan allí vehículos japoneses). El Escarabajo, por el contrario, era un automóvil multinacional en toda regla, que alcanzó un número elevadísimo de ventas en Estados Unidos y seguía fabricándose en México después del cambio de siglo.

¿Cuál fue el secreto de tan extraordinaria popularidad? No puede decirse que comenzara con buenos auspicios. Aunque la mayoría optase por preterir este hecho tras la guerra, lo cierto es que la vida del Volkswagen Escarabajo tuvo sus comienzos en la década de 1930. Al llegar al poder, Hitler estaba resuelto a elevar a Alemania a lo que entendía que eran las cotas de modernidad propias de otros sistemas económicos avanzados como el británico o el estadounidense (la exposición de Rieger viene a arrojar una palada más de tierra sobre la vieja interpretación del nazismo como fuerza política retrógrada y atávica). Dado que, por ejemplo, era relativamente escaso el número de quienes poseían una radio, su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, introdujo el «receptor del pueblo» (o Volksempgänger), un aparato de escaso coste y tamaño, aunque de calidad aceptable, que recibía en onda corta para que los oyentes no pudiesen sintonizar emisoras

extranjeras. Los frigoríficos eran aún menos frecuentes, de modo que el Gobierno nazi sacó al mercado el «refrigerador del pueblo» (o Volkskühlschrank). A estos dos no tardaron en seguirlos otros productos con nombres análogos e intención similar. Uno de ellos fue el «coche del pueblo» (o Volkswagen), que aunque así denominado por el común de la ciudadanía, llevaba el nombre oficial de KdF-Wagen («coche de la Fuerza mediante el Placer») por la vinculación que poseía con el programa de ocio del Frente Laboral (si bien lo más probable es que nadie que haya viajado en un Escarabajo considerará que fuerza o placer sean los términos más apropiados para describir la experiencia).

Desde un primer momento, Hitler estaba decidido a modernizar las carreteras de Alemania. A principios de la década de 1930, Alemania era una de las sociedades menos motorizadas de la Europa Occidental. Esto se debía en parte a que su transporte público carecía de rival ya en aquella época —por su eficacia, rapidez, ubicuidad y carácter universal—. En su mayoría, los alemanes estaban convencidos de que no necesitaban automóvil, y de cualquier modo, en caso de haber querido adquirir uno, no habrían podido permitírselo: los desastres económicos de la República de Weimar habían causado el hundimiento de la demanda nacional. De hecho, tan vacías estaban las calzadas germanas, que en Berlín, la animada metrópoli de dicho período, no se consideró necesario instalar semáforos hasta 1925.

Tres cuartas partes de la población alemana estaban conformadas por peones, artesanos y campesinos incapaces de adquirir los costosos artículos de la Daimler-Benz o cualquier otra de las 27 compañías de la industria automovilística de la nación, cuyos métodos poco eficaces de producción y escaso rendimiento se traducían en modelos que solo podía permitirse quien gozara de la opulencia intermitente de la burguesía. A fin de alcanzar algo semejante a Estados Unidos en cuanto a proporción de ciudadanos propietarios, según aseveró Hitler durante la muestra organizada por el sector en 1934 en Berlín, Alemania tenía que aumentar de medio millón a doce millones el número de coches presentes en sus carreteras. Hasta los británicos tenían seis veces más vehículos que ellos en relación con el número de habitantes. Por si esto no fuera lo bastante desalentador para los nacionalistas germanos, los dos fabricantes más multitudinarios y prósperos

del país eran extranjeros: la Ford, que abrió una cadena de montaje en Colonia en 1931, y la General Motors, que operaba el establecimiento de la Opel de Rüsselsheim. A principios de la década de 1930, los automóviles de esta última casa dominaban el mercado de utilitarios con el 40 por 100 de las ventas anuales.

Hitler desarrolló su proyecto de motorización en varios ámbitos. Uno de ellos fue el de la construcción de las célebres Autobahnen, aunque los beneficios que anunció a bombo y platillo la maquinaria propagandística de Goebbels se hallaban por demás exagerados. Otro fue el de la promoción de las carreras automovilísticas, mediante generosos subsidios estatales que llevaron a los vehículos de la Daimler-Benz y la Auto-Union a vencer en 19 de los 23 grandes premios convocados entre 1934 y 1937. La ideología representaba un papel predominante en este sentido. En pos del objetivo de unidad nacional que había anunciado, el Gobierno sustituyó en 1934 las regulaciones locales con un Código de Circulación único para todo el Reich. Lejos de constreñir con sus regulaciones el proceder de los conductores, tal como cabría haber esperado, el documento depositaba su confianza en la subordinación consciente y voluntaria del individuo ario a los intereses de la comunidad racial. Los propietarios de vehículos dispendiosos debían dar prioridad a la «disciplina» y la «caballerosidad» y superar así en la carretera antagonismos de clase ya trasnochados. De los judíos, claro está, no podía esperarse semejante comportamiento, y en consecuencia, desde 1938 se les prohibió conducir o poseer coches.

El automóvil, al decir de Hitler, respondía al albedrío del individuo, a diferencia del ferrocarril, que había «puesto fin a la libertad individual en el transporte». Por consiguiente, el nuevo Código de Circulación abolió toda restricción relativa a la velocidad en las carreteras alemanas, con resultados catastróficos. En los seis primeros años del Tercer Reich, el número anual de muertos se elevó a poco menos de ocho mil, a los que hay que sumar cuarenta mil heridos de gravedad por año: las peores tasas de accidentes de Europa (más aún que las del Reino Unido, en donde se habían abolido los límites de velocidad en ¹93 3 por considerar que los británicos procederían como caballeros en la carretera —no fue así, claro está, y en 1934 hubieron de volver a introducirse al mismo tiempo que los alemanes los suprimían en sus confines—). Llegado el mes de mayo de 1939, el régimen nazi hubo de

admitir su derrota e impuso de nuevo estas limitaciones en todas las carreteras a excepción de las autopistas, que siguen estando exentas de ellas en nuestros días y son por ello las más espantosas de toda Europa para la conducción.

Los coches, según proclamó Hitler, habían perdido su «carácter clasista y de divisor de clases que tenía como triste consecuencia»: tenía que ser un bien accesible a todos. Por ende, hacía falta un vehículo de construcción nacional que superase las diferencias sociales.

Encargó al ingeniero austríaco Ferdinand Porsche el diseño de un automóvil que pudiera permitirse el hombre de la calle (como añadido clásico nazi, los funcionarios le pidieron que se asegurara de que era posible montar una ametralladora en el capó). Aquel hombre ambicioso, dotado de no pocas habilidades políticas, supo buscar el apoyo de Hitler a una fábrica nueva de grandes dimensiones y las instalaciones más modernas que cupiera imaginar a fin de reducir costes a través de la producción racionalizada. El Frente Laboral puso sus copiosos fondos a disposición de Porsche y lo envió a Estados Unidos para que recorriera las fábricas de coches del país en visita de inspección. Allí contrató a una serie de ingenieros de procedencia alemana para que trabajasen con él en el automóvil que se le había encargado. Hitler abrió la fábrica de la Volkswagen cercana a Fallersleben, en la actual Baja Sajonia, en 1938. Se creó también una ciudad nueva para alojar a los obreros, y así todo quedó, en apariencia, listo para comenzar.

El Frente Laboral desplegó una vigorosa campaña propagandística destinada a hacer que la ciudadanía se embarcara en planes de ahorros destinados a la adquisición del coche nuevo. Rieger recoge una ilustración de la cartilla oficial en la que los consumidores reunían sellos rojos por valor de cinco marcos del Reich hasta alcanzar el total de 990 que necesitaban para comprar su primer Volkswagen. En menos de dieciocho meses se sumó a la iniciativa más de un cuarto de millón de personas. Sin embargo, por impresionante que parezca este total, lo cierto es que quedó muy por debajo de los millones que había imaginado el régimen. Con semejante grado de participación, el plan jamás habría llegado a cubrir ni de lejos los costes de producción. La mayor parte de los ahorradores pertenecía a la clase media, y un tercio de ellos ya tenía coche propio: las masas,

sencillamente, no podían permitirse el nivel de ahorro exigido. Además, tal como señala Rieger, su abstención reflejaba la creciente preocupación por el futuro que había generado la política exterior cada vez más belicosa de los nazis. En lugar de invertir los marcos que con tanto esfuerzo habían ganado en lo que no dejaba de ser, para ellos, un automóvil relativamente caro, las clases obreras optaron por algo mucho más barato: la motocicleta, cuyas ventas se elevaron de 894.000 en 1934 a 1.582.872 en 1939. Este fue el verdadero «vehículo del pueblo», por más que su popularidad siguiese eclipsada por la de la humilde bicicleta. Los veinte millones que existían en Alemania en vísperas de la guerra dejaban claro, una vez más, que la mayoría de los germanos acudía pedaleando al trabajo y concebía el coche de motor como un vehículo de lujo si es que pensaba siquiera en adquirir uno.

Al alemán de a pie no le faltaba razón al mostrarse escéptico ante el plan de ahorro, siendo así que ninguno de cuantos firmaron llegó a tener un Volkswagen propio a partir de los fondos invertidos durante el período nazi: todo el dinero fue a parar a la producción armamentística. Y la fábrica también: antes de la guerra no se produjeron más de 630 ejemplares en serie de Escarabajo, de los cuales la mayoría fue a para a funcionarios de relieve del régimen. En 1939, cuando se envió sin más a los operarios de la Volkswagen a trabajar en las líneas de fortificación occidentales del Reich, el régimen necesitó recurrir a la introducción de seis mil trabajadores de la Italia de Mussolini para mantener en marcha la producción. Los acomodaron en barracones de madera, ya que en septiembre de 1939 no se había completado más que el 10 por 100 de los alojamientos proyectados para la nueva ciudad. Esta mano de obra se destinó a la fabricación de una variante militar del Escarabajo, una interpretación alemana del Jeep apodada Kübelwagen («coche cubo») que usaba como base el chasis de aquel y que se empleó en todos los lugares en que operaron las fuerzas armadas de Alemania, desde el norte de África hasta el frente oriental.

La fábrica de la Volkswagen no figuraba en la relación de instalaciones militares que había de destruir el Bomber Command de la RAF. Al final de las hostilidades se trasladó desde el Reino Unido Ivan Hirst, comandante del cuerpo de ingenieros, a fin de inspeccionarla, y descubrió que seguían intactos el 70 por 100 de sus edificios y el 90 por 100 de la maquinaria. La

Zona de Ocupación británica tenía que satisfacer las necesidades de transporte de unos 22 millones de habitantes con solo 61.000 vehículos de motor, de los cuales casi dos tercios se describían como «desgastados». Las líneas ferroviarias y el material rodante, que sí habían estado en la lista del Bomber Command, se hallaban en ruinas. Ante la necesidad de mejoras rápidas en las comunicaciones, el gobierno militar británico ordenó a Hirst que reanudase la producción del Escarabajo. Él puso manos a la obra sirviéndose de las ideas y los métodos de la «administración fiduciaria» derivados de la experiencia colonial del Reino Unido en África y del personal con que ya contaba la fábrica. Cuando los tribunales de desnazificación expulsaron a más de doscientos gerentes y expertos técnicos, tuvo que buscar sustitutos o hacer que se anulasen las sentencias en un ejemplo más del triunfo de la necesidad por encima de la legalidad y la ética muy propio del final de la década de 1940 en la Alemania ocupada. También se las ingenió para enrolar a seis mil trabajadores cuando tocaba a su fin 1946. Aun así, la resurrección de la Volkswagen había sido demasiado apresurada: los automóviles estaban plagados de problemas mecánicos y de otra índole. Los ingenieros automovilísticos británicos que visitaron la fábrica llegaron a la conclusión de que aquel vehículo ruidoso y hediondo, que dejaba mucho que desear en cuanto a potencia, no tenía futuro alguno. Considerando impracticable la idea de reubicar en el Reino Unido aquella fábrica colosal, optaron por dejarla en manos de los alemanes.

El encargado de salvar la situación fue Heinrich Nordhoff, ingeniero de la Opel que tenía contactos en la propietaria estadounidense de la compañía: la General Motors. Pese a no ser miembro del Partido Nazi, había contribuido a la economía bélica mediante su dirección de la fábrica de camiones de la Opel, la mayor de Europa, y tenía vedado el mercado laboral en el sector estadounidense por causa del amplio uso de mano de obra extranjera forzada que había hecho durante el conflicto. A los británicos, sin embargo, no les importó, y Nordhoff se zambulló en su nuevo empleo con una intensidad obsesiva que lo llevó a trabajar catorce horas diarias a fin de reorganizar el proceso de producción, eliminar las deficiencias técnicas del vehículo, extender la red de concesionarios y crear una estructura de gestión eficaz y jerárquica en la fábrica. El coche se ofreció al público en colores

diversos, o por expresarlo a la manera de Nordhoff, se le dio «una mano de pintura muy propia de tiempos de paz». Las cifras de producción comenzaron a ascender, y las ventas, a mejorar.

Sin embargo, no fue tan sencillo liberar a la Volkswagen de su pasado nacionalsocialista. A la ciudad en que se hallaba la fábrica se le asignó el nombre de Wolfsburgo por un castillo vecino (aunque hay quien pudo tener presente que Wolf, «Lobo», era el sobrenombre con que denominaban al Führer sus amiguetes; con lo que el topónimo habría pasado a significar algo semejante a «Fortaleza de Hitler»). Cuando comenzó la construcción de viviendas, el lugar se vio atestado de refugiados y gentes desterradas del Este —parte de los once millones de alemanes étnicos expulsados de Polonia, Checoslovaquia y otros países de la Europa Oriental al final de la guerra—. Henchidos de resentimiento, resultaron ser presa fácil de los agitadores ultranacionalistas, hasta el punto de que, llegado 1948, el Partido Alemán de la Justicia, de tendencias neonazis, se hizo con casi dos terceras partes del voto local. En los muros de la fábrica aparecían con frecuencia pintadas de cruces gamadas, y en las elecciones del municipio había muchas papeletas marcadas con la frase: «Queremos a Adolf Hitler». Al ser nueva, la ciudad carecía de políticos dotados de experiencia para hacer frente a este género de nostalgia extremista, y los partidos consolidados necesitaron un tiempo para hacer volver a los radicales a las sombras.

Para ello contaron con la ayuda de Heinrich Nordhoff, quien insistió en que los afanes del pueblo alemán de finales de la década de 1940 eran el resultado de «una guerra que empezamos y perdimos». Semejante franqueza, tan poco usual, tenía sus límites, pues en ningún momento mencionó las matanzas de judíos ni ninguno de los demás crímenes de los nazis. De hecho, de manera inconsciente sin lugar a dudas, se sirvió de un lenguaje similar al de estos al exhortar a los obreros a superar las dificultades que habían de arrostrar y centrarse en los «logros» (Leistung), del mismo modo que Hitler había instado en 1942 a emprender «una batalla de logros por las empresas alemanas» dedicadas a la sección bélica. Fueran cuales fueren las resonancias de su discurso, no cabe duda de que los obreros dieron el callo. Mientras que las fábricas de la Opel y la Ford, muy afectadas por los daños de la guerra, se afanaban por poner de nuevo en marcha la producción, la de la Volkswagen ya estaba poniendo en el

mercado cantidades ingentes de su modelo. Su eficacia mejoró de forma constante a lo largo de la década de 1950, cuando Nordhoff introdujo sistemas completos de automatización que se habían probado ya en Detroit. En agosto de 1955 salió de la cadena de montaje el Escarabajo que hacía un millón, pintado de oro y con el parachoques con incrustaciones de diamantes falsos, ante un auditorio de cien mil personas. Doce bandas de música interpretaron piezas de Johann Strauss, una compañía del Moulin Rouge bailó el cancán, un coro de sudafricanos negros cantó espirituales, y 32 bailarinas escocesas hicieron el Highland fling propio de su tierra al son de una agrupación de gaiteros. Los periodistas recibieron toda clase de agasajos, y la ocasión, así como los logros de la fábrica, se pusieron en conocimiento del gran público mediante una película de setenta y cinco minutos.

El Volkswagen Escarabajo, tal como argumenta Rieger de un modo convincente, alcanzó la condición de icono en Alemania Occidental durante la década de 1950 al erigirse en producto típico del «milagro económico» dada su condición de artículo no ostentoso ni refinado, sino sólido, funcional, seguro, económico tanto a la hora de adquirirlo como de utilizarlo y fácil de mantener: el polo opuesto al Tercer Reich. Tan despojado se hallaba de banalidades, que ni siquiera ofrecía un indicador para el combustible, lo que obligaba a los conductores a llevar la cuenta de los kilómetros recorridos si no querían correr el riesgo de encontrarse de pronto con el depósito seco. A lo largo de la década de 1950 y la de 1960 se introdujeron diversas modificaciones que incluían frenos hidráulicos, una caja de cambios totalmente sincronizada y un motor mayor y más potente, sin perder por ello su atractivo fundamental. Sin dejar de lidiar de manera obsesiva con la solución de problemas técnicos menores, Nordhoff creó una red extensa de concesionarios y talleres en los que reparar con rapidez los automóviles en caso de avería. Cuando Alemania Occidental pasó a ser una «sociedad de clase media igualitaria», el Escarabajo se convirtió en el coche favorito de dicho sector homogeneizado.

Ante la falta de un símbolo manifiesto de identificación nacional, la Alemania que se extendía al oeste del Muro que la dividía del bloque comunista tomó como tal dicho vehículo. Poseer uno se compadecía con el retraimiento de la sociedad germana a una esfera privada y familiar como

reacción al ámbito público agitado y politizado en exceso del período nazi. Los políticos celebraron la facultad de llegar con él a cualquier parte en el momento en que decidiera el propietario como un aspecto clave de la libertad occidental en la era de la guerra fría. Los lazos que lo ligaban al nacionalsocialismo se borraron en el «lavadero histórico» que atribuyó sus orígenes al genio individual de Ferdinand Porsche. A los veteranos de guerra les gustaba porque les recordaba los tiempos en que habían conducido el Kübelwagen, primo hermano suyo, durante la campaña, y a los alemanes más jóvenes, por su sobriedad utilitaria. Para la nación representaba el «nuevo horizonte de deseo» de la década austera y conservadora de 1950.

Con todo, no hubo que esperar mucho para que los conductores de un Escarabajo comenzaran a personalizarlo con accesorios, bandas adhesivas metalizadas, pintura en aerosol de colores estridentes o elementos decorativos tan variados que le conferían el aspecto de «un árbol navideño rodante», tal como lo describió cierto crítico. En particular se hizo popular la instalación en el interior de recipientes en los que colocar las flores que se recogían durante las excursiones. Los periodistas comentaban en tono divertido el ritual en que habían transformado los propietarios el lavado de su automóvil, al que consagraban «un grado tal de amor y cariño que [habría llevado] a un observador objetivo a pensar que estaban coqueteando con una amante recién conquistada». El libro de Rieger se muestra interesante en particular al abordar la separación de sexos en relación con la propiedad del Escarabajo. En un momento en que la proporción de mujeres de Alemania Occidental que poseían permiso de conducir no llegaba al 20 por 100, dicho modelo se trocó en un ejemplo de «misoginia automovilística» por el hecho de que los varones hacían cuanto estaba en sus manos por mantener a las mujeres alejadas del volante. Las campañas publicitarias subrayaban la naturaleza masculina del hecho de ser propietario de uno de ellos mostrando dibujos en los que se fundía la porción izquierda de un rostro de hombre con la derecha del frontal de un Escarabajo y se leía el lema: «Su mejor mitad». El sector femenino no comenzó a afirmarse, y solo de manera gradual, hasta la década de 1960, aunque cabría afirmar que este vehículo siguió siendo en gran medida un objeto de deseo específicamente masculino.

Otra clase de pasión fue la que halló expresión en el interior del coche cuando las parejas jóvenes comenzaron a servirse de él en calidad de «zona de intimidad» alejada de los apartamentos atestados y la censura de los adultos. Cierto manual de usuario aseveraba de forma solemne que la ley no consideraba una indecencia el hecho de mantener relaciones sexuales en un Escarabajo siempre que este no se hallara aparcado en un lugar demasiado visible. Treinta años después de tener trato carnal con su novia en el asiento de atrás de un Volkswagen, cierto periodista de Bremen confesó que seguía acometiéndolo «una debilidad extrañamente fascinadora en la entrepierna» cada vez que veía uno de ellos por la calle. Con todo, fueron los mexicanos —quienes lo bautizaron como Vochito— los que habrían de descubrir todo el potencial erótico que poseía. «No era ya por el número de Vochitos que se hicieron en México —afirmaría después uno de sus propietarios—, sino por el número de mexicanos que se hicieron en Vochitos.» No resulta fácil imaginárselo, a no ser que todos fueran contorsionistas.

El vehículo empezó a ser fabricado con licencia en México en 1967, y en 1980 salió de la cadena de montaje el que hacía un millón. Como la alemana, la clase media baja de allí, en plena expansión, halló en él una alternativa atractiva a los vampiros de combustible que se importaban de Estados Unidos, entre los que se incluían los mal llamados «compactos». Cuando el país se vio sacudido por la crisis económica de la década de 1980, los fabricantes redujeron el precio en un 20 por 100 y lo pusieron así al alcance de otros compradores. Entonces se convirtió en el automóvil preferido de los taxistas. Amén de casar con el ideal de seguridad y sobriedad de la pequeña burguesía, servía para alimentar el orgullo nacional dada su condición de artículo fabricado en México por mexicanos, que necesitaba muy poco para funcionar y subsistía en condiciones duras, como los propios habitantes del país. Tal como aseveraba uno de sus incondicionales, el Vochito era un «tanque chico». Pretendía ser una alabanza.

El Escarabajo también acabó por fabricarse en el Brasil, y de hecho, es una lástima que Rieger no diga nada de la imagen y la popularidad que tuvo en el país más extenso de Sudamérica. Aun así, aborda con maestría el atractivo que desplegó en Estados Unidos, en donde solo tuvo un rival en cuanto favorito de muchos propietarios de los barrios residenciales en

expansión de las décadas de 1950 y 1960, cuando las fábricas nacionales no daban abasto para satisfacer la creciente demanda de automóviles. Llegado 1968, la Volkswagen enviaba ya más de medio millón de Escarabajos anuales al otro lado del Atlántico, lo que representaba el 40 por 100 del total de su producción. El número de estadounidenses que compraron uno superó los cinco millones. En claro contraste con lo que ocurría en Alemania, allí los conducían sobre todo mujeres, que además los empleaban con finalidades prácticas como la de ir de compras al centro comercial. En la década de 1970 se había convertido en icono de la contracultura, tal como ponen de relieve los más de dos millones de ejemplares que se vendieron de How to keep your Volkswagen alive, libro de John Muir que alentaba a los lectores a «compartir los sentimientos de su coche», cuyo «karma —afirmaba— depende de su deseo de crearlo y mantenerlo… vivo». La sorprendente culminación de este proceso de antropomorfismo llegó en 1969 con la película de Disney Ahí va ese bólido (The love bug), en la que un Escarabajo con personalidad propia recompensa a su propietario, un piloto de carreras venido a menos, con el éxito deportivo y, al cabo, también con el amor. La asociación inverosímil del automóvil con el sexo había llegado incluso a la pantalla.

Todo esto ilustra la celebridad mundial del Escarabajo en cuanto vehículo recio y seguro, capaz de adaptarse a cualquier entorno en que se encuentre. Las ventas al extranjero sostuvieron a la compañía aun en el momento en que cayeron las ventas en la propia Alemania por causa de la crisis energética de 1973 y 1974, los gustos cambiantes, las nuevas regulaciones de seguridad y el fracaso a la hora de mantener el ritmo de la automatización. Con el final del «milagro económico» llegó también el de su símbolo más destacado. Los habitantes de Alemania Occidental empezaron a demandar coches más rápidos, espaciosos y cómodos, y de diseño más elegante. El nuevo Volkswagen Golf cumplía estos requisitos, y otro tanto cabe decir de su hermano menor, más económico: el Polo. En 1978, la fábrica de Wolfsburgo abandonó por completo la producción del Escarabajo. Con el tiempo, la casa introduciría el New Beetle, en consonancia con el nuevo gusto estadounidense por lo retro, aunque no sin hacer patente que satisfacía por completo las exigencias de los conductores del siglo XXI («Menos flower y más power», aseveraba cierto anuncio).

Procedía de México, y por lo tanto, los que se vendían en Alemania se importaban de la otra orilla del Atlántico. «Daba la impresión de estar viendo una película hacia atrás», comentó un periodista al contemplar la descarga de una remesa en el mismo muelle desde el que habían partido para la exportación tantos Escarabajos en el pasado. El New Beetle simbolizaba no solo la paradoja del posmodernismo, sino también el trasnacionalismo y la globalización. El diseño curvo de su silueta pretendía evocar el del modelo original.

Con todo, los propietarios del viejo Escarabajo saben que no es lo mismo: hoy se reúnen en lugares de todo el mundo para protagonizar concentraciones y carreras en las que se dejan llevar por la admiración nostálgica de modelos históricos y personalizaciones imaginativas. Una de estas celebraciones se ha llevado a cabo cada año desde la década de 1980 en el mismo escenario en que se daban en otro tiempo los mítines de Núremberg del Partido Nazi, en frente de la tribuna desde la que pronunciaba Hitler sus discursos, y da la impresión de que nadie se da cuenta. Aun así, la rueda de la historia no ha completado aún una vuelta completa: el Escarabajo se ha convertido desde hace mucho en un producto mundializado, desvinculado para muchos —si no para todos— de sus orígenes nazis. En 1998, cuando Gerald Posner, columnista de The New York Times, comunicó a su suegra, a la que calificaba de «judía conservadora», que había adquirido un New Beetle, ella le respondió: «Felicidades, cielo. A lo mejor se acaba por fin la guerra».

# 13. LAS ARMAS DE LOS KRUPP

«DE todos los nombres que se han asociado a los procesos de Núremberg —declaraba el fiscal encargado de llevar ante la justicia a los dirigentes nazis que habían sobrevivido al final de la segunda guerra mundial—, supongo que ninguno es tan célebre ni lo ha sido durante tantas décadas (casi un siglo, de hecho) como el de Krupp.» Su historia, seguía diciendo durante la formulación de cargos, había convertido a la compañía en «el foco, el símbolo y el beneficiario de las fuerzas más siniestras que han tenido bajo amenaza a la paz de Europa». Había sido en gran medida una empresa familiar. «Cuatro generaciones de Krupp —aseveraba el fiscal — han sido propietarias y gestoras de las grandes fábricas de armamento y municiones que se convirtieron en el principal abastecedor de material bélico de Alemania.» La tradición de aquella firma, y la actitud «sociopolítica» que representaba, casaba a la perfección con el clima moral del Tercer Reich. No hubo un solo crimen de cuantos cometió dicho Estado —guerra, pillaje o esclavitud— en el que no participara. De hecho, constituía una «fábrica modelo del nacionalsocialismo» mucho antes de la llegada de los nazis al poder.

En el juicio de Núremberg, y en los que se instruyeron más tarde contra los principales industriales de Alemania entre 1947 y 1948, el nombre de la empresa acabó por convertirse en sinónimo no tanto del nazismo como del impulso económico que hubo tras las fuerzas más arraigadas del militarismo que los Aliados estaban resueltos con igual ahínco a eliminar de la política, la cultura y la sociedad germanas. Dada la siniestra reputación que poseía la compañía en todo el mundo por ser el productor de armas que había sostenido las agresiones militares de Alemania, desde las guerras de

unificación de Bismarck hasta las dos guerras mundiales, no resulta sorprendente que haya atraído la atención de tantos historiadores diferentes que han escrito desde tantos puntos de vista distintos. El estudio que más lectores ha tenido ha sido Las armas de los Krupp, epopeya de un millar de páginas publicado originalmente en 1968 por William Manchester, más conocido por Muerte de un presidente, en donde da cuenta del asesinato de su amigo de tiempos de guerra, John F. Kennedy. El volumen, escrito en un estilo atrevido y a veces sensacionalista, estaba plagado de generalizaciones nada moderadas acerca de Alemania y los alemanes, a los que Manchester, de resultas sobre todo de sus experiencias bélicas, no profesaba un gran aprecio. Los Krupp aparecen retratados como gentes maléficas desde la primera hasta la última página de un libro que parece destinado a poco más que airear trapos sucios. Hasta entre la prensa popular tuvo una recepción irregular, y quienes lo reseñaron no dudaron en quejarse de su estilo sarcástico y de los «enjambres de errores» de los que, según la expresión de la revista Time, se hallaba plagado. Aun así, la proverbial meticulosidad había llevado a Manchester a investigar a fondo a la familia y demás archivos, los documentos relativos a los juicios de Núremberg y otras muchas fuentes, así como a efectuar una cantidad nada desdeñable de entrevistas. Sacó a la luz un volumen sustancial de material, inédito en gran parte, y en algunos aspectos particulares, como la cuestión de la actitud de los Krupp frente a Hitler entre 1932 y 1933, antes de la llegada al poder de los nazis, se ciñó sin lugar a dudas a las pruebas documentales sin formular afirmación alguna más allá de ellas.

Manchester no era experto en economía, y lo cierto es que se mostró más interesado en la personalidad de los integrantes de la familia Krupp que en su negocio. Antes de su publicación apenas se había dado a la prensa estudio histórico alguno sobre las compañías alemanas de más relieve y su función en el Tercer Reich, y su libro no solo carecía de precedentes en este aspecto, sino que fue único en su campo durante años, hasta que en la década de 1990 comenzaron a aparecer otros estudios (uno de los motivos de este retraso fue la actitud de las empresas alemanas, incluida la propia Krupp, pues la indignación provocada por el volumen que nos ocupa las llevó a impedir el acceso de los estudiosos a sus archivos). En los últimos años, sin embargo, han empezado a editarse obras serias sobre la historia de

la firma, que en nuestro tiempo se han completado con un resumen cronológico de Harold James, experto británico en historia económica y profesor de Princeton. El estilo sobrio de su Krupp. A history of the legendary Germán firm (2012) no puede contrastar más con el de Manchester, y su interés en la historia tecnológica y económica del negocio se halla a años luz de la implacable exposición que hace el autor estadounidense de los puntos débiles y las fechorías de los sucesivos propietarios de la compañía.

James comienza, igual que Manchester, por el principio, aunque reparte su atención de forma más o menos equitativa entre las diversas etapas, en tanto que Las armas de los Krupp se centraba sobre todo en los años del nazismo. Tal como señala James, los principios de la compañía apenas podían haber sido menos auspiciosos. Su fundador, Friedrich Krupp, era un temerario de tomo y lomo, y la mayor parte de sus apuestas industriales acabó traduciéndose en un fracaso humillante. Su abuela, Helene Amalie Krupp, la primera de una serie de mujeres poderosas cuya función sería fundamental en la historia de la dinastía, le dejó una fortuna procedente de sus sagaces inversiones en el terreno de la venta al pormenor, la bolsa y la propiedad inmobiliaria. Entre los intereses empresariales de ella se incluía una fundición modesta y poco rentable en la que había obtenido Friedrich parte de su experiencia temprana, y aunque había acabado por venderse, dejó al joven con un fuerte deseo de producir acero y productos de este metal elaborados «a la manera inglesa», que combinaba resistencia y maleabilidad.

Friedrich dilapidó la herencia de su abuela por causa de esta obsesión. Experimentó con materias primas de todo género, en lugares diversos y con distintas técnicas. Las deudas se fueron acumulando hasta que en 1824 lo sacaron de la relación oficial de hombres de negocios locales. Dos años después moriría, extenuado, a la edad de treinta y nueve años. Su viuda Therese, sin embargo, seguía teniendo fe en su visión y siguió manteniendo la empresa, ayudada por su hijo Alfried, quien cambió su nombre por el anglicano Alfred en homenaje a la dominación que ejercían los británicos sobre la industria y la tecnología de la época. En 1838, de hecho, viajó a Inglaterra (de incógnito, haciéndose pasar por un tal Herr Schropp), y tras su regreso, ocurrido en 1843, siguió enviando agentes con la intención de

saber de los diseños fabriles y técnicas industriales más avanzados, hacer nuevos clientes y extender su reputación por lo que era en aquel tiempo el país más rico del planeta.

Alfred era adicto al trabajo, y en el futuro gustaría de recordar que en aquella primera época «ejercía de ejecutivo, dependiente, tesorero, herrero, fundidor, batidor de coque, vigilante nocturno del horno de cemento y mucho más, y contaba con un caballo extenuado para cubrir nuestras necesidades de transporte». El único logro indiscutible de su padre había sido el desarrollo de un proceso de fundición del acero para la fabricación de troqueles destinados a acuñar monedas, y Alfred no tardó en estar abasteciendo de prensas de rodillo a la fábrica de moneda de Austria, ni en diversificar el negocio para abarcar también la producción de máquinas similares para la fabricación de cucharas que exportaba a Francia, Rusia, el Reino Unido y hasta el Brasil. El verdadero avance de su negocio, sin embargo, llegó con el auge del ferrocarril de la década de 1840, cuando comenzó a proveer de ejes y cigüeñales a la empresa estatal ferroviaria de Prusia. Las constantes innovaciones técnicas le permitieron producir anillos de acero fundido para la fabricación de ruedas de tren (tres de estos entrelazados se convertirían en lo que sigue siendo hoy el logotipo de la empresa), y más adelante raíles y planchas, hélices y ejes de transmisión para barcos de vapor. Todo esto permitió a la Krupp comprar otras empresas y minas de hierro, en tanto que la introducción de los procedimientos de Bessemer y Siemens-Martin hicieron posible la fabricación de productos de acero mayores y más numerosos. Tanto es así, que en 1874 había ya doce mil operarios trabajando en un recinto de Essen cuyas 3 5 hectáreas triplicaban la extensión existente una década antes.

Alfred Krupp era muy consciente de la dificultad que entrañaba el hecho de dar con obreros fiables y cualificados en las condiciones de rápido crecimiento industrial que caracterizó a la región del Ruhr en aquel período. Era normal que los trabajadores cambiaran de empresa a fin de mejorar sus ingresos o sus condiciones laborales. Se necesitaban disciplina y organización a fin de llevar a cabo el peligroso proceso de fundir el acero con la precisión requerida, y sin

embargo, Krupp buscaba «operarios leales… que estén agradecidos por el pan que les damos y lo demuestren». A fin de inducirlos a trabajar para él y a mantener su puesto de trabajo una vez obtenido, creó un fondo de salud y pensiones para sus empleados, construyó alojamientos que a finales de siglo albergaban a más de veinticinco mil personas, abrió 5 5 economatos y comedores, instauró escuelas y, por último, inauguró un hospital, un sanatorio y una biblioteca.

Tamaño paternalismo tenía, sin embargo, su lado oscuro. «[N]adié —aseveró Alfred— se atreverá a alzarse contra una dirección benevolente: antes prefiero hacerlo saltar todo por los aires». A fin de hacer cumplir la disciplina, declaró en 1871: «Deseo introducir para siempre la práctica de fotografiar a los trabajadores y mantener una supervisión mucho más estricta del personal: de su pasado, sus impulsos y su vida. Debemos disponer para ello de un cuerpo de policía privado que esté mejor informado que las autoridades municipales». En efecto, se emplearon los retratos así obtenidos para hacer frente a lo que James denomina «agitadores». «[E]l peón o el oficial más eficiente o mejor cualificado —advirtió Krupp a sus trabajadores— perderá su empleo de inmediato si da la impresión de estar incitando a la oposición o de pertenecer a una asociación», con lo cual se refería a un sindicato.

Los obreros se convirtieron así en Kruppianer, y Alfred llegó al extremo de querer supervisar sus principios éticos. «La moralidad —declaraba el Reglamento General de la Krupp de 1872—, unida al orden y la lealtad, posee un efecto benéfico: sin ella se impondrán el engaño, los disturbios, la depravación y la deslealtad, que traerán consigo la ruina.» Manchester ya había aseverado que en 1877, antes de unos comicios nacionales, Krupp puso avisos en todos sus talleres para advertir a sus empleados que dejasen las elecciones en manos de quienes se hallaban mejor situados que ellos: «Los asuntos de la política de altura requieren más tiempo y conocimientos de los que tiene a su alcance un obrero». Tras la votación, despidió de manera sumaria a treinta de ellos por difundir presuntamente propaganda socialista. Exigió a los trabajadores que hicieran un juramento de lealtad, y solo consintió en abandonar sus planes de entregarles uniformes con galones de oro por servir cumplidamente con su obligación cuando le

hicieron ver que el aire nauseabundo de la fábrica no tardaría en estropearlos. Su fuerza policial privada, más numerosa que la que poseía el municipio de Essen, servía para imponer penalizaciones económicas a quien llegase tarde a trabajar, diera muestras de insolencia para con los superiores o cometiera cualquier otra falta de una lista dilatada. Sus agentes tenían orden de registrar los cubos de basura del exterior de los talleres y los bloques de viviendas en busca de libros socialistas y de «papel higiénico usado» en el que hubiese escritos textos sediciosos. Hasta llegó a pedir a sus empleados que se casaran y tuviesen muchos hijos «para proveer al Estado de numerosos súbditos leales y crear una estirpe especial de operarios para la fábrica». Este estilo de gestión neofeudal anunciaba, cierto es, el desarrollo de la «fábrica modelo del nacionalsocialismo», dotada de sus «dirigentes» y su «séquito», así como de la combinación de ayudas estatales y autoritarismo.

No dice James gran cosa de este aspecto de la Krupp, que Manchester, en cambio, expone por extenso. De hecho, apenas menciona a los trabajadores, y cuando lo hace es para hacer hincapié en el paternalismo de la compañía, y no en su reglamentación punto menos que autoritaria. La suya es, sin disputa, una historia verticalista de la empresa, que además se afana en subrayar que, salvo en tiempos de guerra, el armamento no constituía sino una parte de su producción. Con todo, por más que su andadura no comenzara dentro de este sector, se daba, tal como señala James, «cierta sinergia entre la fabricación militar y la civil» que sustentaría la rápida expansión de la firma pese a los caprichos económicos de las décadas siguientes. Cuando comenzó a desleírse el auge ferroviario, la creciente tensión internacional llevó a armarse a las naciones europeas, y la Krupp estaba bien situada para sacar tajada de este hecho.

A diferencia de su padre, Alfred se reveló como un promotor aventajado de sus propios productos, un empresario muy consciente de que la publicidad podía brindarle clientes. Se sirvió de diversos crisoles a la vez para fabricar un bloque de acero de poco menos de dos toneladas que presentó en la Gran Exposición londinense de 1851 y le valió una medalla. Sin embargo, también exhibió un reluciente cañón de acero con el que desmintió la afirmación de que «el Palacio de la Industria era un Templo de Paz» que recogía el catálogo del acontecimiento. «Los ingleses van a tener

los ojos bien abiertos», exclamó exultante. (Con el tiempo, la empresa produciría el cañón París, que bombardeó la capital francesa con proyectiles de 94 kilogramos disparados a través de un alma de 34 metros a una distancia de 120 kilómetros en los meses finales de la primera guerra mundial, y otro de 80 centímetros llamado Dora montado sobre una gigantesca cureña ferroviaria durante la segunda. Aunque estas armas colosales tuvieron poco impacto, cumplieron su objetivo de hacer de ostensible escaparate de la compañía.)

En la década de 1870, Alfred comenzó la creación de una residencia grandiosa sobre cierta colina que dominaba el valle del Ruhr a unos doce kilómetros de la fábrica. La construcción de Villa Hügel respondía a su propio diseño y requirió cantidades ingentes de hierro de la Krupp. En realidad, no era tanto una casa para él como un lugar en el que alojar a los clientes y los dignatarios visitantes y mantenerlos alejados de los secretos técnicos de las instalaciones de la compañía. «El fabricante comercial —aseveró— debe ser un derrochador a los ojos del mundo»; y a fin de subrayarlo llegó a contratar al compositor Engelbert Humperdinck para que tocase el piano para entretenimiento de sus visitas. En la Feria Mundial de Chicago de 1893, gastó 1,5 millones de dólares en crear una réplica de la Villa Hügel con su nombre en la fachada. En el interior, quienes fuesen a verla podían examinar un cañón capaz de arrojar un proyectil a veinte kilómetros de distancia.

A Essen acudían gentes de todo el mundo, incluidos chinos y japoneses. Krupp vendía a los rusos armas que incorporaban innovaciones propuestas por sus técnicos militares, así como equipo ferroviario al Brasil. En 1879 invitó a representantes de 18 estados a una exhibición de artillería e hizo llegar anuncios de sus productos a los parlamentarios del Reino Unido. Anhelaba con proveer de equipos para ferrocarriles a todo el planeta y hacer que las vías «uniesen y atravesaran —según dijo en 1875— los grandes continentes de África, América y Asia para que los suyos alcancen la condición de países civilizados y mantengan ocupada la industria hasta el fin del mundo, siempre que ningún bocazas destruya esta esperanza desarrollando el transporte aéreo».

Con todo, pese al alcance mundial de su empresa, que subraya sin descanso James, la Krupp ligó su suerte en última instancia a la del estado

prusiano, primero a sus prósperos ferrocarriles, y luego a su Ejército, la institución que protagonizó las guerras de unificación de Bismarck en 1864, 1866 y 1870. La compañía ejerció una presión considerable para obtener encargos de armamento y construyó cuatro naves más de producción para cañones entre 1861 y 1870 a fin de satisfacer una demanda que crecía como la espuma. James describe al propio Krupp como un «alemán apolítico», pese a que cultivó una estrecha relación con el káiser Guillermo I y que comunicó a su hijo Friedrich Alfred: «Debes ser respecto del futuro káiser lo que soy yo respecto del presente para que ningún estafador pueda perjudicar a la fábrica». En 1871, declaró: «Mis logros se mantendrán y caerán cuando lo haga la grandeza y la supremacía militar de Prusia».

Friedrich Alfred, que se hizo cargo del negocio a la muerte de su padre, ocurrida en 1887, se reveló como un entusiasta de las innovaciones bajo cuya influencia se produjeron planchas de blindaje de aleación de acero y níquel, detonadores eléctricos y otros muchos elementos. Llevó a término fusiones y adquisiciones a un ritmo frenético y supervisó un aumento espectacular del tamaño de la fábrica, cuyos empleados pasaron de 13.000 a 25.000 entre 1887 y 1899. No tuvo escrúpulo alguno a la hora de servirse de la nueva recluta multitudinaria y la movilización política popular a fin de promover los intereses de su compañía. En los últimos años del siglo se presentó una oportunidad de oro con la decisión de construir unas fuerzas navales nuevas de dimensiones colosales adoptada por el káiser Guillermo II. Krupp no solo adquirió un astillero de consideración y triplicó en pocos años la mano de obra que tenía a su servicio, sino que contrató a un periodista para que publicase artículos favorables a su negocio. Se llamaba Víctor Schweinburg, y se encargó además de fundar la célebre Liga de la Flota a fin de movilizar la opinión pública en favor de la creación de una Armada. A la vuelta de un año poseía ya poco menos de un cuarto de millón de socios. Los lazos que lo unían al periodista, así como su propia pertenencia al consejo ejecutivo de la Liga, no pasaron inadvertidos: ambos hubieron de dimitir de resultas de una feroz tormenta política. Se descubrió que la compañía estaba obteniendo beneficios de un 6o por 100 en calidad de proveedor exclusivo de planchas de blindaje para la flota nueva. Friedrich Alfred, que nunca gozó de una salud de hierro (de niño sufría graves ataques de asma) pasó períodos de tiempo cada vez más prolongados

en la isla de Capri a fin de alejarse de las riñas políticas, haciendo sus pinitos en zoología marina y distribuyendo dádivas generosas entre la población insular.

Los escándalos se fueron sucediendo cuando empezaron a llegar a Berlín rumores de desbocadas orgías con italianos varones menores de edad. Las acusaciones y contrainculpaciones inundaron la prensa y el Reichstag. El aluvión publicitario reflejaba un miedo generalizado a la homosexualidad, que el Código Criminal de Alemania consideraba ilegal. Los socialdemócratas conservadores, en particular, la tenían por prueba de la honda bajeza moral de la minoría selecta capitalista gobernante. El matrimonio de Friedrich Alfred se desmoronó ante semejante tensión. Krupp hizo confinar a su esposa en un hospital psiquiátrico y murió poco después, el 22 de noviembre de 1902, por una apoplejía al decir de sus médicos y por su propia mano según afirmaba el rumor.

James desestima las alegaciones relativas a la pederastia de Krupp por considerarlas fruto de la oposición política con que contaba en Capri y, desde Alemania, de «un ataque sostenido y violento que se servía de todas las armas de la nueva política de escándalos y sensacionalismo». Sin embargo, Manchester ofrece un buen número de pruebas circunstanciales, incluida la costumbre que tenía Friedrich Alfred de invitar a muchachos italianos a alojarse con él en el hotel Bristol de Berlín cuando se encontraba allí. A él no le cabe duda de que Krupp se suicidó, y aduce que no hubo autopsia oficial y que los médicos colocaron de inmediato el cadáver en un féretro sellado que ni siquiera pudieron abrir los familiares. Sea cual sea la verdad, James pinta de un modo demasiado favorable los acontecimientos y pasa de puntillas sobre la controversia, que atribuye a los críticos socialistas del finado.

Con la muerte del último Krupp varón, la empresa familiar pasó a convertirse en una sociedad anónima, si bien todas menos cuatro de las ciento sesenta mil acciones se hallaban en manos de Bertha Krupp, la hija de dieciséis años de Friedrich Alfred. Los gerentes no tardaron en hacerse con las riendas de la compañía, que siguió innovando y creciendo, y de hecho, logró un triunfo nada desdeñable con la patente de un nuevo género de acero inoxidable (del que estaban hechas las cuatro mil quinientas planchas que cubrieron a partir de 1929 la cúspide del edificio Chrysler de

Nueva York). En 1906 volvió a cambiar la situación cuando Bertha contrajo matrimonio con el diplomático Gustav von Bohlen und Halbach. El káiser accedió encantado a concederle la patente real que le permitiría tomar el apellido Krupp. Llegado 1909, Gustav Krupp von Bohlen und Halbach se había hecho con la presidencia de la junta de supervisión. Aquel mismo año, Alfred Hugenberg, hombre de negocios pangermano y magnate de los medios de comunicación, que habría de erigirse en el principal socio de coalición de Hitler en 1933, ocupó la del consejo ejecutivo. Este fue el equipo que llevó a la compañía a la primera guerra mundial.

La Krupp se ajustó enseguida a las circunstancias de 1914. Su astillero pasó a fabricar submarinos, y la sociedad, ayudada por generosos subsidios concedidos por el Programa Hindenburg de 1916, se embarcó en una expansión espectacular de su producción armamentística. «La compañía —señala James— había pasado a formar parte en la práctica del Estado alemán.» El número de trabajadores aumentó con rapidez, y a mediados de 1918 había llegado casi a ciento setenta mil. A esas alturas también estaba creciendo el descontento entre la mano de obra. Cuando el bloqueo de los Aliados estranguló las provisiones de boca de la nación, los precios empezaron a elevarse y nació un amplio mercado negro de alimentos. Los operarios comenzaron a exigir aumentos de sueldo a fin de poder sustentar a sus familias, y Gustav comenzó a preocuparse por «el descenso de nuestra autoridad monárquica y estatal por la resbaladiza vía que desemboca en la democracia». El káiser, que no veía la hora de frenar el deterioro, visitó la fábrica y pronunció un discurso grandilocuente de los suyos ante los obreros. Sin embargo, era ya demasiado tarde.

Lo derrocaron en noviembre de 1918, y Alemania se trocó en una república. Los sindicatos, que habían adquirido un poder considerable, negociaron con la compañía la creación de un comité de empresa, y los trabajadores, cuyo número se había reducido de forma notable, volvieron a producir para satisfacer los encargos de los ferrocarriles estatales. Entre tanto llegó a la fábrica de Essen un grupo de oficiales británicos y franceses resuelto a hacer cumplir las medidas de desmilitarización impuestas por el Tratado de Versalles y mandó destruir diez mil de las máquinas destinadas a la producción de material militar. Con todo, Krupp se las compuso para evadir semejante constricción, y además, su empresa comenzó a fabricar

armas en secreto con el apoyo del Ejército alemán, la Reichswehr, y en colaboración con la compañía sueca de armas Bofors. En 1926 comenzó a producir carros de combate («tractores») que se encargó de probar en la Unión Soviética el Ejército Rojo.

Entre tanto, la Krupp sacaba provecho de la hiperinflación que se apoderó de Alemania a principios de la década de 1920. Durante el verano de 1922, por ejemplo, pidió a los bancos mil millones de marcos con un valor de 1.140.000 de marcos de oro, y cuando amortizó el préstamo en octubre de 1923, la suma había descendido hasta los 53.000 marcos de oro. Cuando los franceses invadieron el Ruhr como respuesta al retraso en los pagos de las reparaciones de guerra, la producción se detuvo y Gustav sufrió arresto y siete meses de cárcel por organizar un movimiento de resistencia frente a la ocupación. En los estadios finales del período de inflación la economía se hallaba al borde del colapso, y la Krupp hubo de soportar pérdidas de consideración que la obligaron a negociar un sustancioso crédito con Estados Unidos y a obtener más ayuda del Gobierno alemán.

La economía germana apenas había empezado a recobrarse cuando el crash de 1929 la hundió en la Depresión. La Krupp no había resuelto aún el problema de sobrecapacidad que la había acosado durante la década de 1920. Los salarios y demás pagas se vieron recortados de manera repetida; se redujeron las horas de trabajo, y entre 1928 y 1932 se redujo el personal a la mitad. En 1928, la Krupp se había unido al resto de siderúrgicas en el cierre patronal emprendido en el Ruhr como medida de presión para bajar aún más los sueldos. Como era de esperar, James consagra la mayor parte del espacio que dedica a este acontecimiento a hacer hincapié en las reservas que al respecto albergaba Gustav, aun cuando lo cierto es que participó de lleno en él y que hubo un cuarto de millón de hombres que hubieron de sufrir la pérdida de su empleo en un momento en que difícilmente se podían permitir tal cosa.

Tal como señala James, pese a su nueva condición de director de la Asociación de Industrias Alemanas del Reich, Gustav apenas tuvo peso en las complejas negociaciones que se efectuaron entre bambalinas y culminaron con el nombramiento de Hitler en calidad de canciller del Reich el 30 de enero de 1933. Hasta declinó una invitación a reunirse con este, y

omitió aportar dinero a su campaña electoral cuando se lo pidieron. Manchester, que coincide con este hallazgo, señala que Gustav tenía a los partidos políticos por incapaces de resolver los problemas de Alemania y confiaba en que un gobierno nombrado por Hindenburg podía asumir tal labor. Krupp se unió al grupo de industriales que firmó la petición remitida a Hindenburg por el banquero nazi Kurt Schröder en noviembre de 1932 a fin de exhortarlo a encumbrar a Hitler, y acogió con agrado la supresión de los sindicatos y el ataque violento a los comunistas que siguieron a su ascensión.

Cedió con gran facilidad a la presión ejercida por los nazis para que despidiera a sus empleados judíos, y su empresa se benefició casi de inmediato del afán de rearme del nuevo régimen. «Hay que consagrar los cinco años siguientes —comunicó Hitler a su gabinete el 8 de febrero de 1933— a volver a armar al pueblo alemán.» En consecuencia, comenzaron a recibirse encargos, y entre 1934 y 1935, la compañía volvió a fabricar artillería pesada. Su astillero, que llevaba un tiempo luchando por subsistir, botó su primer submarino nuevo en 1935. En septiembre de 1939, el comienzo de la segunda guerra mundial aumentó la presión a que se vieron sometidos los fabricantes de armas. James sostiene con empeño que, lejos de llevar a la guerra al Tercer Reich, la Krupp se vio arrastrada por el régimen, que era, en efecto, el que había tomado esta senda. Aun así, el Estado nazi concedió a la compañía oportunidades inmejorables de expansión, y esta obtuvo ingresos sustanciales gracias al rearme.

La condición de empresa familiar dirigida por una sola persona en lugar de un consejo de directores que la había caracterizado casaba a la perfección con el ideal nazi de don de mando (Führerschaft) y herencia. El 12 de noviembre de 1943, Hitler decretó que «el propietario de la hacienda familiar de los Krupp tiene la facultad de crear una compañía familiar con una regulación particular en lo que respecta a la sucesión». Bertha transfirió la propiedad del achacoso Gustav a su primogénito, Alfried, que pocos años antes había asumido un puesto en la dirección de la sociedad. Además, se había alistado en la SS en 1931 en calidad de «patrocinador» (lo que constituye un indicador temprano de sus inclinaciones políticas) y en el Partido Nazi en 1938. Se libró con discreción del director ejecutivo, Ewald Loser (nacionalista de la vieja escuela que había sido teniente de alcalde de

Leipzig en tiempos de Cari Goerdeler, figura de importancia fundamental en la resistencia conservadora contra Hitler) y se consagró a servir al régimen. No sorprende que James subraye su relativa falta de dinamismo y compromiso, así como las interferencias cada vez mayores del Gobierno en la producción, sobre todo después de que llegara Albert Speer al Ministerio de Armamento. Con todo, sigue siendo un hecho que Alfried Krupp presidía el consejo ejecutivo, y en consecuencia, era el principal responsable del proceder de la compañía.

La actuación más controvertida, vista desde el presente, fue el uso cada vez mayor de mano de obra forzada del extranjero. La Krupp no actuó como agente pasivo de las medidas gubernamentales en este ámbito más que en cualquier otro, y así, desde el otoño de 1941, cuando los obreros alemanes dejaban sus puestos en número cada vez mayor para ser enviados al frente, la firma ejerció una presión considerable para que se le asignasen trabajadores procedentes de los campos de prisioneros de Alemania y las regiones ocupadas. De hecho, fue objeto de las críticas del Gobierno por lo que este consideró que eran exigencias excesivas. Por más que asevere James que no había otra opción que emplear mano de obra esclava, los requerimientos de la compañía iban mucho más allá de lo que era necesario. «La Krupp pedía obreros basándose en hipótesis, sin estar segura en todo momento de que fuese a necesitarlos», apuntaba Ulrich Herbert en Hitler's foreign workers (1997), y si sus ruegos recibían una respuesta positiva era, sobre todo, porque «por tradición disfrutaba de excelentes relaciones con las autoridades centrales de Berlín».

De las compañías se esperaba que ofreciesen garantías de manutención y alojamiento antes de asignarles mano de obra, y sin embargo, las cantidades de trabajadores que pedía la Krupp superaban con creces la capacidad de la empresa para abastecerlos. Los agentes de la empresa elegían a presos aptos de campos de concentración de los Países Bajos y se aseguraban de que se cuidaba bien a los franceses; pero a los numerosos obreros soviéticos los tenía recluidos tras una alambrada y les suministraba raciones tan exiguas que su salud no tardó en deteriorarse. Aunque los gerentes locales trataban a veces de mejorar las condiciones a fin de obtener de ellos un mayor rendimiento, la oficina central declaró en cierta ocasión: «no hay que dejar que los prisioneros de guerra rusos se habitúen a la

comida de la Europa Occidental». Además, cierta queja relativa a la asignación inadecuada de raciones que formuló el consejo de directores a la sección del mando supremo de las fuerzas armadas al cargo de los prisioneros de guerra suscitó protestas por parte de dicho órgano por los azotes que recibían los prisioneros, quienes además no estaban «disfrutando del alimento y el tiempo libre que les corresponde».

James reconoce que la compañía hizo «notablemente poco» para mejorar las terribles condiciones en que vivían los forzados, pero lo cierto es que las pruebas demuestran que no solo pecó por omisión. Aquel asevera que al final se aumentaron las raciones y se retiró la alambrada del perímetro de los recintos en que se alojaban los obreros soviéticos, pero al decir de Herbert «el antiguo alambre de espino permaneció en su sitio en muchas ocasiones», y las incursiones de los bombardeos dieron al traste con los modestos intentos de mejora que hicieron los responsables de la Krupp a fin de no perder el derecho de solicitar más operarios extranjeros. Algunos de los campos de concentración de Essen se trocaron según Herbert en «terreno fértil para la corrupción y los delitos menores», como el de malversación de raciones destinadas a los presos o el de explotación sexual de las trabajadoras.

La fuerza de seguridad de la empresa, conformada por dos millares de hombres armados con porras de cuero, asestaba palizas brutales en un sótano del edificio principal de administración a los operarios extranjeros que causaban problemas. A cierto recluso soviético al que sorprendieron tratando de robar una barra de pan lo mató de un disparo uno de los guardias de la empresa, que no recibió castigo alguno por ello. A muchos los «golpeaban por el simple hecho de ser del Este, y los de seguridad de la fábrica tenían potestad para ello». Manchester ofrece una página tras otra de testimonios procedentes de los juicios de Núremberg, que documentan la brutalidad pavorosa ejercida por la fuerza de seguridad de la Krupp. Gustav Krupp von Bohlen und Halbach fue llevado al final de la guerra ante el tribunal que instruía dichos procesos, pero a esas alturas se hallaba ya senil tras sufrir una serie de derrames cerebrales, y se desestimaron en consecuencia las causas que había contra él. En cambio, Alfried y casi todos los directores de la Krupp hubieron de comparecer en el juicio sustanciado contra los industriales entre 1947 y 1948. Recibieron diversas penas de

prisión por emplear mano de obra esclava y saquear la Europa ocupada. Se confiscó la fortuna de Krupp, y aunque haya quien pueda pensar que se hizo justicia, James no puede menos de indignarse ante el proceso del industrial. «Parece [.sic] que se dieron muchos ejemplos de incumplimiento de las prácticas judiciales comunes», dice. Lo único que está dispuesto a admitir es que la compañía fue «parte de una red colosal de inmoralidad movida por la ideología» de la que cumple responsabilizar al régimen.

Como cabe esperar, el proceso provocó la ira de otros industriales alemanes que, claro está, se hallaban bien implicados en los crímenes del nazismo. En enero de 1951, cuando la guerra fría había cobrado intensidad, el general estadounidense Johan McCloy, alto comisionado aliado, otorgó la amnistía a Alfried Krupp (pues consideró que había «ejercido, a lo sumo, una influencia menor en la dirección de la compañía») y revocó la confiscación de sus propiedades. A los demás ejecutivos también los indultó, aun cuando resulta razonable suponer, en consecuencia, que su participación en la gestión de la empresa tuvo que ser mayor. Tal decisión formó parte de una estrategia más amplia de olvido y perdón emprendida por Estados Unidos al juzgar necesario levantar la moral de los habitantes de Alemania Occidental frente a la amenaza comunista procedente del este: la rápida recuperación de la economía superó al deseo, cada vez menos nítido, de ajustar cuentas con los criminales de guerra.

Como muchos otros negocios alemanes, la Krupp se adaptó sin problemas al nuevo mundo del milagro económico de posguerra. En cuanto símbolo del militarismo germano, había estado abocada en un primer momento a la desintegración, y sin embargo, aunque se desmembraron algunas de sus partes, la compañía permaneció intacta en lo básico. El joven banquero Berthold Beitz, al que nombraron director ejecutivo en gran medida por haber salvado durante la guerra a varios centenares de obreros judíos cuando dirigía una empresa de extracción petrolera vecina a Lódz, se las compuso para lograr una prórroga tras otra en el proceso de liquidación de las acciones de acero y carbón de la empresa, al mismo tiempo que aumentaba la producción en estos ámbitos e invertía en tecnología.

Alfried, excarcelado y de nuevo al timón, comenzó a pensar entonces en el futuro. Su hijo Arndt no tenía interés alguno en tomar las riendas de la sociedad, pues, en palabras de James, prefería «cultivar una vida de

ostentación y hedonismo de conquistador homosexual». En 1966, aquel halló la solución al problema transformando la firma en una sociedad anónima dirigida por una fundación benéfica. Arndt recibió a cambio de su herencia una asignación anual de dos millones de marcos. Con ello se logró mantener la empresa intacta y protegida de tiburones y opas, y al mismo tiempo, claro está, salvaguardar la fortuna familiar. Esto último, sin embargo, no tenía ya mucho sentido, siendo así que el apellido Krupp, añadido en virtud de la proclamación suscrita por el káiser en 1906 solo a los de Gustav y su heredero, Alfried, desapareció en 1967 con la muerte de este último. Tal como hubo de anunciar Beitz a la sazón: «El de Krupp ha dejado de existir como nombre de familia». Aunque acabó por fusionarse con otras, entre las que destaca la Thyssen, la empresa no ha perdido nunca la conciencia de su tradición única.

Fue precisamente al objeto de celebrar dicha tradición por lo que la fundación encargó a Harold James la redacción de su libro, que se publicó en traducción al alemán antes que en inglés, en un formato mucho mayor y con lujosas ilustraciones a todo color, con la intención de celebrar, en 2011, el ducentésimo aniversario de la empresa. No cabe dudar que los ejemplares de dicha edición adornan hoy las mesas de centro de la Villa Hügel y se dan a modo de obsequio a los clientes distinguidos y las visitas de relieve. Aunque agradece a la fundación su respaldo financiero, James no revela en su prefacio a la edición inglesa dicho origen ni la existencia de la versión conmemorativa al alemán. Debería haberlo hecho, aunque la naturaleza real del volumen en cuanto historia oficial destinada a celebrar el aniversario queda de manifiesto en la página de derechos donde estos corresponden no al autor ni al editor, sino a la Alfried Krupp von Bohlen und Halbach Foundation. James insiste en que todas las opiniones e interpretaciones recogidas en el libro son propias, pero lo cierto es que sus páginas niegan o abordan muy por encima el lado oscuro de la trayectoria de la compañía, y nos dejan la impresión de que el autor se ha tomado muy en serio la misión de ofrecer una historia oficial que no cause descontento alguno en la Villa Hügel.

# IV POLÍTICA EXTERIOR

# 14. EL ALIADO DE HITLER

POCO después de verse obligado a renunciar a su cargo en noviembre Je 2011, el hombre que más tiempo había servido en calidad de primer ministro de Italia desde el final de la segunda guerra mundial, Silvio Berlusconi, hizo saber a la prensa que estaba dedicando el tiempo a leer a correspondencia última del dirigente fascista Benito Mussolini, al frente del país de 1922 a 1943, y su amante Clara Petacci. «Y tengo que decir —confesó— que me veo reflejado en muchos aspectos de esas cartas.» Al decir del dictador, el italiano era un Estado ingobernable. «El Duce se preguntaba: "¿Qué clase de democracia es esta?"», siguió diciendo Berlusconi, y cuando uno de los periodistas le hizo ver que quizá no era del todo riguroso hablar de democracia al referirse a la Italia de Mussolini, el primer ministro saliente respondió: «En fin: era una democracia menor».

Los partidos de derecha que han dominado la política italiana desde el final de la guerra fría han rechazado de manera sistemática el legado de resistencia al fascismo que representan los democristianos y los comunistas, las dos agrupaciones prevalecientes en la nación desde finales de la década de 1940 hasta principios de la de 1990. La nueva derecha italiana, que ha explotado la honda frustración de la ciudadanía ante la caótica inestabilidad y la corrupción del sistema político de posguerra, ha basado su atractivo en gran medida en su aseveración de representar la ley y el orden, la defensa de una Italia para los italianos, el respeto a la Iglesia católica y sus valores, y en particular, la rectitud financiera y la estabilidad política. Las formaciones políticas neofascistas y los sedicentes posfascistas han tenido un protagonismo notable en las maniobras y fusiones que han caracterizado la política italiana de las dos últimas décadas, lo que las ha obligado a

moderar sus programas y su discurso cada vez que ha sido necesario para no poner en riesgo su participación en el poder.

En este contexto, las críticas serias dirigidas en público al dictador se han convertido en un rasgo cada vez más excepcional. Su régimen se describe por lo común como relativamente benigno. «Mussolini —declaró Berlusconi a The Spectator en septiembre de 2003— nunca mató a nadie.» Si es verdad que mandó a sus oponentes al exilio, fue solo a ciudades vacacionales. Políticos como Gianfranco Fini, que comenzaron su trayectoria en el neofascista Movimiento Social Italiano (MSI), no tuvieron dificultad alguna a la hora de ocupar cargos de relieve en el gabinete de Berlusconi (aquel ejerció varios años de ministro de Asuntos Exteriores durante la primera década del presente siglo). En 1992, Fini aseveró que el fascismo había representado «parte de la historia de Italia y expresión de valores permanentes». Alessandra Mussolini, nieta del dictador, ha servido en el Senado como integrante de la alianza de derecha de Berlusconi después de representar un papel prominente, aunque perjudicial sin descanso, en la política posfascista. En 2008, Gianni Alemanno, antiguo secretario del ala juvenil del MSI, fue elegido alcalde de Roma tras una campaña basada en la promesa de expulsar de la ciudad a los inmigrantes ilegales. La multitud alborozada que presenció el discurso pronunciado tras su victoria respondió alzando el brazo a la manera fascista y con vítores de: Duce! Duce!

En Predappio, la ciudad natal de Mussolini, las tiendas de recuerdos que llenan la vía principal ofrecen camisas negras, estandartes fascistas, esculturas del dictador, libros y DVD que celebran su vida y —lo que resulta aún más alarmante— manganelli o porras con inscripciones tales como Molti nemici, molto onore («Muchos enemigos, mucho honor»). Cada año, durante el aniversario de su nacimiento, de su muerte y de su marcha sobre Roma de 1922, se reúnen miles de simpatizantes, vestidos muchos de ellos con camisas negras ornadas de insignias fascistas, para desfilar desde el centro de la ciudad hasta el mausoleo en que yacen sus restos entonando canciones y gritando consignas de ultraderecha. A dicha tumba acuden a diario docenas y en ocasiones cientos de personas que dejan sus comentarios en el libro de visitas situado ante el monumento. Por lo común se trata de mensajes laudatorios, y casi siempre están escritos en

segunda persona, dirigidos sin más a él: «Fuiste el único que creyó en una Italia fuerte y libre, y amaste a tu pueblo hasta la muerte» (2007); «Italia solo se hizo "nación" cuando contó con tu sabio caudillaje; una nación temida, respetada, fructífera y envidiada» (2008); «Si estuvieras aquí, no reinaría este caos» (2011), etc. Muchos de ellos tienen un tono íntimo, personal, y también abundan las frases y los sentimientos religiosos: «Si pudieras ver lo bajo que ha caído nuestra pobre Italia… —escribía cierto admirador en 2007—. ¡Vuelve, reencarnado en uno de nosotros! Ahora y siempre».

Resulta imposible imaginar siquiera a los alemanes expresar sentimientos semejantes sobre Hitler; a antiguos nazis y neonazis formar parte de un ejecutivo germano actual; a políticos de la nación aseverar que el Führer nunca mató a nadie; a la nieta de este —en caso de que la hubiese tenido— ocupar un escaño parlamentario; a un antiguo jefe de gobierno alemán decir que se ve reflejado en las cartas remitidas por Hitler a Eva Braun; a multitudes alemanas exclamar lemas nazis, o comercios de Alemania vender a vista de todos recuerdos del pasado nacionalsocialista. En tanto que en Italia cunde la insatisfacción por el sistema político y más aún por el estado de la economía, pocas veces ha habido un régimen que haya disfrutado de un apoyo más generalizado que el que creó en 1949 la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania. Esta ha brindado estabilidad y prosperidad a los alemanes, amén de infundir en ellos un engreimiento que en ocasiones, por justificado que pueda ser, resulta difícil de sobrellevar. En tanto que la devastación de Alemania en el momento de acabar la guerra fue punto menos que completa, en Italia, a despecho de los daños generalizados que infligieron los conflictos militares en la fase final de las hostilidades, y de haber sufrido una ocupación alemana y una invasión aliada, la destrucción no fue, ni por asomo, tan extrema ni extensa. Alemania se vio ocupada durante años por fuerzas aliadas numerosísimas, mientras que Italia apenas tuvo que enfrentarse a una situación semejante durante un período muy breve. Si el territorio italiano permaneció intacto en gran medida, Alemania perdió extensiones vastísimas del suelo que había sido suyo tradicionalmente y se vio dividida en estados mutuamente hostiles durante más de cuarenta años tras la guerra. Para la inmensa mayoría de los alemanes, la suerte que le había tocado correr a su nación

era, sin lugar a dudas, la consecuencia ineludible de las dementes ambiciones militares y políticas de Hitler.

En ausencia de un programa sistemático de enjuiciamiento de italianos por crímenes de guerra, situación simbolizada por la amnistía general de presos políticos y militares decretada en junio de 1946, los burócratas y administradores fascistas conservaron sus puestos, hasta tal punto, que 60 de los 64 prefectos regionales y el total de los 13 5 jefes de policía con que contaba la nación en 1960 habían comenzado su carrera en tiempos de Mussolini. El juez al que nombraron en 1957 presidente del Tribunal Constitucional había encabezado en 1938 el juzgado que entendía en las causas relacionadas con las leyes raciales fascistas. Las figuras de más relevancia del régimen que sobrevivieron al conflicto no hubieron de cumplir pena alguna, ni tampoco se hizo ajuste de cuentas general alguno por los crímenes de guerra del fascismo, ni dentro ni fuera de Italia. Todo esto contrastó en grado sumo con lo que ocurrió en Alemania, en donde apenas hubo un puñado de antiguos integrantes del régimen hitleriano que escapó a la desnazificación, y los crímenes de guerra se prolongaron durante varios años y dieron una publicidad sobrecogedora a las fechorías del Tercer Reich y sus súbditos.

Con todo, tal vez haya sido la reorientación de la memoria del público alemán desde el final de la guerra fría, reflejo de una tendencia mucho más generalizada, en particular en Estados Unidos, a situar lo que entonces dio en llamarse el Holocausto en el centro de cualquier evaluación retrospectiva del Tercer Reich en cuanto aspecto definidor del régimen de Hitler, lo que ha abierto entre el pasado y el presente un abismo que a ningún alemán se le ocurriría salvar. Tal ha sido su poder, de hecho, que hasta los neofascistas italianos se han sentido en la obligación de distanciarse de la introducción de leyes raciales y antisemitas por parte de Mussolini a finales de la década de 1930. Aun así, el hecho de que durante la mayor parte de su dictadura no persiguiera a los judíos del país, que no fueron enviados a Auschwitz sino después de que los alemanes ocuparan Italia tras la caída del Duce en 1943, ha salvaguardado la memoria de su régimen del destino que conoció el de Alemania, que no podía negar su condición de responsable principal del Holocausto.

En la Italia fascista no hay nada comparable al cuerpo considerable de investigaciones que documentan la naturaleza y el alcance del apoyo que brindaron a Hitler los alemanes de a pie durante el Tercer Reich. En Fascist voices (2012), Christopher Duggan llena esta laguna mediante el examen de una amplia variedad de diarios y de las numerosas cartas enviadas a Mussolini por ciudadanos particulares durante las dos décadas que estuvo en el poder. Entre lo más llamativo del material estudiado se encuentra la correspondencia entre Petacci y el dictador, que el autor completa con fragmentos de los diarios de Claretta. Estos textos transmiten los mismos sentimientos íntimos espontáneos para con el Duce y su régimen que los mensajes expresados en tiempos más recientes ante su tumba, y permiten a Duggan ofrecer no solo un informe detallado de la actitud del pueblo con respecto al régimen, sino mucho más: una historia general del fascismo que por vez primera lo trata no como la tiranía que privó al común de los italianos de la facultad de expresarse libremente, ni como la dictadura brutal de una clase capitalista que redujo a la gran mayoría de los habitantes del país a la condición de víctimas, sino como un régimen bien arraigado en las aspiraciones y los deseos populares.

Así y todo, es posible que, por su misma naturaleza, el material expuesto exagere el grado de éxito de que disfrutó Mussolini entre sus conciudadanos. En The Fascist Party and popular opinión in Mussolini s Italy (2012), Paul Córner presenta un panorama bien diferente en el que la corrupción y la mala gestión habían convertido al Partido Fascista en una agrupación por demás impopular llegado el año de 1939; y otras de las fuentes que emplea Duggan revelan también una situación más compleja que la que apuntan los diarios y cartas que cita.

Verdad es que Mussolini se cuidó de no enfrentarse a los creyentes, y el concordato que firmó con el papado en 1929, que puso fin a la hostilidad mutua entre Iglesia y Estado que había comenzado en el siglo XIX con la unificación italiana y estableció una serie de disposiciones que han pervivido hasta el presente, marcó una simbiosis entre ambos que hizo del catolicismo uno de los puntales más importantes del régimen. Tal cosa se hizo extensiva aun a las leyes raciales antisemitas, respaldadas por las principales publicaciones cristianas y loadas por el padre Agostino Gemelli, rector de la Universidad Católica de Milán, quien las consideró la

materialización de la «terrible condena que se ha echado sobre sí ese pueblo deicida… mientras las consecuencias de su horrible delito lo persiguen en todo lugar y a cada momento». Ni siquiera la conversión lo libraría del castigo, siendo así que su raza le impediría asimilarse nunca del todo a lo que Gemelli denominaba la nueva unidad fascista «de descendencia, religión, lengua, costumbres, esperanzas e ideales». El mismísimo Mussolini se vio convertido una y otra vez en objeto de la adulación extática de las masas cuando hablaba en público, cosa que hacía a menudo y que provocaba, tal como lo describió a Claretta, «escenas fanáticas, delirantes, de locura: la gente lloraba de rodillas y daba alaridos con los brazos extendidos». El entusiasmo expresado en las cartas que le enviaban los ciudadanos de a pie dejaba claro que se trataba de algo que iba mucho más allá de una puesta en escena.

No obstante, Duggan también hace hincapié en el grado extraordinario de vigilancia y represión que imponía el régimen a los disidentes reales o en potencia. Aquellos de los que se sabía que se habían mostrado críticos con el fascismo se convertían en blanco de las autoridades, y los camisas negras irrumpieron en la vivienda del filósofo liberal Benedetto Croce en noviembre de 1926 y destrozaron su contenido ante la mirada aterrada de su familia. La guardia permanente que apostó después de aquello la policía ante su casa no tenía tanto la intención de velar por su seguridad como la de tomar nota del nombre de cuantos lo visitaban, cuyo número descendió de forma marcada en consecuencia. Sus amigos no tardaron en verse obligados a reunirse con él «en callejones desiertos y pasillos solitarios». Mayor aún era el aislamiento que habían de sufrir quienes se veían exiliados en las regiones rurales más remotas del sur de Italia: un total de trece mil, que incluía no solo rivales políticos y críticos, sino todo género de agitadores, así como homosexuales y delincuentes menores. Lejos de ser ubicaciones vacacionales, los municipios a los que los enviaron, apartados de sus parientes y sus puestos de trabajo, eran lugares dejados de la mano de Dios, tal como reconocían hasta sus habitantes (Cristo se paró en Éboli, relato clásico de destierro de Cario Levi, toma el título de un dicho de los lugareños del área que se extendía al sur de dicha población). Absortos en la lucha diaria por la subsistencia en un entorno rústico inclemente, aquellos campesinos apenas podían prestar atención a intelectuales, políticos ni al

propio gobierno italiano, fuera cual fuere su condición ideológica. Para ellos, Roma era, tal como comprobó Levi, «la capital de los señores, el centro de un Estado extranjero y malicioso».

A la policía política, o Polpol, fundada en 1926, se le asignó un presupuesto cuantiosísimo: cincuenta millones de liras, la mitad del dinero de que disponía toda la fuerza policial de la nación. Además, estaba vinculada a las fuerzas del orden locales a través de lo que en palabras de Duggan constituía «otra extensa organización tentacular»: la OVRA (aféresis de piovra, «pulpo»), que abría y copiaba la correspondencia de los disidentes políticos. Por su parte, el Servicio Especial Confidencial pinchaba los teléfonos no solo de estos, sino también de figuras destacadas del movimiento fascista, por si Mussolini deseaba conocer sus secretos más sórdidos a fin de chantajearlos. En 1938, esta última entidad contaba ya con 462 estenógrafos dedicados sin más a transcribir las conversaciones que oían. La OVRA («la organización más poderosa del mundo», al decir del Duce) disponía de un número considerable de espías procedentes de ámbitos muy diversos y reclutados a menudo bajo amenaza de hacer públicos sus vicios personales. Algunos eran antiguos socialistas o comunistas a los que habían convencido para colaborar con el régimen mediante pagos que los rescataban de la ruina financiera en que habían incurrido muchos de ellos.

El resultado de todo esto era una atmósfera generalizada de sospecha y desconfianza en la que hasta los escolares cuyos diarios cita Duggan se mostraban temerosos de expresar cualquier crítica sobre el régimen. Una ley de noviembre de 1926 prohibía toda clase de declaraciones «sediciosas o dañinas para el prestigio de las autoridades» y la exhibición de «símbolos de subversión social», si bien todo apunta a que (a diferencia de lo que ocurría en Alemania) los chistes políticos que proliferan en cualquier dictadura quedaban impunes en su mayoría. Con todo, las penas de arresto y prisión distaban de ser las únicas sanciones a que se enfrentaban los disidentes: en la depresión económica de finales de la década de 1920 y la de 1930, la pérdida de un puesto de trabajo, por mal pagado que estuviese, podía acarrear la ruina, y el Estado se servía con frecuencia de ello. Igual que en Alemania, eran muchos los que presentaban denuncias ante la policía cuando eran testigos de comentarios o comportamientos

imprudentes, aunque Duggan asevera, pecando quizá de benévolo, que lo hacían, sobre todo, por miedo a ser acusados de complicidad en tan aberrantes actos en caso de no delatarlos.

Así y todo, la represión no se hacía extensiva a la esfera moral a pesar de los fuertes lazos que unían al régimen con la Iglesia católica. De hecho, se diría que el libertinaje sexual era entonces un rasgo de la vida política italiana tan prominente como en tiempos más recientes. Cuando Silvio Berlusconi declaró que se veía reflejado en las cartas de Mussolini y Claretta Petacci, también podía haberse referido al contenido marcadamente sexual que presentan a menudo. La mal disimulada voracidad sexual del Duce, como la de Berlusconi, proyectaba una imagen de virilidad que resultaba impresionante para muchos italianos en ambos casos. Del mismo modo que se ha hablado de las orgías organizadas por el septuagenario Berlusconi con grupos de muchachas de vida alegre y bailarinas jóvenes —a veces demasiado—, Mussolini dedicaba grandes cantidades de tiempo a su vida sexual, con lo que su imagen oficial de cabeza de familia amante y fiel se combinaba con una extraoficial de hombre de impulsos fálicos ingobernables.

Las mujeres, según gustaba de vanagloriarse, se arrojaban a sus brazos, y él no hacía el menor intento de evitarlas. Algunas de las cartas que cita Duggan no dejaban lugar a dudas sobre lo que se le estaba ofreciendo, aunque, claro, bien podían pasar inadvertidas entre las mil quinientas que llegaban cada día a su despacho procedentes de ciudadanos particulares. «Tantos besos y caricias le daría a mi querido Benito… —escribía una admiradora—. ¡Lo abrazaría tan fuerte, que no se me iba a poder escapar!» Según aseguró a Claretta, con la mayoría de ellas solo mantenía relaciones sexuales una vez, y luego no las volvía a ver. A su decir, las usaba solo «para mi satisfacción carnal», y a fin de demostrárselo, la llamaba o le escribía una docena de veces o más al día desde que comenzó su relación en 1936.

El natural libidinoso de los sátrapas del régimen también estaba en boca de todos. Durante la desastrosa campaña militar librada en Grecia durante el invierno de 1940 y 1941, Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, se instaló junto con su séquito en un hotel colosal de Bari al que los funcionarios gubernamentales llevaban cada semana a una veintena de muchachas o más

para celebrar orgías cuyos participantes se dividían en equipos y se rociaban mutuamente los genitales con agua de sifón mientras se desvestían a tijeretazos. Para que nadie pudiera pasar por alto lo que estaba ocurriendo, dejaban las ventanas abiertas de par en par. Cuesta imaginar nada más alejado de la mojigatería de Hitler, quien ocultó al público la relación sexual monógama y por demás convencional que lo unía a Eva Braun hasta que, al final, contrajeron matrimonio al final de la guerra, poco antes de suicidarse. Cuando descubrió que el ministro nazi de Propaganda, Joseph Goebbels, estaba manteniendo una aventura apasionada con la actriz checa Lída Baarová, lo sometió a un furioso rapapolvo antes de obligarlo a acabar con la relación.

Nada de lo dicho dañó a la reputación de Mussolini respecto del público italiano. Por más que este pudiera rezongar por esto o por aquello, su dirigente, como ocurrió en la Alemania nazi, se trocó en una figura integradora de gran éxito que salvó diferencias sociales, culturales, generacionales y regionales y ayudó así a unir a la nación. «¡Si el Führer supiera…!», era la exclamación que estaba a menudo en boca de los ciudadanos del Tercer Reich cuando, indignados, comentaban un desliz más del jefe local del partido o el Gauleiter corrupto, y en la Italia fascista existían expresiones idénticas con el Duce. La de Mussolini era una figura sacrosanta, por más que se injuriase a sus subordinados.

El auge de su popularidad llegó en octubre de 193 5, cuando el régimen invadió Etiopía persiguiendo un sueño descabellado de opulencia imperial y expresó su determinación de vengar la derrota sufrida por la Italia liberal cuarenta años antes a manos de Menelik II. Resuelto a evitar que se repitiera la desastrosa campaña terrestre de 1896, Mussolini ordenó lanzar gas venenoso a las fuerzas enemigas y a objetivos militares y civiles desde el aire. También esta acción gozó de un respaldo amplio. Cualquier medio estaba justificado a fin de castigar al «pueblo inhumano, vil… brutal de Abisinia», tal como le comunicó un grupo de estudiantes, que añadía: «Las armas químicas son caras, cierto es, pero el pueblo italiano está dispuesto a hacer los sacrificios financieros necesarios para salvar a sus hijos». A los críticos que surgieron en Ginebra y otros lugares del mundo se les dijo que tales productos se limitaban a dejar inconsciente al enemigo durante un breve lapso de tiempo, mientras que a los que denunciaban las fotografías

de las víctimas del gas mostaza que publicaba la prensa les aseguraban que estas habían muerto de lepra.

Duggan cita los diarios de un par de ciudadanos que expresaron sus dudas respecto del proceder que desplegaron las tropas italianas en la guerra, durante la cual, por ejemplo, Achille Starace, secretario del partido, usó a los presos etíopes a fin de practicar tiro, para lo cual les apuntaba primero a los testículos y después al pecho. Sin embargo, la inmensa mayoría de las respuestas tenían un tono exultante. Tal como demuestran los numerosos testimonios citados por Duggan, Mussolini alcanzó en este momento el apogeo de su popularidad en cuanto encarnación del orgullo y los logros de la nación italiana. «Es del todo correcto que nos hagamos con tierras en las que prosperar —escribió el autor de uno de los diarios citados —: Italia es hoy una nación, un pueblo consciente de su valía, que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. La Italia de hace quince años está muerta y enterrada.»

La guerra de Etiopía hizo prender en el régimen un optimismo renovado respecto de la posibilidad de volver a modelar a los italianos para convertirlos en representantes resueltos, disciplinados y fanáticos de una nueva raza dominadora. Esto comportaba, entre otras cosas, reformar los modos italianos y zafarse de costumbres «burguesas» como el apretón de manos (que el régimen declaró «blando» y «anglosajón» y sustituyó con el saludo fascista) o el trato de Lei, «usted» (por considerarse «importación extranjera» con connotaciones de «servilismo»). También se quiso condenar por decadente el consumo de café (una causa perdida en mayor grado aún que el resto de reformas de la conducta de los italianos). Mussolini anunció su intención de hacer a los italianos «menos amables» y más «odiosos, duros e implacables; dicho de otro modo: dominadores». En abril de 1937 ilegalizó las relaciones sexuales de italianos blancos con gentes negras, medida originada por la masiva explotación sexual de mujeres etíopes por parte de los soldados italianos tras la invasión de su país. Tal como escribió Indro Montanelli, periodista fascista de veintiséis años que se había alistado voluntario para la campaña de 1935: «Nunca seremos dominadores si no poseemos un sentido firme de la superioridad a la que estamos predestinados. No cabe confraternizar con los negros … No puede haber indulgencias, aventuras amorosas… Los blancos deben imponerse». Esto

no le impidió comprar a un etíope su hija de doce años por quinientas liras para convertirla en su mujer, aunque tuvo cuidado de dejarla atrás a su regreso a Italia.

Todo esto, sin embargo, exigió un precio muy elevado. Junto con la intervención a gran escala en la guerra civil española, la conquista de Etiopía impuso una carga financiera insostenible al Estado italiano y le impidió invertir con seriedad en material bélico o en la ampliación de sus fuerzas armadas. Mussolini se tenía por invencible en lo militar, y nadie se atrevió a desengañarlo. En sus conversaciones con Claretta no escatimó desdén para con las demás naciones de Europa. Así, consideraba a los ingleses «un pueblo asqueroso … Solo piensan con el culo». Los tachaba de cobardes a los que daba miedo mojarse la ropa con la lluvia. «Un hombre que lleva paraguas no podrá jamás … entender la significación moral de la guerra.» Los españoles eran gentes «holgazanas, aletargadas», y Francia, «un batiburrillo de razas y escoria, refugio de cobardes … [y hogar de individuos] sin carácter ni redaños» corrompidos por «el alcohol y la sífilis». Los italianos y los alemanes eran los únicos capaces de «amar esa violencia suprema e inexorable que constituye la principal fuerza motora de la historia mundial».

En 1939 paró al fin mientes en que las fuerzas armadas de Italia adolecían de una falta de preparación lamentable para acometer una guerra europea: su equipo estaba anticuado, sus tropas, mal adiestradas, y la escasez de armas y municiones era grave. En septiembre, cuando estallaron las hostilidades, no tuvo más opción que adoptar una postura de «no beligerancia». Tal medida supuso un alivio para la mayoría de los italianos. Sin embargo, a medida que se multiplicaban las victorias alemanas fue creciendo la irritación de Mussolini ante el rechazo de sus compatriotas a una guerra europea: «Tengo que decir que me dan náuseas. Son una panda de cobardes y alfañiques … ¡Qué decepción! ¡Me parte el alma ver que no he sido capaz de hacer de ellos un pueblo con valor y coraje!». El pueblo no reaccionó a una cuando Italia movió guerra contra Francia y el Reino Unido el 10 de junio de 1940: algunos mostraron entusiasmo, y otros, aprensión. A los últimos no les faltaban motivos para preocuparse.

Si el ataque a Francia fue un fracaso, la invasión de Grecia se tradujo en catástrofe. En lugar de la victoria rápida que habían previsto, las fuerzas

mal preparadas de Italia se vieron humilladas en los Balcanes por la superioridad del ejército griego. Los británicos, por su parte, los derrotaron en Libia y Etiopía. Hitler tuvo que intervenir para salvar la situación, y la facilidad con que expulsaron los alemanes al Reino Unido de Grecia, unida a los deslumbrantes logros militares obtenidos por Rommel en el África septentrional, cayó como sal sobre las heridas del orgullo fascista. En las cartas y diarios que cita Duggan se mezclan el compromiso para con la patria y el régimen, por un lado, y una dosis creciente de duda y escepticismo. Cuando el Duce fue a ver a los soldados enfermos de cierto hospital, lo recibieron con gritos de: «¡Asesino!» (la segunda visita resultó mucho más provechosa desde el punto de vista propagandístico, siendo así que habían cambiado a los pacientes por agentes de policía). El pueblo se negó a comprar los sellos de 50 céntimos en los que figuraban Hitler y Mussolini. «¡[Y]hasta nos obligan a lamerte el culo!», se quejaban.

Cuando Mussolini fue derrocado por el Gran Consejo Fascista tras la invasión aliada de 1943, se dieron en todas partes «estallidos de gozo colectivo» al decir de Duggan. El movimiento fascista desapareció sin dejar rastro. Tal como hace patente Córner, la experiencia cotidiana de su dominación había enajenado a la mayoría mucho antes de su desmoronamiento. En realidad, el régimen no había logrado nunca liberarse de las raíces que lo unían a la política municipal y regional, y se había convertido en vehículo de las ambiciones personales y financieras de los potentados locales. Si el nacionalismo decimonónico había tratado de «hacer italianos», la dictadura instaurada en el siglo XX se había propuesto «hacer fascistas»; y los dos fracasaron a la postre. Los italianos recibieron con vítores de alivio la noticia de la rendición ante los Aliados en septiembre de 1942; aunque acto seguido recibieron un brutal desengaño con la ocupación alemana y el arresto de la mayor parte del Ejército de Italia, a cuyos soldados mandaron a hacer trabajos forzados en las fábricas y los campos de la madre patria. El régimen acabó sumergido en la misma violencia civil que lo había visto nacer: cuando los alemanes rescataron a Mussolini de su cautiverio y lo instalaron en el gobierno títere septentrional de Saló, surgió un movimiento partisano de resistencia cuyas acciones provocaron represalias brutales de los leales con que aún contaba el Duce, ayudados por los alemanes. Murieron más de cincuenta mil personas,

incluidos Mussolini y Claretta, fusilados por los partisanos mientras trataban de huir al norte. A continuación, colgaron boca abajo sus cadáveres del cobertizo de una gasolinera de las afueras de Milán después de que los insultase, les escupiera y orinase sobre ellos una turba alborozada compuesta posiblemente en gran medida por quienes pocos años antes habían aclamado al Duce a voz en cuello.

# 15. HACIA LA GUERRA

«ES con Hitler y con sus intenciones —asevera Zara Steiner al principio de The triumph of the dark: European international history 1933-1939 (2011), su magistral contribución a la colección Oxford History of Modern Europe— con lo que debe empezar todo aquel que quiera estudiar la historia internacional de Europa.» En el momento mismo en que ocupó el cargo de canciller, él actuaba y el resto de hombres de estado reaccionaba.

Tenía claras sus pretensiones mucho antes de hacerse con el poder, y lo cierto es que impresionan por lo que tienen de ambiciosas. Hitler no era un estadista europeo convencional. Gobernado por las convicciones del darwinismo social en el ámbito de los asuntos internacionales, que veía como una lucha perpetua entre razas por la subsistencia y la supremacía, no dejaba de repetir a los altos mandos de sus fuerzas militares y navales que Alemania estaba llamada a conquistar Europa Oriental, a ampliar con sus tierras los colosales recursos agrícolas de la nación y a apartar a sus habitantes para hacerse con el «espacio vital» que necesitaba la raza germana. Francia, enemigo tradicional de Alemania a poniente, habría de ser sojuzgada para poder dominar Europa. Semejante plan no respondía, en ningún sentido, a la política exterior convencional de los alemanes, ni tampoco estaba determinado por los factores estructurales inherentes al sistema internacional del Viejo Continente desde el siglo XIX tal como han aseverado algunos.

Steiner admite que, por supuesto, la Alemania nazi no estaba dominada por una estructura monolítica definidora del programa que cumplía seguir, siendo así que en la cúpula del régimen había distintos grupos e individuos que seguían a menudo sus propios proyectos. Tal fue, en particular, el caso

de Joachim von Ribbentrop, que pasó de jefe de la sección de asuntos extranjeros del Partido Nazi a embajador ante el Reino Unido y a ministro de Asuntos Exteriores. «Presuntuoso, enérgico y vanidoso», en palabras de Steiner, Ribbentrop desarrolló una furiosa anglofobia que lo llevó a hacer cuanto estaba en su mano por disuadir a Hitler de buscar una alianza con lo que él definió como «nuestro enemigo más peligroso». Aguijado por lo que entendió como desaires durante el tiempo que sirvió en Londres, en donde su falta de tacto le valió el mal nombre de Von Brickendrop, acabó por hacer que Hitler abandonara la idea (el dirigente, no obstante, siguió albergando la esperanza de que los británicos se mantuvieran neutrales en el conflicto que se avecinaba).

Hermann Göring fue otro de los que siguieron su propio rumbo en ocasiones o consiguieron mudar el de Hitler hacia un lado u otro. Con todo, a la hora de la verdad, era el Führer—más que una mal definida «policracia»— quien decidía la política exterior de la nación. «El que Alemania estuviese encabezada por Bismarck, Guillermo II o Hitler supuso una diferencia vital en las medidas políticas que adoptó», observa Steiner. Hitler había declarado en Mein Kampf, el tratado autobiográfico que escribió a mediados de la década de 1920, que aquella tenía que «transformarse en una potencia mundial o dejar de existir». Una vez lograda la hegemonía en Europa, presagiaba en su «Segundo libro», empeñaría con Estados Unidos una lucha de poder por la dominación mundial. A fin de conseguir tal cosa, Alemania, que Hitler identificó con la raza «aria», tendría que hacer frente a sus archienemigos: los judíos, a quienes sus paranoicas fantasías políticas imaginaban sumidos en una conspiración internacional destinada a subvertir la civilización germana.

Cada vez se convenció más de que Estados Unidos representaba el epicentro de esta supuesta confabulación, y de que el capital judío operaba por intermedio de Franklin D. Roosevelt. Todo esto parecía estar hablando de guerra, no una limitada con objetivos circunscritos y en teoría racionales, sino una empeñada a una escala inimaginable y, cuando menos en parte, por sí misma. «Solo podemos salvarnos si luchamos», dijo a los jefes de sus fuerzas armadas en febrero de 1933. Las reglas comunes de la diplomacia tienen como fin último evitar el estallido y resolver conflictos internacionales mediante la negociación, pero Hitler no jugaba con estas

normas, por más que aseverase en público de forma reiterada que tal era su intención. Al resto de hombres de estado les costó mucho tiempo darse cuenta de ello, y sus juicios erróneos conforman el núcleo de este volumen relevante.

Neville Chamberlain, primer ministro del Reino Unido desde 1937 hasta 1940, ha tenido sus defensores, pero Steiner, sin lugar a dudas, no se cuenta entre ellos. El minucioso dominio que posee de la bibliografía y otras fuentes en alemán y francés le permiten formarse un juicio bien contextualizado de la política de apaciguamiento de aquel, consistente en dar a Hitler cuanto pedía con la esperanza de satisfacerlo. La autora lo presenta de forma convincente como un hombre de perspicacia e imaginación limitadas, propenso a menudo a hacerse ilusiones. Durante la crisis de Múnich se dejó llevar por el convencimiento de que cuanto deseaba Hitler era absorber la región germanohablante de Checoslovaquia, cuando en realidad buscaba la destrucción total del país, cosa que logró seis meses más tarde violando los acuerdos alcanzados en dicha ciudad.

Chamberlain también puso una carga demasiado onerosa sobre su propia capacidad. Tal como escribe Steiner, «la soberbia de sus ambiciones y su seguridad en sí mismo apenas tenían límite». Se obstinaba en no ver la realidad, y así, por ejemplo, creyó hasta el último instante que Mussolini ejercía sobre Hitler una influencia apaciguadora y restrictiva: «un juicio —afirma Steiner— equivocado de medio a medio». No tenía la menor idea de las ambiciones que albergaba el Duce respecto del Mediterráneo. Es cierto que Chamberlain adoptó desde 1936 un programa de rápido rearme, pero también que lo hizo por desalentar al dictador alemán, y no por prepararse para las hostilidades. En una fecha tan tardía como la del 23 de julio de 1939 dijo a su hermana: «Hitler ha comprendido que vamos en serio y que no es el mejor momento para emprender una guerra de consideración. En este sentido —concluía con una petulancia inefable— está actuando como esperaba de él… cuanto más se aplace la guerra, mayores son las probabilidades de que no llegue a producirse nunca». Dos meses más tarde, el Reino Unido estaba en el campo de batalla.

Anthony Edén, secretario británico de la Foreign Office, que se describiría más tarde a sí mismo como oponente resuelto de los nazis y de la política de apaciguamiento, no sale mejor parado de la evaluación de

Steiner. Esta opina que en su actuación respecto de Alemania se mostró «inseguro y muy confuso en su razonamiento», así como incapaz de «ofrecer una guía coherente», de modo que apenas resulta sorprendente que Chamberlain «montase en cólera… al ver que tenía que pasarse el día espoleándolo si quería que emprendiera acción positiva alguna». Siempre vacilante e indeciso, no se unió a Churchill y el resto de enemigos del apaciguamiento hasta después de dejar el cargo en 1938. A Lord Halifax, sucesor de Edén, lo manejó Chamberlain con más facilidad; sobre todo después de reorganizar el proceso de toma de decisiones de tal manera que recayera sobre él todo el control. Halifax adoptó la visión quimérica de un acuerdo general en Europa que había concebido Chamberlain y que incluía pactos de no agresión, seguridad colectiva y desarme (¡en 1938!), un programa que llevó al Führer a arrojar al rostro de Halifax que el gobierno británico vivía en «un mundo de fantasía poblado de ilusiones extrañas, aunque respetables». Steiner señala que a Halifax, «pese a la actitud de superioridad que usaba con Hitler y sus asesores, le venía muy grande el tratar con ellos».

Los defensores de Chamberlain y Halifax han aducido en ocasiones que la paz que consiguieron al sacrificar la integridad de Checoslovaquia otorgó al Reino Unido y a Francia el tiempo necesario para rearmarse. Entre las muchas bondades de este libro se cuenta una evaluación detallada del estado de preparación que poseían los ejércitos de las principales potencias europeas y el de su producción armamentística en diversos estadios del período que precedió a las hostilidades, y las cifras ponen de relieve que, de hecho, fue Alemania la que se benefició del año de calma que siguió al acuerdo de Múnich. La Wehrmacht se hallaba tan mal preparada para un conflicto general en septiembre de 1938, que los generales que la dirigían habían empezado incluso a jugar con la idea de arrestar a Hitler y dar marcha atrás en caso de que se hiciera demasiado real el peligro de una guerra en toda Europa. A menudo se olvida lo cerca que estuvo el continente de sufrir una matanza en aquel tiempo. Las autoridades enviaron a los niños británicos al campo y distribuyeron máscaras de gas entre los londinenses por si los alemanes efectuaban incursiones con bombarderos.

Steiner sostiene que, de haber sumado sus fuerzas a las francesas y haber amenazado con la guerra en vez de emprender negociaciones,

Chamberlain habría hecho recular tal vez a Hitler. La opinión pública, que se oponía con fuerza a la guerra, podría haber cambiado y haber secundado a los gobiernos británico y francés. Lo más seguro es que un conflicto militar hubiese propiciado un estancamiento, sobre todo si el ejército checo, tan moderno como eficaz, hubiese mantenido sus bien preparadas posiciones defensivas frente a un ataque alemán. Sin embargo, Steiner tiene que reconocer que, «como ocurre con tantos otros casos contra fácticos, los argumentos en favor de la guerra en 1938 parecen mucho más poderosos vistos desde el presente que en aquel tiempo». El estado mayor británico y el francés no habían entablado las conversaciones necesarias para coordinar la acción militar, y lo cierto es que ambas naciones sobrestimaban en gran medida el poderío de la máquina militar alemana. Por último, Chamberlain seguía creyendo en la posibilidad de un acuerdo de paz general europeo, y además, se había resuelto a evitar la guerra casi a cualquier precio.

El principal hombre de estado francés de aquel período, Edouard Daladier, no compartía semejantes ilusiones: tenía muy claro que Hitler tenía intención de destruir Checoslovaquia, así como que su palabra no era de fiar. «De aquí a seis meses —predijo correctamente tras el acuerdo de Múnich—, Francia e Inglaterra van a tener que enfrentarse a nuevas exigencias de Alemania.» A lo largo de la crisis trató de persuadir a Chamberlain de que mantuviera una postura firme. Uno de los altos funcionarios de la Foreign Office británica consideró que sus argumentos eran «una sandez espantosa». Al no ser capaz de construir un sistema viable de alianzas con los estados de la Europa Oriental, dotados de una extensión menor, los franceses se habían supeditado a los británicos. Tras el acuerdo, Daladier dijo a sus colegas: «No estoy orgulloso. Estaba convencido de haber incurrido en una capitulación miserable, y estaba en lo cierto».

Los dirigentes de la otra potencia europea de relieve que se enfrentaba al incansable expansionismo de Hitler durante la segunda mitad de la década de 1930, la Unión Soviética, no compartían la relativa clarividencia del primer ministro francés. Yósif Stalin hizo cuanto estuvo en sus manos por mantener a su nación al margen de cualquier guerra futura. Aunque había estado fabricando armamento a una velocidad de vértigo desde mediados de dicha década, seguía sin sentirse preparado, lo que en parte se debía al daño que había infligido al alto mando militar con las purgas y el

terror de 1937 y 1938. Pensaba que las potencias capitalistas de la Europa central y occidental estaban unidas por intereses comunes, y la debilidad que había revelado Chamberlain ante las exigencias de Hitler lo había convencido de que el Reino Unido y Alemania iban a acabar por firmar un acuerdo. Los empeños del gobierno británico en atraer a la Unión Soviética a una coalición contraria al Führer fracasaron en gran medida por los prejuicios anticomunistas de Chamberlain y Halifax, pero también por la comprensible inquietud de los estados del Este.

«El sentido común lleva a pensar que haber atacado [Hitler] Polonia frente a una alianza anglofrancosoviética habría sido un acto de desesperación», concluye Steiner. Sin embargo, el sentido común no se contaba entre los atributos del Führer, quien se describía como un jugador que siempre apostaba el todo por el todo. Sea como fuere, dicha coalición no llegó a materializarse. Stalin llegó a la conclusión de que el mejor modo de invertir su tiempo consistía en cerrar un trato con Alemania y dejar que las potencias capitalistas se enfrentaran entre sí. En su pensamiento predominaban los intereses pragmáticos y defensivos. Aquel no era el preludio de la Revolución mundial. Según comunicó al responsable de la Internacional Comunista, convenía no caer en la postura optimista en exceso que había adoptado el bolchevismo durante la «Primera Guerra Imperialista»: «Todos nos lanzamos hacia delante y cometimos errores … Hoy no debemos repetir la postura de los bolcheviques». Estaba convencido de que el pacto se mantendría si no provocaba a Hitler, aunque según subraya Steiner, todo eran ilusiones que «iban a costar muy caro a su nación en 1941», cuando los alemanes la invadieran sin advertencia alguna y, mediante la conquista de vastas extensiones de su territorio, infligieran pérdidas colosales al pueblo soviético, tanto militar como civil, antes de que los frenasen a la postre.

Cuando Hitler y Stalin firmaron su acuerdo, el sistema de relaciones internacionales había cambiado tanto que no guardaba relación alguna con el que había existido dos décadas antes. Tras la primera guerra mundial, los vencedores habían abrigado la esperanza de crear un modelo nuevo de relación entre estados, exento de negociaciones secretas y pactos bilaterales, y habían fundado para ello la Sociedad de Naciones, encargada de supervisar las disputas internacionales y resolver las crisis diplomáticas.

Las conversaciones relativas al desarme harían del mundo un lugar más seguro y ayudarían a evitar otro conflicto general destructivo. La llegada de Hitler al poder, no obstante, acabó con aquellas. Después de que las abandonara en 1933, no tuvo ningún sentido seguir con la Conferencia para la Reducción y la Limitación del Armamento, que se suspendió de forma indefinida en junio del año siguiente. La invasión italiana de Etiopía de 193 5 «dañó de forma irreparable a la Sociedad de Naciones», asevera Steiner. Antes de 1914, la invasión se habría pasado por alto por considerarse una empresa colonial de importancia menor, pero los nuevos principios de conducta internacional hicieron que adoptase una significación mucho más marcada. Mientras los hombres de estado prodigaban gestos rituales de indignación moral, el Reino Unido y Francia, de cuya cooperación dependía en última instancia la Sociedad de Naciones, aprobó la imposición de sanciones muy leves a los italianos, en tanto que entre bambalinas acordaban proponer la partición de Etiopía y la entrega a Italia de una porción nada desdeñable del país.

Cuando se filtró la noticia del acuerdo —el Pacto Hoare-Laval— a la prensa francesa, la oleada de protestas internacionales estuvo a punto de acabar con el gobierno británico. De haber hecho propósito serio de parar los pies a Italia, los británicos y los franceses podrían haberla bloqueado mediante el cierre del Canal de Suez. El fracaso de aquel acuerdo puso de relieve que la Sociedad de Naciones había dejado de ser un foro internacional eficaz a la hora de resolver disputas o hacer cumplir la paz. Reconociendo la realidad de la situación, votó a favor del fin de las sanciones. Italia, tras usar bombas de gas venenoso para destruir al ejército etíope desde el aire, ocupó con impunidad todo el país. Esto convenció a Hitler de que no tenía nada que temer a esas alturas de británicos ni franceses, y lo llevó a adelantar sus planes de remilitarización unilateral de Renania, con lo que acabó de finiquitar el tratado de paz de 1919. Por su parte, Mussolini se persuadió de que al fin era factible su ambición de crear un nuevo Imperio romano en el Mediterráneo. Tampoco esto pasaba de ser una ilusión: los recursos de Italia no se lo iban a permitir, tal como quedaría claro más adelante, cuando sus soldados fracasaran de forma ignominiosa a la hora de conquistar Grecia, Yugoslavia y el África septentrional.

En adelante, las relaciones internacionales se llevaron a cabo por mediación de las negociaciones bilaterales secretas de toda la vida que había querido abolir el tratado de paz de 1919. La escala de la intervención de Alemania, Italia y la Unión Soviética en la guerra civil española sin apenas restricciones sirvió para recalcar la impotencia de la Sociedad de Naciones. Aunque esta prosiguió sus programas relativos a los derechos humanos, la salud y el bienestar, también en este ámbito topó con no pocos fracasos cuando le llegó el momento de enfrentarse con el mayor reto de finales de la década de 1930: la oleada creciente de refugiados. Steiner advierte de la importancia que reviste el no incurrir en anacronismos a la hora de juzgar este asunto: «Pocos hombres de estado creían que la comunidad internacional tuviera que ocuparse de los casos de violación de los derechos humanos». La paz y la guerra se revelaron como las cuestiones más urgentes, y relegaron a la de los exiliados a los últimos puestos de la lista de lo que preocupaba al mundo.

Aun así, había que hacer algo. La posible llegada de un número elevado de desterrados judíos procedentes no solo de Alemania y en particular de Austria tras la anexión de marzo de 1938, sino también de Hungría y Rumania, provocó la convocatoria de una conferencia internacional en Evian en julio de 1938. Esta se debió no a la iniciativa de la Sociedad de Naciones, sino a una invitación de Roosevelt, y produjo escasos resultados. Las naciones fueron declarándose una tras otra atestadas de inmigrantes e incapaces de hacer nada. «Los discursos francamente antisemitas hicieron el caldo gordo a los nazis», escribe Steiner. La Sociedad de Naciones centralizó su programa en un alto comisionado para los refugiados hacia finales de 1938, aunque dicho cargo carecía de los fondos y los medios necesarios para negociar con los alemanes. Otras instituciones de las que cabía esperar cierto interés en brindar ayuda humanitaria, como el papado, consideraron que no tenían por qué preocuparse por los judíos.

Las distintas partes no empezaron a cambiar de actitud sino con los pogromos que llevaron a término los nazis a lo largo y ancho de su nación la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, cuando arrasaron las sinagogas de toda Alemania, destrozaron miles de comercios pertenecientes a judíos y arrestaron a treinta mil de estos para recluirlos en campos de concentración en los que recibieron un trato brutal y de donde solo los liberaron cuando

prometieron emigrar. Estos acontecimientos conmovieron a la opinión internacional. Chamberlain los calificó de «barbaridades», aunque lo cierto es que no se dio acción concertada alguna, y menos de parte de la Sociedad de Naciones. El Reino Unido hizo menos estrictas las restricciones a la hora de conceder visados, y en los meses siguientes, las organizaciones no gubernamentales y los particulares de esta y otras naciones europeas emprendieron cierta variedad de programas destinados a brindar protección a los judíos alemanes, y en particular a los menores de edad. Aun así, pese a que tales iniciativas salvaron a muchos de ellos, la escala de la ayuda seguía siendo modesta en extremo. Para Hitler, el conflicto bélico fue desde el principio, tal como afirma Steiner con razón, una «guerra de motivación racial» contra lo que la propaganda nazi llamaba ya en septiembre de 1939 «el colectivo internacional y plutocrático de los judíos», y lo cierto es que la opinión mundial no llegó nunca a reconocer del todo este hecho.

Si puede decirse que la primera guerra mundial comenzó en agosto de 1914 de resultas de una serie de malentendidos y errores de comunicación, de la segunda no cabe afirmar lo mismo. Sin embargo, aunque Hitler deseaba un conflicto bélico, la que estalló «no era —defiende Steiner— la guerra que había querido ni para la que estaba preparada Alemania». El Führer estaba resuelto a impedir que se repitiera el acuerdo de Múnich: no pensaba dejar que nada le impidiese invadir y conquistar Polonia como había ocurrido, al menos durante un tiempo, en el caso de Checoslovaquia. Cuando los ejércitos alemanes irrumpieron en marzo de 1939 en el resto de esta nación y conquistaron así por vez primera un territorio que no contaba con una mayoría de habitantes germanos, el Reino Unido y Francia —a los que la brutalidad del pogromo de 1938 había hecho ya adoptar una actitud mucho menos optimista respecto de la Alemania nazi y sus intenciones— repararon en que los designios de Hitler iban más allá de revisar sin más a favor de Alemania las condiciones del tratado de paz de 1919. Daladier había estado en lo cierto.

Británicos y franceses ofrecieron a Polonia y a otros países de la Europa Oriental garantías frente a una posible invasión alemana. Ambos gobiernos, viendo que el tratado de Múnich no había servido para nada, comenzaron a hacer planes militares serios. El Reino Unido hizo una estimación más realista, menos exagerada, del poderío del ejército alemán. Aun así, decidió

con Francia que no emprendería un ataque independiente a Alemania en caso de que esta invadiera Polonia, si bien ambas hicieron pensar a los polacos que tenían la intención de intervenir si ocurría tal cosa. Los franceses prometieron enviar a modo de ayuda militar cierto número de aeroplanos anticuados, y los funcionarios polacos cometieron la imprudencia de alentar esta postura relajada al alardear ante los británicos de su propia capacidad bélica. Una postura por demás temeraria, tal como la describe Steiner, aunque en realidad, con la firma del pacto entre Hitler y Stalin quedó sellado también el destino de Polonia.

Las semanas que precedieron al comienzo de la guerra convencieron a la opinión pública del Reino Unido y Francia que, pese a la aprensión que les provocaba tal hecho, se hacía imprescindible parar los pies a Hitler. Con todo, Chamberlain y Daladier seguían vacilando. Mussolini se mostraba renuente a todas luces a ponerse del lado de Hitler —de hecho, los italianos aguardaron varios meses antes de dar este paso—, y eso los llevó a pensar que tal vez podrían contar con su mediación para propiciar un acuerdo que evitara la guerra. Una vez más, comenta mordaz Steiner, Chamberlain y Halifax interpretaron erróneamente la naturaleza de las intenciones de Hitler: si pensaban que debía de haber un modo de resolver sin derramamiento de sangre las diferencias entre Alemania y Polonia era porque no se habían dado cuenta de que era precisamente sangre lo que buscaba el Führer. Tal como sostiene la autora, «Chamberlain, racional hasta la médula, no podía imaginar que nadie que estuviera en su sano juicio … pudiera querer la guerra. Este hombre firme, contenido y obstinado trató de convencerse hasta el último momento de que tenía que haber un modo de evitar la catástrofe que se avecinaba».

El primer ministro cometió un error garrafal al no saber interpretar el cambio de actitud que hizo patente la Cámara de los Comunes en 1938. Cuando apareció ante ella a raíz de la invasión alemana de Polonia fue para anunciar en términos vagos que estaba buscando la mediación de Mussolini en el conflicto. Casi lo hicieron callar a golpe de abucheos. El gabinete se reunió a la carrera sin él y lo obligó a presentar un ultimátum a los alemanes. Cuando cumplió el plazo impuesto sin que se retirasen, y en consecuencia, Chamberlain anunció al pueblo británico, durante un comunicado emitido por radio cuyos tonos sepulcrales delataban el hondo

desengaño que le había provocado la imposibilidad de una solución pacífica, que el Reino Unido se hallaba en guerra con Alemania. «Todo aquello por lo que he trabajado, todas las esperanzas que he albergado, todo aquello en lo que he creído durante mi vida pública —declaró ante los diputados— se ha hundido en la ruina.»

Aquella tampoco era la guerra que quería Hitler. Hasta el final mismo no perdió la esperanza de que británicos y franceses se mantuvieran neutrales, o cuando menos inactivos. El proceder de Chamberlain y Daladier no había hecho sino afianzar esta opinión. Cuando la situación comenzó a alcanzar un estado crítico, se volvió receloso y decidió diferir la invasión en el último momento, aunque al final optó por correr el riesgo. Sus asesores le advirtieron que el Reino Unido y el Imperio británico, junto con Francia y su imperio, y con el apoyo tácito de Estados Unidos, que empezaba a salir de su aislacionismo al reparar en que las ambiciones de Hitler iban a afectar seriamente a sus propios intereses a largo plazo, estaban llamados a salir victoriosos en caso de entablarse una guerra de desgaste. Los recursos de Alemania no podían compararse con los suyos a la larga, y por lo tanto, el momento más indicado era precisamente aquel, antes de que sus enemigos tuvieran tiempo de prepararse por completo. Así fue cómo comenzó el mayor conflicto bélico de la historia, que habría de prolongarse hasta 1945 y acabar con la vida de más de cincuenta millones de personas, que supondría la destrucción de Alemania y el desmoronamiento de los imperios europeos de ultramar, incluidos el británico y el francés. Y aunque en aquellos instantes eran pocos quienes podrían haber imaginado semejantes resultados, tampoco eran muchos quienes pensaran a la sazón que pudiera evitarse la guerra.

The triumph of the dark representa una segunda parte magistral de The lights thatfailed (2005), estudio no menos imponente en que Zara Steiner aborda las relaciones internacionales desde el final de la primera guerra mundial hasta la toma de poder de los nazis. La historia que ofrecen estos dos volúmenes está destinada a resistir el paso del tiempo, pues constituye una obra tan profunda como amplia, que abarca con igual autoridad las relaciones y los acontecimientos económicos, la producción armamentística, las negociaciones diplomáticas, el panorama político y las hostilidades. Su dominio de la bibliografía académica y la documentación

en varias lenguas resulta impresionante. Además, las páginas del libro están escritas con un estilo magnífico, cargado de juicios cáusticos, frases llamativas y acotaciones sarcásticas, y expresa con gran claridad secuencias de acontecimientos que suelen poseer una complicación notable. Se trata de una obra espléndida de erudición y crítica histórica autorizada y bien narrada, que sin lugar a dudas será durante mucho tiempo de referencia obligada para quien aborde aquellos años terribles.

# 16. NAZIS Y DIPLOMÁTICOS

## I

CUANDO CURT Prüfer, diplomático de carrera nacido en 1881, se sentó a meditar tras la segunda guerra mundial sobre su trayectoria profesional y su actuación en lo que había durado el Tercer Reich, pudo repasar poco menos de cuatro décadas de ascensión imparable en la jerarquía del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Este arabista, que había ejercido de oficial del servicio secreto en Oriente Próximo durante la Gran Guerra, fue subdirector de la División Angloamericana y Oriental del citado ministerio antes de ocupar el cargo de embajador en el Brasil en 1939. En 1942, tras la entrada de esta nación del lado de los Aliados, regresó a Berlín, pero su estado de salud, su edad y el miedo a la inminente derrota de Alemania lo empujaron a obtener un permiso para marcharse a vivir con su familia en Suiza, en donde recibió la confirmación oficial de su jubilación cuando estaba a punto de acabar el conflicto.[101]

Prüfer no contempló su existencia pasada con nostalgia ni con satisfacción. Pese a sus orígenes relativamente humildes, su dominio de las lenguas semitas y sus conocimientos del mundo árabe lo habían llevado muy temprano a formar parte de la minoría selecta conservadora cuyos valores y creencias imperaron en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante la década de 1920. Sin embargo, a su decir, en tiempos de Hitler este grupo privilegiado se había visto apartado por principiantes más jóvenes que ellos introducidos con calzador por los nazis. Gozaban de una prominencia particular en la División de Alemania (la Abteilung Deutschland), responsable entre otras cosas del enlace con el Partido Nazi y

la SS. En su opinión, todo aquello generaba un papeleo innecesario y perturbaba el correcto funcionamiento del servicio diplomático. Los nazis que puso en el ministerio Joachim von Ribbentrop, hombre del partido que había sustituido al conservador Konstantin von Neurath al frente de la institución en febrero de 1938, eran para él simples diletantes que debían su nombramiento más a su compromiso ideológico que a su experiencia. Advenedizos como el subsecretario de Estado Martin Luther no sabían nada de asuntos exteriores, y estaban arruinando secciones fundamentales del departamento, incluidas la de espionaje y la consagrada a Oriente. La antigua flor y nata de la diplomacia germana, insistía, había mantenido una actitud profesional y correcta, hostil a Hitler y recelosa de su temeridad política. No podía culparse al pueblo alemán del principio de la guerra, puesto que había sido una camarilla de nazis belicosos lo que lo había predispuesto de manera sistemática a ella. Daba a entender que, si los hubiesen dejado seguir con su trabajo, los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores se las habrían compuesto para resolver de forma pacífica la crisis europea.[102]

A la hora de recordar su pasado, Prüfer contaba con la ventaja colosal que le brindaba la posibilidad de remitirse al diario que había elaborado durante toda su vida. Dado que era punto menos que el único diplomático de relieve que hizo tal cosa, este documento posee un valor único en cuanto fuente de información. En muchos de los fragmentos que cita en el libro que preparó para dar a la prensa acabado el conflicto se hacen patentes su desilusión con el régimen nazi y con su dirigente. Así, el 19 de julio de 1943, al hablar del espectacular descalabro de la fortuna militar de Alemania, notorio sobre todo en Italia, escribía:

> Quizás el motivo último de este revés terrible sea que el ocaso de los dioses se halla ahora sobre la masa del pueblo que siguió a Hitler con una fe tan ciega. Está claro que se ha elegido el camino erróneo, que nos han embaucado a todos y que hemos ofrecido sacrificios inimaginables a un falso ídolo, y que estos no van a brindarnos recompensa alguna: solo castigo. La conciencia de todo esto ha consumido nuestro valor, estrangulado nuestro entusiasmo y suscitado dudas sobre lo justo de nuestra causa.[103]

Prüfer se mostraba también muy crítico con las medidas adoptadas por los nazis para con los judíos, sobre las que, según aseveraba el 16 de octubre de 1942, había oído historias «tan terribles que dimos por sentado que debía de tratarse de propaganda negativa o cuando menos ser fruto de la exageración».[104] El 21 de noviembre de aquel año escribió que las historias relativas al exterminio de aquellos iban a causar a Alemania «un daño indescriptible» «si corresponden de veras a los hechos». En lo tocante a los judíos, «todo el mundo habla de ellos con gran compasión».[105] En otra ocasión apuntó: «La persecución de estos inocentes, a los que están aniquilando por la sencilla razón de que su existencia no se conforma con la proyección ideal de la cosmovisión [Weltanschauung] nacionalsocialista, supone un gran peso en la conciencia de todo aquel que tiene noticia de ella». Por desgracia, la coacción y el «juramento de lealtad» habían mantenido a raya a todo el mundo —incluidos, claro, él mismo y el resto de diplomáticos—. La mayor parte de los alemanes, según escribió el 19 de julio de 1943, quería ver a Hitler derrocado, «pero en tanto el enemigo insista en obtener la rendición incondicional… la nación va a seguir resistiendo».[106] Por lo tanto, la falta de resistencia al régimen era, esencialmente, culpa de los Aliados.

Es una lástima que Prüfer no escribiera ninguna de estas palabras en sus diarios originales: en realidad, los añadió en 1946, pensando en sus lectores posteriores. Lo que recogió de veras en la entrada correspondiente al 19 de julio de 1943 citada arriba fue: «El Führer es un hombre grande, muy grande, que ha convertido nuestra nación (enfrentada a la sazón a la ruina) en la más poderosa de la tierra». La decadencia de Alemania ofrecía «una visión terrible, porque yo me había convertido con total sinceridad a algunas de las hermosas ideas del nacionalsocialismo».[107] El texto del 16 de octubre de 1942 en el que manifestaba su escepticismo acerca del exterminio de los judíos no existía en el original: lo escribió en 1946; ni tampoco el del 21 de noviembre contenía una sola palabra acerca de estos.

La manipulación que hizo Prüfer de sus propios diarios se debió, de hecho, en gran medida a su hondo antisemitismo. Su convencimiento de que existía una conspiración judía destinada a poner Alemania boca abajo se manifestó durante la huelga general que acabó con el golpe de estado de Kapp en 1920. Caminando por las calles de Berlín, topó con grupos de

gente «que debatían por todas partes. Los portavoces son casi todos judíos, y se conducen como si fueran amigos del pueblo. Resulta repugnante ver cómo los idiotas de los alemanes se dejan engatusar por el judaísmo internacional». Él tenía clarísimo que la huelga había sido «cosa de judíos».[108] Su antisemitismo tenía también una vertiente práctica: durante la era nazi corrió a ocultar que su esposa tenía un converso entre sus antepasados, para lo cual hubo de sobornar a un funcionario a fin de que suprimiera el dato de los registros oficiales, y más tarde no mostró aprensión alguna a la hora de comprar bienes «arianizados» en Baden-Baden.[109]

El 14 de abril de 1943 escribió sobre «el odio abismal de los judíos para con todos los gentiles de Europa», y se preguntaba: «¿Cómo va a haber nunca paz si ellos son los consejeros de nuestros enemigos?».[110] Cuando el 22 de noviembre de 1942 dice tener conocimiento del asesinato masivo de judíos que se está produciendo en el Este («hoy hasta los niños están informados aun de los detalles más insignificantes») no dice nada de si es o no ético, y en la versión revisada sustituye el comentario por la expresión de duda citada más arriba («si corresponden de veras a los hechos») y por el cuento de la compasión del pueblo respecto de las víctimas.[111] Una de las principales ocupaciones que tuvo Prüfer durante la guerra tras su regreso del Brasil consistió en tratar, en calidad de experto en asuntos árabes, con el gran muftí de Jerusalén, Hāŷŷ Amīn al-Hussaynī, a quien defendió de las intrigas de su rival Raŝīd ʻÁlī al-Kaylānī, nacionalista iraquí huido a Alemania después de que fracasara el alzamiento emprendido contra los británicos en 1941. El muftí, escribió Prüfer en su diario original el 17 de julio de 1943, «seguía insistiendo en "librarse de las colonias judías de Palestina"», con lo que se refería, tal como dijo a Hitler el propio al-Hussaynī en otra ocasión, a exterminar a quienes las habitaban. Aun así, esta entrada se eliminó a la hora de dar los diarios a la prensa.[112]

Prüfer no publicó los originales: después de revisarlos, paró mientes en que incriminarían a su antiguo jefe Joachim von Ribbentrop, a quien estaban juzgando en Núremberg por crímenes de guerra. En cambio, los guardó para que a su muerte, ocurrida en 1959, pasaran a su hijo, quien al final los puso a disposición de los estudiosos. Resultan muy interesantes no solo por mostrar el modo cómo manipuló la historia para dar a entender que él y a la minoría selecta de diplomáticos a la que pertenecía se habían

mantenido políticamente neutrales durante el Tercer Reich, habían despreciado a Hitler y al resto de la cúpula nazi, habían sabido poco o nada con exactitud del genocidio de los judíos y habían condenado —por cuanto sí sabían— a los nazis por su antisemitismo, ideología que ellos, como el grueso del pueblo alemán, no habían compartido. La biografía de Prüfer y la historia de sus diarios adulterados pueden tomarse como un ejemplo espectacular de cómo es posible manipular lo ocurrido y fraguar leyendas. El autor de aquellos textos no solo fue incapaz de aprender del pasado, sino que se consagró a encubrirlo de forma activa.

## II

¿En qué grado fue común la actitud de Curt Prüfer? ¿Hasta qué punto ocultaron los diplomáticos de la antigua escuela que sirvieron en el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores su propia participación en los crímenes del nazismo? ¿En qué medida estuvieron implicados, sea como fuere? Décadas después del final de la guerra, el organismo al que pertenecían seguía mostrándose muy poco inclinado a hacer frente a estas preguntas. Tras volver a instaurarse en Alemania Occidental en 1951, resumió su historia de 1933 a 1934 con tres oraciones en un panfleto publicado en 1979:

> El Ministerio de Asuntos Exteriores opuso una resistencia resuelta y persistente a los planes del régimen nazi, sin ser capaz, no obstante, de evitar lo peor. Permaneció mucho tiempo ejerciendo en calidad de institución «apolítica» y estuvo considerado entre los nacionalsocialistas un foco de oposición. En el vestíbulo del nuevo Ministerio hay una placa conmemorativa en recuerdo de aquellos de sus funcionarios que dieron su vida en la lucha contra el régimen de Hitler.[113]

Puede decirse que esta exposición de los hechos se convirtió en dogmática en el seno del organismo y siguió siéndolo hasta finales del siglo XX y aun más allá. Aunque hubo quien lo puso en duda en diversas ocasiones, todo apunta a que los intentos de poner a aquel en la picota en

cuanto herramienta del nazismo no hicieron mella alguna en su memoria colectiva.

En 2003, tal como acostumbraba, el Ministerio de Asuntos Exteriores publicó en su revista interna un respetuoso obituario en honor de cierto diplomático de carrera fallecido: Franz Nüßlein, antiguo cónsul general en Barcelona. Su lectura llevó a Marga Henseler, traductora retirada de dicha institución, a protestar ante el ministro Joschka Fischer, integrante del Partido Verde y antiguo activista radical, y ante Gerhard Schröder, dirigente socialdemócrata del gobierno de coalición, porque la necrología pasaba por alto que Nüßlein había ejercido durante las hostilidades de fiscal del Estado en la Praga ocupada por Alemania, en donde, entre otras cosas, había tenido que analizar las peticiones de clemencia de los checos condenados a muerte por su participación en la resistencia. A su decir, había rechazado más de un centenar de ellas. En 1948, un tribunal checo le había asignado una pena de veinte años de cárcel antes de devolverlo a Alemania en 1955 en calidad de criminal de guerra no amnistiado. Tras aseverar que solo había estado «internado», NüBlein solicitó con éxito una satisfacción en cuanto prisionero de guerra liberado de forma tardía. Merced a sus conexiones personales, había obtenido de forma casi inmediata un puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en donde tuvo varias ocupaciones, incluida la de atender a las reclamaciones de indemnizaciones por despido improcedente.[114] Pese a la amplia publicidad que había recibido su pasado nacionalsocialista a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, organizada por los servicios de propaganda de Alemania Oriental, pero apoyada por un antiguo diplomático de la RFA al que NüBlein había negado la compensación económica que solicitaba por haber sido despedido por los nazis el diplomático mantuvo su puesto hasta jubilarse en 1974.

El ministro de Asuntos Exteriores Fischer, escandalizado ante el hecho de que a alguien con semejante pasado pudiera dedicársele una semblanza tan respetuosa que, para colmo, callaba por completo sus crímenes pasados, prohibió la publicación de ningún obituario más a la memoria de antiguos miembros del Partido Nazi por parte del ministerio. Al año siguiente murió Franz Krapf, antiguo embajador de Alemania ante el Japón y jefe de la delegación germana en la sede de la OTAN, y como quiera que había pertenecido no ya al Partido Nazi, sino también a la SS, en virtud de la

orden dada por Fischer no hubo necrológica alguna en la revista del organismo. Pues bien: los diplomáticos jubilados reaccionaron con furia ante lo que consideraban, según lo expresó la protesta de uno de ellos, un desaire indecoroso por parte de Fischer. Entre quienes habían servido en la resistencia contra Hitler dentro del ministerio los había que, como Adam von Trott zu Solz, por ejemplo, habían pertenecido al Partido Nazi. ¿También a ellos se les habría denegado un obituario en caso de haber sobrevivido? El propio Krapf, alegaban, había sido amigo íntimo de otro funcionario, por nombre Erich Kordt, que se había opuesto a Hitler durante toda su vida y había informado a los tribunales tras la guerra de los lazos que unían a Krapf con la resistencia al nazismo. Indignados por la prohibición, 128 funcionarios retirados firmaron una extensa noticia de deceso en el periódico conservador Frankfurter Allgemeine Zeitung a fin de honrar la memoria de Krapf con gran consideración.[115]

El ministro no podía permitirse obviar semejante acto de rebelión, y en consecuencia, encargó a cierto grupo independiente de historiadores profesionales un estudio sobre «la historia del Ministerio de Asuntos Exteriores en el período nacionalsocialista, el modo con el que ha afrontado su pasado tras la reinstauración del organismo en 1951 y la cuestión de la continuidad o discontinuidad de sus diversos integrantes tras 1945».[116] Entre quienes conformaban dicha comisión en un primer momento se contaban dos profesionales conservadores de amplia experiencia, Henry Ashby Turner y Klaus Hildebrand, que hubieron de renunciar, sin embargo, por motivos de salud y dejar a los alemanes Eckart Conze y Norbert Frei, el estadounidense Peter Hayes y el israelí Moshe Zimmermann al cargo de la investigación y la redacción del informe. Todos ellos tenían experiencia en la era nazi y los años de posguerra, pero todos eran, asimismo, hombres por demás ocupados, y en consecuencia, delegaron a su vez en 12 colegas la labor que se les había encomendado, a los que se sumaría otro más para encargarse de la edición. Aunque no está del todo claro cuál fue la función que cumplieron al final en el proyecto los cuatro historiadores veteranos, todo apunta a que en la práctica fue mínima, y de hecho, dan muestras de una honradez encomiable al relacionar al final mismo del volumen el nombre de los autores reales y los pasajes de los que son responsables. Al mismo tiempo, sin embargo, la eliminación fortuita de los dos historiadores

más conservadores y añosos de la comisión original (Turner y Hildebrand) puso la dirección del proyecto en manos de una generación más joven de historiadores con una actitud bien diferente, en tanto que la investigación y redacción quedaron al cargo de hombres y mujeres que por lo común pertenecían a una quinta más moderna aún. Esta circunstancia tuvo marcadas consecuencias en las interpretaciones que presentó a la postre el libro, publicado al fin durante el otoño de 2010 con el título de Das Amt und die Vergangenheit («El ministerio y el pasado»).

A esas alturas, aunque hacía ya tiempo que la coalición entre socialdemócratas y verdes había cedido el paso a un gobierno más conservador y Fischer no ocupaba ya, por tanto, el cargo de ministro, durante la presentación del libro no dudó en declarar triunfante que aquel era el obituario que se habían ganado de veras los diplomáticos. Durante una entrevista concedida a Der Spiegel, Eckart Conze resumió en estos términos los hallazgos del volumen: el Ministerio de Asuntos Exteriores «había participado en cuanto institución en los violentos crímenes nacionalsocialistas incluido el asesinato de judíos. En este sentido, por lo tanto, puede considerarse una organización criminal». Esto lo deja a la altura de la SS, condenada por tal durante los juicios de Núremberg. Conze iba más allá, y declaraba que la mayoría de los diplomáticos y demás funcionarios «ya entendieron la toma de poder nazi de 1933 como algo semejante a una redención».[117] Lejos de ser «apolíticos», se revelaron como enemigos de la democracia, y lo bastante antisemitas para hacerlos concordar con las medidas que emprendieron los nazis contra los judíos. La sustitución de Neurath por Ribbentrop no supuso diferencia alguna. La vieja guardia de los diplomáticos profesionales era tan mala como la nueva hornada de funcionarios nazis, y solo una proporción diminuta de ellos participó en algún género de resistencia.

La publicación del libro causó un revuelo terrible en los medios de comunicación. La extensísima propaganda que recibió su lanzamiento, sobre todo mediante la presencia de Fischer y otros políticos veteranos, ayudó —junto con la claridad y la amenidad innegables de su estilo— a convertirlo en un éxito de ventas. Las reacciones iniciales de la prensa fueron positivas hasta extremos abrumadores,[118] y sin embargo, no hubo que esperar mucho para que los críticos comenzaran a señalar lo

generalizado de sus conclusiones, los innumerables errores de detalle presentes en su investigación y la falta de objetividad y de apoyo en indicios de que adolecían sus argumentos. Jan Friedmann y Klaus Wiegrefe, colaboradores de Der Spiegel, se quejaron de que el volumen se refería de manera repetida a «los» diplomáticos como si hubiesen estado todos implicados en el nazismo en igual grado, o de que equiparaba el hecho de tener noticia de las matanzas con el de aprobarlas o aun ser responsable de ellas.[119]

Rainer Blasius, historiador y periodista, censuró la obra de la comisión por considerar que «vulnera las normas académicas y alimenta prejuicios». Hacía caso omiso casi por entero del papel representado por los diplomáticos individuales en la resistencia al Filhrer, y daba en todo momento la peor interpretación posible a su conducta. Repetía antiguos mitos propagandísticos inventados por la RDA con la intención de desacreditar a Alemania Occidental.[120] También hubo críticos que subrayaban que, si bien aquella quería hacer ver que su investigación había superado por vez primera toda una serie de tabúes, lo cierto es que, de hecho, ya se había dado cierto número de estudios académicos serios sobre la participación del Ministerio de Asuntos Exteriores en el Holocausto, entre los que destacaban sobre todo los de Christopher Browning[121] y Hans-Jürgen Doscher, quien había publicado también una obra de gran relevancia sobre la institución y los años de la posguerra.[122] También se criticó mucho la falta de referencias a otras obras secundarias de importancia.[123] Hans Mommsen y Johannes Hürter censuraron el hecho de que la comisión se centrara en el Holocausto en menoscabo de otros asuntos, y se quejaron, una vez más, de la tendencia del libro a formular juicios generalizados e indiferenciados.[124] Mommsen añadía que ninguno de los cuatro editores era experto en la historia del exterminio de los judíos, aserto por demás injusto,[125] siendo así que Peter Hayes ha publicado obras de investigación de relieve sobre la implicación de compañías como la IG Farben o la Degussa, y Norbert Frei es uno de los pocos historiadores veteranos que quedan en Alemania que han escrito por extenso sobre el Tercer Reich, en tanto que la parte principal del libro, sobre el período de posguerra, requería sin duda la pericia de un estudioso como Eckart Conze, autor de una historia reciente de Alemania desde 1945.[126]

Con todo, dicho juicio sí puede aplicarse con razón a cierto número de los investigadores que escribieron el libro en realidad, y entre los que se encontraban académicos de gran juventud que ni siquiera habían concluido su doctorado.

El que los cuatro responsables no redactaran de hecho el libro no les ha impedido acudir corriendo en su defensa. Moshe Zimmermann acusó a Hürter en particular de ejercer de portavoz del Instituí für Zeitgeschichte, organismo muniqués conservador que, a su decir, se había resuelto a la sazón a exculpar a la flor y nata de la Alemania de aquel tiempo. A esto añadía que resultaba incomprensible que acusase a los autores de centrarse demasiado en el Holocausto: quienes criticaban el libro estaban haciendo una campaña política a fin de dar prestigio al Ministerio de Asuntos Exteriores de la década de 19 5 o y desacreditando a los editores de Das Amt und die Vergangenheit por ser forasteros.[127]

Si bien estos cargos podrían tener cierta credibilidad por lo que respecta a algunos críticos,[128] no parece que tenga sentido acusar a Hürter de hablar en nombre del Institut für Zeitgeschichte o de tratar de excusar a las viejas élites —siendo así que ha firmado un estudio crítico de consideración sobre el cuerpo de oficiales del Ejército durante el Tercer Reich que no puede tildarse precisamente de exculpatorio—, y en cualquier caso otros críticos, y en particular Mommsen, no tienen conexión con dicho instituto ni interés conservador alguno. El adscribir motivos políticos a los críticos no constituye respuesta alguna a sus opiniones. Las cuestiones que plantean son muy serias y deben abordarse de frente. Cualquier debate relativo al libro, pues, deberá preguntarse: ¿tienen razón sus detractores?, y en caso afirmativo, ¿equivalen sus críticas a una justificación de la postura tradicional del Ministerio de Asuntos Exteriores respecto de la función desempeñada durante el Tercer Reich y el tratamiento que de ella ha hecho en décadas posteriores?

## III

La sección que abre el volumen, firmada por Lars Lüdicke, a la sazón estudiante de doctorado de la Universidad de Potsdam y autor de un estudio breve sobre la política exterior de Alemania de 1933 a 1945 publicado en

2009 [129] y muy vinculado, evidentemente, al extenso artículo con que colabora en Das Amt und die Vergangenheit, trata el período anterior al comienzo de la guerra. En ella dedica no poca atención a las estructuras internas y la política de personal del Ministerio de Asuntos Exteriores, y afirma de manera convincente que los empeños efectuados en la República de Weimar con el fin de modernizar la institución fueron un fracaso. En 1933, el tramo superior del escalafón seguía dominado por diplomáticos que se habían formado en tiempos del káiser. Muchos de ellos eran aristócratas, y compartían los prejuicios de su clase respecto de la democracia, el igualitarismo, la reforma… y los judíos. Muy pocos de ellos optaron por dimitir cuando llegaron los nazis al poder. Friedrich von Prittwitz und Gaffron, embajador en Washington y demócrata convencido, representó una excepción solitaria en los altos cargos del servicio diplomático, porque, si bien algunos de sus colegas acariciaron también la idea de hacer otro tanto, él fue el único que puso en práctica sus principios. La inmensa mayoría, defensores declarados del imperialismo y el expansionismo, acogió con los brazos abiertos el advenimiento de los nazis, a los que no veían como un partido «político» en el sentido en que lo eran, por ejemplo, los socialdemócratas. El Ministerio de Asuntos Exteriores colaboró de grado con los nacionalsocialistas a la hora de señalar a los funcionarios judíos y aplicar la ley del 7 de abril de 1933 que obligaba a la mayoría de estos a renunciar a sus puestos, contentó al régimen refutando las noticias que publicaba la prensa extranjera sobre las atrocidades antisemitas que se estaban cometiendo en Alemania y participó de forma activa no solo en la revocación de la ciudadanía de gentes contrarias al régimen como Albert Einstein, sino también en la estrecha supervisión de sus actividades en el exilio. Aun así, todas estas actividades podían defenderse a la sazón como parte de la labor habitual de un Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo que no era normal no eran sus funciones, sino la naturaleza del régimen al que servía. Como ocurría en otras instituciones fundamentales, como el cuerpo de oficiales, el profesorado universitario o la judicatura, parece bastante legítimo, dados el terror y la coacción que se daban en Alemania durante la primera mitad de 1933, emplear el término Selbstgleichschaltung («autoconformismo») para describir este proceso de adaptación más o menos voluntaria.[130] Los funcionarios no tardaron en adoptar el «saludo alemán» y en jurar lealtad personal al Führer. Nada de

esto debería resultar sorprendente en particular. La comparación con la profesión legal, en donde perdieron su trabajo cuatro mil abogados en 1933, o la médica, que conoció dos mil despidos, solo demuestra lo escaso que era el número de judíos y activistas políticos de izquierda o liberales que había logrado acceder al Ministerio de Asuntos Exteriores.[131]

Así y todo, los nazis no tenían bastante con semejante resignación, y menos aún Joachim von Ribbentrop, quien se había erigido en experto del partido en política exterior. Desde 1933, el ministerio creció con gran rapidez, hasta el punto de alcanzar las 2.665 personas en 1938 y las 6.458 cuatro años después.[132] Por su parte, el número de los altos funcionarios pasó de 436 a 596 entre 1933 y 1939.[133] Durante esta expansión fueron muchos los jóvenes comprometidos con el nazismo que entraron a formar parte del organismo. Los más, sin embargo, ocuparon cargos de importancia relativamente menor, tal como muestra Jan-Erik Schulte, experto en la SS y autor de una excelente monografía sobre su imperio económico,[134] quien en la sección final del libro dedicada a los años de paz, sostiene que Ribbentrop tenía una relación mucho más estrecha con los nuevos que con los veteranos.[135] Al menos 28 de quienes integraban el departamento que dirigía (la Dienststelle Ribbentrop) entraron en él en tiempos de paz. Cada vez fue mayor el número de los funcionarios situados en cargos de relieve que se hicieron del Partido Nazi, si bien tal hecho no comportaba de forma necesaria adherencia a sus creencias centrales. Heinrich Himmler y la SS trataron de ganar influencia mediante el expediente de asignar puestos en la organización a funcionarios prominentes, lo que los obligaba a abrazar, cuando menos de cara al público, sus ideas y principios.[136] Lüdicke concluye su colaboración arguyendo que, pese a estos cambios, la vieja minoría selecta siguió dominando los cargos más elevados de la entidad, sobre todo en embajadas y consulados. Fue durante la guerra cuando aumentó de forma marcada el número de quienes ocuparon puestos de mayor categoría por motivos ideológicos. Al mismo tiempo, la vieja élite no permaneció inmune a la influencia del nazismo, y muchos de cuantos la conformaban —podría citarse aquí el ejemplo de Curt Prüfer— aplaudían o aprobaban las posturas antisemitas del régimen u optaron por guardar silencio al respecto mientras seguían aplaudiéndolas en el extranjero.

Estos hallazgos resultan convincentes e iluminadores, aunque nada sorprendentes. No obstante, la parte de Lüdicke posee una serie de puntos débiles nada desdeñables. En primer lugar, el autor exagera en ocasiones la importancia del Ministerio de Asuntos Exteriores en aspectos importantes de la política nacionalsocialista. Después de describir los informes sobre escritos de prensa antinazis y sobre las acciones emprendidas en Estados Unidos los primeros meses de 1933, por ejemplo, llega a la conclusión de que brindaron la excusa decisiva para el boicot antijudío del primero de abril de aquel año a instancia de Hitler y Goebbels,[137] cuando, en realidad, ninguno de estos necesitaba leer la documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores para saber qué estaba ocurriendo al otro lado del Atlántico: les bastaba con leer los diarios. Lüdicke no aporta prueba directa alguna en la que apoyar su aserto. La idea de un boicot llevaba cuando menos dos años rondando sus cabezas, y en el momento en que se remitieron los despachos que él presenta como decisivos, entre el 26 y el 29 de marzo de 1933, ya hacía dos semanas que habían comenzado los preparativos. El Gabinete lo había debatido el día 24, y dos días después se tomó la determinación definitiva.[138]

De un modo similar, Lüdicke atribuye al ministerio buena parte de la responsabilidad relativa a la introducción de las leyes antisemitas de Núremberg en septiembre de 193 5, y recurre para ello a la declaración hecha por el secretario de Estado Bulow durante una reunión del 20 de agosto de 193 5 para advertir de que las acciones espontáneas contra los judíos estaban dañando la imagen exterior de Alemania.[139] Aun así, tampoco a este respecto es posible demostrar nada. Si dentro de la Administración existió alguna fuerza motora, tuvo que ser sin duda Hjalmar Schacht, ministro de Economía del Reich, pero lo cierto es que el impulso fundamental correspondió al mismísimo Hitler, quien ya había tomado medidas para atajar la violencia individual contra los judíos el 8 de agosto de 193 5 y consideraba dichas leyes un modo de neutralizar a los «radicales» que quedaban en el seno del partido.[140]

El trato que otorga Lüdicke a estos dos casos apunta a otro punto flaco de su contribución, ya que, como en muchos de los demás capítulos de Das Amt und die Vergangenheit —aunque no en todos—, se omite consultar las fuentes secundarias de relieve. La documentación archivística que sirve de

base a la investigación debía haber estado respaldada por una evaluación sistemática de la obra académica llevada a cabo por otros en lo tocante a los asuntos que se discuten. En particular, deja mucho que desear el estudio de la bibliografía en lengua inglesa. Hace mucho que la investigación relativa a la Alemania nacionalsocialista ha adquirido carácter internacional, y tal circunstancia se hace más evidente en su política exterior que en ningún otro aspecto. Pese a todo, aun cuando brillen por su ausencia las citas de determinadas obras de consulta obligada, a menudo faltan también obras más especializadas. Un ejemplo de esto lo constituyen el diario y la biografía de Curt Prüfer con que comenzaba el presente capítulo. A despecho de su relevancia evidente, no se recogen en ninguna de las notas ni en la bibliografía del volumen, y de hecho, se diría que sus autores las desconocen por completo. Tal vez su omisión se deba a lo ajustado de los plazos a los que hubieron de ceñirse los investigadores, o quizá sea resultado de la idea que tenían sobre cómo debían abordar su labor, que consideraron consistente en sumergirse, sin más, en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Sea como fuere, significa que el libro queda, en un sentido de vital importancia, por debajo de los mínimos académicos que cabría esperar de un informe de tanta entidad.

Un tercer aspecto no menos problemático de la contribución de Lüdicke es que omite abordar asuntos de política exterior y diplomacia. Se trata de una carencia nada desdeñable a la hora de tratar los años de paz, dado el protagonismo que cobraría más tarde para la fiscalía en los crímenes de guerra de 1945 en adelante. Tal como señala Astrid Eckert al estudiar el proceso de los criminales de guerra más destacados de Núremberg, incluidos Neurath y Ribbentrop, ministros de Asuntos Exteriores nazis ambos: «En el núcleo mismo de la acusación subyace la idea de una conspiración criminal que allanó el terreno a la guerra alemana de agresión y de la que se esperaba que desembocase en la dominación alemana de Europa y, al cabo, del mundo». Los manejos diplomáticos que llevó a término el ministerio estando ellos al frente, pese a no tener una naturaleza necesariamente criminal, adoptaron tal carácter al hallarse incluidos dentro de dicha conspiración. Dos años más tarde, en el «juicio a la Wilhelmstraße», hubo de enfrentarse a los mismos cargos una serie de diplomáticos de relieve. A esas alturas se hacía notar ya la influencia de una

guerra fría que daba sus primeros pasos, y los acusados —el antiguo secretario de Estado Ernst von Weizsäcker, seguido por otros muchos integrantes de la vieja élite diplomática— consiguieron convocar un número nutrido de valedores que testificó en favor de su inocencia y logró que solo se hallara culpables a tres de ellos de acometer una guerra de agresión (dos de las sentencias, además, se anularon más tarde). El tribunal desestimó la imputación de conspiración, y los 48 cargos a los que se enfrentaban ocho acusados se tradujeron en solo 15 veredictos de culpabilidad, en su mayoría por crímenes de lesa humanidad.[141]

Aun así, dado que Eckert critica con no poco motivo el proceso por su extrema indulgencia, y por lo tanto, considera presumiblemente que los acusados eran, de hecho, culpables junto con muchos otros de los altos funcionarios del ministerio de conspirar a fin de emprender una guerra de agresión en violación del Pacto Briand-Kellogg, del que Alemania había sido signataria, resulta pasmoso que las primeras partes del libro no mencionen la participación del Ministerio de Asuntos Exteriores en estas actividades, bien antes, bien después de septiembre de 1939. Aun si reconocemos que los autores tuvieron que ceñirse a las instrucciones de investigar los crímenes cometidos por aquel y por sus integrantes, en lugar de escribir una historia general de la institución, no deja de sorprender que hayan hecho caso omiso de los preparativos de una guerra de agresión ilegal y criminal, en comparación con la cual resultan insignificantes asuntos a los que Lüdicke dedica una gran cantidad de tiempo, como la supervisión de los emigrados y aun el despido de funcionarios que el régimen tenía por judíos. El motivo de tan singular omisión, tal como ha apuntado Johannes Hürter, es más extraordinario aún si se tiene en cuenta que el ámbito clásico de la diplomacia, que se halla en el corazón mismo de esta actividad criminal, seguía dominado por las viejas minorías selectas.[142]

## IV

El enfoque exclusivo del libro en la participación del Ministerio de Asuntos Exteriores en la persecución y, a la postre, el exterminio de los judíos de Alemania y de Europa se hace aún más marcado en las secciones que tratan

la guerra. Si bien Jochen Böhler, autor de un libro tan significativo como controvertido sobre la invasión y ocupación alemanas de Polonia,[143] asevera en la introducción que hace a esta parte del informe de la comisión que el ministerio estuvo implicado en la confiscación de mano de obra esclava, el robo de obras de arte y otros bienes culturales y el exterminio de los judíos,[144] lo cierto es que los dos primeros puntos apenas se mencionan a la hora de analizar la guerra. Tal como hace ver Böhler, el Sonderkommando Künsberg, que saqueó a gran escala los territorios ocupados en la Europa del este y el sudeste entre 1941 y 1942 y se centró en particular en volúmenes de biblioteca y en cajas de champán, se hallaba subordinado directamente al Ministerio de Asuntos Exteriores y desempeñaba numerosas funciones a las órdenes de Ribbentrop.[145] Sin embargo, el expolio cultural que perpetraron las fuerzas alemanas de ocupación en otros países, y sobre todo en Francia e Italia, tampoco fue despreciable, y aun así, el resto del libro apenas dedica espacio a dilucidar el papel representado por el ministerio en lo que probablemente fue el mayor acto de pillaje en tiempos de guerra que haya conocido la historia.

En Polonia, tal como subraya Böhler y también Irith Dublon-Knebel, editora de German Foreign Office documents on the Holocaust in Greece, 1937-44 (Tel Aviv, 2007), el Ministerio de Asuntos Exteriores y sus representantes pidieron moderación ante el temor de que la actitud brutal y homicida de las fuerzas de ocupación pudiera enajenar a la población local.[146] Del mismo modo, en Francia, el embajador Otto Abetz, que no pertenecía a la élite tradicional, hizo por suavizar la política por demás represiva adoptada por la SS contra la resistencia y moderar el uso de mano de obra forzada por el mismo motivo. Poco se nos dice, sin embargo, de las actividades de más envergadura de los embajadores ante Francia, los Países Bajos, Bélgica, Dinamarca o Noruega, y casi nada de la participación de los enviados del ministerio en la ocupación de Túnez y otras partes del norte de África, ni de la función que tuvieron en la guerra propagandística y política, a menudo en colaboración con unidades del Ejército como la Panzerarmee Afrika. El volumen se centra de manera abrumadora en la participación del organismo en la deportación de los judíos, que, cierto es, en cierto número de casos se tradujo en la defensa activa de las matanzas.

Así, por ejemplo, en Serbia, el plenipotenciario Felix Benzler, urgido por la inquietud cada vez mayor que suscitaba en las fuerzas armadas la resistencia frente a la ocupación alemana —expresada una y otra vez en el fusilamiento masivo de judíos, a los que se suponía instigadores de dicha oposición—, instó una y otra vez a Berlín el destierro del colectivo semita de aquella nación. Cuando se descartó esta medida por considerarla impracticable, Ribbentrop envió a Franz Rademacher, jefe del Departamento Judío del ministerio, para que organizase lo que este expresó en el documento por el que solicitaba el permiso para viajar a dicho país como «la liquidación de los judíos de Belgrado». Una vez en Serbia, Rademacher no dejó de insistir en la necesidad de exterminar allí mismo a todos los judíos.

Si bien la principal fuerza motora de esta iniciativa fue el Ejército, ayudado e inducido por la SS, no hay duda de que, como aseveran los autores, «quedó en efecto desdibujada la divisoria entre el planteamiento de los aspectos de la cuestión judía relacionados con la política exterior y la participación activa en los asesinatos, y sin lugar a dudas se cruzó». En cambio, Günther Altenburg, plenipotenciario del Reich en Atenas, se distanció de las acciones emprendidas contra los judíos griegos y tomó medidas —que durante un tiempo hasta tuvieron resultado— para reducir la severidad de la actuación de la SS contra la población local.[147] Por lo tanto, existía cierto margen de elección.

Así y todo, el ministro Ribbentrop se mostraba, tanto por temperamento como por ideología, inclinado a adoptar las medidas más severas imaginables contra los judíos. ¿Qué importancia revestía este hecho? En la p. 185 de Das Amt und die Vergangenheit hallamos un aserto extraordinario:

> Los altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores participaron de forma directa en la decisión de acometer la «solución final». La suerte de los judíos quedó sellada el 17 de septiembre de 1941, día en que Hitler mantuvo una reunión con Ribbentrop. Poco antes del encuentro, aquel había dado la orden de deportar al Este a los judíos, a los que acababan de obligar a lucir una estrella de David. Lo que ya había quedado claro en conexión con el Plan Madagascar siguió siendo válido tras la invasión

> alemana de la Unión Soviética: el Ministerio de Asuntos Exteriores había tomado la iniciativa en la solución de la «cuestión judía» en todo el ámbito europeo.

Apenas debería ser necesario señalar que existe una bibliografía académica tan ingente que resulta casi inmanejable sobre la cuestión de cuándo, cómo y por obra de quién se tomó la decisión de exterminar a los judíos de Europa. Sin embargo, estas fuentes ni se mencionan ni se debaten en el libro. De hecho, la audaz afirmación que acabamos de citar no lleva ni siquiera una referencia a pie de página. No se habla de las obras de consulta obligada que abordan el arresto y la deportación de los judíos de los Países Bajos, Bélgica, Francia y otros países ocupados. En ellas, y en los compendios más relevantes del exterminio de aquellos, se habla de la implicación del Ministerio de Asuntos Exteriores, que sin embargo, no se presenta nunca como fuerza impulsora.

Tal como demuestra la copiosa bibliografía sobre el particular, el del 17 de septiembre entre Ribbentrop y el Führer no fue sino uno más de la serie de encuentros que se celebró a lo largo de varios días y en la que participaron Hitler, Heinrich Himmler, jefe de la SS, su subordinado inmediato, Reinhard Heydrich, y otros funcionarios de este último organismo junto con el embajador Abetz. Al decir del autorizado análisis que hace Christopher Browning de estas conversaciones, quienes impulsaron en realidad la deportación hacia levante de los judíos de Alemania, Francia y en potencia de toda Europa fueron Alfred Rosenberg, al frente del Ministerio de los Territorios Ocupados del Este (que buscaba vengarse de Stalin por el destierro de los germanos del Volga), Otto Abetz (que junto con los militares y los funcionarios de la SS quería tomar represalias por los actos de la resistencia francesa, que achacaban a los judíos), y los Gauleiter de Hamburgo y Colonia (que pretendían desahuciar a los judíos para realojar a los gentiles que habían quedado sin hogar por los bombardeos). Todas las fuentes coinciden, sin embargo, en que la intervención decisiva fue la de Himmler. Ribbentrop ni siquiera estaba informado de la decisión de deportar a los judíos alemanes cuando ya se había tomado, aunque, tal como señala Browning, había «participado de forma modesta en el proceso».[148] La exposición que ofrece Peter Longerich de dicha serie de conversaciones da a entender que, en realidad,

Hitler ya había resuelto poner en marcha las expatriaciones, y que Himmler, Ribbentrop y otros no hicieron sino reafirmarlo en su intención.[149] Por consiguiente, al hacer preterición de las fuentes secundarias, los autores del libro que nos ocupa acaban por alimentar su tendencia a interpretar erróneamente por exceso el material del que disponen. Si se hubieran molestado en ponerlo en el contexto historiográfico adecuado, habrían estado en posición de brindar un punto de vista más matizado y preciso de la función del ministerio. Tal cosa no les habría impedido compartir la conclusión a la que llegó Doscher ya a mediados de la década de 1980, según la cual «la colaboración del Ministerio de Asuntos Exteriores con la Oficina Central de Seguridad del Reich en la "solución final a la cuestión judía" funcionó desde el principio sin fricción alguna digna de mención», y sobre todo la siguiente: «La mayoría de los funcionarios responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores participantes estaba conformada no por nazis veteranos, sino por diplomáticos de carrera que, en su mayor parte, no se habían alistado en el NSDAP ni en ninguno de sus organismos sino después de 1933».[150]

Tal como sostienen Irith Dublon-Knebel y Lars Lüdicke, aunque fue en dicho ministerio donde se elaboraron los planes de deportar a los judíos a Madagascar, estos quedaron en nada por la talasocracia británica.[151] La puesta en práctica real del exterminio fue una cuestión muy diferente de la elaboración de semejantes proyectos imposibles, y en ella, tal como demuestran las detalladas exposiciones del libro, el ministerio tuvo una función mucho menor. De entrada, la institución tenía en Dinamarca y Noruega una influencia menor en comparación con la SS y el Partido Nazi, y como el Ministerio del Este que dirigía Rosenberg, se vio superada por dichas instituciones y por las fuerzas armadas en Polonia y en las regiones ocupadas de la Unión Soviética tras la invasión emprendida en junio de 1941. La influencia del Ministerio de Asuntos Exteriores fue mayor, tal como demuestran los autores, en Hungría —sobre todo entre 1943 y 1944, cuando aumentaron Hitler y Ribbentrop la presión que ejercían sobre el almirante Miklós Horthy, al frente de la nación—, en Croacia y en Eslovaquia. En Francia, el embajador Abetz cumplió una función de peso en las deportaciones. En algunas de estas regiones, como en Grecia o Hungría, los representantes del ministerio criticaron las represalias brutales

en exceso contra los actos de resistencia a fin de no enajenar a la población local. Sin embargo, tal como señalan con tino los autores, esta actitud benevolente nunca se hizo extensiva a los judíos, a no ser que fueran ciudadanos extranjeros de países no beligerantes, en cuyo caso cumplía protegerlos por el bien de las relaciones bilaterales.[152]

Nada de esto hace pensar en el ministerio como semillero de resistencia frente al régimen y sus medidas. En la brevísima sección que dedican a esta, los autores (Jan-Erik Schulte, Irith Dublon-Knebel y Andrea Wiegeshoff —otro estudiante de doctorado—) afirman que los pocos hombres del Ministerio de Asuntos Exteriores que tuvieron contactos con los cabecillas militares de la resistencia en los distintos estadios eran, en su mayor parte, funcionarios jóvenes del departamento de información, que se había ampliado con rapidez con personal de procedencia poco convencional en comparación con los diplomáticos de carrera. Algunos de ellos tenían conexiones con el grupo de disidentes conocido como Círculo de Kreisau, en el que se habían comenzado a debatir las fronteras de una Alemania posterior al nazismo. Un conjunto reducido, que incluía al joven Adam von Trott zu Solz, el diplomático retirado Ulrich von Hassell y Friedrich Werner von der Schulenburg, director del departamento dedicado a la Unión Soviética, se hallaba implicado en la conjura destinada a matar a Hitler que fracasó el 20 de julio de 1944.[153]

Los autores otorgan la misma posición a individuos como Fritz Kolbe, otro advenedizo que asesoraba a Ribbentrop sobre cuestiones de economía bélica y proporcionaba de forma regular información al servicio secreto de Estados Unidos, o Gerhart Feine, diplomático más convencional que, no obstante, trabajó incansablemente desde su despacho de Budapest contra el exterminio de los judíos de Hungría e hizo cuanto estuvo en sus manos por salvar al mayor número posible. La amplitud con que se aborda este asunto resulta muy positiva, pues presenta el atentado de julio como un hecho menos extraordinario de lo que parecía y, por ende, socava aún más el mito que sobre el pasado del Ministerio de Asuntos Exteriores se forjó en el seno de la institución tras el fin de la guerra. Hitler y Ribbentrop habían empezado antes del 20 de julio de 1944 a purgar dicho organismo de gentes con «conexiones internacionales» y con lo que el régimen consideraba vínculos sospechosos (con las familias de la alta nobleza, por ejemplo).

Fueron muchos quienes sufrieron despido. Con todo, tal cosa no demuestra que la institución desempeñara ningún papel de relieve en la resistencia. Por el contrario, quienes habían dado algún paso para distanciarse del régimen, oponerse a él o —en casos muy excepcionales— tratar de derrocarlo o eludir sus normas conformaban una minoría diminuta de figuras por lo común aisladas. Todos ellos merecen que se celebre su memoria, quizás en mayor grado de lo que aquí se hace, pero lo cierto es que su conducta y su actitud no deberían tomarse, en modo alguno, por representativas del conjunto del Ministerio de Asuntos Exteriores.

## V

Los últimos capítulos del libro están consagrados a la segunda parte de las instrucciones de Fischer; es decir: a cómo trató el Ministerio de Asuntos Exteriores tras 1945 el papel que había representado durante el período nazi y en qué grado se dio, en lo que a personal se refiere, cierta continuidad entre aquel y la época que se inició en 1951, cuando se volvió a instaurar en el seno de la República Federal de Alemania. Tal como pone de relieve Katrin Paehler, estudiosa del sitio de Leningrado y el lugar que ocupa en la memoria, que en el presente imparte clases en Estados Unidos, aquel se disolvió enseguida en 1945. Sus funcionarios se dispersaron por todas partes, y así, hubo quien dio con sus huesos en prisiones soviéticas (sobre todo si habían pertenecido a las tropas de asalto nazis); otros, en centros de interrogatorio; algunos fueron arrestados y juzgados por crímenes de guerra, y unos cuantos tomaron parte en la colosal oleada de suicidios que recorrió la Administración alemana durante la primera mitad del año.[154] Muchos se hicieron una vida profesional nueva en el ámbito de la industria, lo académico, la justicia, la función pública, los gobiernos locales y aun la Iglesia. Lo elevado de su extracción social, su formación y sus capacidades les fueron de gran ayuda. El proceso de desnazificación, tal como pone de relieve Thomas Maulucci, profesor norteamericano experto en la política estadounidense de tiempos de la guerra fría, se saldó con 108 altos cargos exonerados (entlastet), 70 intactos (nicht betroffen), 15 calificados de simpatizantes (Mitläufer), cinco amnistiados y 39 a los que no afectó toda esta operación. Aun así, en la correspondencia que mantuvieron entre ellos, los antiguos diplomáticos seguían quejándose de lo que veían como un

prejuicio irracional de las potencias ocupantes respecto de los antiguos diplomáticos alemanes.[155]

La encargada de analizar el llamado «juicio a la Wilhelmstraße», emprendido contra presuntos criminales de guerra nazis del Ministerio de Asuntos Exteriores (1947-1949), es otra historiadora alemana docente en una universidad estadounidense: Astrid Eckert, autora de un estudio de gran utilidad sobre el retorno a la República Federal de expedientes alemanes capturados. Su estudio detallado deja fuera de toda duda que el proceso se centró en la cúpula del funcionariado, y en particular en los secretarios y subsecretarios de Estado, considerados por los fiscales norteamericanos responsables de los crímenes cometidos por dicho ministerio; de modo que muchos de los de categoría media que habían participado de forma directa en asesinatos tales como el exterminio de los judíos europeos (Rademacher, por ejemplo) quedaron fuera de la red. El único de cuantos habían tenido una franca implicación en estos y se sentó en el banquillo fue Edmund Veesenmayer, quien había ejercido de emisario itinerante de Ribbentrop en Yugoslavia y Eslovaquia y plenipotenciario del Reich en Hungría en el período crucial de 1944. Además de provocar la muerte de un número nutrido de judíos, había llegado incluso a proponer métodos con los que mejorar su transporte a las cámaras de gas. Veesenmayer era responsable, entre otras cosas, de actos de subversión en países que estaban a punto de sufrir la invasión del régimen nazi, y había participado de forma muy activa en la instauración de los gobiernos títere genocidas de Croacia y Eslovaquia. Pese a la presión de quienes pretendían subrayar estos crímenes particulares, se hizo sobre todo hincapié en la conspiración conducente a provocar una guerra de agresión.[156] Esto, tal como demuestra Annette Weinke, autora de diversos estudios sobre el enjuiciamiento de criminales de guerra alemanes, deja claro en su excelente exposición de la forja del mito del Ministerio de Asuntos Exteriores en cuanto centro de resistencia, permitió a los antiguos funcionarios recurrir de nuevo a sus contactos profesionales y sociales informales para organizar una defensa centrada sobre todo en la figura trascendental del antiguo secretario de Estado Ernst von Weizsäcker, cuya familia cobró un gran protagonismo en todo esto.[157]

La imagen que tratan de ofrecer estos hombres es muy semejante a la que había presentado Curt Prüfer en sus diarios manipulados a raíz del final de la guerra: la de figuras marginales que se habían opuesto de forma activa a Hitler en calidad de integrantes convencionales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Intentaron hacer ver que los rebeldes, aislados y dispersos, habían colaborado en un grupo coordinado constituido en torno a Weizsäcker, y los distinguieron de los «traidores» que habían filtrado información a los estadounidenses o los soviéticos. Ayudados por periodistas de relieve como Marion Gräfin Dönhoff y Margaret Boveri, convencieron al tribunal y al público de que la inmensa mayoría de los diplomáticos había optado por permanecer en sus puestos en lugar de dimitir a fin de moderar los programas extremos puestos en marcha por los nazis. Fueron los nuevos funcionarios ideologizados que habían entrado a formar parte de la institución cuando Neurath fue sustituido por Ribbentrop los que hicieron caso omiso de los escrúpulos de los más antiguos y los obligaron a firmar documentos inculpatorios a fin de guardarse a sí mismos de todo mal. Mantenían que el Ministerio de Asuntos Exteriores presentaba la tasa más elevada de ejecuciones de funcionarios de toda la Administración después del atentado contra el Führer. Obtuvieron innumerables testimonios de buena conducta —conocidos popularmente como Persilscheine o «certificados Persil», porque, como el detergente de dicho nombre, lavaban «más blanco»— de antiguos funcionarios judíos y componentes de la resistencia militar aristocrática que dieron fe de su oposición al régimen. Hicieron cuanto estuvo en sus manos, en ocasiones del modo menos escrupuloso imaginable, por desacreditar al fiscal Robert Kempner, experto abogado judío nacido en Alemania al que los nazis habían arrestado y obligado a exiliarse. Y por último, calificaron toda la acusación —como la de los industriales y la de los oficiales del Ejército— de empeño de los estadounidenses igualitaristas en desacreditar a las minorías aristocráticas tradicionales de Alemania.

Cumple decir en favor de Richard Weizsäcker, hijo de Ernst, integrante destacado de la defensa y futuro presidente de la RFA (1985-1995), que trató de moderar semejantes tácticas de difamación por considerarlas contraproducentes. Sin embargo, la guerra fría había empezado ya a rodar, y Estados Unidos había preferido adoptar una postura más indulgente al

objeto de no disgustar a los alemanes mediante un aparente deseo de venganza. Ernst von Weizsäcker fue liberado como correspondía, aunque murió poco después por un derrame cerebral. Tal como asevera el historiador estadounidense William Gray, autor de Germany's Coid War (2007), no hubo de pasar mucho tiempo para que hasta las condenas más benévolas del «juicio a la Wilhelmstraße» acabaran por verse como demasiado severas; tanto, que cierta comisión de investigación recomendó que se redujesen. Así, por ejemplo, la del odioso Veesenmayer se disminuyó a la mitad por considerar que no había sido «más que un embajador itinerante», que se había limitado a informar a Berlín y a expresar las opiniones del gobierno alemán respecto de los húngaros, igual que habría hecho cualquier legado diplomático. Al final, no había cometido más crimen que el de pertenecer a una organización prohibida: la SS. Convino, pues, olvidar las actividades reales del condenado.[158]

A la República Federal, como no podía ser menos, se le permitió crear primero un servicio consular, y a continuación, en 1951, un Ministerio de Asuntos Exteriores en toda regla. Como ocurrió en otras muchas áreas, Alemania Occidental topó con que necesitaba personal profesional avezado sin importar el cargo que hubiera ocupado antes de 1945. A fin de representar en el extranjero a aquel Estado incipiente, se requerían personas con experiencia técnica y lingüística, así como veteranos en el campo de la diplomacia y las normas y convenciones a menudo arcanas que lo gobernaban. Tal como expone Weinke, el canciller federal Konrad Adenauer quería evitar por todos los medios la resurrección de la vieja Wilhelmstraße, aunque en la práctica carecía de la información detallada sobre el personal que habría sido necesario para conseguirlo. En este sentido cobró una gran relevancia la función de Herbert Blankenhorn, jefe de la división política del ministerio, que se las había compuesto de uno u otro modo para convencer a los estadounidenses que lo interrogaron al final de la guerra de que había formado parte de la resistencia. Se había granjeado la confianza de Adenauer hasta el punto de convertirse en su asistente personal antes de su traslado al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1951, y brindó los medios que permitieron a un número nutrido de funcionarios de dicho organismo de los tiempos de Hitler regresar al servicio diplomático y consular y a su administración en Bonn. Uno tras

otro, los fue presentando como gentes apartadas del nazismo y aun implicadas en el atentado de julio de 1944.[159]

No deja de ser notable, tal como pone de manifiesto Weinke, que esta actitud suscitase sobre todo las críticas de un grupo de antiguos componentes de la agencia de espionaje nazi (Sicherheitsdienst o SD) a los que había contratado a sabiendas Rudolf Augstein, director de Der SpiegeL En una serie de 16 entregas dedicada al nuevo ministerio, Horst Mahnke, quien había trabajado en la sección de la Oficina Central de Seguridad del Reich dedicada a investigar a los oponentes ideológicos del nazismo y tenía por traidores a los hombres de julio de 1944, ridiculizó las pretensiones de los diplomáticos que aseveraban haber formado parte de la resistencia. Sin embargo, también hubo otras críticas, como las que vertieron el Frankfurter Rundschau y otros diarios de izquierda sobre el sistema propagandístico de la República Democrática de Alemania por no hacer nada por denunciar a los antiguos nazis que ocupaban altos cargos en la RFA, que provocaron la publicación del Braunbuch: Kriegs- und Nazi Verbrecher in der Bundesrepublik: Staat, Wirtschaft, Verwaltung, Armee, Justf, Wissenschaft («Libro marrón: criminales de guerra y del Partido Nazi en el Estado, la economía, la Administración, el Ejército, la Justicia y el ámbito científico de la República Federal»), de Albert Norden, en 1965. Tras intentar prohibirlo sin éxito, las autoridades de Alemania Occidental lo desdeñaron por considerarlo una sarta de mentiras e invenciones. Al final, resultó que la información que ofrecía era cierta en gran medida.

Aun así, el Ministerio de Asuntos Exteriores consiguió hacer caso omiso de todos estos ataques. En 1953, por ejemplo, volvió a contratar a Otto Bräutigam, diplomático de carrera que había colaborado durante la guerra en la confiscación de bienes polacos («uno de los actos de pillaje más extremos de la historia del mundo, amén de una mofa del derecho internacional», tal como la definió él mismo con extraordinaria honestidad en sus memorias).[160] Vinculado al Ministerio del Este de Rosenberg, este funcionario se había convertido en un portavoz enérgico de la tesis de que, a la larga, iba a resultar más útil a Alemania no hostigar a la población eslava de las regiones ocupadas, corriente de opinión que, en realidad, tendría una escasa influencia en el rumbo que tomarían de hecho los acontecimientos. Su postura para con los judíos fue muy distinta: durante la guerra,

Bräutigam había instado su deportación en represalia por el trato que había otorgado Stalin a los alemanes del Volga; había participado en una reunión sobre el uso de cámaras de gas móviles para exterminarlos, y había presidido un debate mantenido tras la Conferencia de Wannsee a fin de abordar la definición y consideración de los judíos y medio judíos del Este, en el que el ministerio de Rosenberg había declarado que los últimos eran, «desde el punto de vista racial, tan indeseables» como los primeros.[161] En 1950, un tribunal de distrito de Núremberg lo había absuelto del cargo de participación en el genocidio. Sin embargo, poco después empezaron a publicarse pruebas de su implicación, sobre todo en la obra pionera sobre el Holocausto de Gerald Reitlinger.[162] Desde el Ministerio de Asuntos Exteriores se intentó por todos los medios eliminar de la edición alemana del libro el nombre de Bräutigam junto con otras pruebas perjudiciales, pero el escándalo provocado por la prensa acabó por hacer que el Gabinete obligara a la institución a revocar su nombramiento en calidad de enviado al Brasil en 195 5 y a suspenderlo de empleo durante el año siguiente. Aunque en Alemania Oriental sacaron un rendimiento político colosal de todo este asunto, que además provocó no pocas preguntas sobre su pasado en el seno de la Cámara de los Comunes del Reino Unido, Bräutigam recuperó su puesto en 1957 tras alegar que había hecho lo posible por evitar los peores excesos de los programas genocidas del nazismo, y de hecho, terminó su carrera profesional ejerciendo de cónsul general en Hong Kong.[163]

De hecho, en el nuevo Ministerio de Asuntos Exteriores, tal como demuestra Andrea Wiegeshoff, cuanto más se subiera en el escalafón, mayores eran las probabilidades de dar con diplomáticos y otros funcionarios de la antigua Wilhelmstraße. Entre una cuarta parte y un tercio de los embajadores y cónsules pertenecían a esta categoría, y con la rápida expansión que conoció en estos años aquel organismo (que pasó de mil empleados a más de 4.500 entre 1951 y 195 5), no hubo que esperar mucho para que el número de integrantes del Partido Nazi superase el que había habido en él antes de 1945. Algunos de ellos hasta impartían cursos a funcionarios jóvenes sobre los países en los que habían estado destinados durante el Tercer Reich. Werner von Bargen, por ejemplo, que había pasado en Bélgica los años de la guerra, daba clases sobre los estados del Benelux, en tanto que Werner von Grundherr, que había dirigido el departamento

escandinavo, además de participar en la financiación del régimen títere noruego de Quisling y el intento fallido de deportación de los judíos de Dinamarca, enseñaba sobre los países nórdicos. Por su parte, Herbert Müller-Roschach, responsable de «cuestiones judías» en la división alemana durante el período nazi, se encontró instruyendo a otros sobre integración europea. Al cabo, por lo tanto, no cabe duda de que muchos de los nacionalsocialistas convencidos que habían tenido una honda implicación en la persecución y el exterminio de los judíos o en otros crímenes de la era nazi acabaron por ocupar posiciones de responsabilidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores después de 1951.[164]

Sin embargo, dicha conclusión no resulta siempre evidente en este libro. Uno de los problemas más serios que presentan sus páginas para el lector, y un signo de la escasa supervisión de los editores que en ellas se detecta radica en que muchas de las figuras que se mencionan en las secciones dedicadas a la posguerra brillan por su ausencia, o aparecen solo de forma fugaz, en los capítulos anteriores. La falta de continuidad que provoca este hecho hace que no resulte fácil hacerse una idea clara de la importancia que revestían estas gentes en la década de 1930 y principios de la de 1940. El nombre de Werner Blankenhorn, por ejemplo, no aparece hasta después de 1945, y lo mismo ocurre con Müller-Roschach y otros muchos. Esto hace más complicada aún la tarea de hacerse una idea cumplida de la situación. Habría sido sencillo asegurarse de que cuantos protagonizan la parte de posguerra recibieran la atención necesaria en las secciones anteriores a la llegada de la paz. Sin embargo, los editores han omitido este paso.

## VI

Aunque con el tiempo fueron declinando la presencia e influencia de la vieja guardia en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo cierto es que, en determinados aspectos, quienes la integraban lograron inculcar sus puntos de vista a sus sucesores. Por lo tanto, la postura del organismo con respecto al pasado siguió siendo muy problemática mucho después de que lo abandonara dicha generación. Annette Weinke demuestra que los veteranos de la Wilhelmstraße aprovecharon para volver a revisar sus memorias, como había hecho Curt Prüfer, y se afanaron por investigar la

historia de la resistencia y de los pocos colegas suyos que habían participado en ella, al mismo tiempo que hacían caso omiso de los funcionarios que habían sufrido despido o persecución por sus ideas políticas o su raza, y tildando de traidores a quienes, como Fritz Kolbe, habían colaborado con el enemigo.[165] Astrid Eckert revela datos inquietantes acerca de los antiguos funcionarios de dicha categoría. A sus viudas, por ejemplo, se les negó toda clase de reconocimiento o indemnización por su despido o su ajusticiamiento a manos de los nazis, en particular cuando las víctimas habían tenido alguna conexión con la llamada Orquesta Roja, considerada a esas alturas un grupo de espionaje soviético más que la red escasamente organizada de insumisos de convicciones ideológicas diversas que fue en realidad.[166]

¿Afectó de algún modo real a la política exterior la presencia de un grupo de antiguos nazis en el ministerio? Sin lugar a dudas fue relevante para asuntos como las relaciones con Israel o respecto de la obligación legal del organismo de brindar asistencia a los ciudadanos alemanes procesados por tribunales extranjeros (como Adolf Eichmann, juzgado precisamente en aquel Estado). Influyó en la retirada de la ayuda que había concedido al ciclo de conferencias que había emprendido por diversas ciudades estadounidenses el historiador Fritz Fischer, cuyo estudio sobre las intenciones que albergaba Alemania durante la primera guerra mundial describió su colega conservador Theodor Schieder como una «catástrofe nacional» durante una llamada telefónica al ministerio.[167] La exposición que hace Eckert de los debates internos que se dieron en su seno sobre la invitación ofrece una visión fascinante de la institución en un momento de transición. Aunque al final vencieron los continuistas, las protestas de historiógrafos veteranos estadounidenses y germanoamericanos como Gordon Craig, Fritz Stem, Klaus Epstein o Hans Rosenberg, que se aseguraron de recaudar fondos para que no se detuvieran las ponencias, generaron precisamente el tipo de publicidad que había querido evitar el Ministerio de Asuntos Exteriores.

¿En qué grado importó en realidad todo esto? Los antiguos nazis del ministerio no resucitaron ideas ni programas hitlerianos. La guerra fría les permitió trasladar sin estorbos su anticomunismo nacionalsocialista a la defensa de la tendencia occidentalista de la nueva República Federal. No

conspiraron contra la democracia ni trataron de revisar el acuerdo de paz. Si una de las propuestas de Adenauer había consistido en reintegrar a los antiguos nazis en la clase dirigente de Alemania Occidental y convertirlos a nuevos modos de pensar más acordes con el mundo de posguerra, todo apunta a que en el Ministerio de Asuntos Exteriores lo logró. Con todo, la presencia de un número nutrido de antiguos funcionarios y diplomáticos de la era nazi y el éxito relativo con que habían encubierto su pasado y el de la institución a la que pertenecían tuvieron implicaciones serias para la política exterior de la RFA. El recuerdo del nacionalsocialismo y sus muchos crímenes seguía muy vivo fuera de Alemania, por más que pudiera ocultarse o manipularse, y aún condicionaba —y condiciona— la actitud del mundo respecto de la República Federal. Su reputación en el planeta dependía —y depende— en gran medida de su capacidad para convencer al mundo de que ha asumido de manera franca y honrada su pasado nazi. La presencia continuada en su Ministerio de Asuntos Exteriores de cómplices de los crímenes del nacionalsocialismo y la persistencia de una cultura de exculpación en su actitud respecto de la historia hace que resulte mucho más difícil alcanzar esta meta.

¿Lo consigue este libro? Lo cierto es que no constituye la «representación exhaustiva, sistemática e integradora» de la historia del Ministerio de Asuntos Exteriores desde 1933 hasta las postrimerías del siglo XX «basada en el estudio concienzudo de las fuentes primarias y secundarias» que dicen que es sus cuatro editores.[168] Tanto el contexto inmediato de la creación por parte del ministro Fischer de la comisión investigadora como las condiciones que impuso a su labor concedían prioridad a la cuestión de en qué grado habían estado envueltos la institución y sus funcionarios en los crímenes del nazismo o habían sido responsables de ellos; hasta qué punto habían vuelto a aparecer los culpables a fin de servir en ella a partir de la década de 1950, y qué actitud había adoptado la institución respecto de su participación en el pasado nazi. Por lo tanto, el enfoque de los investigadores y los autores no es ya selectivo por necesidad, sino que está expresado en términos éticos dictados por las cuestiones que se plantean en el presente más que en términos puramente históricos derivados de una perspectiva más estrictamente académica. La carga moral vinculada al encargo original de Fischer estaba

llamada a condicionar la investigación y la redacción del libro. En lo que respecta a sus efectos políticos, que no han sido desdeñables, no es mala cosa.

Así y todo, no hay duda de que este volumen deja mucho que desear desde el punto de vista académico. La investigación no ha quedado bien integrada en el contexto de la bibliografía secundaria, y al hacer caso omiso de lo que se conoce hoy en día sobre algunas de las cuestiones analizadas incurre de forma irremediable en errores y tergiversaciones. Se verifica una tendencia persistente a exagerar la participación activa del Ministerio de Asuntos Exteriores en cierto número de actividades criminales de los nazis, y al mismo tiempo, el campo de visión resulta demasiado reducido, de modo que la instigación a la guerra, aspecto clave de las acusaciones presentadas en Núremberg, queda fuera de plano casi por entero, a pesar de la relevancia que, por descontado, reviste en nuestros días, y otros crímenes, como el pillaje y el expolio de tiempos de guerra, también quedan en segundo plano. El hecho de centrarse de forma punto menos que exclusiva en el Holocausto puede ser reflejo de cómo ven el régimen nazi las generaciones jóvenes de historiadores y el público de principios del siglo XXI, pero no ayuda a comprender de manera más amplia el nacionalsocialismo, qué hizo ni cómo funcionaba.

No hay duda de que este libro era necesario. Las obras anteriores de Browning, Doscher, McKale y otros de cuantos se mencionan aquí han abordado los problemas que se recoge en el libro y explorado algunos de sus aspectos con ejemplar meticulosidad, pero estaban dirigidos a un auditorio académico y, por lo tanto, tuvieron una resonancia reducida en círculos más amplios. Esta carencia se ha visto remediada ahora gracias a Das Amt und die Vergangenheit. Pese a sus irregularidades y sus deficiencias, el libro ha logrado, de manera incuestionable, demostrar más allá de toda duda razonable que el Ministerio de Asuntos Exteriores constituyó una parte esencial de la maquinaria del Gobierno durante el Tercer Reich; que suscribió y ayudó a llevar a cabo programas dictados por la ideología nazi, incluidos la persecución y el exterminio de los judíos, cuando cayeron dentro de su área de competencia, cosa que ocurrió en momentos y ubicaciones particulares; que una mayoría abrumadora de sus diplomáticos y funcionarios veteranos creía en dichos programas y los puso

en práctica de buen grado, y que tras la guerra, esos mismos empleados hicieron cuanto estuvo en sus manos por mantener en secreto lo que habían hecho en la era nacionalsocialista ellos y la institución a la que pertenecían. El libro echa por tierra el mito de la insumisión de este ministerio.

Es una lástima, en consecuencia, que las carencias y exageraciones de este volumen faciliten la labor de desacreditarlo a quienes siguen creyendo en dicha leyenda. La importancia de los asuntos que trata merecía algo mejor, y la responsabilidad de esto recae por entero sobre los editores. Si uno va a emplear a estudiantes de doctorado en calidad de investigadores, tendrá que asumir, en cuanto historiador profesional, el cometido de revisar con cuidado su obra para garantizar que recurren como es menester a fuentes secundarias, evitan excesos de interpretación y presentan una exposición equilibrada. Los editores no han cumplido con este deber. De forma más reciente se han encargado estudios similares en otros departamentos gubernamentales, y en particular en el Ministerio de Finanzas y en el Servicio de Información. Esperemos que los responsables de la investigación y presentación sean más escrupulosos en este caso y eviten algunos de los defectos en que incurre este volumen.

Ello es que, a la hora de emprender una investigación de este calado, los historiadores deben ser equitativos y también precisos. Este libro presenta cierto tufo a caza de brujas, como si los autores hubieran considerado que su labor consistía en perseguir y poner al descubierto la complicidad de los diplomáticos y demás funcionarios en el Holocausto y presentar contra ellos las acusaciones más graves que pudieran encontrar. Sin embargo, aun teniendo en cuenta el encargo que se les había hecho, tendrían que haber recordado que el historiador no es ningún fiscal, ni la historiografía un tribunal. Y aunque así fuese, sigue siendo de gran importancia saber diferenciar, obrar con exactitud y evitar generalizaciones. Tal como escribió en cierta ocasión Tim Masón, uno de los historiadores más egregios del nazismo:

> Importa la precisión de la identificación… Si bien los sistemas de dominación y explotación no pueden ser representados igual que los responsables morales individuales, cabe demostrar que generan barbarie. Demostrar con exactitud cómo lo han hecho resulta complejo a menudo, pero los argumentos históricos complicados no

son indiferentes a las cuestiones éticas por la simple circunstancia de su complejidad. Si los historiadores tienen una responsabilidad pública, si el odio forma parte de su método y la advertencia parte de su labor, será necesario que odien con precisión.[169]

## NOTA

Dos de los editores de Das Amt und die Vergangenheit, Peter Hayes y Norbert Frei, publicaron una réplica enérgica a esta y otras reseñas en el Bulletin of the Germán Historical Institute, Washington, vol. 49 (otoño 2011), p. 5 5, junto con aportaciones de Johannes Hürter, Christopher R. Browning, Holger Nehring y Volker Ullrich («Forum: the Germán Foreign Office and the Nazi past», ibid., pp. 53-112). Frei y Hayes se sirven de una práctica censurada en el ámbito académico al tratar de desacreditar a los críticos del libro mediante la exposición de errores menores y deslices, si bien en el caso del artículo reproducido sobre estas líneas solo han podido dar con una: el trueque de nombres por el que Herbert Blankenhorn aparece como Werner. Aun así, hacen quizá tres apreciaciones en la defensa de su volumen que vale la pena comentar aquí.

Comienzan aseverando que, dado que no era una figura trascendental, Curt Prüfer no merece ser incluido en su libro. Huelga decir, sin embargo, que la cuestión no es que sea o no significativo, ni tampoco, más en serio, que no desempeñara función alguna en la forja del mito del Ministerio de Asuntos Exteriores durante la posguerra, sino que su actitud respecto del pasado fue la misma del común de los diplomáticos de Alemania tras las hostilidades, y las falsificaciones concretas y demostrables en que incurrió ofrecen un ejemplo de dicha postura de claridad inigualable y que constituye una prueba directa de la manipulación del pasado nazi por parte de un antiguo diplomático demasiado valiosa para pasarla por alto. El que Prüfer no sirviera en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental después de 1951 resulta irrelevante frente a esta circunstancia crucial. Das Amt und die Vergangenheit, de hecho, recoge en su bibliografía

los dos libros de McKale sobre Prüfer, aunque en ningún momento los menciona en las notas, por no hablar ya del cuerpo del texto: la aparición en una lista no constituye prueba alguna de que se haya leído un libro. Por lo tanto, mi acusación no peca de «espuria» tal como aseveran los editores, sino que está por entero justificada.

En el interesante apartado titulado «Nachwort und Dank» («Epílogo y agradecimientos»), los editores describen entre otras cosas el proceso que se siguió durante la elaboración del volumen. Aseveran que cada uno de ellos se responsabilizó de un segmento particular, y que algunas de las entrevistas históricas orales que se recogen son obra suya o contaron con su participación. Se refieren de forma muy general al hecho de que «los miembros de la comisión y sus ayudantes han colaborado en todo momento de forma constructiva», y a continuación presentan una nómina de las páginas escritas por cada uno de estos últimos. No se menciona aquí el aserto posterior de los profesores Frei y Hayes, que aseguran que «cada capítulo es fruto de un proceso continuo de toma y daca entre los redactores aquí nombrados y el integrante de la comisión al cargo de los distintos períodos o asuntos relevantes y de sesiones sucesivas de la comisión». Lo más seguro es que nadie que haya leído el libro haya colegido tal cosa por el modo como se presenta su composición. En entrevistas posteriores, el profesor Conze en particular aseguraba que los editores y sus colaboradores habían escrito juntos la obra (véase <http://www.zeitgeschichte-online.de/thema/die-debatte-um-das-amt-und-die-vergangenheit>, que ofrece una excelente exposición de la controversia y recoge todas las críticas y las respuestas de los editores). Sigue resultando en extremo difícil de creer que las endeblísimas secciones dedicadas al período nacionalsocialista, y en particular a la guerra, se discutieran de veras en sesiones de la comisión, o que los editores responsables, historiadores avezados con un gran conocimiento de aquel período, leyesen los borradores elaborados por sus ayudantes con el detenimiento y el espíritu crítico con que debían haberlo hecho, y menos aún que participaran personalmente en la redacción.

Los profesores Frei y Hayes se quejan, además, de lo injusto que resulta acusar al libro y a sus autores de no abordar la preparación de una guerra de agresión ilegítima y criminal dada su obsesión por el papel desempeñado

por el Ministerio de Asuntos Exteriores en la «solución final a la cuestión judía en Europa». Se refugian en el hecho de que solo Ribbentrop y Neurath, los dos titulares nazis de dicha entidad, sufrieron condena por tal cosa en el conflicto bélico. Seguramente no estarán dando a entender que semejante circunstancia exonera a los funcionarios civiles que colaboraron con ellos. ¿O quizá quieran decir que «solo obedecían órdenes»? Tal argumento constituye una defensa indigna de un libro que en otras áreas aborda con gran detalle los crímenes cometidos por los diplomáticos y demás personal del ministerio, aun cuando también aquí seguían los dictados del ministro. La cuestión sigue siendo que Das Amt und die Vergangenheit se centra demasiado en la participación de dicho órgano en el planteamiento de medidas antisemitas y su puesta en práctica: aún queda mucho por hacer en relación con el papel más amplio que representó en otras áreas.

# V. VICTORIA Y DERROTA

# 17. DECISIONES TRASCENDENTALES

EL conflicto bélico que empezó en septiembre de 1939 no era la guerra que Hitler había previsto. Entre otras cosas, entró en ella el Reino Unido e Italia quedó fuera. En poniente se dio un período de inactividad conocido como «guerra boba». A principios del verano de 1940, sin embargo, las cosas habían tomado ya el curso que él deseaba tras una serie de pasmosas victorias militares. Con todo, los británicos seguían sin firmar la paz. Un año más tarde, Alemania había entrado también en guerra con la Unión Soviética, y cuando tocaba a su fin 1941 había entrado también en el conflicto Estados Unidos. Al año siguiente quedó claro que los alemanes estaban perdiendo. Semejante mudanza del destino ¿se debió a «decisiones trascendentales» adoptadas por Hitler y otros dirigentes como Stalin, Churchill o Roosevelt, o fue, sin más, fruto de los acontecimientos?

Esta es la pregunta a la que trata de dar respuesta Ian Kershaw en Decisiones trascendentales: de Dunquerque a Pearl Harbor (1940-1941): el año que cambió la historia (2007). Hasta entonces, la obra del autor se había centrado en las reacciones y actitudes de los alemanes de a pie frente al nazismo y recogía una variedad considerable de respuestas populares a Adolf Hitler y el régimen nazi, desde la resistencia y la oposición hasta el entusiasmo y la alabanza, pasando por la disensión y la indiferencia. Popular opinión andpolitical dissent in the Third Reich (1983) atacaba el tópico de la obediencia universal al Führer. Conforme a esta visión, el número de los alemanes comprometidos de veras con el nazismo era relativamente escaso: la mayoría acabó por conformarse de resultas de la propaganda y los logros obtenidos por los nazis en diversos terrenos, y solo expresaba su objeción —en ocasiones con éxito— cuando el régimen

interfería de manera directa en los valores de sus vidas cotidianas, y sobre todo en cuestiones de práctica religiosa. Todo esto, claro, suscitaba la cuestión de cómo se las compuso el régimen para llevar a efecto sus programas. En El mito de Hitler (1987), ponía de relieve que la imagen propagandística del Führer brindó a los alemanes hasta casi el final de las hostilidades un lugar en el que fundar sus esperanzas y aspiraciones que logró que buena parte de su descontento recayese sobre sus subordinados y sostuvo la ilusión de que al final daría con un remedio. El pueblo era remiso a creer que, en realidad, Hitler no era más que un hombre guiado por el odio fanático a los judíos, un deseo insondable de conquistas y, en el fondo, un hondo desprecio por la masa de los alemanes ordinarios.

El estudio puntero de Kershaw sobre la imagen que de Hitler ofreció la propaganda nazi parecía apuntar de forma natural hacia el siguiente paso: la biografía del hombre real. Los dos volúmenes que dio como fruto una década de investigación (Hitler: 1936-1945 [1998] y Hitler: 1889-1936 [2000], con un total de poco menos de dos mil páginas) se erigieron de inmediato en obra de referencia obligada sobre el dictador de Alemania. Entre sus muchas virtudes se contaban una labor académica escrupulosa, la meticulosidad con la que separaba la leyenda de los hechos y —lo que quizá no es menos importante— el estilo nuevo y relajado de redacción de Kershaw, que desplegaba un talento hasta entonces insospechado para la tensión narrativa, las descripciones apasionantes y la recreación evocadora de acontecimientos y situaciones del pasado.

Kershaw llegó a la biografía, según confesó a la sazón, desde «el sentido equivocado»: no a través de la historia de las decisiones políticas sustanciales, sino de la vida y las opiniones cotidianas de la Alemania nazi. El resultado fue un libro que, por vez primera, situaba a Hitler de un modo convincente en su contexto histórico y lo mostraba más como un hijo de su tiempo que como un ser que actuó con independencia para cambiarlo. La biografía, de hecho, recorre con velocidad impaciente el misterio de las primeras etapas de su vida, descarta conjeturas psicológicas sobre los motivos que guiaban sus actos (el supuesto miedo a tener ascendencia judía, su presunta homosexualidad, sus fracasos en el terreno de la pintura, etc.) y dedica una atención mínima —y a ojos vista irritada en cierto sentido— a los pocos episodios que conocemos de su vida personal.

En su exposición, Hitler se presenta, en muchos aspectos, como algo semejante a un espacio en blanco en el que los alemanes, o por mejor decir grupos relevantes de estos, proyectaron sus ambiciones y aspiraciones. Con el tiempo acabó por creerse su propio mito, creado en gran medida por otros para él, y en consecuencia, asumió una función más decisiva —y a la postre desastrosa— en la formulación de las directrices que había de seguir, en particular en relación con la guerra. Este enfoque estructuralista del papel representado por el dictador en el Tercer Reich ha llevado a algunos a considerar que «Kershaw presenta el papel de Hitler a la hora de tomar decisiones respecto de los judíos» y de otras cuestiones como «pasivo, propio de quien se limita a ceder a las presiones y asentir a las propuestas de otros», tal como lo ha expresado de forma reciente Christopher Browning en The origins of the Final Solution.

Quizá no sorprenda, por lo tanto, que en Decisiones trascendentales retome Kershaw el tema de la adopción de resoluciones, en esta ocasión a una escala mucho más amplia. En él expone y analiza diez de ellas, determinadas en parte por las que las preceden. Comienza con la de seguir luchando que toma el Reino Unido durante la primavera de 1940 y con la de Hitler de invadir la Unión Soviética, tras lo cual pasa a las del Japón de aliarse con Alemania e Italia y de atacar Pearl Harbor; la del dirigente fascista italiano Benito Mussolini de unirse a la guerra —quizás un tanto tardía—; las del presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt de ayudar a los británicos y de convertir esta asistencia en una guerra no declarada contra Alemania, y las de Hitler de hacer manifestación de hostilidades a los estadounidenses y acometer el exterminio de los judíos de Europa. Tal como cabría esperar del historial previo de Kershaw, no hurga demasiado en la psicología de los dirigentes mundiales cuyas acciones de 1940 y 1941 dieron forma al curso de la segunda guerra mundial y con él a los parámetros del orden internacional de la posguerra. Como Hitler en los dos volúmenes de su biografía, todos ellos se nos muestran insulsos e imprecisos. De hecho, se podría decir que en ocasiones desaparecen casi por completo en cuanto actores individuales. Así, por ejemplo, Kershaw llega a la conclusión de que «los riesgos colosales con que estaban dispuestos a correr Alemania y el Japón se hallaban a la postre arraigados en la asunción por parte de las élites de poder de ambos países de la

necesidad de expansión a fin de adquirir un imperio y superar la condición de naciones "desposeídas" que se les atribuía»: minorías selectas de poder, y no dirigentes.

Si llega a interesarse por estos últimos en cuanto individuos es más por la fascinación que le producen las restricciones con que hubieron de operar y los factores, más amplios, que limitaban su libertad de acción. Así, cuando Hitler rechazó el consejo ofrecido por su cúpula militar de dar prioridad al norte de África y el Mediterráneo tras las victorias obtenidas en Francia y otros países de la Europa Occidental en 1940, lo hizo, sin lugar a dudas, guiado por la prioridad ideológica que había concedido siempre a la conquista de los territorios soviéticos. Con todo, al mismo tiempo, según asevera Kershaw con contundencia, «la decisión de atacar y destruir la Unión Soviética… se le impuso por motivos estratégicos: tenía que hacerse con la victoria en el Este antes de que Stalin pudiera movilizar sus defensas y antes de que entraran en la guerra los estadounidenses».

El autor hace hincapié en que tales decisiones dependían en gran medida de otras previas adoptadas por otros, y en que la fuerza de las circunstancias había determinado algunas de estas en mayor grado que otras. La que da principio al libro constituye un buen ejemplo. A finales de mayo de 1940, cuando se hizo evidente la derrota de Francia y todo apuntaba a que a las fuerzas británicas que habían acudido en ayuda de esta las iban a aniquilar o capturar antes de que pudieran ser evacuadas del continente, comenzaron a elevarse voces poderosas del Gabinete del Reino Unido, encabezadas por el ministro de Asuntos Exteriores lord Halifax, en favor de recurrir a la mediación de los italianos, primero por conducto de Roosevelt y a continuación, ante el fracaso de esta vía, apelando directamente a Mussolini junto con los franceses. Winston Churchill, recién nombrado primer ministro, tuvo que echar mano de todo su poderío retórico para dar al traste con semejante idea:

> El signor Mussolini, en caso de participar como mediador, no va a dudar en exprimirnos. Es imposible imaginar que Herr Hitler vaya a ser tan estúpido de dejar que sigamos con nuestro rearme. En efecto, sus condiciones nos pondrían por entero a su merced. Seguro que la situación no puede ser peor si seguimos luchando, aunque nos den una paliza, que la que se nos ofrece ahora.

A su decir, si pedía la paz, el Reino Unido iba a verse obligado a entregar las armas y reducido a la condición de nación esclava dirigida por un gobierno títere presidido por sir Oswald Mosley, cabecilla de los fascistas británicos. Al final, los franceses decidieron actuar por su cuenta, pero Mussolini no dudó en rechazar con cajas destempladas a quienes fueron a sondearlo, a quienes, en efecto, parecía querer exprimir. En Dunkerque salieron del continente poco menos de 225.000 soldados británicos, hecho que el emotivo discurso de Churchill transformó de derrota calamitosa en algo semejante a una victoria. El Reino Unido, pues, siguió combatiendo.

¿Qué habría ocurrido si hubieran triunfado en el debate del gabinete Halifax y sus aliados? Aquí, siguiendo a Churchill, Kershaw se sumerge en una serie fascinante de hipótesis. Para él es evidente que, de haberse firmado la paz entre el Reino Unido y Alemania en mayo o junio de 1940, el Führer habría exigido la dimisión del gobierno de Churchill. Sin embargo, lo más probable es que, como sucesor, hubiese elegido no a Mosley, político impopular y desacreditado, sino a alguno que contase con la admiración general del pueblo, como David Lloyd George, que había ocupado el cargo durante la primera guerra mundial y admirador declarado de Hitler. De hecho, el antiguo primer ministro ya había imaginado una posición semejante, quizá tras la restauración del rey Eduardo VIII, de cuya admiración por la Alemania nazi y su convencimiento de la necesidad de una paz separada con esta también se tenía constancia. El régimen resultante sería similar al que se impuso en Francia en 1940 bajo el mariscal Philippe Pétain, héroe del ejército francés durante la Gran Guerra, aunque, al menos en un primer momento, sin sus inclinaciones fascistas. Tal vez en el Canadá se habría instaurado un gobierno rival, encabezado posiblemente por Churchill. Sin embargo, la colaboración del Reino Unido con Alemania habría puesto fin a la creciente oleada de ayuda estadounidense, y Hitler habría gozado de total libertad para destinar todas sus fuerzas a la ansiada invasión de la Unión Soviética en el momento que hubiera deseado. Y pese a lo que pudiera haber asegurado, Hitler no habría aguardado mucho para embarcarse en el desmembramiento del Imperio británico, en contra de la tesis formulada por algunos historiadores posteriores como Maurice Cowling, Alan Clark o Johan Charmley, quienes sostienen que firmar la paz

por separado con Alemania en 1940 habría constituido el mejor modo de conservarlo.

¿En qué grado resulta legítimo este género de conjeturas? Kershaw se cuida mucho de no llevarlo demasiado lejos, y de hecho, no va mucho más allá de los planteamientos que presentó el mismísimo Churchill en aquella ocasión. Más que pintar con imaginación lo que podría haber pasado, Kershaw trata de evaluar las alternativas que se presentaban a quienes debían tomar la decisión. Lo único que hace es apuntar que una paz firmada con el Reino Unido en 1940 podría haber aumentado las posibilidades de que Hitler derrotara a la Unión Soviética. Sin embargo, lo cierto es que estas no fueron nunca muy grandes. Por más que Alemania hubiese tenido «todos los recursos materiales del continente a su disposición» en tal caso, la explotación de la Francia derrotada y otros sistemas económicos por parte de los nazis fue tan implacable que a la larga no habrían contado para nada. En realidad, la Unión Soviética se reveló como la fuerza determinante en la derrota de Alemania.

Hitler tomó la decisión de invadir Rusia durante el verano y el otoño de 1940, impulsado en gran medida, al decir de Kershaw, por el hecho de saber que, si el Reino Unido seguía en pie de guerra, la campaña británica no iba a tardar en recibir en cantidades cada vez mayores los ingentes recursos de la economía estadounidense. Cabe imaginar, como hace Kershaw, que de haber seguido el Führer los consejos de los generales alemanes y haber centrado sus empeños en la conquista del África septentrional y Oriente Próximo a fin de hacerse con sus vastas reservas de petróleo, que con tanta desesperación necesitaba la economía nazi, y de cortar la ruta principal de abastecimiento que unía al Reino Unido con el este a través del canal de Suez, el fatídico enfrentamiento con la Unión Soviética se habría visto prorrogado tal vez de manera indefinida.

En realidad, Hitler tomó lo peor de ambos mundos. Al abordar la decisión de Mussolini de participar en la guerra del lado alemán tras la derrota aplastante infligida a Francia, Kershaw presenta a las minorías selectas del poder italiano ávidas de recibir parte de los despojos. Si hubiera permanecido neutral, Italia podría haber administrado sus recursos del modo tradicional, consistente en enfrentar a un rival con el otro. Tal vez debería haber recordado el comentario sarcástico formulado durante una

conferencia de paz de finales del siglo XIX por cierto negociador ruso, quien señaló que, ya que los italianos estaban exigiendo que se aumentara su territorio, suponía que tenían que haber perdido otra batalla. Decepcionado por la negativa de Hitler a acceder a sus demandas en poniente, Mussolini tomó la determinación fatal de invadir Grecia, y los fracasos militares que sufrió en ella y en el norte de África no tardaron en arrastrar a los germanos a un escenario bélico en el que, en realidad, no tenían ninguna intención de combatir.

Hitler se quejaría más tarde de que semejante desvío de los recursos alemanes le costó la guerra al obligarlo a posponer la invasión de la Unión Soviética, conocida oficialmente como Operación Barbarroja.

Mantenía que, de haberla acometido antes, sus fuerzas habrían derrotado al Ejército Rojo antes de que las lluvias del otoño dificultaran su avance. Sin embargo, tal como asevera Kershaw, el mal tiempo de mayo y principios de junio habría pospuesto de igual modo el ataque. Es más: en las primeras semanas de la campaña rusa, Hitler previo que la victoria llegaría mucho antes del otoño. Cientos de miles de soldados soviéticos se vieron rodeados y capturados o murieron en colosales movimientos envolventes impelidos por vehículos blindados germanos cuyo rápido avance gozaba del apoyo de fuerzas aéreas que se hicieron con el dominio total de los cielos. El régimen soviético parecía estar a un paso del derrumbamiento.

Si los soviéticos quedaron a un paso del desastre fue sobre todo, según defiende Kershaw, por culpa de su dictador, Yósif Stalin, cuya decisión de hacer caso omiso de las continuas advertencias transmitidas por sus espías respecto a una inminente invasión alemana en junio de 1941 constituye el contenido de otro capítulo del libro. ¿Qué alternativas se le ofrecían? Una de ellas se la habían propuesto sus generales el mes anterior: lanzar un ataque preventivo. Los vestigios documentales de esto último han dado pábulo a quienes han tratado de hacer ver que Hitler invadió la Unión Soviética a fin de impedir al Ejército Rojo que marchase hacia poniente. Sin embargo, Kershaw emplea argumentos convincentes para rechazar esta «interpretación inverosímil». La operación Barbarroja llevaba muchos meses preparándose cuando salió a flote la idea de un ataque preventivo soviético. Por lo tanto, el ataque tuvo en todo momento un carácter defensivo.

Tras la guerra, el general Gueorgui Zhúkov, uno de sus protagonistas, reconoció que de todos modos habría sido un fracaso lamentable. El Ejército Rojo y sus caudillos habían sufrido un menoscabo terrible por las purgas efectuadas por Stalin a finales de la década de 1930. El frenético programa armamentístico emprendido en 1939 no había ido muy lejos, y el dictador soviético dudaba que sus militares estuvieran en condiciones de combatir con éxito a los alemanes antes de 1942. Por lo tanto, rechazó la idea sin más trámite. «¿Os habéis vuelto locos? —espetó—. ¿Qué queréis: provocar a los alemanes?» Sabía que sus fuerzas estaban muy mal preparadas, y trataba con desesperación de ganar tiempo, lo que lo llevó incluso a seguir enviando productos y materias primas en virtud del pacto firmado con los nazis en 1939 hasta seis días antes de la invasión.

Cegado por sus convicciones ideológicas, el dictador soviético no tenía intención de tolerar disensión alguna respecto de su propia evaluación complaciente de la situación. Aunque Kershaw omite cuáles eran los prejuicios de Stalin, lo cierto es que, como buen marxista-leninista, estaba convencido de que el régimen de Hitler no era más que una herramienta del capitalismo monopolístico de Alemania, y de que, por lo tanto, siempre que pusiera a disposición de los negocios germanos cuanto demandaban, estos no tendrían motivo inmediato alguno para emprender una invasión. Además, tenía por inconcebible que Hitler fuera a dar tal paso estando aún en marcha las hostilidades con el Reino Unido: el dictador alemán debía de ser muy consciente de la locura que suponía hacer la guerra en dos frentes. Sin embargo, el desdén sin límites que profesaba este último a la Unión Soviética lo llevó a convencerse de que una simple acometida bastaría para echar abajo todo el edificio del comunismo.

No fue así: a finales de 1941, los ejércitos alemanes habían quedado empantanados a las puertas de Moscú, y aunque al año siguiente lograron avances de consideración, en aquel momento entró en juego, en grado cada vez mayor, el factor que más había temido Hitler: el aumento de la ayuda estadounidense al Reino Unido y, en menor cantidad, a la Unión Soviética. Kershaw dedica dos capítulos a las decisiones tomadas por Roosevelt. El 30 de octubre de 1940, el presidente prometió a las madres y los padres de su nación: «Nadie va a enviar a vuestros hijos a una guerra extranjera». A esas alturas, llevaba ya mucho tiempo convencido de que el expansionismo

alemán suponía una amenaza fundamental para Estados Unidos, y no se equivocaba.

Tal como subraya Kershaw, Hitler había imaginado siempre «una guerra de los continentes» a largo plazo en la que una Europa dominada por Alemania acometería una ofensiva contra Estados Unidos por la supremacía mundial. Aun así, Roosevelt sabía que nunca iba a conseguir que el Congreso apoyase una declaración de hostilidades contra Hitler. Por lo tanto, procedió con cautela, paso a paso, a fin de apuntalar primero la campaña bélica británica y a continuación la soviética. «No creo que haya que preocuparse por ninguna posibilidad de dominación rusa», declaró poco después del comienzo de la operación Barbarroja. A la Ley de Préstamo y Arriendo, en virtud de la cual se pusieron grandes cantidades de material bélico a disposición del Reino Unido y, más tarde, la Unión Soviética, la siguió la Carta del Atlántico, por la que los estadounidenses se aliaban de forma implícita con los británicos mediante los principios democráticos comunes que se comprometían a defender, en tanto que el encuentro de un submarino alemán y un destructor de Estados Unidos brindó la excusa necesaria para persuadir al Congreso de la necesidad de proteger con buques de guerra los mercantes y convoyes aliados en la mitad americana del Atlántico en interés de la «libertad de los mares».

La decisión de Roosevelt de mover contra Alemania una guerra no declarada influyó en dos resoluciones trascendentales adoptadas por Hitler. La primera fue la de hacer manifestación de hostilidades en toda regla a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941. La introducción de la Ley de Préstamo y Arriendo había convencido ya a Hitler de que tenía que derrotar cuanto antes a la Unión Soviética para no dar tiempo a que los estadounidenses pusieran sus recursos al servicio de los Aliados. Cuanto mayor era la intervención de las fuerzas navales norteamericanas a fin de salvaguardar a los buques británicos, más temía el Führer que, a menos que pudiese desatar contra ellos toda la fuerza de su flota submarina, podía dar por perdida la batalla del Atlántico y toda pretensión de bloquear la provisión de alimentos, armas y materias primas procedentes de las islas británicas. Así y todo, siguió vacilando hasta que los japoneses bombardearon Pearl Harbor, base naval estadounidense del Pacífico, el 7 de diciembre de 1941. Hitler consideró llegada su «salvación». «No podemos

perder la guerra», fue su respuesta. El 11 de diciembre hizo declaración formal de hostilidades a Estados Unidos.

Este paso dado por los alemanes liberó a Roosevelt de la disyuntiva en que se hallaba, pues permitió a su nación participar abiertamente y sin reservas ni contención en el conflicto. Kershaw se pregunta si se trató de un acto de locura megalómana por parte de Hitler, y a continuación responde de manera negativa: la guerra con Estados Unidos era inevitable de cualquier modo, y la agresión japonesa iba a servir para retener en el Pacífico los recursos norteamericanos. Esto permitiría a Alemania hacerse con la victoria en Europa antes de que estos pusieran todo su poderío militar al servicio de británicos y soviéticos. Aun cuando no hubiera movido guerra contra Estados Unidos, la guerra submarina del Atlántico, cada vez más intensa, habría llevado a esta nación a participar en el conflicto más temprano que tarde. La decisión de Hitler, por ende, no fue nada trascendental, y si bien este veredicto resulta por demás convincente, lo cierto es que hace difícil justificar su inclusión en un libro de semejante título.

La segunda decisión a que dio lugar, cuando menos en cierto grado, la creciente participación de Estados Unidos en las hostilidades sí que fue, no obstante, de veras trascendental. Se trata, nada menos, que de la decisión de exterminar a los judíos de Europa. En un sentido determinado, al decir de Kershaw, esta no puede «atribuirse a una orden concreta dictada un día específico». Es cierto que, si bien han llegado a nosotros instrucciones explícitas por las que el Führer mandaba emprender el homicidio multitudinario de intelectuales polacos y la limpieza étnica de los judíos de las regiones de Polonia incorporadas a Alemania tras la invasión de septiembre de 1939, en 1941 sus directrices fueron menos categóricas. Con todo, según Kershaw, los amplios poderes que otorgó a Heinrich Himmler, jefe de la SS, para «pacificar» las áreas recién conquistadas y matar a los comisarios políticos soviéticos y a los judíos que representaran cualquier amenaza para la seguridad del Reich tuvieron un carácter decisivo. A principios del mes de agosto de 1941, las unidades de policía y las Einsatzgruppen (o destacamentos especiales) de la SS de Himmler se hallaban ya matando de forma indiscriminada números ingentes de varones,

mujeres y niños judíos en un proceso del que se mantuvo bien informado a Hitler.

En octubre de 1945, las autoridades nazis comenzaron a deportar al Este judíos procedentes de Berlín, Praga, Viena y otras ciudades de la Europa central, a los que enviaban a guetos en los que ya se hallaban recluidas, en condiciones cada vez peores, cantidades ingentes de correligionarios suyos de Polonia y la región oriental del continente. Mientras tanto, la policía y los destacamentos especiales alcanzaban extremos inéditos. Himmler trató de resolver la situación empleando gas tóxico a fin de matar más rápido a un número mayor de personas, primero en camionetas móviles y luego mediante la construcción de instalaciones fijas en campos de exterminio, empezando por el de Belzec en noviembre de 1941. Sea como fuere, a esas alturas el ritmo que habían cobrado los acontecimientos estaba empezando a obligar a la cúpula nazi a tomar una decisión fundamental y coordinar el genocidio, y por eso se convocó a las principales agencias administrativas participantes a celebrar una conferencia en el barrio residencial berlinés de Wannsee en noviembre de 1941, aunque hubo de diferirse al mes de enero de 1942 por la declaración de guerra contra Estados Unidos.

Durante una conversación privada mantenida con los dirigentes nazis el día después de esto último, Hitler puso de manifiesto lo siguiente: «ha llegado la guerra mundial, y la aniquilación de los judíos debe ser su consecuencia necesaria». Días después, al comunicar a sus subordinados estas palabras, Hans Frank, el gobernador general de Polonia, fue explícito hasta extremos brutales: «Debemos destruir a los judíos allí donde los encontremos». En la región que se hallaba a sus órdenes, sin ir más lejos, había más de tres millones. «No podemos fusilar a tres millones y medio de judíos —aseveró—, ni podemos envenenarlos, pero sí tomar los pasos necesarios para alcanzar de un modo u otro el exterminio que buscamos.» Está claro que se había adoptado una decisión relevante, y que quien la había adoptado había sido el Führer.

Resulta sorprendente, dada la estructura de su libro, que al exponer la invasión nazi de la Unión Soviética no conceda Kershaw una mayor importancia a la decisión de Roosevelt de propiciar la entrada de hecho de Estados Unidos en las hostilidades. A lo largo del verano y el otoño de 1941, Hitler no se cansó de hablar de la maligna conspiración judía

internacional que, a su ver, había empujado al presidente norteamericano a entablar una impía alianza con Churchill y Stalin a fin de provocar la destrucción de Alemania. Los tres hombres de estado se hallaban a su entender bajo influencia semita, y sus declaraciones privadas se veían respaldadas por la propaganda antiamericana que engendraba el ministerio berlinés de Goebbels. Tal vez Kershaw podía haber sacado más partido a este vínculo.

Ocurre, pues, que no todas las determinaciones que se analizan en este volumen son tan trascendentales, ni de hecho pueden considerarse todas, estrictamente hablando, decisiones. Aun así, todas ellas estuvieron conectadas de un modo u otro, y no hay duda de que sumadas ayudaron a dictar el curso del conflicto. Claro está que siempre cabe elegir resoluciones alternativas a las diez que estudia este libro, desde la declaración de guerra a Alemania del primer ministro británico Neville Chamberlain en septiembre de 1939 hasta la negativa de Hitler a permitir la retirada del 9.$^{0}$ ejército alemán de Stalingrado a finales de 1942; desde la orden de bombardear las ciudades germanas dada por Churchill al año siguiente hasta las diversas decisiones que tomaron los conspiradores de la resistencia alemana para tratar de asesinar al Führer en 1944. Al cabo, Kershaw no se molesta en realidad en ofrecer argumentos relativos a la importancia fundamental del período que fue de mayo de 1940 a noviembre de 1941 a la hora de conformar el rumbo de la guerra: sabe bien que la historia no es tan simple. Todo apunta, de hecho, a que ha dejado una puerta abierta para publicar una segunda parte, y aun una tercera, que abarque los períodos de 1942 a 1943 y de 1944 a 1945. De escribirse, valdrá la pena leerlos.

Libros así, centrados en procesos de decisión de dirigentes de tiempos de guerra, pueden parecer a primera vista muy alejados de la clase de historia social con la que comenzó su trayectoria historiográfica Ian Kershaw. Sin embargo, en cierto modo este contraste resulta engañoso. Lo que hace el autor es señalar al protagonista de la historia: las «decisiones trascendentales» de Mussolini, Churchill, Hitler, Stalin y el resto «estuvieron determinadas por el género de individuos que acertaron a ser quienes las tomaron. Al mismo tiempo, sin embargo —puntualiza—, ninguna de ellas se adoptó en un entorno vacío como caprichos arbitrarios de una personalidad: fueron elecciones tomadas en el contexto de unas

condiciones previas y de restricciones externas». Resulta difícil escapar a la sensación de que, en realidad, a Kershaw no le interesa demasiado la personalidad de los responsables de tales resoluciones. A la postre, pues, el libro no versa tanto sobre sus decisiones trascendentales como sobre los factores que los limitaron. Y eso es, precisamente, lo que hace que se salga del surco de la historia militar y diplomática y lo sitúe en una categoría propia.

# 18. INGENIEROS DE LA VICTORIA

LOS diferentes géneros de historiadores han tendido a subrayar distintos motivos de la derrota sufrida por las potencias del Eje frente a los Aliados en la segunda guerra mundial. Los especialistas en historia militar más tradicionales hacen hincapié en la calidad del caudillaje de uno y otro lado; en la inspiración brindada por Churchill, Roosevelt y —en un plano muy disímil— Stalin, frente al natural distante de Hirohito o el desequilibrio en la toma de decisiones de Hitler o su creciente retirada de la vida pública durante el conflicto. El generalato también posee un gran peso en esta concepción de las hostilidades, y el modo cómo figuras militares brillantes de Alemania como Rommel, Guderian o Von Manstein se vieron paralizadas por la intromisión constante del Führer y su rígida insistencia en la victoria absoluta o la total derrota, y aventajados por gentes como Zhúkov, Montgomery o Patton, a los que sus jefes políticos concedieron la libertad necesaria para poner en práctica sus propias estrategias a la luz de la situación militar del momento.

Los especialistas en historia económica, como es natural, han apuntado a la colosal disparidad de recursos que se verificaba entre uno y otro lado al superar con creces la producción de armas y municiones de los Aliados a la del Eje, en tanto que en el Japón escaseaba el alimento y Alemania veía menguar sus reservas de combustible. De forma más reciente, a medida que han quedado a disposición de los investigadores los archivos de los servicios secretos, los expertos en «historia del espionaje» han defendido la importancia de los avances de consideración en la recogida de datos, el desciframiento de los códigos secretos del enemigo y la puesta en marcha de complicadas tácticas de engaño a la hora de cambiar el rumbo de las

hostilidades. Han sido muchos quienes se han afanado en identificar «puntos de inflexión» de vital relevancia, desde las «decisiones trascendentales» adoptadas por los dirigentes de las potencias beligerantes, en el caso de Ian Kershaw, hasta la relación de batallas y conferencias que pusieron a los Aliados en el camino de la victoria elaborada por Philip Bell en Twelve turning points of the Second World War (2011). En un plano más amplio, Richard Overy, cuya obra abarca tanto la historia militar como la económica, analiza una serie de motivos en Por qué ganaron los Aliados (1995) y llega a la conclusión de que su victoria se debió a que «supieron convertir su poderío económico en potencia bélica eficaz y traducir la moral de sus gentes en una voluntad real de victoria».

Como él, Paul Kennedy ha tratado siempre de abordar la guerra y las relaciones internacionales en su conjunto. En Ingenieros de la victoria: los hombres que cambiaron el destino de la segunda guerra mundial (2013) se muestra escéptico ante algunas de las afirmaciones más exageradas de los defensores de los distintos enfoques. La idea de que los adelantos logrados en el terreno del espionaje consiguieron variar el rumbo de las hostilidades resultan improbables a no ser que se analicen en un contexto más amplio. Hace hincapié en lo nutrido de la nómina de los errores cometidos por los servicios secretos, desde el desconocimiento francés del avance alemán a través de las Ardenas en 1940 hasta la ceguera de los estadounidenses respecto de las intenciones japonesas de atacar Pearl Harbor. Los altos mandos se negaron en ocasiones a creer los informes proporcionados por dichas entidades, tal como ilustra el caso célebre del soldado alemán que había pertenecido en otro tiempo a las filas del comunismo y que cruzó las líneas la noche anterior al comienzo de la operación Barbarroja para advertir a Stalin de la invasión, y al que el dictador soviético mandó ejecutar por propagar falsos rumores.

Kennedy podía haber añadido también que los Aliados retuvieron muchos de los mensajes descodificados Ultra —que permitieron a los oficiales del servicio de información británico que servían en Bletchley Park supervisar las radiocomunicaciones de los alemanes y advertir a las tropas de tierra de la procedencia del siguiente ataque— por miedo a que cualquier redistribución demasiado obvia de sus fuerzas alertase al enemigo de que estaban teniendo conocimiento de sus intenciones. Así, en mayo de

1941, aunque el comandante de las tropas británicas apostadas en la isla de Creta sabía por el personal de Bletchley Park dónde iban a desembarcar las fuerzas de la invasión aerotransportada que planeaba Alemania, sus superiores le prohibieron situar a sus hombres en aquel punto por temor a levantar la liebre y anularon con ello cualquier ventaja que pudiesen haberles concedido los servicios secretos. En cambio, según pone de manifiesto Kennedy, los «avances [del terreno del espionaje militar] que tuvieron un efecto demostrable a la hora de reducir la duración del conflicto bélico… son escasos». El más evidente fue el de la batalla de Midway, en donde los servicios secretos localizaron los portaaviones enemigos y lograron ocultar a un mismo tiempo la ubicación de las fuerzas estadounidenses. Quizá también quepa incluir en la misma categoría la destrucción de la flota italiana del Mediterráneo por parte de la Armada Real británica, y el hundimiento del acorazado de combate alemán Scharnhorst en diciembre de 1943. Por lo demás, la información de los servicios secretos no fue, a su decir, sino un factor más entre muchos, y por lo común no de los más importantes, aun cuando a lo largo de su libro mencione muchas otras contribuciones suyas de relieve que socavan sus propios argumentos en muchos sentidos.

En tal caso, ¿qué fue lo que marcó la diferencia en opinión de Kennedy? Las páginas de Ingenieros de la victoria apuntan a una serie de elementos generales que determinaron el curso del conflicto. El más obvio de todos fue la disparidad en cuanto a recursos y capacidad fabril que se daba entre las potencias del Eje y los Aliados. Esta, de hecho, tuvo una importancia aún mayor de lo que le otorga Kennedy, pues los segundos, lejos de lograr una clara «superioridad productiva entre 1943 y 1944», la poseían ya en 1940, aun antes de que entrasen en el conflicto los estadounidenses. En aquel año, por ejemplo, los soviéticos y los británicos manufacturaron respectivamente 21.000 y 15.000 aeroplanos de combate frente a los 10.000 de Alemania. En 1941, el número de aviones fabricado por el Reino Unido y Estados Unidos dobló con creces el que salió de las instalaciones industriales de Alemania y el Japón. Además, lejos de ser los Aliados los únicos que aprendieron de sus errores y mejoraron sus sistemas armamentísticos y sus métodos de producción, lo cierto es que los alemanes se las compusieron para hacerlo de un modo por demás impresionante

cuando Albert Speer supo servirse de los cimientos que habían dejado sus predecesores para elevar la fabricación militar a sus cotas más altas en 1944 y crear nuevos productos tan impresionantes como los carros de combate Tiger y Panther.

Aun así, esto último apenas marcó diferencia alguna a la postre. Entre los alemanes hubo caudillos juiciosos que reconocieron muy pronto la disparidad de recursos entre unos y otros combatientes. Fue el caso de Fritz Todt, quien ya a principios de 1942 hizo saber a Hitler que la guerra estaba perdida por este motivo. «Quien determinó el resultado de la guerra del norte de África —se lamentó el general Erwin Rommel tras su derrota— fue el peso del material angloamericano.» El Eje no solo se quedó corto en lo que a capacidad de producción se refiere: sus fuerzas sufrieron derrota en muchas ocasiones por causa de la falta de combustible. Aunque lo hubiera intentado a despecho de las órdenes de Hitler, Paulus no habría podido romper el cerco que le había impuesto el Ejército Rojo en Stalingrado por no disponer de carburante para que sus carros de combate y sus camiones recorrieran la distancia necesaria, y hubo muchos otros ejemplos como este. Durante la guerra, Alemania no dispuso nunca de más de un millón de toneladas de reservas de este bien, en tanto que el Reino Unido poseía diez millones en 1942 y más de veinte dos años después. Los empeños germanos en conquistar los campos petrolíferos del Cáucaso y Oriente Próximo quedaron en nada, como las colosales inversiones de la IG Farben en la producción de combustible sintético.

Aun así, Kennedy está en lo cierto cuando critica «el crudo determinismo en que incurre la explicación económica del resultado de la guerra». Alemania, Italia y el Japón disiparon sus recursos al combatir en demasiados frentes a un mismo tiempo (un ejemplo muy revelador del concepto de «exceso de abarcadura» imperial que desarrolló el autor hace un cuarto de siglo en su clásico Auge y caída de las grandes potencias [1987]). Sin embargo, mientras que la Unión Soviética pudo concentrarse de forma casi exclusiva en derrotar al invasor nazi, los británicos y los estadounidenses hubieron de enfrentarse también a los problemas que planteaba el hecho de hacer la guerra en numerosos frentes a un tiempo. Kennedy da a entender que la experiencia que había otorgado al Reino Unido el hecho de gobernar un imperio mundial lo situó en una posición

ventajosa en este sentido, aunque añade que fue más importante aún la circunstancia de que «los dirigentes británicos sabían que estaban estirando demasiado sus recursos», sobre todo tras la derrota sufrida por sus fuerzas en Grecia y Creta, Tobruk y Singapur, y los reveses que habían tenido que encajar en la batalla del Atlántico, todo ello en el punto más bajo de la guerra para ellos, entre 1941 y 1942, y pese a la participación de fuerzas llegadas de muchas partes diferentes del imperio. Por lo tanto, hicieron cuanto estuvo en sus manos por compensar tal circunstancia mediante el desarrollo de avances tecnológicos destinados a reducir el número de pérdidas.

Son precisamente estos avances y su empleo lo que conforma el foco central del absorbente libro de Kennedy. El material que exponen sus páginas se divide en cinco capítulos. El primero, dedicado a la cuestión de «cómo hacer que los convoyes crucen el Atlántico con seguridad», comienza en 1942, año en que las flotas mercantes que transportaban provisiones al Reino Unido perdieron 7,8 millones de toneladas, en su mayoría por obra de los submarinos alemanes. Los tecnólogos aliados superaron tan difícil situación mediante el desarrollo de bombarderos de gran autonomía de vuelo capaces de acompañar a las conservas en su travesía transatlántica; radares centrimétricos destinados a localizar submarinos alemanes, que por lo común debían navegar por la superficie por carecer de los equipos de aire acondicionado necesarios para mantenerse sumergidos durante períodos prolongados; el mortero erizo que montaba la escolta de los convoyes, y grupos de apoyo más eficaces y mejor organizados que incluían portaaviones de tamaño modesto capaces de acechar y eliminar las formaciones de submarinos enemigos (también conocidas como «manadas de lobos»). Aunque tanto aquí como en el resto del libro se resta importancia al papel representado por los servicios secretos, lo cierto es que las pérdidas sufridas en 1942 se debieron en gran medida a la capacidad de los alemanes para descodificar las transmisiones radiofónicas de los Aliados al mismo tiempo que frustraban los empeños de los criptógrafos aliados en descifrar las suyas, y que la victoria lograda por los Aliados al invertir esta situación en diciembre de 1942 representó, sin lugar a dudas, un momento crucial en el conflicto al permitir a los convoyes desviarse de la ruta de los sumergibles que los hostigaban y determinar su

posición por sus comunicaciones por radio y no solo mediante avistamientos.

Kennedy se mantiene al margen de esta historia consabida para abordar la cuestión de «cómo hacerse con la hegemonía aérea». Cuando los bombarderos aliados lograron aumentar su autonomía de vuelo y mejoraron su capacidad para dar con los objetivos adecuados era ya 1943, año en que las incursiones aéreas multitudinarias sobre Hamburgo y el Ruhr causaron un daño colosal no solo a la industria de Alemania, sino también a la moral de su población. Fue un error cambiar de blanco para poner la mira en la remota Berlín, en donde los sistemas de navegación asistida de los Aliados resultaban ineficaces, los cazas de escasa autonomía de vuelo no podían acompañar a los bombarderos y los alemanes poseían el tiempo necesario para organizar sus defensas. La dotación de los aviones atacantes sufrió un número de bajas considerable, y hubo que moderar la campaña. La solución la brindó el P-51 Mustang, avión de caza de gran autonomía con fuselaje estadounidense y motor de la británica Rolls-Royce. Esta nueva escolta fue muy eficaz a la hora de proteger a los bombarderos, que también aumentaron su alcance. Los Aliados se hicieron con la supremacía aérea, y los últimos dieciocho meses de la guerra conocieron incursiones cada vez más devastadoras que paralizaron la industria germana y hundieron aún más la moral de los alemanes. Aunque son muchos los historiadores que han expuesto antes esta historia, y el libro de Kennedy apenas añade datos nuevos al respecto, lo cierto es que presenta un análisis claro y convincente a un mismo tiempo.

De esta historia conocida, Kennedy pasa a narrar cómo aprendieron los Aliados a «parar los pies a la guerra relámpago», o dicho de otro modo, a echar por tierra la táctica alemana de combinar sus fuerzas aéreas, blindadas y de artillería en un asalto brutal. La respuesta consistía en preparar muy por adelantado un número considerable de defensas, tal como se hizo en El Alaméin y en Kursk. En este ámbito, Kennedy se mueve sobre un terreno poco firme al haber omitido consultar la serie de estudios revolucionarios sobre el Blitzkrieg firmados por Karl-Heinz Frieser, que culminan en su espectacular reinterpretación de la batalla de Kursk, en la que, según sus cálculos, se perdieron 760 carros de combate alemanes (y no 1.600, como afirma Kennedy), hubo 170.000 soldados muertos, heridos o desaparecidos

(no 50.000) y —un dato vital, aunque se obvia en Ingenieros de la victoria — se destruyeron 524 aeroplanos. Una vez más, pese a la importancia que reviste el que los soviéticos aprendiesen a hacer frente a las tácticas alemanas y a usar la información de los servicios secretos, la supremacía aérea, los adelantos tecnológicos y la intendencia para cambiar el rumbo de los acontecimientos, la disparidad de recursos seguía teniendo un peso fundamental, siendo así que, si bien sus pérdidas fueron muchísimo más nutridas que las de la Wehrmacht, el Ejército Rojo podía compensarlas con mucha más facilidad.

A la hora de explicar «cómo tomar una costa ocupada por el enemigo», el libro examina en particular los desembarcos de Normandía a la luz de operaciones anfibias desastrosas anteriores, como el ataque a Galípoli efectuado durante la primera guerra mundial. Los Aliados habían aprendido la importancia de tomar tierra lejos de lugares bien defendidos y de garantizar por adelantado la hegemonía de los cielos y el mar. También era de vital relevancia mantener el mayor secreto sobre los planes de invasión, a diferencia de lo que habían hecho, con calamitoso resultado, antes de los desembarcos de Salerno y Anzio, en septiembre de 1943 y enero de 1944 respectivamente. Todas estas condiciones se hallaban presentes durante la operación emprendida en Normandía en junio del último año citado, y además se adoptaron refinadas medidas de engaño que llevaron a los alemanes a ubicar en otro punto la mayor parte de sus defensas y a creer que la invasión se produciría en un momento diferente: un triunfo más de los servicios secretos. Para Kennedy, sin embargo, la clave estuvo —como asevera la mayoría de los historiadores del Día D— en la planificación minuciosa y en el perfecto funcionamiento del sistema de mando y control; a lo que cabría añadir, una vez más, la abrumadora superioridad en lo tocante a hombres y material.

En el último capítulo de relieve, Kennedy aborda otro asunto conocido al considerar «cómo acabar con la "tiranía de la distancia"». Si bien los japoneses estiraron sus recursos más de lo prudente en la colosal amplitud de las áreas que conquistaron entre 1941 y 1942, también plantearon dificultades nada desdeñables a las fuerzas aliadas que trataron de rechazarlos. La China se hallaba demasiado alejada del suelo estadounidense para ser viable en cuanto base para la contraofensiva, y la

topografía hacía descartar también Birmania: no había más remedio que cruzar el Pacífico. El desarrollo de grupos de portaaviones rápidos, la producción de bombarderos B-29 de gran autonomía de vuelo, el despliegue de aviones de caza veloces y manejables como el Hellcat y la habilidad y experiencia obtenidas en la guerra anfibia por el cuerpo de infantería de marina de Estados Unidos confirieron a las fuerzas de esta nación un claro predominio de las aguas y los cielos y les permitieron rechazar a los japoneses y, en un último estadio, arrasar sus ciudades y poner fin a la guerra con las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. Los submarinos estadounidenses diezmaron la flota nipona merced al uso de torpedos nuevos y mejorados, en tanto que los sumergibles japoneses, grandes y pesados, resultaban fáciles de divisar y destruir. El que no se hiciera nada por proteger el envío por mar de mercancías se tradujo en una merma devastadora de las provisiones destinadas a los habitantes de las islas del Japón y las fuerzas de ocupación de todo el Pacífico.

Kennedy centra sus argumentos en la afirmación de que la victoria aliada se debió en gran medida a su «cultura de estimulación» o «de innovación». El libro ofrece ejemplos de las mejoras e invenciones tecnológicas que mejoraron los empeños bélicos de los Aliados, pero lo cierto es que el Tercer Reich no fue menos eficaz a la hora de ingeniar y desarrollar nuevas armas y adelantos, desde el cohete V-2 hasta el caza de reacción, pasando por el submarino rápido dotado de batería y aire acondicionado o el misil tierra-aire Wasserfall («catarata»). La ciencia y la tecnología alemanas no tenían rival en lo que a capacidad innovadora se refiere. Es de justicia señalar, tal como hace Kennedy, que dichos avances no pudieron emplearse de un modo eficaz porque Alemania había perdido el dominio del mar y del aire en el momento que comenzó su producción, y las instalaciones fabriles y de transporte vieron interrumpida su labor una y otra vez. Al final, sin embargo, el impacto decisivo se debió no a la superior capacidad de los Aliados para resolver problemas militares y logísticos mediante la tecnología, sino a su impresionante superioridad en lo tocante a recursos y, sobre todo, a la posibilidad de concentrarlos donde eran necesarios.

Por lo tanto, tal como nadie ignora, las estructuras que gobernaban el proceso de toma de decisiones de Alemania eran caóticas y muy poco

eficaces en la esfera económica. Igual que en tantos otros aspectos administrativos, Hitler gustaba de nombrar a personas diferentes para un mismo cometido, con el convencimiento de que el más implacable y eficiente de todos quedaría por encima de los demás en la lucha darwinista por la supremacía institucional. Este método, sin embargo, resultó muy poco ventajoso durante la guerra, cuando ni siquiera Speer fue capaz de centralizar de forma eficaz la producción de las armas más importantes. Había equipos rivales trabajando en clases distintas de cohete, y hasta en clases diferentes de bomba atómica, y los recursos se disipaban en todo un abanico de proyectos, muchos de ellos sin futuro real alguno, en lugar de centrarse en uno o dos. La situación empeoraba aún más con los continuos titubeos y cambios de prioridades de Hitler. El bimotor de combate Messerschmitt Me-262, por ejemplo, estaba listo para empezar a fabricarse en julio de 1943 cuando el Führer decidió no hacer caso a sus asesores, que le recomendaban equiparlo como un avión de caza (en cuyo caso habría sido muy perjudicial para los bombarderos aliados que hostigaban Alemania), y ordenar que hicieran de él un bombardero (pese a que así apenas produciría efecto real alguno). A continuación, prohibió todo debate al respecto por entender que todo empeño en hacerlo cambiar de opinión constituía un desafío a su autoridad.

Esto nos lleva a una cuestión de más amplitud relativa al caudillaje en la guerra. Kennedy reconoce, claro, que «los que ocupaban cargos superiores revestían un peso fundamental». Hitler se tenía a sí mismo por el «más grande adalid de todos los tiempos (der größter Feldherr aller Zeiten, título que algunos de sus subordinados abreviaban con sorna como Gröfai), y lo cierto es que muchos aceptaron tal condición cuando se impuso a los convencionalismos militares en la derrota de Francia en 1940. Sin embargo, con el correr del tiempo fueron cada vez más los generales que lo ponían en duda. Fue él, precisamente, quien dividió a las fuerzas alemanas que combatían en el frente oriental a finales del otoño de 1941, con lo que menguó el número de tropas destinadas a asaltar Moscú y desvió el empuje de la invasión del Cáucaso. Sin embargo, este no fue, tal como da a entender Kennedy, un acto insensato: Hitler consideraba prioritario ocupar las regiones de Ucrania productoras de cereal y tomar Crimea a fin de evitar que los soviéticos la emplearan como base aérea para las incursiones a los

campos petrolíferos de Rumania, de los que tanto dependía Alemania, y parece que no le faltaba razón.

Kennedy asevera que «la cúpula de la Wehrmacht… había olvidado, por paradójico que parezca, la importancia que atribuía Clausewitz al hecho de poner la mira en los Schwerpunkte (centros de gravedad o puntos clave) del enemigo» a la hora de tomar esta decisión, pero lo cierto es que no es así: el general al mando del grupo de ejércitos Centro, Fedor von Bock, se opuso en redondo a la división de las fuerzas germanas, pues tal como hizo saber al jefe del estado mayor general del Ejército, Franz Haider: «el giro hacia el sur no es más que un número secundario». «¡Si yo no quiero capturar Moscú! —protestó ante las numerosas directivas de Hitler que advertían de que la toma de la capital soviética no constituía un objetivo prioritario—. Lo que yo quiero es destruir el ejército enemigo, y tengo a la mayor parte delante de mí.» El debilitamiento que sufrieron sus formaciones al desviar muchas de sus unidades al sur supuso «colocar un interrogante sobre la ejecución de la primera operación: la destrucción de las fuerzas armadas rusas antes del invierno».

En realidad, no puede decirse que los cálculos de ninguno de ellos se caracterizaran en particular por su carácter racional. Ambos parecían esperar que la Unión Soviética caería con facilidad en el caos y la anarquía: Bock, porque la doctrina militar prusiana le había enseñado que era posible derrotar al enemigo con un simple golpe demoledor, y Hitler, porque daba por supuesto que se trataba de un estado en ruinas que solo se mantenía en pie por el terror ejercido por una camarilla judeobolchevique. En realidad, tras lograr una serie de victorias pasmosas en el sur, Hitler devolvió grandes cantidades de hombres y pertrechos a Bock, que emprendió en octubre un nuevo asalto en el que tomó 673.000 prisioneros y acortó la distancia que lo separaba de Moscú. Sin embargo, el alto mando soviético se había replanteado su táctica: Stalin había logrado inculcarle la voluntad de resistir, y Richard Sorge, espía suyo en Tokio, lo había convencido de que los japoneses no tenían intención de atacarlo, noticia esta que le permitió enviar al frente de Moscú 400.000 soldados aguerridos. La Unión Soviética no se derrumbó: sus recursos eran tan colosales que resultaba imposible echarla abajo de un solo golpe brutal. Los soldados de Bock, en consecuencia, se vieron detenidos a las puertas de Moscú y tuvieron que replegarse hasta una

posición defensiva en la que muchos de ellos murieron de frío por no haber recibido más uniformes que los de verano de un mando que esperaba haber vencido meses antes, cuando aún no se había instalado el invierno.

El cambio ponía en duda la lógica de toda la campaña bélica del Eje; y es que, a fin de cuentas, el éxito o el fracaso obtenidos en cualquier guerra deben medirse por los objetivos que tienen los beligerantes al entrar en ella, y tales fines tienen que ser realistas para que tengan posibilidad alguna de verificarse. Las metas iniciales del Japón, aunque ambiciosas, eran relativamente limitadas: la instauración de una Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, o dicho de otro modo, un Imperio nipón económico que pudiera emplear los recursos de un área extensa de dicha región y del Pacífico en ausencia del suministro de petróleo y otros bienes por causa del embargo impuesto por Estados Unidos en julio de 1941. Habría sido posible lograr tal cosa pese a las represalias de un Imperio británico sometido a una dilatación excesiva y cuya fácil derrota presagiaba su posterior disolución tras la guerra. Así y todo, resultaba por demás ingenuo pensar que Estados Unidos iba a hacerse a un lado dócilmente después de lo de Pearl Harbor y negociar un acuerdo de paz que dejara en manos niponas el grueso de la Esfera de Coprosperidad. Además, el proceder salvaje y sádico desplegado por los conquistadores japoneses en las áreas que habían ocupado dio al traste desde un primer momento con cualquier idea de «coprosperidad». Los del Japón invitaban con su comportamiento a la guerra total, y la tuvieron. El conflicto en que se vieron metidos fue uno que jamás podían soñar con ganar.

Los objetivos bélicos de Hitler no tenían límites, y eso indicaba un grado de ilusión acerca de la capacidad de su país para alcanzarlos aún mayor que el de los nipones. Los nazis creían sobre todo en la supremacía de la fuerza de voluntad, y en que al triunfo de la suya propia sobre Alemania seguiría una victoria similar sobre las naciones débiles y degeneradas de Occidente y sobre las sociedades eslavas primitivas y retrasadas del Este. Tras su triunfo se impondría un nuevo orden racial en Europa, que iba a hacer necesario el exterminio de entre treinta y cuarenta y cinco millones de eslavos a fin de dejar sitio a los colonos alemanes, y a continuación se movilizarían los recursos de una Europa dominada por los nazis a fin de emprender un nuevo enfrentamiento con Estados Unidos.

También en su caso el comportamiento despiadado y explotador de que dieron sobradas muestras en los países ocupados provocó la rápida merma de los bienes de Europa a medida que los sistemas económicos sometidos al nazismo se agotaban y desmoronaban con rapidez.

Por lo tanto, no tiene sentido hablar, como hace Kennedy, de «la insensatez del trato cruel que dieron los nazis a los ucranianos y otros grupos étnicos del odiado imperio de Stalin», siendo así que tal tratamiento formaba parte de los objetivos bélicos de los hitlerianos. De un modo similar, lamentar el desvío de recursos alemanes al exterminio de los judíos sería no haber entendido que, conforme a la visión demente de los nazis, la guerra de Alemania estaba destinada sobre todo a acabar con la conspiración mundial que habían emprendido los judíos de todo el mundo contra la raza «aria», y de la cual Churchill, Roosevelt y Stalin no eran más que instrumentos voluntariosos. Aquella era una guerra racial en la que la aniquilación de seis millones de judíos europeos, que no se aborda en este libro porque no parece pertenecer al arsenal acostumbrado de estrategia militar, constituía un objetivo bélico universal, una meta que con el tiempo se extendería de Europa a América, por ser este continente la sede desde la que se estaba coordinando la conspiración mundial contra Alemania.

La lucha, el conflicto, la agresión y la violencia eran factores centrales de la ideología nazi, que concebía la guerra eterna como el único modo de mantener a la raza «aria» en su posición suprema. Dado lo irracional de este orden, resulta más bien irrelevante dar a entender, como hace Kennedy, que los alemanes podrían haber salido vencedores de las hostilidades o aseverar que sin la contribución de tal o cual innovación logística, organizativa o tecnológica «la victoria quedaba fuera de su alcance». El Eje estaba condenado de entrada a la derrota por la naturaleza misma de sus objetivos bélicos, y no solo por los medios con los que trataron de alcanzarlos las potencias que lo conformaban. Como todo libro que aborda la segunda guerra mundial en su conjunto como un conflicto racional a la manera de la guerra de los Siete Años, la franco-prusiana o la civil americana, entabladas con fines bien definidos que podía haber logrado cualquiera de los lados enfrentados, el de Ingenieros de la victoria está, en lo fundamental, mal concebido desde el principio.

Pese a lo que asevera en el comienzo mismo, este volumen no versa en realidad sobre adelantos tecnológicos, sino que afronta cada uno de los aspectos estudiados con una base mucho más amplia. Si bien en los últimos tiempos se han publicado muchos libros excelentes sobre la segunda guerra mundial, lo cierto es que se han centrado de manera preeminente en la experiencia de la guerra: sobre lo que supuso ser soldado en Stalingrado, marino en Midway o paisano en los bombardeos aéreos. Este volumen destaca porque, a diferencia de todos ellos, trata de analizar con detalle la historia de la guerra, responder cuestiones abarcadoras y proponer tesis razonadas y bien argumentadas sobre su curso y sus resultados. Por desgracia, poco de cuanto tiene que decir es nuevo, y los ejemplos detallados que presenta ya se han tratado con propiedad en otros muchos libros sobre el conflicto.

# 19. EL SUSTENTO DE LA GUERRA

LOS CUATRO Jinetes del Apocalipsis —Peste, Guerra, Hambre y Muerte — siempre han cabalgado juntos. A lo largo de la historia, los conflictos bélicos han llevado consigo la muerte no solo en el campo de batalla, sino también por inanición y por la propagación de enfermedades. En las guerras preindustriales, los ejércitos en marcha pisoteaban los cultivos, se hacían con las reservas de alimentos, reclutaban a la fuerza a los jóvenes campesinos que labraban la tierra y hacían morir de hambre a las plazas sitiadas. Los grupos numerosos de soldados que recorrían grandes distancias y vivían juntos hacinados en alojamientos improvisados en los que imperaban condiciones insalubres hacían proliferar las epidemias y causaban sufrimientos aún mayores.

Se calcula que, en la guerra de los Treinta Años, que se prolongó de 1618 a 1648, murió la mitad de la población de Alemania a causa de esta combinación funesta. La Gran Guerra, de hecho, fue el primer conflicto internacional en que cayeron más soldados por la acción del enemigo que víctimas de las enfermedades. En lo que duraron las hostilidades, pereció más de medio millón de alemanes por desnutrición de resultas del bloqueo impuesto por los Aliados a la provisión de alimentos de ultramar. Las epidemias se han usado muy pocas veces como arma, sobre todo por la costumbre que tienen de propagarse sin importar el signo de sus víctimas, pero al expediente de matar de hambre al enemigo se ha recurrido siempre.

Las naciones beligerantes de la primera guerra mundial aprendieron mediante errores de intendencia y sufrimientos terribles la importancia de garantizar suministros alimentarios adecuados a los suyos durante un conflicto armado prolongado. En parte debido a esta experiencia, tal como

hace patente Lizzie Collingham en su soberbio The taste of war (2012), estas mismas naciones hicieron grandes esfuerzos por mantener a sus ejércitos y su población civil con vida y bien alimentados durante la segunda guerra mundial. Para Alemania y en particular para su dirigente, Adolf Hitler, el recuerdo de la desnutrición masiva sufrida en el conflicto previo produjo una impresión indeleble. Ya en un estadio muy temprano de su vida política, el futuro dictador deseaba conquistar «espacio vital» para los alemanes en la Europa Oriental y hacer uso del granero de Ucrania a fin de sustentar a las fuerzas armadas germanas. Los nazis no tenían intención alguna de repetir el error de la primera guerra mundial, en la que se introdujo el racionamiento demasiado tarde para que pudiera salvar la situación. Aunque Collingham asevere que se implantó en Alemania en agosto de 1939, lo cierto es que llegada aquella fecha llevaba ya dos años practicándose. Ya a mediados de la década de 1930, la recluta militar y de la industria armamentística, la requisa de vastas extensiones de tierra labrantía para fines marciales y la imposición de controles de divisas destinados a contener las importaciones de víveres habían desembocado en un descenso espectacular de la producción alimentaria y el consiguiente aumento de los precios. Estos se congelaron en 1936, y el primer día del año siguiente se introdujo el racionamiento de mantequilla, margarina y manteca. Por su parte, el consumo de café y cítricos se restringió a principios de 1939. La economía alemana se hallaba en pie de guerra mucho antes de que estallara el conflicto armado propiamente dicho.

Hitler se las compuso para mantener un grado razonable de nutrición entre los alemanes hasta los últimos estadios de la guerra. Collingham calcula que el 40 por 100 aproximado del pan y la carne que consumieron las fuerzas armadas y el paisanaje del Reich se produjo en los territorios ocupados o en granjas cuya mano de obra procedía de aquellos países. Su aserto de que «la población de Alemania no empezó a pasar hambre hasta después de mayo de 1945», sin embargo, descansa en una aceptación demasiado a la ligera de lo que aseveran las memorias de posguerra, período en el que muchos germanos culparon a las fuerzas de ocupación aliada del fracaso a la hora de sustentarlos. En realidad, el abastecimiento alimentario había comenzado a venirse abajo durante el otoño de 1944, cuando las fuerzas armadas perdieron el dominio de la Europa Oriental con

el avance hacia poniente del Ejército Rojo y las comunicaciones por carretera y ferrocarril sufrieron interrupciones serias por el bombardeo aliado. El régimen nacionalsocialista redujo el racionamiento de pan de los 12.450 gramos mensuales de mayo de 1944 a 9.700 en agosto, 8.900 en diciembre y 3.600 en abril de 1945. Nadie podía subsistir con lo que se le permitía comprar oficialmente, y tal circunstancia propició el florecimiento de un mercado negro de grandes proporciones dirigido por operarios extranjeros fugados y bandas salvajes que se enzarzaban en frecuentes tiroteos con la Gestapo. La incidencia de enfermedades como la tuberculosis, agravadas por la desnutrición y el debilitamiento, creció de forma marcada en 1944. Y de hecho, Collingham reconoce que «la escasez alimentaria empeoró en las ciudades alemanas hasta que, en los meses que precedieron a la victoria aliada, se desmoronó el sistema de abastecimiento».

Si la falta de sustento era marcada en Alemania, en la Europa Oriental la situación había alcanzado extremos desastrosos. Aquella, tal como señala la autora, «exportó el hambre de la guerra a los países que ocupó». Empezando por un «plan del hambre», concebido por Herbert Backe, director del Ministerio de Alimento del Reich, que se hizo más abarcador y ambicioso hasta convertirse en el Plan General para el Este, diseñado a petición de Heinrich Himmler, jefe de la SS, el programa nazi suponía matar deliberadamente de hambre a entre 30 y 45 millones de eslavos (los 100 de los que habla Collingham parecen exagerados). Además, se pretendía acelerar los efectos de la inanición negándoles el acceso a los cuidados médicos. Cuando invadieron la Unión Soviética en junio de 1941, las fuerzas germanas dejaron a ciudades como Járkov destrozadas por los ataques aéreos y los combates urbanos empeñados casa por casa, sin servicios tan básicos como el agua, el alcantarillado, el gas o la electricidad. Destruyeron toda la infraestructura, y las fuerzas germanas de ocupación prohibieron a los habitantes entrar o salir de la ciudad. Las tropas soviéticas en retirada ya habían puesto por obra una estrategia de tierra quemada a fin de negar el sustento a los invasores mediante el expediente de incendiar o arruinar depósitos cargados de trigo, maíz, harina y verduras. Se evacuó a la mitad de la población, en tanto que quienes quedaron atrás fueron tildados de traidores por los soviéticos. «No hay almacenes —escribió cierto

habitante contemporáneo del municipio—, ni mercados ni tiendas de ninguna clase… La ciudad está tan falta de comestibles como un desierto.» Cuando tocaba a su fin el año de 1942, había muerto ya una tercera parte de los 450.000 que habían permanecido, casi en su totalidad de hambre. En Leningrado (la actual San Petersburgo), sitiada durante más de dos años por fuerzas germanas que tenían orden de matar de necesidad a los ciudadanos en lugar de tomar la plaza al asalto, pese a las notables pérdidas militares que tal postura podía comportar, murió de inanición al menos un millón de personas, y cundieron las noticias de ciudadanos a los que la desesperación había arrastrado a comerse a los muertos.

La muerte en masa de «bocas inútiles» comenzó ya en septiembre de 1939, cuando los alemanes invasores hacinaron a los judíos polacos en guetos insalubres y atestados en los que se vieron obligados a vivir de lo que no podía calificarse sino de raciones de hambre. Cierto observador del de Varsovia no vio sino «figuras de pesadilla, fantasmas de antiguos seres humanos» que sufrían de «demacración y palidez». Sus habitantes, desesperados, se peleaban por los restos de comida, perdida toda dignidad humana. Cada semana morían a millares, y en total, el número de los que perecieron por el hambre ascendió a cien mil al decir de Collingham, si bien muchos de ellos habían sucumbido en realidad de enfermedades como el tifus, consecuencia más de la falta de higiene pública que de alimento. Aún estaban por llegar tiempos peores. A la invasión germana de la Unión Soviética siguieron victorias multitudinarias y la captura de millones de prisioneros de guerra a los que reunieron en recintos improvisados al raso y dejaron morir de hambre. También aquí se dio noticia de casos de canibalismo. La autora asevera que murieron 2,3 5 millones, pero se queda corta: por lo común, el número de fallecidos se sitúa nada menos que en 3,3 millones.

La invasión y la guerra en general tuvieron un impacto brutal en la Unión Soviética. Collingham calcula que una tercera parte de cuantos murieron en todo el mundo en lo que duró el conflicto vivía allí. La proporción de ciudadanos soviéticos que no sobrevivió a la guerra ascendía nada menos que a un 15 por 100, lo que supone un total de 85 personas por cada británico o estadounidense muerto. El Ejército Rojo perdió a unos nueve millones de combatientes, en gran medida por la cruel

desconsideración que demostraba Stalin para con las vidas de otros cuando obligaba a sus generales a arrojar una unidad tras otra a los campos de batalla. En Moscú, en 1942, después de rechazado el asalto alemán, se decía que «la visión que ofrecían los hombres y mujeres que se derrumbaban por el hambre en [las] calles se volvió demasiado común para atraer a las multitudes». La interrupción de las comunicaciones causada por la invasión alemana hizo que las raciones militares, exiguas en el mejor de los casos, se interrumpieran durante días en muchas ocasiones. Los soldados del Ejército Rojo se convirtieron en expertos buscadores de alimento que esquilmaban cultivos, robaban miel y patatas a los campesinos, requisaban animales y los mataban para devorarlos. Algunos hacían estofado de ortigas o de agujas de pino para mantener a raya el escorbuto.

Los habitantes de las ciudades también sufrieron: toda la economía se vio supeditada de forma implacable a la producción bélica. La fabricación de bienes civiles se vino abajo casi por completo, en gran medida porque todo, incluidas la obtención y distribución de alimentos, estaba sometido a la regulación del Estado. Aun así, el régimen exprimió el sector agrícola para abastecer a los obreros del sector del armamento y las municiones y a sus familias —la abrumadora mayoría de la población— de alimentos, sobre todo de pan, que se repartían directamente en las fábricas más que en centros de distribución a fin de garantizar que se destinaban al sostén de la producción bélica al nutrir primero a los trabajadores. A los que no influían de forma directa en esta —los ancianos, los enfermos, los discapacitados o los que eran demasiado jóvenes— se les negaba lo más básico para subsistir y se les dejaba morir sin más. En total perecieron de hambre nada menos que tres millones de ciudadanos soviéticos durante la guerra, aunque tal cantidad dista mucho del total de veinte millones del que habla Collingham.

Los estadounidenses, temiendo que los soviéticos fueran incapaces de subsistir en semejantes condiciones, enviaron grandes cantidades de alimento en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo. Cierto oficial norteamericano que viajó con una de las remesas quedó horrorizado al contemplar a los grupos de «desdichados famélicos» que se congregaban en el muelle en el que se estaba haciendo la descarga a fin de recoger y devorar allí mismo «carne cruda y restos de entrañas de pollo humeantes mezclados con la demás basura de la cocina del barco». Sin embargo, por mala que

fuese la vida bajo el régimen soviético, peor lo fue, con creces, bajo la ocupación alemana. Sabiendo que si se rendían se enfrentaban a una muerte segura, los soldados del Ejército Rojo siguieron luchando. El hambre no acabó con la moral. La Unión Soviética estaba «combatiendo por inercia», pero no dejaba las armas ni cejó en el empeño hasta alcanzar la victoria. Las operaciones de la flota submarina de Alemania para evitar que arribasen a los puertos septentrionales de la Unión Soviética las provisiones estadounidenses lograron alguna que otra victoria, aunque a la postre sucumbieron al sistema de convoyes de los Aliados, a la superioridad que demostró al cabo el enemigo en lo tocante al espionaje y el desciframiento de comunicaciones y a lo inadecuado de sus propios sumergibles. La situación fue mejorando poco a poco, y llegado 1943 la Unión Soviética recibía ya una mayor cantidad de alimentos brindados por la Ley de Préstamo y Arriendo que el Reino Unido.

Con todo, no fueron solo los alemanes quienes usaron como arma los alimentos y trataron de hacer pasar hambre al enemigo. La búsqueda de la autosuficiencia reforzada por la captura de regiones productoras formaba también parte del pensamiento militar nipón. Manchuria, ocupada ya en la década de 1930, se consideraba un lugar ideal para el asentamiento de granjeros japoneses, para lo cual se coaccionó a los campesinos chinos y coreanos a fin de que vendieran sus tierras a precios irrisorios. Sin embargo, los planes de colonización no tuvieron demasiado éxito, y la fuerte dependencia del Japón respecto de la importación de alimentos llevó a los Aliados a cortar enseguida el abastecimiento al comenzar la guerra en Oriente a finales de 1941, al mismo tiempo que la recluta militar y el drástico descenso de los frutos de la pesca de altura hacían caer la producción agrícola de la nación.

Las fuerzas niponas destinadas en el extranjero dependían casi por entero de las reservas alimentarias de las regiones ocupadas. Sin embargo, igual que la crueldad de la ocupación alemana en Europa indignó a los productores de alimentos y menguó su rendimiento, las matanzas japonesas de granjeros chinos, sobre todo en las regiones arroceras de Malasia, combinadas con la leva de mano de obra agrícola para la construcción de carreteras y vías férreas y la imposición de sumas colosales a la población china del sur de Birmania en concepto de indemnización llevaron al resto

de los campesinos a negarse a trabajar y ocultar su producción a los conquistadores.

Para hacer aún mayor el desastre, el Japón trató de introducir la autosuficiencia en una región en la que el suministro alimentario dependía sobre todo del comercio interregional. El bloqueo impuesto por Estados Unidos en 1943 asestó el golpe de gracia al comercio arrocero de Asia. Los submarinos norteamericanos hundieron una cantidad creciente de envíos nipones. La desnutrición se trocó en carestía, y esta, en hambruna. En Manila, el precio del arroz se decuplicó entre 1941 y mediados de 1943. A finales de 1944 se había multiplicado por cuarenta, y a mediados de 1945 había vuelto a cuadruplicarse. Aunque el caos y la mala gestión tuvieron más culpa de dicha situación que cualquier programa japonés deliberado de inanición, lo cierto es que, como los alemanes, los nipones dieron prioridad a su propia supervivencia frente a la de las gentes a las que sometieron.

Collingham asevera que el alto mando del Japón dio comienzo a la guerra convencido de que su Ejército podía «seguir luchando sin sustento si poseía una moral fuerte». Sin embargo, es normal que el hambre debilite los ánimos y socave el espíritu combativo, tal como iban a descubrir en breve los soldados, quienes, además, combatían en un escenario bélico exento de toda amenaza de aniquilación por parte del enemigo que pudiera mantenerlos en pie de guerra contra viento y marea como ocurría en Europa a los del Ejército Rojo. «En el transcurso de su guerra con la China y Estados Unidos —sigue diciendo Collingham—, las fuerzas armadas japonesas pasaron de contarse entre las mejor alimentadas del mundo a verse sumidas en un estado penoso de inanición.» A lo largo de las décadas, los expertos en nutrición habían diseñado un régimen innovador y por demás eficaz que combinaba productos de fuera del Japón con el alimento esencial del arroz (mezclado con cebada por la vitamina B). Sin embargo, los efectos perturbadores de la guerra con la China y a continuación el bloqueo estadounidense habían obligado a las autoridades militares a reducir a la mitad la ración de los soldados, que, con todo, seguía doblando en cantidad a la que se había asignado a la población civil.

La interrupción de las líneas de abastecimiento por parte de los submarinos estadounidenses afectó sobre todo a los combatientes nipones de las islas del Pacífico, de los cuales murieron de hambre 15.000 solo en

Guadalcanal. Los supervivientes que se rindieron se hallaban escuálidos («delgados como una hebra», al decir de su comandante) y sufrían de escorbuto. El 90 por 100 de los 158.000 soldados japoneses de Nueva Guinea sucumbieron de hambre y por enfermedades tropicales, y por todas partes corrían noticias de que estaban matando para comérselos a algunos de los prisioneros que hacían. En las Filipinas, murieron de inanición 400.000 de poco menos de medio millón de combatientes nipones. El bloqueo estadounidense resultó ser un arma muy eficaz. En el otro extremo del planeta, los alemanes albergaban la esperanza de emplear medidas similares para matar de hambre a los británicos. La historia de la batalla del Atlántico, en la que los sumergibles alemanes trataron de cortar las líneas de abastecimiento de Norteamérica al Reino Unido, se ha contado muchas veces. Sin embargo, por lo general se ha adoptado para ello el punto de vista naval, en tanto que Collingham busca un enfoque nuevo al centrarse más en lo que llevaban las embarcaciones que en cómo lograron cruzar con ello el océano. Aunque más de la mitad de las calorías que consumieron los británicos se hallaba en alimentos importados, la confusión administrativa, la depresión sufrida antes de la guerra en la construcción naviera y el empleo de los mercantes más veloces en el transporte de tropas y otros usos militares provocaron serios embotellamientos en el abastecimiento alimentario dos años después del comienzo de las hostilidades, cuando no antes.

Llegado el invierno de entre 1942 y 1943, la amenaza de los submarinos alemanes había agravado aún más la situación. En noviembre de 1942, sin ir más lejos, se perdieron unas 860.000 toneladas de cargamento, cantidad equivalente al 9 por 100 de los alimentos enviados al Reino Unido. La situación empeoró con el desvío de recursos a fin de abastecer a los soldados aliados que desembarcaron en el África septentrional. «La nación nunca llegó a saber cuán cerca estuvimos del desastre por la amenaza submarina», señalaba en sus memorias lord Woolton, ministro de Alimentos en tiempos de guerra. Con todo, se improvisó para que no quedase sin víveres ningún rincón de las islas, y en consecuencia, los británicos no sufrieron hambrunas.

No cabe decir lo mismo de los territorios remotos del Imperio británico. El Centro de Abastecimiento de Oriente Próximo reorganizó con éxito el

comercio y la agricultura de la región a fin de garantizar que la llegada de cantidades ingentes de soldados del Reino Unido no suponía menoscabo alguno en la alimentación de la población. Sin embargo, en otros lugares no se tomaron medidas análogas. En ausencia del racionamiento y los controles sobre los precios que se habían implantado en las Islas británicas, la demanda creciente creada por la necesidad de acaparar víveres para los soldados hizo que se disparara la inflación, en tal medida, que no hubo que esperar mucho para que muchos alimentos quedaran fuera del alcance de los pobres en ciertas partes del imperio. La actividad bélica interrumpió el abastecimiento alimentario, y así, algunas colonias de África que habían dependido en gran medida del arroz importado de Birmania y otros territorios británicos de Extremo Oriente, se vieron muy perjudicadas cuando la invasión japonesa de estos países puso fin a tal recurso. La sequía que azotó el África Oriental empeoró aún más las cosas. La hambruna, que se extendió más allá de los territorios británicos, se cobró 300.000 vidas solo en Ruanda. Los territorios insulares aislados, como Mauricio, se revelaron vulnerables en particular, y sus habitantes comenzaron a sufrir casos graves de desnutrición.

La peor situación de todas fue la que vivió Bengala. La Administración colonial de la India, tan complaciente como ineficaz, no movió un dedo para contener la inflación, la especulación y el acaparamiento, ni siquiera cuando cayeron en manos niponas Birmania y con ella el 15 por 100 del suministro de arroz del subcontinente. Los gobiernos provinciales de la India reaccionaron prohibiendo la exportación de alimento a otras circunscripciones, con lo que estrangularon el sistema de comercio alimentario mediante lo que cierto interventor del ramo calificó de arranque de «proteccionismo provincial descabellado». La cosecha de arroz del invierno de 1942 fracasó por causa de un hongo que se extendió con gran rapidez en las condiciones poco usuales de calor y humedad de aquel año. Nadie tomó medidas para imponer el racionamiento u obligar a los acaparadores a distribuir provisiones por miedo a provocar casos de disensión política en el seno de las minorías selectas de la economía, a las que la situación estaba resultando beneficiosa en el plano financiero.

Churchill mandó reducir en un 60 por 100 el envío de cargamentos civiles y militares al océano índico por considerar que los habitantes de

aquella región no debían hacerse con dotaciones alimentarias que podían emplearse en la metrópoli. Por lo tanto, como Alemania, el Reino Unido exportó la escasez a sus colonias. Aunque, a diferencia de lo que habían hecho los alemanes con su imperio de la Europa oriental, tal medida no fue fruto de un programa deliberado de exterminio por inanición, el resultado fue muy similar: las víctimas de la hambruna inundaron Calcuta durante el verano de 1943, trocadas en un ejército enorme, lento, descorazonado y silencioso de esqueletos apáticos, conforme a la descripción de cierto observador. La necesidad y enfermedades como el cólera, asociadas a los movimientos de grandes cantidades de personas por todo el país, debieron de acabar con nada menos que tres millones de ellas.

El Gobierno impuso una censura estricta a fin de evitar la propagación de las noticias relativas a la hambruna, contra la que no se emprendió acción decisiva alguna hasta el nombramiento del vizconde Wavell en calidad de virrey de la India en septiembre de 1943. Preocupado por la moral de las tropas indias al cargo de reconquistar Birmania, este hizo caso omiso del desastroso proteccionismo regional e introdujo un sistema eficaz de racionamiento y distribución. Así y todo, hubo de superar la poderosa renuencia de Churchill y el gobierno de Londres. Por curioso que pueda resultar, el recuerdo de aquel episodio apenas tuvo protagonismo en la reivindicación de la independencia del subcontinente que hizo tras la guerra el Congreso Nacional Indio. La mayoría de sus dirigentes se hallaba entonces en prisión, y por lo tanto, no fue testigo de la gravedad del desastre. Por su parte, las élites indias que apoyaron el movimiento de emancipación habían sido en parte responsables de la hambruna, pues durante las hostilidades habían ocupado puestos relevantes en las administraciones provinciales, sobre todo en Bengala, en donde se concentró la hambruna.

Mientras, la población de otras partes del Imperio británico se movilizó a fin de aumentar la producción alimentaria para la campaña bélica. Australia dobló la cantidad de tierra destinada al cultivo de verduras y proporcionó cantidades ingentes de alimentos deshidratados y enlatados a las fuerzas de Estados Unidos en el Pacífico. Esta última nación, de hecho, tenía tal cantidad de excedentes que pudo proporcionar una dieta muy rica a las islas del Pacífico tras recuperarlas de manos de los nipones. «Nosotros

alimentamos a los japoneses —sentenció uno de los isleños de Tuvalu—, y los americanos nos dieron de comer a nosotros.» Las islas se llenaron de soldados de tierra, marineros y marines que gastaban con liberalidad y propiciaron un aumento rápido de la prosperidad de la región. Aun así, cuando el conflicto remitió, el hambre se hallaba presente en todas partes, y sobre todo en las naciones derrotadas. Al final de la guerra, de hecho, la producción alimentaria de Europa había caído hasta el 36 por 100 de los índices anteriores a las hostilidades.

La situación desesperada de la Unión Soviética empeoró aún más por las pésimas cosechas del 1946. Un año más tarde, el número de ciudadanos soviéticos muertos por el hambre y las enfermedades a ella asociadas había alcanzado quizá los dos millones. En muchos lugares, el racionamiento siguió vigente hasta bien entrada la década de 1950. Los estadounidenses entendían las privaciones de Alemania como un castigo por los crímenes del nazismo, e impidieron la entrada en el país de ayudas en forma de víveres hasta que se hizo evidente que la población, descontenta y deprimida, podía desarrollar cierta nostalgia del nazismo o sucumbir a la llamada del comunismo, pues Stalin quiso ganarse el favor de sus estados satélite y de la zona soviética de la Alemania ocupada enviando alimentos aun en perjuicio de la supervivencia de su propio pueblo. La situación solo mejoró, de forma gradual, una vez que se recuperó y empezó a florecer la economía mundial.

La de examinar con detalle el papel representado por los alimentos en el mayor de todos los conflictos políticos, la segunda guerra mundial, ha sido una idea excelente de Collingham. The taste of war impresiona tanto por su extensión como por su alcance; por abarcar todo el planeta y, aun así, estar bien fundado en una investigación detallada. Pese a los errores y las inexactitudes inevitables, que sin embargo, debían haberse corregido a la hora de reeditar el libro en rústica, se trata de un volumen que atraerá la atención de todo aquel que esté interesado en la función que desempeñó la gestión de las provisiones alimentarias en el período bélico. Buena parte del material es nueva y resulta convincente, y muchas de las historias, anécdotas y citas que ilustran la inmensidad del sufrimiento que hubieron de superar tantos individuos resultan conmovedoras y aun desgarradoras.

Aun así, al analizar el impacto que tuvo la «batalla por el hambre» en todos los rincones del planeta, el libro de Collingham acusa una tendencia inherente a restar importancia a otros aspectos del conflicto. Esto comporta a menudo la elección de un bando concreto en determinados aspectos controvertidos por el simple hecho de que favorece el argumento de que el abastecimiento alimentario revistió una relevancia histórica crítica. La marcada aceleración del exterminio masivo de los judíos de Alemania que se dio a finales de la primavera y comienzos del verano de 1942, por ejemplo, gozó de la justificación de algunos funcionarios germanos que la consideraron necesaria por motivo de la posición crítica en que se hallaba la provisión de alimentos a las fuerzas militares y la población civil a la sazón. Y sin embargo, también es posible que quienes tal defendían no estuvieran sino ofreciendo lo que a su ver constituía una racionalización militar muy apropiada de una medida dictada por la ideología. Al cabo, existen pruebas de que los mandos de la SS ya habían decidido durante el otoño de 1941 que había que trasladar al Este a los judíos de Europa, y las primeras instalaciones para matarlos a gran escala con gas tóxico comenzaron a construirse en octubre y noviembre de aquel año. La Conferencia de Wannsee, celebrada a principios de 1942 tras varias semanas de dilación, ya preveía la completa aniquilación de los judíos del mundo. Todo esto respondía al convencimiento paranoico por parte de la cúpula nazi de que Churchill, Roosevelt y Stalin eran marionetas de una conspiración de aquellos contra Alemania que había que parar a cualquier precio.

Sería poco afortunado el que los lectores no sacasen de este libro impresionante más conclusión que la de que la batalla por el sustento «conformó los sucesos de la segunda guerra mundial», por citar el ejemplar promocional, o la de que «el acceso a los alimentos llevó a la Alemania nazi o al Japón imperial a la ocupación de otras tierras». Había en juego otros factores más significativos, y así, por ejemplo, si los de Hitler asignaron una gran importancia al granero de la Europa Oriental fue, sobre todo, por las garantías que brindaba a su nación frente a la guerra contra Estados Unidos que habría de emprender en el futuro. The taste of war debe, pues, leerse en conjunción con otras historias del conflicto bélico, pues considera desde un ángulo único un acontecimiento que requiere ser analizado desde todos los puntos de vista.

# 20. DERROTA EN LA VICTORIA

EL 22 de junio de 1941, a las 3.15 de la mañana, cruzó desde poniente la frontera de la Unión Soviética la mayor fuerza de invasión jamás congregada en el comienzo de la operación Barbarroja, la campaña destinada a conquistar el oriente europeo. La fuerza inicial de asalto consistía en tres millones de combatientes alemanes y medio millón más de naciones amigas como Hungría o Rumania, 3.600 carros de combate, 600.000 vehículos motorizados, 7.000 piezas de artillería y 2.700 aeroplanos de combate. Mientras llovían las bombas sobre las ciudades y los aeródromos soviéticos, los germanos avanzaban a un ritmo de hasta cincuenta kilómetros diarios, tomando por sorpresa a las fuerzas del Ejército Rojo y matando o capturando a un número ingente de sus soldados. Confusas, desorientadas, las fuerzas soviéticas se desmoronaron casi por entero. Hasta la retirada se hacía ardua por la destrucción en que habían sumido los invasores las carreteras, los ferrocarriles y las comunicaciones de más allá del frente de los de Stalin. Llegado el 3 de julio, el jefe del estado mayor general de Alemania anotó en su diario: «la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días», opinión que repitió triunfal Adolf Hitler. El 11 de julio, los carros de combate germanos habían avanzado hasta las afueras de Kiev, capital de Ucrania. La euforia se apoderó del cuartel general de campaña del Führer.

El dictador de Alemania y el resto de la cúpula nazi tenían a la Unión Soviética por un estado frágil y artificial consistente en una masa colosal de campesinos desmañados, oprimidos por una camarilla poco numerosa de comunistas judíos. Estaban convencidos de que un empujón bastaría para echar abajo todo su castillo de naipes. Sin embargo, como otros muchos

aspectos de la ideología nazi, este se hallaba tan alejado de la realidad que parece justificado considerarlo una fantasía. De hecho, la Unión Soviética siguió en pie. Stalin, quien por paradójico que resulte era también antisemita hasta la médula, se sobrepuso a un primer momento de pánico e hizo un llamamiento a la resistencia el 3 de julio en una célebre emisión radiofónica dirigida a su pueblo. Abandonando por unos instantes el discurso retórico del comunismo soviético, asignó a la defensa de la nación ante el invasor alemán la denominación de «Gran Guerra Patriótica». Sabedoras de lo que podían esperar de los germanos si se entregaban, y conscientes de que la policía secreta de Stalin no dudaría en llevarlas al paredón si mostraban el menor signo de vacilación, las tropas soviéticas cerraron filas en torno a su dirigente.

El saqueo alemán de las reservas de alimentos y la destrucción de las ciudades y los pueblos de la Unión Soviética no permitía en ningún momento a los del Ejército Rojo olvidar por qué luchaban: podían dar por cierto que sus familias morirían en caso de vencer los nazis. Estos, en cambio, no habían podido siquiera imaginar la cantidad de tropas de refresco y de municiones de que disponían los de Stalin: pocos días después de la invasión, las autoridades castrenses movilizaron a cinco millones de reservistas, y no mucho más tarde habría casi diez millones más apresándose al combate. De entrada resultó más difícil reunir los pertrechos militares necesarios, siendo así que las industrias bélicas de la Unión Soviética se estaban trasladando al este de los Urales a fin de quedar fuera de peligro, mediante una operación de tal magnitud y complejidad que no pudo completarse hasta finales del mes de noviembre. La reorganización de la cadena de mando del Ejército Rojo y de las tácticas de combate, paso que Stalin hubo de reconocer como necesario, no se completó hasta varios meses más tarde. Aun así, las tropas apenas requirieron unas semanas para contraatacar.

Mucho antes de que acabara el mes de julio, los oficiales y los soldados alemanes se estaban quejando en sus diarios y en las cartas que enviaban a sus familias de que la voluntad de resistir de los soviéticos no parecía haberse quebrado. Las tropas invasoras estaban extenuadas tras semanas de marchas forzadas destinadas a salvar distancias colosales y combates ininterrumpidos. Las bajas ascendían a más de doscientos mil combatientes

a final de mes. El avance comenzó a perder fuerza, dificultado por la dilatación excesiva de las comunicaciones, el mal estado de las carreteras y la ausencia de una red ferroviaria con la capacidad necesaria para transportar a cierta velocidad cantidades ingentes de tropas, combustible y pertrechos (el ejército alemán se vio obligado a depender de caballos, de los que participaron en la campaña más de 600.000). El 30 de julio, el mando supremo ordenó hacer un alto en la invasión al objeto de reponer fuerzas, reagruparse y reabastecerse.

La división de las fuerzas germanas de avance en tres grupos de ejércitos (Norte, Centro y Sur), dictada en parte por la inmensidad del terreno que habían de atravesar, aunque también por la necesidad de bordear el obstáculo colosal y casi impenetrable de los pantanos del Prípiat. Además, las numerosas pérdidas sufridas y la llegada constante de nuevas reservas soviéticas al frente hacían que pareciera cada vez menos posible eliminar al enemigo mediante un único empuje decidido.

Mientras se estancaba el avance, Hitler y sus adalides debatían cuál habría de ser el paso siguiente. A esas alturas era obvio que la disipación de la fuerza militar de Alemania estaba obstaculizando el avance hacia la victoria. Cumplía cargar el peso de la campaña en uno de los tres brazos principales en que habían dividido sus fuerzas, y en tanto que los generales se decantaban por el grupo de ejércitos Centro a fin de propiciar una marcha rápida hacia Moscú, en donde creían que se hallaba el contingente principal del enemigo, que una vez destruido les brindaría una victoria instantánea y total —a la manera descrita a principios del siglo XIX por el oficial prusiano Cari von Clausewitz—, Hitler se opuso y optó, en cambio, por reforzar el grupo de ejércitos Sur con hombres y recursos tomados del anterior a fin de apercibirlo para el ataque a Kiev. Aún no había renunciado a la esperanza de ver venirse abajo el edificio del mando soviético, y no creía, por ende, que la toma de la capital de Stalin constituyese una prioridad militar absoluta. En consecuencia, se ciñó a su plan original de centrarse en la obtención de los recursos alimentarios e industriales de Ucrania. A continuación, el grupo de ejércitos Sur seguiría avanzando hacia el Cáucaso y los campos petrolíferos que con tanta desesperación necesitaban sus carros de combate, cañones de asalto y vehículos de transporte, mientras que el grupo de ejércitos Centro reanudaba la marcha

hacia Moscú. Intimidados por Hitler, al que tenían por autor de la rápida conquista de la Europa Occidental lograda el año anterior pese a las serias dudas que habían albergado muchos de ellos acerca de la prudencia de acometer a través de las Ardenas, los estrategas no se atrevieron a llevar la contraria a su dirigente.

El 21 de agosto de 1941 se tomó al fin la decisión, y no hubo que esperar mucho para que las fuerzas germanas comenzasen a envolver Kiev: los carros de combate del general Heinz Guderian, del grupo de ejércitos Centro, se aproximaron por el nordeste, y los del mariscal de campo Gerd von Rundstedt cruzaron el río Dniéper, situado al sur. El 15 de septiembre se encontraron los diversos contingentes: la ciudad quedó cercada junto con cuatro ejércitos soviéticos. Mucho antes, Gueorgui Zhúkov, jefe del estado mayor general de Stalin, había instado a este a ordenar la salida de todas las fuerzas allí apostadas a fin de evitar el desastre, pero su superior no solo no le había hecho caso, sino que lo había destituido el 29 de julio. La misma suerte corrió el mariscal Budionni, quien comandaba las tropas desde la ciudad, por defender la opinión de aquel, y fue a remplazarlo el mariscal Timoshenko, hombre de carácter más dócil.

Como Hitler, Stalin entendía la retirada como signo de cobardía y aun de traición. Kiev, en particular, revestía para él una importancia simbólica colosal en cuanto capital de la Rusia medieval y principal ciudad de Ucrania. El jefe local del Partido Comunista, Nikita Jrushchov, que habría de dirigir la Unión Soviética tras la muerte de Stalin, exhortó a este a mantenerse firme, tal vez por haber entendido que era eso lo que quería oír. El dictador estaba convencido de que la pérdida de Kiev estaba llamada a desmoralizar a quienes defendían Leningrado, sitiado por fuerzas alemanas apostadas en el norte, y dejaría vía libre al enemigo para conquistar Moscú. Asimismo, haría llegar un mensaje no deseado a los Aliados occidentales, a quienes estaba tratando de persuadir a abrir un segundo frente mediante la invasión de Francia. Por ende, mandó a sus generales que defendieran la ciudad. La decisión resultó calamitosa. En respuesta a sus órdenes, el general Túpikov, jefe de estado mayor del grupo de ejércitos soviéticos del sudoeste, sentenció sin rodeos: «Aquí empieza, lo sabes, la catástrofe. Es cuestión de un par de días». Stalin desdeñó el comentario por considerarlo «motivado por el pánico».

El avance alemán topó con una resistencia feroz y con contraataques reiterados. «La actitud de los rusos resulta, sin más, incomprensible —escribió uno de los soldados invasores—: son tercos como mulas, y no dan un paso atrás ni siquiera ante los cañoneos más violentos.» Otro testimonio germano asimilaba los cadáveres de los combatientes soviéticos a una «alfombra» que se extendía a lo largo de varios kilómetros. Los de Stalin sabían que la única posibilidad que se les presentaba de subsistir consistía en quebrar las líneas del enemigo, y se arrojaban contra las fuerzas de avance con una temeridad pasmosa que se traducía en «un número tal de bajas —en palabras de cierta exposición germana de los hechos—, que uno se pregunta de dónde sacarán el valor y los soldados necesarios para seguir arremetiendo». Dado que no tenían intención alguna de hacer prisioneros, abatían a cuantos alemanes caían en sus manos, contra quienes descargaban a menudo su rabia, su miedo y su frustración en actos horribles de venganza. Los atacantes respondían con no menos brutalidad. En otro lugar del frente, los soldados de Hitler toparon con los cuerpos sin vida de más de un centenar de sus camaradas a los que habían colgado de los árboles por las manos antes de empaparles los pies con gasolina y meterles fuego para abandonarlos a la muerte lenta que habían bautizado los alemanes como «los calcetines de Stalin». A renglón seguido de aquel descubrimiento, los pelotones de fusilamiento germanos ejecutaron de manera sumaria a cuatro mil prisioneros del Ejército Rojo.

En torno a Kiev, los aviones de Alemania batieron las posiciones y líneas de comunicación soviéticas, y sus carros de combate y su infantería se abrieron paso implacables mientras hacían retroceder a los soviéticos hasta tomar al fin la ciudadela el 19 de septiembre de 1941. La escala de aquella victoria carecía de precedentes: las tropas invasoras calcularon que habían capturado 665.000 prisioneros de guerra junto con cantidades asombrosas de carros, cañones y demás pertrechos. En la exposición y el análisis detallados que hace de la campaña en Kiev 1941: Hitler s hattle for supremacy in the east (2012), David Stahel supone, sin embargo, que se trata de una exageración o aun una «manipulación de los hechos» con fines propagandísticos. Aun así, no cabe dudar de la derrota total sufrida por el Ejército Rojo, cuya moral había acabado por derrumbarse. Cierto vecino de la ciudad conquistada oyó a un grupo de soldados soviéticos capturados

quejarse en estos términos de Stalin y sus secuaces: «Quieren que muramos por ellos, ¿no? Pues no; que no somos tan estúpidos como se piensan». Comidos de piojos, famélicos, desesperados, con los pies envueltos en harapos como sustituto de sus botas rotas y desgastadas, eran presa fácil de las lisonjas de los alemanes, que arrojaban o enviaban por correo panfletos y emitían comunicados con altavoces desde el otro lado del frente a fin de prometer pan y cigarrillos a quien se rindiera. Tan desmoralizados estaban, que muchos se entregaron en tropel aun conociendo bien la suerte que había corrido antes que ellos el número elevadísimo de prisioneros de guerra soviéticos capturado por Alemania.

No bien se habían aposentado los invasores en la ciudad, la policía secreta soviética hizo estallar una gran cantidad de bombas colocadas en torno a los principales edificios públicos de la ciudad, que mataron a doscientos alemanes, entre quienes se incluían dos coroneles de estado mayor, y provocaron incendios desbocados que avivaron los vientos recios y los cócteles molotov lanzados de forma subrepticia por los agentes soviéticos. Dado que apenas había agua disponible, hicieron falta cinco días para apagar los fuegos. Montando en cólera, los ocupantes alemanes, convencidos tras años de adoctrinamiento nacionalsocialista de que los bolcheviques y sus agentes formaban parte de una conspiración semita resuelta a destruirlos, culparon a los judíos de la ciudad, y el 29 de septiembre detuvieron a treinta y cuatro mil de ellos, entre hombres, mujeres y niños, y tras conducirlos al barranco vecino de Babi Yar, los fusilaron a todos en dos días en lo que constituyó el mayor acto de exterminio antisemita de que se tuviera noticia en aquella guerra. Los destacamentos especiales de la SS habían empezado ya a recorrer los campos circundantes para detener y ejecutar a más decenas de miles de correligionarios de aquellos. Apenas faltaban unas semanas para que las cámaras de gas empezasen a poner en práctica lo que los nazis habían empezado a llamar ya «la solución final a la cuestión judía en Europa».

Kiev era una urbe de 815.000 habitantes, la mitad de los cuales había huido ya ante el avance de los ejércitos alemanes. Para el resto, la vida bajo el yugo germano se volvió cada vez más insoportable. «Kiev debe morir de hambre», fue el veredicto que ofrecieron en las reuniones confidenciales de planificación los expertos en agricultura, quienes consideraban tal medida

indispensable si querían destinarse a sustentar a los soldados y paisanos alemanes los recursos de Ucrania. La ciudadanía no tardó en verse reducida a comer tortitas hechas de mondadura de patata o pan elaborado con forraje. Todo el mundo estaba «demacrado o hinchado por el hambre», en palabras de cierto observador, y vagaba por las calles en busca de alimento. Kiev se había convertido, al decir de Anatoli Kuznetzov, autor de la novela clásica Babi Yar, en «una ciudad de pordioseros». Llegado el mes de octubre de 1943, solo quedaban 295 habitantes. Veintenas de miles de ellos habían muerto de desnutrición y de enfermedades ligadas a esta. «Primero acabaron con los judíos —decían al parecer los supervivientes—, pero… a nosotros nos matan día a día a docenas; nos están destruyendo con una muerte lenta». Hitler había ordenado en un principio asolar la ciudad, y había quien aseveraba que estaba furioso ante tamaña desobediencia. Sin embargo, aquel perecer lento de la ciudad constituía, de hecho, el futuro que había imaginado para todas las de la Unión Soviética tras la conquista. Así se iría dejando espacio a las oleadas de colonos alemanes destinadas a ocupar en un futuro no muy lejano el lugar dejado por la extinta población eslava.

Cuando menos en lo que a escala se refiere, la batalla de Kiev fue la mayor victoria alemana de la guerra. Joseph Goebbels no dudó en proclamarla un triunfo imponente de las armas alemanas y una prueba de lo acertado del cambio de estrategia de Hitler respecto del frente oriental. La moral del pueblo germano, que había decaído por el lento avance de sus tropas durante las semanas anteriores, mejoró de forma espectacular, aunque solo porque, tal como comunicó la SS, eran muchos los que esperaban que «el derrumbamiento final del régimen soviético» y el «final de la guerra contra Rusia» estaban llamados a producirse a la vuelta de «entre cuatro y seis semanas». «El triunfo sobre Kiev —coincide Stahel— es atribuible de forma exclusiva a Hitler», siendo así que su estrategia había topado en un primer momento con la acérrima oposición de sus generales. Con todo, lo había ayudado e instigado la intransigencia de Stalin, quien al descartar las propuestas de sus propios adalides e insistir en la defensa a todo trance contribuyó de manera decisiva a la victoria alemana. Ambos dictadores, no obstante, extrajeron conclusiones opuestas del resultado de la contienda: en tanto que el soviético reconoció, aunque tarde, que en el

futuro sería más sensato dejar las cosas en manos de sus generales, Hitler entendió su victoria como una demostración de su propio genio estratégico, y en adelante obvió la opinión de sus caudillos con un desdén cada vez mayor y menos disimulado.

Con todo, tal como hace ver Stahel, la victoria fue insignificante, ilusoria. Aunque las fuerzas invasoras pusieron rumbo a Moscú a raíz de la captura de Kiev, lo cierto es que era ya demasiado tarde: durante el verano, la escasez de líneas ferroviarias que llevaran a la zona de combate había obligado a los alemanes a usar las carreteras sin asfaltar de la Unión Soviética para la mayor parte de sus transportes, y las colosales nubes de polvo que levantaban los carros de combate, los camiones y las columnas de hombres en marcha habían obstruido los motores de aquellos y dificultado la respiración de estos. Las lluvias otoñales se instalaron pronto en 1941, y las precipitaciones caídas en Ucrania antes del 11 de septiembre habían sido ya las peores de la nación desde 1974. «Así es la guerra en las estepas ucranianas —escribió cierto testigo—: polvo, barro, polvo, barro.» «Las "tierras negras" de Ucrania —observó Rundstedt— se tornaban en barro en cuestión de diez minutos con la lluvia, y hacían imposible todo movimiento hasta secarse.» A mediados de octubre, otro oficial tuvo que hacer frente a «una línea continua de vehículos de motor hundidos, empantanados y averiados» en la carretera, «atascados sin remedio». El avance hacia Moscú hubo de detenerse durante tres semanas.

Zhúkov, que volvía a gozar del favor de Stalin después de demostrarse que sus advertencias sobre Kiev habían sido acertadas, aprovechó la oportunidad para hacer llegar reservas nuevas y reorganizar la defensa de Moscú. El 11 de noviembre, el comienzo del invierno endureció lo suficiente el suelo para que los alemanes pudieran proseguir su avance. Sin embargo, no tardó en nevar, y los soldados, desprovistos de ropas invernales por la ligereza con que Hitler y sus generales habían supuesto que ganarían la campaña antes de que acabara el otoño, comenzaron a sufrir congelamiento debido a las temperaturas, que llegaban a descender hasta los cuarenta grados bajo cero, y algunos hasta murieron helados. El Ejército Rojo, mejor equipado, contraatacó hasta detener el avance enemigo. La consternación provocada por semejante derrota llevó a varios adalides a padecer una crisis nerviosa. El Führer, por su parte, sacó partido de la

ocasión para reestructurar el mando del Ejército tras culpar a sus oficiales de aquel desastre. Tras las hostilidades, los generales que quedaban con vida reaccionaron aseverando que podían haber tomado la capital si no les hubiesen hecho perder varias semanas de avance al desviarlos a Kiev. Con todo, Zhúkov hizo ver, no sin razón, que la existencia de varios ejércitos soviéticos en la región de la ciudadela ucraniana habría dejado a merced de sus ataques el flanco de las fuerzas alemanas en avance hacia Moscú.

El tiempo atmosférico no era el único problema al que se enfrentaban los atacantes: cada una de sus victorias había costado a Alemania un precio que difícilmente podía permitirse. Llegado el 16 de septiembre, habían perdido casi medio millón de soldados desde la invasión. En algunas divisiones, las víctimas representaban poco menos que el 17 por 100. El 2.$^{0}$ grupo blindado de Guderian había perdido un total de 32.000 combatientes. En el mes de septiembre sin ir más lejos, durante la batalla de Kiev y en el período inmediatamente posterior, las fuerzas germanas del este sufrieron más de 50.000 bajas. Las tropas de reemplazo necesitaban recibir un adiestramiento mínimo, y las unidades de combate germanas ya acusaban la falta de efectivos cuando comenzó la batalla de Moscú. Los comandantes, pues, tuvieron que pedir a quienes seguían en pie que lucharan y marchasen con más empeño aún que hasta entonces. No cabe sorprenderse, pues, del desgaste que manifestaron muchos de ellos. Las acometidas cada vez más intensas de los partisanos soviéticos que hostigaban la retaguardia no hicieron sino agravar la situación. Extenuados, plagados de piojos, enfermos y helados, quienes hubieron de enfrentarse a los hombres de Zhúkov a las puertas de Moscú en diciembre de 1941 no se asemejaban en nada a las tropas optimistas y bizarras que habían irrumpido meses antes en la Unión Soviética.

No menos perjudicial resultó la tensión que suponían los continuos combates y operaciones de gran calado como la batalla de Kiev para el abastecimiento alemán. Aunque los Stuka y otros aviones de combate causaban daños considerables, los soviéticos derribaron un número notable de ellos y mataron o capturaron a sus dotaciones. Las condiciones que se daban en los aeródromos de campaña del Este eran tan malas, que frente a los 246 cazas monomotor dañados en combate en el frente occidental en 1941 se perdieron no menos de 813 fuera del campo de batalla. Cada mes

causaba baja el 14 por 100 de los aviadores. La situación que se daba en tierra era peor si cabe. La 3.ª división blindada del general Model, que empezó la invasión con una fuerza de poco menos de doscientos carros de combate, apenas tenía diez operativos a mediados del mes de septiembre. «Estas cifras —concluyó Guderian— demuestran que las tropas necesitaban con desesperación un descanso y cierto período de mantenimiento.» El mal tiempo hacía difícil hacer llegar al frente piezas de repuesto y combustible.

La producción bélica y el reclutamiento no podían seguir el paso de semejantes pérdidas durante mucho tiempo. En cambio, la economía soviética estaba superando a la alemana en todos los sentidos, con una producción del doble de aviones de combate y el triple de carros. A principios de febrero de 1942, el ministro de Armamento de Hitler, Fritz Todt, no dejaba de advertir de que Alemania no tenía capacidad para seguir el ritmo de la Unión Soviética, por no hablar ya de todo el Imperio británico y de Estados Unidos. Si cada una de estas potencias enemigas dejaba atrás por sí sola a Alemania, juntas eran insuperables en extremo. Además, los recursos humanos de la primera parecían inagotables, sobre todo después de que el ataque a Pearl Harbor y los acontecimientos que lo siguieron centrasen la atención de los japoneses en la guerra con Estados Unidos y permitieran con ello a Stalin disponer de un número colosal de refuerzos llegados del Pacífico para la defensa de Moscú.

El año de 1942 sería testigo de más victorias germanas, aunque estaban destinadas a ser fugaces. Sus fuerzas tenían los días contados. De hecho, según sostiene Stahel, la suerte estaba ya echada a principios del mes de agosto, cuando la operación Barbarroja sufrió su primera detención temporal. Toda la campaña dependía de una victoria rápida, de la capacidad de subyugar a la Unión Soviética en pocas semanas tal como había ocurrido en los triunfos obtenidos en el frente occidental ante Francia, Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca y Noruega el año anterior. Sin embargo, las tácticas de la guerra relámpago, que habían alcanzado un éxito notable al poner a los enemigos de poniente contra el mar del Norte y el canal de la Mancha, estaban condenadas al fracaso en la inmensidad sin límites de la estepa oriental. Una cosa eran las potencias europeas de modesta extensión de Occidente, y otra muy distinta el poderío de la Unión Soviética, reforzado además por las provisiones de Estados Unidos.

La historia de la batalla de Kiev se ha referido muchas veces, aunque pocas con tanto detalle como el que presenta el libro de David Stahel. Fundándose sobre todo en fuentes alemanas, aporta testimonios nuevos relativos al conflicto extraídos de los diarios de guerra oficiales de las divisiones germanas, y hace un buen uso de las cartas y los diarios publicados de combatientes alemanes de todas las graduaciones. Esta es, sin lugar a dudas, una historia militar, repleta de mapas de posiciones y movimientos de tropas de gran complejidad —y no siempre fáciles de descifrar—, terminología técnica, jerarquías y abreviaturas, que además recoge la denominación completa de todas las unidades participantes, y aunque algunos de estos elementos dificultan la lectura (en este sentido, resulta irritante en particular el uso de numerales romanos tales como el que figura en el «XXXXVII cuerpo blindado de Alemania»), el autor sabe transmitir con claridad ejemplar acciones militares complicadas en extremo.

A diferencia de otros historiadores militares más tradicionales, Stahel es muy consciente del contexto general en que se desarrolla la acción, desde los objetivos globales de Hitler hasta la importancia de la intendencia en el resultado; desde el racismo homicida y el pragmatismo implacable que llevaron a los dirigentes —políticos y militares— de Alemania a condenar a tantos paisanos soviéticos a morir de hambre y a tantos habitantes judíos de la región a un final terrible, hasta las disputas de posguerra entre historiadores y antiguos generales acerca de la estrategia de Hitler, y desde las condiciones a las que hubieron de enfrentarse los soldados durante el otoño y el invierno de Ucrania y Rusia hasta la realidad básica de los pilares económicos de la campaña bélica alemana, que según argumenta de forma convincente, aunque no del todo original, habían empezado a desmoronarse casi desde el momento mismo en que se emprendió la operación Barbarroja.

Su realismo le impide seguir —lo que es de agradecer— las descripciones que presentan los historiadores militares tradicionales, a menudo positivas y simplistas en exceso, de los «grandes» generales y las batallas «decisivas». La de Kiev no fue, tal como subraya con acierto el autor, sino parte de una contienda mucho más amplia, y la impresión, que con tanto entusiasmo transmitían Hitler y su ministro de Propaganda, de que constituía un paso decisivo en la conquista de la Unión Soviética no pasaba de ser una ilusión. En privado, Joseph Goebbels ponía de manifiesto

en lo tocante al resultado de la guerra un optimismo mucho menor del que había ordenado desplegar a la prensa que comía de su mano. Ya a mediados del mes de septiembre de 1941, en vísperas de la captura de Kiev, confesó a su diario que la guerra del frente oriental quizá fuera a tardar más en resolverse de lo que había imaginado Hitler en principio. La guerra relámpago se había trocado en un enfrentamiento de recursos: «Ahora que sabemos que la campaña del Este no va a poder concluirse en el tiempo que esperábamos, habría que poner en conocimiento del pueblo las dificultades que arrostramos… En adelante, todo depende de quién es capaz de soportar más tiempo la situación … De hecho, en este momento luchamos acorralados».

# 21. DESCENSO Y CAÍDA

¿POR qué siguieron luchando los alemanes hasta el fin en 1945, mucho después de que hubiese quedado claro a casi todo el mundo que habían perdido la guerra? Desde la derrota catastrófica sufrida por el 6.° ejército en Stalingrado a principios de 1943 y los devastadores bombardeos aliados sobre Hamburgo del verano de aquel año, los agentes secretos del régimen nazi habían estado informando del convencimiento creciente que imperaba en la opinión popular de que la campaña bélica de Alemania estaba condenada al fracaso. En tal caso, ¿por qué no se alzó la ciudadanía contra el régimen y lo obligó a negociar la paz? Si hacia finales de la primera guerra mundial, los caudillos alemanes se habían avenido a parlamentar cuando reconocieron que habían perdido el conflicto, ¿por qué no ocurrió lo mismo entre 1944 y 1945?

La mayoría de las hostilidades entre estados de la era moderna acaba, según expone Ian Kershaw en El final: Alemania, 1944-1945 (2011), con un acuerdo de paz tan pronto reconoce la derrota uno de los dos lados. Es posible dar con excepciones de relieve a esta norma en lugares que van de la Francia napoleónica de 1814 hasta el Irak de Sadam Huseín dos siglos más tarde. También en ocasiones se da un cambio de régimen antes de concluir la paz, tal como ocurrió en la guerra franco-prusiana de entre 1870 y 1871 o, de hecho, en la primera mundial. Aun así, la determinación de los alemanes para seguir luchando resulta notable y merece una explicación, sobre todo si tenemos en cuenta que la muerte y la destrucción que sufrieron aumentó de forma colosal en los meses últimos. En su nuevo libro, Kershaw, que comenzó su trayectoria de historiador de la Alemania nazi con una obra puntera sobre la opinión popular de los habitantes del

Tercer Reich antes de acometer su monumental biografía de Hitler y una serie de estudios sobre la toma de decisiones y la diplomacia de las décadas de 1930 y 1940 regresa a su foco inicial de interés para tratar de dar con una respuesta a la cuestión desconcertante de por qué no claudicó Alemania a través de un estudio detallado del sentir del pueblo durante el estadio final del conflicto bélico.

El motivo principal y más obvio radica, claro está, en la naturaleza misma del régimen nazi. El Tercer Reich no era un estado al uso. Ni siquiera puede considerarse una dictadura convencional, si es que existe tal cosa. Hitler se vio poseído desde el principio por una visión del mundo que, en consonancia con el darwinismo social, entendía las relaciones entre estados como una lucha por la subsistencia y supremacía entre razas. No había término medio: a Alemania no se le presentaban más opciones que la de obtener la hegemonía mundial o la de hundirse. Sus objetivos bélicos no eran racionales ni limitados. A medida que se deterioraba la situación militar, insistió con más vehemencia en que había que seguir en pie de guerra. En los meses finales, Hitler perdió en grado cada vez mayor el contacto con la realidad, lo que lo llevó a alimentar la esperanza de salvación por medio de armas prodigiosas como el V-i o el V-2, de la aparición de rencillas que acabasen con la relación entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética o de un final rápido de las hostilidades tras la muerte del presidente Roosevelt. Un retrato de Federico el Grande, que había logrado hacer cambiar la suerte de Prusia tras la ocupación de Berlín por parte de los rusos, le brindaba una confianza intermitente en sus sueños.

Si en ocasiones —y sobre todo en la obra del historiador estadounidense Gerhard Weinberg— se ha atribuido al Führer cierto grado de flexibilidad en el mando de las fuerzas armadas en los años de derrota y marcha atrás, lo cierto es que en los meses últimos del régimen esta actitud cedió el paso a la terca insistencia en que la retirada constituía un acto de traición, el repliegue táctico equivalía a cobardía militar, y el realismo delataba falta de fuerza de voluntad. Rezumando confianza en la victoria final, Hitler siguió cambiando de un lado a otro sus ejércitos mucho después de que se hubieran convertido en turbas desesperadas, desorganizadas y mermadas. De cuando en cuando se le desprendía la máscara de seguridad en sí mismo.

En tales ocasiones confesaba que todo estaba perdido, y comunicaba a sus allegados que cuando llegara el momento pensaba meterse una bala en la cabeza. «No vamos a capitular. Nunca. Puede ser que caigamos, pero en ese caso arrastraremos con nosotros a todo un mundo.» El pueblo alemán no merecía sobrevivir después de no haber superado la prueba que le había impuesto la historia. El 19 de marzo de 1945 dictó la Orden Nerón, directiva de infausta memoria por la que daba a sus comandantes instrucciones de destruir cuanto pudiera caer en manos del enemigo que avanzaba.

Sin embargo, la autodestrucción de Hitler y el desdén que profesaba al pueblo alemán en determinados aspectos no hacen sino más insondable el misterio de por qué siguió luchando este último. Parte de la respuesta subyace, claro está, en el poder psicológico que seguía ejerciendo. Bien por la fuerza de su personalidad, bien por la costumbre adquirida por parte de su séquito o por el prestigio que le habían otorgado los años de victorias, seguía siendo muy capaz de persuadir a sus subordinados inmediatos a seguirlo mientras se lanzaba al abismo. «Hasta en las últimas semanas —señala Kershaw— hubo quien fue a verlo desmoralizado y sin consuelo para cobrar un entusiasmo y una determinación renovados después de hablar con él.» Albert Speer, por ejemplo, cuyos empeños habían hecho tanto en los últimos años de la guerra por aumentar la producción armamentística y mantenerla en marcha pese a las incursiones de los bombarderos aliados, siguió al servicio del Führer aun después de darse cuenta, con más claridad que la mayoría, de que todo estaba perdido.

Solo al final empezaron a abandonarlo: Hitler destituyó a Göring por tratar, supuestamente, de hacerse con el poder, y a Himmler por negociar con los Aliados a sus espaldas. Aun así, hubo un número extraordinario de seguidores que optó por acompañarlo en su destrucción durante una oleada de suicidios sin apenas parangón: no solo Goebbels y Bormann, y más tarde Göring, Himmler y Ley, sino también ministros como Rust y Thierack, el 10 por 100 de los generales del Ejército, el 14 por 100 de los de las fuerzas aéreas, el 20 por 100 de los Gauleiter del partido y otros muchos que ocupaban puestos menos elevados. Su sacrificio daba fe de su lealtad a Hitler y de su convencimiento de que la vida no tenía sentido sin él. Su arresto y su enjuiciamiento los llevaría a arrostrar sus crímenes y los

despojaría de la certidumbre de que lo que habían hecho era necesario desde un punto de vista histórico. Muchos vieron el suicidio como una salida honrosa y muy romana, un gesto heroico que serviría a los alemanes de ejemplo para el futuro. Hitler no era el único que habitaba el reino de las ilusiones.

De haber estado sometida a otro jefe de Estado, como Göring o Himmler, Alemania podía haber pedido la paz mucho antes del mes de mayo de 1945, pero los Aliados habían acordado en enero de 1943 en Casablanca que solo iban a conformarse con la rendición incondicional de Alemania. El armisticio de la primera guerra mundial había constituido un error muy costoso a su entender, ya que había permitido a la extrema derecha, y sobre todo a los nazis, concluir que la nación no había sufrido derrota en lo militar, sino que las fuerzas armadas habían sido víctimas de una puñalada por la espalda asestada por los revolucionarios judíos de la propia Alemania. En esta ocasión no podía quedar duda alguna al respecto.

Después de la guerra, muchos oficiales germanos de alta graduación culparon a esta exigencia de rendición incondicional de la marcada duración de las hostilidades. Al decir de uno de ellos, tal factor «hizo que nos aferráramos en cierto sentido al régimen nazi», dado que los dejó sin garantía alguna respecto del futuro. Con todo, los historiadores han rechazado semejante afirmación por considerar que constituye una excusa muy endeble. Según cierto general, entre el alto mando «apenas se prestó atención» a dicha demanda de sometimiento total, ni se debatieron sus posibles consecuencias militares. El motivo de la lucha continuada de los alemanes debe buscarse más bien, tal como apunta Kershaw con razón, en la propia Alemania y no en ninguna postura adoptada por los Aliados.

Huelga decir que la exigencia de estos dio a los propagandistas nazis una justificación muy útil para seguir luchando. La maquinaria de persuasión que gobernaba Goebbels estuvo en funcionamiento hasta el final mismo del conflicto. Mucho antes de que llegara este, sin embargo, el inminente advenimiento de nuevas armas prodigiosas capaces de volver las tornas de las hostilidades; su insistencia, cada vez más estridente, en que el espíritu combativo del pueblo germano estaba destinado a prevalecer sobre el resto; su forzado optimismo, y sus llamamientos al sacrificio habían empezado a caer en saco roto. El pueblo llevaba tiempo pensando que el

coro de las emisiones radiofónicas, los artículos periodísticos y los noticiarios del Ministerio de Propaganda sonaban como la banda de música que tocaba en la cubierta del Titanic. «Dondequiera que vaya —escribió cierto oficial particular—, oye uno el mismo comentario: el fin de la locura.» Casi todas las fuentes coinciden en que la moral se hallaba hundida en los albores de 1945. Cuando tocaba a su fin el mes de marzo, los interrogatorios de los combatientes caídos en manos de los Aliados occidentales pusieron de relieve que solo el 21 por 100 seguía teniendo fe en Hitler, frente al 62 por 100 de enero.

Para muchos oficiales del Ejército fue quizá más importante el juramento personal de lealtad al Führer que les habían obligado a prestar.

Muchos alegarían más tarde esta circunstancia a fin de justificar su persistente adhesión al régimen. Esta no era necesariamente una excusa retrospectiva. El adiestramiento y los hábitos de obediencia militares se habían visto ampliados por el Tercer Reich hasta abarcar la fidelidad debida a Hitler en calidad de mando supremo de las fuerzas armadas. Desde luego, ni la exigencia aliada de rendición incondicional ni los votos marciales impidieron a cierto grupo de oficiales superiores conspirar para derrocar a aquel en julio de 1944. Sin embargo, la bomba del coronel Stauffenberg no mató al dictador, y en cualquier caso, la mayoría de los mandos militares había rechazado unirse a ellos, bien por considerar que no tenía demasiadas probabilidades de éxito, bien por entender que suponía traicionar a la nación en un momento difícil o por sentir de veras que se lo impedía su promesa de lealtad. Tras la conjura, la drástica purga de las fuerzas armadas que llevaron a término el dictador y Himmler solo dejó en su puesto a oficiales de fidelidad incuestionable. Hasta Gotthard Heinrici, general de relativa sensatez al cargo de la defensa de Berlín, pensó que sería un acto de traición negarse a obedecer las órdenes del Führer, aunque según confesó a su diario le parecían sin propósito o descabelladas.

Un sentido del deber bien arraigado llevó a funcionarios civiles, administradores municipales, jueces y fiscales, maestros y empleados del Estado a seguir haciendo su trabajo. Y lo hicieron aun cuando llegó un momento en que no fue posible poner por obra sus decisiones, cuando las órdenes que emitían no tenían probabilidad alguna de llevarse a efecto, juzgando y condenando a transgresores criminalizados por medidas legales

instauradas por los nazis porque era lo que requería la ley de ellos, sin detenerse a pensar que el propio derecho se había visto pervertido por el nazismo. Se habían adaptado sin pensarlo al Tercer Reich porque este se había hecho con la gestión del Estado, y siguieron trabajando para él hasta el final por tener el convencimiento de que en ello consistía su deber. Cuando le preguntaron tras la guerra por qué había seguido trabajando, el secretario de Estado de la Cancillería del Reich, sin entender bien el sentido de la cuestión, se encogió de hombros diciendo: «A fuer de funcionario veterano, me obligaba la lealtad debida al Estado».

Muy propia de este alejamiento casi total de la realidad fue la solicitud presentada a los principales ministros el 23 de febrero de 1945, poco más de dos meses antes del fin, por el conde Schwerin von Krosigk, al cargo del departamento de Finanzas, para que se redujeran los gastos gubernamentales y se aumentaran los impuestos a la propiedad, el tabaco y el alcohol, los servicios públicos y otros bienes de consumo a fin de acabar con el creciente déficit presupuestario. Semejante iniciativa culminaba con una declaración propia de Alicia en el país de las maravillas: «no puede negarse que los suministros esenciales se están volviendo más costosos para la población», ya que «buena parte de esta ha visto restringido desde hace meses su acceso al agua, el gas y la electricidad». Schwerin seguía trabajando en dichas propuestas un mes más tarde, cuando apenas quedaba territorio en la nación que no estuviese sometido a la ocupación aliada.

El Estado seguía funcionando, aunque en los meses últimos había cedido el poder en grado cada vez mayor al Partido Nazi en todos los ámbitos. Los activistas de este consideraban aquel «un tiempo de lucha», como los días añorados de antes de 1933. La traición de los oficiales conchabados en torno a Stauffenberg llevaron a Hitler y al resto de los dirigentes del Reich a desconfiar de las viejas minorías selectas. Los subordinados inmediatos del Führer, Goebbels, Himmler y Bormann, tomaron las medidas necesarias para que el partido, sus Gauleiter y sus activistas ocuparan el espacio institucional que antes había correspondido a la burocracia estatal. Se aprobaron leyes y regulaciones que concedían a los funcionarios de la agrupación nacionalsocialista poderes por demás amplios respecto de la vida civil. Contrataron mano de obra, organizaron limpiezas tras las incursiones aéreas, coordinaron la defensa civil y movilizaron el

Volkssturm, la milicia de reclutas civiles que debía encabezar la resistencia última frente a la invasión del Reich. Poco podían hacer sus integrantes, mal equipados y peor adiestrados, y en su mayoría aún sin uniforme, contra los combatientes aguerridos de los Aliados occidentales y el Ejército Rojo. De hecho, en los meses finales de la guerra murieron 175.000 de ellos. No obstante, estaban acaudillados por lo general por activistas nazis de línea dura, lo que brindaba al partido un instrumento más de dominación sobre la masa del pueblo germano. Una de las funciones de este frente civil consistía en castigar el desinterés y el derrotismo entre la población. Los fusilamientos y los consejos de guerra informales que acarreaban la ejecución —pública en grado cada vez mayor— de «traidores» se convirtieron en algo habitual en las ciudades alemanas durante el invierno de 1944 y 1945. Kershaw ofrece muchos ejemplos pavorosos de la crueldad con que hacían pagar el partido y sus adeptos los casos de desidia. Quienes hacían por evitar derramamientos de sangre acababan colgados de las farolas con carteles al cuello en los que se leía: «He querido pactar con los bolcheviques». «Se fusilará a todos los varones —ordenó Himmler el 3 de abril de 1945— de las casas en las que aparezca una bandera blanca.» Por si tal medida no bastaba, el Gauleiter de Franconia añadió: «Los pueblos que alcen la bandera blanca de manera colectiva deberán ser incendiados».

Aunque todo apunta a que semejante orden no se llevó a efecto, lo cierto es que había un número suficiente de nazis de categoría mediana e inferior en puestos de poder para instaurar un reinado del terror capaz de hacer que el grueso de la población civil se sometiera a su insensata determinación a seguir luchando. Los numerosos casos de brutalidad nazi desesperada fueron desde el dirigente nacionalsocialista local de Heilbronn que, al topar con una calle en la que pendían banderas blancas de varias casas a fin de dar la bienvenida a los estadounidenses que se aproximaban, hizo detener su automóvil y ordenó a sus hombres que salieran a disparar a todo aquel que vieran, hasta el arresto por parte del consejo de guerra móvil del comandante Erwin Helm de un granjero de sesenta años que había hecho ciertos comentarios sarcásticos sobre el Volkssturm de su pueblo. Tras amenazar a dos de los integrantes del tribunal para que lo condenasen, lo colgaron «de una rama del peral que crecía delante de la ventana de su casa mientras proferían insultos a su horrorizada esposa».

Si estos fanáticos se conducían así era sobre todo porque sabían que sus crímenes les negaban todo futuro en caso de perder Alemania. Los dirigentes nazis sacaron tajada de este convencimiento. Himmler, por ejemplo, había congregado a altos funcionarios y generales en Posen (Poznań) y Sonthofen para informarlos de forma explícita del exterminio de los judíos y hacerlos así cómplices de lo que ninguno de ellos ignoraba que se consideraba un crimen en la generalidad del planeta. Los Gauleiter se guardaron de hacer nada que pudiese revelar debilidad, y así, llegaron incluso a negarse a evacuar regiones amenazadas por las fuerzas del Ejército Rojo, aunque cuando lo que estaba en juego era su propia seguridad era frecuente que se negasen a predicar con el ejemplo. Muchos, como Arthur Greiser, instaban con ampulosidad a sus gentes a defender su territorio hasta el final y a continuación se retiraban de la escena.

Además de fusilar o ahorcar a «gandules», «derrotistas», «desertores» y «cobardes», los nazis evacuaron los campos de concentración y las prisiones a fin de evitar que los liberasen los Aliados y obligaban a los reclusos a emprender «marchas de la muerte» mal organizadas y en muchas ocasiones sin objetivo alguno, durante las cuales abatían a todo aquel que quedaba rezagado. Cientos de miles de ellos murieron por el camino. De los 715.000 presos de campos de concentración que quedaban a principios de 1945, apenas seguía con vida la mitad seis meses más tarde. En los recintos que aún no habían sido liberados por los Aliados, la cantidad descomunal de prisioneros famélicos y maltrechos llegada de otros campos no tardó en provocar condiciones insoportables en las que se propagaron con rapidez el tifus y otras enfermedades que acabaron con veintenas de miles de ellos.

El terror también aumentó de forma drástica en el seno de las fuerzas armadas. Desertaron decenas de miles de soldados —cierta estimación sitúa el número en un cuarto de millón aun antes del caos de los últimos meses —, pero quienes albergaban la idea de huir sabían que si los detenía cualquiera de las patrullas que aguardaban en las calles, las estaciones ferroviarias y las arterias de comunicación de Alemania a fin de solicitar los papeles a los transeúntes habrían de enfrentarse a una muerte segura. El número de soldados condenados a pena capital por deserción, derrotismo y delitos similares durante el conflicto fue al menos de 30.000, de los cuales se ajustició a 20.000, frente a los 150 y los 48 de la primera guerra mundial.

Los oficiales superiores y generales siguieron constituyendo consejos de guerra y aprobando condenas de muerte aun después de acabadas oficialmente las hostilidades.

Muchos siguieron adelante por el miedo al régimen y a sus representantes, aunque también por el temor al enemigo, sobre todo al Ejército Rojo, que en los meses últimos estaba abriéndose paso con violencia por la Alemania oriental y central, y dándose a violaciones y saqueos. La maquinaria propagandística de Goebbels explotó al máximo incidentes como el de la matanza perpetrada por los soldados soviéticos en Nemmersdorf, localidad de Prusia Oriental. Al decir de la policía secreta, los alemanes de a pie del resto de la nación reaccionaban aseverando con pesimismo que no podían esperar otra cosa que abusos sexuales, asesinatos y actos de pillaje después de las atrocidades que habían cometido sus propios soldados en la Europa Oriental ocupada. «¿Acaso no hemos matado a miles de judíos?», se preguntaba, según el informe de cierto oficial de seguridad, la población de Stuttgart. «Los judíos —añadía— también son seres humanos, y comportándonos así hemos enseñado al enemigo lo que puede hacernos si gana.» Estos temores, que resultaron justificados en gran medida, se vieron intensificados por lo que parecía la aceptación generalizada de la teoría, difundida por Goebbels, de que los Aliados —Churchill, Roosevelt y Stalin— estaban manipulados por una conspiración mundial de judíos resuelta a vengarse del pueblo alemán. Muchos soldados y paisanos estimaban preferible seguir luchando que abandonarse a la voluntad de los soviéticos.

Pedir al pueblo que se alzara contra el régimen, lo derrocara e hiciera la paz con los Aliados era mucho pedir. Los alemanes de a pie, con las ciudades reducidas a ruinas por los bombardeos; el suministro de gas, electricidad y agua funcionando —a lo sumo— de forma intermitente; las fábricas y otros lugares de trabajo destrozados, y la provisión de alimento y combustible mermada, debían centrar su atención en subsistir y mantener con vida a sus familias. En cualquier caso, la omnipresencia del partido y sus agencias durante los últimos meses de la guerra excluían la posibilidad de toda clase de acción colectiva. La suerte que iban a correr quienes lo intentaran quedó ilustrada de forma cumplida por la que sufrieron las cuadrillas de obreros foráneos que participaban en el mercado negro de las

ciudades industriales de Renania que, en una de las violentas batallas empeñadas con la policía entre los escombros de Colonia, mataron de un disparo al responsable local de la Gestapo. Tras darles caza y arrestarlos, los colgaron a la vista del público para que sirvieran de advertencia a otros.

La acción colectiva también se hizo imposible en puestos más altos de la jerarquía después del fracaso del atentado de Stauffenberg. Dentro del Partido Nazi y el Gobierno, las instituciones capaces de formular un programa concertado diferente del de Hitler habían dejado de existir mucho tiempo atrás. El Gabinete del Reich llevaba años sin reunirse, y en Alemania no había nada comparable al Gran Consejo Fascista que destituyó a Mussolini en 1943. Hitler se había arrogado todos los poderes institucionales: era el jefe de Estado y de Gobierno, cabeza del partido, comandante supremo de las fuerzas armadas, comandante en jefe del Ejército… Era, en resumidas cuentas, «el dirigente». Todo el poder emanaba de él. Todo el que tenía un cargo de relieve le debía su autoridad, y todos sabían que solo podían prosperar y subsistir si satisfacían sus deseos y se amoldaban a sus dictados ideológicos.

Aun después de aislarse en su búnker subterráneo, dejar de ofrecer discursos al pueblo y perder el ascendiente que había ganado sobre él mediante sus declaraciones públicas organizadas al milímetro, su estilo personal de gobierno siguió dominando las acciones de cuantos tenían algún poder en la Alemania nazi. En aquellos meses últimos se dio lo que Kershaw ha calificado de «autoridad carismàtica sin carisma. Aunque el poder de atraer a las masas de Hitler se había disuelto hacía mucho tiempo, las estructuras y mentalidad creados por su personalidad arrolladora pervivieron hasta su muerte en el búnker». Por lo mismo, una vez desaparecido él, se desmoronó todo el edificio hasta convertirse en polvo. Ya no había un Führer por el que luchar, y pese a todos los esfuerzos que había hecho Goebbels por crear un movimiento destinado a hostigar a las fuerzas de ocupación de los Aliados, el llamado Werwolf, no se dio resistencia alguna reseñable.

El final constituye una exposición vivida de los últimos días del Reich de Hitler, en la que Kershaw despliega un gran talento a la hora de transmitir la mentalidad y la situación de las personas que se vieron atrapadas en una calamidad que quienes vivieron para contarla tardarían

años en superar. Quizás el libro concede poco peso a los sentimientos de nacionalismo de que se imbuyeron tantos alemanes, sobre todo en el cuerpo de oficiales, y que fueron más que una simple excusa destinada a hacer ver que luchaban por su patria y para proteger la civilización germana de las hordas bolcheviques. Goebbels aseveraba que no era solo esta la que estaba en juego, sino la europea en su conjunto, y lo cierto es que cabía haber explorado con más detenimiento los efectos de esta tesis. El miedo y el odio que profesaban al Este no comenzó con los nazis: las convicciones nacionalistas, combinadas con una dosis considerable de desdén para con los «eslavos», eran para muchos los pilares del nazismo y revestían una importancia vital para aquellos que no guardaban con este sino una relación superficial.

# VI. LA POLÍTICA DEL GENOCIDIO

# 22. IMPERIO, RAZA Y GUERRA

DE joven, Adolf Hitler sintió una gran pasión por los dramas musicales de Richard Wagner, y gastaba buena parte de sus exiguos ingresos en entradas de representaciones de Lohengrin y otras fantasías pseudo- medievales. Aunque los historiadores han dedicado dosis nada desdeñables de energía al estudio de los efectos de esta devoción de juventud en las ideas y creencias del futuro dictador, lo cierto es que tenía otro entusiasmo que, si bien ha dado menos de qué hablar, resultaba más fácil de satisfacer por su precio modesto: las novelas de literatura barata de Karl May, ambientadas en el Salvaje Oeste y protagonizadas por vaqueros en su mayoría de origen alemán, como el Viejo Shatterhand, que debía su nombre («mano devastadora») a la fuerza de su puño, y Winnetou, indio converso al cristianismo. May se convirtió en el centro de un escándalo literario cuando se descubrió que tenía antecedentes criminales y no había estado nunca en Estados Unidos (nación que visitó por vez primera poco antes de su muerte, ocurrida en 1912). Sin embargo, lejos de minar la admiración de Hitler, este hecho solo sirvió para confirmarle que no es necesario viajar a un país para conocerlo. Durante la segunda guerra mundial no dejó de recomendar las novelas de May a sus generales, y de hecho, mandó imprimir doscientos mil ejemplares para los soldados.

Para May, los nativos americanos eran salvajes nobles, y aunque huelga decir que Hitler no compartía esta visión de los pueblos indígenas, lo cierto es que en las novelas de aquel se da un darwinismo social implícito que hace que Winnetou y su cultura se presenten como abocados a la destrucción a manos de una civilización superior y más poderosa (la deuda del escritor con respecto a El último mohicano se hace evidente tanto aquí

como en otros aspectos de su obra). Los partidarios del citado movimiento y los racistas de finales del siglo XIX y principios del XX miraban con envidia a Estados Unidos, en donde millones de colonos europeos habían caminado hacia poniente a fin de formar una sociedad nueva, próspera y poderosa que había desplazado a los nativos del continente hasta marginarlos y, al cabo, acabar con la inmensa mayoría de ellos. La superioridad racial había destinado a su entender a los colonos europeos a convertirse en dueños y señores de aquel territorio y condenar a la extinción a sus atrasados habitantes tal como habían hecho con los aborígenes australianos. Y si alguien protestaba, bastaba con desdeñarlo por poco científico y anticuado.

Sin embargo, si las razas hacían manifiesta su superioridad conquistando y sojuzgando a otras, ¿con qué parte del planeta contaban los alemanes para demostrar su capacidad? Al haber llegado tarde a la escena mundial, la Alemania unida de 1871 apenas había podido hacerse con las migajas del tablero imperial: Namibia, Tanzania, Togo, el Camerún, Nueva Guinea, un puñado de islas del Pacífico y poco más. Durante el siglo XIX, hubo un número ingente de alemanes convertidos en colonos que, sin embargo, fueron a regiones que no se hallaban bajo dominación germana (cinco millones, el 40 por 100 de cuantos emigraron entre la década de 1840 y principios de la de 1890, partieron hacia el continente americano). La falta de expansión supuso una honda decepción a los nacionalistas extremos. «¿No habría de ser Alemania reina entre las naciones —se preguntaba ya en 1879 cierto entusiasta del colonialismo— y hacer valer su voz sobre territorios sin cuento como los ingleses, los estadounidenses y los rusos?» Antes de 1914 fue aumentando el número de los integrantes de la minoría selecta gobernante que coincidía con él, y desde 1898, la Administración del káiser destinó un volumen descomunal de recursos a construir una armada colosal destinada a hacer frente a los británicos en alta mar y dejar expedito el camino para la creación de un imperio de ultramar.

La primera guerra mundial acabó con tales pretensiones. La flota germana fracasó en su intento de hacer mella en la dominación naval británica, y la derrota de su nación llevó a que sus colonias de allende el mar acabaran bajo mandato del resto de potencias. Sin embargo, aun antes de las hostilidades había habido entre los nacionalistas quien había puesto la

mira en una región más evidente en la que instaurar la dominación colonial germana: el Este europeo. Mark Mazower comienza El imperio de Hitler (2008), su abarcador estudio sobre el poder nazi en Europa, con una crónica de la aparición, en la Alemania y el Austria de finales del siglo XIX, de la idea de que la lucha de razas por la supervivencia del más capaz requería la creación de Lebensraum, un «espacio vital» en el que pudiera expandirse la etnia germana a fin de garantizar su futuro, tal como habían hecho quienes habían emigrado del Viejo Continente a América. Los nacionalistas de extrema derecha veían a los polacos, los rusos y otros eslavos como pueblos atrasados y sin civilizar cuyo destino no podía ser otro que el de convertirse en siervos de la raza dominante de los alemanes.

La catastrófica derrota sufrida por Alemania en 1918 hizo que estas ideas entrasen en el ámbito de la política convencional, y después de 1933 se convirtieron en doctrina oficial del Estado. A lo largo de las vueltas y revueltas que dio la política exterior nazi mientras Hitler rearmaba el país a fin de prepararlo para una gran guerra en el continente, siguió siempre en pie el mismo objetivo último: la conquista de la Europa oriental en cuanto «espacio vital» de las generaciones futuras de alemanes. Hitler y los nazis no abandonaron la idea de crear un imperio colonial de ultramar, pero antes de eso, Alemania debía convertirse en una potencia mundial, y el camino para ello pasaba por Europa.

El libro de Mazower se centra, pues, en Hitler en cuanto constructor de un imperio. Tal vez no se trata de un tema tan novedoso ni desconocido como parece pensar el autor, aunque lo cierto es que en sus páginas se trata por vez primera de un modo extenso, sistemático y paneuropeo. En las primeras semanas de las hostilidades quedó de manifiesto de forma brutal lo que comportaría en la práctica un imperio nazi en la Europa Oriental. Tal como pone de relieve Mazower con detalle, la conquista alemana de Polonia llevó aparejada la expulsión cruel de cientos de miles de nativos de sus granjas y negocios con el fin de hacer hueco a los colonos de etnia germana llegados de más al este, en donde estaban convencidos de que el gobierno de Stalin no les prometía un futuro muy venturoso. Los ocupantes nazis aplastaron la cultura polaca, arrestaron, encarcelaron y fusilaron a miles de profesionales e intelectuales, y la extensa población judía fue

víctima de persecución y reclusión en guetos atestados e insalubres mientras aquellos resolvían lo que hacer con ella.

Con el comienzo de la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 quedó muy claro que lo que esperaba a todas estas gentes no era otra cosa que la muerte. Hitler se entusiasmó al pensar en los beneficios de la civilización que iba a otorgar la dominación alemana a aquellas tierras, en donde iban a crearse nuevas ciudades germanas resplandecientes que actuarían como núcleos de comunidades agrícolas alemanas arraigadas en el suelo oriental y conectadas entre sí por veloces líneas de ferrocarril y autopistas. Las gentes que habitaban a la sazón aquellas regiones no iban a formar parte de este mundo feliz. Moscú, Leningrado (San Petersburgo) y el resto de sus ciudades quedarían abandonadas a la podredumbre, en tanto que los campesinos ucranianos y rusos se verían expulsados de aquellas tierras igual que los polacos. Los responsables de la planificación calculaban que morirían millones de ellos por la desnutrición y las enfermedades. Los académicos de la SS fantaseaban con la idea de deportar a Siberia, o aun al Brasil, a veintenas de millones de eslavos «racialmente indeseables». Tras ello aguardaría a Hitler un trofeo supremo. «Una vez que seamos señores de Europa —aseveró en octubre de 1941—, ocuparemos una posición dominante en el mundo.» El nuevo Imperio germano sería, cuando menos, equivalente a los que poseían en aquel momento los británicos y Estados Unidos. En ese momento, pues, podría comenzar la contienda definitiva por la supremacía mundial.

Durante un breve instante del verano de 1941, la cúpula nazi creyó posible que se hicieran realidad semejantes sueños Francia, Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca y Noruega habían caído el año anterior, y los ejércitos alemanes victoriosos arrasaban cuanto se ponía ante ellos en el Este y ocupaban grandes extensiones de territorio en Ucrania, los estados bálticos y Bielorrusia, en tanto que en el sur de Europa se habían hecho con el dominio de los Balcanes. Aun así, todo era una ilusión.

No se trataba solo de que la Unión Soviética, con sus descomunales recursos de mano de obra y materiales, resultara ser imposible de derrotar: aún más importante resultaba el hecho de que los alemanes no tuviesen una idea coherente de cómo debían hacer que su colosal imperio nuevo sirviese a los fines internacionales para los que estaba concebido. Mazower habla de

la inmensa variedad de disposiciones administrativas necesarias para gobernarlo, desde regímenes colaboracionistas como Eslovaquia o la Francia de Vichy hasta gobiernos militares que ejercían su labor junto con la Administración civil nativa, tal como ocurría en Bélgica, pasando por mecanismos de gobierno germanos creados ex profeso, como era el caso del Reichskommissariat de Ucrania o el Gobierno General polaco. Algunas áreas, entre las que se incluían vastas extensiones occidentales de Polonia, se incorporaron directamente al Reich, mientras que de otras se esperaba que pudieran absorberse en algún momento del futuro, como ocurría con los Países Bajos, a cuyas gentes consideraba predominantemente «arias» la cúpula nazi.

Este imperio colosal carecía de una dirección central, así como de coordinación alguna en su gestión. Los alemanes no llegaron a crear nunca nada equivalente al Ministerio de la Gran Asia Oriental, mediante el que gobernaban los japoneses sus conquistas. Esto, según sostiene Mazower, se debió en parte a que Hitler prescindió de los empleados públicos en favor de fanáticos nazis comprometidos con la causa en los que podía confiar para construir la Gran Alemania sobre pilares raciales. En consecuencia, el Partido Nazi, dirigido por gentes de «la vieja guardia», que pertenecían a él desde la década de 1920, y en particular por los dirigentes regionales, los Gauleiter, fue cobrando poder en perjuicio del Ministerio del Interior, cuyos funcionarios comenzaron a lamentar la ausencia de una administración central de los territorios nuevos. Por su parte, Hitler se quejaba de que «entre nosotros, la concepción del Estado monolítico supone que todo debería dirigirse desde un centro… Los ingleses hacen todo lo contrario en la India». «Es imposible —concluía por lo tanto— manejar este imperio descomunal desde Berlín.»

La situación se hizo aún más confusa con el crecimiento inexorable de la SS de Himmler, que actuaba con independencia de la administración civil y la del partido en pos de su objetivo declarado de trazar de nuevo el mapa racial de Europa. Los militares y burócratas alemanes que servían desde los Países Bajos hasta Ucrania habían de elegir entre hacer la vista gorda mientras la SS se daba a las matanzas o las deportaciones de los judíos a su cargo, y avenirse a poner sus propios recursos al servicio del genocidio. Entre los altos funcionarios los hubo que poco satisfechos con tal orden de

cosas y desesperados por algún género de dirección central, no pudieron por menos que recurrir a Himmler. Fue el caso de Wilhelm Stuckart, integrante del Ministerio del Interior, quien le hizo saber que, si a la larga iba a tener que crearse una minoría selecta colonial, tal vez la mejor elección para ello la constituían las legiones cultas y bien organizadas de jóvenes oficiales de la SS.

La realidad, en cambio, se empeñó en seguir otro camino. Mazower exagera al afirmar que eran «las colonias anteriores a 1914 las que proporcionaban la poca experiencia administrativa que existía en el Tercer Reich». Está claro que algunos antiguos funcionarios coloniales desempeñaron en este sentido cierta función de peso —como fue el caso de Viktor Bottcher, gobernador de Posen, que había ayudado a gobernar el Camerún germano antes de 1914—, pero estos constituían, de forma inevitable, una franca minoría dado el escaso tamaño que poseía la administración colonial germana antes de la primera guerra mundial. La pericia gestora procedía a las claras del funcionariado de la metrópoli, si bien se vio cada vez más marginado por los representantes favoritos del «liderazgo político» de Hitler. El caos, por lo tanto, no dejó de imperar, y los observadores más agudos siguieron quejándose de que aquel Reich en teoría centralizado se hallaba, en la práctica, dividido en docenas de satrapías pertinaces. En lo fundamental, según señaló con desesperación uno de ellos, faltaba «un Gobierno eficaz».

Mazower camina sobre un suelo un tanto más firme cuando afirma que las leyes raciales que impuso Alemania en colonias como Namibia brindaron una base para regulaciones similares en la Europa que conquistó tras 1939, en virtud de las cuales se sometió a una discriminación severa a los polacos y a otros eslavos, a los que, además —sobre todo si se contaban entre los millones a los que reclutaron para trabajar en el Reich—, prohibieron por la ley mantener relaciones sexuales con los miembros de la raza dominante. Sin embargo, las tesis recientes de los historiadores que mantienen que la guerra de aniquilación emprendida por las fuerzas armadas germanas durante la represión de la revuelta de los hereros y los ñamas entre 1905 y 1906, cuando arrastraron a veintenas de miles de nativos al desierto o los abandonaron en una isla para que muriesen de hambre, sirvió de modelo a las medidas adoptadas por los nazis respecto a

los judíos no resulta convincente por la ausencia de pruebas de una conexión directa.

En realidad, Hitler tenía muchos otros casos de discriminación racial de los que tomar ejemplo, incluidos el de Estados Unidos, en donde los indios se definían hasta 1924 como «gentes de la nación», pero no como «ciudadanos», o el de cualquiera de las colonias y demás regiones dependientes de la corona británica, en donde se confiscaban tierras para distribuirlas entre los pobladores blancos y se empleaba a los negros en trabajos forzados. En Sudáfrica, en particular, se dio una opresión racial por demás intolerante que comportó, entre otras cosas, la abrogación de los derechos de grupos sociales supuestamente inferiores por motivos étnicos. La diferencia principal en este sentido es que el imperio nazi aplicó tales políticas en la mismísima Europa, en donde se daba por supuesto que existía un patrón más elevado, pero había otras. Llegado el período de entreguerras, tal como indica Mazower, las potencias imperiales albergaban por lo general la idea de conceder, aunque fuera solo en un futuro distante, la autonomía a los pueblos colonizados, y alentaron, en consecuencia, la formación de minorías selectas cultas entre los indígenas. Para Hitler, en cambio, las gentes conquistadas —fueran polacas, checas o rusas— no tenían semejante porvenir: estaban condenadas a la extinción con el fin de hacer sitio a la raza germana dominante, y cuanto antes ocurriera tal cosa, mejor.

En sus monólogos de sobremesa, registrados para la posteridad por orden de Martin Bormann, el Führer recurría con frecuencia al ejemplo de la India británica. «Deberíamos —decía— aprender de los ingleses, que gobiernan a cuatrocientos millones de indios con doscientos cincuenta mil hombres en total, de los cuales cincuenta mil son soldados.» «Lo que es la India para Inglaterra —comentó en otra ocasión— lo serán para nosotros los territorios de Rusia.» En ningún momento se planteó cómo habían conseguido los del Reino Unido mantener su autoridad en el subcontinente indio con un número tan limitado de fuerzas: asumía, sin más, que era consecuencia de su superioridad racial. «El espacio ruso —sentenciaba— es nuestra India: como los ingleses, vamos a gobernar este imperio con un puñado de hombres.» A su vez, el colonialismo germano había fallado, sobre todo, porque había importado a las colonias al maestro de escuela

alemán. «Es un error querer educar al nativo: todo lo que podemos darle es, a lo sumo, una formación a medias: ¡ni más ni menos que lo que necesita para hacer la revolución!» En la Europa Occidental ocupada, las afinidades raciales que suponían los nazis podían permitirles gobernar a través de los canales administrativos existentes, pero en el imperio nuevo de la oriental no había más vía posible que la de la fuerza.

Por lo tanto, se rechazó de plano cualquier posibilidad de incorporar a grupos nacionalistas de países como Ucrania —en donde la dominación soviética había causado desgracias y hambrunas inefables y empujado a las gentes locales a recibir a las tropas alemanas invasoras con honores de libertadores, obsequiándolas con pan y sal como mandaba la tradición—, pese a la insistencia de hombres como el ideólogo nacionalsocialista Alfred Rosenberg, cabeza del punto menos que impotente Ministerio de los Territorios Ocupados del Este. Mazower analiza con detalle las distintas propuestas presentadas por él y por otros en lo relativo al gobierno de las regiones orientales. Rosenberg, alemán báltico movido por el odio al comunismo, tenía a los germanos por libertadores de las masas oprimidas por la maldición de Stalin. En consecuencia, instó la creación de estados independientes purgados de sus administraciones bolcheviques, y advirtió que «las tierras conquistadas no deberían tratarse en su conjunto como objeto de explotación». Hitler, sin embargo, y más aún Himmler profesaban un gran desdén a la idea de que «infrahombres» como los ucranianos pudiesen tener afinidad racial alguna con los alemanes: eran eslavos, y como tales, había que usarlos para descartarlos acto seguido, una vez cumplida su misión. El resultado, como aseveró uno de los ayudantes de Rosenberg en febrero de 1944, fue que, a la vuelta de un año, los ocupantes germanos habían «hostigado hasta hacerlas refugiarse en bosques y ciénagas, en calidad de partisanos, a gentes que se habían mostrado partidarias por completo de Alemania y nos habían acogido como a fuerzas de liberación».

Las medidas brutales y homicidas que llevaron a este resultado contrastaban de forma muy marcada con la indulgencia relativa desplegada en la Europa Occidental. Tras la derrota sufrida por Francia en 1940, los planificadores nazis dieron con la idea de un «nuevo orden europeo», que supondría la integración del sistema económico de esta y otras naciones de

poniente en una esfera más amplia de cooperación destinada a rivalizar con los ingentes bloques económicos de Estados Unidos y el Imperio británico. Durante el verano y el otoño de 1941, después de que Hitler declarase que Alemania no iba a poder sobrevivir mediante un sistema de «autarquía» o autosuficiencia, los economistas y planificadores del Reich se embarcaron en debates minuciosos acerca de la integración económica de Europa al servicio de las ambiciones mundiales alemanas, en tanto que firmas como la IG Farben ideaban la creación de consorcios paneuropeos como contribución a dichas pretensiones. «Ni estamos solos en Europa —advirtió en octubre de 1940 el ministro de Economía del Reich—, ni podemos dirigir una economía con naciones subyugadas.»

Quizá Mazower desecha con demasiada brusquedad tan complejos debates cuando asevera que la visión nacionalsocialista de un nuevo orden europeo «desapareció casi en el momento mismo en que surgió». Aun así, tiene razón al señalar que los efectos prácticos de aquellos fueron limitados y efímeros. Mucho antes de que acabara el año de 1940, Hitler y Goebbels estaban insistiendo en que lo que importaba era Alemania, y en que había que explotar al resto de Europa tanto como fuera posible en interés de la campaña bélica germana.

Puede que el Reich no impusiera compensaciones financieras a Francia y al resto de naciones derrotadas, pero sí lo que llamaron «costes de ocupación», tipos de cambio fijos que brindaban a los soldados y administradores germanos un poder adquisitivo con el que los franceses o los belgas ni siquiera podían soñar, y arruinaron los sistemas de transporte mediante el envío de locomotoras y demás material rodante a Alemania. Al cabo, las regiones industriales adineradas de la Europa Occidental contribuyeron mucho menos de lo que había esperado de ellas Berlín.

En algunas de sus páginas más interesantes y originales, Mazower da a entender que la crueldad y la brutalidad que desplegó en Europa el Reich fueron a desacreditar la idea de la creación de imperios mundiales gobernados por señores raciales autoproclamados. La reaparición triunfal de movimientos de resistencia nacionalista durante la segunda mitad de la guerra no se limitó a los confines de Europa. Las potencias victoriosas de 1945 no eran imperialistas como las de 1918, sino antiimperialistas: Estados Unidos y la Unión Soviética. Y en las metrópolis se multiplicaron las dudas

relativas a la dominación imperial. El autor cita a George Orwell: «¿Qué sentido puede tener —escribió— derrocar el sistema de Hitler a fin de dar estabilidad a algo mucho mayor y a su manera igual de malo?».

La era del imperialismo acabó en 1945, y la idea que triunfó al cabo en Europa fue una variante del «nuevo orden» en cuyo debate habían malgastado tanta energía intelectual a principios de la década de 1940 economistas como Ludwig Erhard, futuro canciller de Alemania Occidental. Algunos de estos hombres volvieron a aparecer tras las hostilidades para hacerse con un papel (por lo general entre bambalinas) en la colocación de las primeras piedras de la unión de Europa. «Ningún orden político —escribe Mazower— procede de la nada.» Sin embargo, los nuevos europeos creían que la cooperación europea no podía seguir siendo un eufemismo propagandístico por las intenciones explotadoras de una nación. Tampoco cabía construir la idea de una esfera económica paneuropea en oposición a los intereses de Estados Unidos. Junto con el imperialismo, la idea de un mundo dividido entre vastos imperios en competencia mutua por sobrevivir y dominar al resto también había desaparecido.

El Reich de Hitler se disipó con tanta rapidez como había aparecido, lo que lo convirtió en la más efímera de todas las creaciones imperiales, y en la última. Mark Mazower hace una exposición absorbente de su auge y su caída que da mucho que pensar. Al situarla en el contexto mundial de los imperios, consigue que abordemos este asunto con otros ojos, y eso constituye un logro considerable. Por paradójico que pueda resultar, nos hace considerar los vetustos imperios europeos bajo una luz relativamente favorable. Tras crecer durante décadas y aun siglos, habían perdurado gracias a una compleja combinación de colaboración, conciliación y acuerdos. Aunque racistas, y aun homicidas y genocidas en ocasiones, ninguno de ellos se creó ni se sostuvo merced a un nacionalismo restrictivo y explotador como el que animó al imperio nazi.

# 23. ¿CUÁNTO TUVO DE EXCEPCIONAL LA «SOLUCIÓN FINAL»?

CUANDO HITLER puso en marcha lo que llamó la «solución final a la cuestión judía en Europa» por medio del asesinato sistemático de unos seis millones de judíos, muchos pensaron que estaba haciendo algo sin precedentes ni parangón en la historia. Tan pavoroso fue semejante crimen, que no faltan comentaristas que hayan juzgado ilegítimo compararlo con nada. Aun así, si no lo hacemos, nunca podremos manifestar su carácter único. No se trata solo de trazar similitudes con otros hechos, sino de identificar diferencias y sopesar unos y otros. Además, se da un problema evidente si negamos todo género de comparación a un acontecimiento como el exterminio nazi de los judíos de Europa. Si no puede contrastarse de forma legítima con ningún otro proceso ni acontecimiento histórico, si es de veras único, no podrá repetirse jamás, y por lo tanto, el lema de «nunca más» que se formula con frecuencia cuando tratamos de extraer enseñanzas para el presente y el futuro de hechos tan terribles pierde todo su sentido. En tal caso, cabría concluir que la «solución final» no reviste relevancia alguna respecto de nada más ni tiene lección alguna que enseñarnos para el presente. Suponerle de forma categórica una condición única lo sitúa, a nuestro ver, en el ámbito de la teología, y si bien esto puede resultar legítimo o gratificante a los expertos en este campo, lo cierto es que el historiador debe abordarlo del mismo modo que otros fenómenos de gran abarcadura de su ámbito de estudio, lo que comporta formular cuestiones

comparativas básicas y tratar de darles respuesta en el plano de la racionalidad secular.

Un punto de partida evidente a la hora de contrastar es el que ofrece la invasión de Polonia de septiembre de 1939. Los invasores comenzaron enseguida a reprimir de manera sistemática la lengua y la cultura del pueblo derrotado. Cerraron las bibliotecas y las instituciones culturales polacas, y destruyeron los monumentos y los carteles indicadores. Medio millón de polacos sufrió arresto y confinamiento en campos de trabajos forzados y prisiones, en los que muchos de ellos fueron maltratados y asesinados. Fusilaron a unos veinte mil oficiales y presuntos nacionalistas polacos. Se detuvo también a un millón y medio de componentes de la flor y nata cultural e intelectual de Polonia para sacarlos del país en 1940 en camiones de ganado sin calefacción. Una tercera parte de ellos no sobrevivió a las privaciones del viaje.

Esta tragedia humana fue consecuencia no de la invasión alemana de la Polonia occidental y central, sino de la conquista soviética de las provincias orientales. El paralelismo que guarda esta actitud con la de la Alemania nazi es evidente, y desde el punto de vista de las víctimas no es menos obvio que no debía de resultar fácil distinguir entre una ocupación y otra. Sin embargo, sí que hubo diferencias: la Unión Soviética tenía intención de emprender allí una revolución social semejante a la que habían llevado ya a cabo en Rusia Lenin y Stalin. La región oriental del país se incorporó al sistema soviético en virtud de un plebiscito amañado. Las autoridades de ocupación nacionalizaron las propiedades de la minoría selecta polaca, en particular, claro está, las compañías financieras e industriales. Fragmentaron las haciendas de la nobleza terrateniente para distribuirla entre campesinos en su mayoría no polacos. Por lo tanto, a los nativos no los atacaron por motivos de raza, sino de clase a través de un programa paralelo al del «terror rojo» llevado a término en la propia Rusia en 1918, a raíz de la Revolución bolchevique.

Además, aquellos a quienes los ocupantes soviéticos consideraban integrantes de las minorías nacionalistas burguesas reaccionarias se vieron deportados a tierras situadas bien en el interior de los dominios soviéticos, lo que indica que, por brutal que fuese, el trato otorgado no comportaba la total eliminación de una minoría nacional, sino su neutralización política y,

de ser posible, aun su conversión al comunismo, objetivos reconocibles también en el resto de destierros que se pondrían por obra en estadios posteriores del conflicto. En este sentido, de hecho, los grupos expatriados no quedaban separados del resto de la población soviética, sino que sufrían su mismo sino y sus padecimientos. En un sentido formal, constitucional, la conquista soviética de la Polonia oriental llevó aparejada la introducción de derechos políticos igualitarios para todos los adultos con independencia de su condición étnica. Para muchos judíos, tal cosa supuso una liberación respecto de la discriminación antisemítica practicada por el régimen de preguerra de los coroneles polacos.

Esto, claro está, no pone en duda la naturaleza homicida de la toma del este de Polonia por los soviéticos. De hecho, este fue solo uno de los numerosos asesinatos en masa y brutales movimientos demográficos emprendidos por orden de Stalin. Desde el mes de septiembre de 1941, la policía secreta de este deportó a más de 1.200.000 alemanes étnicos desde Ucrania, la región del Volga y varias ciudades soviéticas a Siberia en condiciones por demás rigurosas. De hecho, 175.000 de ellos no sobrevivieron a la experiencia. A este exilio siberiano los siguió medio millón de representantes de otras minorías étnicas del Cáucaso, y a medida que avanzaban los ejércitos alemanes, la policía secreta de Stalin aniquiló de forma sistemática a los presuntos nacionalistas y contrarrevolucionarios encerrados en cuantas prisiones soviéticas había en su camino. Solo en las de la región occidental de Ucrania fusilaron, pasaron por la bayoneta o hicieron volar por los aires con granadas de mano a cien mil reclusos en el nombre de la seguridad militar soviética, para la cual constituían una amenaza en opinión del receloso Stalin.

Pese a toda la violencia infligida a los desdichados que sufrían deportación, el trato que recibían no constituía un intento de eliminar a pueblos enteros. Se ha mantenido que en cierta ocasión sí acometió Stalin un programa genocida contra un grupo étnico concreto. Fue el caso de la hambruna ucraniana de principios de la década de 1930, que determinados colectivos nacionales pretenden ver elevada a la misma condición que el Holocausto. En 2006, el Parlamento de Ucrania debatió una ley por la que se ilegalizaba la negación del carácter genocida de dicho episodio de su historia. Las asociaciones de emigrantes ucranianos del Canadá y Estados

Unidos han empezado a usar el término Holodomor, acuñado con el sentido de exterminio por hambre. Cada año se celebra en Ucrania y en las comunidades de ucranianos de todo el mundo un día conmemorativo de dicho episodio, y han empezado a crearse en su honor museos y monumentos.

Muchos, incluido Víktor Yúshchenko, presidente de Ucrania cuando se presentó la ley de 2006, aseveran que el total de muertos alcanzó los diez millones y superó, por ende, el número de judíos muertos durante el Holocausto. En 2003, veinticinco países de las Naciones Unidas, incluidos Estados Unidos y Rusia, hicieron público un comunicado por el que señalaban el septuagésimo aniversario de la hambruna y situaban el número de víctimas entre los siete y los diez millones. Los colectivos ucranianos han hecho campaña en el Canadá a fin de que se conceda al Holodomor la misma importancia que al Holocausto en su nuevo Museo de los Derechos Humanos. La Asociación Ucraniocanadiense de Derechos Humanos (UCCRA) envió una tarjeta postal en la que se veía un dibujo de un cerdo tomado de Rebelión en la granja, de Orwell, acompañada de la frase: «Todas las galerías son iguales, pero algunas son más iguales que otras». A todas luces, se pretendía ofender a los judíos que figuraban entre los partidarios de un apartado destinado al Holocausto en el Museo de los Derechos Humanos. Los detractores de la UCCRA no dudaron en poner de relieve que sus integrantes olvidaban mencionar el papel que habían representado los nacionalistas de Ucrania a la hora de proporcionar auxiliares y ayudantes a la administración de campos de exterminio como el de Treblinka, o la llegada, tras la segunda guerra mundial, de nueve mil hombres ucranianos de la SS emigrados al Canadá, circunstancia que sin lugar a dudas debió de afectar al modo cómo abordan este y otros organismos ucraniocanadienses asuntos tan sensibles y emotivos como estos.

Si se habla de entre siete y diez millones de muertos es, claro, con la intención de situar el Holodomor por encima del Holocausto. ¿Resulta verosímil? Robert Conquest, habla de cinco millones en Harvest of sorrow, el primer libro sobre la hambruna destinado al público en general. Los historiadores demográficos como Stephen Wheatcroft calculan que hubo tres millones de fallecidos. Por su parte, los archivos soviéticos

desclasificados no hace mucho sitúan el número en 1,8 millones, aunque a esto hay que añadir más de un millón de muertos de tifus, enfermedad propagada por el piojo humano que es frecuente en condiciones de pobreza, falta de higiene y hacinamiento. Hay que decir que durante las hostilidades hubo también muchas muertes comparables de aquella misma dolencia en los campos de batalla, y es cierto, claro, que la desnutrición hace a los individuos menos aptos para resistir a epidemias así. Aunque dar con un número digno de confianza resulta difícil en extremo, el de los tres millones parece el más aceptable. ¿Fue Stalin causante deliberado de estas muertes? Hay pruebas de sobra de que, si bien las cosechas de principios de 1930 no fueron particularmente malas, y de hecho habrían podido alimentar a la población en condiciones normales, las autoridades soviéticas requisaron ciertas cantidades de grano a los granjeros, se negaron a proporcionar sustento a los famélicos, prohibieron a las gentes que abandonasen las regiones afectadas y hasta deportaron a algunas a áreas en las que no había alimento alguno. La hambruna, por lo tanto, lejos de ser accidental o natural, estuvo provocada por el hombre.

¿Constituyó un genocidio? Aunque un 8o por 100 aproximado de las víctimas estaba conformado por ucranianos, la hambruna debe entenderse no en el contexto del racismo ruso, sino en el del programa estalinista de industrialización forzada, que lo llevó a tomar alimentos de las regiones rurales para suministrarlos a las ciudades fabriles y a reorganizar de manera obligatoria la agricultura en granjas colectivas a fin de centralizar la producción, alcanzar economías de escala y, también, facilitar la labor de recolección y la confiscación de alimentos. Tanto se tomó de la región, que ni siquiera quedó para alimentar al ganado. Los granjeros que se resistían morían abatidos o sufrían deportación en masa en calidad de kulakí, campesinos supuestamente capitalistas, de orientación mercantil y enemigos de la Revolución. Fueron muchos los que manifestaron su rebeldía destruyendo sus cultivos y sacrificando su ganado. Por otra parte, al saber que las autoridades iban a requisar sus frutos, los campesinos ni siquiera se molestaron en sembrar para la estación siguiente.

Stalin atribuía esta indisciplina no solo a los kulakí capitalistas, sino también al nacionalismo ucraniano. El Partido Comunista de Ucrania fue sometido a purga, y en 1933 se emprendió una campaña de rusificación

cultural, en parte como respuesta a la instauración de la dictadura nazi en Alemania, dado que el militarismo germano había alentado el nacionalismo ucraniano durante la primera guerra mundial, y Stalin temía que se repitiera tal situación. Con todo, estas medidas coincidieron con el descenso de las requisas y los arrestos, y con un mayor empeño en aliviar la carestía por parte del régimen soviético. La hambruna había logrado, en esencia, su objetivo principal al quebrantar la voluntad de los campesinos independientes. Llegado 1936 se había colectivizado más del 90 por 100 de las casas rurales de labor: un cuarto de millón de granjas comunales había ido a sustituir a los veinticinco millones de granjas particulares de menor tamaño. Con ellas se garantizaba el abastecimiento alimentario de las ciudades industriales, a las que se trasladaron al menos veinticinco millones de personas entre 1926 y 1939. A fin de cuentas, pues, el hambre, que sin lugar a dudas había sido provocada de forma deliberada, no tuvo por víctimas a los ucranianos por serlo ni trató de matarlos a todos sin excepción.

Lo que motivó los asesinatos masivos de los nazis fue desde el principio una ideología racista que definió a sus objetivos por razones étnicas. Entre los objetivos marcados figuraban no solo los judíos, sino también los eslavos. En las regiones occidentales de Polonia, ocupadas desde septiembre de 1939 por Alemania, los criterios raciales cumplieron una función decisiva a la hora de determinar la actuación de los nazis. Así, mientras que las propiedades de los polacos y los judíos fueron confiscadas sin compensación alguna, no se nacionalizó, sino que se redistribuyó entre propietarios alemanes en el seno de un sistema económico capitalista continuado. Solo se incorporaron al Reich las partes occidentales de la República de Polonia. A continuación se trasladó a los polacos y los judíos que las habitaban al área que se había reservado para ellos: el llamado Gobierno General, administrado por el jurista nazi Hans Frank. Dado que, a la larga, también se pretendía germanizar este territorio, las autoridades comenzaron también allí a expatriar y desposeer a la ciudadanía para dejar sitio a los colonos de etnia germana que debían crear comunidades granjeras y pequeñas ciudades. Se deportó a más de un millón de trabajadores forzados de Polonia a Alemania, aunque por razones meramente económicas y no políticas.

Semejantes transferencias demográficas solo pueden entenderse por entero, igual que las que se efectuaron en el territorio soviético ocupado después del mes de junio de 1941, en el contexto de los ambiciosos planes que había trazado el régimen nazi para la reorganización étnica de la Europa Oriental, desarrollados sobre todo por Heinrich Himmler en calidad de comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Raza Alemana. A la Polonia ocupada por Alemania se trasladó medio millón de germanos étnicos de Polonia oriental, Rumania, la Unión Soviética y otras partes del Este europeo para ocupar el espacio que había dejado a la fuerza un número similar de granjeros polacos. Este proceso llevaba en marcha varios meses cuando la SS y sus expertos en planificación comenzaron a desarrollar el llamado Plan General para el Este en 1940. En su forma definitiva, dicho proyecto preveía la muerte de hambre y por enfermedades de hasta el 8 5 por 100 de la población de Polonia, el 64 por 100 de la de Ucrania y el 75 por 100 de la de Bielorrusia, a los que se había privado de forma deliberada de fármacos y alimentos. En pocos años morirían entre 30 y 45 millones de eslavos de estas áreas y de Rusia conforme al plan. El área en la que vivían sería repoblada por millones de granjeros alemanes. La frontera oriental del Gran Reich de Alemania se trasladaría un millar de kilómetros hacia el este. De haberse llevado a la realidad, este plan se habría convertido en el mayor genocidio de la historia. De hecho, arrancó con la muerte de 1,3 millones de prisioneros de guerra del Ejército Rojo, la mayoría mediante el recurso de dejarlos morir de hambre, junto con millones de paisanos soviéticos. Un millón de estos falleció en la ciudad de San Petersburgo, conocida por ellos como Leningrado, a la que los alemanes impusieron un cerco que duró poco menos de tres años a fin de evitar el gasto de hombres y material que habría supuesto la invasión en toda regla de la urbe.

El Plan General para el Este debía su existencia a la ambición que había abrigado siempre Hitler de ganar «espacio vital» o Lebensraum para los alemanes en el Este europeo. En gran medida pretendía con ello evitar la suerte que hubo de correr la nación en la primera guerra mundial, cuando el bloqueo de los Aliados y la incapacidad de la agricultura germana para alimentar a su población sin importar alimentos habían matado de hambre y por enfermedades asociadas a seiscientos mil alemanes. De hecho, existía una estrecha conexión entre este proyecto global destinado a crear un área

germana de dominación y colonización en la Europa Oriental y el llamado Plan del Hambre, de carácter más concreto, que se debatió en mayo de 1941 en un encuentro entre representantes de las fuerzas armadas y secretarios de Estado de cierta variedad de ministerios gubernamentales. Al decir de las actas de aquella reunión, habrían de morir de inanición «incontables millones» de personas de los territorios ocupados del Este si se quería tener bien nutridos a los soldados germanos de los campos de batalla y a la población civil de Alemania.

El exterminio de los judíos europeos por parte del régimen nazi tiene, pues que entenderse en este contexto más amplio de reagrupación racial y genocidio. Al mismo tiempo, sin embargo, sería un error reducirlo a una faceta más de este largo proceso. Los judíos de Polonia y de la Europa Oriental en general eran pobres en su inmensa mayoría, sin apenas activos, y vivían sobre todo en las ciudades. Las ventajas económicas que brindaban al Reich su detención, su reclusión en guetos y por último su muerte eran escasas. Las tierras y propiedades que pretendían ocupar los colonos alemanes eran propiedad, de forma casi exclusiva, de gentiles. Los millones de personas que pretendía matar o dejar sucumbir de hambre y enfermedades el Plan General para el Este incluían judíos, aunque la inmensa mayoría estaba constituida por eslavos. Los representantes de las fuerzas armadas germanas y los burócratas del Ministerio de Agricultura justificaron, sin lugar a dudas, la muerte de los judíos alegando que consumían víveres sin aportar nada a la economía de guerra, lo que los convertía en lo que por lo común se denominaba «bocas inútiles». A los que confinaban en lugares como el gueto de Łódź, en donde podían trabajar al servicio de la campaña bélica, los dejaron vivir; aunque las condiciones laborales que allí se les imponían eran tan lamentables que motivaron la inclusión de otra expresión habitual en la jerga burocrática del Reich: la de «exterminio mediante el trabajo». Las justificaciones que se daban para su asesinato en masa —la situación del abastecimiento alimentario o los intereses económicos del Reich— no reflejaban a la postre la verdadera razón de las matanzas, si bien es posible que el programa de aniquilación se viera acelerado a finales de la primavera y principios del verano de 1942 por la crisis alimentaria sufrida por Alemania y sus fuerzas de ocupación. Aun siendo este el caso, aún quedaría por explicar por qué los nazis

pusieron en todo momento a los judíos del Este en lo más bajo de la escala a la hora de planificar las cuotas de racionamiento, las normas y regulaciones laborales y otros muchos aspectos: por debajo de los rusos, los checos, los ucranianos, los polacos y aun los gitanos.

La propaganda y la ideología nazis consideraban y presentaban el Judentum, término que usaban como nombre colectivo para referirse a los judíos, de forma muy distinta al Slaventum, o conjunto de los eslavos. Polacos, checos, rusos, etc. eran infrahombres, y como tales se representaban como gentes primitivas, atrasadas, pasivas y estúpidas que no suponían ningún riesgo para Alemania, siempre que no estuviesen encabezados por judíos inteligentes y despiadados. En sí mismos, los eslavos eran prescindibles, pero no ponían en peligro la existencia misma de Alemania ni de la raza germana. Ni siquiera en la fase última de la guerra, cuando la propaganda nacionalsocialista se concentró en atizar entre los alemanes de a pie el miedo a «la amenaza bolchevique», dejó de presentar al comunismo y el estalinismo como herramientas de una conspiración judía internacional. A la postre, los eslavos constituían un obstáculo regional para la extensión del Imperio germano en Europa, y los judíos, un peligro de alcance mundial para la existencia misma de los alemanes. A diferencia de «el ruso» o «el polaco», tal como advertía sin descanso el ministerio de Goebbels, «el judío» era nada más y nada menos que «enemigo del mundo» o Welt-feind.

En esta y otras áreas, los expertos en propaganda e ideólogos nazis bebían de la experiencia de la primera guerra mundial, o por mejor decir, de su interpretación paranoica de la derrota de Alemania: la infausta leyenda de la «puñalada por la espalda», según la cual los judíos de la Alemania de 1918 habían explotado la insatisfacción popular respecto de las penosas condiciones en que había de vivir la nación, acosada por las enfermedades y una escasez de alimentos que alcanzaba extremos insoportables, para fomentar en ella una revolución socialista y derrotar desde dentro a unas fuerzas armadas invictas hasta entonces. En realidad, los más de los judíos alemanes no eran revolucionarios, sino nacionalistas liberales y conservadores, bien integrados en la sociedad alemana y por demás partidarios de la campaña bélica.

Aun así, entre enero de 1933 y septiembre de 1939, los alemanes se vieron bombardeados de manera constante con propaganda antisemita procedente de todos los órganos de los medios dominados por los nazis, en tanto que el régimen expulsó de forma inexorable a los judíos de la economía y la sociedad alemanas mediante una larga serie de leyes y regulaciones discriminatorias, expropiaciones y ataques. Se pretendía con ello preparar a Alemania para un nuevo conflicto europeo reduciendo y eliminando en la medida de lo posible, desde dentro, la supuesta amenaza que presentaban los judíos. La mitad aproximada de la modesta población judía de Alemania había abandonado el país cuando empezó la guerra. Con la invasión de Polonia, sin embargo, los soldados alemanes vieron por vez primera cara a cara una población judía pobre y oprimida a gran escala. Allí vivían dos millones y medio de personas de este colectivo, casi todas ellas practicantes, hablantes de yidis y vestidas de forma diferente del resto de sus vecinos polacos. En conjunto, tal como se ocupaban de señalar muchas de las cartas enviadas por aquellos a sus familias, se asemejaban a las caricaturas del periódico antisemita Der Stürmer.

Los soldados y los funcionarios alemanes, las milicias de germanos étnicos y, sobre todo, los de los destacamentos especiales de la SS enviados a Polonia para ofrecer «seguridad» maltrataron a los polacos, los arrestaron, los despojaron de sus bienes, los atacaron, los deportaron en camiones de ganado sin calefacción, los metieron en campos de concentración, los mataron a golpes, los abatieron y en general los trataron como si no fuesen humanos, tal como harían más tarde con los habitantes de otras regiones de la Europa Oriental conquistada. Sin embargo, la conducta que desplegaron respecto de los judíos con los que topaban tuvo un matiz adicional de sadismo: los soldados los paraban por la calle para arrancarles las barbas o incendiárselas, obligarlos a mancharse unos a otros con excrementos o congregarlos en plazas públicas para que hiciesen gimnasia a punta de pistola una hora tras otra hasta que caían al suelo agotados; hacían a las jóvenes judías polacas lavar con la blusa los baños públicos, y en general, los sometían a todos a actos de humillación ritual y degradación pública con un ensañamiento perverso que no desplegaban con los polacos y otros eslavos.

Esta crueldad extrema que reservaban para los judíos también quedó de manifiesto en los otros dos estados de Europa que participaron en el genocidio —en gran medida si no por completo— por iniciativa propia: Croacia y Rumania. Las fuerzas rumanas mataron a 380.000 de aquellos durante la guerra, en circunstancias que hasta la SS alemana describió con desaprobación como «sádicas». Así, por ejemplo, a un número considerable de ellos los recluyeron deliberadamente en los cercados de cierta granja porcina estatal, en tanto que los fascistas de dicha nación, la Guardia de Hierro, hacían pasar a otros por todas las fases de la matanza en un degolladero también público hasta acabar por colgar sus cadáveres de ganchos de carnicero. En el Estado títere de Croacia, la milicia de la Ustasa mató por orden del Gobierno a 30.000 judíos de una población total de 45.000. A muchos los ejecutaron con martillos y barrotes de hierro o los metieron en campos de concentración para infectarlos adrede con enfermedades y dejarlos morir de desnutrición.

En Croacia, los sacerdotes católicos y sobre todo los frailes franciscanos urgieron a la milicia a matar infieles, mientras en Rumania, el jefe del Estado, el mariscal Ion Antonescu, justificaba las matanzas calificando a los judíos de criaturas de Satán. Aun así, el uso de cuestiones de fe, ausentes por completo en el caso de los nazis, no quiere decir que estemos abordando aquí dos variedades de antisemitismo en esencia distintas: una religiosa y otra racial. Pese a su discurso devoto, el de Antonescu era, de hecho, fundamentalmente racista: consideraba que los judíos de toda condición eran la fuerza que se hallaba tras el comunismo; los definía en términos étnicos con fines legislativos, y proclamó la necesidad de librar a la nación de sus judíos a fin de lograr una sociedad racialmente limpia. La diferencia se hallaba más bien en que, para él, estos constituían un problema local o a lo sumo regional, y no un enemigo del mundo; de modo que expulsó a muchos miles de ellos a Ucrania con el simple propósito de librarse de ellos y proseguir así la purificación étnica de Rumania. Su régimen no tenía la intención de perseguirlos y destruirlos allá donde pudiera topar con ellos.

Del mismo modo, en Croacia, lo que pretendía el régimen fascista de la Ustasa era purgar el país de minorías raciales y dejar a los croatas como únicos ocupantes. Así, además de a los judíos, se asesinó a trescientos mil

serbios y a muchos miles de gitanos (estos últimos también sufrieron en Rumania). Tanto en una nación como en la otra, por lo tanto, el genocidio estaba dirigido hacia el interior. Ambos regímenes creían en la fantasía de una conspiración judía mundial, aunque ninguno llegó a aseverar que el objetivo principal de este contubernio fuese la destrucción de Croacia o de Rumania. Analizadas de un modo global, ambas manifestaciones del antisemitismo representaban parte de una forma amplia, virulenta y extrema de nacionalismo autoritario y populista que pretendía destruir toda clase de minorías.

Para los nazis, en cambio, el exterminio de los judíos revestía una importancia fundamental: se hallaba ligado de manera estrecha a los objetivos bélicos sin confines del Tercer Reich. Hitler creía que si no mediaba la destrucción universal de aquel «enemigo mundial», los judíos, sería imposible que Alemania se hiciera con la supremacía de Europa y, a la larga, del mundo. Ni Rumania ni Croacia pasaban, claro está, de ser potencias regionales que no estaban en posición de emprender una guerra por la dominación del continente. Una parte sustancial del carácter único del genocidio nazi de los judíos procedía del hecho de que Alemania había sido una potencia mundial floreciente antes de la primera guerra mundial, y de la crisis que habían sufrido su sistema político, su sociedad, su economía y su cultura de resultas de la derrota de 1918. Tan profunda y generalizada había sido dicha situación, que muchos alemanes creían que el único modo de superarla y de que Alemania volviera a ocupar un lugar prominente en el mundo había de ser apocalíptico. Una crisis extrema debía resolverse con medidas extremas. Aunque numeroso, el colectivo que así pensaba fue siempre una minoría, hasta el momento en que accedió al poder en 1933. Llegado 1939 ya había empezado a poner en práctica sus ideas.

Por lo tanto, los empeños reduccionistas de algunos historiadores recientes en presentar lo que llamaron los nazis la «solución final a la cuestión judía en Europa» desde el punto de vista de la racionalidad económica vinculada a la guerra no puede abarcar la amplitud ni la profundidad del antisemitismo nazi. No contento con desposeer, arrestar y deportar a los judíos a campos de exterminio de la Europa Oriental desde países como Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Italia y —al menos en grado de intención— Dinamarca muy poco después de haber sido ocupados

por la Alemania nazi, Hitler presionó a Hungría y a otros aliados para que le entregasen a su población judía para acabar también con ella, y Heinrich Himmler, jefe de la SS, llegó a viajar a Finlandia con el solo propósito de pedir al Gobierno que entregara a su comunidad judía, diminuta y desdeñable, para poder trasladarla a Auschwitz y matarla. Las actas de la Conferencia de Wannsee, celebrada a principios de 1942 a fin de coordinar las medidas relativas a la aniquilación de los judíos de Europa, también recogían una relación de otros grupos judíos insignificantes procedentes de países aún por conquistar, como Irlanda o Islandia, a los que también se pretendía eliminar al cabo.

Esta obsesión, este deseo de ser exhaustivo y no hacer una sola excepción, en ninguna parte, es uno de los factores más relevantes de cuantos distinguieron la guerra racial de los nazis de otras de cuantas ha conocido la historia. Huelga decir que en Europa y otras partes del mundo se han dado otros muchos conflictos bélicos de carácter étnico tanto antes como después de la segunda guerra mundial. Algunos de ellos se han calificado con motivo de genocidas, y hay uno en particular que se ha tenido por precedente y hasta por estímulo del Holocausto: el exterminio de los hereros de la colonia alemana de África del Sudoeste, hoy Namibia, entre 1905 y 1906. Tras la rebelión protagonizada por aquellos, acudió al lugar una fuerza militar germana con la intención oficial de aniquilar a la tribu, a cuyos integrantes fusilaron, abandonaron en el desierto para que murieran de hambre o encarcelaron en condiciones homicidas y brutales en campos de concentración. Murieron así 65.000 de 80.000 hereros. Sin embargo, tanto ellos como el otro grupo étnico sometido a la violencia genocida de los soldados alemanes, el de los ñamas, eran a los ojos de los alemanes seres inferiores a los que cumplía borrar del mapa a fin de hacer sitio a los colonos de Alemania. No constituían, en ningún sentido imaginable, una amenaza mundial, y ni siquiera un peligro general a la dominación germana de África del Sudoeste. Si existe paralelismo alguno con la política racial de los nazis, habrá que trazarlo con la que pusieron en marcha respecto de los eslavos, y no con la que siguieron con los judíos. En este sentido, la guerra racial librada en la Europa Oriental entre 1939 y 1945 también tuvo un carácter colonial. Hitler, de hecho, trazó a menudo comparaciones durante sus monólogos de sobremesa entre la aniquilación

de millones de eslavos que preveía el Plan General para el Este y la de la población indígena que llevaron a término los colonos europeos de Australia o Norteamérica. El exterminio de los judíos, en cambio, no puede entenderse de este modo.

Para Hitler, la segunda guerra mundial fue desde el principio mismo un conflicto racial, tal como subrayó ya en agosto de 1939 durante una conversación mantenida con representantes de relieve de las fuerzas armadas. La mejora eugenésica de la raza alemana constituía, en su opinión, una parte integral de este enfrentamiento, igual que la desaparición de los judíos de Alemania y, a largo plazo, de Europa. Resulta significativo que cuando firmó en octubre de 1939 la orden de emprender el asesinato multitudinario de disminuidos físicos y mentales que había planeado con tanta antelación, le asignó la fecha del primero de septiembre de aquel año: el primer día de la guerra. Más elocuente aún es que cuando, como haría en muchas ocasiones durante las hostilidades, recordó su «profecía» de preguerra de que «si el judaísmo financiero internacional de dentro y fuera de Europa consigue arrojar otra vez a los pueblos hacia una guerra mundial, el resultado no va a ser el de la extensión del bolchevismo por toda la tierra ni el de la victoria del judaísmo, sino el de la aniquilación de la raza judía de la faz de Europa», le asignó una fecha equivocada: no la del 30 de enero de 1939, día en que se celebraba el aniversario de su nombramiento en calidad de canciller del Reich, sino también la del primero de septiembre. Para Hitler, en otras palabras, la introducción de medidas radicales para la renovación racial de Alemania, Europa y el resto del planeta se produjo un mismo día: el del comienzo de la nueva guerra mundial.

Uno de los aspectos fundamentales que llevaron a los alemanes a emprender las hostilidades fue el del fortalecimiento de la llamada raza aria y el de la eliminación no ya de los enfermos mentales y los discapacitados, sino también de presuntos «antisociales» y criminales; de hecho, de todo aquel considerado «ajeno a la comunidad nacional». Una mayoría abrumadora de las 16.000 condenas a muerte o más ejecutadas durante el Tercer Reich se verificaron durante el conflicto. Desde septiembre de 1942 en adelante, se retiró de las prisiones a unos veinte mil de los presos estatales que habían sido encarcelados por reincidir en delitos menores en virtud de disposiciones anteriores relativas al «confinamiento de seguridad»

para trasladarlos al campo de concentración de Mauthausen, en donde los sometieron a «aniquilación mediante el trabajo». Más de un tercio había perdido la vida cuando el año tocaba a su fin. El ideario nazi entendía la delincuencia como algo hereditario, y por lo tanto, hasta los infractores menores amenazaban con provocar degeneración racial en caso de quedar con vida.

Semejante convicción se hacía extensiva también a los gitanos de Alemania y el resto de Europa, a los que detuvieron en número considerable para llevarlos a campos de concentración y enviarlos a miles a las cámaras de gas de Auschwitz. Resulta significativo el que, en el sistema de clasificación que aplicaba la SS a los reclusos, los gitanos se registraran en una inmensa mayoría como «antisociales» y tuviesen que llevar el triángulo negro que se reservaba sobre todo a vagabundos, alcohólicos y otros de cuantos se desviaban de las normas de comportamiento nacionalsocialistas. Solo en el recinto citado murieron más de veinte mil de ellos, tres cuartas partes por enfermedades y desnutrición. Los destacamentos especiales de la SS mataron a miles de ellos en diversas partes de la Europa Oriental; el Ejército alemán fusiló a muchos más en Serbia, y las autoridades croatas y rumanas recluyeron a un número considerable en los campos de concentración o los fusilaron en ejecuciones multitudinarias. También allí se les consideraba fundamentalmente delincuentes o, como en Serbia, marionetas de los judíos integrados en movimientos partisanos y de resistencia. La muerte de los gitanos, sin embargo, fue mucho menos sistemática que la de los judíos. Muchos de ellos lograron subsistir, sobre todo si trabajaban en la industria bélica. Al final de la guerra quedaban en Alemania entre 5.000 y 15.000, aunque a unos 2.500 de ellos los habían sometido a esterilización forzosa.

Si la de matar gitanos fue una labor urgente que se impusieron los nazis a fin de ganar la guerra, la aniquilación de los judíos resultaba aún más perentoria. A raíz de la invasión de la Unión Soviética del 22 de junio de 1941, Hitler, Goebbels y toda la maquinaria propagandística del nacionalsocialismo acometieron una intensa campaña antisemita que presentaba a Churchill, a Stalin y a Roosevelt como instrumentos del judaísmo internacional, zambullido en una conspiración mundial con la intención de destruir la raza germana. Esta ofensiva propagandística, que

duró hasta finales de año, creó un clima genocida en el que los nazis situados en diversos escalones de la jerarquía, y sobre todo los de la SS, alentados personalmente por Himmler y su subordinado inmediato, Heydrich, compitieron entre sí para poner por obra el exterminio de los judíos del Este europeo.

Al mismo tiempo, sin embargo, también se hizo evidente que lo que Hitler llamó «la aniquilación de la raza judía de Europa» iba a ser, de hecho, un programa paneuropeo de asesinato. Ya en septiembre de 1941, la Oficina Central de Seguridad del Reich, el cuartel general de Himmler, paró mientes en que no podría lograrse tal cosa mediante fusilamientos multitudinarios como los que ya habían llevado a cabo los destacamentos especiales de la SS al otro lado del frente oriental. Los técnicos expertos de la llamada Acción T-4 (el asesinato con gas tóxico de miles de pacientes mentales), se hallaban disponibles para brindar consejos prácticos, siendo así que la primera fase del programa, en la que se había acabado con la vida de setenta mil discapacitados psíquicos y físicos, había tenido que detenerse por las protestas públicas del obispo de Münster. Sería errado suponer aquí la existencia de un vínculo causal: aunque la Acción T-4 hubiese proseguido su marcha en las cámaras de gas de los hospitales mentales de Alemania en lugar de asumir la forma, menos conspicua, de inyecciones letales y la hambruna de los pacientes, no se habría evitado el uso de gases asfixiantes en dichas instalaciones para la ejecución masiva de judíos.

A finales del mes de diciembre de 1941, los cuatro Einsatigruppen de la SS que servían tras el frente oriental poseían sendas cámaras de gas móviles para matar a hombres, mujeres y niños judíos encerrándolos en la caja sellada de un camión en la que se introducía a continuación el monóxido de carbono del tubo de escape del vehículo. En marzo, mayo y julio de 1942 comenzaron respectivamente los tres campos de exterminio de la llamada Acción Reinhard, cuya construcción había abarcado varios meses, su aniquilación de los habitantes judíos de los guetos creados por los nazis en Varsovia, Łódá y otras ciudades polacas mediante la introducción en cámaras estancas de los gases producidos por motores de combustión interna. A partir del mes de marzo de 1942 empezó a operar también el mayor de estos recintos: el de Auschwitz-Birkenau, en el que se empleó el gas desinfectante de base de cianuro Zyklon-B para matar a un total de más

de un millón de judíos procedentes no solo de la Europa Oriental, sino también de la de poniente y la meridional.

El gas venenoso se había empleado ya como arma en conflictos internacionales, pues lo usaron los dos lados enfrentados durante la Gran Guerra, los españoles para aplastar una rebelión surgida en Marruecos y los italianos durante la conquista de Etiopía. Sin embargo, en todos estos casos se había utilizado contra combatientes activos. En Alemania, y también en el Reino Unido, fue tal el miedo del Gobierno a que pudieran arrojarse bombas de gas sobre las ciudades de relieve durante las incursiones aéreas, que se fabricaron y distribuyeron entre la población millones de máscaras de gas. Con todo, nunca llegó a efectuarse este género de ataques, quizá por temer ambos lados la escalada que tal cosa provocaría en el conflicto. Por lo tanto, no existió nada comparable al uso de gas venenoso por parte de los nazis con la intención de acabar con la vida de judíos civiles no combatientes.

Al mismo tiempo, sin embargo, no sería justo reducir el carácter único del exterminio nazi de los judíos al simple factor técnico del uso de gas tóxico para llevarlo a cabo. Los campos destinados a este cometido no eran sino un instrumento más de un programa de aniquilación más amplio que incluía cierta variedad de métodos. Acabada la guerra, los nazis y sus aliados habían asesinado a poco menos de seis millones de judíos. Tres millones de ellos murieron en las cámaras de gas; 1,3 millones, fusilados por los destacamentos especiales de la SS y las unidades de la policía y el Ejército; 700.000 en cámaras de gas móviles, y hasta un millón de resultas de hambrunas provocadas, de la enfermedad y de los malos tratos propios de los campos de concentración, los guetos instaurados por los nazis desde 1939 en la Europa Oriental o los traslados. Ningún otro genocidio de la historia ha incluido entre sus métodos el uso de gas venenoso en instalaciones construidas con esta intención. Sin embargo, a la hora de identificar lo que tiene de excepcional el exterminio nazi de los judíos en general, considerado en su conjunto, reviste más importancia concertar el porqué que el cómo. Sus características peculiares provenían del hecho de que los nazis tenían a los judíos de Europa y, de hecho, de todo el mundo por una amenaza universal de muerte a su existencia, y sobre todo a la de

los alemanes, y del convencimiento de que debía eliminarse con todos los medios, toda la rapidez y toda la exhaustividad posibles.

Las muertes masivas por gas pertenecían, sin lugar a dudas, a la era industrial moderna tanto como otro rasgo único de los campos de exterminio nazis: la explotación económica de los cadáveres de las víctimas en que se incurría, por ejemplo, al extraerles los empastes de oro. Sin embargo, sería erróneo entender el empleo de métodos técnicos e industriales como la presencia de cierto carácter mecánico, impersonal o automático en el asesinato nazi de judíos que lo distinguía como una forma exclusivamente moderna o modernista de genocidio. A las redadas efectuadas en los guetos, las condiciones de vida que se imponían en estos y en los campos de tránsito, las circunstancias terribles en las que se efectuaron los traslados de las víctimas, la brutalidad de la policía y los integrantes de la SS que los vigilaban no les faltaba elemento alguno de la violencia física que ejercen cara a cara algunos seres humanos —en este caso la SS, la policía nazi y sus ayudantes— contra otros, sus víctimas. La maquinaria del homicidio no era complicada, sino más bien improvisada. De hecho, se averiaba con frecuencia, aun en Auschwitz, cuando se forzaba el tren para operar con semejante número de víctimas. Además, apenas cabe imaginar que la agresividad desenfrenada que desplegaban los de la SS y los auxiliares de los recintos para con los desdichados a los que conducían a la cámara permitiese a alguno de ellos albergar duda alguna acerca de la suerte que les aguardaba. Aquellas muertes no tenían nada de clínico ni de impersonal, y otro tanto cabe decir de las razones que movían a los fanáticos antisemitas que, como Adolf Eichmann, las organizaban.

El genocidio nazi de los judíos se produjo a mediados de un siglo que también fue testigo de cierta variedad de actos de exterminio en diversos lugares. En 1915, los llamados Jóvenes Turcos, nacionalistas que se habían hecho con el poder del Imperio otomano después de que este perdiera un 40 por 100 de su territorio durante la guerra de los Balcanes, se embarcaron en una campaña de genocidio contra la minoría cristiana armenia de Anatolia. Aunque ya se habían dado con anterioridad pogromos y matanzas, en particular entre 1894 y 1896 y en 1909, en esta ocasión la escala fue mucho mayor y estuvo al servicio de los intereses de una ideología panturca que veía a las minorías no turcas como agentes de la potencia enemiga, Rusia, y

como obstáculos a la creación revolucionaria de un Estado nuevo acorde con dicho ideario que incluiría regiones dominadas a la sazón por otras potencias, entre las que destacaba la de los zares. Los armenios se vieron deportados de la Anatolia oriental al desierto de Siria. A muchos de ellos los mataron por el camino, y mayor aún fue el número de los que murieron de sed y hambre durante el traslado o tras su llegada. A fin de aniquilarlos se formaron pelotones de exterminio con patrocinio oficial que en muchos casos acompañaban sus asesinatos con atrocidades pavorosas. Murió un millón aproximado de aquellos, y entre 1918 y 1923, medio millón más, lo que supuso un total de tres cuartas partes de cuantos armenios habitaban en el Imperio otomano.

Como los judíos, los armenios se hallaban especializados en el comercio y las finanzas, y una proporción considerable de ellos practicaba una religión distinta de la de sus perseguidores. Igual que los nazis, los Jóvenes Turcos tomaron por objetivo la creación de un Estado homogéneo desde el punto de vista étnico, y como ellos, habían llegado al poder durante una revolución violenta. Asimismo, unos y otros aseveraban que la minoría que pretendían eliminar operaba en nombre de una potencia extranjera —en el caso alemán, la conspiración judía mundial, dirigida desde Estados Unidos, y en el turco, la Rusia zarista—. Como los nazis, los Jóvenes Turcos tenían la intención de invadir otros países a fin de crear un imperio nuevo y poderoso. Igual que en Alemania, el genocidio turco se produjo en medio de una guerra mundial. Con todo, el paralelismo no acaba aquí: la extrema derecha de la República de Weimar, incluidos los nacionalsocialistas, vieron con buenos ojos la matanza de los armenios, a los que tenían por «los judíos de Turquía», pues la entendieron —con acierto o sin él— como la expresión de un Gobierno nacionalista y militarista mucho más fuerte y resuelto que la débil democracia de Weimar; algo que, a su ver, era más digno de imitación que de crítica.

Al mismo tiempo, sin embargo, se daban diferencias significativas. Los armenios se hallaban concentrados, en lo geográfico, en la Anatolia oriental, cerca de la frontera rusa; cosa que no podía afirmarse de los judíos de Alemania, y mucho menos de los de Europa. Los Jóvenes Turcos no acusaban a aquellos de alentar el espíritu de subversión y degeneración entre la población mayoritaria. Los armenios murieron en una proporción

abrumadora por las condiciones homicidas de las deportaciones, y no en campos de concentración ni fusilados ante fosas comunes, aunque sí que un número considerable de ellos fue abatido por bala. Tampoco los consideraba nadie agentes de una conspiración mundial destinada a acabar con Turquía. Por lo tanto, sus perseguidores no tenían intención alguna de aniquilar a los armenios de fuera de la nación, aunque esta fuese la gran Turquía que tenían planeada. Los judíos de Alemania no eran, como se ha aseverado en determinados estudios comparativos, una minoría de clase social baja y desfavorecida como los armenios, sino un grupo bien asentado e integrado en el que abundaban las personas acomodadas y los representantes destacados de la vida nacional y cultural. Llegado el año de 1914, la religión hebrea se hallaba en decadencia en Alemania, y los matrimonios mixtos entre judíos y protestantes representaba la mitad aproximada de cuantos celebraban aquellos en una ciudad como Hamburgo, por ejemplo. El asesinato de los armenios no formó parte de un programa más amplio de reagrupación étnica ni limpieza eugenésica como el que emprendieron los nazis, sino que constituyó una campaña nacionalista de pureza étnica contra una minoría religiosa, social y territorial particular, comparable a las matanzas genocidas posteriores de judíos y gitanos o de judíos, gitanos y serbios emprendidas respectivamente en Rumania y Croacia.

En el otro extremo del siglo, en 1994, tras una breve guerra civil étnica ocurrida en los albores de una década que comenzó con un frágil acuerdo de paz en Tanzania, la mayoría hutu de los habitantes del país africano de Ruanda se movilizó a fin de acabar con cuantos integrantes de la minoría tutsi fueran capaces de encontrar con machetes, armas de fuego, granadas y porras, en una bacanal de violencia homicida cuerpo a cuerpo. Los ideólogos hutus acusaban a los tutsis de intrusos que los habían esclavizado durante siglos, de individuos trashumantes ajenos a las sociedades agrícolas asentadas. En lo que duró el estallido de violencia, las emisiones de radio llegaron a instar a los hutus a «borrar a los tutsis de la faz de la tierra» y a invadir países vecinos a fin de lograr semejante objetivo. A la vuelta de unas cuantas semanas, habían muerto asesinados de forma brutal al menos siete de cada diez tutsis, hasta un total de más de ochocientos mil. Aun así, pese a la ideología genocida y la ambición que la impulsaron, esta también

fue una acción limitada en lo geográfico, y lo que hizo único la aniquilación nazi de los judíos fue, entre otras cosas, su falta de confines geográficos y temporales. La visión nacionalsocialista del futuro incluía un mundo de combates interminables y continuos, de lucha por la lucha, en el que un triunfo solo traería como resultado un conflicto aún mayor. La idea suprema que abrigaba Hitler de un enfrentamiento universal entre una Europa encabezada por Alemania y Estados Unidos ya se hallaba anunciada en su «Segundo libro», escrito en 1928, aunque inédito hasta 1961. Desde muy temprano tuvo a los judíos norteamericanos por enemigos implacables de Alemania, y no dudó en amenazarlos mediante el boicot a los comercios de los judíos germanos del primero de abril de 1933, el discurso pronunciado el 31 de enero de 1939 y otras referencias al respecto. La conquista hitleriana de Europa tenía, pues, visos de convertirse en el trampolín desde el que emprender una guerra contra América en la que una victoria nacionalsocialista estaba llamada a traducirse en el exterminio de los judíos de allí.

En realidad, nunca llegó a existir tal posibilidad, pero el concepto de «judaísmo mundial» o Weltjudentum de la ideología nazi carecía de todo paralelismo en, digamos, la concepción que de los armenios tenían los Jóvenes Turcos o los hutus de los tutsis. El Holocausto fue un genocidio entre muchos, y cada uno de estos fue diferente. El exterminio de los nativos americanos o el de los aborígenes de Australia no lo fueron en menor grado por el hecho de haberse consumado sobre todo por mediación de las enfermedades. La ideología representa aquí un papel fundamental. Las «marchas de la muerte» que partieron de los campos de concentración ante el avance del Ejército Rojo, junto con la fase final de la existencia de dichos recintos, acabaron con más de la mitad de los 715.000 reclusos que quedaban en ellos a principios de 1945. El que la inmensa mayoría de ellos no estuviese conformada por judíos no significa que aquellos traslados no fuesen genocidas: la SS consideraba racialmente inferiores a cuantas víctimas participaron en ellos, y por eso las abatió, las quemó y las mató de hambre o dejó que murieran por las enfermedades, a diferencia de las decenas de miles de prisioneros de guerra británicos y de otras nacionalidades que sacó de sus campos en aquel mismo período y a los que no sometió al mismo trato.

Por consiguiente, aunque la «solución final» de los nazis fue un genocidio entre muchos, tuvo rasgos que lo hicieron destacar entre el resto. A diferencia de ellos, no tuvo limitaciones de espacio ni de tiempo; no se acometió contra un obstáculo local ni regional, sino contra un enemigo mundial que operaba a escala universal, y estaba encaminado a servir a un plan aún más ambicioso de reorganización y reconstrucción raciales que incluía más muertes genocidas en una medida punto menos que inimaginable, destinado, sin embargo, a dejar el paso expedito en una región particular —la Europa Oriental— a una lucha más contra los judíos y aquellos a quienes los nazis consideraban títeres suyos. Los encargados de ponerlo en marcha eran ideólogos que concebían toda la historia del planeta desde un punto de vista racial. En parte, se llevó a cabo con métodos industriales. Y todo esto hace único aquel genocidio.

Sin embargo, la singularidad que posee en este sentido no significa que no sea posible aprender de él. Nos permite analizar las ideologías nacionalistas extremas y racistas y reconocer, gracias a la experiencia del exterminio nazi, cuándo dan la sensación de ir a degenerar en genocidio y asesinatos de masas a fin de intervenir en este punto e impedir que vayan más allá. La jurisdicción criminal internacional que se creó en Núremberg no debe su ser a la necesidad de abordar el exterminio nacionalsocialista de los judíos, sino a la de colocar un obstáculo cada vez más poderoso ante los estallidos de violencia genocida surgidos en todo el planeta, y sobre todo allí donde cuenten con patrocinio estatal. Todo apunta a que las sociedades humanas poseen una capacidad inagotable para generar odios étnicos, y sin embargo, los medios que pueden impedir que caigan en el genocidio se han vuelto más eficaces en el siglo XXI, debido sobre todo a la memoria cultural del exterminio emprendido por los nazis en la segunda mitad del XX.

## NOTA

Este artículo tuvo su origen en una ponencia ofrecida en alemán en la Embajada francesa en Berlín al comienzo de una conferencia internacional sobre el uso de gas venenoso como medio de asesinato de masas en el interior de los campos de concentración alemanes, y por lo tanto, carecía en un principio de referencias a pie de página. Para la versión inglesa revisada, sin embargo, tal vez resulte útil añadir una breve exposición de la bibliografía existente sobre los distintos temas que se abordan.

La colección de ensayos editada por Alan S. Rosenbaum, Is the Holocaust unique: perspectives on comparative genocide, 3.ª ed., Boulder (Colorado), 2009, constituye un buen punto de partida, pese a que la empañan un espíritu en exceso moralizador y, en ocasiones, cierta tergiversación (incluido el argumento que califica de sacrílego o inmoral cualquier intento de establecer comparaciones). Entre las colaboraciones más convincentes se cuentan Vahakn N. Dadrian, «The comparative aspects of the Armenian and Jewish cases of genocide: a sociohistorical perspective» (pp. 139-174); Barbara B. Green, «Stalinist terror and the question of genocide: the Great Famine» (pp. 175-200), y Scott Straus, «The promise and limits of comparison: the Holocaust and the 1994 genocide in Rwanda» (pp. 245-257). Por su parte, Dan Stone, Histories of the Holocaust, Oxford, 2010, pp. 206-244, ofrece una introducción general muy útil que aborda algunos de los temas centrales de los estudios modernos del genocidio en relación con el exterminio nazi de los judíos y los relaciona con estudios recientes de asesinatos multitudinarios coloniales, en particular de la aniquilación de los hereros y, de un modo distinto, de la matanza de los nativos americanos.

Sobre los homicidios masivos cometidos en Polonia por Stalin, véase Jan T. Gross, Revolution from abroad: the Soviet conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia, Princeton (Nueva Jersey), 1988, y para una buena comparación con las medidas adoptadas por los nazis en la parte de aquella ocupada por ellos, Mark Mazower, Hitler's empire, Londres, 2008, pp. 96-101 (hay trad, esp.: El imperio de Hitler, Crítica, Barcelona, 2008). Richard J. Evans, The Third Reich at war, Londres, 2008, pp. 3-47 (hay trad, esp.: El Tercer Reich en guerra, Península, Barcelona, 2011), analiza la situación de la porción del país conquistada por los alemanes y ofrece referencias complementarias. El clásico de Robert

Conquest, The Great Terror, Londres, 1968 (hay trad, esp.: El gran terror, Caralt, Barcelona, 1974), constituye un punto de partida indispensable para todo estudio amplio de las matanzas de Stalin. Steven Rosefielde, Red Holocaust, Londres, 2009, y Norman Naimark, Stalins Genocides, Princeton, 2010, defienden la consideración de genocidio de los traslados demográficos y los asesinatos masivos estalinistas. Sobre la hambruna de Ucrania, el de Robert Conquest, Harvest of sorrow, Londres, 1986, sigue siendo un estudio clásico. Stephen G. Wheatcroft, «The scale and nature of Stalinist repression and its demographic significance», Europe-Asia Studies., 2 (2000), pp. 1.143-1.159, e id., «Towards explaining the Soviet famine of 1931-1933», Food and Foodways, 12 (2004), pp. 107-136, ofrecen ciertas demostraciones concretas en lo relativo a las cifras. Véase también, sin embargo, Robert Conquest, «Comment on Wheatcroft», Europe-Asia Studies, 51 (1999), pp. 1.479-1483. El mejor modo de seguir el debate a menudo mordaz sobre la conmemoración ucraniana de la hambruna, tanto en Ucrania como en otras partes del mundo (y en particular en el Canadá) consiste en acceder a los artículos sobre «Holodomor» presentes en la Internet, que proporcionan resúmenes de artículos periodísticos y polémicas publicados originalmente tanto en ucraniano como en inglés.

El Plan General para el Este de los nazis se resume y debate en Götz Aly y Susanne Heim, Architects of annihilation, Princeton, 2003, pp. 234-282 (trad, del orig. alemán), y los proyectos alemanes de reasentamiento se abordan en el libro clásico de Robert K. Koehl, RKFDV: German resettlement and population policy 1939-1945, Cambridge (Massachusetts), 1957. El trato que dieron los alemanes a los polacos y las numerosas atrocidades cometidas durante la invasión y después se tratan en Alexander Rossino, Hitler strikes Poland, Lawrence (Kansas), 2003. La exposición clásica de la «solución final a la cuestión judía en Europa» es la que ofrece Saul Friedländer, The yesar of extermination: the Third Reich and the Jews 1939-1945, Nueva York, 2007 (hay trad, esp.: El Tercer Reich y los judíos: los años del exterminio (1939-1945), Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009). En Ernst Klee y otros (eds.), «Those were the days»: the Holocaust as seen by the perpetrators and bystanders, Londres, 1991, se recogen detalles de las atrocidades antisemíticas, y la propaganda

contra los judíos se aborda en Jeffrey Herf, The Jewish enemy, Londres, 2006.

Los genocidios complementarios de judíos en Croacia y Rumania, facilitados por la conquista alemana del Este europeo, aunque dotados de su propio desarrollo autónomo, se describen en Jozo Tomasevich, War and revolution in Yugoslavia 1941-1945, Stanford (California), 2001; Edmond Paris, Genocide in satellite Croatia 1941-1945, Chicago, 1961, y el excelente Dennis Deletant, Hitler's forgoten ally: Ion Antonescu and his regime: Romania 1940-44, Londres, 2006.

La tesis de que el exterminio nazi de los judíos estaba impulsado por consideraciones económicas se propone en Gdtz Aly, Hitler's Beneficiaries: plunder, racial war, and the Naf welfare state, Nueva York, 2007 (hay trad, esp.: La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes, Crítica, Barcelona, 2006), que se comenta con detalle en el capítulo 8 del presente volumen.

El exterminio de la tribu de los hereros del África del Sudoeste alemana entre 1905 y 1906 salió a la luz en el que sigue siendo el mejor estudio al respecto: Helmut Bley, South-West Africa under German rule, Londres, 1971. Jürgen Zimmerer, «Annihilation in Africa», Bulletin of the German Historical Institute London, 37 (2005), pp. 51-57, y Benjamin Madley, «From Africa to Auschwitz», European History Quarterly, 35 (2005), pp. 429-464, defienden la existencia de un vínculo directo con el exterminio nazi de los judíos, en tanto que Robert Gerwarth, «Hannah Arendt's Ghosts», Central European History, 42 (2009), pp. 279-30°, mantiene lo contrario.

En lo que respecta al asesinato de los (presuntos) disminuidos mentales y físicos por parte de los nazis, véase Henry Friedländer, The origins of Nazi genocide, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1995, y en lo relativo a los presos reincidentes, Nikolaus Wachsmann, Hitler's prisons, Londres, 2004, pp. 284-318. La aniquilación de los gitanos se aborda de manera minuciosa en Guenter Lewy, The Nazi persecution of the Gypsies, Nueva York, 2000, en tanto que de la persecución de los homosexuales no existe estudio alguno de calidad.

La investigación más actualizada sobre el asesinato masivo mediante gas venenoso solo está disponible, por desgracia, en alemán, en el volumen

en el que apareció por vez primera el presente artículo:

Günter Morsch y Bertrand Perz (eds.), Neue Studien iu nationalsocialistischen Massentótungen durch Gift gas, Berlín, 2011. La fuente de información más útil en inglés a este respecto es el admirable Nizkor Project (accesible a través de su página web: http://www.nizkor.org/). Las «marchas de la muerte» emprendidas durante la evacuación de los campos de concentración se presentan de manera convincente como actos de genocidio en Daniel Blatman, The death marches, Cambridge (Massachusetts), 2011.

Son muchas las obras recientes que sitúan el exterminio nazi de los judíos en el contexto más general de los genocidios del siglo XX. Entre las más útiles se encuentran Donald Bloxham y Dirk Moses (eds.), The Oxford handbook of genocide studies, Oxford, 2010, y Dan Stone (ed.), The historiography of genocide, Londres, 2008. Eric D. Weitz, A century of genocide, Princeton (Nueva Jersey), 2003, constituye una introducción muy sólida. Donald Bloxham, The Final Solution: a genocide, Oxford, 2009, es representativo de esta tendencia general. Entre otros genocidios, el de los armenios se aborda en Raymond Kevorkian, The Armenian genocide: a complete history, Londres, 2011, y el de Ruanda, en la exposición espectacular de Philip Gourevitch, We wish to inform you that tomorrow we will be killed with our families, Londres, 2000 (hay trad, esp.: Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto con nuestras familias, Destino, Barcelona, 1999), así como en Linda Melvern, Conspiracy to murder: the Rwandan genocide, Londres, 2004.

# 24. LOS CAMPOS DE EXTERMINIO DE EUROPA

«A fin de cuentas, ¿quién se acuerda ya de la aniquilación de los armenios?», preguntaba Adolf Hitler a sus generales en 1939, mientras los informaba de que debían «cerrar el corazón a la compasión», «actuar con brutalidad» y conducirse «con la mayor severidad» en el conflicto que estaban a punto de empeñar en la Europa oriental. A menudo se da por supuesto que, al recordarles el genocidio de al menos un millón de armenios que habían perpetrado los turcos otomanos durante la primera guerra mundial, estaba comunicándoles lo que tenía intención de hacer a los judíos de Europa. Sin embargo, no se refería a estos, sino a los polacos. «He enviado al Este a mis formaciones de la Totenkopf —anunció a los generales— con la orden de dar muerte sin compasión a hombres, mujeres y niños de raza y lengua polacas. Solo así podremos cobrar el espacio vital que necesitamos.»

En el último par de décadas, los historiadores han estado desvelando de manera constante el verdadero alcance de las ambiciones genocidas del nazismo en la Europa oriental. Un mes antes de invadir la Unión Soviética en junio de 1941, los altos funcionarios alemanes del ámbito militar, económico y agrícola adoptaron, siguiendo las directrices de Hitler y Göring, un Plan del Hambre que preceptuaba la retirada de víveres de las regiones que iban a ser conquistadas a fin de alimentar a los militares y los paisanos alemanes. En consecuencia, había que dejar morir de hambre a los habitantes de la zona oriental de Polonia, Ucrania y Bielorrusia. Este proyecto no tardó en verse superado por otro más ambicioso, iniciado por

Heinrich Himmler, el jefe de la SS, y adoptado oficialmente cuando apenas había transcurrido más de un año. El Plan General para el Este preveía el asentamiento de los alemanes étnicos en ciudades germanizadas y su conexión al Reich por medio de autopistas y vías ferroviarias de alta velocidad. Para ello habría que dejar morir, privándolos de alimento y asistencia médica, a los entre 30.000.000 y 45.000.000 de eslavos que habitaban la región en un acto de genocidio de dimensiones desmesuradas y punto menos que inimaginables que, a la postre, no llegó a llevarse a cabo por entero solo por la derrota sufrida por la Alemania nazi en el frente oriental.

Tal como nos recuerda Timothy Snyder en su Tierras de sangre: Europa entre Hitlery Stalin (2010), los nazis comenzaron este proyecto de aniquilación racial con el bloqueo de Leningrado, que se tradujo en la muerte de un millón de sus habitantes, y con el homicidio deliberado por el hambre y las enfermedades de los más de tres millones de prisioneros de guerra del Ejército Rojo que cayeron en sus manos durante los masivos movimientos envolventes con los que derrotó la Wehrmacht a las fuerzas soviéticas durante los primeros meses de la operación Barbarroja. En las ciudades, los pueblos y las áreas rurales invadidas por los nazis durante la segunda mitad de 1941 morirían muchos más paisanos. Además, se había expulsado ya de sus hogares a cientos de miles de polacos para esclavizarlos, deportarlos a Alemania o acabar con ellos.

Sin embargo, los nazis no fueron, en absoluto, los únicos responsables del sufrimiento que hubieron de soportar las gentes que vivían en esta parte de Europa durante las décadas de 1930 y 1940: su enemigo oriental, Yósif Stalin, había demostrado un afán asesino comparable durante la puesta en práctica de su propio programa utópico, por distinto que pudiera haber sido su comunismo de la ideología racista jerárquica de los nazis. Unos tres millones de personas, en su mayoría ucranianas, murieron sacrificadas en aras del plan bolchevique de colectivización agrícola de principios de la década de 1930; tres cuartos de millón de ciudadanos soviéticos perecieron durante las purgas emprendidas por aquel avanzada la década, y durante la guerra, la transformación que conoció la visión de Stalin de la revolución social a la defensa patriótica de la patria rusa desembocó en la deportación forzosa de millones de polacos, germanos del Volga, tártaros de Crimea y

representantes de otras minorías étnicas en condiciones tan pavorosas que supusieron la muerte de cientos de miles de ellos.

En total, según los cálculos de Snyder, murieron unos 14 millones de personas en esta parte de Europa entre la década de 1930 y la de 1940 de resultas de los programas que pusieron por obra los nazis y sus aliados, o los comunistas soviéticos y los suyos. El autor denomina aquellas áreas —Polonia, Bielorrusia, Ucrania, los estados bálticos y el extremo occidental de Rusia— las «tierras de sangre» de Europa.

Era en ellas donde vivía la inmensa mayoría de los judíos del continente, que sufrieron también el grueso del embate genocida de los programas nazis. En un principio, al decir de Snyder, los mataron por considerarlos consumidores sin provecho de víveres por demás necesarios para los invasores. Sin embargo, una vez que la operación Barbarroja empezó a incurrir en dificultades, un mes después de la invasión de la Unión Soviética, acometida el 22 de junio de 1941, Hitler comenzó a entender el homicidio multitudinario de los judíos como un fin en sí mismo: un acto de venganza contra la conspiración mundial que había dado en imaginar. Llegados a este punto, los destacamentos especiales de la SS de Himmler comenzaron a matar también a mujeres y a niños judíos además de a hombres, y cuando las fuerzas germanas sufrieron sus primeros reveses serios en el Este durante el mes de diciembre, el Führer se sumió en un programa desenfrenado de aniquilación que se tradujo en la creación de los campos de exterminio y en el asesinato de casi toda la población judía de aquellos «campos de sangre».

Tanto Hitler como Stalin comenzaron, según expone Snyder, tratando de poner en práctica visiones irrealizables: la conquista de la Unión Soviética y la creación de un «espacio vital» ocupado por Alemania en la Europa Oriental, en el caso del primero, y en el del segundo, la rápida colectivización de la agricultura, sobre todo en Ucrania, con la intención de sustentar a la población urbana a que había dado origen la estampida apresurada hacia la modernidad industrial. Ambos programas fracasaron: las huestes hitlerianas quedaron atascadas en julio de 1941 y detenidas ante Moscú en diciembre, y la colectivización estalinista topó con la resistencia multitudinaria del campesinado y se reveló como imposible de poner en práctica en el lapso tan reducido que había pretendido. Ambos dictadores

respondieron culpando de su fracaso a las minorías —los judíos, en el caso de Hitler, y los ucranianos, bielorrusos y polacos sobre todo, en el de Stalin —, y ambos dieron rienda suelta a su rabia matando por millones a sus integrantes.

Snyder traza otros muchos paralelismos entre la motivación y el proceder de los dos tiranos en sus programas de genocidio y homicidio en masa, y cabe preguntarse si resultan convincentes. Cierto es que la búsqueda de un chivo expiatorio tuvo un gran peso en el terror de Stalin, pero también que puede decirse otro tanto de su deseo de crear una nueva minoría selecta eliminando la antigua, y de su determinación a modernizar la nación a toda costa. Esta línea de actuación no estuvo circunscrita a la campaña de colectivización emprendida en Ucrania, sino que se dirigió contra toda la población de la Unión Soviética. La afirmación de que las gentes de la Rusia soviética tenían muchas menos probabilidades de verse afectadas por el terror estalinista que las minorías raciales de las «tierras de sangre» formulada por Snyder no se sostiene ante un análisis detenido. Los programas de inanición de principios de la década de 1930 no estaban dirigidos de forma específica contra los ucranianos, sino contra los kulakí, campesinos supuestamente acomodados en cuyo colectivo se incluían numerosos habitantes de la Unión Soviética, y además, la policía política estalinista incitaba a los propios agricultores ucranianos a matar a miles a los cosacos del Don, pertenecientes a un grupo más próspero.

Hubo otros, como los nómadas kazajos, que murieron de hambre también en número considerable. Las purgas de Stalin afectaron a millones de rusos: la tasa de mortalidad del 10-15 por 100 que cita Snyder respecto de los reclusos del gulag es la que da Robert Conquest como mínima en su clásico El gran terror (1968), aunque con los años se ha visto multiplicada varias veces. Citando documentos soviéticos oficiales, Anne Appelbaum ha cifrado en un total de 2.750.000 los muertos de los campos de concentración y los asentamientos de exiliados del régimen de Stalin, aunque también su cálculo se queda corto. La inmensa mayoría de estos, como de los más de 28.000.000 de ciudadanos soviéticos sometidos a trabajos forzados en tiempos de Stalin, eran rusos. Al centrarse de manera incansable en Polonia, Bielorrusia, Ucrania y, en menor grado, los estados bálticos, y al insistir con tanto ahínco en la victimización de sus habitantes,

Snyder hace caso omiso de la suerte que corrieron los millones de rusos muertos por Stalin.

A fuer de historiador de las regiones oriental y central de Europa, Snyder no ha conseguido dominar del todo la voluminosa bibliografía existente sobre la Alemania de Hitler, y esto lo conduce a error en cierto número de ámbitos. Así, por ejemplo, lo hace aseverar erróneamente que el Führer sorprendió a sus aliados conservadores en 1933 al convocar elecciones anticipadas (cuando tal potestad había formado parte del convenio original firmado por la coalición); que Hitler disolvió el Reichstag en este momento (cuando no fue él, sino Hindenburg, en calidad de presidente); que la «arianización» de propiedades judías no comenzó a ponerse en práctica en Alemania a escala considerable sino hasta 1938 (cuando empezó casi de inmediato en 1933); que los «campos de exterminio de Reinhard» se clausuraron en 1944 (cuando se habían cerrado ya el año anterior tras cumplir con su cometido de matar a los habitantes de los guetos de Polonia a fin de hacer sitio a cuantos habían de llegar de poniente, y no porque se estuviera aproximando el Ejército Rojo, tal como sostiene Snyder); que hubo quien recibió «condena de reclusión en el campo de concentración de Belsen» (cuando este constituía un «recinto de espera» o Aufenthaltslager, que se granjeó una infausta fama al final de las hostilidades al quedar atestado con miles de evacuados procedentes de otros campos), etc.

En un plano más serio, su aserto de que el comienzo de la «solución final a la cuestión judía en Europa» fue el fruto de la rabia y la frustración que acometieron a Hitler al no ser capaz de ganar la guerra contra la Unión Soviética yerra de medio a medio. Aunque es cierto que se dieron debates encendidos en la cúpula alemana, a finales de julio y durante los meses de agosto y septiembre de 1941, sobre el mejor modo de derrotar a la Unión Soviética, cuando algunos de los generales repararon en que estaba resultando más complicado de lo que habían supuesto, nadie, y menos aún el Führer, tenía la impresión de que el avance alemán se hubiera detenido, y mucho menos de que hubiese fracasado. Los ejércitos germanos seguían haciendo cientos de miles de prisioneros (a los que dejaban morir de hambre) y conquistando ciudades de relieve como Kiev, y Hitler seguía creyendo que no tardaría en hacerse con la victoria en el este. «Nunca antes

—declaró, de hecho, el 8 de noviembre de 1941— se había venido abajo un imperio gigantesco en tan poco tiempo como la Rusia soviética.» En cierto momento, el propio Snyder reconoce que resulta perfectamente posible que el Führer se viera empujado a dar la orden de matar a los judíos en un momento de euforia ante la escala y la rapidez de las victorias alemanas más que llevado de la desesperación ante los fracasos germanos.

Hizo falta que el Ejército alemán parase los pies al invasor a las puertas de Moscú y lo obligara a replegarse y ocupar posiciones defensivas a fin de pasar el invierno para que Hitler admitiera que se había torcido la operación Barbarroja y comenzase a buscar cabezas de turco. Sin embargo, los elegidos fueron esta vez sus generales, y no los judíos. Fundándose en un artículo firmado en la década de 1990 por el historiador germano Christian Gerlach, Snyder asegura que aquel fue el momento en que tomó el Führer la decisión de aniquilar a los judíos de Europa y cumplir así la «profecía» que había formulado en enero de 1939, según la cual dicho colectivo estaba condenado a morir por haber empezado una guerra mundial. Sin embargo, si bien existen pruebas de sobra de que informó a sus secuaces de la suerte que habían de correr aquellos, tal cosa no equivale a una decisión. Al aseverar que la de matar a los judíos se tomó el 12 de diciembre de 1941, Gerlach entendía que el desencadenante había sido la entrada de Estados Unidos en las hostilidades la víspera, y no el éxito logrado por el Ejército Rojo al rechazar a la Wehrmacht de las puertas de Moscú (cosa que no comenzó hasta el 16 de diciembre). En cualquier caso, han sido pocos los historiadores que han aceptado la tesis de Gerlach, quien, de hecho, también acabó por distanciarse de ella.

Snyder presenta el proceso de toma de decisiones de los nazis como más directo de lo que era en realidad en opinión de la mayoría de historiadores. Hace mucho que se abandonó la búsqueda de un momento concreto en el que se dio con la «solución final» en favor de una concepción más refinada de un procedimiento impulsado desde arriba por un bombardeo incesante de propaganda antisemítica procedente de Hitler y Goebbels, que comenzó a raíz de la invasión de la Unión Soviética y prosiguió sin tregua hasta el final del año, y puesto en práctica por Himmler, su subordinado inmediato, Heydrich, y los agentes de ambos

sobre el terreno de un modo relativamente aleatorio, aunque centrado en todo momento en el objetivo de la aniquilación total.

Lo que llevó a Hitler a centrar la atención en su «profecía» e intensificar sus empeños en verla hecha realidad no fueron solo los acontecimientos de la Europa Oriental, sino también los de la Occidental. El mes de junio de 1941 fue testigo no ya del comienzo de la lucha de titanes entre el Tercer Reich y la Unión Soviética, sino de la entrada de Estados Unidos en el conflicto, lo que supuso un aumento marcado de los suministros militares llegados de dicha nación al Reino Unido y a continuación a la Unión Soviética, seguido de la firma de la Carta del Atlántico en agosto. Mediado este mes, Hitler comunicó a Goebbels que los judíos de Norteamérica iban a tener que pagar más tarde o más temprano como estaban pagando entonces los de Europa, y a principios de octubre, Heydrich anunció al pueblo la intención de «evacuar» al Este a todos los judíos del Viejo Continente.

Fue la extensa escala europea y aun mundial de las intenciones de los nazis respecto de estos lo que distinguió su genocidio de otros actos de exterminio de aquel período y, de hecho, de cualquier otro. Al abordar el antisemitismo nazi ciñéndose de manera casi exclusiva al contexto de los planes de Hitler para el Este europeo y trazando paralelismos retóricos con los asesinatos en masa llevados a cabo en la misma región por orden de Stalin, Snyder se desvía de lo que tuvo de inédito el exterminio de los judíos: no ya la escala de su ambición, sino lo insondable del odio y el miedo en los que se fundó. Había algo de sádico en particular en el deseo de los nazis no solo de torturar, mutilar y matar a los judíos, sino también de humillarlos en público, llevados de un espíritu de venganza por crímenes imaginarios contra Alemania, y en particular por la mítica «puñalada por la espalda» que había propiciado supuestamente la derrota alemana de 1918. Los eslavos, a la postre, no eran para los nazis sino un obstáculo regional que debían apartar, pero los judíos eran un «enemigo mundial» al que había que eliminar por completo.

Al centrarse exclusivamente en lo que él llama «tierras de sangre», Snyder menosprecia, trivializa u obvia el sufrimiento de los muchos otros europeos que tuvieron la desgracia de caer en manos de los nazis. Así, los ocho millones de extranjeros que trabajaban en el Reich durante los estadios últimos de la guerra no procedían en su totalidad «del Este» tal como afirma

Snyder: 1.250.000 eran franceses; más de medio millón, italianos, y casi medio más, belgas o neerlandeses. La muerte de hasta 200.000 discapacitados psíquicos y enfermos alemanes a manos de los médicos nazis recibe la atención de un breve párrafo en Tierras de sangre; los cientos de miles de judíos alemanes y de la Europa Occidental se despachan en poco más de una página, y los lugares en que se produjeron homicidios en masa pero quedan fuera de la región delimitada por Snyder o no fueron perpetrados por los nazis ni los soviéticos se abordan con no menos superficialidad. Los 300.000 serbios asesinados por el gobierno croata, y más allá, las decenas de miles de presos republicanos españoles ejecutados por los franquistas y los cientos de miles confinados en brutales campos de trabajo tras el final de la guerra civil, o el número ingente de gitanos muertos a manos no solo de alemanes, sino también de croatas y rumanos apenas se mencionan en sus páginas, cuando no están ausentes por entero. Aun así, también fueron víctimas de las matanzas que conoció «Europa entre Hitler y Stalin».

Estas omisiones ponen de relieve otra de las flaquezas serias de Tierras de sangre: a Snyder no le interesa examinar nada de cuanto se salga de lo que así denomina; lo que quiere hacer en realidad no es sino hablarnos del sufrimiento de los habitantes de la región que mejor conoce. Dando por cierto que no sabemos nada al respecto, nos machaca con hechos y cifras relativos a atrocidades y carnicerías hasta dejarnos abrumados. El estilo de su prosa tampoco ayuda: la interminable sucesión de frases breves golpea al lector como un garrote que acaba por provocarle la muerte cerebral. No se cansa de repetir una y otra vez oraciones y fórmulas como en un ensalmo inacabable, como si quisiera evitar que reflexionemos con actitud crítica sobre lo que nos dice y hacer que nos limitemos a sentir el dolor que nos describe.

Con todo, su constante elaboración de paralelismos y contrastes retóricos abstractos, y sobre todo su obsesión con las estadísticas, que lo lleva a contar con exactitud poco creíble el número de los deportados y los muertos, le dificultan semejante labor. Como si fuera consciente del efecto deshumanizador de semejante enfoque, de cuando en cuando introduce breves narraciones de algunas de las víctimas de las medidas homicidas que pusieron en práctica los dos dictadores. Las hay que se ofrecen al principio

del libro sin mencionar el nombre de los protagonistas. Más tarde, en el párrafo que abre el capítulo final, titulado «Humanidad», se recurre al truco retórico barato de devolverles la identidad revelando sus nombres al lector. Con todo, este sencillo expediente no basta para devolverles la humanidad.

Para que ocurra tal cosa, habría que saber de ellos mucho más de lo que cabe expresar en sendos párrafos dispuestos al principio y al final del libro y dedicados a solo cinco víctimas individuales. Siguen careciendo, pues, de contornos humanos, como ocurre a todos aquellos cuya suerte se menciona en este libro: no pasan de ser nombres. En consecuencia, la inclusión de sus historias en la exposición general resulta gratuita. «El régimen nazi y el soviético convirtieron a las personas en números —afirma Snyder al final del libro—, y los humanistas tenemos la misión de volver a trocarlos en personas.» Sin embargo, él, pese a los parabienes que parece prodigarse a sí mismo el autor en tan pomposo llamamiento y al sentimentalismo con que refiere brevemente las experiencias de los afectados individuales, fracasa en el intento. Para salir victorioso, habría tenido que explorar con mucho más detalle las vidas de sus víctimas emblemáticas, sirviéndose para ello de diarios, cartas y testimonios personales tal como hace Saul Friedländer en la conmovedora exposición de la Alemania nazi y los judíos que presentó en 2007 en El Tercer Reich y los judíos: los años del exterminio (1939-1945).

El mismo anonimato se hace patente en los hombres que planearon y ejecutaron las atrocidades. Snyder no muestra el menor interés por su carácter ni sus motivaciones, por lo que los convirtió en torturadores ni por cuál fue la fuerza que impulsó los asesinatos multitudinarios en el caso de los nazis y en el de los soviéticos. Además, su libro no transmite al lector el convencimiento de que las «tierras de sangre» constituyeran una región: en ningún momento se describen sus rasgos físicos, sociales ni culturales, de modo que tampoco ellas poseen aquí identidad real alguna. Eso las convierte en una creación por entero artificial: en una etiqueta que se le pone al lugar en que se efectuaron las matanzas, y nada más.

Snyder asegura que describe «todos los programas homicidas de relieve en su contexto histórico común europeo» con la intención de «presentar a la historia de Europa su acontecimiento central». Sin embargo, ni expone la totalidad de aquellos, ni comparten todos un contexto común. Además, aseverar que son el acontecimiento central de toda la historia del continente

constituye, cuando menos, una exageración retórica. No faltan historiadores que hayan escrito de forma reciente sobre el mismo asunto, y con mayor perspicacia, desde Richard Overy, en Dictadores (2004), hasta Robert Gellately, en Lenin, Stalin and Hitler (2007). Algunos, de hecho, como Norman Davies en Europa en guerra, 1939-1945 (2006), adoptan un punto de vista similar al de Snyder. Pese a lo generalizado de la interpretación errónea de la declaración de Hitler acerca de los armenios, pocos de los asertos recogidos en el libro de Snyder son menos verosímiles hoy en día que el que asegura que, «más allá de Polonia, se suele minusvalorar el alcance del sufrimiento de los polacos». De hecho, todos conocemos ya los acontecimientos que describe, aunque él se empeñe en repetir que los ignoramos. Lo que necesitamos no es que nos vuelvan a describir los hechos relativos a los asesinatos en masa, sino entender por qué se produjeron y cómo pudieron cometerlos los ejecutores, y en este sentido, las páginas de Snyder no ofrecen ninguna utilidad. No son más que un ejemplo de la corriente historiográfica posterior a la guerra fría que ha dado en homogeneizar la historia de los homicidios multitudinarios equiparando los actos de Hitler y los de Stalin.

# VI. HACIA LA POSGUERRA

# 25. EL OTRO HORROR

AL final de la segunda guerra mundial se expulsó a la fuerza de la Europa Oriental —o se impidió que volvieran a sus hogares, en caso de haber huido ya— a entre doce y catorce millones de personas consideradas de etnia germana. Muchas de ellas se vieron trasladadas en camiones de ganado como los que habían servido antes para llevar a los judíos de Europa a encontrarse con la muerte en las cámaras de gas de Auschwitz y Treblinka, y enviadas a Alemania sin alimento, agua ni prendas de abrigo adecuadas. A otras las detuvieron durante semanas y en condiciones pavorosas en campos de concentración en los que contrajeron enfermedades, pasaron hambre y sufrieron maltrato antes de que los transportaran sin miramiento alguno hacia poniente. Largas columnas avanzaban penosamente hacia Alemania, y los más débiles de cuantas las conformaban sucumbían de hambre y de hipotermia. En total debió de perecer medio millón o quizás un millón de ellos en lo que constituyó el mayor acto que haya conocido el ser humano de lo que más tarde se denominó «limpieza étnica».

Esta expulsión y migración forzosa en masa sigue siendo en gran medida desconocida fuera de los países que se vieron más afectados por ellas; de hecho, figura en las historias al uso de la Alemania y la Europa del siglo XX como poco más que una nota al pie. Y llamar la atención del público al respecto equivale a poner en entredicho la concepción popular de la segunda guerra mundial como la lucha intachable de los Aliados contra el mal del nazismo y la agresión alemana. Por desgracia, la historia es muy raras veces así de sencilla. Hasta hace no mucho, eran pocos los estudiosos que se molestaban en investigar en profundidad estas expulsiones, y cuanto había escrito sobre el particular se hallaba plagado de exposiciones

parciales sobre el sufrimiento alemán o justificaciones por parte de polacos o checos. Sin embargo, desde la caída del comunismo y la apertura de los archivos de los estados participantes han empezado a aparecer investigaciones históricas serias y objetivas en grado razonable de una generación nueva de jóvenes historiadores menos afectados que sus predecesores por prejuicios nacionales o étnicos. El Orderly and humane: the expulsión of the Germans after the Second World War (2012), de R. M. Douglas, recurre a estas obras recientes e incorpora investigaciones archivísticas efectuadas en Alemania, Polonia y la República Checa, así como documentos del Comité Internacional de la Cruz Roja, la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción (UNRRA) y el Gobierno estadounidense. El suyo ha sido un logro de alcance mayor, pues ha otorgado por vez primera a todo este asunto un fundamento académico.

Las expulsiones, tal como señala Douglas, no constituyeron un simple acto de venganza multitudinaria emprendido por los pueblos de la Europa Oriental que habían sufrido el yugo nazi, sino que, por el contrario, respondieron a órdenes dadas por los Aliados y planeadas mucho antes del cese de hostilidades. El maltrato recibido por las minorías étnicas antes de la primera guerra mundial y en su desarrollo en los imperios austrohúngaro y otomano había desembocado no solo en la determinación por parte de la comunidad internacional de garantizar sus derechos, sino, lo que es más importante, en la decisión de atajar el problema mediante la creación de estados nacionales unitarios. Cuando se derrumbó el imperio zarista, gran opresor de minorías como, por ejemplo, la de los polacos, los Aliados occidentales buscaron un sentido al conflicto bélico declarando que uno de sus objetivos consistía en la realización del principio democrático de la «autodeterminación nacional».

En la Conferencia de Paz de París de 1919, sin embargo, la idea —en principio sencilla y obvia— de que cada nación debía tener el derecho democrático de elegir a su propio gobierno se fue a pique al chocar con la realidad inabordable de configuraciones seculares de diversidad étnica y religiosa en la Europa Central y Oriental, y con las exigencias de seguridad y viabilidad de los nuevos estados surgidos a partir de las ruinas de los antiguos. Casi todos ellos contenían minorías nacionales de relieve. Claro

está que los pacificadores hicieron cuanto les fue posible por incorporar al acuerdo garantías relativas a los derechos de las minorías; pero resultó imposible hacerlas cumplir.

Un buen ejemplo de esto lo representaba la minoría germanohablante de Checoslovaquia, tres millones de personas que conformaban poco menos de la cuarta parte de la población total de la nueva república. Los confines históricos del Reino de Bohemia incluían a estas gentes, y sin ellas al nuevo estado le habrían faltado industrias vitales y fronteras defendibles. El nacionalismo checo, ya muy apasionado antes de 1914, constituía una fuerza demasiado poderosa para reconocer la igualdad de derechos a esta minoría germanohablante, si bien los políticos checos liberales hicieron cuanto les fue posible por limitar la discriminación. Cuando asumió la presidencia en 1935 Eduard Benes, su marcado nacionalismo avivó un radicalismo nuevo entre la minoría germana, que corrió a apoyar al Partido Alemán de los Sudetes de Konrad Henlein. Llegado el año de 1937, este se había convertido en un frente del nacionalsocialismo consagrado a subvertir la integridad de la república y a abrir sus puertas a la invasión y ocupación alemanas.

Durante las guerras, Benes apartó a los socialdemócratas de los Sudetes, encabezados por Wenzel Jaksch, y acalló así la defensa que hacía este de un estado multinacional de posguerra. Jaksch es punto menos que un héroe para Douglas, si bien hay que decir que el apoyo que se le brindaba en su región en 1939 se había reducido a la menor expresión imaginable, y que cabe dudar de que su programa hubiese tenido un gran poder de convocatoria aun después de la guerra. Benes convenció a los Aliados occidentales de que la presencia continuada de una minoría germana nutrida en Checoslovaquia estaba llamada a cargar al Estado con un millón o más de «jóvenes nazis incorregibles» que se convertirían en una fuente potencial de desestabilización. «Las minorías nacionales —declaró en 1942— son siempre, y más aún en el centro de Europa, una verdadera llaga en el costado de las naciones individuales. Esto es cierto en particular cuando se trata de minorías germanas.» Su tesis ganó más adeptos aún tras la destrucción alemana de la ciudad de Lídice y el asesinato de la mayoría de sus habitantes en venganza por el asalto que costó la vida a Reinhard Heydrich aquel mismo año. Mediado este, el gobierno británico había

aceptado la idea de transferir a la minoría germanohablante de la Europa Oriental, principio que apoyaría con fuerza el Partido Laborista que subió al poder en 1945.

La explotación por parte de Hitler del descontento de las minorías nacionales se extendió también a Polonia, que antes de 1918 había quedado dividida entre Rusia, Alemania y Austria. El estado polaco de entreguerras incluía una población ucraniana que representaba el 14 por 100 del total, junto con un 2,3 por 100 de germanohablantes que sufrían una discriminación cada vez mayor por parte del régimen nacionalista. Hitler también los había usado de «quinta columna» de subversivos cuya opresión, exagerada con cinismo por la propaganda nazi, sirvió de pretexto a la invasión de 1939. Todo esto hizo que la presencia de minorías nacionales recalcitrantes pareciese una amenaza permanente a la paz e integridad de los estados nacionales en la visión de los Aliados encargados de planificar el orden europeo de posguerra.

Hitler pensó también crear una Alemania homogénea desde el punto de vista étnico mediante la expulsión de los judíos, y a continuación, durante la guerra, desalojar al grueso de la población «eslava» a fin de hacer sitio a los colonos germanos. Así, extendería hacia el este un millar de kilómetros las fronteras del Tercer Reich en busca del ideal racista expresado en el lema Ein Volk, ein Reich, ein Führer («Un pueblo, un imperio, un dirigente»). En virtud del programa nazi, aun antes de la invasión de la Unión Soviética de junio de 1941 se expulsó de sus granjas y sus negocios sin compensación alguna a cientos de miles de polacos para hacer hueco al medio millón de germanos étnicos que se esperaba hacer regresar «a su casa, al Reich», desde el Este de Europa y los estados bálticos en virtud del Pacto Nazi-Soviético de agosto de 1939, junto con otro cuarto de millón procedente de Hungría y Rumania.

Cada vez más expuestos a los ataques de partisanos polacos o comunistas, los colonos comenzaron a huir a poniente en gran número a medida que avanzaban las tropas soviéticas hacia el final de la guerra, a la zaga de las gentes de etnia germana que habían abandonado la región del mar Negro, Ucrania, Rumania y Yugoslavia entre 1943 y 1944 a fin de escapar a la venganza del Ejército Rojo. Los alemanes de las tierras checas anexionadas, conquistadas por los estadounidenses en el último momento

de las hostilidades, no tuvieron tiempo de imitarlos, y muchos de ellos, sea como fuere, no vieron la necesidad de hacerlo. Tal como señala Douglas, no entendieron que su ocupación de propiedades confiscadas y la posición privilegiada de que habían disfrutado durante la dominación nazi mientras los no germanos sufrían discriminación, expropiación, hambre y miedo, «habían traumatizado y radicalizado a las sociedades de las que formaban parte».

El caos y la violencia que habían acompañado a anteriores movimientos demográficos forzados del siglo XX, sobre todo a los que se dieron entre Grecia y Turquía a principios de la década de 1920, tenían que haber servido de advertencia a los políticos aliados que se habían propuesto sacar a los alemanes étnicos del centro y el este de Europa, pero no fue así. Douglas describe con detalle cómo se fue cambiando y revisando el programa sobre la marcha a medida que se desenvolvían las negociaciones relativas a las fronteras europeas de posguerra. De poco sirvieron las señales que avisaban del sufrimiento que comportarían los traslados ante políticos que no deseaban parecer blandos para con los alemanes o las consideraban pesimistas en exceso. Solo algunos comentaristas, como fue el caso de George Orwell, advirtieron de que estaba a punto de cometerse un «crimen de proporciones enormes… equivalente a lo que supondría trasplantar a toda la población de Australia». Nadie les prestó oídos.

Muy avanzada la guerra, hacia finales de 1944, se hizo patente que Stalin no tenía intención de renunciar al territorio oriental de Polonia que se había anexionado en 1939 conforme al Pacto Nazi-Soviético, y que, en consecuencia, el único modo posible de compensar al estado polaco de posguerra consistiría en otorgarle los territorios que se extendían al oeste, en Silesia y hasta el río Oder y el Neisse, y que habían formado parte de Prusia y más tarde de Alemania durante años, décadas y aun siglos. El dirigente soviético tenía a su ejército de ocupación y todas las cartas consigo. Lo único que pudieron hacer sus aliados durante la Conferencia de Potsdam de julio de 1945 fue ratificar un hecho consumado.

Ya había millones de germanos étnicos que habían huido al paso de un Ejército Rojo en avance cuyos soldados violaban, saqueaban y mataban a cuantos paisanos alemanes hallaban a su paso. La situación se hizo aún más desesperada cuando Stalin expulsó a los polacos que habitaban las regiones

ocupadas por la Unión Soviética, que a la sazón se volvió ucraniana en extremo abrumador en cuanto a composición étnica. Obligados a trasladarse a poniente, los de Polonia no tenían más sitio al que ir, al ver de las nuevas autoridades nativas que los administraban, que las regiones habitadas aún por los individuos de etnia germana. Ni el gobierno checo en el exilio ni la administración polaca a la que apoyaba Stalin habían trazado plan coherente alguno en lo que respecta a las expulsiones, pero a finales de la primavera y durante el verano de 1945 ambos enviaron soldados, agentes de la policía y milicianos a fin de comenzar un proceso que, en opinión de Douglas, se ha entendido de forma errónea como una serie de actos espontáneos de venganza por parte de los habitantes de la zona cuando, en realidad, respondía a un plan y una dirección centralizados.

Cierto es que se dio una breve oleada de violencia popular contra los alemanes después del ímpetu con que habían luchado hasta el final de la guerra —y en algunos casos aun después— las unidades de la SS, pero hasta esta estuvo instigada en muchos casos por la policía o la milicia, tal como ocurrió en el caso de Brno, en donde entre mayo y junio de 1945 mataron al menos a trescientos germanos étnicos en la Universidad Kaunitz, torturaron públicamente a los alemanes en un estadio deportivo y detuvieron a veintiocho mil para obligarlos a emprender una marcha homicida hasta la frontera austríaca, en donde los arrojaron a una serie de campos de concentración improvisados y carentes de provisiones e instalaciones sanitarias. Los testigos de aquella barbarie, conmovidos, no pudieron menos de compararla con las atrocidades de los nazis, y aunque algunos políticos hicieron un llamamiento a la mesura, no se hizo nada por aplacar la violencia.

Aunque el de Brno, tal como señala Douglas, fue un caso excepcional por lo extremado de su vehemencia, políticos como Ludvík Svoboda, ministro de Defensa del gobierno checo y con el tiempo presidente del país, exigieron «la expulsión total de Checoslovaquia de todos los alemanes, incluidos los llamados “antifascistas”, a fin de salvaguardarnos frente a la formación de una nueva quinta columna». Alentados por este género de declaraciones, las autoridades locales actuaron por iniciativa propia, a veces ayudadas por el Ejército Rojo o las fuerzas armadas checoslovacas. Se obligó a los germanos a llevar un cuadrado blanco en el pecho con una N de

Nemec («alemán»), igual que los judíos habían tenido que hacer patente su condición con una banda y una estrella amarilla o la letra J bajo la dominación nazi, pero el proceso que se empleó para identificarlos fue muchas veces arbitrario y sirvió para dar salida a numerosas rivalidades e inquinas locales.

Se vaciaron ciudades y pueblos enteros habitados en gran parte o en su totalidad por alemanes y se expulsó del país a sus ocupantes. En Polonia, donde la ocupación germana había sido mucho más inclemente, tales represalias eran, por sorprendente que resulte, menos frecuentes con diferencia, y los soldados polacos llegaron incluso a proteger a las mujeres alemanas frente a las tropas del Ejército Rojo que atravesaban el país violando de manera indiscriminada a cuantas hallaban a su paso, sobre todo si eran de dicha nacionalidad. Mucho más violento fue el destierro de los germanos étnicos de Yugoslavia y Rumania, aunque la corrupción endémica de esta última nación hizo posible sobornar a sus funcionarios a fin de lograr que cualquier transeúnte rumano tomara el lugar del pagador durante el transporte a Alemania.

En muchos casos, los expulsados pasaban antes varias semanas o aun meses en campos de internamiento, en donde las autoridades habían empezado a confinarlos mucho antes del final de la guerra. Algunos se habían improvisado, en tanto que otros debían su construcción a los nazis. Entre estos se incluían nada menos que los campos de concentración de Majdanek, Theresienstadt y hasta Auschwitz, en donde entre la liberación por parte del Ejército Rojo y la llegada de los primeros germanos étnicos ni siquiera habían transcurrido dos semanas. No hubo que esperar mucho para que se creara toda una red de centros así. En Yugoslavia, sin ir más lejos, había 96. En Checoslovaquia, el número de gentes de etnia germana en ellos recluido rondaba el cuarto de millón. Era frecuente que se emplearan en trabajos forzados a fin de reparar la devastación provocada por la guerra. En los recintos se daban unas condiciones atroces, sin apenas víveres ni medidas de higiene, y no faltaban las palizas sádicas, las torturas, las enfermedades, la desnutrición y los asesinatos. En el del municipio polaco de Lambinowice habían muerto unos 6.500 reclusos cuando se clausuró en 1946, muchos de ellos fusilados de forma arbitraria por orden del comandante al cargo.

En los órganos que administraban estos recintos imperaba la corrupción: los comandantes vendían el trabajo de los presos a los negocios locales o recibían sobornos a cambio de un salvoconducto hasta la frontera. También era frecuente que aquellos y los guardias a ellos subordinados tratasen de reproducir de forma deliberada las condiciones que se habían dado en los campos de concentración alemanes en los que ellos mismos se habían visto retenidos. Sin embargo, ni siquiera en estos se habían dado en semejante escala la explotación y la violencia sexuales, las violaciones y demás abusos sádicos que tuvieron que sufrir las mujeres apresadas en los recintos checos y polacos conforme a la documentación que ofrece Douglas. Los periodistas y funcionarios británicos y del resto de las naciones aliadas que intentaron hacer pública la situación no lograron hacer mella en políticos que no deseaban parecer indulgentes con los alemanes. La ciudadanía checa y polaca se congregó en manifestaciones multitudinarias en favor de las detenciones, y solo un puñado de los comandantes y los guardias de aquellos campos de internamiento llegó a ser juzgado ante un tribunal.

En ningún país se dio ningún conato serio de resistencia por parte de los alemanes, en su mayor parte ancianos, mujeres y niños, ya que la inmensa mayoría de los varones adultos jóvenes había muerto en la guerra o se hallaba prisionera del enemigo. A mediados del verano comenzaron a llegar a Berlín más de cinco mil de aquellos al día procedentes de Checoslovaquia en trenes cargados de muertos y moribundos, enfermos y gentes famélicas. Solo en el mes de junio se recibió a más de medio millón. Otros llegaron por carretera después de que los hubiesen expulsado de sus hogares y les hubieran robado sus pertenencias a fuerza de golpes, insultos y amenazas de muerte. Estas expatriaciones y el caos y la violencia que las acompañaron causaron una conmoción y una indignación generalizadas entre los observadores occidentales de Berlín y ayudaron a convencer a los Aliados que participaban en la Conferencia de Potsdam de la necesidad de no dar el visto bueno a más actos de destierro si no se daban en condiciones «disciplinadas y humanas».

El 20 de noviembre de 1945 se acordó que la zona soviética de ocupación de Alemania acogería a 2.750.000 germanos procedentes de Polonia y Checoslovaquia; la estadounidense, a 2.250.000 de Checoslovaquia y Hungría; la británica, a 1.500.000 de Polonia, y la

francesa, a 150.000 de los Sudetes. Además, habría que llevar a cabo las expulsiones de forma gradual, por fases que se completarían en julio de 1945. Este convenio socavó la postura de los funcionarios del Departamento de Estado que pretendían que el gobierno estadounidense condenase las expulsiones. Entre 1945 y 1946, Washington seguía considerando prioritario castigar a los alemanes por los crímenes del nazismo. Con todo, el acuerdo prometía marcar una transición de las «expulsiones brutales» de 1944 y 194 5 a un estadio en el que se llevaran a cabo de un modo más centralizado, mejor supervisado y, por ende, más racional.

Aun así, las «expulsiones organizadas» de 1946 y 1947 «resistieron todo empeño de los países participantes en imponer ningún género de orden al proceso». La operación de deportar a millones de personas en unos cuantos meses y con recursos mínimos estaba abocada al caos. El Ejecutivo Combinado de Repatriación de los Aliados alcanzó no pocos logros pese a los obstáculos, e instauró normas y regulaciones destinadas a garantizar un tránsito seguro, frenar la propagación de epidemias y disponer instalaciones de recepción adecuadas. Sin embargo, los países de origen no veían la hora de librarse de las minorías no deseadas antes de que los Aliados pusieran fin a las deportaciones, por lo que a menudo se hacía caso omiso de dichas condiciones. Las expulsiones degeneraron en desastre: los desterrados, ancianos, enfermos, desnutridos y debilitados, llegaban sin ropa adecuada, alimentos ni provisiones de ninguna clase, los trenes vomitaban muertos o gentes tan indispuestas que se hacía necesario trasladarlas de inmediato al hospital, tal como comprobaban con repugnancia muchos de los funcionarios aliados que los recibían.

Era frecuente que el equipaje de los deportados hubiera sido incautado o robado en el punto de embarque. La corrupción campaba por sus respetos, y las maletas confiscadas en una remesa se vendían a los desterrados de la siguiente. Estos podían sobornar a los funcionarios polacos para viajar en mejores condiciones, librarse de las restricciones relativas a los bultos que podían transportar o conseguir los mejores sitios en la cola. Los «antifascistas» se veían deportados junto con la mayoría supuestamente peligrosa, y los grupos de sionistas no dejaron escapar la ocasión de proporcionar dinero y documentación falsa con los que lograr que los judíos

pasaran por alemanes y pudieran salir de Polonia en dirección a Alemania para partir de allí hacia Palestina. Tampoco era raro que los varones jóvenes y sanos tuviesen que quedar atrás para hacer trabajos forzados. Con todo, se trataba de una minoría escasa, y la escala descomunal de las deportaciones resultaba abrumadora para las autoridades de acogida, sobre todo después de que Hungría, pese a ser oficialmente un antiguo estado enemigo, se subiera también al carro de las expulsiones.

En 1947, los funcionarios estadounidenses protestaron por aquel caos y comenzaron a advertir que había llegado el momento de dejar de considerar «la Alemania ocupada una papelera sin fondo capaz de contener todos los desperdicios del mundo». El país tenía sus propias dificultades de reconstrucción, pues había ciudades grandes y pequeñas que habían quedado devastadas por los bombardeos de los Aliados durante la guerra; escaseaban el alimento y el combustible; la inflación se había disparado por la influencia del mercado negro floreciente, y la población sufría desnutrición y altas tasas de enfermedad y mortalidad, sobre todo durante el duro invierno de 1946 y 1947. Los millones de deportados no hacían sino exacerbar estos problemas y desviar los exiguos recursos en un momento en que los Aliados occidentales empezaban a preocuparse por el atractivo que podía suponer el comunismo para los alemanes asediados que habían comenzado a considerar más importante reconstruir la economía nacional que seguir castigando a su pueblo por los crímenes del nazismo.

Muchos funcionarios aliados se mostraron indignados ante las terribles condiciones que tenían que soportar los deportados en los campos de concentración y en los trenes de tránsito. Y con el rápido exacerbamiento de las posturas anticomunistas que se estaba produciendo en Estados Unidos a medida que se apoderaba la guerra fría de la política y la opinión pública, y el centro y el este de Europa quedaban sometidos a dictaduras estalinistas impuestas por la Unión Soviética, acabó por definirse a los expulsados, según declaró el presidente de la Comisión Estadounidense para los Refugiados, no como «quintacolumnistas» en potencia, sino como «víctimas oprimidas de una dictadura sin Dios».

Los destierros dejaron un vacío enorme en las sociedades de las que se expulsó a tantos millones tan a la carrera. Quedaron terrenos labrantíos abandonados, casas desocupadas y, tal como señaló cierto corresponsal del

londinense The Times de visita por los Sudetes durante el verano de 1947, «pueblos enteros sin un solo habitante». En cierto distrito checo se dejaron a merced de los elementos 22 pueblos de un total de 29, y en muchas zonas el terreno de cultivo acabó por trocarse en bosque. Las regiones desiertas quedaron sumidas en el pillaje, el vandalismo, la violencia y la delincuencia. Los gobiernos de Checoslovaquia y Polonia perdieron toda potestad sobre la redistribución de propiedades alemanas confiscadas, y se dieron no pocos casos de ministros que ocuparon casas de recreo para uso personal. También era frecuente, al decir de un artículo publicado en julio de 1946 en The Economista que se enriquecieran los mismos «saqueando primero la propiedad de los judíos asesinados y después la de los germanos expulsados». Los del Ejército Rojo también se entregaron al expolio, y hasta hubo informes de tiroteos entre unidades que reñían por propiedades abandonadas. Aunque fueron llegando colonos de forma gradual, los incentivos que les ofrecían sus gobiernos resultaron ser insuficientes, y las zonas evacuadas acabaron por convertirse en paradigma de pobreza agrícola y decadencia industrial.

Por asombroso que parezca, sin embargo, los millones de germanos étnicos expulsados, lejos de convertirse en un elemento perturbador de la sociedad de Alemania Occidental, apenas necesitaron unos años para integrarse en ella a la perfección. Claro está que la inmensa mayoría de ellos se mostró furiosa, resentida y desesperada por volver a sus hogares, y el grupo de presión que fundó, el Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten (literalmente, la Liga de Expulsados de Sus Casas y Privados de Sus Derechos), no tardó en hacer oír su voz en la política de la República Federal. Sin embargo, Konrad Adenauer, canciller de esta, supo cortarle las alas creando un impuesto nuevo, el llamado Lastenausgleich («compensación por responsabilidad»), a fin de resarcir a los desterrados de sus pérdidas, instaurando un ministerio especial destinado a tratar con ellos, y otorgándoles el derecho a un seguro social.

En el ámbito de la política exterior, Adenauer exigió con vehemencia la devolución de los territorios anexionados por los vecinos orientales de Alemania e insistió en que los expatriados tenían derecho a regresar a sus lugares de origen. Aun siendo muy consciente de que pedía algo muy poco realista, insistió porque sabía que tal actitud le valía el respaldo político de

este colectivo. Las colosales campañas propagandísticas que hacían hincapié en su sufrimiento ayudaron a crear un ambiente de solidaridad entre los alemanes occidentales y coadyuvó a la integración. Por encima de todo, sin embargo, el llamado «milagro económico» de la RFA les brindó un bienestar material mucho mayor de cuanto habían conocido en el pasado. Alojados en un primer momento en campos de refugiados, recibieron ayuda de las iglesias (cuya función subestima Douglas) y del Estado, y se beneficiaron del ingente programa de construcción de viviendas. A principios de la década de 1960, su tasa de desempleo había descendido hasta quedar muy poco por encima de la media que se daba en toda Alemania Occidental.

No obstante, las expulsiones dejaron un legado de amargura y resentimiento que sigue vivo en nuestros días. Douglas rechaza con razón los argumentos de quienes aseguran que se llevaron a cabo de un modo humano, que estaban justificados por ser los propios expatriados culpables de no pocas atrocidades cometidas contra las poblaciones del Este ocupadas por los nazis o que fueron la consecuencia inevitable del odio popular para con los alemanes que había engendrado la brutalidad del yugo nazi. Por el contrario, fueron el fruto de maquinaciones políticas y programas gubernamentales que bien podían haberse evitado o corregido. El autor, que pone empeño en evitar el uso del material voluminoso y por demás partidista producido por las organizaciones de desterrados y, de hecho, por el gobierno de Adenauer, se sirve de fuentes polacas, checas y aliadas a fin de presentar su tesis de forma muy convincente. «Las expulsiones —concluye— solo son viables si se efectúan con rapidez, y en caso de que así se haga, es imposible que se lleven a cabo de un modo humano.»

A su decir, las propuestas recientes para la creación de poblaciones «homogéneas desde el punto de vista étnico» en Bosnia, Serbia y Croacia, por ejemplo, no pueden desembocar sino en la repetición del desastre que sobrevino a la Europa central al final de la segunda guerra mundial. Y aunque Douglas no lo dice, una de las lecciones que ofrece su libro es, sin lugar a dudas, que el principio de autodeterminación que se proclamó en Versalles en 1919 propició un sufrimiento indescriptible en Europa en los treinta años siguientes, sufrimiento que subraya la necesidad de que todos los estados y sociedades se conduzcan con tolerancia respecto de las

minorías étnicas, religiosas y de otra índole en lugar de tratar de expulsarlas, convertirlas o reprimirlas. Este libro, relevante, enérgico y conmovedor debería figurar en el escritorio de todo experto en política internacional y todo historiador de la Europa del siglo XX. Obra de juiciosa erudición, objetividad fría y detalles convincentes, constituye también un llamamiento apasionado al respeto y la justicia en un mundo multicultural.

# AGRADECIMIENTOS

EL autor agradece a la doctora Victoria Harris su ayuda a la hora de compilar el siguiente volumen. Tanto él como el editor agradecen también los permisos concedidos para reeditar los siguientes artículos:

1. «Spot and sink» [reseña de David Stevenson, With our backs to the wall: victory and defeat in 1918, Penguin/Allen Lane, 2011], The London Review of Books, XXXIII, 24 (15 diciembre 2011), pp. 31-32.

2. «Gruesomeness is my policy» [reseña de Sebastian Conrad, German colonialism: a short history, Cambridge University Press, 2011], The London Review of Books, XXXIV, 3 (9 febrero 2012), pp. 35-37.

2011) «The scramble for Europe» [reseña de Shelley Baranowski, Nazi empire: German colonialism and imperialism from Bismarck to Hitler, Cambridge University Press, 2010], The London Review of Books, XXIII, 4 (3 febrero 2011, pp. 17-19.

3. «The life and death of a capital» [reseña de Thomas Friedrich, Hitler's Berlin: abused city, Yale University Press, 2012], The Book: An Online Review at The New Republic (27 septiembre 2012).

4. «Social outsiders in German history: from the Sixteenth Century to 1933», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), Social outsiders in Nazi Germany, Princeton University Press, 2001, pp. 20-44.

5. «Coercion and consent in Nazi Germany», Proceedings of the British Academy, 151 (2006), pp. 53-81, revista publicada por la

Oxford University Press.

6. «How willing were they?» [reseña de Peter Fritzsche, Life and death in the Third Reich, Harvard University Press, 2008 (hay trad, esp.: Vida y muerte en el Tercer Reich, Crítica, Barcelona, 2009)], The New York Review of Books, LV, 11 (26 junio 2008), pp. 59-61; «All hailed: the meaning of the Hitler salute» [reseña de Tilman Allert, The Hitler salute: on the meaning of a gesture, trad, del al. de Jefferson Chase, Metropolitan Books, 2008], The New York Sun (16 abril 2008), y «Parasites of plunder?» [reseña de Gotz Aly, Hitler's beneficiaries: plunder, racial war, and the Nazi welfare state, Metropolitan Books, 2007 (hay trad. esp. del orig. alemán: La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes, Crítica, Barcelona, 2006)], The Nation,, CCLXXXIV, 2 (8-15 enero 2007), pp. 23-28.

7. «Thank you, Dr Morell» [reseña de Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle, Was Hitler ill? A final diagnosis, trad, del al. de Nick Somer, Polity Press, 2013], The London Review of Books, XXXV, 4 (21 febrero 2013),p.37.

8. «Adolf y Eva» [reseña de Heike B. Gortemaker, Eva Braun: life with Hitler, Knopf, 2011 (hay trad, esp.: Eva Braun: una vida con Hitler, Debate, Barcelona, 2012)], The National Interest, 115 (septiembre-octubre 2011), pp. 76-86.

9. «Prophet in a Tuxedo» [reseña de Shulamit Volkov, Walther Rathenau: Weimar's fallen stateman, Yale University Press, 2012], The New York Review of Books, XXXIV, 22 (22 noviembre 2012), pp. 20-22.

10. «Immoral rearmament» [reseña de Adam Tooze, Wages of destruction: the making and breaking of the Nazi economy, Viking, 2006], The New York Review of Books, LIV, 20 (20 diciembre 2007), pp. 76-81.

11. «Autoerotisch» [reseña de Bernhard Rieger, The people's car: a global history of the Volkswagen Beetle, Harvard University Press, 2013], The London Review of Books, XXXV, 17 (12 septiembre 2013), pp. 35-37.

12. «Nothing they wouldn’t do» [reseña de Harold James, Krupp: a history of the legendary German firm, Princeton

University Press, 2012], The London Review of Books, XXXIV, 12 (21 junio 2012), pp. 21-24.

2012] «*Kisses for the Duce» [reseña de Christopher Duggan*, Fascist voices: an intimate history of Mussolini's Italy, *Bodley Head, 2012*, y The Fascist Party and popular opinion in Mussolini's Italy, *Oxford University Press*, The London Review of Books, XXXV, 3 (7 febrero 2013), pp. 6-8.

13. «The Mistakes» [reseña de Zara Steiner, The triumph of the dark: European international history 1933-1939, Oxford University Press, 2011], The Book: An Online Review at The New Republic (1 septiembre 2001).

14. «The German Foreign Office and the Nazi past», Neue Politische Literatur,56 (2011), pp. 165-183.

15. «Why it happened the way it did» [reseña de Ian Kershaw, Fateful choices: ten decisions that changed the world, 1940-1941, Penguin Press, 2007 (hay trad, esp.: Decisiones trascendentales: de Dunquerque a Pearl Harbor (1940-1941): el año que cambió la historia, Península, Barcelona, 2008], The Nation, CCLXXXIV, 22 (4 junio 2007), pp. 29-34.

16. «Engineers of victory» [reseña de Paul Kennedy, Engineers of victory: the problem solvers who turned the tide in the Second World War, Random House, 2013 (hay trad, esp.: Ingenieros de la victoria: los hombres que cambiaron el destino de la segunda guerra mundial, Debate, Barcelona, 2014)], The New York Review of Books, LX, 19 (5 diciembre 2013), pp. 50-54.

17. «Food fights» [reseña de Lizzie Collingham, The taste of war, Penguin Press, 2012], The Nation (16 abril 2012), pp. 27-32.

18. «Defeat out of victory» [reseña de David Stahel, Kiev 1941: Hitler’s battle for supremacy in the east, Cambridge University Press, 2012], The Book: An Online Review at The New Republic (26 abril 2012).

19. «Into dust» [reseña de Ian Kershaw, The end: Hitler’s Germany 1944-45, Allen Lane/Penguin, 2011 (hay trad, esp.: El final: Alemania, 1944-1945, Península, Barcelona, 2013)], The

London Review of Books, XXXIII, 17 (8 septiembre 2011), pp. 11-13.

20. «Let's learn from the English» [reseña de Mark Mazower, Hitler's empire, Penguin/Allen Lane, 2008], The London Review of Books, XXX, 18 (25 septiembre 2008), pp. 25-26.

21. «Wie einzigarti war die Ermordung der Juden durch die Nationalsozialisten?», en Günter Morsch y Bertrand Perz (eds.), Neue Studien iu nationalsozialistischen Massentötungen durch Giftgas: Historische Bedeutung, technische Entwicklung, revisionistische Leugnung, Metropol, 2011, pp. 1-10 (traducido al inglés por vez primera, en su forma revisada y ampliada, para el presente volumen).

22. «Who remembers the Poles?» [reseña de Tim Snyder, Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin, Bodley Head, 2010 (Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2011)], The London Review of Books, XXXII, 21 (noviembre 2010), pp. 21-22.

23. «The other horror», [reseña de R. M.Douglas, Orderly and humane: the expulsion of the Germans after the Second World War, Yale University Press, 2012], The Book: An Online Review at The New Republic (25 junio 2012).

# ÍNDICE ALFABÉTICO

OMITIDO en esta edición.

# ÍNDICE

PREFACIO

I. LA REPÚBLICA Y EL REICH

1. ¿Un ensayo de genocidio?
2. Idear el imperio
3. La derrota de 1918
4. Walther Rathenau
5. Berlín en la década de 1920
6. Marginados sociales

II. EN LA ALEMANIA NAZI

7. Coacción y consentimiento
8. La «comunidad nacional»
9. ¿Estaba enfermo Hitler?
10. Adolf y Eva

III. LA ECONOMÍA NAZI

11. Recuperación económica
12. El coche del pueblo
13. Las armas de los Krupp

IV. POLÍTICA EXTERIOR

14. El aliado de Hitler
15. Hacia la guerra
16. Nazis y diplomáticos

V. VICTORIA Y DERROTA

17. Decisiones trascendentales
18. Ingenieros de la victoria
19. El sustento de la guerra
20. Derrota en la victoria
21. Descenso y caída

VI. LA POLÍTICA DEL GENOCIDIO

22. Imperio, raza y guerra
23. ¿Cuánto tuvo de excepcional la «solución final»?
24. Los campos de exterminio de Europa

VII. HACIA LA POSGUERRA

25. El otro horror

Agradecimientos
Notas
Índice alfabético

# Metadatos

El título original: Third Reich in History and Memory.
Su primera edición en lengua inglesa fue publicada por Little, Brown (Londres) en 2015.© Richard J. Evans, 2015
Los derechos exclusivos de publicación en lengua castellana pertenecen a:
© Ediciones de Pasado y Presente, S.L.,
ISBN: 978-84-94339264
Depósito legal: B. 22024-2015

# NOTAS

[1] Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The racial state: Germany,, 1933- 1945*, Cambridge, 1991, presenta una visión de conjunto muy útil al respecto. El enfoque general de los autores se expone al final de este capítulo. En la década de 1980, el Projektgruppe für die vergessenen Opfer des NS-Regimes presentó una colección local de gran interés: Klaus Frahm y otros (eds.), *Verachtet-Verfolgt-Vernichtet: zu den «vergessenen» Opfern des NS-Regimes*, Hamburgo, 1986.

[2] Ulrich Herbert, *A history of foreign labor in Germany, 1880-1980*, Ann Arbor (Michigan), 1990, ofrece la visión de conjunto más útil. La cuestión, más amplia, de la actitud de los alemanes para con los eslavos supera el alcance del presente capítulo.

[3] Richard van Dülmen, «Der infame Mensch: unehrliche Arbeit und soziale Ausgrenzung in der Frühen Neuzeit», en *id*. (ed.), *Arbeit, Frömmigkeit, und Eigensinn: Studien zur historischen Kulturforschung*, Fráncfort del Meno, 1990, pp. 106-140.

[4] Wolfgang von Hippel, *Armut, Unterschichten, Randgruppen in der Frühen Neuheit*, Múnich, 1995, pp. 32-43.

[5] Richard J. Evans, *Rituals of retribution: capital punishment in Germany, 1600- 198p*, Oxford, 1996, pp. 193-201.

[6] *Ibid.*, pp. 56-64; véase también Jutta Nowosadtko, *Scharfrichter und Abdecker: der Alltag zweier «unehrlicher Beruf» in der Frühen Neuzeit*, Paderborn, 1994, y Gisella Wilbertz, *Scharfrichter und Abdecker im Hochstift Osnabrück: Untersuchungen zur Sozialgeschichte zweier*

*«unehrlicher» Berufe im nordwestdeutschen Raum vom 16. bis zum 19. Jahrhundert*, Osnabrück, 1979.

[7] Evans, *op. cit.*, pp. 122-123; Hippel, *op. cit.*, pp. 96-101, e Isabel V. Hull, *Sexuality, state, and civil society in Germany, 17oo-1815*, Ithaca (Nueva York), 1996, pp. 349-350.

[8] Evans, *op. cit.*, pp. 372-383.

[9] K. Bott-Bodenhausen, *Sinti in der Grafschaft Lippe: Studien zur Geschichte der «Zigeuner» im 18. Jahrhundert*, Múnich, 1988, y H. Lemmermann, *Zigeuner und Scherenschleifer im Emsland*, Sögel, 1986.

[10] H. C. Erik Midelfort, *Madprinces of Renaissance Germany*, Charlottesville (Virginia), 1994, pp. 60-70.

[11] Carsten Küther, *Menschen auf der Straße: Vagierende Unterschichten in Bayern, Franken und Schwaben in der zweiten Hälfe des 18. Jahrhunderts*, Gotinga, 1983; *id., Räuber und Gauner in Deutschland: das organisierte Bandenwesen im 18. und frühen Jahrhundert*, Go tinga, 1976, y Uwe Danker, *Räuberbanden im Alten Recht um lyoo: ein Beitrag pir Geschichte von Herrschaft und Kriminalität in der Frühen Neuheit*, Fráncfort del Meno, 1988.

[12] El mejor estudio sobre este proceso sigue siendo el de Klaus Saul, «Der Staat und die "Mächte des Umsturzes": ein Beitrag zu den Methoden antisozialistischer Repression und Agitation vom Scheitern des Sozialistengesetzes bis zur Jahrhundertwende», *Archiv für So falgeschichte*, 12 (1972), pp. 293-350, y Alex Hall, «"By other means": the legal struggle against the SPD in Wilhelmine Germany», *HistoricalJournal*, 17 (1974), pp. 265-380. En lo que respecta a los años de Weimar, véase el clásico Heinrich Hannover y Elisabeth Hannover-Druck, *Politische Justiz 1918-1933*, Fráncfort del Meno, 1966.

[13] Jürgen Scheffler, «Die Vagabundenfrage: Arbeit statt Almosen: Herbergen zur Heimat, Wanderarbeitsstätten, und Arbeiterkolonien», en Michael Haerdter y otros (eds.), *Wohnsit{.• Nirgemdwo: vom Lebern und Überleben auf der Straße*, Berlin, 1982, pp.59-70.

[14] Véase Evans, *Death in Hamburg: society and politics in the cholera years, 1830- 1910*, Oxford, 1987, pp. 99-100, en donde se ofrece una breve descripción del sistema de Elberfeld. En cuanto a la postura policial para con los gitanos durante este período, véase Michael

Zimmermann, *Verfolgt, vertrieen*, vernichtet: die nationalsozialistische Vernichtungspolitik gegen Sinti und Roma, Essen, 1989.

[15] Véase Evans, *Tales from the* German *underworld*: crime *and punishment* in *the Nineteenth* Century, Londres, 1998, pp. 166-212.

[16] Dirk Blasius, *Der verwaltete Wahnsinn: eine Sozialgeschichte des Irrenhauses*, Fráncfort del Meno, 1980. Véase también *id., «Einfache Seelenstörung»: Geschichte der deutschen Psychiatrie, 1800-1945*, Fráncfort del Meno, 1994.

[17] Para un ejemplo de poco antes de la primera guerra mundial, véase Evans, *Rituals*, ed. cit., pp. 477-484.

[18] Anónimo (ed.), *Eldorado: homosexuelle Frauen und Männer in Berlin i85o bis 1950. Geschichte, Alltag, und Kultur Taschenbuch*, Berlin, 1984, y Magnus Hirschfeld, *Berlins drittes Geschlecht*, Berlin, 1905.

[19] H. Stümke, *Homosexuelle in Deutschland: eine politische Geschichte*, Múnich, ¹989, y Angelika Kopecny, *Fahrende und Vagabunden: ihre Geschichte, Überlebenskünste, Zeichen, und Straßen*, Berlin, 1980.

[20] J. S. Hohmann, *Verfolgte ohne Heimat: Geschichte der Zigeuner in Deutschland*, Fráncfort del Meno, 1990.

[21] Martin Broszat, *Zweihundert Jahre deutsche Polenpolitik*, Fráncfort del Meno, 1972, sigue siendo el mejor análisis general de la cuestión polaca. En lo que toca al encarcelamiento, véase Evans, *Tales*, ed. cit., esp. pp. 61-64.

[22] Michel Foucault, *Discipline* and punish: the birth of the prison, Londres, 1975. (Hay trad, esp.: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid, 1978.)

[23] Véase Daniel Pick, *Faces* of degeneration: a European disorder, c. 1848-0. 1918, Cambridge, 1989.

[24] Evans, *Death*, ed. cit., pp. 528-539, y Ute Frevert, *Krankheit als politisches Problem: soziale Unterschichten in Preußen zwischen medizinischer Polizei und staatlicher Sozialversicherung*, Gotinga, 1984.

[25] Richard F. Wetzell, «The medicalization of criminal law reform in imperial Germany», en Norbert Finzsch y Robert Jütte (eds.), *Institutions of confinement: hospitals, asylums, and prisons in western Europe and North America, i5oo-ig5o*, Cambridge, 1996, pp. 275-283.

[26] Evans, *Rituals*, ed. cit., pp. 434-445.

[27] Henry Friedlander, *The origins of Nazi genocide*, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1995, p. 9. En lo que respecta a las prostitutas, véase Evans, *Tales*, ed. cit., p. 209, en donde cita a Kurt Schneider, *Studien über Persönlichkeit und Schicksal eingeschriebener Prostituierter*, Berlin, 1921, basado en investigaciones llevadas a término antes de la primera guerra mundial.

[28] Detlef Garbe, *Zwischen Widerstand und Martyrium: die Zeugen Jehovas im «Dritten Reich»*, Múnich, 1982, pp. 45-46.

[29] Hans von Hentig, *Über den Zusammenhang {wischen dem kosmischen, biologischen, und sozialen Ursachen der Revolution*, Tubinga, 1920.

[30] Burleigh, *Death and deliverance: «euthanasia»* in *Germany* 1900-1945, Cambridge, 1994, cap. i.

[31] Wolfgang Ayass, «*Asoziale» im Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1995, pp. 13-18. Véase también Klaus Scherer, «*Asómale*» im Dritter Reich, Múnich, 1990.

[32] Nikolaus Wachsmann, *Hitler's prisons: legal terror in Naf Germany*, Londres, 2004, cap. 1

[33] Joachim S. Hohmann, *Robert Ritter un die* Erben der Kriminalbiologie: «Zigeunerforschung» im Nationalsozialismus und in Westdeutschland im Zeichen des Rassismus, Berna, 1991; Burleigh y Wippermann, *op. cit.*, pp. 113-117, y Rainer Hehemann, *Die «Bekämpfung des Ziegeunerunwesens» im Wilhelminischen Deutschland un in der Weimarer Republik i8y 1-1933*, Fráncfort del Meno, 1987.

[34] Günter Grau (ed.), *Homosexualität in der NS-Zeit: Dokumente einer Diskriminierung und Verfolgung*, Fráncfort del Meno, 1993; Burkhard Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung von Homosexuellen im Dritten Reich*, Paderborn, 1990, pp. 37-50, y Richard Plant, *The pink triangle: the Nazi* war *against homosexuals*, Nueva York, 1986.

[35] Garbe, *op. cit.*, cap. 1.

[36] Véanse los detalles en Stümke, *op. cit.*

[37] Haerdter y otros, *op. cit.*, pp. 179-232.

[38] Burleigh y Wippermann, *op. cit.*, pp. 128-130; Sally Marks, «Black watch on the Rhine: a study in propaganda, prejudice, and prurience», *European Studies Review*, 13 (1983), pp. 297-334; Gisela Lebeltzer, «Die "Schwarze Schmach": Vorurteile-Propa- ganda-Mythos», *Geschichte und Gesellschaft*, 11 (1985), pp. 37-58, y Reiner Pommerin, «*Sterilisierung der Rheinlandbastarde»: das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-193J*, Düsseldorf, 1979.

[39] Wolfgang Ayass, «Vagrants and beggars in Hitler's Reich», en Evans (ed.), *The German underworld: deviants and outcasts in German history*, Londres, 1988, pp. 210-237; Detlev Peukert, «The lost generation: youth unemployment at the end of the Weimar Republic», en Richard J. Evans y Dick Geary (eds.), *The German unemployed: experiences and consequences of mass unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich*, Londres, 1987, pp. 172-193, y Eve Rosenhaft, «Organising the "Lumpenproletariat": cliques and communists in Berlin during the Weimar Republic», en Richard J. Evans (ed.), *The German working class, 1888-1933: the politics of everyday life*, Londres, 1982, pp. 174-219.

[40] Lynn Abrams, «Prostitutes in imperial Germany, 1870-1918: working girls or social outcasts?», en Evans, *German underworld*, ed. cit., pp. 189-209, y Pommerin, *op. cit*. En Evans, *Rituals*, ed. cit., pp. 526-536, se recogen ejemplos del carácter arbitrario de los diagnósticos.

[41] Karl Heinz Roth (ed.), *Erfassung pur Vernichtung: von der Sozialhygiene pim «Gesetz über Sterbehilfe»*, Berlin, 1984.

[42] Preámbulo de una ley de 1944 sobre el trato de las «gentes ajenas a la comunidad» que no llegó a promulgarse, citado en Norbert Frei, *Der Führerstaat: nationalsozialistische Herrschaft, 1933 bis 1945*, Múnich, 1987, pp. 202-208.

[43] Detlev Peukert, «The genesis of the "Final Solution" from the spirit of science», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 234-252.

[44] En lo tocante a los diversos argumentos que aquí se critican, véase Burleigh y Wippermann, *op. cit.*, p. 2. En lo tocante a los diversos argumentos que aquí se critican, véase Burleigh y Wippermann, *op. cit.*, p. 2.

[45] Karl Dietrich Bracher, *The German dictatorship: the origins, structure and consequences of National Socialism*, Nueva York, 1970 (hay trad, esp.: *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Alianza, Madrid, 1974), y Tim Mason, «Intention and explanation: a current controversy about the interpretation of National Socialism», en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *The «Führer state»: myth and reality*, Stuttgart, 1981, pp. 23-40.

[46] Entre los análisis historiográficos de utilidad se incluyen Ian Kershaw, *The Nazi* dictatorship: problems and perspectives of interpretation, 4.ª ed., Londres, 2000, y John Hi- den y John Farquharson, *Explaining Hitler's Germany: historians and the Third Reich*, 2.ª ed., Londres, 1989. Entre los estudios clásicos figuran Franz Neumann, *Behemoth: the structure and practice of national socialism, 1933-1944*, Nueva York, 2.ª ed., 1944 (hay trad, esp.: *Behemoth: pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, 1933-1944, Anthro- pos, Barcelona, 2014); Martin Broszat, *Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Múnich, 1969; Broszat y otros, *Bayern in der NS-Zeit*, 6 vols., Múnich, 1977-1983; Jeremy Noakes, «The Oldenburg crucifix struggle of November 1936: a case study of opposition in the Third Reich», en Peter D. Stachura (ed.), *The shaping of the Nazi state*, Londres, 1983, pp. 210-233, Y *Tim* Mason, *Social policy in the Third Reich: the working class and the «National community»*, Providence (Rhode Island), 1993 (publicado por primera vez en alemán en 1977). En lo que respecta a los informes de la Sopade, véase Klaus Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940*, 7 vols., Fráncfort del Meno, 1980.

[47] Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, «Omniscient, omnipotent, omnipresent? Gestapo, society and resistance», en David F. Crew (ed.), *Nazism and German society1933-1944*, Londres, 1994, pp. 166-196 (véanse pp. 174-177); Reinhard Mann, *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Großstadt*, Fráncfort del Meno, 1987, p. 292, y más en general, Robert Gellately, «Die Gestapo und die deutsche Gesellschaft: zur Entstehung einer selbstüberwachenden Gesellschaft», en Detlef Schmiedchen-Ackermann (ed.), *Anpassung, Verweigerung, Widerstand*: soziale Milieus,

Politische Kultur und der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Deutschland im regionalen Vergleich, Berlin, 1997, pp. 109-121.

[48] Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What we knew: terror, mass murder, and everyday life in Naf Germany: an oral history*, Cambridge (Massachusetts), 2005, pp. 329-333 y solapa; Robert Gellately, *Backing Hitler: consent and coercion in Naf Germany*, Oxford, 2001, pp. 14-16 (hay trad, esp.: *No sólo Hitler: la Alemania naf entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2005), y Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche* Gesellschafts geschickte, vol. IV: *Vom Beginn des ersten Weltkrieges his* zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1.9*14-1949*, Munich, 2003, pp. 614 y 652.

[49] Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: plunder, racial war, and the Nazi welfare state*, trad, de Jefferson Chase, Nueva York, 2007, p. 28. (Hay trad, esp.: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Barcelona, 2006.)

[50] Wehler, *op. cit.*, pp. 675-676 (la sección se titula «Die Konsensbasis von Führerdiktatur und Bevölkerung»).

[51] Bill Niven, *Facing the Nazi past: united Germany and the legacy of the Third Reich*, Londres, 2002, ofrece un análisis equilibrado.

[52] Gellately, «Social outsiders and the consolidation of Hitler's dictatorship, 1933- ⁱ939›, en Neil Gregor (ed.), *Nazism, war and genocide: essays in honour of Jeremy Noakes*, Exeter, 2005, pp. 56-74 (véase p. 58; se cita también Wehler, *op. cit.*, vol. IV, p. 676); *id., Backing*, ed. cit., p. 257, y Frank Bajohr, «Die Zustimmungsdiktatur. Grundzüge nationalsozialistischer Herrschaft in Hamburg», en *Hamburg im «Dritten Reich»: Herausgegeben von der Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg*, Gotinga, 2005, pp. 69-131.

[53] Wehler, *op. cit.*, vol. IV, p. 380.

[54] Gellately, «Social outsiders», cit., p. 58.

[55] En lo que respecta a estos argumentos, véase Richard J. Evans, *The coming of the Third Reich*, Londres, 2003, pp. 451-456, en donde se dan más referencias; Norbert Frei, «'"Machtergreifung": Anmerkungen zu einem historischen Begriff», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 31 (1983), pp. 136-145, y Bracher, *op. cit.*, pp. 246-250.

[56] Gellately, «Social outsiders», cit., pp. 58-60. Los resultados electorales de noviembre de 1932 se resumen en Evans, *Coming*, ed. cit., p. 299, y reciben un análisis autorizado en Jürgen W. Falter, *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991, esp. pp. 34-38.

[57] Gellately, «Social outsiders», cit., p. 58 («el número de integrantes del SPD "perseguido" de un modo u otro fue mucho menor» en comparación con el de los comunistas; el uso que hace de las comillas para distanciarse del término hace pensar, sea como fuere, en la persecución como producto, sobre todo, de la imaginación de las víctimas).

[58] Estos y otros muchos incidentes similares se detallan en Evans, *Corning*, ed. cit., pp. 320, 341, 347 y 360-361. Richard Bessel, *Political violence and the rise of Nazism: the Storm Troopers in eastern Germany 1933-1934*, Londres, 1984, presenta un estudio regional de calidad.

[59] Evans, *Corning*, ed. cit., p. 341. En World Committee for the Victims of German Fascism (ed.), *Brown book of the Hitler terror and the burning of the Reichstag*, Londres, 1933, se presentan numerosos ejemplos documentados de la violencia ejercida contra los socialdemócratas y otros colectivos (incluido, en particular, el judío), si bien no resulta fiable en lo que respecta al incendio del Reichstag.

[60] Dick Geary, «Working-class identities in the Third Reich», en Gregor, *op. cit.*, pp. 42-55; Rüdiger Hachtmann, «Bürgertum, Revolution, Diktatur - zum vierten Band von Hans-Ulrich Wehlers "Gesellschaftgeschichte"», *Sozial.Geschichte*, 19 (2004), pp. 60- 87 (véas e p. 80); Geoff Eley, «Hitler's silent majority? Conformity and resistance under the Third Reich», *Michigan Quarterly Review*, 42 (2003), pp. 389-425 y 555-559.

[61] Detalles en Evans, *Coming*, ed. cit., pp. 322-323 y 363-366. Véase también Bros- zat, «The concentration camps 1933-1945», en Helmut Krausnick y otros, *Anatomy of the SS state*, Londres, 1968, pp. 397-496 y 409-411, y más en general, Günther Lewy, *The Catholic church andNap Germany*, Nueva York, 1964, pp. 45-79.

[62] Evans, *Coming*, ed. cit., pp. 367-374. La mejor exposición de la disolución forzosa de los partidos políticos ajenos al nazismo y la violencia que la acompañó sigue siendo la que ofrece la colección documentadísima de Erich Matthias y Rudolf Morsey, *Das Ende der Parteien 1933*:

Darstellungen und Dokumente, Düsseldorf, i960, en la que resulta valioso en particular cuanto recoge Friedrich Freiherr Hiller von Gaertingen sobre los nacionalistas (el DNVP) en las pp. 541-642.

[63] Evans, *The Third Reich in power*, Londres, 2005, pp. 31-36, en donde se ofrecen más referencias. (Hay trad, esp.: *El Tercer* Reich *en el poder*, Península, Barcelona, 2007.) La de Heinz Höhne, *Mordsache Rohm: Hitlers Durschbruch pur Alleinherrschaft 1933- 1934*, Reinbek, 1984, es una exposición muy bien documentada.

[64] Bessel, «The Nazi capture of power», *Journal* of Contemporary History, 39 (2004), pp. 169-188 (véase la p. 182).

[65] Wehler, *op. cit.*, vol. IV, p. 676, y Hachtmann, art. cit., p. 80.

[66] Gellately, «Social outsiders», cit., pp. 63-64.

[67] Aly, *op. cit.*, p. 29.

[68] Johnson y Reuband, *op. cit.*, p. 354.

[69] Ernst Fraenkel, *The dual state: law and justice in National Socialism*, Nueva York, 1941.

[70] Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann, «Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Geschichte, Erinnerung, Froschung», en *id*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Fráncfort del Meno, 2002, vol. I, pp. 17-42 (véase p. 26).

[71] Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 67-75; *id., Rituals of retribution: capital punishment in Germany, 1600-198j*, Oxford, 1996, pp. 620-645; Nikolaus Wachsmann, *Hitler's prisons*, New Haven (Connecticut), 2004, esp. pp. 165-183, y Gerhard Frieberg (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz* [un]*dNationalsozialismus*, Colonia, 1989, p. 68. En lo que respecta a los primeros campos de concentración, véase Jane Caplan, «Political detention and the origin of the concentration camps in Nazi Germany, 1933-1935/6», en Gregor, *op. cit.*, pp. 22-41.

[72] Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 79 y 85-87.

[73] William Sheridan Allen, *The Nazi seizure of power: the experience ofa single German town, 1922-1945*, 2.ª ed., Nueva York, 1984, pp. 218-232. (Hay trad, esp.: *La toma del poder por los naps: la experiencia de una pequeña ciudad alemana, 1922-1945*, B, Barcelona, 2009.)

[74] Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 244-247.

[75] El estudio clásico sobre la coacción en la zona de producción es Mason, *Social policy*, ed. cit., pp. 266-274.

[76] Schmiedchen-Ackermann, «Der "Blockwart": die unteren Parteifunktionäre im nationalsozialistischen Terror- und Überwachkungsapparat», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 48 (2000), pp. 575-602.

[77] Dieter Nelles, «Organisation des Terrors im Nationalsozialismus», *Sofalwis- senschaftliche Literatur-Rundschau*, 25 (2002), pp. 5-28, y Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 109-113.

[78] Dieter Nelles, «Organisation des Terrors im Nationalsozialismus», *Sofalwis- senschaftliche Literatur-Rundschau*, 25 (2002), pp. 5-28, y Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 109-113.

[79] Otmar Jung, *Plebiszit und Diktatur: die Volksabstimmungen der Nationalsozialisten: die Fälle «Austritt aus dem Volkerbund» (1933j, «Staatsoberhaupt» (1934) und «Anschluss Österreichs»* (*1938*), Tubinga, 1995; Theodor Eschenburg, «Streiflichter zur Geschichte der Wahlen im Dritten Reich», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3 (1955), pp. 311-318, y Evans, *Third Reich in power*, pp. 109-113.

[80] *Ibid.*, pp. 109-113, se ofrecen pruebas detalladas.

[81] Johnson y Reuband, *op. cit.*, solapa.

[82] Evans, *Third Reich in power*, pp. 585-587.

[83] Johnson y Reuband, *op. cit.*, pp. 332-335.

[84] *Ibid.*, p. 335.

[85] *Ibid.*, pp. 325-345.

[86] Claire Hall, «An army of spies? The Gestapo spy network 1933-45*Journal of Contemporary History*, 44 (2009), pp. 247-265.

[87] Bernward Dörner, «NS-Herrschaft und Denunziation: Anmerkungen zu Defiziten in der Denunziationsforschung», *Historical Social Research*, XXVI, 2-3 (2001), pp. 55-69; Werner Röhr, «Über die Initiative zur terroristischen Gewalt der Gestapo: Fragen und Einwände zu Gerhard Paul», en Röhr y Brigitte Berlekamp (eds.), *Terror, Herrschaft und Alltag im Nationalsozialismus: Probleme einer Sofalgeschichte des deutschen Faschismus*, Munich, 1995, pp. 211-224; Gerhard Hetzer, «Die Industriestadt Augsburg: eine Sozialgeschichte der Arbeiteropposition», en Broszat y otros, *op. cit.*, vol. IV, pp. 1-234; Gisela Diewald-Kerkmann,

*Politische Denunziation im NS-Regime oder Die kleine Macht der «Volksgenossen»*, Bonn, 1995, y Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 96-118.

[88] Gellately, «Social outsiders», cit., p. 59.

[89] Allen, *op. cit.*, pp. 218-232.

[90] Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., pp. 37-38.

[91] Kershaw, *Popular opinion and political dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933- 1945*, Oxford, 1983.

[92] Goebbels, discurso del 15 de marzo de 1933, en David Welch (ed.), *The Third Reich: politics and propaganda*, 2.ª ed., Londres, 2002, pp. 173-174. Sobre los efectos más generales de la propaganda, véase el juicioso análisis de Kershaw, «How effective was Nazi propaganda?», en Welch (ed.), *Nazi propaganda: the power and the limitations*, Londres, 1983, pp.180-203.

[93] Hetzer, art. cit., pp. 146-150; Schmiechen-Ackermann, «Blockwart», cit.; Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., p. 22, e *id., Coming*, art. cit., p. 383.

[94] Véanse las tesis presentadas en Omer Bartov, *The eastern front 1941-1945: German troops and the barbarization of warfare*, Londres, 1985, e *id., Hitler's army*, Oxford, 1991, en donde se da como fecha de inicio de estos procesos la de la invasión de la Unión Soviética.

[95] Véanse los detalles en Evans, *Third Reich in power*, ed. cit., cap. 1.

[96] Dick Geary, «Working-class identities in the Third Reich», en Gregor, *op. cit.*, pp. 42-55 y 52.

[97] Peter Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!»: die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Berlin, 2006, pp. 313-329.

[98] Gregor, *op. cit.*, p. 20.

[99] Mason, «Intention», cit., p. 229.

[100] Bessel, «Capture», cit., p. 183.

[101] Donald M. McKale, *Curt Prüfer: German diplomat from the Kaiser to Hitler*, Kent (Ohio), 1987.

[102] *Ibid.*, pp. 179-187.

[103] McKale, ed., *Rewriting history: the original and* revised World War II diaries of Curt Prüfer, *Naf diplomat*, Kent (Ohio), 1988, p. 116. Los

diarios se encuentra ahora en la Hoover Institution de Stanford (California).

[104] *ibid.*, p. 132.

[105] *Ibid.*, p. 151

[106] *Ibid.*, pp. 226-227.

[107] *Ibid.*, pp. 114-115.

[108] Citado en McKale, *Prüfer*, ed. cit., p. 61.

[109] *Ibid.*, pp. 100-101 y 175-176.

[110] McKale, *Rewriting history*, ed. cit., p. 74.

[111] *Ibid.*, pp. 11 y 151.

[112] *Ibid.*, pp. 113 y 225.

[113] Auswärtiges Amt [Ministerio de Asuntos Exteriores], ed., *Auswärtige Politik heute*, Bonn, 1979.

[114] Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, eds., *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010, pp. 10 y 583-585.

[115] Jan Friedmann y Klaus Wiegrefe, «Angriff auf die "Mumien"», *Der Spiegel*, 43 (2010), pp. 36-38, y «Fischers Gedenkpraxis», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (10 febrero 2005).

[116] Conze y otros, *op. cit.*, p. 16.

[117] Friedmann y Wiegrefe, «Verbrecherische Organisation», *Der Spiegel*, 43 (2010), pp. 40-50.

[118] Véanse los enlaces presentes en Georg Koch, Matthias Speidel y Christian Mentel, «Pressespiegel zur Debatte um das Auswärtige Amt und seine Vergangenheit: Ausgewählte Artikel und Interviews», http://www.zeitgeschichte-online.de/ site/40209125/default.aspx (consulta: 13 mayo 2011).

[119] Friedmann y Wiegrefe, «Angriff», cit., p. 38.

[120] Rainer Blasius, «Schnellbrief und Braunbuch», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (13 enero 2011).

[121] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office: a study of Referat DIIIder Abteilung Deutschland 1940-1943*, Nueva York y Londres, 1978.

[122] Hans-Jürgen Döscher, *Das Auswärtige Amt im Dritten Reich: Diplomatie in Schatten der «Endlösung»*, Fráncfort del Meno y Berlín,

1991; *id., Verschworene Gesellschaft: das Auswärtige Amt unter Adenauer {wischen Neubeginn und Kontinuität*, Berlin, 1995, e *id., Seilschaften: die verdrängte Vergangenheit des Auswärtigen Amts*, Berlin, 2005.

[123] Stefan Troebst, «Rezension zu: Conze, Eckart; Frei, Norbert; Hayes, Peter; Zimmermann, Moshe: *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*. München 2010», en *H-So^u-Kult* (15 febrero 2011), http://hsozkurt.geschichte.hu-berlin.de/rezensionen/2011-1-108 (consulta: 13 mayo 2011).

[124] Hans Mommsen, «Das ganze Ausmaß der Verstrickung», *Frankfurter Rundschau* (16 noviembre 2010); *id.*, «Vergebene Chancen, "Das Amt" hat methodische Mängel», *Süddeutsche Zeitung* (27 diciembre 2010), y Johannes Hürter, «Das Auswärtige Amt, die NS-Diktatur und der Holocaust: kritische Bemerkungen zu einem Kommissionsbericht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 59 (2011), pp. 167-192. Véase también Klaus Wiegrefe, «Historiker zerpflückt Bestseller», *Der Spiegel* (en línea, 1 abril 2011), http://www.Spiegel.de/politik/deutschland/o, 1518,754558,oo.html (consulta: 12 mayo 2011). Los editores han publicado recientemente una respuesta a la reseña de Hürter: «Zauberwort Differenzierung», *Frankfurter Rundschau* (3 mayo 2011).

[125] Mommsen, «Vergebene Chancen», cit. Véase también el comentario acerca de Mommsen que se recoge en Ulrich Herbert, «Am Ende nur noch Opfer. Interview mit Ulrich Herbert», *Die Tageszeitung* (8 diciembre 2010).

[126] Peter Hayes, *Industry and* ideology: IG Farben in the Nagi *Era*, Cambridge, 1987; *id., From Cooperation to complicity: Degussa in the Third Reich*, Cambridge, 2004; Norbert Frei y otros, *Flick, der Konzern, die Familie, die Macht*, Múnich, 2009 (entre otras muchas publicaciones de Frei), y Erckart Conze, *Die Suche* nach Sicherheit: eine Geschichte der Bundesrepublik Deutschland von 1949 bis in die Gegenwart, Múnich, 2009. Por su parte, Moshe Zimmermann es experto en el siglo xix, aunque ha publicado visiones de conjunto de la historia de los judíos alemanes.

[127] Alan Posener, «Das ist eine Kampagne: das Münchener Institut für Zeitgeschichte greift den Bestseller *Das Amt un die Vergangenheit* an»,

*Die Welt* (4 abril 2011). Véase también la declaración conjunta de los editores aparecida en *Süddeutsche Zeitung* (10 diciembre 2010).

[128] Daniel Koerfer, entrevista en *Frankfurter* Allgemeine Sonntagszeitung (28 noviembre 2010). Véanse también Blasius, art. cit., y los comentarios sobre Koerfer recogidos en Herbert, art. cit.

[129] Lars Lüdicke, *Griff nach der Weltherrschaft: die Außenpolitik des Dritten Reiches 1933-1945*, Berlin, 2009.

[130] Conze y otros, *op. cit.*, p. 72.

[131] *Ibid.*, p. 51.

[132] *Ibid.*, p. 128.

[133] *Ibid.*, p. 141.

[134] Jan-Erik Schulte, *Zwangsarbeit und Vernichtung: das Wirtschaftsimperium der SS: Oswald Pohl und das SS-Wirtschaftsverwaltungshauptamt 1933- 194b*, Paderborn, 2001.

[135] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 138 y 152-153.

[136] *Ibid.*, p. 123.

[137] *Ibid.*, p. 29.

[138] Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: the years of persecution* 1933-1939, Londres, 1997, p. 19. (Hay trad. esp.: *El Tercer* Reich *y los judíos: los años* de *la persecución*, 1933-1939. Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009.)

[139] Conze y otros, *op. cit.*, p. 101.

[140] *Ibid.*, p. 147, e Ian Kershaw, *Hitler: 1889-1936; Hubris*, Londres, 1998, pp. 562-569 (hay trad. esp.: *Hitler: 1889-1936*, Peninsula, Barcelona, 2001). En este último, el Ministerio de Asuntos Exteriores se menciona solo al hablar de la reunión del 20 de agosto.

[141] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 400-401.

[142] Hürter, «Das Auswärtige Amt», cit., pp. 174-175. Se aborda brevemente el papel desempeñado por la Embajada de Alemania en Varsovia en el período anterior a la guerra (p. 223); pero poco más.

[143] Jochen Böhler, *Auftakt* 1*um Vernichtungskrieg: die Wehrmacht in Polen* 1939, Fráncfort del Meno, 2006.

[144] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 161-171.

[145] *Ibid.*, pp. 200-220.

[146] *Ibid.*, pp. 221-286 y 227-294.

[147] *Ibid.*, pp. 254-257.

[148] Browning, *The origins of the Final* Solution, Lincoln (Nebraska), 2004, pp. 323-3²5.

[149] Peter Longerich, *Holocaust: the Nazi persecution and murder of the Jews*, Oxford, 2010, pp. 265-266.

[150] Döscher, *op. cit.*, p. 255.

[151] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 167-199 y 171-185.

[152] *Ibid.*, p. 293.

[153] *Ibid.*, pp. 295-316.

[154] *Ibid.*, pp. 321-342.

[155] *Ibid.*, pp. 342-362.

[156] Astrid Eckert, *Kampf um die Akten: die Westallüerten und die Rückgabe von deutschem Archivgut nach dem Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 2004, y Conze y otros, *op. cit.*, pp. 375-401.

[157] Véanse, por ejemplo, Annette Weinke, *Eine Gesellschaft ermittelt gegen sich selbst: die Geschichte der Zentralen Stelle Ludwigsburg 1958-2008*, Darmstadt, 2008; *id., Die Nürnberger Prozesse*, Múnich, 2006, e *id., Die Verfolgung von NS-Tätern im geteilten Deutschland: Vergangenheitsbewältigungen 1949-1969 oder: eine deutsch-deutsche Befehungsgeschichte im Kalten Krieg*, Paderborn, 2002. Véase también Conze y otros, *op. cit.*,pp. 401-435.

[158] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 431-432 y 435-448.

[159] *Ibid.*, pp. 448-488.

[160] *Ibid.*, p. 201.

[161] Browning, *The origins*, ed. cit., pp. 303, 307, 324, 326, 368 y 414.

[162] Gerald Reitlinger, *The Final Solution*, Nueva York, 1953. (Hay trad. esp.: *La solución* final, Grijalbo, Barcelona/México, 1973.)

[163] Conze y otros, *op. cit.*, pp. 588-595.

[164] *Ibid.*, pp. 489-532.

[165] *Ibid.*, pp. 533-558.

[166] Ibid., pp. 558-569.

[167] *Ibid.*, p. 616.

[168] *Ibid.*, p. 11.

[169] Tim Mason, «Intention and explanation: a current controversy about the interpretation of National Socialism», en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *The «Führer state»: myth and reality: studies on the structure and politics of the Third Reich*, Stuttgart, 1981, pp. 23-40 (cita en p. 40).